

Cuarenta Semanas© [Libro #1] ¡PRONTO EN FÍSICO!

by ObscureBooks

Catherine Miller, una adolescente que recién acaba de comenzar la universidad, está a punto de descubrir que los errores son para siempre. Sus únicas preocupaciones son las fiestas, los amigos y, por supuesto, los estudios. Sin embargo, ¿qué ocurrirá cuando despierte una mañana en una habitación en la que jamás debió estar, con un hombre al que jamás había podido olvidar?

Si crees que es la típica historia de amor, entonces, atrévete a leer y descubrirás que no lo es.

#2 en Romance - 12/10/16.

#3 en Romance - 10/10/16.

#5 en Romance - 19/09/16.

Primer lugar en categoría Romance de los premios Thorn (21/12/16)

Ganadora en la escena de "Mejor beso" de los premios Thorn (13/12/16)

Ganadora como "Mejor personaje femenino" en los premios Novel (01/01/17)

Obra inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual de España. Cualquier plagio y/o reproducción en esta u otra plataforma supone robo inapropiado de derechos de autor, sancionado con una multa legal.

Sé creativo. No plagies.

=====

Cuarenta Semanas

Catherine Miller, una adolescente que recién acaba de comenzar la universidad, está a punto de descubrir que los errores son para siempre. Sus únicas preocupaciones son las fiestas, los amigos y, por supuesto, los estudios. Sin embargo, ¿qué ocurrirá cuando despierte una mañana en una habitación en la que jamás debió estar, con un hombre al que jamás había podido olvidar?

Si crees que es la típica historia de amor, entonces, atrévete a leer y descubrirás que no lo es.

* * * * *

Bienvenido, lector.

Estás leyendo la versión de la novela más actualizada (2017). Algunos capítulos son idénticos a los anteriores, me he limitado a corregir errores ortográficos o a cambiar algunos guiones. Sin embargo, otros son completamente distintos, escritos desde cero con nuevas escenas y tramas. He puesto todo mi empeño en hacer de esta novela una historia mejor.

Dicho esto, espero que la disfrutes. Debo agradecer a todas esas personas que han votado y comentado capítulo tras capítulo y me han brindado su apoyo y cariño. Muchas gracias por estar ahí, no os podéis imaginar cuánto significa para mí

=====

¡Libro en físico!

¡Hola a todos, mis queridísimos lectores!

Dios mío, cuánto tiempo sin publicar por aquí. ¿Qué tal os va todo? ¿Estáis bien?

Veréis, he vuelto por esta novela para comunicaros una noticia de última hora.

¿Listos?

3

2

1

¡CUARENTA SEMANAS SERÁ PUBLICADA EN FÍSICO!

¡ESTOY GRITANDO AHORA MISMO!

Agradezco de todo corazón la oportunidad que Nova Casa Editorial me ha dado al aceptar la publicación de mi novela.

Y, por supuesto, no me hubiera sido posible alcanzar todo esto sin los apoyos que continúo recibiendo días tras día de VUESTRA parte. Es INCREÍBLE que la novela esté por SEIS MILLONES de seguidores cuando hace apenas unos meses no alcanzaba ni el millón. De verdad, no encuentro las palabras suficientes ni adecuadas para agradecerlo. Sabéis que comencé a escribir la novela en mi tiempo más oscuro, lo he dicho en varias ocasiones, y la publicación significa para mí... madre mía, cumplir mi mayor sueño

Todavía no sé nada sobre fechas de publicación, ni los países en los que estará disponible... pero en cuanto lo haga, os contaré todos los datos, aunque podéis visitar la página de Nova Casa Editorial, donde aparecen los puntos de venta... ¡SIGO GRITANDO!

Para más información podéis seguirme en mi cuenta de Twitter (xMysticSoul) o uniros al grupo de Facebook que creé sobre esta novela (se llama Cuarenta Semanas, en mi perfil tenéis el link que os dirigirá a mi cuenta). O también seguir directamente la cuenta de Nova Casa Editorial pues ellos irán publicando eventualmente más datos :)

¡GRACIAS UNA VEZ MÁS PORQUE SIN VOSOTROS ESTO NO POSIBLE!

=====

Semana 1

Miré al test.

El test me miró a mí.

Bueno, no lo hizo realmente, pero lo sentí de aquella forma. Las caritas sonrientes me contemplaban como si fueran a abalanzarse sobre mí en cualquier momento. Apoyé la espalda

contra los fríos azulejos de la pared del cuarto de baño mientras cerraba los ojos.

- Esto no puede estar pasándome -musité con un hilo de voz.

Instintivamente, descansé la palma de mi mano sobre mi vientre plano. Una nueva vida crecía en mi interior y yo no podía hacer nada para evitarlo. Bueno, sí que estaba en mis manos el poder para ponerle fin, sin embargo, era una idea incluso más descabellada que la actual situación. Deseé que la oscuridad me engullera durante los próximos nueve meses, pues ¿cómo continuaría en la universidad con una barriga que aumentaría de tamaño semana tras semana? ¿Qué pensarían de mí?

- ¿Qué pone? -Alexia insistió desde el otro lado de la puerta.

No pude responderle debido al estado de shock en el que me hallaba. Lo único en lo que podía pensar era que estaba embarazada con apenas diecisiete años de edad. ¿Cómo saldría hacia delante? Aparté los mechones cobrizos que habían cubierto mi frente y los coloqué tras las orejas. Todavía recordaba como este desastre había sucedido, hace exactamente nueve días:

Se trataba de la fiesta de compromiso del célebre Dimitri Ivanov, el principal heredero de la industria Ivanov's House of Cars. Su padre le había cedido una importante cifra de capital con el fin de que festejara por todo lo alto sus últimos días como un joven alocado y

sin compromisos en la vida. A pesar de que estaba a punto de cumplir los veintiocho años, Dimitri seguía comportándose como un adolescente de apenas diecinueve. ¿El motivo? Dimitri odiaba ser mandado, y conforme los números de la edad aumentaban, también lo hacían las responsabilidades.

Esa noche yo trabajaba para él a petición de mis queridas amigas, Alexia y Svetlana. El principal motivo fue el dinero: precisaba de él para pagar el segundo cuatrimestre del primer año de universidad. A pesar de mis notas tan buenas -me habían permitido adelantar un año de instituto y de ahí a que ahora estuviese en la universidad-, la beca otorgada por el gobierno no era suficiente como para cubrir todos los gastos.

- No entiendo cómo lograste convencerme -refunfuñé al mismo tiempo que aplicaba más brillo dorado sobre la piel desnuda de mis brazos.

- Es una ocasión única y especial -Alexia ensanchó la sonrisa-, además, únicamente nos pagarán por servir copas a un par de chicos y luego emplearemos dicho dinero para...

- ...pagar el último cuatrimestre de la universidad. Sí, lo has repetido unas doscientas veces en las últimas tres horas -puse los ojos en blanco.

Terminé de aplicar el maquillaje y acomodé la blazer sobre mis hombros. El vestuario variaba poco de hombres a mujeres. Básicamente, contaba con unos diminutos pantalones de tonalidades oscuras y una chaqueta azulada que dejaba a la vista un provocativo escote; eso sin tener en cuenta las plumas negras que rodeaban la trenza de espiga que Alexia había hecho en menos de

quince minutos. Me repetí una y otra vez el importante motivo por el que me encontraba en esta situación y exhalé un suspiro.

Mis padres no podían permitirse el año completo de universidad desde que Patrick Miller -mi odioso hermano mayor-, se marchó a California para finalizar sus estudios. Desde ese entonces me había visto obligada a buscar pequeños trabajos temporales tanto en cafeterías como en librerías para compensar el excesivo precio de la matrícula. Cuando tuve la oportunidad para trabajar para el futuro dueño de las industrias Ivanov, llevé a cabo un pequeño trato con mi familia en relación con este trabajo. Obvié los detalles más relevantes pues, si mi padre averiguaba dónde se había metido su hija realmente, sufriría un ataque al corazón.

El local estaba repleto de hombres. También de mujeres con ropa ligera. Svetlana no sólo nos ofreció el trabajo, sino que nos encomendó una tarea de vital importancia: vigilar a su prometido y evitar que hiciera cosas de las cuales se lamentaría al amanecer.

- Chicas, es vuestro momento -anunció el coordinador.

Cargué varias copas de Martini en la bandeja y pasé a la gran estancia.

Distinguí al rubio de ojos caramelo al instante: Dimitri Ivanov encajaba con el prototipo de hombre que revolucionaba las hormonas de cualquier mujer. Todas ellas caían como mosquitos muertos a sus pies. Incluso yo lo hice pero, afortunadamente, no a gran medida. Estuve colada por él durante todo el campamento de verano de hace dos años. Tras ese increíble mes no le volví a ver. Comencé la universidad, me

centré en mis estudios y me olvidé completa y absolutamente de él...

...hasta ahora.

Alexia me propinó un despistado pero fuerte empujón antes de situarse a mi derecha. Tuve que hacer malabares con la bandeja para no derramar las bebidas. Le fulminé con la mirada temporalmente antes de volver a cuadrar los hombros y mirar al frente.

- No está nada mal -Alexia alzó la voz a causa del elevado volumen de música.

- Si tú lo dices... -levanté el mentón-. Centrémonos en hacer esto bien y a las doce podremos

regresar a casa. No veo la hora de que esto acabe. Nunca me han agradado estos ambientes.

- ¿De verdad vas a seguir ese estúpido horario? ¡Vamos! Únicamente fue establecido para dar un buen ejemplo a la comunidad. ¡La fiesta no terminará hasta el amanecer!

- Me da igual. Haré lo que vea conveniente para mí.

Escuché cómo refunfuñaba antes de encaminarse hacia el primer grupo de invitados con bocas ansiosas de alcohol. Yo imité sus acciones. Aclaré mi garganta y compuse la mejor sonrisa mientras cambiaba el peso de la bandeja de una mano a otra. En cuestión de minutos me vi obligada a regresar al pequeño bar situado tras el escenario para rellenar las copas y, tras eso, volví a la pista de baile.

Distinguí la cabellera rubia de Alexia entablando conversación con uno de los amigos de Dimitri. No supe diferenciar con claridad de quién se trataba a causa de la gran cantidad de luces coloridas presentes en el lugar. Entre la música y los focos terminaría sorda y medio ciega.

- ¿Copas? ¿Alguien quiere?

-ofrecí, alzando más la bandeja.

- ¿Catherine Miller? ¿Eres tú?

Me detuve y giré sobre los vertiginosos tacones para conocer el rostro de la persona que aclamaba mi nombre entre tanto barullo. Tuve que realizar nuevos equilibrios para no desparramar las bebidas al contemplar con mis propios ojos la cara que llevaba sin ver tanto tiempo.

- Has crecido dos palmos, por lo menos -Dimitri asintió y acarició su mentón-. Hace mucho que no nos vemos; me atrevería a decir más de dos años. Veo que la pubertad te ha sentado de maravilla.

- Vaya -humedecí mi labio inferior-. Gracias, supongo. Tu prometida me quiso ver aquí esta noche, así que ya sabes cual es mi cometido.

- Por supuesto -estalló en carcajadas-, no te preocupes, soy un hombre comprometido tanto con la vida como con el amor. Sé dónde está mi límite, Catherine.

- Me alegro de escuchar eso.

Me escabullí con rapidez de la escena y deposité las bebidas sobre una de las mesas repletas de vasos vacíos. Entrecerré los ojos y bufé. Entre todos los presentes en el local tenía que ser yo

quien se topaba con Dimitri. ¿Por qué el destino me odiaba de esta manera? Intenté recomponerme lo más rápido posible y retomé la sonrisa.

Las horas transcurrieron velozmente, al igual que las reservas de alcohol. No pude evitar beber en exceso tras terminar el horario de trabajo, y todo por culpa de mi querida Alexia, la cual había puesto toda su insistencia en que me encontraría mucho más adaptada al ambiente tras varias copas.

- ¡Otro, otro, otro! -exclamó el coro de

personas formado a mi alrededor.

Levanté el chupito de la barra de mármol y lo llevé hasta mis labios. El alcohol se deslizó por mi garganta, dejando a su paso una pesada sensación de quemazón y ardor. Había bebido tantos que mis labios estaban adormecidos por completo. Exclamé una risotada y acompañé al resto de gritos al mismo tiempo que alzaba las manos en el aire.

- ¡Caramba! ¡Menudo aguante! -Alexia palmeó mi hombro-. Te has bebido doce chupitos en menos de una hora, Cat. Creo que deberías parar de beber ya.

- F-fuiste tú q-quien m-me animó -intenté pronunciar todas las letras de una sentada, sin embargo, me trababa en cada una de ellas-. ¡La noche es jo-oven!

- A este ritmo terminarás en el suelo, Catherine. Lo digo en serio.

Alexia me aferró del brazo tras dichas palabras.

Me obligó a dejar el siguiente vaso en la barra y me impulsó a caminar tras ella. Debido al temblor que percibía en las piernas, la altura de los tacones y la visión borrosa, tardé más de quince minutos en atravesar el pasillo que habían formado los presentes. Llegué a la parte trasera del local, donde nos habíamos preparado con anterioridad, y tomé asiento en una de las sillas vacías.

Mientras tanto seguí a Alexia con la mirada.

- ¿C-cómo es p-posible que yo e-esté b-borracha p-pero tú no? -la señalé, o eso pretendí.

Había más de dos Alexia(s) en frente de mí. ¿Cómo distinguiría a la verdadera? Vi cómo los clones de mi amiga encogían los hombros.

- Cosas del destino -me acercó un vaso de agua y me obligó a

beberlo a tragos pequeños-. Llamaré a un taxi para que te lleve a nuestra residencia. Si regresas

así a casa de tus padres te encerrarán de por vida. Y eres demasiado joven para morir.

- ¿Qué? -negué rápidamente-. No, n-ni hablar. Estoy perfectamente, ¿sabes?

- Eres incapaz de pronunciar una sola frase sin tartamudear -arqueó las cejas.

- Mentira.

Entrecerré los ojos y fingí que la fulminaba con la mirada. Raras veces me emborrachaba. De hecho, esta era la segunda vez en toda mi existencia. La primera tuvo lugar en la fiesta de dieciocho cumpleaños de Alexia, es decir, hace apenas tres o cuatro meses. Me prometí a mí misma que no volvería a probar ni una mísera gota de alcohol. Sin embargo, aquí nos encontrábamos ahora.

Cuando me calmé lo suficiente como para poder hablar sin tartamudear, Alexia optó por acompañarme hasta la salida trasera, pues me veía incapaz de hacerlo yo sola. Quizá mi vista estaba más aclarada, pero la resaca sería tremenda por la mañana. El aire gélido del exterior ayudó a suavizar los mareos y las ganas de vomitar lo poco que conservaba en el estómago.

Estábamos a finales de febrero y el viento era lo suficientemente gélido como para asesinarte.

Vale, quizá he exagerado un poquito.

- En cuanto llegues a casa llámame, date una buena ducha y entra en la cama -me ordenó.

- Sí, mamá -le saqué la lengua.

Alzó una mano para llamar al primer taxi que circulase por la solitaria carretera y puse los ojos en blanco. Mi amistad con ella se asemejaba más a un parentesco de madre

e hija en ocasiones como esta. Normalmente era yo quien iba a recogerla cuando estaba lo suficientemente borracha como para no saber ni dónde se encontraba. Reí ante uno de esos recuerdos y caminé hasta el taxi que recién acababa de detenerse en el bordillo.

Mi amiga me entregó el dinero justo para el viaje, pues no se fiaba de mi estado, y desapareció en el interior del local una vez más. Oficialmente el horario de trabajo ya había finalizado, no obstante, ella deseaba permanecer más tiempo en la fiesta.

Suspiré con cansancio y abrí la puerta.

- ¡Espera, espera! -una voz familiar irrumpió en la escena-. Yo te llevaré a casa.

Una mano cálida y suave al tacto evitó que la mía terminara de aferrar el pomo de la puerta del taxi. Estudié el rostro motivado de Dimitri mientras me alejaba del vehículo. Extrajo un billete de su cartera y se lo entregó al conductor a pesar de que ninguno de nosotros iba a utilizar sus servicios. Nos agradeció aquella generosa propina y regresó a la carretera.

- Seguro que vas peor que yo -afirmé, cruzando los brazos.

- No lo creas -hizo un gesto con la cabeza, señalando al Mercedes rojo aparcado en el callejón-. Me siento bien. Yo no he roto el récord de chupitos esta noche.

Me sonrojé sin motivo aparente y me deslicé en el interior del coche. Me asombré de ver cómo relucía cada objeto del interior. Se percató de mi mirada medio atontada y esbozó una de sus sonrisas que quitaban el aire. No me molesté en ocultar el rubor de mis mejillas, no tenía ánimos para hacerlo.

Dimitri acarició el volante antes

de introducir las llaves en el contacto, provocando que el motor rugiese, y salimos a la carretera.

- ¿Qué haces aquí? -formulé, apoyando el codo en la ventanilla-. Es decir, se supone que deberías estar en tu fiesta, disfrutando de la locura, ya que es tu última noche como soltero.

- No es la última -centró la mirada en mí unos instantes-. La boda se celebra dentro de unos fines de semana, y voy a pasarme casi todas las noches celebrando despedidas de soltero. Tampoco tengo nada mejor que hacer ahora que mi padre asumirá mi cargo durante los próximos meses. Aunque no debería descuidar mi puesto en la universidad.

- ¿En serio? -chisté-. ¿Por qué no inviertes ese dinero en algo más provechoso como, por ejemplo, una fundación benéfica? Con todo lo que gastas en estas lujosas fiestas...

Sacudió la cabeza y ensanchó esa encantadora sonrisa.

- ¿Crees que no lo hago ya? -puso cara de ángel.

- ¿Lo haces?

- Por supuesto, es decir, ¿acaso no lo esperabas?

Supe que mentía por la forma en la que me miraba, y no necesité estar sobria para comprobarlo. Observé las calles pasar a través de la ventanilla e intercepté el gran edificio de la universidad a una manzana de nuestra posición. Una vez frente a él, detuvo el coche en la entrada y apagó el motor.

- Dale las gracias a Svetlana de mi parte -anuncié, abriendo la puerta.

Me precipité al suelo tan pronto como puse un pie en la acera. Me había olvidado de quitarme esos estúpidos tacones de medio metro, sin añadir mi estropeada visión.

Escuché las carcajadas provenientes del interior del coche y resoplé, cruzando las piernas.

Dimitri se bajó del coche y aparté la mirada, avergonzada del espectáculo que acababa de formar.

- Vamos, Cathy. Arriba -extendió las manos hacia mí.

- ¿Cómo me has llamado?

Me negué a aceptar su ayuda.

- Me has oído perfectamente.

- Lo sé, pero la última vez que te dirigiste a mí de esa manera fue en el campamento, y el motivo era que desconocías mi nombre.

- Tienes buena memoria para estar borracha.

Mantuvo las manos agachadas hacia mi posición y esperó pacientemente a que mi actitud de niña malcriada desapareciera. Le aferré las manos y me impulsó hasta quedar a escasos centímetros de él. Las plumas negras de mi trenza quedaron pilladas en una de las chapas que adornaban la chaqueta, tirándome del pelo, y torcí mis labios en una mueca.

- Estúpido atuendo -farfullé-. ¿No has podido elegir algo menos explícito?

Intenté deshacerme del recogido con mis dedos temblorosos, pero me detuve a mitad del proceso. Y no porque yo quisiera hacerlo, sino porque Dimitri había apartado mis manos para quitar las plumas por él mismo.

Estudié su rostro durante los minutos que permanecimos así, en silencio, y dejé escapar todo el aire que retenía en mis pulmones. Gracias a esta cercanía pude estudiar sus facciones tan marcadas: la mandíbula cuadrada, los labios fruncidos debido a la concentración al deshacerse de las plumas, y esos ojos color avellana con motas oscuras que iban de un lado para otro. Y no he mencionado el hecho de su acento

ruso entremezclado con el inglés. Cuando la última pluma cayó al suelo comenzó a desenredar la

trenza. Los cabellos cobrizos cayeron sobre mis hombros y parpadeé repetidas veces, procurando mantener los ojos abiertos por más tiempo.

- Ha sido muy mala idea -me dijo, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo.

- ¿El qué? -fruncí el ceño, incapaz de comprender la situación.

- Lo que vamos a hacer, Cathy.

Deslizó la yema de los dedos por mis mejillas, acunando mi rostro, antes de plasmar sus labios contra los míos. La sorpresa fue tal que mi cuerpo se inmovilizó. La calidez de sus labios provocó que abriera la boca para exhalar un suspiro de puro placer, aprovechando así ese resquicio para introducir su lengua en el interior. Las alarmas comenzaron a dar la señal de advertencia en mi cabeza.

Catherine, ¿qué demonios estás haciendo?, pensé.

Mi mente ordenaba una cosa mientras mi cuerpo anhelaba lo contrario.

Distanció nuestros rostros temporalmente, tomando una profunda bocanada de aire frío. Sus manos exploraron mi cuerpo y se detuvieron en mi trasero, agarrándolo sin pudor alguno. Lo pellizcó con fuerza al mismo tiempo que me alzaba para arrastrarme al interior de la residencia, sin darme oportunidad alguna para reprochar. Sus labios volvieron a buscar los míos con fogosidad mientras yo me entretenía desabotonando su camisa. Necesitaba sentir la calidez de su pecho contra mi cuerpo.

Misteriosamente encontré la llave de la habitación en el estrecho bolsillo de los pantalones, y abrí la puerta de la estancia que compartía con

Alexia. Tampoco tuve tiempo para cerrar la puerta, pues los labios de Dimitri hallaron la piel de mi cuello en cuestión de segundos. Lo mordisqueó y dejó la marca de sus dientes hasta llegar a mi hombro. ¡Maldita sea! Sí que iba a lamentar esto por la mañana.

Lanzó la blazer al suelo y de un tirón arrancó mis pantalones. Fui capaz de apreciar su torso desnudo y tatuado mientras mi boca se hacía agua, al igual que mi entrepierna se humedecía. Mordí mi labio inferior antes de atacar su boca de nuevo. Mis últimas prendas -y las suyas-, terminaron de desprenderse cuando mi espalda desnuda chocó contra las finas sábanas de la cama. Dimitri pasó la punta de su lengua por mis pechos, jugando con ellos entre sus dientes mientras yo me retorció de placer. Debería de estar preocupada y sentirme mal. Debería.

Pero no lo hice.

Gemí cuando sus labios tocaron aquello que nadie más había visto con anterioridad y aferré las sábanas con ambas manos cuando mi cuerpo se estremeció por sí solo. Nunca antes había mantenido relaciones con otra persona, ni siquiera contaba con alguien a quien llamar pareja. El amor y yo no éramos buenos compañeros. Tras varios minutos de doloroso placer, se posicionó sobre mí y me obligó a mirarle a los ojos; alzando así mi mentón.

- No apartes la mirada de la mía, cálmate -apoyó los codos a ambos lados de mi cuerpo para evitar que soportara la carga del suyo-, te prometo que seré muy cuidadoso.

Mostró una pícaro sonrisa y delineó la comisura de mis labios con su boca al mismo tiempo que se introducía en mi interior. Tensé la mandíbula y cerré los muslos en torno su cintura, buscando algo que arañar o morder con tal de no gritar. Dimitri me forzó a permanecer quieta durante los primeros minutos, cubriendo así mi cara de besos.

- Es momentáneo -susurró-. Relájate.

Cuando las intensas punzadas de dolor comenzaron a remitir, asentí con la cabeza. Movié sus caderas contra las mías, sustituyendo el tormento por una oleada de placer. Fundimos nuestros labios en otro profundo beso y le rodeé con los brazos, dejándome llevar por...

Tuve que abandonar el cuarto de baño antes de que mi mente terminara de revivir la escena. Acalorada y con las mejillas ardiendo al rojo vivo, volví a la habitación. Alexia siguió mis pasos como si se tratara de mi sombra y carraspeó de manera intencionada.

- Catherine, continúa aquí -puso las manos en sus caderas.

- ¿Qué voy a hacer ahora, Alexia? -mis ojos se anegaron de lágrimas.

Se abalanzó a mis brazos mientras emitía pequeños gritos de alegría, o eso supuse. Procuró no agitarme demasiado, pues durante estos últimos días las náuseas habían sido inexistentes y no sabía durante cuánto tiempo estarían ausentes.

- Seré tía -sus ojos brillaron por la emoción.

- Déjate las tonterías, por favor -supliqué, descansando las manos sobre sus hombros-. Necesito tu ayuda. ¿Cómo terminaré el curso? ¿Qué le diré a mis padres? Peor aún, ¿qué demonios voy a decirle al padre del bebé?

- Un momento -hizo una pausa-, ¿de quién se trata?

Mi corazón dio un vuelco y mordisqueé mi labio inferior antes de decir:

- Dimitri.

=====

Semana 2

Froté mi rostro con ambas manos mientras rodaba en la cama.

El mismo tema regresó a mi cabeza tan pronto como me espabilé: si iba a continuar con este embarazo no quería hacerlo sola, o al menos, no sin la compañía del otro responsable. ¿Sería capaz de mirarle a los ojos cuando lo tuviera delante? Me levanté y tras tomar una ducha, cambié mi ropa por otra más holgada. Era una estupidez, sí, pero esa manía ya se había deslizado en mi mente y no iba a desaparecer sin más.

Comprobé la hora antes de salir de la residencia.

Las clases no comenzaban hasta pasados tres días, y la boda de Dimitri se celebraba dentro de dos fines de semana. Hoy era viernes. Sabía que esto arruinaría por completo sus planes y su final feliz, y no deseaba contarle. No obstante me veía obligada a hacerlo.

Me despedí de Alexia, que recién se acababa de despertar, y subí la cremallera de la chaqueta de cuero hasta arriba. Introduje las manos en los bolsillos para protegerme del frío y agaché el rostro. Afortunadamente nadie nos había visto entrar en la residencia el lunes de madrugada, tras la fiesta, así que por el momento el secreto permanecía entre Alexia y yo.

Dimitri Ivanov impartía clases de finanzas y economía en la facultad, así que no tendría problemas para dar con él. Además de empresario, playboy y millonario, él empleaba parte de su tiempo en enseñar. ¿Cómo podía calificar aquello?

- Buenos días, Catherine -la señora Bernard mostró una encantadora sonrisa-. ¿Qué le trae por aquí? Rara vez la veo pasar por esta facultad.

-

Estoy buscando al profesor Ivanov. ¿Se encuentra aquí?

- Sí, en el aula trescientos cinco. ¿Ocurre algo?

Me encogí de hombros.

- No, tan solo olvidé entregarle el regalo para su boda. Ya sabe, no puedo evitar adelantarme a los acontecimientos -una carcajada nerviosa escapó de mi garganta y me adentré en el pasillo.

La señora Bernard me estudió de arriba abajo antes de regresar con el papeleo. Subí las escaleras de dos en dos hasta llegar a la tercera planta y busqué la clase correspondiente. A través del pequeño ventanal que adornaba la puerta pude verle. Sentado sobre una esquina del escritorio, con corbata y chaqueta, explicaba lo que parecía ser unos gráficos. No supe si era más irresistible con o sin ropa.

Intenté alejar ese tipo de pensamientos, ya me sentía lo suficientemente arrepentida como para añadirle más cargos a la lista.

- ¿Profesor? -pregunté tras golpear la puerta varias veces-. ¿Puede salir un momento, por favor?

Dimitri depositó los folios sobre el escritorio y buscó mi mirada. Vi como su rostro se crispaba el tiempo suficiente como para saber que no se esperaba mi visita; no tras lo ocurrido. Los alumnos alternaron una confusa mirada y Dimitri se excusó para poder salir.

Evité tocarme cuando pasó por mi lado y cerró la puerta.

- ¿Qué haces aquí? -murmuró de forma alterada.

- ¿Creías que iba a volatilizarme en el aire?

- No. Lo cierto es que yo también quería hablar contigo sobre... ya sabes. Dios, ni siquiera soy

capaz de pronunciarlo. No te

puedes imaginar lo mal que me siento.

Aquello me sentó como una patada en el estómago.

- No te preocupes por Svetlana, no pienso decirle ni una palabra -prosiguió-. Esto será un secreto entre ambos, ¿de acuerdo? Joder. De verdad que lo siento, estaba muy borracho, ni siquiera lo pensé dos veces antes de abalanzarme...

- Vaya, esto no está siendo para nada incómodo -ironicé.

- Catherine, por favor, tienes que perdonarme, pero no soy capaz de estar aquí por más tiempo. Lo siento. Sé que es egoísta de mi parte pedirte que no te presentes en la boda, y también resultaría extraño, sin embargo, es lo que siento que debo hacer.

Quise protestar, no obstante, mantuve la boca cerrada y asentí una sola vez. Dimitri parecía sufrir pues sus ojos brillaron y no fue por emoción. Fruncí el ceño, creyendo que en cualquier momento podría echarse a llorar. Se giró sobre sus talones y regresó al interior del aula.

Me dejó ahí, estupefacta, incapaz de creer lo que acababa de suceder.

- Ha sido muy amable por tu parte conocer tu opinión -murmuré para mí misma.

Abandoné el edificio con rapidez y me estremecí cuando una suave brisa de aire me removió el cabello. Mordisqueé mi labio inferior con nerviosismo en un intento de aguantar el llanto y me senté en uno de los bancos libres.

- Estamos solos, pequeño -dije mientras apoyaba una mano en mi estómago.

Crucé las piernas y estudié los alrededores. La gente iba y venía de un lado para otro, pues no todas las facultades tenían los

mismos días de vacaciones. Yo estudiaba Historia, y disponía de una semana y media de descanso por motivos de fiesta regional.

Intercepté a Alexia en la distancia. Hablaba por teléfono mientras reía como una posesa. Cuando miró en mi dirección, alcé la mano y la sacudí en el aire. Precisaba de su ayuda después del baldo de decepción que había caído sobre mis hombros. No era una chica a la que le agradaba llorar, en raras ocasiones lo hacía. Sin embargo, en estos momentos...

Alexia se aproximó con rapidez y guardó el teléfono en su bolso de mano.

- ¿Qué tal te ha ido con Mr.Cañón? -movié las cejas.

- ¿De verdad quieres saberlo? -aparté la mirada.

- Sí.

- No le he dicho nada porque no ha querido escucharme.

Tomó asiento a mí lado, depositando el bolso en su regazo.

- ¿Lo dices en serio? -apoyó una mano sobre mi antebrazo-. Lo siento.

Encogí los hombros, restándole importancia.

- No tienes nada que sentir. Tras los nueve meses de embarazo, y sino tengo más opciones, daré el bebé en adopción -me dolió en el alma pronunciar esas palabras-. No puedo hacerlo sola.

- ¡Ni loca permitiré que cometas semejante barbaridad! -bramó-. Te dije que podías contar conmigo, ¿y qué hay de tu familia, eh? Trabajaré horas extras si es necesario, pero no perderás a

ese bebé. ¿Me estás escuchando?

- Estoy tan agobiada -sollocé.

Me rodeó con sus brazos y me permitió llorar durante todo el tiempo necesario. Sabía que Alexia tenía clases y que

probablemente llegaría tarde, sin embargo, no me vi capaz de soltarla. Enjuagué las lágrimas con la manga de mi chaqueta y enderecé la espalda.

Alexia me entregó un pañuelo y miré al cielo, cerrando los ojos.

- Ahí está -murmuró, y ladeé el rostro hacia mi derecha-. Dimitri acaba de salir.

- Me marcho -me levanté apresuradamente-. Tengo cosas que hacer.

- No puedes huir de aquí en adelante, Catherine. En algún momento tendrás que confesar la verdad, aunque él no quiera escucharla.

- Hablamos luego -sentencié.

Crucé los brazos sobre mi pecho y caminé con zancadas largas hacia la estación de metro. Pagué mi billete y tomé asiento en el primer hueco libre que encontré. Mis padres vivían en la otra punta de Manhattan, y hacía más de dos semanas que no hablaba con ellos.

Quería comunicarles que iban a ser abuelos.

La palabra sonó igual o incluso más rara como si la hubiera pronunciado en voz alta. Recogí mi pelo en una coleta alta y bajé del metro. En esta parte de la ciudad el cielo había comenzado a encapotarse de nubarrones, lo cual significaba que tarde o temprano comenzaría a llover, o a nevar. Esperaba que no fuera ni lo uno ni lo otro, pues tenía que regresar a la facultad del mismo modo en el que había llegado hasta aquí. Suspiré y me adentré en las ajetreadas calles.

Divisé la encantadora casa en la cual pasé mi infancia y sonreí interiormente. No pude evitar pensar que dentro de unos meses podría traer a la criatura que llevaba dentro a este mismo lugar.

¿Realmente

estaba sucediendo esto?

- ¿Mamá? ¿Papá? -dije nada más entrar.

Escuché las voces provenientes de la cocina y acto seguido, mi madre apareció con los brazos abiertos. Mis ojos volvieron a anegarse de lágrimas y tuve que hacer un tremendo esfuerzo para contenerlas. Le devolví el abrazo torpemente y esboqué una tímida sonrisa.

Mi madre se llama Sylvia, y tiene cuarenta y tres años, al igual que mi padre, Dan. Los dos se conocieron hace casi treinta años durante un viaje de estudios en Rusia, y desde ese entonces no pudieron parar de pensar el uno sobre el otro. Una auténtica historia de amor. Como ya he mencionado, no soy hija única. Patrick tiene casi veintisiete años, y estudió en la misma promoción que Dimitri. De hecho, fueron amigos durante la infancia, pero todo se arruinó tras la marcha de mi hermano y los compromisos de Dimitri hacia la empresa de su padre.

- Vaya, deberías visitarnos más a menudo -mi padre dobló el periódico sobre la mesa y prestó toda su atención en mí-. Te independizas en la residencia y ya te olvidas de nosotros.

- Papá, tengo diecisiete años, ¿de verdad creías que me marcharía sin oponer resistencia?

- ¿Qué te trae por aquí? -mi madre intervino-. No me digas que ya te has gastado tu paga mensual.

- ¡No, nada de eso! -sacudí la cabeza-. Tengo que hablar con vosotros, es muy importante.

Intercambiaron una mirada y tomaron asiento en los sillones del salón.

La próxima escena se asemejó con la de una película que vi unos meses

atrás. La única diferencia era que esto estaba sucediendo realmente y no frente a una cámara. Mi corazón comenzó a golpear con fuerza contra mi pecho y tuve que aferrar el bordillo de mi camiseta para controlar los nervios. Mis manos temblaron y me vi obligada a sentarme frente a ellos.

- ¿Ocurre algo? -mi madre clavó su mirada en mí.

- Sí -humedecí mi labio inferior-. No quiero ir con rodeos, así que iré directa al grano.

Tomé una profunda bocanada de aire y dije:

- Papá, mamá, estoy embarazada.

Entrelacé las manos sobre mi regazo y cerré los ojos. Me esperaba escuchar gritos, golpes e incluso insultos procedentes de ambos, sin embargo, ocurrió lo que jamás habría llegado a adivinar: ambos estallaron en carcajadas. Abrí los párpados de nuevo y les miré, incrédula.

- ¿De verdad piensas que nos lo íbamos a creer? -mi padre limpió las lágrimas-. Sabemos lo de las novatadas, las típicas bromas que se realizan al comenzar el curso. No ha colado, cariño.

- Sois impresionantes -chisté-. Jamás bromearía con algo de esto, ¡joder! Lo digo en serio. He pasado una semana horrible debatiéndome sobre lo que debo hacer y lo que no y ahora que decido contarlo os reís de mí. ¡No necesito esto!

Una lágrima resbaló por mi mejilla y la limpié con rapidez.

La faceta gélida y seria que adoptaron mis padres se convertiría, con toda seguridad, en una imagen que jamás olvidaría. La decepción, la tristeza y el miedo hacia lo desconocido se hizo palpable en el ambiente, por parte de ellos y mía.

- ¿Cómo ha sucedido? -la voz autoritaria de mi madre me erizó la piel-. Quiero decir, ¿en qué estabas pensando en ese momento, Catherine Marie Miller?

- Asumo la culpabilidad de los hechos, mamá, y te juro que esa noche no estaba en mis cabales. Era la fiesta de despedida de soltero de Dimitri y una cosa llevó a la otra y...

- ¡Por el amor de Dios! -mi padre golpeó con el puño cerrado la mesita de café-. ¿Dónde puedo encontrar a ese bastardo? Pienso cortarle en pedazos.

- No, por favor, dejarme hablar -supliqué-. Averigüé el embarazo hace casi dos semanas. De hecho, así de avanzado va la gestación. Y estoy muy asustada. He intentado hablar con el padre del bebé pero él no quiere saber nada.

- ¡Y encima el muy hijo de puta, además de embarazarte, te abandona!

Jamás había visto a mi padre tan molesto y enfadado como en estos momentos. Su cara pasó de roja a color azul en cuestión de minutos y mi madre tuvo que aferrarlo de los hombros para calmarle. Escondí el rostro entre mis manos y las retiré al cabo de unos segundos.

- Él no sabe sobre mi estado. Intenté hablar con él esta misma mañana, pero se sentía tan mal sobre lo que hicimos que se retiró -no sabía porqué le estaba defendiendo, pero aún así lo hice.

- ¿Cómo has dicho que se llama? -mi madre apretó el puente de su nariz.

- Dimitri. Es... es el prometido de Svetlana -torcí mis labios en una mueca.

La expresión horrorizada no precisó de explicaciones.

No podía estar

más avergonzada.

- ¿Ella lo sabe? -volvió a mirarme al cabo de unos segundos.

- No, solo Alexia y vosotros dos. No pienso dejar los estudios si eso es lo que más os preocupa. Y trabajaré donde sea para conseguir el dinero. Y-yo estoy arrepentida de que...

- Suficiente, Catherine -mi madre abandonó su posición y me levanté al mismo tiempo que ella. No estaba preparada para escuchar lo siguiente-. Creí que tanto tu padre como yo te habíamos enseñado lo que hacer en esos casos, y no quiero que te sientas de esta manera. Estarás castigada para el resto de tu vida, sí, continuarás con tu estudios y tendrás prohibida cualquier salida.

Asentí repetidas veces. Una parte de mí aceptaba el castigo, me lo merecía, pero la otra se negaba a creer que solo yo tendría consecuencias. No era justo.

- Pero no quiero que pienses que no tienes nuestro apoyo -añadió finalmente.

La abracé tan fuerte como pude. Apoyé la barbilla en su hombro y mi padre palmeó mi cabeza con suavidad. El nudo que se había formado en mi pecho comenzó a deshacerse, pero fue momentáneamente. Continuaba teniendo la complicada tarea de hablar con Dimitri antes de que el embarazo avanzara más.

El resto del día continuó con normalidad. Permanecí en casa para comer, aunque no tenía nada de apetito. Los mareos ni aún habían comenzado, ni siquiera las náuseas. Me encontraba bien. Sabía que sería un hecho temporal pues mi cuerpo tendría que prepararse tarde o temprano para el crecimiento de esa nueva vida. Me despedí de mis padres y corrí bajo la lluvia hacia la estación de trenes.

La universidad estaba vacía cuando llegué, pues la mayoría de los alumnos estaban cenando o en sus respectivas residencias. Con el cabello empapado, al igual que el resto de la ropa, conseguí llegar a mi dormitorio. Cerré la puerta con un pequeño empujón y comprobé si Alexia se encontraba en su cama, o en la ducha. Nada. Estaba sola.

- Año nuevo, vida nueva. Yo lo he tomado de manera literal -susurré para mi vientre.

Tomé el móvil y escribí un mensaje para Alexia:

He hablado con mis padres, ya están informados de la situación. Cuento con vosotros tres. Gracias por todo, ¿tardarás mucho en llegar? No me apetece estar sola. Películas, palomitas, noche de chicas. ¿Qué te parece? Te esperaré en el dormitorio.

Pulsé en enviar y me recosté en la cama, sumiéndome en un estado de tristeza y agonía que me acompañaría durante el resto de esta larga etapa.

=====

Semana 3

¡Mierda! Llegaba tarde, muy tarde.

Recogí la carpeta del escritorio y me calcé mis zapatillas favoritas antes de abandonar la habitación. Era lunes por la mañana y hoy tenía que regresar a las clases. No obstante, y debido al embarazo y por trasnochar con Alexia día tras día, había dormido más de la cuenta.

- Por fin ha decidido aparecer, señorita Miller -el profesor me dijo una vez que pasé al interior del aula-. ¿No le parece suficientemente motivante mi clase?

- Lo siento, anoche dormí mal -mentí en parte-. No volverá a suceder.

- Continuemos con la lectura de la página doscientos treinta, por favor.

El vómito había comenzado hace cuatro días. Alexia era como mi niñera: me traía comida en los momentos más inesperados y evitaba que vomitara en cualquier rincón de la habitación. Jugué con un mechón de mi pelo y suspiré. No había visto a Dimitri desde aquella mañana en la facultad

de Economía, y la próxima semana era la celebración de la gran boda. Tenía los días contados para confesarle mi estado.

La clase transcurrió más rápida de lo esperado, así que me deslicé entre el gran tumulto de gente y abandoné el aula. Mi horario era escaso ese día, por lo que únicamente tuve que guardar las cosas en mi taquilla antes de poder marcharme a la siguiente hora. Tenía hambre, pero sabía que si comía algo terminaría echándolo horas más tarde.

Al final terminé sacando de la máquina expendedora una chocolatina con trozos de almendra y la devoré en cuestión de minutos. Relamí las comisuras

de mis labios antes de tirar el envoltorio a la basura y entré a la siguiente clase, es decir, Arqueología.

¿Dónde estás? Me aburro mortalmente. El mensaje de Alexia iluminó la pantalla de mi móvil. Lo escondí en el interior de mi bolso, situado sobre la mesa, y le respondí como pude. Ella tenía horario de mañanas y ya había regresado a la residencia. Yo debía de permanecer en clase dos horas más antes de poder reunirme con ella.

Mi móvil murió en la hora siguiente. Resoplé una y otra vez cuando el mareo aumentó. Me aferré con fuerza a la esquina de la mesa, sin ser capaz de aguantar el contenido. Recogí mis pertenencias, y haciendo caso omiso a la expresión del profesor, abandoné el aula. Fijé la mirada en el suelo y no me di cuenta contra quien impactó mi hombro mientras caminaba hacia los baños de mujeres. Conseguí llegar tras un costoso recorrido y me encerré en uno de los aseos vacíos.

Me arrodillé frente a él y eché lo poco que llevaba en el estómago.

- Deja descansar a tu madre, por favor -susurré a mi vientre-. Terminarás destrozándome.

Estiré de la cadena y salí al exterior.

Ahugué un grito y tropecé con mis propios pies cuando vi quien estaba frente a mi. Tuve que aferrarme a la puerta del baño contiguo para no terminar tendida sobre el suelo húmedo.

- ¿Te encuentras bien? -Dimitri tensó la mandíbula-. Casi me atropellas en el pasillo.

- Sí, estoy perfectamente. Gracias por mostrar preocupación hacia mi persona.

Le empujé y abrí el grifo. Refresqué mi

cara y cuello con agua helada y apoyé las palmas de las manos en el frío mármol. En estos instantes tenía una gran oportunidad para contarle todo, sin embargo, mi idea de confesarle mi embarazo no sucedía en un cuarto de baño de universidad.

Me sentía tan mareada que tuve que apoyar el trasero contra la encimera.

- ¿Podrías dejarme sola, por favor? Estás en el baño de mujeres -exigí.

- Estás cabreada, lo entiendo -frotó su barbilla-. Venía a disculparme por mi estúpido comportamiento, pero veo que has decidido adoptar la misma actitud que yo.

- ¿Pensabas que estaría llorando en mi habitación porque un tío me desvirgó y luego intentó hacer como si no existiera? Mhm, creo que te equivocas de lugar, chico.

- Tú invitación a la boda sigue en pie. No hablaba en serio -prosiguió a pesar de mi tono hosco e irónico-. Y lo siento, de verdad. Me comporté como un gilipollas.

- Disculpas aceptadas, ¿podrías marcharte ahora?

Me sostuvo la mirada durante unos instantes. Estaba cien por cien segura que, en estos precisos instantes, estaba estudiando mis facciones cansadas. Las ojeras habían crecido como manchas moradas bajo mis párpados, al igual que mi piel empalidecía con cada mareo que sacudía mi cuerpo. Me encontraba demasiado débil como para comenzar una nueva discusión. Lo único que precisaba era de una cama blanda y algo frío para aliviar las náuseas.

Olvidándome de mis propios problemas temporalmente, decidí estudiar su rostro. Él también se mostraba cansado. ¿Por qué? Tenía

una vida perfecta: un padre que le brindaba todo aquello que él deseaba, fiestas por doquier, una futura esposa que le complacería en todos los sentidos y tanto dinero que podría construir un palacio hecho de billetes.

Aún así, a pesar de todos los pensamientos negativos que cruzaban por mi mente, mi corazón volvía a revolucionarse ante su presencia. Recordaba la calidez de sus manos acariciando cada curva de mi cuerpo, sus labios besando los míos como si no hubiera un mañana. Tensé la mandíbula y cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro mientras esperaba a que abandonara el cuarto de baño de una maldita vez. Recordar la escena de sexo descontrolado era una tortura suficiente; no necesitaba añadir más recuerdos para aumentar la pena.

Al fin y al cabo, me había acostado con el prometido de mi mejor amiga.

- Deberías ir a un médico -prosiguió al fin-. Lo digo en serio, tienes un aspecto horrible. ¿Te ha pasado algo? Solo intento ser amable, si te molesto me marcharé en este mismo instante.

¿Por qué hacía esto? ¿Quería volverme loca?

Moví el cuello hacia ambos lados cuando una nueva sacudida de náuseas me inundó y no tuve más remedio que adoptar una pose fría y arisca. Necesitaba librarme de él aunque no fuera lo que más deseaba. Quería, más bien necesitaba, confesárselo en este mismo instante; compartir la pesada carga que tendría que soportar. Pero al ver el arrepentimiento en su mirada, me acobardé.

- Es un simple resfriado -me encogí de hombros-. Y, sí por favor, vete.

Asintió levemente y salió con la

misma rapidez con la que había entrado. La impotencia llegó a mí tras unos minutos y mordí mis labios para no echarme a llorar como una niña de diez años. Tenía que asumir la responsabilidad y la culpa de los hechos. Le confesaría mi estado. Lo haría.

Claro... Tarde o temprano tendría que hacerlo.

Intenté autoconvencerme de esa idea antes de salir del cuarto de baño. Cargué con mi mochila y todos los libros en mis brazos mientras regresaba a mi habitación. Esperaba encontrar a Alexia tirada sobre la cama, con la música a todo volumen y cantando como una posesa. Sin embargo, la estancia estaba vacía. Tiré mis cosas en una de las esquinas y, mientras iba ordenando el pijama que dejé tirado esa misma mañana, me percaté de lo que había sobre mi escritorio.

Fruncí el ceño pues, ¿cómo habían llegado esas dos tarjetas hasta aquí? Únicamente Alexia y yo teníamos las llaves para entrar al dormitorio. Me apresuré a abrir aquella que tenía escrito mi nombre con una letra inmaculada y leí su contenido:

Querida Catherine.

Con motivo de la celebración de mi compromiso, te invito a mi fiesta de despedida de soltera. Serás una de las invitadas de honor, por supuesto. ¡Tan solo mira la carta que te he hecho! Si Alexia no llega a leer la suya, comunícale esto de mi parte. Os espero el próximo lunes en casa. Por favor, no utilices la universidad como excusa. Ambas sabemos que no asistir a unas clases no supone una gran pérdida. Te espero allí a las ocho y media de la tarde. ¡No llegues tarde!

>Con mucho amor, Svetlana.

Sacudí la cabeza al mismo tiempo que deslizaba la carta al interior del sobre. Tomé asiento en la silla de escritorio y moví las uñas sobre la madera de roble mientras me detenía a pensar en una buena excusa. ¿Qué podría decirle a Svetlana para no asistir? Con toda seguridad, nos invitaría a tomar un baño en su futura e increíble piscina, ya que ella residía en una de las mansiones de los Ivanov. Entonces caí en la cuenta de que, a pesar de ser una fiesta para chicas, Dimitri podría encontrarse en la casa esa misma noche. Él no era estúpido. Me había visto vomitar, estar medio desmayada por los pasillos, y todo después de nuestro encuentro.

Caería en la cuenta de lo sucedido e iría en mi búsqueda.

Me estremecí ante esa expectativa y me apresuré a enviarle un mensaje de texto tanto a Alexia como Svetlana, anunciándole a la primera sobre la fiesta, y confirmándole a la segunda mi asistencia. Si mis cálculos no eran erróneos, me encontraba en la tercera semana del embarazo; prácticamente en el primer mes. A pesar de mi complexión delgada, todavía no había rastro del embarazo.

Podría llevar un bikini y nadie se percataría de la diferencia. La cabeza rubia de Alexia apareció por la habitación al cabo de unas horas. Llevaba con ella una bolsa cargada de comida recién hecha. Me negué amablemente a probar un bocado, y no me pidió explicación alguna.

- Entonces, ¿iremos a la condenada fiesta? -preguntó con la boca llena de comida.

- Por supuesto, ¿qué otra opción tenemos?

-bufé desde la cama-. Si no voy, sospechará algo. Dimitri sospechará. No puedo arriesgarme a que Svetlana descubra la verdad por culpa mía.

- Un momento, ¿estás asustada de contárselo a Dimitri, o que Svetlana descubra la verdad?

Ambas, quise responder. Sin embargo, me encogí de hombros como si no supiera a quién le tenía más miedo: si a la ira de mi amiga al descubrir lo que hice, o un posible rechazo de Dimitri. A fin de cuentas, él podía irse de la ciudad cuando le plazca. Podría abandonarme si así lo deseaba. Cubrí mi cabeza con la manta, ocultándome así tanto de los problemas como de la realidad, y, sin ni siquiera percatarme de lo siguiente, me quedé dormida.

* * * * *

Cuando desperté, el sol se estaba escondiendo en el horizonte.

Me desperecé en la cama, alzando las manos mientras apartaba las sábanas que habían quedado pegadas a mi cuerpo por el sudor. Me senté en el extremo final de la cama y miré a los alrededores. Todavía se filtraba un poco de luz a través de las rendijas de la ventana, y la cama de Alexia -situada frente a la mía- estaba hecha. ¿Dónde andaba esta mujer?

Como el sueño estaba completamente extinguido, y tampoco sentía más náuseas, aproveché esas valiosas horas para estudiar y adelantar tareas de la universidad. Acababa de comenzar, cierto, pero no podía perder el tiempo como hice en el primer cuatrimestre. Tuve las mejores notas, sí, pero quería mantenerme en la línea. Extendí una mano para aferrar el bolígrafo, y fue cuando me percaté de que las cartas ya no estaban.

Alexia debía de haberlas cogido.

Recordé el día en el que conocí a Svetlana. Ella era cinco años mayor que yo y Alexia. Cuando hicimos nuestra primera visita a la universidad, Svetlana nos recibió como guía para presentarnos nuestras respectivas aulas, asignaturas y profesores. Con tan solo veintitrés años -su edad actual- decidió comprometerse con Dimitri, a pesar de las insistencias de su hermano mayor, Jeremy. Personalmente no le conocía, ni tenía interés por hacerlo.

Los rumores que circulaban sobre él no eran bonitos. Suspiré pesadamente y regresé a los estudios. Tenía que prepararme física y mentalmente para lo que sucedería en apenas unos días:

otra fiesta de despedida en la que ningún desastre estaba permitido.

=====

Semana 4

La música podía escucharse desde dos manzanas de distancia. Afortunadamente, la casa se encontraba lo suficientemente alejada de los barrios como para que fuese un impedimento. Nadie llamaría a la policía porque la música no molestaría a ningún vecino. Svetlana había planeado una velada diferente a la que tenía en mente: una fiesta de pijamas. Creía que, debido a la importancia de la boda, celebrarían algo semejante a lo de Dimitri. Sin embargo, me alegré de que el alcohol no fuera el tema principal, ni tampoco los bailes.

Como era de esperar, Svetlana nos informó de que deberíamos llevar varia ropa de recambio: el bikini, un pijama y algo en caso de que decidiéramos salir a algún lado. No seríamos muchos invitados, unos treinta, más o menos. Teniendo en cuenta su nueva posición social, ese número era bastante reducido. Suspiré, bajándome del coche de Alexia y cerré la puerta con un suave empujón.

- Mis padres no querían prestarme el coche -dijo mientras bajaba del vehículo-. Creen que necesito más experiencia para poder conducirlo. ¡Venga ya! Me saqué el carnet tan pronto como cumplí los dieciocho años, no conduzco tan mal, ¿cierto?

Puse los ojos en blanco mientras sacudía la cabeza. No pensaba responderle pues sabía que contraatacaría con alguna de sus típicas bromas. Al principio yo me negué a subirme en un coche conducido por Alexia, pero tras comprobar que no era una loca al volante, tomé confianza.

Cargué con la mochila azulada a mis espaldas y subí las escaleras de mármol de dos en dos, deseando llegar al interior tan

pronto como fuera posible. ¿El motivo? Tenía la necesidad de comprobar si Dimitri se encontraba allí. No pude distinguir su Volvo entre todos los coches presentes; habían demasiados. Golpeamos la puerta, a la espera de que alguien nos recibiera, y una Svetlana con un bikini negro nos recibió, sonriente.

- Bienvenidas, chicas -nos rodeó con un brazo a cada una y nos estrechó contra su delgada figura.

- ¿De verdad creías que nos perderíamos esta fiesta? -Alexia me golpeó con el codo y arqueó ambas cejas-. Por nada en el mundo te dejaríamos tirada en las altas esferas de la sociedad. Catherine y yo también tenemos que aumentar nuestro rango -pasó los dedos por su cabello rubio.

Quise echarme a reír; de verdad que lo intenté.

Pero lo único que salió de mis labios fue un sonido que se asemejó más a unas uñas sobre una pizarra. Los nervios me habían dominado tan pronto como vi el rostro de Svetlana. ¿Por qué había aceptado venir? Maldita sea. Nos invitó a pasar al interior y nos condujo a la segunda planta, donde había preparado diversas habitaciones para la velada. Depositó la mochila sobre una de las camas vacías y se marchó para darnos privacidad. Teníamos que cambiarnos de ropa.

A pesar de las gélidas temperaturas en el exterior, la piscina se encontraba cubierta por paneles de cristales, conservando así el calor en su interior. No solo ocupaba el espacio de la piscina, sino también parte del jardín y las mesas. Me imaginé viviendo en un lugar como este, y me caí de mi sueño tan pronto como regresé a la realidad.

Usé

el cuarto de baño primero. Había consultado diversos blogs sobre embarazo antes de digerir alguna pastilla para calmar las náuseas. De esa forma me aseguraría evitar los vómitos, pero no los mareos. Pediría cita en la clínica tan pronto como pudiera. Consultar el estado del feto, y de mi cuerpo en sí, ayudaría a calmar mis alocados pensamientos. Me puse el bikini y cargué con la ropa a la estancia donde Alexia ya se había preparado.

- Caray, menuda rapidez -musité, deteniéndome frente al gran espejo.

No pude evitar fijarme en mi vientre. Lo hice de manera instintiva. Presioné las palmas de mis manos sobre mi plana barriga y giré en varias direcciones para comprobar si había alguna elevación. Nada. Mi cuerpo ni aún había comenzado con las transformaciones del embarazo.

- No te obsesiones -observé a Alexia a través del espejo-. Todo estará bien.

- No, no lo está -me dejé caer en la cama-. Alexia, no sabes cuanto me está costando guardar el secreto. No sé durante cuanto tiempo podré mantenerlo, no a Svetlana. Ella ha hecho tantas cosas por nosotras, por mí. Y yo... ¿Cómo pude hacerle esto? Va a casarse con el padre de mi bebé. No puedo arruinarle la boda de tal forma.

- ¿Sabes? -extrajo un chicle mentolado de su bolso y lo echó a su boca, masticándolo antes de señalarme con un dedo-. Me da igual lo culpable que te sientas. Yo no te veo de esa manera. Dimitri y Svetlana se conocieron en el campamento, al igual que tú y él. ¿No te das cuenta? Vuestra historia comenzó hace mucho tiempo, pero por culpa de tu testarudo carácter...

/>

- Sí, lo sé, gracias por recordármelo -bufé-. Pero, ¿qué querías que hiciese, eh? Apenas tenía quince años. ¡Y él es claramente mucho mayor que yo! Además, me irritaba tanto su forma de ser...

Alexia esbozó una sonrisa descarada y comprobó que no había nadie por el pasillo antes de abrir la puerta. Se hacía tarde; todos deberían de estar esperándonos abajo, en la piscina. Svetlana podría subir en cualquier momento y pillarnos en esta conversación.

- Podrás decir lo que quieras, Catherine, pero Dimitri se interesó por ti y no fue únicamente por la atracción sexual -suspiró con cansancio, como si el mero hecho de hablar del tema ya fuera algo sumamente agotador-. ¿Quién sabe? El destino ha barajado las cartas y mira en qué situación te ha puesto. Quizá deberías de prestarle más atención en esta ocasión.

* * * * *

- ¿Dónde demonios estamos? -grité en el oído de mi amiga al mismo tiempo que recorría el lugar con la mirada.

Esto no era lo que esperaba. Svetlana había mentido de una manera bastante descarada.

Más de doscientas personas se aglutinaban tanto en el interior de la piscina como en el césped. Los vasos rojizos apestaban a alcohol en la distancia, y la música hacía que los cristales de la mansión vibraran. Creímos en un principio que sería una fiesta de chicas. ¡Qué equivocadas que estábamos! Varios camareros con el torso desnudo se paseaban con bandejas cargadas de copas.

El deja vú me transportó

a la fiesta de Dimitri, y parpadeé repetidas veces con el fin de no perderme en mis propios recuerdos. Alexia enlazó su brazo con el mío y me arrastró al tumulto de personas, dispuesta a hacerme pasar un buen rato.

Buscamos a Svetlana con la mirada. O al menos, eso hicimos en un principio. Queríamos preguntarle cómo demonios dormiríamos tantas personas en apenas diez habitaciones de dos camas. No había espacio suficiente. Además, ¿qué pensaría el dueño de la mansión cuando viera semejante barbaridad? Mi odio hacia las fiestas solo hizo aumentar, pero tuve que mantener la boca callada e intenté adaptarme al ambiente.

- No, gracias -rechacé la quinta copa de alcohol-. No debería beber.

- Vamos, tanto Elena como yo escuchamos que batiste el récord de chupitos -una joven de cabello rosado volvió a extender la copa hacia mi posición-. Catherine, no pasa nada por una copa. Además, mira a tu alrededor. Todos están pasándolo bastante bien.

- Te he dicho que no, gracias -recalqué, forzando una sonrisa.

Cuando por fin pude disfrutar de mi soledad, tomé asiento en una de las banquetas de madera. Estudié con la mirada la cantidad de botellas presentes en cada una de las mesas y sacudí la cabeza ante la locura que acababa de pasar por mi mente: si Svetlana ya se comportaba de esta

manera, ¿cómo lo haría en unos años? Es decir, desde que comenzó su relación con Dimitri, cambió de la noche a la mañana. Dejó de actuar como solía hacer, y se basó en el comportamiento de su prometido. Quería agradecerle en todas las

formas posibles.

- ¡Métete en la piscina, el agua está ideal! -gritó Svetlana, salpicándome-. Vamos, ¡atrévete a saltar! Diviértete un poco Catherine, no estás cometiendo ningún pecado.

Si tan solo supieras...

Decliné educadamente la invitación y esperé impacientemente a que todos abandonaran la piscina para pasar a la estancia principal, donde la fiesta continuaría en un ambiente más privado. Las luces de colores, los bailarines profesionales y la música irían a donde la dueña estaba. Alexia correteaba de un lado para a otro con un vaso de plástico mientras contaba alguna especie de chiste a la misma chica que me había ofrecido la bebida.

Le saludé con la mano y le hice la seña de que entraría más tarde. No tenía ánimos para ese tipo de ambientes, no era mi estilo, y jamás lo sería. ¿Estaba mal tener gustos diferentes al resto? Es decir, con mi edad, lo natural era adorar las fiestas, beber y salir con los amigos. Pero yo no sentía la misma necesidad. Mordisqueé mis labios y me deshice de las chanclas antes de introducirme en la piscina.

Sin el alboroto de los adolescentes lanzando pelotas de plástico de un lado a otro, gritando y saltando al agua, nadar se hacía mucho más relajante. Me sumergí por completo, mojando así mi cabello y lo aparté de mi frente cuando salí a la superficie de nuevo. Había una parte de la piscina en la que no hacía pie, así que aproveché para bucear y nadar de un lado para otro con total libertad. Cuando me cansé de hacerlo, me senté en las escaleras, todavía en el interior de la piscina.

- Oh,

mierda -dije de repente, aferrándome al borde de la piscina.

Cubrí mi boca con una mano y abandoné el agua con la mayor rapidez posible. Corrí hasta una esquina y, sin poder evitarlo, me agaché para vomitar. Sujeté mi propio cabello para evitar mancharlo y me apoyé contra una de las mesas. ¿Qué? ¡Si había tomado la medicación! ¿Cómo era posible? Me senté en la silla más próxima, sin importar que estuviera empapada de pies a

cabeza, y distinguí mi toalla extendida en sobre el césped a varios metros.

Intenté levantarme. Quise hacerlo. Pero mis piernas no parecían funcionar.

Joder, malditos mareos y nauseas.

No distinguí si era sudor fría aquello que resbalaba por mi frente o las gotas de agua. Ese mismo problema me ocurrió en la universidad la semana pasada, y creí que no volvería a suceder. Acorde al famoso blog de embarazo, dependiendo de la persona, los vómitos pueden durar hasta el segundo mes. Hay gente que ni siquiera los siente. ¿Por qué todo me sucedía a mí?

Suspiré con alivio al ver un teléfono en la mesa contigua. Me daba igual de quién fuera, necesitaba comunicarme con Alexia lo antes posible sin entrar a la sala principal.

Marqué su número -lo aprendí de memoria hace ya varios años- y pegué el móvil a mi oído, a la espera de escuchar su voz. Recé una y otra vez para que hubiera bajado el teléfono de la habitación, o al menos, que alguien lo escuchara sonar y se lo llevara. Tras dos intentos, su voz resonó tras la otra línea. Parecía alejarse de la música conforme su voz se aclaraba.

- ¿Q-quié

es? -preguntó con rapidez, no sin trabarse en la primera palabra.

Mierda. ¿Tan borracha estaba?

- Catherine -respondí al instante, masajeando la zona inferior de mi vientre-. Necesito tu ayuda. No me encuentro muy bien. ¿Llevas dinero suficiente para llamar a un taxi? No creo que aguante toda la noche, y más con esa peste a alcohol y... No puedo ni pensarlo.

- ¿Qué? ¿Por qué? ¿Sucede algo?

- ¿Recuerdas los medicamentos que dije que tomaría? -dije al mismo tiempo que me decidía a levantarme para coger la toalla. Me estaba congelando-. Pues no han funcionado, para nada. Estoy peor que antes, si es posible. Tendré que hablar con la doctora acerca del embarazo y... De verdad, dile a Svetlana que lo siento, pero marchó en este mismo instante.

Alexia comenzó a gritar para que pudiera escucharla, así que tuve que alejar el móvil unos centímetros para no quedarme sorda. Por fin logré alcanzar la toalla y la presioné contra mi pecho, quedando de espaldas a la mansión. Estaba elaborando una lista de razones por la que debería quedarme en la fiesta. No iba a hacerlo. No podía.

- ¿Has dicho... embarazo? -una tercera voz entró en escena.

Reconocí ese tono varonil y autoritario al instante. No necesité mirar sobre mi hombro para saber de quién se trataba. Dejé caer el teléfono al suelo, que repiqueteó contra este antes de caer de lleno a la piscina. Cubrí mi boca de nuevo en un intento de ahogar el jadeo por el susto y enderecé la espalda.

Esto no puede estar pasando.

- Catherine,

¿estás embarazada? -Dimitri insistió, y acto seguido, escuché sus amplias zancadas aproximándose hacia mi posición.

La calidez de sus manos contrarrestaron el frío en mis brazos cuando me obligó a girarme. Afortunadamente, sostenía la toalla con tanta fuerza que por mucho que tirara de ella, no conseguiría arrebatármela. O eso supuse. Me obligó a mirarle a los ojos y ladeó el rostro hacia un lado, esperando a escuchar aquello que confirmara sus pensamientos.

- Sí -asentí con rapidez-, estoy embarazada -repetí por si no había quedado claro.

De acuerdo. Ya estaba dicho. Lo había confesado.

Dimitri cambió de expresión al instante. No entreví remordimiento, ni culpabilidad en su mirada. Es más, una pequeña chispa; un brillo se creó en las motas avellanas de sus ojos. Me sostuvo incluso con más fuerza antes de bajar la mirada hacia mi vientre, cubierto por la toalla. Tragué saliva, sin saber qué hacer, cómo reaccionar.

- Por eso fuiste a verme la otra mañana -prosiguió con un hilo de voz, cerrando los ojos momentáneamente-. Por eso me echaste del cuarto de baño la semana pasada. Lo sabías por ese entonces, y yo...

- No sé que decir -parpadeé varias veces antes de limpiar las gotas de agua.

- Siento tanto no haberte escuchado, ni siquiera pensé en las consecuencias después de lo que pasó aquella noche -le escuché resoplar-. Voy a ser padre y me caso dentro de un fin de semana. Dios mío, ¿en qué lío me he metido? No volveré a probar ni una gota de alcohol en la vida.

/>

Apoyé la frente contra mis manos y cerré los ojos.

- No puedes cancelar la boda -le dije con rapidez-. Si lo haces tendrías que confesarle a Svetlana lo que sucede y ahora que está tan ilusionada con su nuevo trabajo y el impresionante futuro que le espera, le destrozaría el corazón. Tan solo mira a tu alrededor, todo lo que ha hecho...

- ¿Quieres que siga adelante con esto? -se mostró sorprendido.

- Te casas porque la quieres, ¿no es así? -alcé la mirada en busca de la suya.

- Claro, sí -aclaró su garganta-. No obstante, no puedo abandonarte ahora. Ya me entiendes, ese bebé es mío, y no puedes pasar por esto tú sola.

Agradecí el haber escuchado esas palabras. No estás sola. No había tenido que suplicarle como imaginé. Dimitri tenía un cerebro dentro de esa alocada cabeza. Asentí varias veces y me aparté de la piscina, y de él. No tenía ánimos de permanecer en la fiesta por más tiempo, y tampoco junto a Dimitri. Entrelacé las manos sobre mi vientre antes de comenzar a recoger todo lo mío.

- ¿Adónde vas? -escuché su voz aproximándose.

- A la residencia. No me encuentro bien del todo.

- No puedes irte -me aferró del codo, deteniéndome-. Tenemos que hablar.

- ¿De qué? Estoy embarazada, tú eres el padre, seguirás con la boda y esto permanecerá en secreto entre nosotros. No hay nada de lo que hablar.

- ¿Te estás escuchando?

Intenté liberarme de su agarre. No lo conseguí.

- Svetlana

podría salir aquí en cualquier momento. No quiero que nos vea juntos, no podemos permitir que nos pille así. Me marcharé a casa, descansaré y por la mañana estaré en condiciones de hablar. Además, ¿qué quieres que te diga, eh? No pienso abortar, y dar el bebé en adopción no es otra opción. Tengo que seguir adelante sea como sea, con o sin tu ayuda -evadí su mirada.

- Te acabo de decir que pienso ayudarte en todo lo que me sea posible -murmuró.

- Bien, pues empieza por dejarme espacio. Me agobias.

Por fin soltó mi brazo y pude terminar de recoger las cosas. Obligatoriamente tendría que cruzar el tumulto de personas para recoger mis cosas. Dimitri me observó alejarme, no hizo nada para detenerme, y me sentí agradecida por aquello. Abrí las puertas de cristal y me deslicé entre todos los presentes y subí por las escaleras. A pesar de continuar empapada, y con la necesidad de salir de ahí lo más rápido posible, me puse el vestido sobre la ropa y salí corriendo.

Tuve que llamar a un taxi a través del teléfono. Cuando por fin llegué a la residencia, pude respirar con tranquilidad. El nudo en mi pecho comenzó a deshacerse con lentitud. El mal trago había pasado.

¿Quién me lo hubiera dicho?

Escuché mi móvil vibrar en el interior de mi mochila y me apresuré a mirar de quién se trataba. Era un número desconocido, pero solo necesité leer el mensaje para saberlo.

He pedido cita en mi clínica privada. La doctora podrá atenderte el próximo miércoles. Por favor, intenta no golpearme cada vez que veas mi rostro. Sé lo que sientes, pero mi empresa necesita a alguien con una imagen impecable. -D.

- Pienso estrangularte mientras duermes, Alexia -señalé al móvil, pues si Dimitri había conseguido mi número de teléfono tendría que haber sido a través de ella.

Tras tomar una ducha de agua caliente, me puse el pijama y me deslicé en las frías sábanas. Me acurruqué contra la almohada, mirando a las luces de los coches a través de la ventana, e intenté no pensar en el rostro de Dimitri antes de caer dormida.

=====

Semana 5

Envolví mi cuerpo con la toalla y salí de la ducha. Pasé la palma de mi mano derecha por el cristal para quitar el vapor y tomé el cepillo para desenredar mi pelo. Desde que había despertado tenía los nervios a flor de piel. ¿El motivo? Hoy era domingo, y todos sabíamos que gran acontecimiento tenía lugar. Sequé mi pelo hasta que estuvo más o menos presentable y salí del cuarto de baño.

- ¡Dios mío! -jadeé, deteniéndome.

Tuve que aferrar la toalla con ambas manos para no dejarla caer a mis pies. Alexia había abandonado la habitación tan temprano que ni siquiera había tenido la oportunidad de hablar con ella. Tan solo dejó una nota comunicándome que nos veríamos más tarde.

- ¿Qué demonios haces aquí? ¿Quieres matarme de un susto? -grité.

Dimitri alzó una ceja, entrelazando las manos en su regazo mientras se encogía de hombros.

- No seas quejica. Has tardado más de treinta minutos en ducharte. He estado a esto -hizo un gesto con los dedos- de sacarte yo.

- ¿Esperas mi agradecimiento? -bufé.

Esbozó una pícaro sonrisa mientras aferraba uno de los peluches que decoraba mi cama y lo abrazó. Humedecí mi labio inferior mientras sacudía la cabeza. Menuda forma de comenzar el día. Noté su mirada recorrer las curvas de mi cuerpo, e incluso ladeo el rostro para poder contemplarme mejor.

- ¿Qué te parece? -le habló al oso de peluche-. ¿Le damos un cien de diez?

Inspiré profundamente para no perder los nervios y me aproximé a él, cruzando un brazo sobre mi pecho mientras le arrebatava el peluche.

- Vete, perverso.

- Tengo que hablar contigo -mantuvo la mirada inmóvil en el escote de la toalla-. Ayudaría que te cubrieras un poco. No sólo porque no puedo concentrarme, sino porque podrías coger un resfriado y eso no ayudaría al bebé.

- No empieces con el rollo de padre sobreprotector. Tengo la potestad de echarte de aquí, te encuentras en mis dominios -señalé a la puerta-. Y los ojos están en mi cara, no en mi pecho.

- Lo sé -asintió antes de exhalar un pesado suspiro-. Sin embargo, un hombre tiene que aprovechar la oportunidad de ver a una mujer tan bonita en, bueno -aclaró su garganta para ocultar la risa-, en tan poca ropa, de hecho.

- ¡Ugh!

Le lancé el oso de vuelta y lo atrapó en el aire.

Mientras Dimitri se entretenía ojeando cada objeto que había sobre la superficie del escritorio, yo regresé al interior del cuarto de baño. Dejé caer la toalla al suelo y me apresuré a ponerme la ropa. Cuando dispuse de unos minutos de tranquilidad para pensar, intenté relajarme. No sé cómo había entrado, ni cuándo lo había hecho. Su presencia me agradaba más de lo que deseaba. Presioné una mano contra mi pecho, sintiendo las pulsaciones acelerarse y refresqué mi rostro de nuevo.

Había optado por un vestido color crema con unos tacones de pocos centímetros. No quería destacar más que la novia y, de todas formas, estaría allí unas pocas horas. Recogí la ropa del suelo para echarla en el interior del cesto nombrado ropa para la

lavandería.

Cuando regresé a la habitación, me encontré con Dimitri tumbado en la cama y un anticuado álbum de fotografías entre sus manos. Puse los ojos en blanco y fui en busca de mis zapatos.

- ¿Por qué te arreglas tanto? -preguntó.

- Eh, ¿por qué crees? Domingo, Svetlana, tú... ¿boda? -respondí.

Miré en todas direcciones en busca de la caja de zapatos, sin resultado alguno. Opté por ponerme unos pendientes de perlas y recogí mi pelo en una elegante coleta. Me sorprendí a mí misma del resultado. Apliqué un poco de brillo de labios y sombra de ojos antes de mirarme en el espejo de metal que Alexia adquirió a través de Ebay meses atrás.

Por fin encontré los malditos tacones. Alcé un pie mientras hacía equilibrio con el otro para poder abrochar la pequeña hebilla. Entonces, Dimitri dijo:

- No hay boda, Catherine -se incorporó-. Sobre eso quería hablarte.

- ¿¡Qué no hay qué!?

Perdí el equilibrio y me precipité hacia el suelo. La visión de mi cuerpo golpeando la esquina del escritorio pasó ante mis ojos en unos segundos, no obstante, Dimitri fue mucho más veloz de lo esperado y logró sostenerme antes de poder abrirme la cabeza. Uno de sus brazos se deslizó por mi cintura mientras me aferraba del brazo con la mano libre, alzándome a varios centímetros del suelo.

- ¿Podrías dejar de ser tan torpe, por favor? -musitó.

- No me des estos sustos mientras no tengo ambos pies en el suelo -ironicé.

Me retorcí en el fuerte

apretón de su brazo para poder buscar su mirada. Quería ver si se trataba de una broma pesada, tenía que serlo. Mantuvo la mano en mis caderas y, puestos a ser sinceros, no me incomodó tanto como pensaba. Después de todo lo que hizo aquella noche, que tocara mi cuerpo sobre la tela del vestido no era nada.

En sus ojos no había atisbo alguno de diversión. No mentía.

- ¿Cómo que no hay boda? -proseguí-. Dime que no has hecho lo que yo creo.

- No, así que hazme el favor de calmarte. Se trata de los padres de Svetlana, no han podido tomar el avión a tiempo y ella no quiere casarse sin su presencia, así que se ha pospuesto, no cancelado. El secreto se mantiene entre nosotros, por el momento.

- Pareces feliz -fruncí el ceño.

- Bueno -rascó su nuca-, dispongo de un par de días, quizá semanas, para disfrutar de mi libertad. No estoy preparado para renunciar al joven alocado que vive en mi interior. Además, tan pronto como firme el contrato de matrimonio, me convertiré en el dueño de las industrias Ivanov.

Me depositó en el suelo después de unos minutos y me giró para apartar un mechón que había quedado pegado a mi frente. Lo colocó tras mi oreja y me aferró del codo. Al ver que me negaba a tomar asiento, presionó las manos sobre mis hombros hasta que mi trasero chocó contra el colchón. Me obligó a permanecer sentada como si fuera una niña pequeña antes de tomar el otro tacón y terminar de abrocharlo. Esos pequeños pero dulces gestos ablandaban mi corazón.

Sacudió sus manos, incorporándose

y le miré desde mi posición.

- ¿Qué hago yo ahora? -resoplé-. He madrugado, desayunado mientras me duchaba, y no estoy bromeando, ¡para nada! ¿Por qué nadie me ha enviado un mensaje?

- Alexia se marchó a casa de Svetlana. ¿Qué te parece si vamos a dar un paseo?

- ¿Cómo dices? -entrecerré los ojos, bastante confundida.

- Escúchame, Catherine. Vamos a tener un hijo, ¿de acuerdo? No quiero que nos convirtamos en la típica pareja con mutuo odio que está obligada a compartir tiempo únicamente por el bebé. No, nada de eso. En su tiempo fuimos amigos, y podemos continuar siéndolo a pesar de los hechos.

- Oh.

Su mini discurso me había dejado sin palabras. Había supuesto desde un principio que la palabra amistad estaría vetada entre nosotros, sin embargo, nunca me habría imaginado nuestra relación desde ese punto de vista. No era ni por asomo algo incómodo o estúpido. Dimitri formaría parte de mi vida a pesar de que yo me negara a que eso sucediera, por el bien de mi amiga, por supuesto. Aguardó a que dijera algo, pero permanecí en silencio unos minutos más.

- De acuerdo -asentí levemente-, tienes toda la razón. Perdona.

- No tienes por qué disculparte -introdujo las manos en los bolsillos de sus pantalones y caminó alrededor del diminuto espacio-. Entiendo perfectamente el motivo por el que siempre has intentado evitarme -iba a reprochar, pero su silbido me lo impidió-, y no lo niegues. Te conozco aunque no lo creas y, bueno, aprovechando que no hay nada que hacer hoy,

te invitaré a comer.

Esto era a la vez algo bueno, y un error tan grande como una catedral.

Fingí pensarme la respuesta a pesar de que ya sabía qué responder. Cogí el bolso, introduciendo el móvil y mi cartera antes de añadir:

- Sorpréndame, señor Ivanov. Pero ten en cuenta que no necesito más problemas en mi vida.

* * * * *

El día de hoy se convirtió en la segunda sorpresa más inesperada del mes. Creyendo que comería en uno de los restaurantes de lujo que Dimitri frecuentaba, opté por no cambiarme de ropa. Una vez más, Dimitri había logrado dejarme sin palabras. Tuve que quitarme los tacones para no torcerme un tobillo. Las insistencias del rico empresario de cargarme en sus brazos como una damisela en apuros era tentadora, sin embargo, no quería llamar más la atención.

Me arrodillé en el fresco y verde césped para alcanzar una cereza y la mordí hasta que solo quedó el fino palo marrón. Lo lancé sobre una de las servilletas y me acomodé contra un árbol, extendiendo las piernas sobre el césped.

- Si no lo hubiera visto, jamás lo habría creído -Dimitri se burló mientras jugaba con los botones

de su propia camisa-. Has devorado tres muslos de pollo, dos sandwiches de jamón y queso, las cerezas, las uvas, un trozo de tarta de chocolate y dos vasos de zumo en menos de treinta minutos. Explícame dónde se dirige toda esa comida ahora, porque estoy seguro que a tu estómago no.

- El bebé -dije mientras masticaba otra cereza-. Tengo que alimentarme

por dos. Una mitad de esa comida va para él, la otra me la quedo yo. Además, estaba realmente hambrienta.

Dimitri estalló en carcajadas mientras fingía creer mi penosa respuesta. Terminó de recoger lo que habíamos ensuciado, introduciéndolo a la fuerza en el interior de la cesta, y se recostó por completo; empleando los brazos como almohada. Seguía siendo el mismo Dimitri que conocí dos años atrás. Sonreí interiormente ante esos vividos recuerdos y suspiré.

El picnic había sido toda una sorpresa. Uno de sus guardaespaldas nos siguió en todo momento, por la seguridad de Dimitri había dicho, pero se alejó lo suficiente como para brindarnos privacidad.

- Cuéntame algo de ti que no sepa -Dimitri rompió con la paz del parque.

Sólo nos encontrábamos nosotros y unas cuantas parejas más. Al mismo llegar aquí me sentí bastante incomodada, después caí en la cuenta de las intenciones de Dimitri y me relajé: los periodistas le seguían a todas partes tras la cancelación de la boda. Nuevos rumores habían surgido y los entrevistadores se morían por conseguir las palabras de Dimitri en exclusiva. Este lugar era poco frecuentado por gente de su clase, así que nos camuflaríamos con facilidad.

No volvió a ponerme una mano encima -en el sentido de tocarme como había hecho esta misma mañana al evitar mi caída-durante todo el día.

Cuando me dijo que quería amistad, iba en serio. No se lo agradecí con palabras, pero sí con actos. No le expulsaría de mi vida como había procurado hacer durante las últimas semanas.

Tarde

o temprano la verdad saldría a la luz, pero mientras tanto, el embarazo sería un gran secreto.

- Estos dos últimos años han sido muy aburridos -me encogí de hombros-. Terminé el instituto, conseguí la máxima nota de toda la clase y me trasladaron a la universidad de forma automática. Allí conocí a tu actual prometida, Alexia y yo reforzamos nuestra amistad y... Bueno, aquí estamos.

No contestó a lo que dije. El motivo fue que su teléfono comenzó a sonar con un tono de música irritante. Se levantó tan rápido como le fue posible, aferrando el móvil y se alejó unos metros para contestar a la llamada. Al mismo tiempo, un mensaje de texto iluminó mi pantalla.

¿Dónde demonios te has metido? Problemas a la vista.

Fruncí el ceño ante el misterioso mensaje de Alexia y me incorporé, sacudiendo el vestido para deshacerme de los pequeños trozos de hierba que habían quedado pegados. Busqué el bolso con la mirada. Juraría que estaba a mí lado hace apenas unos minutos.

- Tengo que marcharme -el Dimitri serio y autoritario regresó tras guardar el teléfono-. Svetlana se pregunta dónde me he metido, también mi padre. ¿Sabes regresar a casa? ¿Necesitas dinero para un taxi? Yo mismo puedo llevarte en uno de mis coches, si así lo deseas.

¿Por qué hablaba como un... robot?

- No te preocupes -coincidí, restándole importancia-. Yo debería hacer una visita a mis padres. Lo cierto es que no se tomaron muy bien cuando les conté sobre mi embarazo, pero creo que con el tiempo se harán a

la idea. Además, me escapé de la residencia para asistir a la fiesta de Svetlana tras prometer que no saldría de la universidad, ni de casa, en una larga temporada.

- ¿Se lo has contado? -agrandó los ojos-. Dime que estás bromeando.

- No lo estoy. ¿Qué querías que hiciera, eh? ¡Me sentía muy mal, Dimitri! Necesitaba hablar con ellos.

Apretó el puente de su nariz, resoplando.

- Sí, de acuerdo, tienes razón. Hablamos luego, ¿de acuerdo?

- Te he dicho que sí. Vete ya -apoyé las manos en sus hombros y le empujé a caminar.

Avanzó varios pasos hacia el coche oscuro, pero volvió a detenerse. Cuando se giró, su cuerpo chocó contra el mío, y tuvo que aferrarme por las muñecas para que no cayera, de nuevo.

- El miércoles pon una buena excusa -hizo una pausa-. ¿Recuerdas el médico, cierto?

- Oh, mierda.

- Pasaré por la residencia a las nueve. Ponte algo holgado para que no moleste.

- Eres irritante -volví a empujarle-. Corre ya con tu prometida. Sé cuidarme por mí solita.

- No sabes lo equivocada que estás -dijo antes de subirse al automóvil.

Observé el coche alejarse y empequeñecerse con la distancia. La universidad quedaba a treinta minutos de aquí a pie, por lo que no merecía la pena malgastarse dinero en un taxi. Crucé los brazos, sosteniendo los tacones en una mano y comencé con el largo paseo. El sol contrarrestaba el frío del mes de Marzo. Suspiré, disfrutando de ese aparente día de felicidad y me permití sonreír.

Quizá

no todo estaba tan perdido como había imaginado.

Joder, Catherine. Regresa a la residencia de una maldita vez.

El nuevo mensaje de mi alocada amiga me hizo acelerar el paso. Se me había olvidado responder al anterior. ¿Qué había sucedido ahora? Giré en la siguiente manzana, crucé una calle poblada de tiendas en las que nunca había entrado -me anoté el nombre de la calle por si un caso tenía oportunidad para regresar- y mi cuerpo chocó contra el de otra persona al volver a girar.

- ¡Lo siento mucho! -me apresuré a decir, soltando los tacones para ayudar a aquel chico a ponerse en pie-. Iba distraída mirando el teléfono, ha sido mi culpa. Además, ando bastante apresurada. Perdona de nuevo -balbuceé con rapidez.

- Estoy bien, creo que no me he roto nada de vital importancia -bromeó, aceptando mi mano a pesar de que mi pequeño impulso no sirvió de ayuda-. Yo tampoco prestaba atención por dónde iba. ¿Te has hecho daño?

- No -sonreí brevemente.

- Entonces puede continuar con su camino, señorita.

Se apartó e hizo una divertida reverencia. Me despedí con la mano, dejando escapar unas pequeñas risotadas y me apresuré a proseguir con mi camino. Mis pies descalzos, y un poco doloridos, se sintieron aliviados tan pronto como pisé la moqueta suave de la residencia. Subí por las escaleras, evitando así esperar el ascensor, y me adentré en la habitación con rapidez.

Volví a dejar caer los tacones -rompiendo uno de ellos a su paso- cuando me encontré con una Svetlana llorando en el regazo de Alexia. Iba a preguntar que qué sucedía, pero Alexia siseó al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

- C-Catherine -sollozó Svetlana al mismo tiempo que limpiaba con la manga de su camiseta el rastro de lágrimas mezclado con rímel negro-. Ha pasado algo terrible, n-no sé como... He procurado estar ahí p-por él en todo lo que m-me ha necesitado y...

- Respira hondo y relájate -me acuclillé frente a ellas e intercambié una mirada con Alexia-. ¿Me puedes contar lo que ha pasado o...?

Con pesar, apartó la mano de la espalda de Svet para aferrar el periódico que descansaba junto a ambas. Tomé asiento en su lugar, desplegándolo, y sentí que el mundo se me caía sobre los hombros al ver la noticia que era portada -con toda seguridad- en todos los periódicos del país.

En ella aparecía una imagen de cómo Dimitri me aprisionaba contra la pared mientras me besaba. Era la entrada a la residencia de la universidad, se veía con total claridad el escudo grabado en una de las puertas de cristal. Afortunadamente, el brazo que Dimitri apoyó contra la pared cubría mi rostro, por lo que todos los titulares se preguntaban quién era la misteriosa acompañante del gran Ivanov.

Esto no puede estar pasándome, pensé.

- ¿Q-qué piensas hacer? -aclaré mi garganta para ocultar el temblor.

- Dimitri ha salido de viaje de negocios esta semana, así que tendré que esperar a la siguiente para hablar con él. En cuanto lo haga, pienso encontrar a esa maldita bastarda y la estrangularé con mis propias manos.

Oficialmente, mi vida pasaba al estatus de destrozada.

=====

Semana 6

Los rayos del sol se filtraron a través de la ventana, impactando directamente en mi rostro adormecido. Giré sobre un costado y resoplé, escuchando la alarma sonar sobre la pequeña mesilla situada a mi derecha. Logré apagarla antes de que despertara a toda la residencia y apoyé los codos sobre el colchón.

Era miércoles, concretamente las siete y treinta y cinco de la mañana. Alexia dormía plácidamente en la cama de en frente, pero se removió bruscamente antes de apagar la alarma. Temí por un momento que se despertara, pues ella desconocía la existencia de la cita con el médico. No quería ocultárselo, no obstante, había recibido un mensaje de Dimitri la noche anterior pidiendo explícitamente que nadie descubriera los verdaderos motivos de su desaparición.

Él no se encontraba en ningún viaje. Únicamente quería ocultarse de los fotógrafos mientras el

drama de la infidelidad continuara vigente. Eso me posicionaba a mí en mal lugar, puesto que yo era la supuesta amante del señor Ivanov.

¿Cómo iba a mantener esta tapadera?

Mientras arrastraba los pies hacia el cuarto de baño, rememoré la conversación de la noche del domingo. Svetlana permaneció en la habitación durante las próximas horas, e incluso pretendió cenar con nosotras. Se negaba a regresar a casa tras la gran humillación. Fingí que la comprendía y que mi angustia era por culpa de los nervios y no por el embarazo. No quería convertirme en su próxima víctima a pesar de que ya lo era.

Cerré la puerta tras de mí y acaricié mi vientre con la yema de los dedos. Si mis

cálculos no iban mal acababa de superar el primer mes, y una semana. Las consecuencias del paso del tiempo comenzaban a ser visibles: debido a mi complexión delgada, una pequeña elevación asomaba por la parte inferior de mi barriga. No pude evitar sonreír ante mi reflejo. En mi interior crecía una nueva vida y ni aún me había hecho a la idea.

Me deshice de la ropa tras ese breve momento de meditación. Tomé una ducha, me vestí e intenté comer algo que no me provocara náuseas más tarde. Una vez decente comprobé la hora. ¿Ya eran casi las nueve? ¿Tan rápido había pasado el tiempo? Aferré las llaves, mi teléfono y me apresuré a abandonar la habitación, cerrando la puerta con suavidad para no despertar a Alexia. Cuando salí de la residencia observé a los primeros alumnos pasar al interior de sus facultades para comenzar las clases. Procuré atravesar los caminos menos concurridos. Divisé a Dimitri con unas gafas de sol y una chaqueta de cuero negra, con el trasero apoyado contra un Mercedes rojo.

Me detuve e inspiré profundamente.

Dimitri estaba jodidamente bueno e irresistible.

Me recompuse con rapidez y proseguí con la marcha hasta llegar a su lado. Eché un vistazo a los alrededores, asegurándome de si estábamos solos, antes de golpear su hombro con suavidad. Nada de besos de cortesía, ni abrazos. No me percaté de que estaba hablando por teléfono hasta que susurró un leve adiós.

- Perdona -mordisqueé mi labio inferior con fuerza-. No quería molestarte.

- No lo has hecho -deslizó el móvil en el interior de su bolsillo,

que resultó ser el último modelo de la prestigiosa marca de Apple, antes de centrar su mirada en mí-. Tan solo terminaba de arreglar unos asuntos. Ya estoy disponible únicamente para ti.

- Me halagas, Ivanov.

Le saqué la lengua como gesto de diversión antes de apartarle del coche con un suave empujón. Me deslicé en el asiento del copiloto, y él cerró la puerta por mí mientras me abrochaba el cinturón. Mis manos habían comenzado a temblar en señal de nerviosismo, por lo que tendría que ocultarlo si no quería dar explicaciones poco convincentes a mi compañero.

Se acomodó en el lado del conductor y arrojó las gafas de sol a mi regazo. Me las probé y me miré en el pequeño espejo para ver qué tal me quedaban. Bastante bien, a decir verdad.

- Te las regalo -dijo mientras arrancaba el coche-. Siempre puedo comprarme otras.

- ¿Qué? No, no hace falta.

- Lo digo en serio. Tendrás que ir acostumbrándote a mis regalos.

Su pícara sonrisa delató la falsa seriedad de sus ojos.

- No pienso aceptar ninguno de ellos -cruce los brazos sobre mi pecho después de colocar las gafas de sol sobre uno de los asientos traseros.

- Me da igual que tú no lo hagas -extendió una mano para cogerlas, las volvió a poner sobre mi regazo y señaló a mi vientre-. Estoy seguro de que él, o ella, los aceptará encantados. Y en ese asunto no hay nada que puedas hacer.

Una vez más me había dejado sin respuesta. Sin embargo, me las apañé para contestar:

- Mientras el bebé

esté en mi interior haré lo que me plazca.

- Tu autoridad no puede doblegar a la mía -mantuvo una mano en el volante antes de pisar sobre el acelerador. Intentó centrar la mirada en la carretera, pero sus ojos iban y venían hacia mi posición.

- Cargaré a tu hijo durante nueve meses, ¿sabes? Y eso conlleva graves consecuencias, como que mis caderas se ensanchen o engorde varios kilos, entre otras. Yo mando ahora.

- Un momento, Catherine -alzó una mano-. ¿Quién fue el que te ayudó a crear...?

- ¡Para, sí, ya sé lo que vas a decir!

El rubor bermellón subió a mis mejillas y le propiné un buen puñetazo en el hombro. Estaba segura que yo me había hecho más daño en los nudillos que él mismo. Su piel fuerte y musculosa parecía estar hecha de algún material indestructible. Un momento, ¿en qué demonios estaba pensando? Sus carcajadas invadieron el coche y bufé, apartando varios mechones de mi frente. ¡Lo que había que aguantar! Ladeé el rostro hacia la ventana, evitando así encontrarme con su penetrante mirada y esperé impacientemente a llegar a la clínica.

Jamás había transcurrido por estas calles. Las tiendas eran demasiado bonitas como para que la ropa de los escaparates fuera asequible. No tenía punto de comparación con la que yo encontré. Giró a la derecha, y siguió recto hasta entrar a la zona del parking. Aparcó en el hueco más alejado -a pesar de que apenas habían dos o tres coches- y apagó el motor.

Bajó antes que yo y aproveché para guardar las gafas en mi bolso. Abrió mi puerta y extendió

una mano, la cual aparté de manera educada tras poner los ojos en blanco. Dimitri hizo un intento de ocultar su sonrisa antes de cerrarla.

Respira hondo, Catherine. No le estrangules en un hospital pues no serviría de mucho, pensé.

- ¿Nerviosa? -su voz interrumpió mis pensamientos.

- No. ¿Por qué iba a estarlo? -mentí.

- Bueno -frotó su barbilla-, vas a ver al bebé por primera vez. ¿De verdad no lo estás?

Me detuve para estudiarle. A juzgar por sus torpes movimientos, y las sonrisas venideras, Dimitri estaba muy inquieto. Apartó la mirada cuando se percató de la intensidad de la mía y apoyó una mano contra el Mercedes, disimulando.

- Tú sí estás nervioso, y ansioso de hecho -afirmé.

- ¿Hay algún problema con eso? -sonó ofendido.

Hice una mueca y quise golpear mi frente contra el pilar más cercano.

No había medido mi tono hosco e irónico. A decir verdad, ¿por qué había mentido acerca de mi estado? Es decir, el temblor de mis manos delataba mi nerviosismo. Jugué con mi anillo de plata, uno que encontré durante las semanas de campamento, antes de cerrar los ojos. No me había tomado el asunto tan en serio como debería. Dimitri relajó los hombros y se percató del temblor al seguir la dirección de mis gestos.

Por un momento dudó en tocarme. Cerró el puño y se echó atrás. Temía mi rechazo, pues no sería la primera vez que ocurría. Una tremenda punzada de pena atravesó mi pecho. Él intentaba ser amable y divertido conmigo, quería alcanzar una amistad,

y lo único que yo hacía era echarle de mi vida a patadas, evitarle a toda costa.

- Lo siento -musité.

Acorté la distancia y aferré su mano con delicadeza antes de entrelazar nuestros dedos. No supo ocultar el atisbo de satisfacción que mi falta de orgullo supuso, por lo que se limitó a encogerse

de hombros y a devolverme el apretón.

- Te prometí que intentaría ser tu amiga, ¿cierto? -esboché una tímida sonrisa-. No te preocupes, intentaré no apartarte de nuestras vidas de nuevo.

Al ver que no relajaba su posición, añadí:

- Relájate, por favor, es solo una ecografía. Y, por supuesto que estoy nerviosa, no quiero mentirte. ¡Voy a ver al bebé! Sé que en realidad debería estar muriéndome de preocupación por los rumores que pronto comenzarán a circular, pero... -suspiré-. No lo estoy. Es más, me siento feliz. Y espero que tú también lo hagas.

- Gracias, Cathy.

Besó mi frente, y mantuvo sus labios presionados contra mi piel casi sudorosa durante unos largos y tortuosos segundos. Apoyó una mano en mi espalda y me empujó a caminar hasta el interior del edificio, cruzando los aparcamientos. Durante el camino hacia la consulta un silencio monumental reinó entre nosotros. No fue incómodo para mí, y esperaba que para él tampoco.

Una vez en la clínica, tomé asiento en una de las sillas azuladas y crucé las piernas. A pesar de la temprana hora -casi las diez menos cinco de la mañana-, en la sala se encontraban tres mujeres más aparte de nosotros dos. Una de ellas tenía un vientre tan grande

que parecía que iba a explotar en cualquier momento. Incluso le impedía cerrar las piernas con su totalidad, aún así, acariciaba su barriga con sumo cariño. Sonreí ante ese gesto. Dimitri jugó con su corbata mientras miraba a un punto fijo en el suelo. Parecía un niño pequeño con esa expresión.

¿Qué aspecto tendría el bebé?

La vaga imagen de un niño parecido a Dimitri iluminó mi rostro. Enseguida bajé de las nubes y procuré no pensar en ello. Él era su padre y nada más. Solo eso. El padre.

Las mujeres fueron pasando a la consulta y abandonándola conforme los minutos avanzaban. Al parecer varios doctores trabajaban al mismo tiempo. Inquieta, me incorporé y caminé de un lado para otro mientras tarareaba una canción en mi cabeza. Dimitri no se movió.

- ¿Catherine Miller? -la enfermera llamó desde una de las salas.

Como si me hallara en clase, alcé la mano y asentí. Comencé a preocuparme por el estado del empresario multimillonario situado frente a mí. ¿Estaba en shock? ¿Se desmayaría? ¿Le daría algo aquí, frente a mí? Le aferré del brazo y tiré de él hasta pasar al interior de la consulta que la enfermera indicaba. Siguió en silencio y con expresión de haber visto un fantasma durante varios minutos más.

Una mujer de cabello oscuro y unas gafas picudas que le rozaban la punta de la nariz me observó con una sonrisa que denotaba amabilidad. Como pude, intenté formar algo que se asemejara a otra sonrisa, pero lo único que logré fue crear algo parecido a una mueca.

- Tú debes de ser Catherine -afirmó

mientras depositaba los papeles de vuelta al escritorio. Se levantó para aproximarse a mi posición y estrechó mis manos-. Soy la doctora Keller. Por favor, tomen asiento. No todos los días una chica tan joven como tú se presenta en mi consulta.

- Siempre hay excepciones, ¿no? -reí nerviosamente.

Hice lo que ella pidió y Dimitri acomodó su corbata y chaqueta antes de sentarse. La doctora Keller aferró un bolígrafo, ajustó sus gafas, antes de centrar su mirada azulada en mí.

- Comencemos entonces, señorita Miller. ¿Desde hace cuanto sabe usted que está embarazada, o cree estarlo? -preparó un folio para escribir.

- Hace unas cinco o seis semanas, más o menos. Sé con toda seguridad que estoy en estado ya que me he hecho diversos tests y no he vuelto a tener el periodo -intenté explicarme lo mejor posible.

- ¿Sufre nauseas, vomito o desmayos?

- Sí a las dos primeras -me estremecí al recordar la escena de la piscina-. Nunca me he

desmayado. Y espero no hacerlo, la verdad.

Anotó cada una de mis palabras y aproveché esos minutos para mirar a Dimitri. Estaba rígido y con la mandíbula tensa. Descansé una mano sobre su muslo y lo pellizque de forma intencionada para llamar su atención. Reaccionó al instante y parpadeó, observando mi mano. Le hice un gesto con la cabeza hacia la doctora mientras arqueaba las cejas.

Esto era un hospital, nadie nos iba a matar.

- Debo suponer que él es el padre, ¿cierto? -prosiguió.

- Está usted en lo correcto.

- De acuerdo,

pasa por aquí, por favor.

La doctora desapareció tras una cortina blanquecina antes de apartarla por completo, dejando a la vista una camilla del mismo color y rodeada por dos máquinas. Reconocí una de ellas, siempre aparecía en las típicas películas adolescentes. Me sulfuré al reconocer que yo era como esas jóvenes de los programas de televisión. Embarazada a los diecisiete años y sin futuro. Dimitri se incorporó al mismo tiempo que yo y me siguió pegado a mis talones hasta el punto que llegó a pisarme los zapatos. Joder.

¿Qué le pasaba a este hombre?

- Túmbate aquí y alza la camiseta. Haz el favor de desabrocharte los pantalones.

- P-por supuesto.

Ella desapareció de nuevo de la consulta. Supuse que habría ido a buscar los materiales necesarios. Carraspeé intencionadamente para que Dimitri se diera la vuelta, y una vez que captó la indirecta puso los ojos en blanco. A pesar de que ya me había visto desnuda una vez, esto era completamente diferente, y no quería que la situación se torciera aquí, en una consulta de hospital.

No obstante, Dimitri permaneció con la mirada puesta en mí.

- Catherine, no seas una cría -me obligó a tumbarme y él mismo, con sus fuertes manos, alzó mi camiseta antes de deshacerse de mis pantalones. Le vi sonreír, la situación le parecía divertida e incluso excitante. Bufé-. Lista. ¿Has visto como no era tan complicado?

- No me trates así -refunfuñé-. Además, ¿qué demonios te ocurre? ¡Estás pálido!

- Estoy igual de atractivo que siempre -replicó

y presionó sus manos en mis hombros para recostarme por completo-. Ahora estate quieta, por favor. La doctora regresará enseguida.

Como él había supuesto, la doctora regresó con un pequeño tubo cilíndrico en sus manos. Esparció una crema fría y gelatinosa sobre la pequeña elevación de mi vientre antes de encender una de las máquinas, situada a mi derecha. La pantalla permaneció en negro hasta que deslizó lo que parecía ser otra parte de la máquina, mucho más pequeña, sobre la crema. ¿Cómo era su nombre?

Me despreocupé sobre ese tema tan pronto como la pantalla se iluminó, mostrando una imagen en blanco y negro. Conforme movía el chisme, el círculo cambiaba de lugar.

- ¿Ves eso? -señaló un redondel oscuro que parecía una alubia-. Ese es el bebé. Se encuentra en el interior de la placenta y... ajá -musitó algo para sí misma-. Todo lo que veo parece correcto. Pulsaciones, niveles arteriales... De todas formas, te mandaré una analítica de sangre para comprobar que tú también estás perfecta.

- De acuerdo.

- Tomarás vitaminas durante los próximos dos meses. Eso ayudará al crecimiento del bebé.

- ¿Podría llevarme una foto de la ecografía? -dijo Dimitri.

Llamó mi atención tan pronto como esas palabras abandonaron su boca. Ella asintió y me tendió una serie de pañuelos para limpiar la crema mientras ella procedía a la impresión de dicha ecografía. Dimitri me lo arrebató de las manos, y una vez más, limpió el resto de crema con delicadeza, sin ejercer demasiada presión, como si

podiera hacerme daño.

Me senté en la cama mientras él canastaba las bolas de papel en la papelera más cercana. Me subí los vaqueros, abrochándolos, y coloqué mi camiseta en su posición correcta.

- Aquí tienes -la doctora entregó la foto a Dimitri y a mi me dio unos papeles.

Se trataba de la cita para el análisis y la receta para las vitaminas.

- Gracias, doctora Keller -sonrió él de manera encantadora.

Tras acordar que nos veríamos pasados dos meses, abandonamos la consulta. Cuando llegamos a los aparcamientos de nuevo, y tras deslizarnos en el interior del coche, Dimitri me pasó la ecografía para que yo también pudiera verla.

- Ha sido precioso, Catherine -dijo él en mi lugar, señalando al redondel-. Sé que no tiene forma de nada, pero aún así lo es. Será el bebé más perfecto del mundo y, ¿sabes la razón?

Centré mis ojos en su rostro. Esa ilusión que reflejaba el brillo de su mirada, y la sonrisa encantadora, solo hizo que mi pequeño y tonto corazón de derritiera todavía más. Sacudí la cabeza, haciéndome la tonta antes de responder:

- No, sorpréndeme.

- Es obvio: yo soy el padre.

Y ahí se acabó el momento bonito.

Tanto él como yo estallamos en carcajadas. Puso el motor en marcha y regresó a la carretera con una velocidad que no estaba permitida. Aún así no me quejé. Aparcó en un lugar diferente, pues la zona de esta mañana debería de estar concurrida por gente. Nadie nos podía ver juntos. Se guardó la foto en el interior del bolsillo de su chaqueta y me miró, apenado.

- No podré acompañarte a la analítica -comenzó. Eso me chafó los ánimos-. Tengo asuntos que tratar con mi padre, también con Svetlana. Debo de regresar de mi supuesto viaje y dar explicaciones, a pesar de que no sean necesarias.

- Sí lo son -repuse yo-, y no te preocupes. Sé llegar al hospital por mí misma.

- Te veré tan pronto como me sea posible.

Supuse que esa fue su forma de decirme adiós. Me encogí de hombros, restándole importancia, y abandoné el coche. Se puso en marcha con rapidez y observé como el vehículo desaparecía al dar la esquina. Crucé los brazos sobre mi pecho y caí en la cuenta de que había perdido prácticamente todas las clases de esa mañana. Ya tendría tiempo para recuperarlas.

En estos momentos un tema mucho más importante ocupaba el cien por cien de mi cabeza:

Ser amigos no podría ser tan difícil, ¿no?

=====

Semana 7

Inspiré profundamente, reteniendo el aire en mis pulmones, antes de soltarlo con lentitud. Me

encontraba en la cola de espera de la enfermería del hospital. Según mi papel, mi turno era el trece. Y la persona situada frente a mí era la número doce. Mi pánico a las agujas era irremediable. Comenzó cuando tenía seis años, y todo fue a causa de una vacuna obligatoria que tenían que administrarme. Mi madre tuvo que aferrarme de ambos brazos y piernas para evitar que soltara alguna que otra patada al doctor. Al final todo se resolvió de forma pacífica.

- Siguiente -la enfermera situada tras un escritorio tachó lo que parecía ser mi nombre.

Entregué el papel correspondiente al mismo tiempo que remangaba mi camiseta. Era mi turno. Me tocaba superar mi terrible pánico a las agujas o me desmayaría ahí mismo, frente a todos. Un joven de ojos grisáceos sonrió con amabilidad y me indicó que tomara asiento. Extendí el brazo ante él y no tardé en notar el sudor frío resbalando por mi nuca.

- Mira para otro lado si quieres, tan solo será un pinchazo -me dijo al ver mi nerviosismo.

- Ya, claro, un pinchazo. Sí, pequeño -me burlé yo.

Como había supuesto, me mareé, y mucho. No quise mirar al tubo de sangre, y cuando me incorporé, mis piernas estaban temblando. El enfermero hizo el amago de levantarse para ayudarme a caminar, sin embargo, otro par de manos ya me estaban aferrando por las caderas.

- Te tengo, ya, respira hondo. Se pasará, es un leve mareo -una voz familiar sonó cerca de mi oído.

Me ayudó

a tomar asiento en una de las sillas de la sala de espera y me ofreció un pequeño sobre de azúcar para subir los niveles. Eso ayudaría a calmar el mareo. No obstante, no tenía ganas de tomar nada, así que rechacé la oferta con amabilidad. Tras secar la sudor, pude estudiar el rostro de la persona que había evitado quedar ridiculizada ante todos los presentes.

Lo reconocí al instante.

- Eres tú -le señalé, como si no fuera obvio-. Un momento, ¿cuál es tu nombre? ¿Cómo sabes que estaba aquí? ¿Me estás siguiendo? -balbuceé con rapidez.

Madrugar me volvía más tonta, si era posible.

- Me encontraba en la cola, detrás de ti -alzó su papel blanquecino-. Número catorce. Me temo que ya he perdido mi turno, volveré a pedir cita para la próxima semana -dijo el chico entre risas. Eso le hizo parecer más guapo de lo que ya era-. Mi nombre es Nathaniel, Nate para los amigos.

- Catherine -extendí una mano hacia su posición-. Perdona, no sé por qué he dicho eso.

- No te preocupes, es normal -tomó asiento junto a mí-. ¿Te encuentras bien ahora? Sigo pensando que un buen trozo de chocolate te subirá la tensión y los ánimos. Te invito a desayunar. Creo que hay una cafetería justo al torcer la esquina...

- Ya estoy mejor, ha sido por culpa de esa aguja -repliqué.

Me observó durante unos instantes más antes de esbozar otra sonrisa arrebatadora. Me ayudó a incorporarme y se aseguró de que no me caía hacia los lados al caminar antes de acompañarme al exterior. El frío de la mañana

me ayudó a relajarme. Apoyé las manos sobre una de las barandillas antes de estudiar el rostro de aquel joven.

Tenía una mandíbula bien marcada y una sonrisa encantadora. La forma de sus ojos y la expresión completa de su cara me recordó a Dimitri, y no supe por qué. Aclaré mi garganta cuando caí en la cuenta de que me estaba mirando y señalé a la parada de autobuses.

- Me temo que debo marcharme. La universidad me espera -comprobé la hora en mi teléfono de nuevo. Eran apenas las ocho y media, disponía de tiempo suficiente como para coger un autobús y llegar a la primera clase.

- Yo te llevo -jugó con las llaves que parecían ser de su coche-. Tardarás menos, y así te ahorrarás dinero. Además, podrás pasar tiempo conmigo, ¿qué hay mejor que eso?

- Me recuerdas a alguien que no me cae nada bien -mentí de manera descarada antes de exhalar un suspiro-. No quiero molestarte, seguro que tienes cosas que hacer.

- Para nada.

Me sostuvo la mirada antes de señalar a un vehículo de color negro aparcado al final de la larga fila de coches. Ladeé el rostro para estudiarlo mejor, queriendo comprobar si se trataba de un espejismo o ese coche se encontraba allí realmente. Puestos a ser sinceros, viajar con Nathaniel -Nate-, no me suponía molestia alguna. Es más, podría llegar a ser divertido.

No tenía nada que perder.

Desistí de la idea de ir caminando y acepté con amabilidad su invitación. Procuré no arañar nada cuando tomé asiento en el lado del copiloto y abroché el cinturón. Durante

el trayecto hablamos acerca de nuestras respectivas vidas. Me contó que trabajaba como técnico informático en el distrito de Brooklyn, a menos de una hora de Manhattan. Tenía veinticinco años, vivía solo, por lo que me dio a entender que estaba soltero. Aunque no quise pensar en aquello.

Antes de pasar por la universidad nos detuvimos en una cafetería. Me invitó a un donut relleno de chocolate y un café. Sonreí con amabilidad y, justo antes de bajar del coche -una vez que llegamos a la puerta de la residencia, por supuesto-, me pidió mi número de teléfono.

- Si tienes dudas acerca de alguna asignatura, no dudes en llamarme -dijo desde el interior del coche, ensanchando la sonrisa-. Los números y las matemáticas son lo mío. Y no me supondrá ninguna molestia, suelo venir mucho por aquí.

- Gracias.

Cerré la puerta y me despedí con la mano. No me esperé a que se fuera, sino que me apresuré a llegar a mi habitación, recoger los libros correspondientes, y salir corriendo a clase. No podía llegar tarde, no de nuevo, pues el profesor comenzaría a anotar mis retrasos y eso afectaría a mis notas. Me extrañó no ver a Alexia en la habitación, supuse que estaría en clase. Comprobé que todo estaba en su sitio antes de abandonar la residencia y adentrarme en ese tumulto de personas.

* * * * *

Dimitri

Coloqué las gafas de sol en el interior de su respectivo estuche y miré a mi reflejo. Había envejecido en estos últimos días lo que no había

hecho en diez años. Froté mi barbilla, recordando que debería de afeitarme pronto, antes de resoplar. Acababa de regresar de mi supuesto viaje de negocios, y tenía que hacerle frente a la realidad, cosa que había ido posponiendo durante la última semana.

Intenté olvidarme de Catherine. Tampoco lo conseguí.

Deshice el nudo de la corbata antes de lanzarla sobre la cama. Svetlana no tardaría mucho en aparecer, y con ella, la paz y el silencio desaparecería como si un torbellino hubiera arrasado la habitación. La comprendía, yo era el culpable de la situación, sin embargo, no me sentía tan apenado como había imaginado en un principio.

Al fin y al cabo, no puedes pretender estar herido por alguien a quien no quieres.

La puerta de abajo se escuchó y automáticamente, unos tacones ascendieron por las escaleras. Froté mi rostro antes de apoyar las palmas de las manos sobre el escritorio. Estudié los tatuajes que tantas veces había observado antes de tensar los puños. Mi tiempo se había agotado.

- ¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Entretenido? -dijo tan pronto como pasó a la habitación.

Svetlana cerró la puerta tras ella, haciendo eco en la soledad de la casa. Mí casa. No podía echarla aunque eso es lo que me hubiera gustado hacer. Sabía que estaba siendo duro, un mal novio. Pero había estado aplacado bajo la sombra de todos durante tanto tiempo que ya no sabía lo que hacer.

- ¿Has encontrado satisfacción con alguien más? Ya sabes, por si terminabas aburrido en algunas de esas supuestas conferencias -prosiguió, cruzándose

de brazos.

- Svetlana, por favor -alcé la mirada-. No sucedió lo que tu crees.

- ¡Basta de mentiras, Dimitri! -chilló-. ¿Crees que no he visto la maldita fotografía en cada una de las revistas del país? ¿En internet, en los periódicos? Me siento abochornada y... tan dolida.

Apreté el puente de mi nariz mientras dejaba escapar el aire que contenía.

¿Qué podía decirle? Confesarle que no solo compartí un beso con Catherine no era una opción. Ni siquiera podía mencionar su nombre. Debía de medir mis palabras para no desvelar el secreto. Tampoco deseaba perder el compromiso, no me estaba permitido semejante locura.

- Solo fue un beso -comencé con la mentira. No me sería muy complicado-. Iba borracho y confundí los hechos, ¿de acuerdo? Te prometo que no volverá a suceder.

- ¿Cómo sé que no lo volverás a hacer?

- Una palabra, nueve letras: confianza -me burlé-. Escúchame, Svetlana. Sé que últimamente no hemos estado en nuestro mejor momento, ¿de acuerdo? Y no quiero que ese beso destruya todo

lo que hemos construido durante estos dos años. A pesar del aplazamiento de la boda, seguimos juntos. Nos casaremos, como siempre has querido.

Me acostumbré a mentir tan pronto como entré en el mundo de las finanzas. La empresa de mi padre, encargada de la administración de una fábrica de coches, me obligó a abandonar mi adolescencia. No deseaba volver a convertirme en el mismo Dimitri que antes: alcohol o fiestas noche tras noche. O cosas peores. Mi mala fama me había perseguido durante

tanto tiempo que la prensa era incapaz de creer que realmente había conseguido sentar la cabeza.

Mi padre tampoco lo creía por completo, pero es lo que había.

- Dimitri. -Me percaté de que había comenzado a llorar tan pronto como mi nombre emanó de su voz temblorosa-. No quiero perderte. No a tan pocas semanas de nuestra boda, de lo que iba a ser el mejor día de nuestra vida. Yo quiero formar una familia, tener un futuro junto a ti.

Cada una de sus palabras se clavaron en mi pecho como puñales. Puestos a ser sinceros, nunca me había imaginado formar una familia. Ni con ella, ni con nadie. No tenía tiempo para eso, y desconocía como ese gran cambio emocional podría afectarme. Reconozco que soy frío y calculador, y un bebé rompería mis esquemas. Catherine ya había comenzado a hacerlo.

- Lo siento -acorté la distancia y acaricié sus hombros desnudos-. Sé que mis palabras no son suficientes para borrar mis errores, pero es lo único que me queda por darte.

- De hecho... -apartó la mirada, repentinamente cohibida-. Hay algo más.

Fruncí el ceño, pero me atreví a caer en su juego y pregunté:

- ¿De qué se trata? -ladeé el rostro-. ¿Quieres un nuevo coche? ¿Un Lamborghini? Espera, algo mejor. Me pasaré por Chanel más tarde y te compraré uno de esos vestidos que tanto te gustan. Sé que te gustaría recibir uno de color rojo, son tus favoritos.

- No...

Svetlana deslizó un dedo por mi pecho antes de alzarse sobre los tacones. Sus manos aferraron mi camisa con

tanta fuerza que me vi obligado a tomar asiento para no caer hacia atrás. Sus labios mordisquearon mi cuello mientras intentaba deshacerse de la camisa. Mi primer impulso fue frenarla, pero eso heriría sus sentimientos y sospecharía de algo más. Sin embargo, me veía incapaz de soportar el tacto de sus labios en mi piel. Algo había cambiado. No sentía lo mismo.

Las manos hábiles de Svetlana llegaron hasta la hebilla de mi cinturón y tuve que aferrarla de ambos brazos y apartarla con rapidez, arqueando ambas cejas.

- ¿Qué estás haciendo? -susurré.

- ¿No me está permitido seducir a mi futuro marido? -su respiración acortada hacía que su pecho se sacudiera con violencia. Parecía alterada, y no de la forma a la que estaba acostumbrado a ver.

- ¿Qué es lo que quieres? -fui directo al grano, sin rodeos.

- Hacer el amor -respondió, y esbozó una sonrisa que pretendió ser picarona.

A mí me provocó escalofríos.

¿Hacer el amor? Joder. Eso sonaba demasiado formal. Yo no lo denominaría de tal forma. Entretenimiento, placer temporal, pero no hacer el amor. Algo no encajaba, sus palabras y actos no eran típicos de ella. Me levanté, acomodando tanto mi camisa como pantalones y centré la mirada en sus ojos, frunciendo el ceño.

- He pensado en una solución para acallar todos los rumores -humedeció su labio inferior y volvió a aproximarse a mí-. Créeme, es lo mejor que podría sucedernos. Además, tarde o temprano tendría que suceder, ¿no? -hizo otra pequeña pausa antes de descargar la bomba-:

Tengamos un hijo.

Si hubiera tenido agua en mi boca, la hubiera escupido sin duda alguna.

Mi rostro se crispó ante su propuesta, incapaz de ocultar el miedo y la sorpresa. ¿Otro? No. Ni hablar. Ya tenía suficiente con el que estaba en camino. Negué rápidamente mientras caminaba alrededor de la habitación, alejándome de ella tanto como era posible. ¿Quería tener un hijo únicamente porque eso solucionaría el problema de la prensa? No me cuadraba.

¿Había perdido la cabeza? No precisaba de otra cosa para estar más atado a ella.

Abroché los botones de la camisa que había conseguido quitar y me puse la corbata. Abrí el armario para coger la primera chaqueta que encontré, la cargué en mi antebrazo, y me dispuse a marcharme. No permanecería más en esa habitación, no hasta que sus ideales dieran el cambio.

- Dimitri, ¿adónde crees que vas? -alzó la voz con incredulidad.

- Me marchó. El compromiso sigue intacto, no tienes por qué preocuparte de los estúpidos rumores si realmente confías en mí. Ahora necesito un tiempo a solas.

- ¿Eso es todo? -insistió-. ¿No quieres formar una familia conmigo?

- No me tires de la lengua -musité.

Salí de la habitación, bajé las escaleras con la mayor rapidez posible y cerré de un portazo. Si tuviera vecinos, habrían alertado a la policía entre los gritos y ahora los golpes que podían percibirse desde mi habitación. Svetlana estaría entretenida un buen rato. Entré al garaje, cogiendo el primer par de llaves que encontré y pulsé para ver cual

de los coches emitía las luces.

El Porsche se iluminó y me deslicé en su interior.

Había llegado el momento de regresar a un lugar prohibido.

* * * * *

Catherine

Lancé la mochila sobre la cama antes de dejarme caer sobre ella, quejándome por lo bajo.

- Me duelen las caderas -gruñí al mismo tiempo que me descalzaba. Con el talón me deshice del otro zapato-. Y los pies. Alexia, por favor, ayúdame.

- Pídele a Dimitri que te haga una sesión privada de masajes -arqueó las cejas.

Puse los ojos en blanco y abracé el peluche entre mis brazos. Busqué el lado más frío de la cama con la mejilla y fijé la mirada en mi compañera. La observé fruncir el ceño mientras intentaba memorizar una página de lingüística, ya que los exámenes se aproximaban y había que aprobarlos sino queríamos permanecer encerradas en casa durante todo el verano.

Aunque mi castigo seguía en pie. Más o menos.

- Hoy he conocido a alguien -rompí el silencio.

Esa frase fue suficiente para que Alexia abandonara la poca concentración que había conseguido durante las últimas horas. Se levantó de un salto, tomó posición a mi derecha tras acomodarse y me invitó a hablar con repetidos gestos de su cabeza. Quería escuchar el resto de la historia. ¿Qué esperaba escuchar? ¿Qué había conocido a mi príncipe azul?

- Su nombre es Nathaniel, es decir, Nate, y me ha traído hoy a clase. Gracias a él no me he desmayado ante todos en el hospital. No sabes la vergüenza que he pasado.

- ¿Cómo es? ¿Cuántos años tiene? ¿Sabes si tiene algún antecedente?

- ¡Alexia! -exclamé ante su alocada sugerencia.

Le conté con pelos y señales cada una de sus preguntas. Le describí físicamente, y también su personalidad a pesar de que apenas le conocía. Admití que, en un principio, me gustó. Era bastante atractivo, ¿a quién quería engañar? Cuando acabé de hablar, Alexia se sentó con las piernas cruzadas y me apuntó con un bolígrafo.

- No puedes enamorarte de él bajo ningún concepto.

- ¿Quién ha mencionado la palabra amor? -resoplé-. Alexia, sé realista. ¿Quién iba a querer a una chica embarazada de otro hombre? Estamos en el siglo veintiuno, cierto, pero todavía hay mentalidades bastantes cerradas sobre ese tema.

- Dimitri se pondrá ce-lo-so -deletreó con una pequeña sonrisa.

- Por favor.

Me incorporé, dejando que Alexia aferrara el peluche por mí mientras caminaba de un lado a otro en la habitación. Sentí su mirada puesta en mí en todo momento, esperando una respuesta por mi parte. Puse las manos en mis caderas y le fulminé con la mirada.

- Él se va a casar con nuestra amiga. Quiere a otra. Lo nuestro fue un accidente, un bonito accidente quizá, pero no sucederá nada más entre nosotros -sentencié.

- Oh, Catherine -suspiró ella-. No sabes cuánto te espera.

=====

Semana 8

Me encontraba nerviosa. Bastante inquieta, añadiría yo. Jugué con mi anillo de plata mientras esperaba a que la puerta de mi dormitorio resonara. Al cabo de tres minutos y un segundo -no pude evitar llevar la cuenta-, unos nudillos la golpearon con suavidad. Me miré en el espejo, comprobando que estaba presentable, antes de abrirla.

- Gracias por presentarte -dije.

- Me ha alegrado ver tu nombre en la pantalla de mi móvil -Nate cargaba varios libros bajo el antebrazo izquierdo. No perdió la sonrisa en ningún momento-. ¿Es aquí donde vives?

- Sí. Comparto el apartamento con Alexia.

Cerré la puerta y acerqué otra silla al escritorio. Tenía planeado ir de compras con Alexia a la famosa calle que encontré dos manzanas más allá de la clínica, puesto que era sábado y queríamos aprovechar de una de las últimas tardes de libertad. Además, la mayoría de ropa que poseía era demasiado ajustada para llevar en la universidad mientras mi vientre aumentaba de volumen.

Tenía que tomar prestada sudaderas de deporte para tapar el no tan evidente embarazo.

Había optado por dejar estudiado el último tema de la asignatura de cuantitativas -todo matemáticas y estadística- esta misma mañana. Para ello precisaba de la ayuda de Nate. Había hablado con él durante toda la semana por teléfono, y de vez en cuando me sacaba alguna que otra sonrisa. Sin embargo, el rostro de Dimitri aparecía en mi mente cada vez que leía su nombre. En este caso llevaba sin saber nada desde hace dos semanas.

¿Estaría bien? ¿Le molestaría si

decido enviarle un mensaje? Fue él quién dijo que contactaría conmigo cuando pudiera, y no me

había llamado. Y yo, como tonta, preocupada.

Nate esperó pacientemente a que dijera algo, y cuando regresé a la tierra, suspiré.

- ¿Por dónde vamos a comenzar? Hay tanto por hacer y los exámenes están a solo unas semanas.

- Estoy seguro de que conseguirás aprobarlos todos -tomó asiento, depositando los libros sobre la mesa-. Según me has contado, estás con técnicas... ¿cuantitativas?

- Exacto. Tengo la teoría estudiada, pero la práctica... Es horrible.

El tiempo pareció volar. La manera que tenía para explicar las cosas no se asemejaba en absoluto a las del profesor. Quizá fuera porque Nathaniel había conseguido toda mi atención. Terminé yo sola, sin si ayuda, los ejercicios más complicados. Me di por satisfecha ese día. Cuando miré el reloj, vi que eran pasadas las tres y media de la tarde. ¡Oh! Alexia. Debería de estar esperándome para comer.

Nate besó mi mejilla antes de marcharse. Le agradecí -de nuevo- que hubiera empleado parte de su tiempo en ayudarme con este examen, y acordamos vernos de nuevo antes del primer examen. Puestos a ser sinceros, no podía esperar a verle de nuevo.

Como predije, Alexia me esperaba junto a su coche recién estrenado. Un Camaro de color azul cielo, heredado de su abuelo. Mejor eso que nada, ¿cierto? Me reprochó el haber llegado tarde a nuestra comida y me apresuré a tomar asiento en el lado del copiloto antes de ponernos en marcha. Había un restaurante al que nunca habíamos

ido y que nos gustaría probar. Durante el trayecto pensé en todo lo que tendría que estudiar durante las próximas semanas. Y el castigo de mis padres.

Dimitri. Tenía que verle. No supe el por qué, pero lo necesitaba. Alexia conducía con tranquilidad y respetando las normas de tráfico. Yo tenía una parte del carnet de conducir listo: la teórica. Tendría que esperar hasta mi cumpleaños para poder tener el carnet por completo. No podía esperar a hacerlo, pues eso suponía una gran libertad respecto a mis padres y el transporte público. Llegamos al restaurante y, mientras esperábamos la comida, dije:

- Esta mañana Nate me ha ayudado con los estudios -no pude evitar morder mi labio inferior. Siempre que me encontraba tendía a hacerlo-. Hemos vuelto a quedar antes del primer examen.

- Me veré obligada a desinfectar todo aquello que haya tocado. ¿Sabes? -gruñó.

- No seas tan exagerada. ¿Por qué le detestas de esa manera? Ni siquiera le conoces.

El camarero depositó los platos en sus respectivos sitios antes de alejarse. Fue en ese entonces cuando Alexia perdió la paciencia y me apuntó con un tenedor. Suerte que no escogió el cuchillo.

- ¿Qué sabes de Dimitri, eh? -cambió drásticamente de tema-. ¿Le has preguntado si todo le va bien? ¿Qué pasó con él después de hablar con Svetlana? ¿Sabes si quiera si continua con vida? Llevas toda una semana, ¿o dos?, sin hablar con él.

Dejé caer mi tenedor sobre el plato mientras fruncía el ceño.

- ¿Cómo sabes de qué habló con Svetlana,

Alexia?

- Pregúntale a él -se encogió de hombros-. No puedes imaginarte lo que he pasado esta semana. Svetlana me está acorralando, literalmente. Está obsesionada con su plan de descubrir a la amante de su prometido -entrecerró los ojos cuando clavó la mirada en mí-. Estás descuidando tu papel de amiga con Dimitri. ¿No es eso en lo que quedasteis?

Alexia era mi mejor amiga, sí, no tenía problema alguno en admitirlo. Sin embargo, odiaba cuando su carácter de sabelotodo se manifestaba. Estas pequeñas pullas entre nosotras terminaría en una pelea tarde o temprano, pero no quería montar el espectáculo en el restaurante, por lo que opté por inspirar, calmarme, y responder de la manera más pacífica posible:

- ¿Qué quieres escuchar? ¿Qué me da pánico sentir algo más que una simple amistad? Joder, Alexia. Tú tampoco me lo pones fácil. Estoy em-ba-ra-za-da -deletreé.

- Pero él te necesita -siseó-. Estoy segura de que habrá estado esperando tu llamada durante los últimos días. Cuando un tío te dice que ya te llamará lo hace por su orgullo. ¿Acaso no conoces la actitud de Dimitri, a estas alturas sigues así? Él quería atraer tu atención, quería que tú dieras el paso. No siempre tiene que darlo él.

¿Le estaba defendiendo? ¿Qué habían hecho con Alexia?

De acuerdo, tenía razón e interiormente sabía que lo estaba haciendo mal. No podía aparecer en su vida y luego abandonarle como si nada. El problema se encontraba en su forma de hablarme, de mirarme, esos gestos cariñosos

y atentos que hacían que mi estúpido corazón se derritiera. Y me asustaba. Mucho. Él es un hombre comprometido o, al menos, eso intenta.

- Le llamaré tan pronto como terminemos de comer -sentenció.

- Promételo.

- Lo juro -le miré a los ojos-. Iré hasta su casa si es necesario.

La comida siguió su hilo pacífico. Hablamos sobre profesores, notas, y cosas por ese estilo antes de marcharnos de tiendas. Puestos a ser sinceros, odiaba ir de compras. Era extraño que una chica de mi edad dijera aquello, pero el ambiente de cientos de personas agolpadas en un mismo lugar mientras daban codazos y empujones para hacerse con una camiseta de talla diminuta, no era mi estilo. Esperaba pasar el menor tiempo posible en el interior de ellas.

Para mi sorpresa, no estaban tan llenas como supuse. Adquirí varias prendas -todas elegidas por mi querida Alexia, la cual llenó mis brazos de ellas-, y pagué con la tarjeta de crédito que mis padres me prestaron para casos de extrema emergencia. Y este era uno.

Tras cuatro horas de incansables tiendas de zapatos, me senté en un banco. Dejé las bolsas, que

pesaban lo suyo, en el suelo y me despedí de Alexia. Había recibido una llamada de sus padres y tenía que marcharse. Alexia trabajaba en la tienda de su familia, y al parecer, su hermano menor se había puesto enfermo y tenía que sustituirle. Aproveché esos minutos de tranquilidad para sacar mi teléfono y mirar el nombre y número de Dimitri como si me fuera a hablar por sí solo.

Dubitativa, paseé el dedo sobre la pantalla del móvil

sin pulsar en el botón verde, el cual me tentaba a llamarle para poder escuchar su voz después de tanto tiempo. ¿Realmente le echaba de menos? Sin ni siquiera percatarme, ya estaba pulsando en su nombre y aproximando el móvil a mi oído.

- ¿Catherine? -su voz cargada de asombro se escuchó desde la otra línea-. ¿Sucede algo?

- No. ¿Estás en casa? -humedecí mi labio inferior-. Quiero verte.

Joder. ¿Había dicho eso en voz alta?

- Vaya, ¿realmente eres la misma Catherine Miller que lleva dos semanas sin contactar conmigo? ¿Segura que no has sido abducida por una nave espacial, o algo semejante? -se burló.

- Muy gracioso. ¿Quieres que cuelgue, cierto?

- Mejor mira detrás de ti.

Fruncí el ceño ante aquella propuesta y, antes de ser capaz de llevar a cabo su petición, un perfume inconfundible y unas manos suaves pero rudas al tacto cubrieron mis ojos. Solté el teléfono al instante, con suerte cayó en mi regazo, pero mi corazón latió de manera desbocada. Escuché su risa tras mi espalda, y no tardó en descubrir mi vista para que pudiera girarme.

- Lo sé. Te he sorprendido, quieres besarme y complacerme de todas las formas que conoces. No hace falta que lo hagas aquí, en la calle, mejor fuguémonos a casa -me guiñó un ojo.

- ¿De dónde has aparecido? -hice caso omiso a su tono de cachondeo-. Vaya. Lo cierto es que sí que ha sido toda una sorpresa. ¿Me espiabas? -achiqué los ojos.

- Alexia me ha llamado -se encogió de hombros, apartando

mis piernas para poder tomar asiento junto a mí-. Sus palabras textuales han sido las siguientes: mueve tu culo de millonario y busca a la idiota de Catherine. Con cariño, Alex. -Dimitri llegó a imitar su tono de voz.

- ¿Has hablado con Alexia? -agrandé los ojos.

Eso era bastante extraño. Que yo supiera, ellos dos jamás habían mantenido una conversación en persona, tampoco lo habrían hecho por teléfono. ¿Qué me ocultaban?

- Sí, todos los días de la última semana, de hecho -admitió, regresando a su faceta natural de hombre serio que tan bien conocía-. Por favor, no te enfades con ella. Únicamente lo hice para saber más acerca de ti y el bebé.

- Has podido contactar conmigo directamente -musité, molesta.

Recogí todas las bolsas -incluyendo aquellas de los zapatos-, y las cargué en mis antebrazos para no tener que soportar toda la carga en los dedos. Me dispuse a marcharme, sabiendo que actuaba de manera infantil, cuando Dimitri me detuvo. Sus pasos, muchos más amplios que los míos, consiguieron alcanzarme y se colocó frente a mí, impidiéndome el paso.

Inspiré aire, intentando no alterarme demasiado.

- Estás loca, Cathy, demasiado. Deja eso en el suelo -sus manos viajaron hasta las bolsas.

- Estoy embarazada, no loca, ni enferma -me negué a entregárselas-. Soy capaz de andar con ellas hasta la residencia, y no precipitarme al suelo ni tener un accidente.

- Sh, las excusas no son válidas conmigo, señorita Miller

Consiguió

arrebatármelas, y las colgó en un solo brazo. Esperaba una respuesta por mi parte, pero como yo continuaba ofuscada en el hecho de que había preferido hablar con mi mejor amiga -la cual había mantenido en secreto las conversaciones-, a contactar conmigo, me negué a hablar.

- Me estás obligando a trabajar de niñero, ¿sabes? -añadió ante mi prolongado silencio.

Deslizó un brazo por mi cintura y me arrastró hacia el Mercedes aparcado a menos de cincuenta metros de nuestra posición. Intenté clavar los talones en el suelo con el fin de no dar ni un solo paso, pero lo único que conseguía fue tropezarme cada vez más y, temiendo caerme y hacerme daño, desistí de la idea. No me había fijado que su brazo me apretaba con fuerza, como si temiera que en cualquier momento fuera a esfumarme.

Se detuvo ante el maletero, liberándome por fin, y guardó las bolsas. Jugó con las llaves antes de detenerse frente a mí.

- Vamos, Mr.Egocéntrico. Me estoy congelando -añadí antes de abrir la puerta del coche.

Tomé asiento con pesadez. Cerré la puerta de la misma forma, y crucé las piernas, refunfuñando. La situación no era para nada justa. Yo no ocultaba secretos a nadie... Bueno, sí, lo hacía, ¡pero era por el bien y por la seguridad de todos! Confesar un embarazo que aparecería en la prensa mundial, y que destrozaría la vida de mi supuesta mejor amiga, no era una opción.

Tan pronto como tomó asiento, dijo:

- ¿Te he dicho ya que hoy estás preciosa? -no me miró a los ojos; fingió estar entretenido mientras arrancaba el

coche-. Es decir, siempre lo estás, pero hoy tienes un extraño brillo en los ojos.

- Gracias, pero no vas a solucionar nada con cumplidos -aún así, me ruboricé.

- Lo decía en serio, no para complacerte. ¿Por quién me tomas?

- Dimitri Ivanov -respondí con un gesto divertido. Entonces, recordé del tema tan importante que teníamos que discutir y tensé la mandíbula-. Ha ocurrido algo, y tengo que hablarlo contigo. Creo que ya sabes por qué...

Clavó sus ojos en mí y asintió. Por supuesto que ya lo sabía. Inspiré aire profundamente y observé el paisaje emborronarse conforme nos alejábamos del centro de Manhattan. Su casa estaba situada a las afueras, y lo sabía por las veces que Svetlana lo había mencionado. El silencio incómodo estuvo presente durante todo el camino. Nunca había estado ahí con anterioridad, cierto, pero ese no era el motivo de mi nerviosismo.

Intenté distraerme imaginándome una casa blanca de dos plantas con grandes paneles de cristal y una piscina de varios metros en la entrada. Me equivoqué completamente. La fachada estaba hecha de ladrillo rojo, y un precioso pórtico de mármol adornaba la entrada. Aparqué en la puerta y me apeé del coche. El viento agitó mi pelo, pero tampoco me molestó mucho.

Avancé varios pasos hacia la preciosa casa, pero el agarre de Dimitri me detuvo.

- ¿Estás enfadada, de verdad? -la calidez de sus manos traspasaron la tela de la camiseta cuando se colocaron sobre mi cintura-. Vamos, no tienes por qué estarlo.

-

No lo estoy -aparté la mirada.

Claramente lo estaba, ¿a quién quería engañar?

Dimitri dirigió una mano hacia mi barbilla y la torció hacia él, forzándome a encontrarme con su mirada. Mostraba preocupación, y mantenía el semblante serio. Maldita sea. ¿Por qué hacía estas cosas? ¿No sabe las repercusiones que podrían tener?

- Vale, de acuerdo. Puede que lo esté pero, si querías saber algo, ¿por qué no hablas conmigo? Es más sencillo, y te aseguro que mi fuente es mucho más fiable -mantuve los brazos entrelazados sobre mi pecho, incapaz de moverme.

- Me has estado evitando toda la semana. ¡No sé qué te pasa, me tienes loco!

- ¡No estoy haciendo nada! -grité-. Tan solo... tan solo estaba ocupada, estudiando. Además, tengo a un buen amigo ayudándome con los estudios.

- ¿Amigo? -tensó la mandíbula-. ¿Qué amigo?

- Ya lo he dicho: un amigo.

Actué de manera orgullosa, justo como él solía hacer conmigo. ¿A qué no sentía bien recibir un poco de tu propia medicina, eh? Caí en la cuenta de que Alexia tenía razón: Dimitri se había puesto celoso. Pero, ¿por qué? Al igual que él tenía sus amigas, yo tenía los míos. No estaba cometiendo ningún pecado si quería verme con otros chicos.

Yo estoy libre de compromisos. Él no tiene derecho a exigirme nada.

- ¿Podemos pasar dentro, por favor? -insistí.

- Claro.

Posicionó una mano en mi espalda, acariciándola con suavidad, antes de encaminarnos hacia el porche. Tras pasar al interior, me detuve para estudiar el entorno: la entrada dejaba paso a una vista amplia del salón a mi izquierda, y de un comedor a mi derecha. Justo al frente se situaban unas escaleras. El calor de la chimenea me llegó incluso desde el pasillo y suspiré. Esto era precioso, al igual que el resto de toda la casa.

Los sofás de color rojo hacían juego con el color beige de las paredes y el suelo de madera. Parecía esa típica casa que aparecía como modelo en todas las revistas. Sin pedir permiso, me descalcé, sintiendo la calidez del suelo bajo las plantas de mis pies.

- Toma asiento -dijo con sorna tras mi acto-. Siéntete como en casa. Iré a por algo de comer.

- No hace falta...

- Déjame hacer por una vez algo que quiero, ¿de acuerdo?

Le fulminé con la mirada antes de hacer lo que él había pedido. Cargué los zapatos hasta el salón y me dejé caer en el sillón. Acaricié la suave tela con la yema de los dedos antes de aproximar una de las mantas a mi rostro: desprendía el perfume típico de Dimitri, y eso me hizo suspirar. Mi revolucionada imaginación comenzó a pensar en las miles de cosas que podrían hacerse en el sofá y tuve que apartarme de la manta para calmar mis mejillas ruborizadas.

Dimitri regresó al salón al cabo de unos minutos con una bandeja entre sus manos. La depositó sobre la mesilla de café y alterné la mirada entre él y la comida. ¿Por qué tanta molestia?

- Gracias -tomé el chocolate caliente entre sus manos-. Ahora vayamos al punto por el que estamos

aquí. Hay tanto por hablar.

- ¿Por dónde quieres que empiece? -tomó asiento en el sofá de en frente.

- Ponme al día con Svetlana, por favor.

- Hablé con ella sobre nuestra relación. El compromiso sigue intacto, es más, hemos acordado celebrar una fiesta de compromiso como evento social para que el resto del mundo crea que aquella infidelidad no fue nada -torció sus labios en una mueca-. Ella me hizo una proposición un tanto alocada que no dudé en rechazar, por supuesto.

- ¿De qué se trata?

Llevé la taza hacia mis labios de nuevo.

- Quiere tener un hijo.

Me atraganté con el chocolate ardiente y comencé a toser. Aferré una de los pañuelos para limpiar el chocolate que había resbalado por mi barbilla mientras intentaba asimilar sus palabras. ¿Un bebé? ¿De Dimitri? ¿Svetlana embarazada? ¿Otro más?

- No me he acostado con ella si es lo que estás pensando -continuó-, ni voy a hacerlo. He puesto la excusa de que deseo esperar hasta después de la boda para calmar sus ansias.

- No tiene sentido -murmuré.

- ¿El qué?

- ¿Por qué querría ella tener un bebé? Es decir, está hablando de crear una vida como si fuera lo más simple del mundo. No piensa en las consecuencias que acarreará.

Dimitri ladeó el rostro y entrelazó sus manos.

- Esa falta de tacto fue una de las razones por las que me negué -recalcó-. La cuestión es la siguiente: Svetlana sospecha de que estoy teniendo encuentros

con mi amante, cuando no es así. Me mantiene vigilado casi las veinticuatro horas del día. Está paranoica. Si queremos seguir viéndonos, tendremos que tener más cuidado.

- Somos amigos -dejé la taza sobre la mesilla-. No hay nada de malo en que nos vean juntos.

- Lo sé, pero ella duda incluso de su propia sombra y no quiero que esto salga a la luz. No todavía; no con todo lo que está en juego. Si tan solo supieras...

Al ver mi expresión confusa, tomó asiento a mi lado.

Se recostó en el sofá mientras observaba las llamas del fuego, que se movían como si se trataran de lenguas. Tensó la mandíbula y dudé entre apoyar mi mano sobre la suya o permanecer ahí. Parecía un dios griego desde esta perspectiva. Al final, cedí ante mis deseos y aparqué mis miedos. Coloqué mi mano sobre la suya, que descansaba en su regazo, y esboqué una tímida sonrisa.

- Perdóname -dijo al instante-. No quiero que pienses que me arrepiento de esto -titubeó antes de posicionar una mano sobre mi vientre-. Creí que así era en un principio, pero no lo estoy. Sé que el embarazo cambiará muchas cosas, no solo nuestras vidas. Joder, estoy tan confundido.

- ¿A qué te refieres?

- El compromiso con Svetlana fue tan precipitado que no sé si realmente es lo que quiero. Cathy, me gustaría hablar sobre tantas cosas contigo; contarte lo que realmente esconde mi pasado,

pero no puedo. No ahora. Mi padre tampoco confía en mí lo suficiente, y la industria recaerá sobre mis hombros algún día. Maldita sea -resopló.

Cuando recostó la cabeza en el respaldo del sofá y apretó el puente de su nariz, comprendí que estaba realmente agobiado por algo que yo no conocía. Y que, al parecer, tampoco podía saber. Mi situación no era tan dramática como había creído. Siempre tiendo a exagerar.

- Tienes que conocer a mi madre -dijo, sobresaltándose-. Tan pronto como termines los exámenes cogeremos un vuelo e iremos a visitarla.

- ¿Vuelo? ¿M-madre? -balbuceé-. ¿Dónde vive ella?

- En Houston. Sí, mis padres están divorciados, aunque supongo que no es una gran novedad.

Asentí, sin estar segura de cómo tomar aquello.

- Ella está enferma -continuó-, quiero que te conozca antes de que todo pase. Cuando descubra que va a ser abuela... -la sonrisa que esbozó se asemejó a la de un niño cuando recibía regalos por el día de Navidad-. Estoy seguro de que le encantarás, créeme.

- Por supuesto -mi corazón se ablandó más, si era posible-. A cambio te pediré que te presentes formalmente ante mis padres como, bueno, el padre del bebé.

- Te dije que lo haría, y yo jamás rompo una promesa.

- Será oficial cuando sellemos el pacto, querido -hablé de manera dramática.

Dimitri mordió su labio inferior y se aproximó más a mí. Mi primer instinto fue retroceder, sin embargo, tomé mi mano entre las suyas y deposité un suave y tierno beso en ella. Aguanté la respiración, mareándome levemente y permití que mi cuerpo se perdiera en aquella placentera sensación de sentir sus labios sobre mi piel.

- Trato hecho, señorita Miller -sentenció.

=====

Semana 9

- No puede ser -jadeé tras leer el mensaje de texto-. ¡Tiene que estar bromeando!

Mi corazón latió de manera desbocada y comencé a caminar como una posesa por el parque. Alexia me siguió con la mirada mientras terminaba de comer la quinta barrita de chocolate. No entendía como era posible que, después de todo lo que comía, no engordara ni un gramo.

- Es lo que hay, Catherine -apenas la entendí. Tenía la boca llena.

- Mi hermano intentará matarme, y no solo a mí, ¡buscará a Dimitri después! Y le someterá a una larga y dolorosa tortura. No puedo creer que ya esté de vuelta.

- Patrick no desaparecerá por arte de magia -ironizó.

- Ya lo sé, tonta. ¿Cómo le cuento a mi hermano que estoy embarazada?

- Si Dimitri no se desmayó cuando se enteró, tu hermano tampoco lo hará.

Puse las manos sobre mis caderas y entrecerré los ojos.

- No es esa la reacción que temo ver, querida.

Alexia abrió la boca para replicar, sin embargo, una bocina proveniente de un coche la interrumpió. Con rapidez, ambas centramos nuestra atención en el conocido coche que mi hermano adquirió dos años atrás y dejé de respirar. Lo primero que hace todos los años, tras regresar de California, es ir en mi búsqueda. Mis padres han tenido que decirle dónde me encontraba.

Cuando encontró un hueco libre, aparcó y se aproximó a mí con grandes zancadas. Sus fuertes brazos me rodearon y me estrecharon con fuerza contra su pétreo pecho. ¿Había estado yendo al gimnasio, o ahora había un doble Patrick

Miller? Sus ojos azulados se encontraron con los míos antes de esbozar una sonrisa que denotó felicidad.

- ¿Sorprendida? -preguntó con rapidez-. Caray, hermanita. Hace meses que no nos vemos, pero creo que sigues igual de enana y horrenda que siempre.

- Yo también me alegro de verte -repuse, devolviéndole la sonrisa.

- Hola, Alexia -saludó mientras deslizaba un brazo por mis hombros-. ¿Ves? Ella sí que ha cambiado. Pero supongo que mi opinión os importa poco, ¿no es así?

- ¿Qué tal te ha ido por California? -me apresuré a preguntar. Los nervios ya eran palpables en mí, prácticamente mis manos estaban temblando de nuevo-. Tenemos mucho de lo que hablar.

- Y tanto -completó Alexia por mí.

Hice un gesto con la cabeza, sabiendo de antemano que mi hermano no dejaría pasar esa indirecta. Su sonrisa comenzó a tonarse un tanto confusa ante la expresión indecisa que adopté y

señalé a los alrededores de Central Park. Sí, tenía que confesarle a mi hermano que iba a convertirse en tío con tan solo veintiséis años. Bueno, de hecho, no era tan poco.

Alexia captó mi preocupación y encontró una excusa para marcharse. Se despidió de mi hermano con dos besos en la mejilla, alegando que estaba encantada de volverle a ver, antes de alejarse con su típico paso lento y descansado por la cera de en frente.

- Te estás comportando de una manera bastante extraña -cruzó los brazos sobre su pecho-. Papá y mamá me han dicho que tenías que hablar conmigo tan pronto como aterrizara

en Manhattan, no han querido decirme qué es lo que ocurre, por lo que esperaba...

- Lo sé -le interrumpí, tomando una profunda bocanada de aire-. ¿Qué te parece si andamos un poco? Hace un estupendo día para pasear. Y charlar de paso.

- Estás pálida -apoyó una mano contra mi frente-. No tienes fiebre.

Por supuesto que no, idiota, pensé.

Mi hermano y yo siempre habíamos mantenido una típica relación de amor y odio. No podía imaginarme una vida donde Patrick Miller no existiera. Como todos los hermanos existentes en este planeta, nos peleábamos día tras día por la más mínima tontería. Sin embargo, siempre acabábamos riéndonos el uno del otro al final del día.

Para añadirle una pega, tenía que admitir que era muy sobreprotector. Al ser la hermana pequeña, y también la más joven de la familia -sólo tenía un tío por parte de madre y jamás había entablado una auténtica conversación con él-, argumentaba que necesitaba protección en contra de aquellos tíos que solo buscarían aprovecharse de mí.

¿Qué pensaría tras confesarle...? No podía si quiera finalizar la frase en mi cabeza.

- Regresemos a casa -añadió al instante, empujándome al coche.

- Me encuentro perfectamente -mentí.

Las náuseas del embarazo no habían desaparecido; no a pesar de tomar las vitaminas cada mañana al despertar. Seguían provocándome unos terribles mareos aunque, afortunadamente, jamás me había desmayado. Al final cedí ante sus insistencias de subir al coche y cerré la puerta con

desgana. Una parte de mí deseaba imponerse sobre la de mi hermano, mostrarle que ya era una chica adulta capaz de manejar cualquier situación.

La otra se negaba a que Patrick perdiera mi imagen inocente. Demonios.

Comenzó a conducir en dirección a casa. Pensé que quizá era alguna excusa para hablar en otro lugar, uno donde nuestros padres no estuvieran presentes para estudiar cada uno de mis movimientos. Pero no. Me equivocaba. Las calles que tan bien conocía aparecieron ante mí en un santiamén.

Era ahora o nunca.

- Estoy embarazada -dije con rapidez. Ni siquiera yo entendí mis palabras.

El coche se detuvo en mitad de la carretera. Tuve que apoyar las manos en el asiento para no volcarme hacia delante y, gracias al cinturón de seguridad, no terminé de perder el equilibrio. La expresión de Patrick cambió de un color beige al rojo. Vi como sus nudillos se tensaban en torno al volante y me fulminó con la mirada.

Bajó su vista hasta ese punto en concreto y luego alzó la mirada hasta mis ojos.

Mierda, mierda, mierda.

- Mientras estabas fuera sucedió algo... Te juro que fue un accidente, ninguno de los dos se esperaba que esto iba a ocurrir, pero lo ha hecho, así que lo único que te pido es que me apoyes y no me juzgues porque eres mi her...

- ¿Quién es el padre? -tensó la mandíbula.

- ¿Es eso lo único que te interesa?

Me dolió en el fondo que esa fuera la única cosa que le preocupara.

- Por supuesto que no. ¡Joder! -exclamó cuando un coche pitó y se puso

en marcha-. Sin duda alguna quien te haya hecho esto tiene que pagar con las consecuencias. Llevaba tiempo sin meterme en problemas, creo que ha llegado la hora de romper la racha.

- Eh, nada de violencia -le apunté-. También es culpa mía, y él se está haciendo cargo tanto de mí como del bebé. No tiene que pagar nada.

Mantuvo la vista al frente, pero el enfado era evidente. Tan pronto como llegamos a casa, estacionó el coche sobre el césped, sin importar dejar la marca de las huellas del coche marcadas en la hierba, y echó los seguros para que no pudiera bajar. Sabía que esto ocurriría. Lo había previsto desde el segundo uno en el que llegó a Manhattan.

- A partir de ahora me convertiré en tu canguro personal. Realmente necesitas uno.

¿Qué? No pude aguantar la risa; lo intenté, de veras que lo hice. No obstante, comencé a reír como una loca. ¿Quién se creía que era? Era mi hermano, cierto, pero al igual que él tenía su vida y hacía quien sabe el qué con sus amigas, yo tenía la mía. Cometer errores formaba parte del aprendizaje y, sin duda alguna, de este sacaré una buena lección.

No iba a permitir que me controlara de aquella forma.

- El padre es Dimitri Ivanov -confesé con voz firme-. Y no me prohibirás permanecer en casa, ni tampoco dejar de verle si es eso lo que estás pensando. No soy una niña, pronto cumpliré los dieciocho años y seré oficialmente mayor de edad.

- ¿Ivanov? -jadeó-. ¿Estás de guasa, no? ¡Ese hijo de puta no puede ser el padre!

- Lo es.

Los dos estábamos muy borrachos y, ¿qué quieres escuchar? ¿Que tanto él como yo quisimos hacerlo? -sabía que esto empeoraría los hechos, pero me había estado controlando con todo en las últimas semanas y necesitaba extraer esa rabia acumulada-. Así que ahora pienso continuar con el embarazo y tener el bebé. Y tú no vas a exigirme nada.

- Estás loca -frotó su rostro-. ¿Qué han dicho papá y mamá?

- Castigo de por vida, pero me han dado su apoyo. Sé que no es fácil de digerir, que siendo una adolescente vaya a convertirme en madre y más con el primer año de universidad sobre mis hombros, pero agradezco no estar...

Patrick acortó la breve distancia y me volvió a abrazar. No lo hizo como hace apenas unos minutos. A pesar del espacio tan pequeño en el interior del coche, consiguió rodearme con sus brazos y estrechar mi cuerpo contra el suyo. Sentí las lágrimas anegarse en mis ojos con rapidez, así que procuré mantenerlas a raya. No quería comenzar a llorar como una magdalena frente a él.

- Ahora bájate del coche -dijo tan pronto como se separó.

- ¿Cómo dices?

- Necesito despejar la cabeza, ha sido demasiada información para las dos primeras horas que llevo aquí. -Sentenció antes de quitar los seguros-. Bájate y ve a casa, por favor. Nos veremos a la hora de cenar, no sé cuánto tiempo estaré fuera.

- Eres insufrible.

Cerré de un portazo y caminé por el camino de piedra hacia la casa. No quería ir a mi hogar, es decir, ver a mis padres después de la discusión con Patrick solo me haría

sentir peor de lo que ya estaba. A pesar de todo, aguanté los reproches de mi madre, los

consejos de mi padre, antes de poder retirarme a mi habitación y sumirme en uno de mis libros.

* * * * *

Dimitri

Era la primera vez en diez años que sentía nervios. Crujé mis nudillos tatuados, los cuales ocultaban unas viejas cicatrices, antes de adentrarme en el interior del edificio principal de la empresa. Varios empleados me saludaron, pero pasé de ellos. No tenía ánimos para simpatías. Tampoco es que les gustara, aquí nos conocíamos todos demasiado bien.

Lo único por lo que mi padre me necesitaba en la empresa era por mi rostro joven y atractivo. Una empresa cuya compañía se queda estancada en personas mayores no atraía a nadie. Me licencié en la carrera de administración de empresas y economía hace... ¿Seis años? ¿Cinco? Apenas lo recordaba. En tres años cumpliría los treinta y, por ese entonces, todas las responsabilidades caerían sobre mí.

Bufé. Mi yo del pasado no se hubiera alegrado de mi presente.

No llamé a la puerta antes de entrar, no disponía de tiempo para formalidades estúpidas. La cerré tras de mí antes de centrar la mirada en el rostro concentrado de mi padre, el cual se encontraba tras su escritorio y con los dedos sobre el teclado. Mi cometido aquí era comunicarle los últimos acontecimientos, es decir, el embarazo de Catherine. Él tenía que saberlo, y más después de todo lo que mi padre sabía sobre mí. Demasiado, diría yo.

Bart Ivanov era un hombre calculador,

sin escrúpulos, sin sentimientos. Gracias a mi madre biológica pude tener un periodo al que llamar infancia, pero se terminó tan pronto como se marchó de casa por culpa de mi padre y sus infidelidades. Aún así, como el adolescente tonto e iluso que era, preferí permanecer junto a él, creyendo que mis posibilidades de fama y dinero crecerían.

Ahora me arrepentía de todo aquello.

- ¿Qué quieres? -dijo sin apartar la vista de la pantalla-. Debiste de pedir cita para una consulta. Alguno de nosotros tenemos un trabajo, ¿sabes, hijo?

- Yo también me alegro de verte, papá -ironicé, tomando asiento en uno de los sillones negro de cueros situados frente al escritorio-. Tengo que hablar contigo, y no podía esperar. Agradecería mucho que quisieras escucharme, necesito consejo.

No tenía amigos para hablar sobre el tema. Tampoco me molestaba, no mucho.

- ¿No puede esperar? ¿Se está muriendo alguien?

Tensé los puños sobre mis muslos mientras inspiraba profundamente. Debería de estar acostumbrado a esa falta de tacto, pero me era imposible aceptar a mi padre tal y como era; no después de los miles de cambios que ha sufrido. Si mi descontrol comenzó, fue en parte por culpa suya. Aunque no debería de involucrarme más en los asuntos del pasado...

- No -dije con voz autoritaria.

- Entonces, ¿de qué se trata? -apagó la pantalla del ordenador para evitar que leyera aquello que tecleaba antes de entrelazar las manos sobre el escritorio-. Vamos, no tengo todo el día.

- Ha ocurrido algo que

va a cambiar mi compromiso con Svetlana -humedecí mi labio inferior antes de apretar el puente de mi nariz. ¿Por qué me acobardaba ahora?-. Se trata de una joven. Está embarazada y el bebé es mío. Antes de que digas algo, voy a hacerme responsable de ello.

La expresión de mi padre se crispó. Por primera vez, su rostro impassible mostró una emoción: enfado, rabia, ¿impotencia? Sabía lo que me esperaba, pero tenía la gran necesidad de comentar el tema con alguien que no fuera Catherine o... Catherine.

- Después de todo lo que ha pasado, ¿sigues cometiendo los mismos errores? -gritó, levantándose de su asiento para dar la vuelta al escritorio-. ¿Quién es? Convéncela para que aborte. No puedes tener un hijo, no de otra que no sea Svetlana, ¿me estás escuchando?

- No -me negué, incorporándome al mismo tiempo-, no quiere perderlo. Ella desea seguir adelante con el embarazo y yo no soy quién para prohibírselo. Fue culpa de ambos, aceptaré sus decisiones. Recuerda que la más perjudicada aquí es ella.

Bart alzó la mano como si fuera a abofetearme, pero se detuvo. Cerró los ojos, calmó su respiración y apoyó las palmas de sus manos sobre la superficie lisa del escritorio. Maldita sea. No esperaba que su reacción fuera a ser tan violenta. Incluso él tuvo un hijo fuera del matrimonio, ¿qué había de diferente en el error que yo había cometido?

- No es necesario que te recuerde lo que está en juego, ¿cierto?

Y de nuevo, esa amenaza constante reapareció. Me mareé ante los recuerdos que se deslizaron por

mi mente y tuve que tomar asiento de nuevo. Si había alguna debilidad en mi vida, era justo la que Bart utilizaba en mi contra.

- ¿Qué quieres que haga, padre? -pregunté, odiándome por aquello.

- No le cuentes a nadie que está embarazada. La prensa arruinaría la empresa; te calificarían de inexperto por el mero hecho de estar acostándose con cualquiera -escupió-. Svetlana tampoco puede averiguarlo. Eso la destrozaría -su mirada se perdió en algún punto de la estancia.

- Es lo que llevo haciendo durante los últimos dos meses. Oculto el secreto a todos. Sólo lo comento con la madre del bebé y... -hice una pequeña pausa-. Sólo quería escuchar un consejo de tu parte; algo que pudiera facilitarme las cosas, pero veo que no ha servido para nada. Me marchó en este mismo instante, estaré aquí mañana para la próxima reunión.

Sacudí la cabeza para ocultar mi decepción y me apresuré a caminar hacia la entrada. Había sido la conversación más larga que había mantenido con mi padre en los últimos once o doce meses; al menos, la más larga que no tuviera relación con asuntos económicos.

- Consigue su confianza -su voz resonó en la distancia-. Si surge algún problema, si ella decide chantajearte con algún asunto de la empresa... Adelántate. Trátala bien, haz que te quiera, se te da bien hacer esas cosas. Enamórala.

No me atreví a mirarle.

- ¿Quieres que juegue con sus sentimientos? ¿Qué... la destrozé? -dije con tono irónico-. No tengo nada más que escuchar aquí.

-

Sabes lo que te pasará si no haces lo que pido, ¿cierto? -añadió justo antes de que apoyara la mano en el pomo de la puerta-. Me lo debes todo. Si no fuera por mí...

- Cállate. Lo sé. -Sentencié-. No te decepcionaré, padre.

Me apresuré a abandonar la estancia. A pesar de encontrarme de espaldas a él, estaba cien por cien seguro de que había percibido el pánico y el miedo. Sí, podría ser un hombre adulto con una cabeza más o menos amueblada, pero todos tenemos nuestros secretos más oscuros.

Yo creé mis demonios, y ahora tengo que doblegarme a ellos.

* * * * *

Catherine

- Ha sido un auténtico desastre -lloriqueé, cubriéndome el rostro con uno de los cojines-. Es decir, mi hermano no me odia, eso está claro, pero está tan decepcionado y dolido conmigo...

- Dale tiempo para que se acostumbre -respondió Alexia.

- Estoy jodiendo la vida de todos -me quejé por enésima vez.

- No, tan solo estás arruinando la tuya con esos estúpidos comentarios -abandonó la lectura y arrastró la silla hasta mi cama-. Tienes el apoyo de Dimitri, amigos que te ayudan, y unos padres que han aceptado que su hija haya dado el salto de adolescente de instituto a madre universitaria. Patrick es la excepción, tan solo... Sé paciente.

Tenía razón. Lo sabía. Pero no pude evitar pensar en las próximas semanas que tenía por delante. Como el verano se aproximaba, mi hermano decidía instalarse aquí hasta agosto o septiembre, dependiendo de cuando comenzaban sus clases. Prácticamente conviviría con él, bajo el mismo techo, durante todos los meses del embarazo.

¿Cómo manejaría la situación entre mi hermano y Dimitri? El odio mutuo era palpable incluso a kilómetros de distancia. Iba a resultar una difícil tarea.

- De acuerdo, dejémonos el drama y comencemos con los estudios -me incorporé con rapidez y arrastré la otra silla hacia el escritorio-. Ya sabes que necesito tu ayuda para esta asignatura. Jamás entenderé por qué elegí esta carrera.

Alexia puso los ojos en blanco mientras se reía antes de posicionarse junto a mí. Aferró mis libros, buscando la página indicada, mientras yo leía los apuntes escritos por Nate.

=====

Semana 10

Fruncí el ceño y presioné mis labios hasta formar una fina línea. Había transcurrido una semana y media desde la última vez que hablé con mi hermano, y con Dimitri. Hoy era domingo. Estaba tan ocupada con los estudios que sólo veía a dos personas cada pocos días: Alexia, y Nathaniel. Devoré mis uñas hasta el punto en el que quedaron destrozadas antes de que Nate se quitara sus gafas.

No conseguía memorizar la línea que tantas veces había repetido. Mañana por la mañana tenía los dos primeros exámenes, los cuales estaban seguidos de una semana repleta de agobios y noches sin dormir. Si pudiera beber café, hubiera comprado varias máquinas para mí sola.

La asignatura de Prehistoria era bastante complicada con tantos nombres extraños y fechas. A pesar de que Nathaniel no estaba especializado en esa rama, aceptó ayudarme en todo lo que el podía. Además, yo acepté esa excusa para poder pasar más tiempo con él. Descarté algunas páginas que me resultaron innecesarias y las guardé en el cajón.

- Voy a suspender -me lamenté.

- No, Catherine -repitió-, estoy seguro de que si has sido capaz de aprobar las cinco primeras asignaturas, también podrás con las cinco siguientes.

La carrera contaba con diez materias a lo largo del curso.

- Estas son mucho más complicadas -recalqué.

- No seas tan quejica, Cathy -alcé la vista tan pronto como pronunció ese apodo. Solo una persona me llamaba de aquella forma, y me resultaba extraño escucharla salir de otros labios-. Tenemos hasta mañana por la mañana para

terminar con la explicación. No dormirás si es necesario.

- ¿Quieres permanecer en esta habitación más de veinticuatro horas? -chisté-. No pienso permitir que te quedes aquí cuando tendrás asuntos más importantes que atender. Además, mira qué hora es. Casi las ocho, y tengo hambre.

Se encogió de hombros, restándole importancia.

- Mis asuntos pueden esperar -abrió otro libro.

- Escucha, no tienes dieciocho años -mentalmente corregí su edad. Según él, acababa de cumplir los veintisiete-. Eres todo un adulto con muchas responsabilidades. No voy a privarte de ellas. Da igual si es domingo, si es de noche o lo que sea. Alexia regresará en cualquier momento y me ayudará con el resto de asignaturas. No es la primera vez lo que hace.

- ¿Me estás echando?

- No, no, no -repuse con rapidez-. Tan solo digo que si tienes cosas por hacer, eres libre de irte.

Sacudió la cabeza una vez más y regresó con la explicación. Subió dos tazas de café y dos hamburguesas, pero rechacé con amabilidad la comida. Sí que estaba hambrienta, pero, puestos a ser sinceros, el leve malestar de estómago me impedía comer. Una hora más tarde, eché la silla hacia atrás mientras cerraba los ojos. Mi cabeza no podía aguantar más la luz de la lámpara y mis ojos parecían quemar.

Me excusé para ir al cuarto de baño, cerrando la puerta con pestillo. Apoyé las manos en el mármol antes de refrescar mi cara y nuca con agua fría. Ese leve dolor de estómago acrecentó por momentos, eran unos pequeños retortijones.

Sabía que, a pesar de no tener nada de comida en el estómago, terminaría vomitando por culpa de los nervios.

Incapaz de aguantar, me arrodillé frente al aseo y eché todo lo que tenía. Me retorcí por culpa del dolor antes de sentarme en el suelo. Esto no era normal, ¿o sí?

- ¿Catherine? -Nate golpeó la puerta con suavidad-. ¿Estás bien?

- S-sí -musité.

Intentó girar el pomo de la puerta para pasar al interior, pero al ver que estaba cerrada con el pestillo, volvió a llamarme. Estiré de la cadena y caminé hacia el espejo cuando pude ponerme en pie. Mi aspecto había cambiado por completo: mi cara estaba mucho más pálida, y una sudor fría comenzó a resbalar por mi frente y nuca. El dolor no había disminuido, ni siquiera después de vomitar.

Comencé a preocuparme más de lo que ya estaba. ¿Ocurría algo con el bebé?

Acaricié mi vientre, como si aquello fuera a calmar el dolor, y busqué en los bolsillos de mi pantalón el teléfono. Necesitaba llamar a alguien cuanto antes, y mi mente solo pensó en un nombre: Dimitri. El móvil no estaba allí y recordé que lo había apagado y encerrado en un cajón del escritorio para evitar la tentación de cogerlo mientras estudiaba.

Maldición, tenía que regresar a la habitación.

Con las manos temblorosas, conseguí quitar el pestillo y Nate se apartó cuando abrí la puerta de esa forma tan brusca.

- Hey, estás temblando -apoyó una mano en mi hombro-. ¿Qué ocurre?

- No me encuentro bien -dije mientras abría el cajón-. C-creo que llamaré a Alexia.

/>

- ¿Necesitas ir al médico? Yo te llevaré.

Hizo el amago de coger su chaqueta y recoger sus cosas, pero le detuve. Nadie podía saber acerca de mi embarazo, y mucho menos Nate. Me parecía un chico inteligente, atractivo y simpático, y no quería espantarlo cuando descubriera la gran noticia. Normalmente los hombres huían como moscas al enterarse sobre ese tema en particular, y no deseaba perder su amistad.

- Iré yo, con Alexia -insistí y emití un suspiro cuando encontré el móvil-. Te llamaré tan pronto como termine los exámenes, ¿de acuerdo?

- Pero... -no le permití finalizar la frase.

Le ayudé a recoger sus pertenencias y le acompañé hasta la entrada. Me despedí de él con un pequeño beso en la mejilla y le repetí que nos volveríamos a ver muy pronto. Mientras se alejaba echaba algún que otro vistazo hacia mi posición, y fue en ese entonces cuando cerré la puerta y marqué el número de Dimitri -el cual había memorizado- con rapidez. El timbre sonó al instante y esperé impacientemente a escuchar su voz.

Cada segundo que transcurría era una tortura.

- Cathy, ¿cómo llevas los estudios? -Dimitri dijo nada más descolgar.

Vi innecesario ocultarle mi pequeña cita con Nate para estudiar, así que opté por informarle sobre mi vida cotidiana, algo que hacen los amigos. Es algo típico, ¿no?

- Necesito que vengas a la residencia ahora mismo, por favor -supliqué.

- ¿Ocurre algo? ¿Te ha hecho algo? -su voz se endureció al instante.

-

No me encuentro bien -logré pronunciar.

No hizo falta entrar en detalles. Colgó y supe que en unos minutos estaría aquí. Regresé a la mueca de dolor y me senté en el lateral de la cama, encogiéndome. ¿Qué demonios me estaba pasando? Hace unos minutos me encontraba perfectamente pero, ahora... Mordí mi labio inferior para distraerme del dolor y enterré mi rostro entre mis manos, sollozando.

La idea de perder al bebé me asustaba; peor aún: me hacía entrar en pánico.

- Por favor, por favor -limpié las lágrimas de mis mejillas a pesar de que no podía parar el llanto.

- ¿Catherine? -la voz jadeante de Dimitri se escuchó desde el pasillo.

A este ritmo alertaría a toda la residencia, pero poco me importó. En estos momentos lo único que necesitaba era ir a un hospital y ver que todo estaría bien. Forzó la puerta -tampoco es que estuviera cerrada con llave-, y pasó al interior. Con zancadas amplias, se aproximó a mi posición y apartó mis manos para poder contemplar mi rostro.

- ¿Qué ha pasado con ese tal Nathaniel? ¿Estás bien? Joder, Catherine, estás llorando -su respiración era agitada, y supuse que era por las prisas para venir aquí.

- Me duele mucho -respondí con un hilo de voz.

Su mirada bajó hasta mi barriga y presionó una mano con delicadeza; manteniéndola ahí durante varios minutos. No era necesario explicarle con más detalles el origen del dolor, por lo que me ayudó a levantarme y deslizó un brazo por mi cintura. Al poner un pie en el suelo, sentí otro calambre que me hizo tensar

la mandíbula para no gritar.

- No puedo, no puedo -repetí-. ¿Qué me está pasando? Dimitri...

- Cálmate, estoy aquí contigo -buscó mi mirada-. Todo estará bien, ¿me estás escuchando?
Catherine, mírame -insistió al ver como parpadeaba cada vez más ante mi vista turbia.

Sacudí la cabeza en un intento de despejarme y, sin poder evitarlo, permití que el dolor me superase y me arrastrase lejos.

* * * * *

Desperté tumbada en una camilla y con las manos entrelazadas sobre mi pecho. La luz blanquecina me cegó unos instantes y tuve que girar mi rostro hacia la derecha para no dañarme más la vista. Tan pronto como conseguí espabilarme, tensé las manos en mi vientre e intenté incorporarme. Dimitri alzó la mirada al captar mi movimiento y evitó que realizara cualquier estupidez.

- Tranquila. ¿Cómo te encuentras? -preguntó con suavidad.

Dejó un periódico sobre la mesilla situada al lado de mi cama antes de apoyar las manos sobre las sábanas blanquecinas. Tomó mi mano izquierda entre las suyas y esbozó una pequeña sonrisa.

- Creo que bien -mi boca estaba pastosa. Supuse que me habían administrado algunos calmantes para aliviar el dolor-. ¿Qué ha pasado? Un momento, ¿el bebé sigue...?

- ¿En perfectas condiciones? Sí -terminó la frase por mí-. Avisaré el doctor, él te explicará mejor todo lo sucedido. Pero no vuelvas a darme estos sustos, por favor.

Asentí levemente e intenté cambiar de posición, sin embargo,

ni fui capaz de hacerlo pues la vía intravenosa me lo impedía. Acaricié mi barriga con cariño, intentando calmar mis ajetreados pensamientos mientras Dimitri no regresaba a la estancia. Necesitaba saber lo que me había ocurrido. Por un momento llegué a creer que lo perdería todo.

Un doctor con una barba cobriza y gafas grandes pasó junto a Dimitri. Me sonrió para darme confianza, pero no pude devolvérsela, por lo que me limité a apoyar los codos en la camilla y me incorporé tanto como pude.

- Los dolores no procedían del útero, señorita Miller -dijo, revisando los papeles-. No estaban relacionados con el bebé, ni siquiera los vómitos.

- ¿Entonces...?

- Eres joven, y ahora, en la época de exámenes, no te cuidas lo suficiente. ¿Te has alimentado bien? ¿Has dormido las horas recomendadas? Según la prescripción, la doctora Keller te recomendó unas vitaminas, ¿te has acordado de tomarlas?

- No -me avergoncé, pero añadí al instante-: Hoy no las he tomado, y tampoco he comido ni al medio día ni he llegado a cenar.

Dimitri cruzó los brazos y agachó el rostro para ocultar la expresión de culpabilidad. Sabía que iba a regañarme como si fuera una niña de apenas seis años tan pronto como me dejaran salir de aquí. Seguramente estaba preparando algún discurso mental.

Maldición.

- Escúchame -el doctor aclaró su garganta y se aproximó a mí-. Tienes que cuidar tanto de ti misma como del bebé. Ya no solo está tu vida en juego; tienes que cuidar de él o ella. El ejercicio físico está

totalmente prohibido y debes mantener una buena alimentación y descansos. Puedo darte

calmantes si es lo que necesitas, pero todo depende de ti, señorita Miller -me quitó la vía y agradecí interiormente que ya no tuviera esa aguja en mi piel-. Descansa en lo que queda de día y olvídate de los estudios, ¿de acuerdo?

- Pero los exámenes comienzan mañana...

- Yo cuidaré de ella -Dimitri intervino-, no se preocupe.

- Espero que así sea.

Cuando por fin pude levantarme, me desperecé. Sentía los músculos adormecidos y me costaba caminar. A pesar de que el dolor se había calmado, seguía teniendo una leve molestia. La idea de tumbarme en mi dulce cama y dormir era tan tentadora... Parpadeé repetidas veces en un intento de mantenerme despierta y Dimitri acudió en mi ayuda.

- Desde que te conocí, las probabilidades de que padezca un ataque al corazón han aumentado. ¿Lo sabías? -deslizó un brazo por mi cintura.

- Puedo andar -le empujé, pero no logré apartarle ni un centímetro-. Lo digo en serio.

- Ya, claro, y yo puedo volar.

¿A quién pretendía engañar? No podía dar ni un solo paso sin tambalearme. Bostecé y dejé que Dimitri me arrastrara por los pasillos del hospital hasta salir al exterior. Me deslicé en el interior del coche una vez que llegamos a los aparcamientos y esperé a que Dimitri me acompañara. No arrancó el coche tal y como yo esperaba, sino que permaneció estudiándome con los ojos achicados.

- ¿Qué? -dije con cansancio.

-

Te conozco lo suficiente para saber que en cuanto te deje en la residencia volverás a meter tu cabeza entre los libros, lo que conllevará a otra visita aquí -dijo-. Así que, como sé que tampoco puedes suspender porque tendrías que repetir el curso, vas a tomar tus libros e iremos a mi casa.

- ¿Cómo dices? -mordí mi labio inferior-. Dimitri, no voy a poner mi vida en riesgo por pasar unas cuantas horas estudiando. Esta vez no...

- No hay otras alternativas en esto -lo dijo como si fuera algo de vida o muerte-. No te preocupes, no dormirás conmigo aunque sea eso lo que realmente quieres.

Solté una carcajada y aparté un mechón de mi frente.

- Más quisieras, Ivanov.

- Sí. Lo cierto es que sí -confirmó mientras mostraba una pícaro sonrisa.

* * * * *

Introduje en una mochila ropa tanto para dormir como para la mañana siguiente y dejé una nota, avisando a Alexia de que pasaría la noche fuera. Era extraño no encontrarla en la habitación a esas horas, por lo que supuse que se encontraría en su casa. Tras eso, regresé al coche y Dimitri puso rumbo a su casa. Durante el camino, me confesó un pequeño plan suyo: básicamente, podíamos desvelar el secreto una vez que tuviera el poder de la empresa en sus manos, lo cual tendría lugar tras la celebración de la boda.

No pedí explicaciones, pues su mirada seria y perdida ya me daba señales de que no me contaría nada. Él guardaba muchos secretos, y esperaba que algún día pudiera

compartirlos conmigo.

Aparqué en el garaje y se aseguró de que todas las alarmas estuvieran encendidas antes de cerrar las puertas con llave. Cargó la mochila y me acompañó al interior. Me siguió como si fuera mi propia sombra hacia el salón, pues era el único camino que conocía. Sólo había estado en esta casa una vez.

- Te enseñaré donde dormirás.

Suspiré y asentí sin tener más remedio.

Ascendí por las escaleras con lentitud, sin querer presionarme a mí misma, y me deleité observando los cuadros que adornaban las paredes. La mayoría pertenecían a pintores famosos ya fallecidos, pero el que más me llamó la atención fue un cuadro que descansaba al terminar las escaleras. Le distinguí fácilmente junto a una mujer de bellas facciones.

Supuse que se trataba de su madre. Me hubiera gustado preguntar qué sucedió entre sus padres para esa repentina separación y cuál era la enfermedad que padecía, no obstante, no me parecía el mejor momento para confesar mis sentimientos. Caminó hasta el final del pasillo, hacia la única puerta cerrada, en la derecha. En ese pasillo habían dos habitaciones más.

- Vaya -murmuré maravillada.

La habitación tenía una gran chimenea de color negra frente a una cama gigantesca con un cabezal de madera. El suelo no crujió bajo mis pies como esperaba tras pasar de la alfombra de pelo al suelo entarimado. Un escritorio con su respectiva silla acolchada de cuero y un ordenador estaban a la izquierda. Otra puerta, cerrada también, estaba en el interior además del balcón.

Parecía

que estaba en una habitación de hotel de lujo.

- ¿Te gusta? -apoyó el hombro contra el marco de la puerta una vez que pasé-. Yo me encargué de la decoración de la habitación, y de toda la casa, de hecho.

- ¿En serio? -acaricié la suave madera del escritorio-. Creía que los hombres necesitaban de una mano femenina en estos asuntos, sin ánimo de ofender.

- No generalices tan rápido. Yo no soy como los demás.

- De eso ya me he dado cuenta -susurré para mí misma.

Me senté en la cama y acaricié la suave colcha. Dimitri encendió la chimenea para darle calor a la habitación, aunque no lo vi estrictamente necesario. No tenía mucho frío. Abrí las puertas del balcón y observé el exterior. Desde aquí tenía una vista panorámica de toda la ciudad: Manhattan era mucho más bonita de noche que a la luz del alba.

Regresé al interior y aferré la bolsa.

- El cuarto de baño está aquí, por si acaso quieres tomar una ducha -señaló a la puerta cerrada y la entreabrió, permitiéndome mirar la decoración.

- Huelo a hospital, así que aceptaré tu oferta.

- Podría acompañarte -comenzó a deshacerse de las primeras prendas, lanzándolas al suelo.

Tuve que sujetarle las manos cuando lanzó el cinturón al suelo y así evité que comenzara a desabrocharse los botones de la camisa. ¡No quería verle desnudo!

- ¿Qué demonios haces? ¡He venido aquí para dormir, n-no para...! -farfullé.

- Sh, calma fiero -siseó, sin borrar la sonrisa-. Esta

es mi habitación y, ¿ves eso? -señaló al sofá de cuero situado frente a la chimenea-. Ahí suelo descansar.

- No pienso dormir contigo.

- ¿Acaso tienes otra opción?

Medité una respuesta y cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro. La única respuesta inteligente que se me ocurrió fue la siguiente:

- Dormiré en otra habitación. Estoy segura de que hay más.

- Te puedo asegurar que, por supuesto que tengo más dormitorios, el único inconveniente es que están sin amueblar por el mero hecho de que vivo solo.

- Te odio -gruñí.

Me encerré en el cuarto de baño con mi mochila, echando el pestillo una vez más, y escuché sus risas desde el otro lado de la puerta. Quise enfadarle, pero causé el efecto contrario. Extraje del interior la ropa necesaria y me apresuré a desnudarme para pasar al interior de la ducha. Me relajé por completo cuando sentí el agua cálida deslizarse por mi cuerpo y apoyé mi espalda

contra los azulejos.

Pensativa, dejé que los minutos transcurrieran sin hacer nada. Me sentía mal por haber hecho que Dimitri se preocupase por mí de tal forma. En mi mente se creó la imagen de Dimitri aferrándose en sus brazos como hizo la primera vez, pero tuve que detenerme. No podía pensar en eso.

Estaba prohibido.

Sequé mi cabello tras desenredarlo y me puse el pijama con rapidez. Esta noche hacía frío, no tanto como otras, pero no podía esperar a deslizarme en el interior de esas sábanas. Mi corazón latió de manera desbocada cuando caí en la cuenta

de que compartiría cama con Dimitri. Pero solo era eso: compartir una cama para dormir.

Al regresar a la habitación me encontré con un Dimitri sentado en el gran sofá y con una copa de vino entre sus manos. En su regazo sostenía un periódico, y lo supe por el titular que mostraba.

- ¿Ocurre algo? -cerré la puerta del cuarto de baño y me aproximé a él.

Descansé las manos sobre el respaldo del sofá y arqueé una ceja.

- Los periodistas siguen intentando destrozar mi vida tanto personal como laboral -chistó.

- No encontrarán nada que nosotros no queramos.

- Lo sé.

Arrojó el periódico sobre la mesilla y bebió el contenido de la copa de una sola vez. Relamió sus labios y se incorporó para observarme. La incomodidad era palpable en la habitación. Teniendo en cuenta que la única vez que había compartido cama con un hombre fue la noche en la que este desastre sucedió... Era extraño estar tumbada junto a él sin que nada más sucediera.

Deshice la cama y me introduje en ella. Las sábanas de pelo hicieron que un escalofrío recorriera

mi cuerpo y observé como Dimitri, sin camiseta por supuesto, se acomodaba a mi lado.

- Normalmente duermo desnudo -comentó-, pero ya que estás aquí, haré la cortesía de ponerme estos molestos pantalones. No siempre tengo esta consideración.

- Vaya, ¿y a qué se debe el honor? -ironicé, apoyando la mejilla izquierda sobre la almohada.

- Es de mala educación dormir así en frente de una señorita.

- Claro -coincidí-, una señorita a la cual ya has visto desnuda.

- ¿No esperarás un beso de buenas noches, cierto? -susurró mientras se acercaba.

Puse los ojos en blanco y me giré hasta quedar de espaldas a él. Escuché como intentaba sofocar su risa con la sábana, pero no lo consiguió. Intenté descansar, cerrar los ojos y dejar la mente en blanco. Pero me era incapaz. Tomé mi móvil y puse la alarma a las seis y media de la mañana. Madrugaría, repasaría los últimos temas y me marcharía a la universidad. Obligaría a Dimitri a que me acercara, no podía llegar tarde y, además, quería joderle un poquito.

Abracé un cojín contra mi pecho y solté el aire que contenía. Ya tendría toda la mañana siguiente para preocuparme por cosas realmente importantes.

=====

Semana 11

Bip-bip-bip.

Sobresaltada, abrí los ojos y tanteé la mesilla con el objetivo de encontrar mi teléfono y apagar la

maldita alarma. No abrí los ojos en ningún momento, pesaban demasiado como para hacerlo. Dimitri se removió a mi lado, pero tampoco dijo nada, y si lo hizo no me di cuenta. Al cabo de unos minutos la alarma volvió a sonar y me vi obligada a sentarme y apagar el móvil si no quería arrojarlo contra la pared más cercana.

Dimitri murmuró algo que no logré comprender y cubrió su rostro con la sábana. Cuando no tenía esa faceta seria y escalofriante resultaba ser un hombre normal, como todos.

- Son las seis -le dije con voz pastosa-. Vamos, comienza la jornada.

Le vi sacudir la cabeza bajo la sábana y me dio la espalda. Aquel impulso de cubrir la piel desnuda de su espalda con besos me sacudió y tuve que alejarme para no hacerlo. Puestos a ser sinceros, nuestra amistad iba mejor de lo que pensaba, y no deseaba que todo aquello se fuera a la basura por unos tontos deseos que seguramente fueran por culpa del embarazo.

Hormonas, adolescente y antojos. Muy mala combinación.

- Lo digo en serio. El primer examen comienza a las ocho, ¿entiendes? Quedan menos de dos horas. ¡Qué te levantes he dicho! -le arrojé un cojín.

A pesar de mis intentos, continuó inmóvil como si fuera una figura de mármol. Me arrodillé sobre el colchón y comencé a darle pequeños golpes en los brazos. No había nada más molesto que eso. Abrió un ojo y ladeó el rostro hacia mi dirección mientras fruncía el ceño.

Bien, por

algo se empieza.

Me crucé de brazos y aclaré mi garganta intencionadamente. Había sido idea suya la de quedarme aquí a dormir, así que yo no tenía culpa del estúpido horario de exámenes. Descubrió su cuerpo para que el frío terminara de despejarle la cabeza antes de sentarse. Enterró los dedos en su cabello, peinándolo... peor de lo que ya estaba, antes de mirarme con reproche.

- Pensaba que estarías acostumbrado a despertar a estas horas con tantas reuniones de empresa y ese rollo. Además, también impartes clases en la universidad -me defendí.

- El resto del mundo se adelanta, yo jamás llego tarde.

Me reí por su respuesta y caminé descalza por la alfombra en dirección al cuarto de baño. Se me había olvidado recoger mis pertenencias, las cuales continuaban desperdigadas por todo el suelo.

- ¿Qué quieres desayunar? -le escuché decir desde la habitación.

- ¿Qué? -asomé la cabeza por el marco de la puerta-. Tengo que estudiar primero.

- No puedes ir con el estómago vacío, necesitas comer.

Se puso en pie, se desperezó y me dio la oportunidad de estudiar con detenimiento cada uno de los tatuajes que recorrían la piel de sus brazos. Me deleité con la vista antes de regresar a la realidad y me aproximé a la mochila para tomar el libro. Sobre la cama -pues era el lugar más cómodo de toda la habitación, sin duda alguna-, ojeé las páginas que había señalado como importantes. Eran demasiadas como para leerlas en menos de una hora.

Tras treinta minutos de intensa lectura,

desistí de la idea y me encerré en el cuarto de baño.

Me aseo tras una buena ducha y me preparé mentalmente para lo que sucedería durante el examen. Inspiré profundamente varias veces, intentando que los nervios no volvieran a dominarme justo como sucedió ayer mismo.

- ¿A qué huele eso? -dije una vez que estuve de vuelta en la habitación.

Jugué con un mechón de pelo mientras me acercaba hacia la bandeja situada sobre el escritorio. Dimitri apartó la silla para que me sentara en ella, no obstante, yo preferí tomar asiento sobre el escritorio y apoyar la bandeja en mi regazo.

Tortitas de caramelo, huevos fritos y un vaso de zumo.

El delicioso aroma que desprendía la comida hizo que mis tripas rugieran. Corté un trozo de tortita con el cuchillo, lo pinché con el tenedor y lo llevé a mi boca; todo bajo la vigilancia del señor Ivanov, el cual no apartaba la mirada de mis actos. Fruncí el ceño y cerré los ojos, suspirando.

- ¿Qué ocurre? ¿No te gusta? ¿Te encuentras mal otra vez? ¿Son los nervios? ¿El bebé? -acortó las distancias, quedando a escasos centímetros de mí y presionó una mano en mi estómago.

- No. No, cálmate -no aparté su mano. No me molestaba-. Huele tan bien como aparenta, así que no. Estamos bien, Dimitri.

Besé su mejilla con rapidez y esboqué una sonrisa encantadora.

- Me vas a volver loco -se quejó antes de alejarse.

Caminó en dirección al armario, supuse que iba a vestirse. Comencé a devorar la comida con rapidez y la mastiqué hasta quedar completamente

triturada, pues de esa forma me sentaría mejor y probablemente, no sentiría náuseas ni ganas de vomitar. Una vez que la bandeja quedó vacía, la deposité a mi derecha y regresé al suelo de un pequeño brinco.

- Eh... ¿te importa si dejo aquí el pijama? -señalé al estante-. No quiero llevar mucho peso ya que no tendré tiempo para entrar a la residencia antes del examen.

- Claro, no te preocupes.

Veinte minutos más tarde, ambos nos encontrábamos en el coche. Dimitri condujo por las calles desiertas y se detuvo a una manzana de la universidad. En estos momentos estaría repleta de alumnos que, con toda seguridad y debido a los rumores que circulaban, alegarían que yo soy la supuesta amante de Dimitri.

Eso no podía pasar.

- Ah, una última cosa -dijo antes de cerrar la puerta-. Repasa bien la página setenta y ocho. He visto tu examen y sé que con esa pregunta conseguirás bastantes puntos. Suerte, preciosa.

Me guiñó un ojo y volvió a arrancar.

Mis mejillas volvieron a ruborizarse y golpeé el suelo con el pie. ¡Por supuesto que lo había visto! Él era profesor, nadie sospecharía si el gran Dimitri Ivanov es pillado con las manos en la masa, es decir, ojeando los exámenes finales.

¿Y me lo dice ahora?

Sino fuera por el embarazo, hubiera echado a correr tras el coche al instante.

Cargué los libros hasta el interior de la facultad de letras. Cientos de alumnos se amontonaban en la entrada mientras buscaban sus nombres en las listas. Los exámenes estaban clasificados por apellido para evitar

que en una clase hubiera trescientas personas, y en otra quince. Me hice paso a empujones y suspiré cuando encontré los papeles frente a mí.

Leí los apellidos hasta que encontré el mío, Miller. Estaba en el aula número cuatro. Afortunadamente, los compañeros con los que estaría durante el examen no eran los típicos empollones. No tendría que preocuparme de las típicas murmuraciones.

Alexia estaría ya haciendo su examen. Tomé mi móvil y, aunque no pudiera leerlo hasta más tarde, le envié un mensaje deseándole buena suerte para la próxima tanda de exámenes. Estaba al cien por cien segura que, tras terminar esta ajetreada semana, me atosigaría con sus típicas preguntas sobre cómo iba mi relación exclusiva de amistad. Intenté mantener mi atención puesta en lo que iba a suceder en unos minutos. Tendría que calmar los nervios.

Entré a clase y me senté en el primer pupitre libre que encontré. Rasqué mi nuca y opté de no revisar más los apuntes, pues no serviría de mucha ayuda. La clase se llenó de gente en unos pocos minutos y el profesor ordenó que guardásemos todo en las mochilas. Mordí la tapadera del bolígrafo con nerviosismo antes de que varias hojas en blanco cayeran frente a mí.

Comenzaba la tortura.

* * * * *

- ¡Catherine, Catherine, Caaat! -escuché la voz aguda de Alexia tras mi espalda-. Acabo de terminar los exámenes y creo que han ido bastante bien. ¿Qué tal los tuyos? ¿Ibas a la residencia, cierto? Tenemos de tanto de lo que hablar.

Su descarga de

felicidad y nerviosismo calmó por completo mis preocupaciones. Los dos exámenes que había hecho esta misma mañana habían terminado a la perfección, como yo esperaba. Ahora restaban tres asignaturas más en los próximos cuatro días. Enganchó su brazo al mío y me arrastró con zancadas amplias al interior del dormitorio.

Procuré que la comida que llevaba en la bolsa no se cayera al suelo durante el camino. Había optado por comer de una manera más saludable, a pesar de que odiaba tanto la fruta como la verdura. Si el bebé lo necesitaba, eso haría.

- Me muero de hambre, ¿qué llevas ahí? -dijo una vez que entramos al dormitorio.

Cerró de un portazo, el cual retumbó en todo el pasillo, alertando al resto de los alumnos. Se deshizo de su mochila, arrojándola sobre su cama antes de coger mi bolsa y ponerla sobre el escritorio. Alcé ambas cejas. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué estaba tan feliz?

- Por lo que veo, los exámenes te han ido bastante bien -comenté, cruzándome de brazos.

- Los malditos exámenes no tienen nada que ver con esto, querida.

Extrajo el merendero de ensalada con pasta antes de poner cara de asco; como si hubiera visto alguna araña. La apartó de sí misma con las manos y me miró de reojo. Definitivamente, algo estaba ocurriendo y Alexia se preparaba de manera dramática para confesármelo.

- Sé que hemos estado distanciadas estos días -comenzó a decir-, tú has estado de un lado a otro con el asunto del bebé y Dimitri, los exámenes también nos han influenciado... Hay tantas cosas

que contarte pero no sé ni por donde empezar.

- ¿Qué te parece si me pongo al día mientras como? -palmeé mi vientre.

Tomé asiento en la silla del escritorio y crucé las piernas como si fuera un indio. Abrí la tapadera tras comprobar que la comida -al menos la pasta- continuaba caliente antes de pinchar varios trozos de ensalada y llevármelos a la boca.

- Estoy saliendo con alguien.

Tragué la comida sin terminar de masticarla y clavé mi mirada en su rostro. ¿Ha dicho lo que yo había escuchado, o estaba distorsionando la realidad? Aclaré mi garganta y tomé un profundo sorbo de agua para hacer un poco de tiempo. No sabía qué decir. Puestos a ser sinceros, me molestaba que ella no me hubiera contado algo tan importante antes, aunque tampoco podía criticarla.

Yo tampoco le había contado mucho, la verdad.

- ¿Cómo se llama? ¿De dónde es? ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con él? -pregunté.

- Sorpresa. ¡Quiero que le conozcas! -esbozó la mejor de sus sonrisas-. La semana que viene, en el restaurante italiano ese tan adorable que hay a la vuelta de la esquina.

- Creo que no va a ser posible...

Pinché de nuevo en la comida y tragué saliva.

- Le prometí a Dimitri que iría a conocer a su madre una vez que los exámenes acabaran. Ella está enferma, y quiere saber sobre mi embarazo antes de... -hice una pequeña pausa-. Tampoco es seguro que me marche tan pronto. Necesito el permiso de mis padres, y Dimitri también...

- Por lo que veo, nuestra amistad ha dejado

de ser tan valiosa -me interrumpió.

- ¿Cómo dices?

Sentí cómo mi estómago se cerraba ante el rumbo que tomaba la conversación. Aparté la comida y me puse en pie, encarándola.

- Has escuchado bien -continuó-. Llevamos días o semanas sin hablar de esta manera. Con la excusa del bebé y los exámenes haces lo que te da la gana. No sé nada sobre ti, Catherine. Desapareces de la residencia, no pasas por casa de tus padres.

- ¡Tú tampoco! -alcé la voz más de lo debido-. Había noches en las que ni siquiera te molestabas en avisarme de que no estarías aquí. Así que no empieces con esas estupideces porque no pienso caer en tu juego. No voy a sentirme culpable por algo que tú también has hecho.

Su expresión mostró rabia. Quería continuar con esta pelea, la conocía bastante bien al igual que ella a mí. De vez en cuando era necesario dejar salir todos aquellos pensamientos oscuros que nadie quiere escuchar con el fin de desahogarte y, desde hace muchos meses, Alexia y yo no habíamos tenido ninguna conversación de este tipo.

Lloraría, gritaría e incluso reiría si decido continuar con esto. Después de lo ocurrido ayer, no podía arriesgarme. No sólo porque el bebé correría peligro, de nuevo, sino que Dimitri iría en mi búsqueda y quién sabe lo que llevaría a cabo. Recogí la comida, la introduje en la bolsa, y me preparé los libros de los próximos exámenes. Pasaría el resto de días en casa de mis padres.

Antes de salir de la habitación, añadí:

- Y sí, anoche estuve con él si es lo que te

estás preguntando.

Probablemente habían escuchado nuestra disputa, pero me daba igual. Apenas había dicho detalles sobre lo ocurrido, por lo que nadie lo entendería. Tomé el teléfono entre mis manos y miré la lista de contactos. En las llamadas recientes aparecían los nombres de Dimitri, Alexia y Nate. Los tres en ese respectivo orden. Mordí mi labio inferior, bajando las escaleras, mientras me debatía a quién llamar.

Alexia no era una opción. No daría mi brazo a torcer.

Dimitri estaría ocupado con su trabajo. La alternativa de que se encontraba con su prometida no me agradaba, por lo que me autoconvencí de que no sería así.

Y Nathaniel... Bueno, Nate estaría disponible, supuse.

* * * * *

El helado de chocolate estaba delicioso. Al principio rechacé su invitación, me parecía incorrecto que abusara de él de esta forma. Primero los estudios, los viajes en coche, y ahora me invitaba de paseo y a una merienda. Al menos había logrado subirme el ánimo.

- Entonces... -le vi rascar su nuca-. ¿Crees que te llamará? Es decir, sois mejores amigas. No creo que vaya a olvidarse de ti. Si realmente le importas, arreglareis vuestros problemas.

- Eso es lo que más me preocupa -admití-. Hemos estado tan distanciadas últimamente... No sé como afectará esta pelea a nuestra relación. Yo la quiero muchísimo, es más una hermana que una amiga para mí. Y odio cuando estas cosas suceden.

- Da el primer paso.

- Oh. No, no. Ni hablar -sacudí la cabeza-.

Siempre soy yo quien da el brazo a torcer durante las peleas. Esta vez le toca a ella.

Efectivamente, había hablado con Nate sobre mi última discusión. Necesitaba desahogarme con alguien, y afortunadamente, él estaba disponible. No quería pensar en Nathaniel como una persona de repuesto, nada de eso. Cada vez comenzaba a tener más cariño hacia él, era inevitable. Suspiré con pesadez y le señalé un banco para tomar asiento.

Mis piernas dolían después de tanta caminata. Había ido a casa para dejar todos los libros y, en vez de tomar un taxi, opté por ir caminando hasta Central Park.

- Céntrate en lo positivo: habrás acabado todos los exámenes para la semana que viene, y dispondrás de todo un verano para realizar cualquier tipo de actividad -dijo al fin.

- Por supuesto -mentí.

Quería confesarle todo. Necesitaba hacerlo, disponer de otra persona que no fuera ni Alexia ni Dimitri para hablar. Alguien que no me juzgara. Él no lo había hecho, no por el momento. Tendría que darle un voto de confianza, ¿no? Jugué con mi anillo de plata mientras intercambiaba mi mirada de un lugar a otro, con un claro nerviosismo.

- Te has manchado de chocolate -su voz rompió con el silencio. Su risa resonó en toda la soledad del parque-. Ven aquí.

Pasó un dedo por mi barbilla para limpiar una gota que resbalaba antes de aproximarse. Sentí la calidez de su aliento próxima a mis labios, iba a besarme. Entonces, el rostro de Dimitri apareció en mi cabeza, al igual que todo lo sucedido aquella noche. Dejé la tarrina sobre el banco antes de presionar mis manos contra su pecho, apartándole.

Cerré los ojos para evitar encontrarme con su mirada y me encogí de hombros. Esperaba que no me pidiera explicaciones, que entendiera eso como un mero rechazo.

- ¿Te gustaría volver a casa? -dijo con amabilidad tras mi reacción.

- Lo agradecería -admití.

Se levantó primero y me tendió una mano. La acepté con timidez y caminé unos centímetros alejada de él mientras intentaba mantener el control. No quería pensar en el resto de semanas que me esperaban por delante... El embarazo recién acababa de comenzar, y yo ya estaba envuelta en todo tipo de líos. Dios, ¿por qué todo me sucede a mí?

=====

Semana 12

Domingo, 17 de mayo. Una semana después de los exámenes.

Mi corazón latió con fuerza y rapidez mientras mis manos temblorosas abrían el maldito sobre que marcaría mi futuro. Alexia estaba en la misma habitación que yo, no obstante, la pequeña pelea que tuvimos ni aún se había arreglado. La jornada de exámenes terminó el viernes pasado y después de una semana de espera, por fin podría saber si estaba aprobada o no.

- ¿Lista? -Alexia se posicionó a mi lado con el sobre abierto-. Tres, dos, uno...

Extraje el papel del interior y dejé el sobre en el escritorio antes de apresurarme a leer la calificación.

Marie Miller, Catherine. Calificación: 12,7 sobre 14. Modo: Apta.

Grité al mismo tiempo que Alexia. Intercambiamos las cartas para comprobar nuestras respectivas notas y la abracé mientras reía. Me estrechó entre sus brazos con fuerza pero sin hacerme daño realmente. Apoyé una mano en sus hombros y clavé mi mirada en la suya.

- Hemos aprobado, Alexia. ¡Primer año de universidad superado! -exclamé.

- No lo puedo creer. Ahora nos espera un largo e increíble verano -suspiró-. Aunque pasemos la mayoría del tiempo separadas, prométeme que no te olvidarás de mí.

Puse los ojos en blanco.

- ¿Me ves capaz de hacerlo, tonta? Quiero conocer a ese misterioso novio tuyo, ¿de acuerdo? Tengo que llamar a Dimitri, también a Nate, para contarles esta noticia y... vaya.

- ¿Qué ocurre?

- No sé si estoy preparada para

que su madre me conozca. Ni siquiera sé su nombre. Además, ¿qué imagen tendrá de mí cuando descubra mi edad y el reciente embarazo? No quiero que piense que soy como esas chicas que se acuestan con el primer hombre que pillan... -me callé.

- Seguro que le caerás bien. ¡Darás a luz a su primer y único nieto!

Dejé la carta doblada junto al sobre y saqué la maleta del armario. Era hora de evacuar la residencia hasta el próximo año. Aunque ahora que lo pensaba detenidamente, el año que viene ya no estaría aquí. Ni siquiera sabía si sería capaz de continuar con los estudios a pesar de mis buenas notas.

Eché la ropa bien doblada en el interior de la maleta mientras sentía la mirada de Alexia clavándose en mi espalda como cuchillos afilados. Daba escalofríos.

- ¿Qué? -pregunté con cansancio.

- No quiero comenzar las vacaciones sabiendo que estamos así -se encogió de hombros, aproximándose-. Me gustaría disculparme por mi estúpido comportamiento. Sé que las cosas no han sido sencillas últimamente y lo único que hago es reprochar atención.

- Lo haces con razón, Lexi -le miré a los ojos-. He descuidado nuestra amistad por completo con el asunto de Dimitri y el bebé. Hay tantas cosas que me gustaría contarte...

- Entonces, ¿a qué esperas? -se sentó sobre la cama tras apartar la maleta, y cruzó las piernas-. Todavía disponemos de tiempo para irnos, nos han dado varias semanas de plazo, así que no hay prisa. Puedes hablar de todo lo que quieras durante el tiempo

que quieras.

Tomé la silla y la arrastré hasta que quedó frente a ella. Jugué con el dobladillo de la camiseta de tirantes -sí, el calor había aparecido por arte de magia-, antes de alternar la mirada entre ella y cualquier objeto inanimado de la habitación.

- Dimitri va a continuar con el compromiso, y puestos a ser sinceros, me molesta que pase tiempo con Svetlana sabiendo que será padre. No quiero convertirme en la típica madre soltera que ve como el chico que le gusta es feliz con otra -dije de forma atropellada.

- ¡Has dicho que te gusta! ¡Lo has admitido!

- ¿A quién no? -me apresuré a corregir mis propias palabras.

Demasiado tarde. Alexia no iba a olvidarlo.

- Déjame explicártelo -aclaré mi garganta-. Las dos sabemos que se convirtió en mi amor de verano durante el campamento, y te juro que creí que jamás le volvería a ver. Y ahora es diferente, ¿entiendes? Sigue siendo el mismo tío egocéntrico y superficial pero se comporta como un romántico empedernido y me confunde.

- Vaya, estás realmente pillada por él. Me temo que eso no es lo único.

- Nate es un chico excelente. Sé que también es mayor que yo y no entiendo que he hecho para estar atrapada entre dos hombres, y no digo que me guste, no pienses mal -alcé las manos-. Me gustaría conocerle más sin que esto... -puse las manos en mi vientre-...le haga correr despavorido.

- No lo hará si se lo explicas. Yo no lo hice. Y misteriosamente Dimitri tampoco, que es lo que me parece más extraño.

Fue como si se...alegrase de descubrir el embarazo -frunció el ceño.

Pasé las manos por mi cabello, echándolo hacia atrás mientras bufaba.

- Necesito ordenar mi vida y mis sentimientos. No puede gustarme Dimitri pero tampoco puedo poner la distancia que necesitamos pues regresaríamos al punto de partida y, no por favor. Él sigue siendo el padre del bebé.

Alexia me acunó en sus brazos y apoyé mi barbilla en su hombro.

- Todo se solucionará con el tiempo, Cathy.

Terminamos de recoger la habitación y arrastramos las maletas escaleras abajo. Mis padres nos esperaban en la puerta de la residencia. Dejaríamos a Alexia en su casa y después nos dirigiríamos a la mía. Me era extraño regresar a casa después de que mis padres descubrieran el gran secreto, pues eso les daba a entender que yo y Dimitri... Instintivamente presioné una mano en mi barriga y aguanté la respiración para no tener otro ataque de ansiedad cuando le vi.

Patrick estaba de espaldas al coche y con el teléfono pegado al oído.

Su rostro se iluminó cuando me vio aparecer y, antes de ser capaz de pronunciar algo, guardó el móvil y me abrazó con fuerza; ese típico abrazo de oso que te dejaba sin respiración. Apoyé mis manos en su espalda y le aparté, buscando su mirada.

- ¿Ya no estás enfadado conmigo? -murmuré.

- Nunca lo he estado, hermanita -removió mi pelo-. Tan solo estaba decepcionado.

- ¡Catherine! -mi padre me abrazó cuando tuvo la oportunidad y se lo devolví torpemente-. ¿Qué nota

has sacado? Nos tienes intrigados. Vamos, sorpréndenos.

Sacudí la cabeza y saqué la carta del bolso. Mis padres me felicitaron por mi gran esfuerzo, a pesar de todos los obstáculos, y por fin pudimos subir al coche. Alexia se sentó entre mi hermano y yo; de vez en cuando ojeaba la pantalla de su teléfono con el fin de conocer el nombre de la persona que tanto le entretenía. Patrick no era partidario de los aparatos electrónicos engañosos, como él los llamaba.

No obstante, me sorprendía verle tan pegado a él. Apoyé el codo contra el cristal del coche y me limité a observar el camino que tan bien conocía hacia la casa de Alexia.

- En cuanto sepas dónde pasarás las vacaciones, prométeme que me llamarás -le dije.

- Lo haré. Cuídate y ya sabes. ¡Cuéntame todas las novedades, ya sabes a que me refiero!

- Sí, no te preocupes -respondí entre risas.

Veinte minutos más tarde ya estaba paseándome por mi antiguo dormitorio. Mis padres me dejaron espacio para volver a hacer de esa estancia una habitación, pues básicamente habían tres muebles: la cama, el armario y el escritorio con una estantería. Agradecí interiormente esos minutos de paz y tranquilidad. Lo último que necesitaba era unos padres atosigándome sobre la seguridad tanto del bebé como la mía. Quería comprobar los ahorros que tenía para ver si podía alquilar algún piso tras cumplir los dieciocho años.

Coloqué la ropa en el armario y procuré hacer la cama, dejar los libros en los estantes, e instalar el ordenador en la mesa

del escritorio antes de romper mi hucha. Las monedas y los billetes cayeron sobre la alfombra y me arrodillé para recogerlas y contarlas. Aquí no habían más de cien dólares, lo cual no me ayudaba en nada.

Tomé mi móvil y marqué el número de Dimitri.

- Buenos días, preciosa. Justo pensaba llamarte -dijo tan pronto como descolgó.

- ¿Y eso? -su voz aceleró mis pulsaciones. Joder-. ¿Pasa algo?

- Eh. No, sí, más o menos. ¿Te acuerdas del viaje? Bien, debemos posponerlo para la próxima semana. Ha surgido un imprevisto y tengo que ocuparme de él antes de partir.

- ¿De qué se trata?

- Nada que te incumba. ¿Podríamos vernos mañana?

Me molestó su tono autoritario. No era un perro, simplemente no podía ordenarme lo que hacer.

- ¿Para qué? -dije en respuesta.

- ¿Acaso necesito una excusa para poder quedar contigo?

- No. Por supuesto que no. Pero tengo que ocuparme de varios asuntos también -no supe por qué respondí eso, pues seguramente habría sonado como una adolescente celosa y enfadada.

- Lo que quieras entonces.

Y colgó.

- Lo que quieras entonces -imité su tono de voz de manera infantil.

Dejé caer el móvil sobre la cama y me crucé de brazos, enfurruñada. Miré mi reflejo en el espejo desde mi posición antes de salir despavorida de la habitación. Dimitri ocultaba algo -tampoco es que estuviera obligado a contármelo todo, por supuesto-, no obstante, yo estaba empeñada en averiguarlo. ¿La razón?

Una parte de mí no se fiaba del todo.

Era un hombre de negocios diferente. Tenía la cabeza bien amuebla aunque muchos dirían lo contrario. No era tan tonto como él quería hacer creer a todos. Tomé las llaves del salón y me apresuré a irme cuando Patrick apareció de la nada y me aferró del brazo.

- ¿A dónde te marchas? Quería hablar contigo sobre lo que ya sabes.

- Patrick, no pienso soportar tus berrinches, ¿entiendes? Es mi decisión, mi vida, y haré lo que yo crea conveniente con ella. Si quieres colaborar, bienvenido seas. Ten en cuenta que yo jamás me he involucrado en tus relaciones, así que haz lo mismo.

- No me has dejado hablar -me libero de manera automática-. Quería disculparme, admito que me comporté como un idiota. Soy incapaz de acostumbrarme a la idea de que seré tío. Y tan joven. Tú tienes todo un futuro por delante y el bebé...te lo arrebatara todo.

- No tiene porqué ser así. Dimitri me está ayudando, así que no tienes de qué preocuparte.

Patrick tensó la mandíbula cuando mencioné su nombre e inspiré profundamente antes de humedecer mi labio inferior, sin decir nada. Él me miró de la misma forma hasta que decidió romper el silencio con ese tono irónico y orgulloso que tanto me molestaba.

- De acuerdo, si tanto te gusta... Ve a verle ahora mismo.

- Punto número uno: no me gusta Ivanov -primera mentira-. Y número dos: eso es lo que iba a hacer hasta que tú has aparecido y me has interrumpido. Un momento -fruncí el ceño y entrecerré los ojos-. ¿Para

qué quieres que vaya a visitarle?

- Habla con él, hermana.

Me dedicó una de sus sonrisas enfadadas antes de subir las escaleras de dos en dos. Escuché como la puerta de su dormitorio -la cual quedaba situada frente a la mía-, se cerraba de un portazo. Probablemente permanecería allí durante las horas, al menos, hasta que cayera en la cuenta de que él no tiene razón en esas tontas acusaciones.

Miré sobre mi hombro para ver si mis padres tenían algún que otro impedimento también y, al ver que no decían nada ante mi repentina marcha, me fui.

* * * * *

Me detuve frente a su flamante mansión y golpeé la puerta repetidas veces. La camiseta de tirantes se pegaba a mi cuerpo debido al sudor, marcando más la pequeña elevación de mi estómago, que por cierto, estaba un poquitín más hinchado. Me hacía feliz saber que, por el momento, todo estaba yendo bien. Esperaba que fuera así durante los meses restantes.

- Seas quien seas, vete. ¡He dicho que no quería ver a...! -escuché los gritos procedentes del interior de la casa y unos pasos aproximándose a la entrada.

Tras abrir la puerta, y estudiarme de arriba abajo, bufó.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -inquirió al instante.

- ¡Sorpresa! -grité irónicamente-. Ya que estabas tan ocupado para hablar por teléfono, he optado por presentarme aquí, en persona, en carne y hueso. Total, tan solo llevamos unas semanas sin vernos, pero luego tú te quejas de eso y yo no puedo hacerlo. ¿Acaso

eso no es injusto?

- Te he dicho de vernos mañana y lo has rechazado. En este momento estoy muy liado.

- Dimitri, no pienso marcharme.

Al ver que mi expresión no reflejaba ningún atisbo de diversión, no tuvo otra opción que abrir la puerta por completo y dejarme paso. Su brazo estaba extendido y la palma de su mano quedaba apoyada en el marco de la puerta, por lo que tuve que agacharme para pasar por debajo ya que

él se negaba a apartarlo.

Tan pronto como estuve en el interior de la casa, la sensación de frescor me invadió gracias al aire acondicionado, instalado por todas las estancias. Sin embargo, ese placer desapareció al instante. Dimitri me aprisionó contra la pared y ladeó el rostro.

- ¿Qué...?

- ¿Qué necesitas de mí que no sea mi cuerpo contra el tuyo, Cathy? -susurró.

- ¿Estás borracho?

La pestilencia a alcohol llegó a mi rostro cuando susurró tan próximo a mis labios.

- Puede que haya bebido más de la cuenta -puso los ojos en blanco y retiró las manos de la pared, apartándose también-. Es necesario no estar cuerdo para continuar con mis planes.

- ¿Acaso quieres asesinar a alguien?

Se rió por lo bajo, pero yo no le encontré gracia a mis palabras. Deslizó un brazo por mis hombros y me arrastró hacia el salón. Tomé asiento en el sofá y crucé las piernas, sin dejar de observarle. Dimitri se sentó junto a mí y suspiró antes de echarse a reír.

Vaya, esto no era para nada incómodo.

- Verás, tengo la mala costumbre de tener

hobbies extraños -aclaró su garganta, desabrochó varios botones de su camisa y se recostó por completo-. Hace unos años, cuando mis padres se divorciaron, decidí hacer algo de lo que me lamentaré el resto de mi vida.

- Me estás asustando.

- Participo en boxeo desde que tengo diecisiete años. Y mañana por la noche volveré a pelear después de casi diez años. Es a nivel regional con aficionados, nada que deba preocuparte.

Dejé caer la mandíbula debido al impacto. Balbuceé algo que al final no logré pronunciar y apoyé las manos en mi regazo. Quizá estaba bromeando y solo quería emborracharse porque sí. Aunque teniendo en cuenta los últimos acontecimientos, eso no era típico de él.

- Dimitri...

- Catherine -respondió con una pícaro sonrisa.

- ¿Por qué vuelves al combate? -instintivamente extendí mis manos para aferrar las suyas e intenté encontrarme con su mirada-. He escuchado en las noticias, en más ocasiones de las que me gustaría admitir, los terribles accidentes y muertes que pueden suceder durante una pelea. ¿Es una manera de descargar la rabia que sientes hacia tus padres o...?

Volvió a negar y se aproximó más a mí, si eso era posible. Entrelazó nuestros dedos y los acarició con suavidad, entreteniéndose en el anillo de plata, justo como hacía yo. Me vi obligada a retroceder unos centímetros pues su aliento a vodka de caramelo me estaba asfixiando.

- Mi padre tuvo un hijo fuera del matrimonio -dijo con cansancio, como si repetir la historia ya fuera un gran trabajo-.

Tan pronto como se enteró de la enfermedad de mi madre, la abandonó. Pidió el divorcio, argumentando que él no tenía por qué cuidar de una enferma, y se marchó con su nueva esposa e hijo. Después de todo lo que yo había sacrificado por él, y por la empresa, nos lo pagaba de esa manera. Así que, como sabía que el boxeo arruinaría la imagen impecable que le había costado construir durante tantos años, decidí hacerlo.

- ¡Tú estás loco! -bramé.

- Calla, calla. Las primeras peleas fueron las más complicadas. Llegué a partirme la mandíbula y todos los dedos de la mano, de ahí a la gran cantidad de tatuajes. Quería ocultar las cicatrices y dejar todo esto atrás.

Aferró mi mano e hizo que las yemas de mis dedos acariciasen sus nudillos. Jamás me había detenido a pensar en un motivo de por qué decidió tatuarse. Efectivamente, sentí las cicatrices, cubiertas bajo una capa de tinta negra. Después, llevó mi mano hasta su propia mandíbula y dejó que fuera yo quien delineara otra de las cicatrices, que iba desde la parte trasera de la oreja hasta la barbilla.

Eso hizo que me asustara todavía más.

- Entonces, ¿por qué demonios has regresado? ¡No puedes hacerme esto! -le golpeé en el pecho, aún sabiendo que me haría más daño yo que él-. ¿Y si te sucede algo, eh? ¡Podrías acabar la noche en el hospital o, peor aún! ¡En el cementerio! Y vas a ser padre, ¡no puedes dejarme, idiota!

Dimitri se relajó al instante, como si la borrachera nunca hubiera estado presente y tragó saliva.

-

Sé lo que estoy haciendo, Cathy. Solo será esa noche, y prometo que no volveré a pelear jamás.

- ¿Contra quién? ¿Qué sucedería si es uno de esos profesionales? No sabes contra quién pelearás. Y sigo sin comprender el motivo por el que has decidido aceptarlo si no planeas dedicarte a ello.

- Me han comunicado que mi oponente ni siquiera ha peleado antes. Es alguien que tiene una cuenta pendiente tanto conmigo como con mi familia, y quiere saldarla. ¿Quién soy yo para detenerle? Además, prefiero enfrentarme a él antes de que decida atacar a mi familia

directamente.

- ¿Podría ser tu hermanastro?

Fue raro pronunciar aquellas palabras en voz alta.

- No será Jacob. -Bien, ese era el nombre del otro Ivanov. Por algo se empezaba-. Lo descubriré mañana por la noche, y vuelvo a repetírtelo: no te preocupes.

- Allí estaré entonces.

No supe cual de todas las emociones predominó respecto al resto cuando vi su expresión. Las carcajadas retumbaron en cada una de las estancias de la planta baja, e incluso tuve que taparme los oídos. Golpeó su rodilla mientras lo hacía. Incluso así tenía impulsos de arrancarle la ropa.

Maldición, Catherine. Concéntrate.

- ¡No es gracioso! -me puse en pie.

- Es más que peligroso que una chica testaruda, histérica y embarazada esté en una sala repleta de jóvenes borrachos con unas hormonas muy revolucionadas. Ni hablar. No irás.

- Sé cuidarme yo sola.

- No, no, y por si no te ha quedado claro:

no -se levantó conmigo y colocó sus manos en mi vientre por primera vez. Me estremecí ante

esas respectivas caricias tan lentas y delicadas, como si temiera hacerme daño-. Por él, o por ella, no entrarás en esa sala. No puedo estar pendiente del oponente y de ti al mismo tiempo, Catherine. Entiéndelo.

- Pero yo...

- No hay nada más de lo que hablar.

Curvé mis labios en una mueca y asentí levemente. Sí. No iba a negarlo. Tenía toda la razón del mundo. Sin embargo, no podía evitar sentir esa preocupación hacia él; ese miedo a perderle por cualquier tontería. Y eso que ni siquiera era mío. Mantuvo la presión en mi estómago mientras buscaba mi mirada, pues yo la había apartado sutilmente.

- Me marcho entonces -dije al fin-. Te dejaré que te prepares o... emborraches.

- Te llamaré tan pronto como pueda, señorita Miller.

Volvió a plasmar sus labios en mi frente. Después me sonrió y me liberó de una vez por todas. Recogí las pocas cosas que había traído conmigo y giré el pomo para salir al exterior. Me detuve cuando la voz de Dimitri volvió a escucharse desde el salón.

- Lo decía en serio, Catherine. No aparezcas por allí.

- No lo haré.

Cerré la puerta tras de mí y apoyé la cabeza contra esta, permaneciendo inmóvil varios segundos. Cada segundo que pasaba junto a él complicaba todavía más la situación. Ahora una pelea. ¿Qué será después? ¿Por qué no podemos desvelar todo y dejar que las cosas transcurran su curso natural? Estábamos forzando a todos los que vivían a nuestro alrededor a seguir nuestras mentiras.

Me alejé de la casa cuando conseguí calmarme y tomé mi teléfono.

- ¿Ya me echas de menos? -Alexia dijo desde la otra línea.

- ¿Qué te parece ver una competición de boxeo mañana por la noche?

- Cuenta conmigo.

=====

Semana 13

Jugué con mi anillo de plata una vez más, incapaz de controlar los desbocados latidos de mi corazón. Alexia me llamaría estúpida por llevar puestas las gafas de sol que Dimitri me regaló. De todas formas me reconocería tan pronto como entrara en el lugar. Subí la cremallera de la chaqueta y me calcé unas zapatillas que mi madre me compró hace dos semanas y que todavía no había estrenado. Nunca había frecuentado este tipo de locales, así que no sabía con exactitud qué vestir.

Volví a arrepentirme de haber planeado todo esto. Sin embargo, estaba obligada a hacerlo. Dimitri se enfrentaría a no sé quién únicamente porque hay algo que le debe. ¿Y si le hiere con algún arma ilegal y acaba muerto? ¿Qué haría yo en ese entonces?

Interiormente sabía que no me estaba preocupando únicamente por el futuro del bebé.

Acaricié mi pequeña barriga sobre la tela de la chaqueta y suspiré. Alexia debía de estar esperándome en la entrada de casa. Mis padres se encontraban en el salón, y mi castigo había comenzado desde el minuto uno. Sí, era verano y estos meses estaban destinados a cometer cualquier tipo de locura. La diferencia entre yo y el resto de adolescentes era que yo había cometido la peor de todas ellas

El truco de rellenar las sábanas con almohadas y peluches era el más viejo que conocía.

Tampoco tenía una mejor opción por lo que, tras dejar la habitación preparada, me escabullí. Salí por la puerta trasera, la que daba al jardín, y logré llegar a la carretera en cuestión de segundos. Alexia estaba sentada en su coche, y abrió la puerta

del copiloto en cuanto me vio llegar.

- Vaya, ahora vamos de espías. Chaqueta negra, pantalones cortos negros, zapatillas negras. ¿Te has puesto así únicamente para que él no te reconozca? -movi6 las cejas.

- Obviamente. Tan solo arranca -insté.

Rió por lo bajo y puso rumbo hacia el local donde tendría lugar la pelea. Mordisqueé mi labio inferior durante todo el camino hasta el punto de que casi eliminé el rastro de pintalabios rojo que quedaba. Recé mentalmente para que Dimitri no estuviera borracho. Esa tendencia suya a autodestruirse me estaba preocupando demasiado.

Me puse las gafas de sol y preparé mi falso carnet. Mi cumpleaños era en apenas unas semanas, así que todavía continuaba siendo menor de edad. Gracias a Alexia lograría colarme. Dios, ¿cuándo mi vida se había torcido de esta manera?

- Ya estamos aquí -dijo Alexia tras apagar el motor-. ¿Demasiado nerviosa?

- Mucho. Dimitri me matará.

- Bah, no dejaré que te toque.

- No lo decía en el sentido literal de la palabra.

Puse los ojos en blanco aunque no pudiera verlos tras el cristal oscuro de las gafas y bajé del coche. La ropa negra camuflaba a la perfección el embarazo, es más, me daba un toque más adulto. Me aferré al brazo de Alexia antes de que se marchara y suspiré, inquieta.

- Seguiremos el plan al pie de la letra, nada de desvíos -le repetí por enésima vez-. Primero entrarás tú, ya que eres mayor de edad te dejarán pasar sin problema. Habla conmigo por

teléfono tan pronto como estés

dentro y busca alguna puerta trasera por la que yo pueda pasar. No quiero arriesgarme a terminar la noche en comisaría.

- Sí. Sé lo que hago.

- Cualquier entrada me vale -añadí-. Tan solo necesito asegurarme que Dimitri esté bien.

Alexia me dedicó una de esas miradas de reproche pero no respondió. Se marchó con zancadas amplias y, sin ni siquiera mostrar su carnet, el hombre que se asemejaba a un gorila, se apartó para dejarla pasar. Hizo una señal para que la siguiera, pero me negué. Teníamos un plan. Había que seguirlo para que las cosas no se torcieran tanto.

Ella miraría primero el ambiente y buscaría el lugar más adecuado para ver la pelea. No me arriesgaría a sufrir posibles golpes. Mi móvil vibró en el interior de mi chaqueta y pulsé en el botón verde con la mayor rapidez posible.

- Qué seguridad tan buena, ¿no crees? -ironizó.

- ¿Cómo está todo eso?

- Uf. No te recomiendo que entres por esta entrada. Lo digo en serio, Catherine. Si tengo que quedarme y proteger a ese tonto, lo haré. Pero no vas a entrar. Aquí hay peste a sudor, alcohol, y cosas peores. Joder. Me están entrando nauseas. ¿Por qué no me habré echado mi perfume favorito?

Cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

- Tan solo busca un lugar para que pueda entrar y te prometo que no me mezclaré con toda esa

gente. Me limitaré a observar desde un lugar alejado, por favor. -Supliqué.

- Agradezco que no seas mi novia -ironizó-. No podría aguantarte.

Ninguna

de las dos añadió nada más, pero tampoco finalizamos la llamada. Teníamos que seguir en contacto pasara lo que pasara. Teniendo en cuenta los hechos, la pelea era ilegal. Este local tan cutre, la escasa seguridad y la zona tan alejada a los barrios principales de Manhattan... Mi interés por conocer más de cerca el pasado de Dimitri acrecentó por segundos.

Escuché a Alexia gritar unas cuantas veces, no a mí por supuesto. De repente, el barullo de fondo se detuvo y un silencio pasó a formar parte de nuestra conversación.

- ¿Hola? -susurré.

- Dirígete a la derecha del local, esquiva al guarda (aunque sinceramente no creo que te diga nada si te ve), y fíjate en una ventana que acabo de abrir. Pero no en la planta de arriba, sino abajo. La pelea tendrá lugar en un bajo, así que tendrás que saltar. No hay más de dos metros de distancia, si te impulsas bien no te harás daño al caer -me explicó de manera detalla.

- De acuerdo, nos vemos en cinco minutos.

Ahora sí que colgué. Seguí el camino que ella había mencionado, dejando atrás al guardia, y me colé entre varias rejas entreabiertas hasta llegar a la fachada derecha del edificio. Lentamente, y debido a la oscuridad que reinaba en esa zona, me arrodillé con cuidado y palpé las ventanas hasta que encontré la que recién acababa de abrir.

Escuchaba los gritos de euforia desde el interior. Me estremecí cuando mis piernas colgaron por la ventana, sin tocar el suelo. Quizá habían más de dos metros de caída. Podría hacerme bastante daño si no ponía los pies

de manera correcta.

- ¿Alexia? -susurré a la oscuridad-. Voy a saltar, cógeme.

Tan pronto como mencioné esas palabras, unas manos me aferraron por las piernas con suavidad. Sin embargo, esas manos eran demasiado ásperas como para tratarse de Alexia. Fruncí el ceño y me deslicé por completo, cayendo en los brazos de un hombre. A pesar de no haber ni una sola luz en ese pasillo, reconocí ese rostro contraído y los ojos caramelo que relucían con enfado.

Oh. Mierda. Maldita sea. No puede ser. No.

Cerré los ojos mientras Dimitri me llevaba hacia el siguiente pasillo, alumbrado por una única bombilla. Me depositó en el suelo. Ahora pude estudiar su rostro tan enfadado; la mandíbula tensa y la nariz hinchada. Me escrutaba con miedo.

- Quieres provocarme un ataque al corazón, ¿no? -me aferró de ambos brazos-. Te dejé bien claro que no quería verte aquí... ¡Por supuesto que no ibas a obedecerme!

- No soy tu mascota.

- Lo sé. Lo siento por esa expresión pero este lugar no es para ti.

- Estaba preocupada por ti -le golpeé en el pecho. ¿Para qué ocultar lo obvio-. Quería ver que todo fuese bien. Planeaba marcharme tan pronto como la pelea terminase. Nadie hubiera salido herido, pues tú no hubieras conocido de mi existencia y estarías centrado en tu oponente.

- Me encontré con Alexia al mismo entrar. Me dijo que fuera a buscarte -ladeó el rostro.

¡Traidora! Mientras hablábamos por teléfono estaba con Dimitri. ¿Cómo no había caído en la cuenta de aquello? Apoyé la

cabeza contra la pared que quedaba detrás de mí y me encogí de hombros. No sabía que decir, y tampoco quería marcharme, no sin ver lo que sucedería.

- También ibas a saltar, por supuesto -continuó ante mi silencio-. Menos mal que estaba ahí para cogerte. Estás loca, Catherine. Ahora ven conmigo.

Sin soltarme, me arrastró por los pasillos, acercándonos cada vez más a ese barullo de personas y abrió una puerta situada a la izquierda con unas llaves plateadas. Encendió las luces, dejando paso a una estancia no muy grande con escaso mobiliario: una mesa, dos sillones, y una estantería con botellas de alcohol. Algunas ya gastadas, y otras con el precinto puesto.

- ¿Qué es esto? -dije de mala gana.

- Aquí es donde suelo prepararme. Bueno, solía. Estarás segura aquí dentro -golpeó con los nudillos al gran ventanal que daba a la estancia del ring-. Podrás verlo todo pero nadie podrá verte a ti. Eso es lo especial de este cristal. Por favor, no vayas más en mi búsqueda.

- Ya no lo haré más, no te preocupes -mascullé.

Caminé por los alrededores con lentitud, deslizando la yema de los dedos por la mesa de madera. Estaba limpia, impoluta. Apoyé mi trasero contra esta, incapaz de mirarle pues él estaba observándome a mí. Le escuché suspirar con resignación y colocó sus manos en mis brazos, no con tanta violencia como antes, sino que comenzó a acariciarlos.

- Deséame suerte -puso su cara de niño bueno. Oh. Ni hablar.

- ¿Para qué? No servirá de nada.

-

Ya que estás aquí... -buscó mi mirada-. Vamos, Cathy. No saldré a pelear ahí fuera de la misma forma teniendo en cuenta que tú estás aquí; seguramente asesinándome con la mirada. Por

favor.

- No -me empeciné.

Volví a cruzar los brazos sobre mi pecho y le desafié con la mirada. Sus ojos iban y venían de un lado para otro, dubitativo. Su nombre sonó en el ring y torcí mi rostro hacia el ventanal. Otro oponente, cuyo rostro no pude distinguir desde mi posición, subió al ring con aire triunfador. Inspiré profundamente por la nariz, repentinamente mareada.

Cuando volví a centrar la mirada en él, Dimitri colocó sus manos en mis caderas antes de presionar sus labios contra los míos.

¡Maldición! ¡No!

Mi boca se abrió para dejar paso a la suya y gemí sobre sus labios. Había echado de menos esa dulce sensación. Instintivamente apreté mi cuerpo contra el suyo, ambos sudorosos por la gran cantidad de vapor acumulada, y entrelacé mis dedos con su pelo. Dimitri recorrió el interior de mi boca como si en ello le fuera la vida y deslizó las manos por mi espalda hasta llegar a mi trasero.

Al estar apoyada contra la mesa no tuve más remedio que sentarme sobre ella, rompiendo el beso únicamente en pequeñas brechas para poder respirar. No quería detenerme, no podía aunque quisiera. Sus dedos, tan delicados en ese momento, ascendieron por mis muslos mientras su boca cubría de saliva mi mandíbula.

Se separó bruscamente, con la respiración agitada, y sonrió.

- Ya tengo toda la suerte que quería -susurró.

Sus

manos abandonaron las curvas de mi cuerpo y salió corriendo por la puerta, cerrándola a su paso. Todavía consternada por lo que acababa de suceder, me limité a poner los pies en el suelo de nuevo y a tocar mis labios, casi hinchados por la intensidad de ese beso. Apoyé las palmas de mis manos sobre el respaldo del colchón y cerré los ojos.

No debió besarme. Bueno... Sí, sí que había deseado ese beso. Echar de menos el cariño de una

persona que jamás fue tuya es una de las cosas más dolorosas del mundo.

Me aproximé al gran ventanal con la intención de contemplar lo que estaba sucediendo. A cada extremo del ring se encontraban los oponentes. Dimitri en un lado, y... ¿Era ese...? No. No podía ser. Era imposible que... Plasmé mis manos sobre el cristal, como si eso fuera a ampliar la imagen y dejé caer la mandíbula del asombro.

- Catherine, Catherine -la voz de Alexia resonó en el interior de la habitación-. Por fin he dado contigo. Acabo de cruzarme con Dimitri, no sabes lo que ha pasado. No te creerás...

- ¿Qué el idiota de mi hermano es quien se enfrentará a Dimitri? -finalicé la frase por ella, al borde de un ataque de ansiedad-. ¿Cómo ha sido posible? Por supuesto. Todas esas llamadas telefónicas, su actitud arrogante y segura respecto a Dimitri... ¡El asunto pendiente! Alexia, quiere hacerle daño por que estoy embarazada. Es una especie de venganza. Tengo que detenerles.

- Eh. Ni hablar, no saldrás ahí fuera y menos aún te mezclarás con todas esas personas.

- ¡Me ha mentido! -chillé-. Dimitri

sabía que era él en todo momento y aún así decidió continuar con todo. ¿Por qué lo ha hecho?
¡Confiaba en él!

Alexia negó con rapidez.

- Te equivocas. Por lo poco que he visto, él estaba tan o incluso más sorprendido que tú al descubrir que Patrick Miller era el oponente. Aquí no pueden decir nombres, ¿no te das cuenta? Hay de todo tipo de personas ahí abajo, y no estoy hablando de cosas agradables. Dimitri no podía conocer la identidad de su oponente porque iba en contra de las reglas.

- Dios mío -jadeé-. Se van a matar. Dimitri le va a matar. Él ha peleado con anterioridad, conoce secretos, trucos para emplearlos en contra suyo.

- En eso te doy la razón -sentí su mano caer sobre mi hombro-, pero si de algo estoy más segura, es que no le hará tanto daño. Él sabe que estás aquí, y que probablemente te quedarás para ver

toda la pelea. ¿Crees que a él le agradaría saber que le odias? Vamos, eres la madre de su hijo.

Sí. Era la madre de su hijo, y la chica que acababa de besarle. De nuevo.

Me dejé caer sobre el sillón, incapaz de continuar en pie por más tiempo y me limité a estudiar lo que sucedía ahí abajo. La pelea había comenzado: las fintas se repetían en ambos. Patrick lanzaba puñetazos al aire mientras que Dimitri los esquivaba con agilidad. Conforme pasaban los minutos, y ambos se volvían más agresivos, me vi obligada a apartar la mirada.

El coro de gritos aumentaba conforme los golpes se propinaban. Cuando volví a mirar, Dimitri se encontraba tendido en el suelo y Patrick, sobre

él, le pegaba directamente en el costado para luego pasar al rostro.

- No puedo ver esto. No sé si estoy más angustiada por mi hermano o por él -pasé las manos por mi rostro, apartando los mechones de pelo que habían cubierto mi frente-. Quedarme aquí de brazos cruzados va en contra de mis principios. ¡El árbitro no hace nada! Tengo que ir allí.

- Déjame a mí.

Salió de la habitación y vi su cabellera rubia deslizarse a codazos entre los presentes, que comenzaron a quejarse. Sin embargo, ella avanzó hasta estar frente a las cuerdas del ring. Yo también abandoné la sala, pero me abstuve de seguir su camino. La vi enzarzarse con Patrick hasta que consiguió apartarle. Cayó sobre su trasero y limpió el rastro de sangre que había salpicado su rostro.

Dimitri no se movía.

- ¿Alexia? ¿Qué estás haciendo aquí? -se sorprendió de ver a mi amiga.

- ¡Catherine también está! -gritó, golpeando su pecho-. Vete a la mierda, Patrick. Estás jodiendo todo. No es de tu incumbencia aunque ambos seáis familia. Por primera vez deberías pensar con la cabeza. ¿Acaso no has pensado en el dolor que le provocarás a tu hermana?

Su mirada se encontró con la mía y supe que se arrepintió en ese mismo entonces. El árbitro echó a Alexia del ring, la cual puso resistencia. Pero yo no me quedé ahí para ver el final. Consiguieron levantar a Dimitri, el cual chorreaba sangre, y lo llevaron a otra parte de la estancia. No sabía como llegar a la salida desde mi posición, pero algunos ya habían comenzado a marcharse, por lo que

les seguiría para ver si llegaba hasta el coche.

- Perdóname -Patrick gritó en la distancia. Se aproximaba a mí con zancadas amplias, las escuchaba a pesar de todo el barullo-. Catherine, tenía que hacerlo, se lo merece.

Giré sobre mis talones y le propiné un guantazo. Un calambre recorrió mi mano al instante al chocar contra su piel tan tersa y tensé mi mandíbula.

- Qué te den.

Alexia consiguió alcanzarme también. Se interpuso ante ambos aún sabiendo que Patrick jamás alzaría una mano en contra mío.

- Ya basta. Nos marchamos -Alexia clavó su mirada en la mía-. ¿Te encuentras bien?

- Sólo quiero irme a casa. Se lo contaré a papá, ya verás la que te espera -murmuré.

- ¿Qué le vas a decir? ¿Qué te has saltado tu castigo para ir en busca de tu hermano mayor de edad que se encontraba en un club ilegal? -ironizó-. Ya encontraré alguna excusa para justificar estas heridas -señaló a su propio rostro.

No soportaba estar ahí. El aire comenzó a asfixiarme. Esa mezcla a sangre, sudor y alcohol que el cuerpo de mi hermano desprendía me provocó nuevas nauseas. Además, mi enfado sobrepasaba mis propios límites, enzarzarme en una discusión solo provocaría más problemas. Volví a buscar con la mirada el rastro de Dimitri, sin embargo, no estaba.

Alexia deslizó su brazo por mis hombros y me impulsó a caminar hacia el exterior. Llegamos al coche en escasos minutos, haciendo caso omiso a las palabras amenazadoras del guarda de

seguridad, y me deslicé en el asiento del copiloto, mirando al frente.

Ninguna de las dos mencionó nada durante el trayecto a casa. Eran pasadas las dos de la mañana, mis padres deberían de estar durmiendo siempre y cuando no hubieran descubierto mi pequeña trampa. Mis propias prendas desprendían esa olor, no veía la hora de sumergirme en la bañera. Lidar con tantos problemas en apenas unas semanas me suponía demasiada carga, necesitaba marcharme lejos de esta ciudad antes de que terminase conmigo.

Me despedí de mi amiga tan pronto como me bajé del coche y, sin hacer el menor ruido, deslicé las llaves en la puerta trasera del jardín para entrar a la casa. Las luces del porche estaban apagadas, al igual que las del salón. Me quité los zapatos y los cargué en mis manos para no hacer ruido. Subí las escaleras con lentitud y eché un vistazo a la habitación de mis padres: ambos dormían plácidamente, mi tapadera seguía intacta. Suspiré aliviada y me encerré en el cuarto de baño.

En cuestión de minutos me encontraba en el interior de la bañera, con el agua cálida rozando mi piel y sumergiéndome hasta la barbilla. Cerré los ojos y dejé que todo el estrés desapareciese. Sentí ganas de echarme a llorar, pero no lo hice. Un hermano problemático, un hombre al que no podía tocar, y una supuesta amiga intentando descifrar la identidad de la supuesta amante. Todo recaía sobre mí porque tanto yo como Dimitri lo habíamos comenzado.

Si seguía en pie y con fuerzas era únicamente por el bebé.

Mi gran pero hermoso error.

=====

Semana 14

Dimitri

Apliqué de nuevo el algodón con alcohol sobre la herida e hice una mueca por culpa del dolor. Debería de haberme acostumbrado después de haber curado la cicatriz durante tres veces al día en la última semana, sin embargo, seguía escociendo con cada roce. Tenía la nariz fracturada y los moretones de mis pómulos ya estaban desapareciendo.

Catherine no me dirigía la palabra.

Mi padre se enfureció tras conocer el incidente. Eso me causó más problemas.

Y Svetlana está aquí. Literalmente, en mi casa. No quería volver a verla después de todo lo sucedido en el club de lucha. Todavía recordaba el impulso que se apoderó de mí cuando Catherine estaba frente a mí, tan bonita pero indefensa. Esos labios sonrosados, la forma en la que sus párpados pestañeaban mientras observaban la habitación... La besé porque quería, más que eso, lo necesitaba. Esa chica estaba despertando sentimientos en mí que jamás había sentido. Y no sabía si me gustaba.

Mi prometida no se merecía pasar por esta mentira, pero mi padre jamás me permitiría cancelar el compromiso. Inspiré profundamente y limpié mis manos con agua y jabón antes de bajar al salón. Svetlana paseaba de un lado a otro mientras mordía su labio inferior. Desde que supe sus intenciones de quedar embarazada únicamente para acallar rumores, procuré evitarla.

Sí que asistí a las típicas cenas familiares con ella y mi padre, pero no ocurrió nada más.

- Estás horrible -musitó tan pronto como vio mi rostro.

- Nada que el tiempo no pueda

curar. ¿Qué quieres, Svetlana?

Introduje las manos en los bolsillos de mi pantalón y alcé el mentón.

Supuse que su cambio de expresión derivó de mi actitud fría y distante. Sinceramente, ya no sentía lo mismo hacia ella. Si alguna vez llegué a quererla en estos últimos dos años, había desaparecido o nunca fue verdadero. Era cruel tener dichos pensamientos, pero no podía negarlos.

- ¿Así es como me recibes? -balbuceó, dejando caer los brazos a ambos lados de su costado-. ¿Qué nos ha sucedido, Dimitri? Estaba dispuesta a venir aquí, arreglar todo entre nosotros y te encuentro de esta manera... Fue después de esa maldita fiesta cuando todo cambió.

- Lo sé.

- Se trata de ella, te hace más feliz -curvó sus labios en una mueca-. No puedo creerme que por tu culpa este compromiso se vaya a hundir. Nunca debí dejarte ir a esa despedida. ¿De quién se trata? ¿Quién es esa zorra? Dímelo ahora mismo.

- No hay nadie más. No empieces con la misma discusión, estoy harto de escucharla.

- Yo también, ¡merezco ser feliz, maldita sea!

- ¿Crees que yo no? -froté mi barbilla-. Es hora de que todo esto acabe, Svetlana.

La amenaza que mi padre hizo en su día continuaba rondando por mis pensamientos, pero no podía vivir aplacado bajo su sombra el resto de mi vida por aquel error que cometí hace ya diez años. El compromiso era uno de los requisitos de mi padre para poder heredar con su legado, concretamente con Svetlana y no con otra mujer. Jamás entendería el por qué. Sin embargo,

no me parecía tan importante ahora. Tenía mi propia empresa, un trabajo en la universidad, y un hijo en camino con una madre más que maravillosa.

¿Qué más necesitaba?

- ¿A qué te refieres? -sus manos comenzaron a temblar-, no puedes dejarme ahora. Dimitri, piénsalo. Habíamos planeado todo un futuro, juntos. Todavía puede cumplirse, estoy dispuesta a olvidarme de todos los problemas. No quiero perderte.

- Svetlana, para -me aproximé a ella-. No somos felices.

- Yo lo soy contigo.

- ¿Lo eres ahora? -clavé mi mirada en sus ojos-. Siento haberte causado tanto daño con mi infidelidad. No pretendía herir tus sentimientos, pero lo hice. Hablaré contigo tan pronto como solucione otros asuntos. Esto no tiene que ser el fin, podemos ser amigos.

Bufó mientras sacudía la cabeza.

- ¿Amigos? ¡Amigos! ¡No! -chilló-. ¿Crees que no lo sé ya? ¿Tan estúpida piensas que soy? Sé más de lo que tú crees, y he estado mordiéndome la lengua durante las últimas semanas a la espera de que lo dijeras por tu cuenta. Pero veo que no. Prefieres ocultármelo.

- No tengo tiempo para escuchar tus mentiras.

Me encogí de hombros, con actitud indiferente, y giré sobre mis talones. Me dispuse a abandonar la estancia para volver a mi habitación, donde estaría más calmado, cuando Svetlana arrojó algo al suelo. Supe que era la lámpara de cristal por los trozos que llegaron a mis pies. Las peleas infantiles recién acababan de comenzar. Cerré las manos hasta convertirlas en puños.

Cálmate,

no hagas nada de lo que puedas arrepentirte, pensé.

Acomodé el cuello de mi camiseta antes de volver a encararla. Como había supuesto, la lámpara tan preciada que adquirí meses atrás había desaparecido de la mesa de café. Svetlana lloraba e intentaba aguantar los sollozos. ¿En qué estaba pensando el día en el que anuncié el compromiso?

Ah, sí. La amenaza de mi padre y el dinero.

- Hablé con Bart -continuó con voz fatigada-. Tu padre me lo confesó todo. Creí que cambiaste después de averiguar la gravedad de la enfermedad de tu madre, pero no. Sigues siendo el mismo egoísta y malcriado de siempre.

¿Qué? ¿Mi padre y ella, a solas?

Mierda. Esto no pinta nada bien.

- ¿Qué te dijo? -la señalé con un dedo-. Svetlana, escúpelos ya.

- Nuestra relación siempre fue una farsa para ti, ¿no es así? Tu padre te propuso un acuerdo que no podías rechazar, y no dudaste en aceptarlo sin pensar en los sentimientos del resto.

- Sí.

- Me pediste matrimonio porque así harías creer a Bart que habías sentado la cabeza de una maldita vez. Asumiste tu papel correspondiente en la empresa, encontraste un trabajo e incluso adquiriste esta casa para nada. Era simple teatro.

- Sí -dije de nuevo.

¿Para qué ocultarlo más? Era la pura verdad. Podía llamarme insensible, egoísta, egocéntrico, calculador, maniaco... Me daba absolutamente igual.

- Entonces todo queda zanjado -respondí con la mayor frialdad posible-. Nunca te quise, eso es cierto. Este compromiso no tiene sentido,

se cancela. No quiero estar contigo.

Pude escuchar el silencio crecer. Svetlana no parecía dar crédito a las palabras que acababan de salir por mi boca. Aparté la mirada durante unos instantes, incapaz de ver como comenzaba a llorar de nuevo. Odiaba estos dramas.

- No -musitó-. No voy a renunciar a todo.

- Lo estás haciendo más difícil de lo que ya es.

- Sé por qué motivo aceptaste con tanta ansia el trato -su mirada cambió.

Ya no mostraba ese miedo a ser abandonada, ni siquiera sus labios continuaban temblando. Ahora esbozó una sonrisa, como si acabara de colocar una máscara en su rostro. Fruncí el ceño. Mi padre prometió guardar lo sucedido entre nosotros dos; no me traicionaría de esa forma... ¿No? Cuadré los hombros, abandonando todo atisbo de ironía.

Ella lo sabía todo.

Intenté con todas mis fuerzas que mi rostro no se descompusiera al escuchar esas palabras. Se aproximó a mí con un contoneo de caderas que hace unos meses me hubiera arrastrado a la cama. Ahora no soportaba si quiera mirarla. Me daba asco.

- Los secretos y mentiras del pasado siempre regresan, Dimitri. No se pueden ocultar durante mucho tiempo -colocó las palmas de las manos en sus caderas-. Sé todo lo que ocurrió y ahora estarás atrapado conmigo hasta que yo lo diga.

- Has...perdido...la...cabeza -dije de manera pausada.

- ¿Qué pasó en tu última pelea, Dimitri?

Mi rostro se crispó al recordar esa noche.

» Ocurrió hace diez años. Discutí con mi padre antes de abandonar

la mansión. Me había anunciado que, durante el pequeño viaje de negocios a Inglaterra contrajo matrimonio con mi madrastra. Y no solo eso. Se mudaría aquí, a Manhattan, junto a su hijo Jacob. Mi padre también me informó que mi madre le había denunciado debido al impago del divorcio.

» Mi padre no me permitió que la ayudara a pesar de que disponíamos de dinero suficiente como para comprar todo un país. Yo era mayor de edad, y tenía total libertad para hacer lo que me diera en gana. Pero una vez más me sometí ante las amenazas de mi padre.

» Sabía que terminaría haciendo alguna locura si permanecía en casa esa noche, así que salí directo al viejo club de lucha. Llamé a mi padrino y enseguida encontró a alguien con quien enfrentarme. Me encerré en el primer bar que encontré y compré varias botellas. Terminé con las cuatro antes de llegar al club. Mi tolerancia al alcohol era mejor de lo que pensaba.

» -Dimitri, no es buena idea -masculló mi padrino-. Estás mal, regresa a casa y date una ducha.

» Mientras cubría mis nudillos con la venda, dije:

» - Necesito descargar mi ira de alguna forma o explotaré de la peor forma posible.

» Pasé por su lado y choqué mi hombro contra el suyo. Él no tenía la culpa de que esto estuviera sucediendo, pero en esos momentos no podía pensar con claridad. La furia me cegaba. Tensé la mandíbula conforme avanzaba entre la hilera de personas que se amontonaban alrededor del ring y salté al interior de éste.

» Mi oponente estaba igual o más tenso que yo. Movía los brazos hacia delante y atrás

mientras giraba el cuello a ambos lados. Bien, un oponente fuerte y resistente, lo que más necesitaba.

» En cuanto el árbitro dio la señal me lancé hacia él. Aestó diversos puñetazos en mi costado mientras le arrastraba hacia las cuerdas. La conversación se repetía en mi cabeza una y otra a pesar de mis grandes esfuerzos en concentrarme en el combate. ¿Por qué era tan débil? No podía serlo.

» Lo tenía prohibido.

» Había crecido bajo los buenos consejos de mi madre, ¿para qué? No me han hecho más fuerte, sino más vulnerable. No había que actuar con el corazón sino con la cabeza, bien fría y dura. Tomé ese patrón de comportamiento desde esa noche hasta la actualidad.

» Lancé a mi oponente al suelo y me subí sobre él. Golpe tras golpe fui destrozándole el rostro mientras él, en un intento desesperado, intentaba gritar para librarse de mí. Sentí los dedos del árbitro aferrándose a mis hombros con fuerza, sin embargo, yo lo noté como si fuera el simple viento provocado por los movimientos de mis brazos.

» Continué con los golpes hasta que mi oponente dejó de respirar.

Svetlana esperó pacientemente a que terminara de ordenar mentalmente los hechos. Tras esa noche dejó de pelear y me centré en recuperar mi vida de la forma más calculadora e insensible que conocía. Luchar sin importar nadie más que yo, besar sin sentir, sexo sin amor.

Hasta ahora.

- Tu padre dedicó miles de dólares en ocultar lo sucedido. Lo tuvo fácil ya que por ese entonces, las peleas ilegales requerían que sus participantes llevaran

máscaras, como si se tratara un espectáculo de circo. Borró cualquier pista que hacía referencia hacia tu persona, sobornó a los presentes que te vieron por los alrededores para que, durante el juicio, no mencionaran tu nombre. Te amenazó con meterte en la cárcel si no volvías a obedecerle. Veo que lo cumpliste a la perfección -finalizó.

- No puedes comprar mi amor si es eso lo que pretendes. Nunca he estado enamorado ni sé cómo estarlo. Así que no vayas por ese camino porque no conseguirás nada.

- Dimitri, poseo esta valiosa información. Puedo retenerte tanto tiempo como quiera. De lo contrario, todo lo sucedido durante esa noche, durante esa pelea, estará en internet y en todas las revistas del país en unos minutos. ¿Cuánto tardarían en detenerte?

- No te atreverás.

- Pruébame.

Tensé la mandíbula a pesar del dolor de los moretones y aferré una de las sillas para lanzarla contra la pared contraria. Escuché como la madera de una de las pastas se partía y me aproximé a Svetlana, incapaz de controlar mis emociones. La tomé de ambos brazos con tanta fuerza que la presión en mis propios nudillos me hizo jadear.

El miedo era palpable en el ambiente y en los temblores de Svetlana.

- ¿Qué quieres a cambio? ¿Dinero? -dije.

- A ti -a pesar de la situación, se las apañó para dejar salir su voz socarrona-. Quiero tener de vuelta todo lo que poseíamos. Es sencillo. Haz lo que yo pida, y me olvidaré de lo que sé.

La liberé del agarre y asentí firmemente.

Mi padre invirtió

demasiado esfuerzo en comprar todos los silencios. De la otra manera, hubiera terminado en prisión por cometer un asesinato y participar en peleas ilegales. Mi padre perdería todos los inversores de la empresa; nadie querría trabajar junto al padre de un homicida. La industria cerraría y toda mi familia terminaría en la calle, y en la ruina.

Tenía que asegurarme por todos los medios que nadie más averiguara la verdad.

Con otra sonrisa triunfante, recogió sus pertenencias y colocó el bolso en su hombro. Deslizó un dedo por mi pecho antes de alejarse en dirección a la puerta. No me moví de mi posición, me limité a observar como se marchaba de mi hogar.

- Una última cosa -añadió antes de poner los pies en el umbral exterior-. No vuelvas a ver ni a mantener contacto con esa zorra. ¿Lo has entendido bien?

- Por supuesto.

Cerró la puerta. Una extraña paz invadió la casa y con ella, permití que mi cuerpo mostrara los signos de agotamiento y dolor. Caminé con zancadas amplias hacia mi habitación para buscar mi teléfono. Tenía que hablar con ella, necesitaba escuchar su voz. Marqué su número -después de tantas veces que había dudado en llamarla lo había memorizado-, y esperé a que respondiera.

- ¿Diga? -su voz confusa sonó en la otra línea.

- Catherine -contesté con un suspiro de alivio.

* * * * *

Catherine

- Oh. Eres tú -respondí con asombro-. No me esperaba tu llamada.

-

Necesitaba hablar contigo -su voz sonó desesperada-. Fuguémos. ¿Recuerdas el viaje que te prometí? Quiero hacerlo ahora, no puedo esperar más. Esta ciudad me está absorbiendo, necesito marcharme antes de que sea demasiado tarde.

Caray. ¿Acaso podía leer mis pensamientos ahora?

No me había atrevido a llamarle en los últimos días. ¿El motivo? Creía que su enfado hacia mi persona continuaba en pie, y lo último que necesitaba era agravarlo. Además, nos habíamos besado. Y supuestamente nuestra relación era básicamente amistad. Temía que mis sentimientos crecieran si pasaba más tiempo junto a él.

- En dos días sale un vuelo. Podemos cogerlo y hacer la visita a mi madre. Estará encantada de tenernos ahí durante el tiempo que haga falta -prosiguió al no encontrar respuesta.

Dejé la taza de chocolate sobre la mesa mientras mi madre me preguntaba con quién estaba hablando. Le hice un gesto con la mano antes de abandonar la cocina y subir las escaleras de dos en dos. No podía olvidar el castigo, no obstante, mis padres no podían negarme una salida con el padre del bebé. Podría poner alguna excusa convincente.

Demonios, sí. Moría por pasar unas semanas alejada de Manhattan junto a Dimitri. Podía fingir ante todos que no me gustaba. Pero interiormente no hacía falta ocultarlo.

- ¿A qué hora? Quiero decir, tengo que preparar el dinero y las maletas. ¿Dónde vamos

exactamente? ¿Hará más frío? ¿O más calor? Ya sabes, es verano pero no sé el temporal...

- Ella vive en Houston, frente a la costa.

Son varias horas de vuelo. Llena la maleta de bikinis y ropa bastante ligera. Ya me entiendes -le escuché reír tras la línea.

- No pienso acostarme contigo de nuevo.

¿Había dicho eso en voz alta?

- Quería decir... -humedecí mi labio inferior-. No puedes volver a besarme, Dimitri.

- No lo haré, me dejé llevar por la emoción del momento -añadió apresuradamente-. Pasaré a por ti a las dos y media.

- ¿De la tarde? -fruncí el ceño.

- De la mañana, tonta -su risa me hizo sonreír. Maldita sea-. No te preocupes por el dinero, tanto el viaje como la estancia, y todos los gastos, van a mi cuenta.

- ¡Te dije que no aceptaría nada tuyo!

Oh. No podía dejar que él cargase con todos los pagos. Los billetes tan apresurados serían bastante caros, además, no quería que comprase toda la comida por él solo. No sería justo. Cogería mis ahorros en cuanto finalizase la llamada.

- Lo siento. No obedezco tus ordenes, mi querida Cathy.

Colgó tan pronto como su risa se apagó. Me dejé caer en la esquina de la cama, sosteniendo el teléfono entre mis manos como si fuera un peso muerto, y crucé las piernas. Me marchaba de Manhattan, con el hombre que me llevaba loca, y embarazada.

- ¡Mamá! -grité, incorporándome y bajando por las escaleras-. ¡Necesito buscar las maletas!

Escuché sus pasos apresurados abandonar la cocina y apoyó el hombro en el marco de la puerta.

- ¿Para qué?

- Me voy de viaje. En dos días, de hecho.

- Para -sabía que diría algo así-. ¿Te has olvidado de tu castigo, señorita Miller? No vas a irte de viaje, mucho menos con unas maletas.

- El padre del bebé viene conmigo -me crucé de brazos-, y ya le he dicho que sí. Además, esto me vendrá bien. No tendré que esconder el embarazo en Houston, y no creo que lo siga haciendo aquí. Lo luciré tanto como me sea posible, no tiene por qué importarme las opiniones de los demás.

Mi madre comenzó a sopesar una nueva respuesta. Con toda seguridad, estaba buscando alguna excusa para negarme el viaje. Pero no podía hacerlo. Tanto ella como yo sabíamos que pasar tiempo con la familia del bebé me ayudaría a incorporarme. Así que supongo que aceptaría. Cuando la vi suspirar y llamar a mi padre para que le ayudase a encontrar las maletas en el trastero, empecé a bailar y a dar vueltas.

No le contaría nada a mi hermano, tampoco le dirigía la palabra. No quería hacerlo después del comportamiento tan estúpido. Argumentó que había tenido un pequeño accidente con la moto, pero que se encontraba bien. Interiormente estaba muy preocupada, pero no le daría el placer de

mostrárselo. Apoyé mi cabeza contra la pared y miré a un punto fijo.

Mis vacaciones no podían comenzar de mejor forma.

=====

Semana 15

Arrastré las tres maletas al exterior de la casa. Dos llevaban ruedas, y la otra la cargaba en las manos. La dejé en el suelo para no soportar el peso y me apoyé contra una de las grandes para poder bostezar. Había perdido la cuenta de las veces que había bostezado en los últimos minutos.

Me esforcé al máximo en mantener los ojos abiertos.

Dimitri me envió un fax ayer con la información más simple. Permaneceríamos en Houston dos semanas y media, pues a la próxima es mi cumpleaños y él no quería que por culpa del viaje no pudiera celebrarlo con mis amigos de la universidad. Además, sería el momento idóneo para presentarles a todos que estaba embarazada, para desvelar el secreto a ellos.

Un mercedes rojo dio la esquina a toda velocidad y se detuvo en la entrada. El gran millonario había realizado su entrada triunfal. Volví a abanicarme con la hoja de papel pues en el exterior el aire era demasiado cálido y húmedo para mi gusto. Nunca me había agradado el verano, siempre lo pasaba encerrada en casa, muriéndome de calor. El invierno era mucho más agradable sin duda alguna.

- Gracias a Dios -susurré, sin querer despertar a todo el vecindario.

Dimitri bajó del coche y subió las gafas de sol sobre su cabeza. Con una camiseta de tirantes que dejaba al descubierto toda la musculatura de sus brazos cubierta por tatuajes, se aproximó a mí. Ensanchó la sonrisa y, tan pronto como estuvo a escasos centímetros de mi posición, me estrechó entre sus brazos.

Agrandé los ojos ante la sorpresa y me apresuré a rodear su cintura

con los míos con la intención de no perder el equilibrio. Tuve que ponerme en puntillas para alcanzar su hombro, donde apoyé mi barbilla. Su respiración movió mi cabello y me erizó la piel de la nuca. Dejé que los segundos avanzaran sin decir nada. Cuando aflojó el agarre fui capaz de separarme unos escasos centímetros, y en cuanto realicé aquel movimiento, Dimitri aproximó sus labios a los míos.

Nuestras frentes quedaron pegadas la una a la otra, y nos miramos fijamente.

- ¿No te quedó claro lo que hablamos? -musité.

- Últimamente me dejo llevar por mis emociones, lo juro -alzó las manos en el aire y se apartó, con una sonrisa tan burlona que me hizo sonreír a mi también.

- Te podría matar -apoyé las manos en mis caderas-. Pero no aquí, delante de mi casa, donde mis padres duermen. O donde mi padre podría estar apuntándote con su rifle de caza favorito. Sólo quiero avisarte de los riesgos que tomas, señor Ivanov.

- Cierto, será mejor que subamos al coche.

Puse los ojos en blanco e hice lo que él pidió. Dimitri se encargó de mis maletas antes de tomar asiento a mi lado. Se le veía extrañamente feliz. Acomodé varios mechones de pelo tras mi oreja e intenté calmar las aceleradas pulsaciones de mi corazón. ¿A quién pretendía engañar? Adoraba sus besos. Demasiado, diría yo. Toqué mi propio labio inferior y sonreí como una idiota.

Conseguí recomponerme y entrelacé las manos en mi regazo.

- ¿A qué ha venido eso? -me atreví a preguntar.

Mantuvo la vista puesta en

la carretera y se encogió de hombros.

- Quería abrazarte, y besarte otra vez. ¿Hay algún problema con eso?

- Sabes que sí lo hay -jugué con mi anillo de plata.

- Me da igual lo que piensen ciertas personas, Catherine.

Bufé y dejé que mis manos descansaran sobre mi vientre. Lo acaricié con suavidad mientras avanzábamos por la carretera. El aeropuerto quedaba a menos de treinta minutos de donde yo vivía, así que tan pronto como llegamos, le envié un mensaje de texto a mi madre para que supiera que estaba bien. Por la mañana lo leería. A mi padre no le agradaba saber que me marchaba con Dimitri, a solas. Pero, ¿qué más podía pasar? ¡Estaba embarazada!

Bajé del coche y disfruté de la suave brisa fría que acababa de formarse. Recogí mi cabello en un moño, sin importarme los mechones que caían por los laterales, y acomodé la camiseta. Dimitri bajó del maletero tanto sus maletas como las mías. Eran en total cinco. Hice un amago de ayudarlo, pero se limitó a negar con la cabeza.

- Llevan ruedas -le dije antes de aferrar dos con cada mano.

Tiré de las maletas hacia el interior. Parecíamos una pareja de recién casados con estas pequeñas peleas y sonrisas tontas. Me gustaba. Paseé la mirada vagamente por los alrededores y me detuve cuando encontramos nuestra terminal.

- Iré a por los billetes, quédate aquí -musitó antes de alejarse.

- Tranquilo, no me escaparé.

Tomé asiento en una de las incómodas sillas y apoyé los pies sobre una de las maletas. Mi vientre

había aumentado unos centímetros en las últimas semanas, y me preguntaba cuándo sería capaz de conocer el sexo del bebé.

Puestos a ser sinceros, me gustaría averiguarlo el día del parto para llevarme una grata sorpresa. Pero tampoco estaba mal conocerlo con anterioridad para adquirir todo el mobiliario necesario. Hoy me sentía extraña. Bueno, todo me parecía extraño tras la llamada de Dimitri. Su rostro todavía conservaba el rastro de las heridas, y eso me hizo recordad la terrible noche de la pelea.

Deseé que ese momento nunca hubiera sucedido.

- Tu padre es muy testarudo -le hablé a mi barriga tan pronto como Dimitri comenzó a aproximarse a mi posición-. Cuando le conozcas querrás volver ahí dentro enseguida. Ya lo verás.

- No lo creo -respondió mientras sacudía los billetes en la mano-. Ya son nuestros.

- Como te estaba diciendo... -continué como si él no hubiera intervenido-. Recordarás todos estos alocados momentos tan bien como yo y querrás esconderte lejos.

Dimitri se dejó caer a mi lado y deslizó un brazo por mis hombros, atrayéndome hacia él.

- Muy, muy lejos -dije, apartándome-. Lejísimos.

- Ya puedes parar, Cathy -sus dedos se deslizaron por mi cabello.

- ¿Qué te ocurre? -no pude evitar preguntárselo-. Nunca te has comportado conmigo de esta forma. Estás demasiado atento y cariñoso. ¿Acaso has ganado la lotería o algo parecido?

- Voy a ver a mi madre después de mucho tiempo. Y... bueno, estoy contigo.

Alcé

el rostro para encontrarme con su mirada. Parecía un tanto avergonzado, nada que ver con el Dimitri que tan bien conocía. El aire escapó por mi boca y terminé de exhalar el suspiro. El beso del otro día, su comportamiento sobre protector conmigo... ¿Ocurría algo que yo no sabía?

- Svetlana no conoce a mi madre. Ni va a hacerlo -masculló.

- Estará presente el día de la boda -oculté el dolor en mi tono de voz-. ¿Cierto?

- No lo sé. Puede que no sea capaz de viajar.

Apartó la mirada y la centró en el gran reloj del aeropuerto. El vuelo despegaba en veinte minutos, y la voz robótica a través de megafonía lo anunció un minuto más tarde tras pensarlo yo. Dimitri continuaba pensativo, y no se percató de que me había incorporado para aferrar varias maletas; una en cada mano. Sabía que algo ocurría, y esperaba que confiase en mí para contármelo.

Jamás había tratado con un hombre tan reservado como él.

Me acuclillé frente a él con cuidado y apoyé mis manos en sus rodillas. Ante ese contacto, regresó de sus pensamientos y me obligué a esbozar una sonrisa cuando realmente quería hablar sobre sus preocupaciones. Tendría que esperar a estar en el avión o en cualquier lugar más adecuado. Una terminal de avión no era el lugar más romántico para hablar de esto.

- ¿Vamos? -hice un gesto con la cabeza-. ¿O te has echado atrás?

- ¿Yo? Jamás.

Entrelazó sus dedos con los míos y caminamos a través del pasillo hasta la zona de equipaje. Embarcamos las maletas, pagamos la tasa

correspondiente por el peso, y acto seguido nos dirigimos a la terminal, donde el avión correspondiente nos esperaba. Me ayudó a subir por las empinadas escalerillas y cuando creí que podría sentarme, continuó caminando hasta atravesar las cortinas de color bermellón.

Por supuesto. Primera clase.

Me dejó el sitio junto a la ventana y me acomodé en esos maravillosos sillones. Mi espalda dolía de vez en cuando a pesar del escaso peso que cargaba. Cuando estuviese de siete u ocho meses, no sería capaz de andar. Apoyé la cabeza en el respaldo y solté la mano de Dimitri.

- ¿Nerviosa? -susurró cerca de mi oído.

- No mucho. ¿Tú?

Se encogió de hombros y miró al frente. Tras varios minutos, una mujer vestida de uniforme avisó que debíamos de abrochar los cinturones y apagar los teléfonos móviles. Las turbulencias me pusieron la piel de gallina y aceleraron mis pulsaciones. Jamás había tomado un avión con anterioridad y, a pesar de que me habían explicado la sensación, no era lo mismo escucharlo que vivirlo.

No supe cuanto tiempo pasó hasta que las turbulencias cesaron.

En primera clase volábamos muy pocas personas. Eso me hizo sentir más cómoda: la fama de Dimitri le perseguía por todo el mundo y lo último que necesitábamos era otro rumor sobre nuestra supuesta relación, más o menos inexistente. Cayó dormido, apoyando su cabeza próxima a mi hombro, y pude oler su perfume al tenerlo tan cerca.

Entrecerré los ojos e intenté conciliar el sueño, pues aún restaban diversas horas hasta llegar a Houston. Sin embargo,

fui incapaz de quedarme dormida, y la principal razón fue esa extraña sensación que se arremolinaba en mi vientre.

No. No era dolor. Se asemejaba como si alguien estuviera empujando contra...

¡Oh Dios mío! ¡El bebé se estaba moviendo!

- ¡Dimitri! -le llamé con voz agitada-. Despierta. ¡Vamos!

Le sacudí por el hombro varias veces. Quería que sintiera esas pequeñas patadas antes de que desaparecieran. Sobresaltado, Dimitri jadeó y agrandó los ojos mientras intentaba incorporarse de un salto. No pudo hacerlo debido al cinturón de seguridad.

Molesto y adormecido, me miró.

- ¿Por qué gritas? ¿Qué demonios sucede? ¿Estás bien? -preguntó con voz pastosa.

- ¡Se ha movido! -exclamé con emoción-. Mira, aún sigue.

Dimitri no comprendió mis palabras hasta que le aferré de una mano y la deslicé bajo mi camisa. El cálido pero suave tacto de su mano contra mi piel me estremeció. Estaba cien por cien segura de que Dimitri sentía esos movimientos a pesar de su rostro adormecido. Poco a poco, fue arqueando las cejas hasta que el asombro se reflejó en su cara.

Presionó la otra mano contra mi vientre y las movió por esa zona, acariciándola. Humedecí mi labio inferior, a la espera de escuchar algo procedente de sus labios que no fuera un halago directo a sí mismo a través del bebé. Aunque si tenía que ser sincera, esos cumplidos me hacían reír.

- Esto es... vaya -musitó-. ¿Lo acaba de hacer? Su primera vez en un avión.

Escruté su rostro con la mirada.

- Haré como

si no hubiera escuchado ese comentario -respondí al final.

- ¿No te das cuenta, Catherine? -prosiguió como si yo fuera un mero fantasma.

- Sí, lo hago.

Dimitri aproximó su rostro a mi vientre y le escuché susurrar algo aunque no logré comprender las palabras. Sonreí y quise echarme a llorar. Esa escena dio pie a una serie de imágenes sobre un futuro de ensueño; uno imposible de cumplir, por supuesto. Jamás sería para él algo más que la madre del bebé, y nunca me conformaría con ser su... ¿amante?

Dios, ¿en qué estaba pensando?

Aclaré mi garganta y aproveché que sus manos no estaban puestas sobre mi piel para desabrochar el cinturón, que había comenzado a ejercer presión. Hasta que no aterrizáramos no volvería a ser necesario. Crucé las piernas en el asiento y Dimitri puso sus dedos en mi mentón, deslizando mi rostro hacia el suyo. Sentí la calidez de su aliento rozar mis labios, tentándome a plasmarlos.

- Ah, no en esta ocasión -musité, presionando mi mano contra su boca-. Lo siento, pero me siento demasiado culpable con el embarazo. No puedo besarte.

Separó su rostro de mi mano unos centímetros.

- Es un alivio saber que no quieres besarme por respeto a tu amiga y no porque me odies.

- ¿Por qué iba a odiarte? -arqueé una ceja.

- Si supieras cómo soy en realidad, lo harías -cuadró sus hombros y miró al frente-. Te conozco lo suficiente para saber que soy todo lo opuesto a lo que querrías tener.

¿Por qué estaba diciendo esto? Dejé caer mi

mano sobre la suya, atrayendo su atención.

- Te equivocas. En estos momentos eres todo lo que deseo tener.

Esbozó una pequeña sonrisa, una que jamás me había permitido ver. No mostraba sarcasmo, ni orgullo por haber pisado mi propio orgullo. Su mirada me estudió más allá, profundizándose. Aferró mi mano con fuerza, me dolieron los dedos ante ese agarre. ¿Había dicho algo erróneo? Parpadeó y reclinó el asiento para echarlo hacia atrás.

Una vez que esa rara tensión desapareció del ambiente, tomé mi móvil, lo encendí y revisé mis contactos. Debería de estar muerta de sueño, no obstante, parecía que mi resistencia había aumentado tan pronto como Dimitri apareció en mi puerta.

Había elaborado una lista con todos los posibles nombres para el bebé, tanto para chico como para chica. Terminé tachándolos todos pues, a pesar de que ya tenía una vaga idea de cómo se iba a llamar, quería consultarlo con Dimitri. Al fin de cuentas, él también tenía voz y voto en este asunto.

* * * * *

Cuando volví a abrir los ojos, la luz del sol estaba penetrando a través de la ventana circular del avión. Me desperecé, estirando los brazos y golpeé algo con el dorso de la mano. Con rapidez, me giré en el asiento para encontrarme con mi mano derecha sobre el rostro de Dimitri, ahora despierto y con una expresión que denotaba poco entusiasmo.

- Oops -me lamenté.

- Iba a despertarte de una forma sutil, ahora me arrepiento de haber sido tan amable -apartó mi brazo

con delicadeza y lo dejé caer en el asiento-. Acabamos de aterrizar. Te he abrochado el cinturón

mientras dormías. Eh, mira -deslizó un dedo por mis labios-, se te ha caído la baba. Deberías de estar soñando conmigo.

- Entonces hubiera sido una pesadilla -contraataqué.

Desabroché el cinturón y agradecí mentalmente el poder mover las piernas. Después de tantas horas de viaje, creí haber olvidado como andar. Bajé la escalerilla con cuidado de no perder el equilibrio. La torpeza y yo éramos como almas gemelas, típico de mí. Dimitri deslizó un brazo por mi cintura, atrayéndome hacia él. Esta vez no me opuse.

Caminamos al interior del aeropuerto y esperamos pacientemente a que nuestras maletas llegaran. Dimitri consiguió alcanzar uno de los taxis libres y subió las maletas a él con la ayuda del conductor. Todo esto me recordó a la noche de la despedida de soltero.

Si pudiera regresar a ese día...

El paisaje era muy distinto al de Manhattan. Árboles, prados y más árboles. Donde yo vivía, lo único de naturaleza presente en la ciudad era Central Park. El taxi se desvió por otra carretera a la principal y pasamos los próximos cuarenta minutos hablando por teléfono. Mis padres me advirtieron con una larga lista de cosas que NO podía hacer -y que probablemente haría-. Alexia insistió en recibir una serie de fotos de cada una de las cosas que hiciera y/o viera.

Dimitri parecía mucho más tenso a la hora de hablar con esa misteriosa persona. Llegó a alejarse de mí para evitar que yo escuchara sus murmullos. Vaya...

El

olor salado del mar inundó el interior del taxi. La playa quedaba a menos de treinta metros de la carretera. Mientras tanto, una fila de casas se disponía frente a la primera línea de arena. El coche se detuvo al dar la esquina y bajamos de él. Acabábamos de llegar y ya adoraba este lugar. Le entregó varios billetes al conductor, con propina asegurada, y sacó las maletas.

Una mujer de cabello rubio corto y ojos castaños bajó las escaleras de una de las casas con rapidez. Dimitri dejó la tarea de cargar con las maletas tan pronto como la vio aparecer y se aproximó a ella con zancadas amplias.

- ¡Dimitri! ¡Por el amor de Dios! -gritó con voz aguda-. ¿Qué te ha ocurrido?

- Mamá, estoy bien.

Abrazó a esa mujer con mucha delicadeza, como si en cualquier momento pudiera romperla. Besó su mejilla con el mismo cuidado. Ella palmeó su brazo con una sonrisa que iluminó su rostro y le hizo rejuvenecer durante unos instantes. No debería tener más de cincuenta años. Al menos, las escasas arrugas de su rostro decían lo contrario.

Su atención se centró en mí y carraspeé, un tanto incómoda.

- Ella es Cathy, o sea, Catherine -Dimitri aclaró su garganta-. Esta es mi madre, Mary Serphine.

- Es un placer, Mary -dije con nerviosismo-. Me llamo como usted.

La mujer tomó mis manos entre las suyas y esbozó una cálida sonrisa. Mis mejillas se ruborizaron sin razón alguna y humedecí mis labios, repentinamente reseco por la suave brisa.

- Por primera vez mi hijo ha efectuado una buena elección -susurró

más para mí que para él a pesar de que Dimitri se encontrara a menos de un metro-. Aunque nunca llegué a conocer a la otra joven, lo que me contaste sobre ella no me agradó. ¿Cómo se llamaba, hijo?

- Svetlana. Y no es lo que piensas.

- Me lo esperaba -puso los ojos en blanco, sin borrar la sonrisa-. ¿Cómo te encuentras, cariño? Debes de estar cansada después de un largo viaje, y más en tu estado.

Balbuceé algo sin sentido. ¿Cuándo había descubierto que estaba embarazada?

- Seré mayor y un poco enferma, pero no estoy ciega -agachó la mirada hacia mi vientre.

Instintivamente descansé las manos en mi barriga y aferré la camisa de tirantes -que se había pegado a mi piel debido a la humedad del mar-. Dimitri se aproximó a mi posición, suspirando. Tuve que alzar no solo la vista sino la cabeza para poder mirarle a los ojos.

¿Por qué era tan alto?

- Estamos perfectamente -respondí apresuradamente-. Ni aún conocemos el sexo del bebé, pero espero conocerlo pronto. Tengo que hacer tantos preparativos... La habitación, los muebles, ropa, comida, utensilios...

- ¿De cuántos meses estás? -Mary colocó una mano en mi espalda.

- Tres meses y medio, rozando los cuatro -asentí tras confirmarlo.

Me invitó a pasar al interior, a instalarme como si estuviera en mi propia casa. Me adelanté y subí las escaleras mientras estudiaba los alrededores. El ruido de las olas chocar contra la orilla podía escucharse desde mi posición. Apoyé las manos en la barandilla de color blanca y sonreí tan pronto como miré hacia Dimitri. Él intentaba cargar con todas las maletas y Mary, tan testaruda como yo, insistía en cargar con algunas de ellas.

Pensé en la frase que Dimitri dijo durante el vuelo. Él me gustaba. Mucho. Quizá algo más que la simple palabra gustar sería la adecuada. Me daba pánico pensarlo, no podía mencionarla si quiera en mis pensamientos.

Sin embargo, no pude evitar tener la sensación de que, por fin, había encontrado un hogar.

=====

Semana 16

Desperté rodeada de las sábanas rosadas aromatizadas con jazmín. Como era de esperar, Dimitri y yo dormimos en habitaciones separadas a pesar de que mis deseos eran otros. Ayer -

domingo, la hora de la llegada a Houston-, fue un día bastante interesante. Mary me contó acerca de su enfermedad. Padecía de un cáncer terminal. Tan pronto como esas palabras emanaron de sus labios, sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Creí que me echaría a llorar.

Tras una abundante comida saludable, Mary me enseñó la casa mientras Dimitri ocupaba su viejo dormitorio. Deshice la maleta y guardé la ropa en los armarios que ella había señalado. La planta de arriba estaba prácticamente deshabitada, pues ella no podía estar subiendo las escaleras cada dos por tres. Le suponía demasiado esfuerzo, por lo tanto, había amueblado una estancia en la planta inferior para ella.

Resumiendo: el día de ayer transcurrió de una forma rápida y agradable. Tras instalarme, paseamos por la playa mientras Mary me contaba cientos de anécdotas sobre su vida y la infancia de Dimitri. Ese repentino cambio de aires hizo desaparecer todo el estrés acumulado durante las últimas semanas.

Aparté las sábanas y me levanté, caminando con los pies descalzos en dirección al armario. Cogí el bikini de color rosa chicle y un vestido blanco de tirantes. Lo deposité sobre la cama y me quité el pijama. Me puse la parte inferior del bikini e intenté abrochar los cordones del bikini. No tuve problema para la zona del cuello, sin embargo, tuve problema con la espalda. Mordisqueé mi labio inferior y, dubitativa,

salí al exterior, deteniéndome frente a la puerta cerrada.

¿Estaría Dimitri despierto? No le había escuchado salir de su habitación.

A ver... Tampoco estaba vigilándole, pero su dormitorio era contiguo al mío y yo llevaba despierta desde hace una hora. No había escuchado ni el menor ruido. Giré el picaporte y caminé de puntillas hacia el interior. Sujeté los hilos del bikini con una mano y golpeé la puerta -a pesar de estar ya dentro-, con el fin de llamar su atención. Al no obtener una respuesta, opté por cerrarla tras pasar por completo.

La persiana bajada y las cortinas echadas impedían que los rayos solares penetraran en la habitación. Una figura boca abajo descansaba sobre las sábanas, junto a un portátil con la pantalla apagada y varios folios amontonados a su alrededor.

- ¿Dimitri? -musité.

Encendí la pequeña lámpara situada sobre la mesilla y estudié su rostro dormido. Respiraba con

una calma que consiguió relajar mis nervios. Recorrí su cuerpo con la vista, contemplando los tatuajes que poblaban sus omoplatos. La tentación de tocarlos fue tan grande que tuve que soltar los hilos del bikini para entrelazar mis propias manos.

Maldición.

Aparté el portátil, amontonándolo junto a los folios, y lo deposité en el escritorio. Lo único que llegué a comprender de esos papeles fue las cifras de los números. Siempre odié los temas relacionados con economía, así que no le di mucha importancia.

- Dimitri... ¡Despierta! -dije en un tono más alto.

Sobresaltado, se sentó en la cama y agradecí

mentalmente el haber apartado el portátil. Con toda seguridad, hubiera terminado en el suelo tras aquel brusco movimiento.

- ¿Qué hora es? -dijo con voz pastosa-. Te dije que...

- Sí. Lo hiciste -me apresuré a posicionar el bikini en su lugar, aferrando los hilos-. Tan solo son las diez de la mañana, no te preocupes. La playa no se va a marchar. ¿Qué es todo esto?

Señalé a los papeles con la mano libre.

- Trabajo. -Frotó su rostro-. Mi padre me llamó anoche. Me necesitaba para solucionar un problema con una de las cuentas bancarias. Nada de lo que debas preocuparte.

- ¿A qué hora te dormiste? -me aproximé a él-. Menudas ojeras.

Cuando consiguió despejarse y centró la mirada en mí... Suspiré con pesadez ante su actitud exagerada. Agrandó los ojos y apartó las sábanas de su cuerpo con rapidez. Supe lo que iba a decir, así que me preparé mentalmente para una posible lista de cumplidos que rechazaría

amablemente.

- ¿Quieres provocarme un infarto? -puso las manos en mis caderas.

El tacto de esa calidez en mi piel me hizo estremecer. Sin embargo, no me opuse a que me arrastrara hacia su cuerpo. Me sentó en su regazo como si fuera una niña pequeña y antes de ser capaz de abrir la boca, apartó mis manos y ató el bikini con un nudo perfecto. ¡Por fin! Ya no tendría por qué pasearme medio desnuda por los pasillos de la casa.

Aparté el cabello de mis hombros y busqué su mirada. Se veía bastante cansado y agobiado.

- Tengo hambre -le golpeé el hombro desnudo con suavidad-. Ponte

el bañador, vístete, y bajemos a la playa. Llevo casi dos años sin visitarla, ¿sabes?

Dimitri ladeó el rostro y suspiró.

Acarició mi estómago con la yema de los dedos y se deleitó con esos pequeños y breves movimientos que tanto él como yo podíamos presenciar. Quise sacar el tema de conversación que quedó pendiente ayer en el aeropuerto... Pero tampoco sabía cómo comenzar exactamente, así que decidí posponerlo para otra ocasión.

Apoyó su frente contra mi hombro y acaricié su cabello. Sí, esto era típico de parejas pero también de amigos íntimos... ¿no?

- ¿Qué te ocurre? -susurré-. Estás raro desde ayer.

- Nada, no tiene importancia -presionó sus labios en mi cuello e inspiró mi aroma-. ¿Qué te parece si me preparo y comenzamos con nuestras mini vacaciones?

- Estoy de acuerdo con eso.

Me incorporé de un salto y salí apresuradamente de la habitación. Regresé a la mía y terminé de vestirme. Aferré una de las bolsas de playa que había traído conmigo e introduje en su interior un par de toallas, crema solar... Todo lo necesario. Bajé las escaleras con la bolsa entre mis brazos. La voz de Mary podía escucharse desde el salón. Al parecer hablaba con alguien por teléfono.

Me saludó con la mano en cuanto me vio. Le sonreí en modo de respuesta y me adentré en la cocina.

Depositó la bolsa sobre la encimera y miré a mi alrededor. No quería gastarme dinero en los típicos locales esparcidos por toda la playa. Eso era una estafa. Prepararía algo de comer ahora. Sandwiches, patatillas y cosas variadas. Lo

eché todo al interior de la bolsa mientras mordisqueaba una manzana. Vida sana, comida sana, o al menos, eso dicen.

- ¿Qué es todo eso? -Dimitri apareció de la nada.

Recorrí su pecho desnudo con la mirada y no pude evitar clavar la mirada en su bañador, que marcaba toda su masculinidad. Me obligué a mí misma a centrar la vista en otro lado y aclaré la garganta, cerrando la bolsa.

- Provisiones, comida -respondí-. Digamos que últimamente me alimento por dos personas. Así que necesito todo esto, y más. Tú también tienes que alimentarte. Ya que no duermes como es debido, algo correcto tendrás que hacer.

- A pesar de todo sigues preciosa -asintió con convicción-. Ese vestido te hace un cuerpo escultural.

- Espera, ¿no era por la pubertad?

Esas palabras fueron las que Dimitri dijo la noche de la fiesta de despedida. Él también recordó el momento, por lo que esbozó la sonrisa más pícaro y arrogante que conocía. Se aproximó a mí con pasos lentos, peligrosos, amenazantes.

- Digamos que tus glúteos se marcan más con la lycra del bikini.

Achiqué los ojos, sin inmutarme ante su inminente cercanía. Lo único que se interponía entre nosotros era la isla de mármol. Extendió una mano para agarrar la bolsa, aprovechando mi leve distracción para rodear la encimera. Me apresó contra esta y sus manos se deslizaron a mi trasero, azotándolo. Ahogué un grito y golpeé su hombro.

- Tienes prohibido tocar esa parte de mi cuerpo, señor Ivanov -le apunté con

un dedo-. Así que más te vale mantener tus garras alejadas de mi esculpida y perfecta figura de embarazada antes de que decida cortártelas en pedazos.

- ¿Debería asustarme? -susurró con voz juguetona.

- Nunca sabes lo que podría desaparecer mientras duermes.

Apoyé las manos en sus brazos con la intención de apartarle. Esboqué una sonrisa idéntica a la suya y, antes de poder hacer algo, escuché a alguien carraspear a mis espaldas.

Dimitri se alejó al instante y pasó los dedos por su cabello, peinándolo. Los colores ascendieron a mis mejillas, ruborizándome, y descansé una mano sobre la encimera. Tenía unas tremendas ganas de reír pero, al mismo tiempo, de esconderme. No quería causarle una mala impresión a su madre aunque me había esperado lo peor tras descubrir mi embarazo.

- ¿Día de playa, chicos? -actuó como si nada hubiera sucedido-. Yo saldré a hacer unas compras. ¿Os parece bien? ¿Me necesitáis para algo?

- Disfruta de tu día, mamá -Dimitri aclaró su voz-. Nos veremos a la hora de la comida, ¿cierto?

- Mi pequeño todavía me echa de menos -Mary palmeó la mejilla de su hijo con gesto divertido.

Dimitri puso los ojos en blanco, sin embargo, se echó a reír. Aferró la bolsa que yo había

preparado e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta que daba al exterior. Me despedí de Mary tras un pequeño y suave apretón y seguí a Dimitri con pasos pequeños pero rápidos. La playa quedaba justo en frente, literalmente, solo tenías que abrir las puertas traseras.

Atravesamos

el jardín exterior hasta llegar a la arena. Estaba caliente debido a la gran cantidad de luz solar que recibía diariamente, no obstante, no tardé en percibir la humedad del mar cuando me aproximé a la orilla. me deleité con las pequeñas cosquillas que sentía en los dedos cuando las frías olas rompían suavemente contra estos. Suspiré.

Si por mi fuera, permanecería aquí para siempre.

Divisé a más personas en la misma zona. Se habían apresurado a buscar un buen lugar para instalarse antes de que el resto llegase. Dimitri abrió la sombrilla y la clavó en la arena tras cavar un pequeño agujero. Extendió la toalla bajo esta. Entonces, sacudió las manos en sus pantalones para limpiar el rastro de arena y señaló a la casa de nuevo.

- Iré a por mis cosas. Tardaré menos de cinco minutos, no te muevas -me dijo.

- ¿Crees que voy a volatilizarme? -puse los ojos en blanco.

Había dicho lo mismo en el aeropuerto.

Desapareció tras el umbral de la casa y cerró la puerta tras pasar él. Mientras tanto, yo acomodé la otra toalla, esta vez más al sol. Me disponía a quitarme el vestido para aplicar la crema solar cuando las voces provenientes de dos chicos llamaron mi atención. Se aproximaron a mi posición con zancadas amplias, unas sonrisas alegres, y unos cuerpos esculturales. Ambos me recordaron a Dimitri por el mero hecho de la arrogancia que derrochaban.

- Buenos días, guapa -dijo uno de ellos, alzando las gafas de sol para que fuese capaz de contemplar unos ojos azules-. ¿Necesitas ayuda con algo?

- Te hemos

visto aquí sola, un poco perdida -añadió el otro-. Me llamo Drake, y él es mi compañero de

locuras, Shane. Vivimos aquí al lado, al pasar la costa.

Les estudié de arriba a abajo y entrelacé los brazos en mi vientre antes de responder:

- Yo soy Catherine. Estáis en lo correcto, no soy de Houston, sino de Manhattan.

- Vaya, una chica de la gran ciudad. -Drake le dio un codazo al otro chico-. ¿Te gustaría venir con nosotros? Te lo pasarás en grande. Conocemos las grandes fiestas. No te puedes ni imaginar la cantidad de cosas que se pueden hacer en esos salones independientes -susurró.

- No, gracias. Estoy aquí con...

- Conmigo -la cuarta voz entró en escena. Dimitri dejó caer sobre la arena una bolsa de plástico azul y me apartó, ocultándome tras su espalda ancha-. Ella está aquí conmigo. Fuera, ahora.

Los chicos intercambiaron una mirada, pero no se mostraron incomodados. Ni siquiera temieron esa actitud violenta que Dimitri comenzaba a adoptar. Intenté no sonreír, pero... ¿Era imaginación mía, o él se estaba poniendo celoso? No había motivo alguno para estarlo.

- ¿Quién eres? ¿Su hermano? -Shane, el de cabello negro, humedeció sus labios-. Somos buena compañía en todo y con todo. En serio, pregúntale a quien quieras.

- A las únicas personas que tendré que preguntarle serán a los médicos después de que os parta la cara. Dejadla en paz antes de que pierda la paciencia -susurró, tocando con el dedo el pecho de uno de ellos-. He derribado

a tíos el doble de grandes que vosotros dos juntos.

Me vi obligada a intervenir ante el rumbo que los acontecimientos comenzaban a tomar. Aferré el brazo de Dimitri con cariño y apoyé mi cabeza contra su espalda en un intento de tranquilizarle.

Sentía su respiración mover su pecho arriba y abajo. Los chicos optaron por marcharse, sin despedirse, mirándole con resentimiento. Giró sobre sus talones para mirarme. Mantenía las cejas arqueadas y sus manos me sujetaron por las caderas, sobre el vestido.

- No has debido de hacer eso -le reproché-. Tan solo estaban hablando conmigo.

- Catherine, no seas tan inocente -acarició mi mejilla antes de apartarse-. Desgraciadamente, yo he empleado ese truco cientos de veces. Intentaban llevarte al bar, emborracharte, y luego hacer lo que ambos estamos pensando -se cruzó de brazos.

Oh.

No le respondí. No sabía cómo hacerlo. Al ver mi repentina actitud cohibida, optó por quitarme el vestido por él mismo y señaló a la crema. Puse los ojos en blanco, permitiendo que la aplicara en mi espalda y, una vez que la tensión del ambiente desapareció por completo, me zambullí en el agua.

* * * * *

- Estoy agotada -dije mientras anudaba la toalla alrededor de mi cabello húmedo.

El vapor del cuarto de baño escapó hasta la habitación, donde Dimitri volvía a estar rodeado de papeles y con el portátil en su regazo. Se le veía más adorable con el ceño fruncido. Rascó su barbilla y me dirigió una mirada mientras alzaba una ceja.

- Túmbate si quieres, en cuanto termine con esto te haré un masaje -señaló al fajo de folios.

- Vaya, no he tenido que suplicar -respondí con tono irónico.

Terminé de asearme, desenredando y secando mi pelo antes de recogerlo en una trenza. Llevaba puesto un vestido blanco de tirantes que usaba como pijama. Era la mejor prenda para dormir ya que la humedad podía llegar a ser asfixiante al estar tan próximos a la playa. Me senté en la cama de Dimitri antes de dejarme caer. Acaricié mi vientre con lentitud, mientras me debatía si sacar el tema de conversación que tanto ansiaba sacar.

- ¿Dónde lo quieres exactamente? -su voz sonó próxima a mí.

- La espalda.

- Siéntate entonces.

Me incorporé y crucé las piernas. Aparté la trenza y dejé que cayera sobre mi pecho. El colchón se hundió detrás de mí cuando Dimitri se colocó detrás de mí. Acarició mis hombros desnudos con la yema de los dedos mientras deshacía el nudo del vestido atado a mi espalda. Nunca admitiría que adoraba sentir sus manos sobre mi piel.

Presionó las partes que notó más tensas y agaché la cabeza, cerrando los ojos.

- Cathy... ¿Podría hablar contigo? -su voz terminó con la paz.

Bien. Me había hecho el favor de empezar él.

- Por supuesto -murmuré, un tanto atontada-. ¿Qué te preocupa?

- En el aeropuerto, ayer... -sus manos bajaron hasta mis riñones-. Tenías razón. Estaba extraño y todo se debe a varias razones que no debería contarte, que

no quiero contarte, pero que tengo que hacerlo porque me está matando por dentro. -Hizo una pausa-. Una de ellas... Svetlana ha adelantado la fecha de compromiso.

La piel de mi nuca se crispó al escuchar esas palabras.

- No será dentro de mucho, unas pocas semanas, quizá. Pero sucederá antes de que el embarazo llegue al último trimestre y...

- ...antes de firmar los papeles de la empresa -añadí.

- Exacto.

Mordí mi labio inferior y quedé frente a él. Abroché los hilos del vestido antes de extender mis piernas con el fin de que continuara con el masaje. Esbozó una sonrisa atrevida y deslizó las manos hasta la curva de mi rodilla antes de ejercer presión.

- ¿Qué pretendes decirme con esto? -proseguí-. Asistiré a la boda si es lo que deseas, pero Svetlana merece saber que vas a ser padre. No continuaré ocultando el embarazo ante todos, ya tengo suficiente con ignorar sus llamadas y poner excusas para rechazar sus visitas.

- Tengo que asegurarme que los papeles de la empresa sean míos -ascendió hasta mis muslos y se detuvo-. ¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

Buscó mi mirada. Yo la aparté. Quise decirle que no se casara, que podríamos fugarnos lejos de todos y todo y tener aquello que siempre había querido. Pero fueron otras palabras las que consiguieron emanar de mis labios:

- Sí. Tu padre dejará su legado en tu poder y te casarás con una persona maravillosa -aclaré mi garganta cuando mi voz comenzó a flaquear-. Formarás una familia.

-

Tiene gracia, ¿no crees? Ya voy a tener una.

- No es lo mismo. Este bebé fue por accidente, no por amor -me arrepentí automáticamente de haber dicho esas palabras, así que me apresuré a arreglar el desastre-. Es decir, no lo planeamos. Todo surgió de la nada. ¿Qué puedo decirte? Ahora amo a esta pequeña cosa revoltosa. No podría imaginar que haría si algo le sucediera.

- Catherine... hay algo que yo... tengo que decirte.

Detuvo el masaje al instante. Se incorporó, alejándose de mí tanto como le fue posible y comenzó a caminar alrededor de la habitación con gesto preocupado y cargado de nerviosismo. Sólo le había visto de esa manera en una ocasión: en la consulta de hospital para la primera ecografía. Aunque, ahora que le estudiaba con mayor detenimiento... Ahora estaba más inquieto.

Me senté en el borde de la cama y le invité a hablar.

- Yo no quiero casarme -esas cuatro palabras me hicieron sonreír interiormente, sabiendo que no era la mejor reacción-. Estoy forzado, obligado, es como un maldito castigo. El compromiso te aleja de lo que más quieres siempre y cuando no estés ligado a la persona que amas. Claramente, ese no es mi caso. Svetlana no es como crees, Catherine.

- ¿A qué te refieres? -vaya, eso sí que no me lo había esperado-. La conozco desde hace apenas unos años, cierto, pero se ha comportado conmigo como si fuera mi propia hermana.

Tensó la mandíbula

- ¿Tu mejor amiga te obligaría a hacer algo en contra de tu voluntad? -formuló.

Esta conversación se estaba tornando un

tanto bizarra, así que me incorporé y seguí sus pasos hasta que lo tuve a escasos centímetros.

- Si no quieres contraer matrimonio habla con ella -encogí los hombros-. Le dolerá que después de todo el tiempo que lleváis juntos no logréis dar ese paso, pero tampoco te intentará asesinar mientras duermes... como yo insinué esta mañana.

Quise hacerle reír, pero causé el efecto contrario.

- Dimitri, ¿qué es lo que ocultas? -alcé las manos en el aire-. Creo que tenemos la suficiente confianza como para tratar estos temas, ¿no crees?

- Ella sabe a la perfección que no la quiero, ni siquiera me gusta o me atrae -torció sus labios hasta formar una mueca-. Es más, lo único que siento hacia ella es repugnancia y arrepentimiento

de no haberme dado cuenta de cómo es realmente.

- Esto no me gusta -le señalé-. No hables así de ella.

- ¡Me amenazó con meterme a la cárcel si no la obedecía! -su grito retumbó en las cuatro paredes de la habitación, e incluso retrocedí sin darme cuenta-. ¿Por qué piensas que no soy lo suficiente bueno para ti, eh? ¡Es un milagro que quieras mi compañía en estos momentos!

- Espera, ¿cómo dices? ¿La cárcel? ¿Qué tiene que ver eso con la boda?

Pasó las manos por su pelo y resopló.

No podía mostrar que estaba asustada, aunque claramente sentía pánico hacia Dimitri en estos momentos. Opté por la vía más complicada, porque de eso se trata la vida. De ir a lo arriesgado y seguir hacia delante. Acorté la distancia y coloqué las manos en su cuello, acariciándolo. Relajó la respiración

al instante pero mantuvo el cuerpo rígido y tenso.

- Maté a una persona, Catherine -no titubeé en ninguna de las palabras-. Fue un accidente, ni siquiera me di cuenta de lo que había hecho hasta que mi padre me golpeó horas más tarde. Me hizo volver a la realidad al instante y, junto a sus amenazas, me obligaron a sentar la cabeza.

No retiré las manos, pero mi cuerpo amenazaba con alejarse.

- Sucedió hace muchos, muchos años. Mi madre acababa de conocer su enfermedad y mi padre admitió públicamente que la había engañado y tenido un hijo fuera del matrimonio y que no pensaba ayudarla en nada. Yo, como el adolescente estúpido que era, seguí los pasos de mi padre. Discutí con él y me fui al club de lucha. Sí, ese mismo en el que casi le parto la cara a tu hermano.

Continué en silencio.

- La rabia y el alcohol era lo único que circulaba por mis venas esa noche, así que atacué a mi oponente con el fin de descargar todo aquello. Le maté a golpes. Desde ese entonces no volví a tomar ni una gota de alcohol, cerré el club por mi propia cuenta y juré que dejaría a ser ese hombre. Mi padre consiguió hacerles creer a todos que fue un mero accidente, una caída; una mera rotura de nuca. Borró mi nombre de todos lados, y resultó una tarea complicada a pesar de que, por ese entonces, estábamos obligados a preservar nuestra identidad bajo una máscara. Recuerda, ilegal.

Dimitri alzó sus manos y apartó las mías para entrelazar nuestros dedos. Besó cada uno de ellos

mientras suspiraba. Me había quedado de piedra, no sabía cómo

responder a eso.

- Uno de los requisitos de mi padre para no mandarme a la cárcel y conservar la empresa era el matrimonio. Conocí a Svetlana y no me costó mucho camelarla. En unos meses la tenía rendida a mis pies, en los dos sentidos -sacudió la cabeza-. Por favor, Catherine, di algo, me estás acojonando.

- Yo...

Me sentía muy confusa. A pesar de todo el cúmulo de sentimientos que se arremolinaba en mi pecho, tenía algo claro: él no era como aparentaba, nada de eso. Había construido una fachada para ocultar todo el dolor que había padecido durante todos estos malditos años. Había sido un chico abandonado por su padre, maltratado y chantajeado. No contó con la ayuda de nadie, hizo su camino por él mismo. Los periódicos, y los medios de comunicación en sí le caracterizaban por un hombre de negocios calculador, frío y egoísta.

Sí, así era como actuaba cuando estaba en el interior de su refugio. Pero lo único que él necesitaba saber era que ya no estaba solo. Me tenía a mí. Y al pequeño o pequeña pateadora.

Su mirada me reprochaba una respuesta, y vi el miedo reflejado en ellos; miedo a que decidiera hacer las maletas y regresar a Manhattan. Lo conocía tan bien que hasta daba miedo, incluso yo llegué a pensar en marcharme en varias ocasiones.

Así que, simplemente, hice lo que sentía.

Liberé mis manos de su agarre y deslicé los brazos por su cintura. Me amoldé a la figura de su cuerpo y apoyé la barbilla en su hombro, cerrando los ojos. No tardó en rodear mi pequeño cuerpo con sus fuertes brazos, aprisionándome;

como si no me quisiera dejar escapar. Escondió su rostro en mi cabello y al respirar sobre mi cuello me provocó unos escalofríos.

- ¿Qué significa esto? -susurró cerca de mi oído.

- No pienso culparte por el asesinato -acaricié su espalda con lentitud-. No pienso que eres un asesino, ni un borracho, ni nada de lo que tú mismo te llamas -me aparté unos centímetros para ser capaz de mirarle a los ojos-. Y no deberías dejar que Svetlana te maneje de esta forma, no tiene derecho a hacerlo. Eres libre a elegir lo que más quieras.

Acaricié las heridas de su rostro con la mayor suavidad posible.

- Quiero decirte que no estás solo, ya no más. Has dejado a ese hombre atrás, era una especie de fase y la has superado de cierta forma. Me tienes a mí, y a tu hijo, tu madre. Tus amigos. Nos tienes a todos nosotros y necesitabas que alguien te lo demostrara.

- Catherine -musitó con voz ronca.

Sus labios atacaron los míos con la misma ferocidad de la otra noche. No intenté apartarme, ni siquiera se me ocurrió hacerlo. Entrelacé los dedos con su pelo y tiré de su cuerpo hacia el mío hasta que no quedó ni un centímetro de separación. Mordisqueé su labio inferior antes de volver a besar sus labios. Jadeé cuando sus manos se deslizaron bajo mi vestido y aferraron mi trasero.

Me arrastró hasta que mi espalda chocó contra la pared y alzó mi pierna. Instintivamente rodeé su cadera con esta, sintiendo su erección presionada contra sus vaqueros.

Tenía que detenerme. Ahora. Hice acopio de valor y le aparté con brusquedad.

- Será mejor que me marche, a mi habitación -hablé entrecortadamente-. No es buena idea que permanezca aquí durante más tiempo. Digamos que no sería adecuado terminar desnudos, uno sobre el otro.

- Yo no tengo problema con eso. -Su mirada se centró en mi boca.

- Estamos en la casa de tu madre -repliqué-. Probablemente nos ha escuchado discutir y quién sabe que más. Por favor, no lo hagas más difícil.

- Duerme conmigo -sujetó mi pierna con firmeza contra su cadera-. Prometo que no haré nada que no deba mientras tanto.

- ¿Puedo fiarme de su palabra, señor Ivanov?

- Siempre.

=====

Semana 17

Terminé de cerrar la maleta tras depositar en el interior toda mi ropa, bien planchada y ordenada. Mis manos temblorosas delataban mi pena por marcharme de ese lugar. Mary me había ayudado

a poner orden con todas mis cosas, incluidas aquellas que no eran materiales. En cuanto a Dimitri... Nuestra relación se había intensificado en todos los sentidos. Pasábamos las veinticuatro horas del día juntos, e incluso llegamos a dormir en la misma cama.

No. No ocurrió nada de sexo. Sí que dormí con él durante los últimos siete días, pero no sucedió nada más que unos cuantos besos. Se podría decir que ahora era incapaz de cerrar los ojos sin sentir su cálido abrazo ni su respiración en mi nuca.

Sabía que lentamente me estaba enamorando de él. Lo sentía y no hacía nada para impedirlo. A pesar de los hechos, a pesar de que estaba embarazada de su hijo, él pertenecía a otra. Y sí, aunque él no quisiera a Svetlana en ninguno de los sentidos, estaba atado a ella por culpa de esa amenaza. Junto a él, intenté ponerle solución. Pero ninguna de ellas era la adecuada. Svetlana conocía el secreto, podía chantajearle, delatarle ante la policía, ¿podría dismantelar una empresa completa!

Solo podía cruzarme de brazos y...esperar.

- Ya están todas -Mary dijo tras cerrar la última maleta.

- Gracias por la ayuda -intenté esbozar una sonrisa. Sin embargo, lo único que conseguí fue acrecentar mis ganas de echarme a llorar-. Te visitaré tan pronto como me sea posible. Tienes que conocer al bebé, por supuesto.

- Esta

siempre será tu casa.

Tomó mis manos entre las suyas y sonrió. No hacía falta añadir que Mary conocía las sensaciones que el embarazo traían consigo -hormonas revolucionadas, mareos, desmayos, terribles antojos ante cosas imposibles de comer-. Ahora, mis lágrimas anegadas delataban mis verdaderas intenciones. Me daba pena marcharme, pero ese no era el motivo principal de mi tristeza.

En cuanto pusiera un pie en Manhattan, todo atisbo de felicidad se disiparía.

Mary me abrazó con delicadeza y derramé alguna que otra lágrima, las cuales procuré limpiar con

el mayor disimulo posible. Apoyé mi barbilla en su hombro e inspiré profundamente.

- Oh, pequeña -dijo, acariciando mi cabello-. No te preocupes, todo saldrá bien.

- Eso no lo sabes -mi voz se quebró al final de la frase-. Nunca le tuve y siento que le estoy perdiendo, que cada vez está más lejos de mí. Siempre habrá algo que nos separe. Ya sea una boda, una amenaza, lo que sea.

¿Acababa de pronunciar eso en voz alta?

- Puedo confesarte algo que calmará tu ansiedad -centró su mirada en la mía-: Jamás le he visto mirar a alguien como te mira a ti. Dale una oportunidad, todavía tiene mentalidad de niño pequeño.

- ¿Otra? -no pude ocultar una risa nerviosa-. Llevo haciéndolo todo este tiempo. He procurado mantener mis sentimientos a raya para que no interfieran en nuestra amistad, pero es imposible. No puedo decirle que le quiero, porque lo que siento por él...

- Confía en mí.

Su mirada me transmitió una

esperanza...

...que desapareció tan pronto como bajé a la primera planta. Limpié el rastro de lágrimas de mis mejillas antes de que Dimitri apareciera. Aferró con rapidez las maletas que yo cargaba, sin pedirme permiso primero. Puso los ojos en blanco ante mi expresión y salió al exterior. El olor a mar y la suave brisa invadieron el interior de la casa tan pronto como abrió la puerta.

- No quiero marcharme -volví a quejarme-. Por favor, Dimitri, no me obligues a volver.

- ¿Crees que yo quiero hacerlo?

Su mirada me recordó la conversación que mantuvimos hace unos días.

- Sé que no pero apenas hemos disfrutado de nuestro tiempo aquí. Solo hemos estado una semana y media, casi dos. ¿Por qué no permanecer durante más tiempo? -arrastré los pies al caminar.

- Porque tenemos que regresar a nuestra vida, Catherine -cerró la puerta del maletero y se apoyó en el coche-. Svetlana ha vuelto a comunicarse conmigo. Me necesita para acordar el lugar de la boda. Mi padre quiere que vea su última inversión porque quiere mi apoyo en esto. Y tú... bueno, tú tienes que disfrutar del verano y celebrar un cumpleaños.

- No me lo recuerdes, por favor.

Dimitri se aproximó a su madre y la estrechó de la misma forma que el día en el que llegó. La sonrisa que Mary esbozaba mostraba más tristeza y añoranza que felicidad. Mary acarició el rostro de su hijo antes de volverse hacia mí. Volví a abrazarla, esta vez con un poco de más fuerza pero sin excederme. La liberé, tomé una profunda bocanada de aire

para aliviar mi malestar, y me apresuré a montarme en el taxi que nos esperaba.

- Un momento -dijo Mary al instante.

No terminé de cerrar la puerta amarilla. Depositó algo en la palma de mi mano, algo de textura rugosa pero suave, junto a una carta. Fruncí el ceño, sin saber exactamente de qué se trataba, y alcé mi mirada hasta encontrarme con la suya.

- Ábrela cuando quede poco para dar a luz. Dijiste que conocerías el sexo del bebé el día del parto, ¿cierto? Pues léela antes de ese momento -me comunicó.

- ¿Por qué? ¿Qué es?

Hice un amago de abrir la pequeña bolsa, pero ella no me lo permitió.

- Te sorprenderá.

Dimitri esperó pacientemente a que terminase la conversación. Me deslicé junto a él y le indicó al conductor nuestra dirección. Agité la mano en signo de despedida mientras la figura de Mary decrecía hasta convertirse en una mancha en el horizonte. Bajé las ventanillas con la intención de disfrutar del aroma del mar y apoyé el codo contra esta.

Él me miraba fijamente. Yo intentaba no pensar en lo que nos esperaba al volver.

- ¿Qué? -pregunté con cansancio.

- Será raro regresar después de todo -frotó su barbilla. Genial. Iba a comenzar a hablar del tema que yo procuraba evitar-. Me preguntaba que pasará una vez que llegemos a Manhattan.

- Podríamos poner unas condiciones, si te parece bien.

- ¿Condiciones?

Capté su atención al instante. Se aproximó a mí tanto como le fue posible, pues el cinturón de seguridad ejercía

presión en su garganta y no quería auto estrangularse.

- Sí, condiciones -repetí-. De esta manera ninguno tendrá problemas, es decir, límitate a decirme qué es lo que quieres de aquí en adelante.

- Me parece bien. Comienza tú, señorita Miller.

Recé interiormente para que no se enfadara antes de musitar:

- No puedes volver a besarme, ni siquiera tocarme. Sabes a lo que me refiero.

Dimitri titubeó y asintió levemente. Creí que iba a oponer más resistencia en cuanto a esa exigencia, no obstante, me sorprendió su aparente calma. Quizá ya había perdido la oportunidad de tenerle tan pronto como puse un pie en el interior de este coche. Apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento y clavé la mirada en mis manos, entrelazadas en mi regazo.

- Tampoco puedes llamarme, ni visitarme -no me atreví a mirarle-. Ya no es lo mismo. Si salimos a la calle los periodistas darían con nosotros a la más mínima. Nuestras fotografías plagarían la ciudad. Tampoco puedo ir a tu casa, pues Svetlana podría aparecer en cualquier momento y no sería capaz de mentirle de nuevo. Aun queda pendiente la cena familiar.

- Estoy de acuerdo con tus condiciones. Prácticamente me estás pidiendo dejar de ser tu amigo.

- ¿Lo hemos sido alguna vez?

Clavé las uñas en las palmas de mis manos y mordí mi labio inferior.

El resto del trayecto transcurrió en silencio por culpa de mi pregunta. Llegamos al aeropuerto y cargó las maletas hasta el interior. El aire gélido me caló los huesos, y tuve que abrazarme a mí misma. ¡Menuda

diferencia de temperatura! Nuestro viaje salió antes de lo previsto. Y lo agradecí, pues la tensión entre Dimitri y yo podía palpase en el ambiente como una sólida pared de piedra.

Eché el sillón del avión hacia atrás y observé como Dimitri cubría su rostro con un gorro. No mencionó ninguna de sus condiciones...

...hasta que pisamos Manhattan.

Frente al porche de mi casa se produjo -como yo lo calificaría- una de las posibles despedidas más duras. Pero, ¿por qué? Pronto toda la ciudad conocería mi embarazo, Svetlana descubriría todo lo ocurrido y por fin podría continuar con la amistad.

No tenía que ser un adiós definitivo, ¿cierto?

- Nos veremos en tu cumpleaños -su voz hizo que mi corazón diera un vuelco-. Dentro de dos semanas. Espero que seas capaz de resistir esa larga temporada sin mi.

Bien, al menos su humor egocéntrico continuaba intacto.

- Me las apañaré -reí nerviosamente.

- Si necesitas algo, lo que sea, ya sabes que puedes contar conmigo.

- Lo sé -le miré a los ojos-. No lo dudes.

Entrelacé mis manos y me balanceé suavemente. Todo mi ser me ordenaba a que anudase mis brazos en torno a su cuello y evitar que se marchara lejos de mí. pero una vez más, la razón se impuso sobre mis pensamientos y mis deseos. Me apoyé contra una de las maletas.

Él, dubitativo, acortó la distancia para presionar sus labios contra mi frente. Sentí como exhalaba un suspiro, sus manos acariciaron mis mejillas, y deshizo el camino hacia el coche.

No te vayas, quise implorar.

Las

palabras quedaron atascadas en mi garganta. El motor rugió y, como si se tratara de un fantasma, desapareció tan pronto como había llegado.

* * * * *

Maldita dolorosa y triste rutina.

Era jueves, dos días después de la despedida. Durante el desayuno, y mientras preparaba tortitas con sirope de caramelo, mis padres volvieron a atosigarme de preguntas acerca de mis vacaciones. Mi hermano añadió el toque pícaro al asunto. Su labio ya estaba casi curado, y agradecí mentalmente que mis padres se hubieran creído la mentira sobre el accidente con la moto.

Mastiqué la comida con lentitud, pues mi mente estaba demasiado ocupada pensando en cómo se encontraría él. ¿Le habría visitado Svetlana? ¿Habría con su padre acerca de las amenazas? ¿Sabría ya la fecha de transición de los papeles de la empresa? Llevaba dos días sin verle, sin hablar con él. Parecía toda una eternidad para mí. Ni siquiera tenía el suficiente valor para enviarle un maldito mensaje de texto.

- ¿Qué planeas hacer hoy? ¿Te apuntas? -Patrick me obligó a poner los pies en la tierra.

- ¿Qué? -respondí con un tono demasiado hosco.

No le había dirigido la palabra en las últimas semanas. No quise hablar con él cuando telefoneé a mis padres para comunicarles que todo iba bien. No se merecía mi perdón.

- Hay una feria en Central Park. Vamos, Cat. Hace meses... ¿qué digo? ¡Años!, desde que no salimos juntos. Somos adultos, cierto, pero eso no significa que ya no podamos pasar tiempo entre hermanos.

/>

- Si eso hará que pueda terminar mis tortitas en paz, me apunto.

Me impresionó aquella propuesta. Tal y como Alexia había previsto -ayer por la mañana comí con ella para informarle de cada mínimo de talle de mis vacaciones, obviando la parte en la que Dimitri confesaba el asesinato y las amenazas, por supuesto-, mi hermano estaba desesperado por volver a hablar conmigo. Terminé de cortar la tortita en pequeños trozos y los introduje en mi boca con la misma lentitud que todas mis acciones.

Cuando el sol se escondió en el horizonte, me levanté de la cama. Había pasado el resto del día intentando contactar con Nathaniel. Sí, me había olvidado de él por completo tras aquel intento de beso, y una parte de mí le echaba de menos. Desconocía el motivo de ese repentino sentimiento, sin embargo, opté por dejarme llevar.

- ¿Estás lista? -Patrick gritó desde el pasillo.

- ¡Un momento!

Acomodé el vestido de tirantes, que dejaba ver mi ya avanzado estado de embarazo -nada más ni

nada menos que casi cinco meses-, y deslicé el teléfono móvil en uno de los bolsillos. Mi cumpleaños era apenas en dos semanas, y ya estaba muriéndome de los nervios. Salí de la habitación. Patrick me dedicó una de esas pícaras sonrisas y me arrastró del brazo por las escaleras. Se despidió de papá y mamá y subimos al coche para llegar a la feria a tiempo.

- ¿A qué viene esto? -dije una vez que el ambiente de fiesta me rodeó.

- Creo que un hermano no necesita una excusa para hablar con su hermana pequeña.

Bufé.

- Sé que te preocupa algo, Patrick -me crucé de brazos.

- Tú y Dimitri. Sobre todo tú -recalcó.

- ¿Qué es lo que sucede ahora con él? Oh, espera, no me lo digas. Quieres darle otra lección por haberme dejado embarazada. ¿Cómo será esta vez? ¿Le pillarás de imprevisto en un callejón oscuro y le apuñalarás? -arqueé una ceja.

No me molesté en ocultar la sorna.

Su rostro no mostró otra emoción que no fuera decepción ante mis pensamientos. Introdujo las manos en los bolsillos de sus vaqueros e hizo un gesto con la cabeza para que comenzara a andar junto a él. El silencio acrecentaba el sonido de las personas hablar en unos puestos a varios metros de nuestra posición. Apoyé los brazos en la barandilla que daba al lago, a la espera de ver los preciosos fuegos artificiales.

- Venga, escúpelos ya -le di un codazo-. Aborrezco que estemos así.

- Yo también -admitió-. Sin embargo, tras la larga temporada que llevo fuera me esperaba encontrarme con las cosas intactas y no... con nuevos miembros en la familia.

- Va a ser tu sobrino.

- Y le querré tanto como a mi alocada hermana -pasó un brazo por mis hombros-. Ahora hablemos de la cuestión principal. Quiero que seas totalmente sincera conmigo, ¿de acuerdo?

Me limité a asentir levemente.

Rascó su nuca y frotó su barbilla con la otra mano. Ese gesto fue gracioso. La última vez que mi hermano estuvo así de nervioso fue cuando tuvo que declararse a su anterior

novia, que resultó ser un auténtico fiasco.

- ¿Le quieres? -formuló al fin.

- Por supuesto que lo hago -presioné una mano en mi vientre-. Es mi hijo, mi bebé. Mi pequeño o pequeña pateadora. No podría imaginarme otra versión de mi vida sin él o ella, ya no puedo hacerlo. Durante las primeras semanas sí que llegué a pensarlo, pero...

- No me refiero al bebé, Cat -me obligó a mirarle a los ojos-. A Dimitri. Has pasado de odiarle por su forma de ser a casi idolatrarle. ¿Te has percatado de aquello? Cuando hablas de él, cuando yo le menciono, tus ojos brillan. Por favor, ¡menuda idiotez!

Tensé la mandíbula, formando una fina línea tras presionar mis labios. No sabía qué responder. Desgraciadamente, las palabras mágicas prohibidas escaparon de mis labios el día de la despedida. Sin embargo, nadie había sido tan directo y atrevido para formularlo en voz alta.

A fin de cuentas, se trataba de mi hermano.

- Él ya tiene a otra mujer en su vida -susurré.

- No me engañarás con eso. Si realmente estuviera enamorado de ella, no hubiera hecho todo esto contigo. Vamos, Catherine. Has dicho que serías sincera.

- Desearía no quererle algunas veces -mi voz temblorosa delató mis verdaderas intenciones, las cuales eran mantener mi valentía y orgullo ante todo-. ¿Comprendes la situación en la que me encuentro? ¡Estoy enamorada de un hombre que no solo está comprometido, sino que es casi diez años mayor que yo! Eso... eso es una... ¡una locura! -varias personas nos miraron antes de

proseguir con su camino-. Sí, ¡sí Patrick! Me moría por decir esto, por dejarlo salir aunque eso suponga hacerlo más real de lo que ya es, pero lo necesito. Le quiero, no puedo decir que le amo, pero ha pasado de gustarme y volverme loca a no ser capaz de estar un día sin él. Me estoy enamorando de Dimitri. Sí.

Percibía mis mejillas rojizas y mis dedos se paralizaron durante unos segundos debido a la presión que estaba ejerciendo al tener los puños cerrados con tanta fuerza. Patrick no se enfadó, ni siquiera se molestó al escuchar mi discurso. Tan solo sonrió.

- Y pienso que él no siente lo mismo. Es más, creo que... algunas veces siento como si esto... - tensé la mano situada sobre mi vientre- ...fuera algo que estuviera buscando. ¡Y no son imaginaciones mías! ¿Cómo podré conquistar a un hombre como él siendo yo una estúpida niña adolescente? Me siento tan perdida y confusa.

- Creo que deberías respirar -hizo una pausa-. Cálmate, Cat.

- ¡No puedo! -me quejé-. Lo peor es ahora, cuando no puedo verle. Pasar por su casa o una simple llamada telefónica. ¿Y si se encuentra con Svetlana? Dios mío, ¡odio a mi propia amiga! Ella no tiene la culpa de esto y ahora mismo yo...

Comenzó a reír a carcajada limpia.

- ¡No tiene gracia, Patrick! -bufé.

- Sí que la tiene. Estás enamorada, y te molesta estarlo. Increíble.

No le iba a quitar la razón.

- Puedes conseguir todo aquello que te propongas, incluso su corazón -mover los dedos por la barandilla, pensativo-. No es el mejor consejo que podría darte, pero tengo que hacerlo: lucha por él, Catherine, si es lo que realmente deseas.

Un momento.

¿Acababa de decir eso Patrick Miller? ¿No estaba loca? ¿Me lo habría imaginado?

Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y suspiró. Deslizó el brazo por mis hombros de nuevo y me arrastró hacia los puestos poblados de gente. Si él supiera todo lo que Svetlana y Dimitri ocultan, me hubiera llevado él mismo hasta su casa. Me consolaba saber que Dimitri no sentía nada de amor, ni siquiera cariño, hacia ella.

Quizá no era tan tarde como creía.

- ¿Te apetece un helado de chocolate con caramelo? -me miró con entusiasmo-. Sé que es tu favorito, y ya que estamos aquí, podríamos aprovechar el momento.

- Gracias, Patrick -apoyé mi mano sobre su antebrazo.

- Rezaré para que el bebé no se parezca a ti -se burló antes de aproximarse al puesto.

Volvió a reír y le seguí mientras esbozaba otra sonrisa. Acababa de descubrir la parte tierna del corazón de mi hermano. Resulta que es cierto que todos los días se descubre algo nuevo.

=====

Semana 18

Casi dos semanas, queridos.

¡Casi dos semanas sin saber nada de su existencia! No respondía a mis llamadas, ni siquiera estaba segura de si conservaba el teléfono consigo. Dios, ¿dónde demonios se había metido? Tuve la tentación de pasarme por su casa en más de una ocasión, sin embargo, me vi obligada a permanecer encerrada en mi habitación, pues, ¿qué excusa pondría si Svetlana se presenta ante mí?

- Tu padre me está volviendo loca -musité cuando el bebé pateó.

Acaricié la zona con suavidad, con mucho cariño, y le dediqué una sonrisa boba. Cuando alcé la mirada, me encontré con las manillas del reloj girando en mí contra. Jadeé y me incorporé con rapidez, aproximándome al armario y aferrando las primeras prendas veraniegas que encontré.

¿Ya era tan tarde?

Conseguí vestirme de manera presentable. Una vez aseada, y arreglada en sí, puse mis pertenencias en el interior de un bolso y bajé las escaleras de dos en dos, siendo cuidadosa de no tropezarme. Mi móvil se encontraba en el salón, donde mi padre intentaba ganar a mi hermano en uno de esos videojuegos de carreras. Pasé entre los cables de los mandos para alcanzar mi teléfono.

Si estás leyendo esto, deja de desaparecer como un jodido fantasma y enseña tu egocéntrica cara en la consulta del médico. La cita es en media hora -C.

Pulsé en enviar y lo introduje en el bolso también. Me despedí de mi familia con un gesto y me apresuré a buscar un taxi. La próxima semana era mi cumpleaños, no podía esperar a tener mi propio carnet de conducir para poder ir a donde

yo quisiera. Le indiqué al conductor la dirección y me acomodé en el asiento trasero. Hoy tenía otra revisión para ver si todo estaba correcto, y realmente así lo esperaba. Crucé las piernas y observé el paisaje que tantas veces había admirado. El verano se estaba pasando en un abrir y cerrar de ojos, y el segundo año de universidad estaba más próximo.

Temía que llegara noviembre, pues si mis cálculos no eran erróneos, en ese mes daría a luz. Me convertiré en madre con apenas dieciocho años de edad. ¿Quién me lo hubiera dicho? Bueno, teniendo en cuenta que mis padres tuvieron a Patrick con la misma edad que yo... Esto parecía genética o alguna broma del destino.

Pagué la tasa y bajé del coche con rapidez. Con pasos apresurados, me adentré en la clínica y me aproximé al mostrador para entregar los papeles correspondientes.

- Le avisaremos cuando sea su turno -anunció la enfermera-. Puede tomar asiento mientras tanto.

Asentí levemente y me dirigí a la sala de espera situada a la derecha de la entrada. Acaricié la tela de la silla con la yema de los dedos mientras pensaba en él, de nuevo. La primera vez que estuvimos aquí Dimitri sufrió un ataque de ansiedad. Me parecía que eso había ocurrido hace años cuando tan solo unos pocos meses habían transcurrido.

¡Y vaya meses! Besos, peleas, agonías, romances secretos...

Bueno, quizá lo último no había sucedido, pero me hubiera gustado.

Jugué a uno de esos estúpidos pero adictivos juegos de móvil para entretenerme mientras esperaba mi turno. Entonces escuché una voz proveniente

del mostrador, una demasiado masculina y familiar como para tratarse de un desconocido. El móvil resbaló de mis dedos y se precipitó contra el suelo de madera oscura.

Oh, oh.

Él estaba aquí.

La herida de la nariz había sanado por completo. Sus ojos caramelo parecían brillar y su sonrisa se ensanchó tan pronto como se encontró con mi mirada. Empecé a temblar. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Es decir, no era como si le acabase de conocer. Puede que todos estos nervios fuesen producto de mi reciente revelación de sentimientos. No podía mirarle de la misma forma, no después de autoconvencerme de que, efectivamente, estaba enamorada de él.

- El egocéntrico ha llegado, Cathy -su mano, mucho más rápida y ágil que la mía, cogió mi móvil.

Me lo entregó antes de dejarse caer a mi lado. Se había afeitado y cambiado la típica camisa blanca y vaqueros por un traje de corbata y chaqueta. Uf. Con esta calor no comprendía cómo era capaz de llevar eso, pero supuse que tendría algún asunto de la empresa entre manos. O peor.

Decidí reservar ese tema de conversación una vez que terminásemos con la consulta, si es que él permanecía conmigo.

- Pensaba que te había aducido los ovnis -cruce los brazos sobre mi pecho.

- Algo por el estilo. En vez de tener la piel verde y viscosa, es morena y se llama Svetlana -bufó.

- ¿Has estado con ella... toda la semana? -aclaré mi garganta.

No era lo que yo me esperaba.

- Sí, por obligación -ajustó su corbata-. Perdona por ignorar tus

llamadas, no he encontrado tiempo libre para responderlas. Ni siquiera estoy cómodo en mi propia casa, es un puto espectáculo.

- ¿Qué ha sucedido?

- ¿De verdad quieres saberlo? -chistó-. Ya tengo fecha para la fiesta de compromiso, y pasados dos días de dicha fiesta, la boda. Todo perfectamente organizado. Svetlana me aterroriza en ese sentido, y en muchos otros que ya conoces.

- No es una gran novedad -coincidí.

- Esa ha sido mi última semana. Organización de fiestas, de bodas, compromisos con la empresa, charlas interminables de conducta por parte de mi padre... -deslizó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia él.

Sentí sus labios plasmarse contra mi frente antes de apoyar su barbilla sobre mi cabeza. Instintivamente escondí mi rostro en el hueco de su cuello, cerrando los ojos e inspirando su aroma. Maldita sea, ¿por qué me hacía esto? El despertar de estas emociones...

Le había echado mucho de menos.

- ¿Qué tal la tuya? -acarició mi brazo desnudo-. ¿Y el bebé? Veo que tu vientre ha aumentado de tamaño. Eso me gusta, te hace ver más sexy.

- Por supuesto. Tener un balón que te impide moverte es algo fantástico, ¿cierto? -exageré, pues ni siquiera llegaba a tener ese tamaño... todavía-. Ha sido una semana tranquila y aburrida. Oh, por cierto, la próxima semana pienso celebrar mi cumpleaños y quiero verte ahí. ¿Qué mejor ocasión para conocer a mis padres que en ese día tan, tan especial? Alcanzaré la mayoría de edad.

- Mhm -entrecerró los ojos.

Me separé unos centímetros en un intento de encontrar su mirada antes de golpearle en el hombro con fuerza. No bromeaba, realmente quería que apareciera por ahí aunque solo fuera por unos minutos. La doctora que me atendió por primera vez -doctora Keller si recordaba bien-, pasó a la consulta y la enfermera pronunció mi nombre.

Me incorporé y Dimitri entrelazó nuestros dedos.

- Buenos días, señorita Miller -dijo la doctora con una sonrisa-. ¿Cómo ha estado estos meses?

- Genial -respondí.

- ¿Sigue tomando las vitaminas, como acordamos?

- Es lo primero que hago por las mañanas.

Señaló a la camilla y me apresuré a tumbarme. Me recosté casi por completo, apoyando la cabeza contra el cabezal y miré al techo antes de encontrarme con la mirada de Dimitri. Como hizo la primera vez, me ayudó a alzar mi camisa aunque eso no suponía mucho esfuerzo. Lo hizo con el objetivo de deslizar sus dedos por la piel de mi vientre. Se alejó tan pronto como la puerta de la consulta volvió a abrirse para cerrarse con posterioridad.

La doctora Keller esparció la crema gelatinosa y transparente por mi barriga y encendió la máquina. La pantalla de color negro comenzó a mostrar imágenes tan pronto como rozó mi vientre. Ahí estaba, el bebé. Mis ojos se iluminaron al instante y presté atención a cada una de sus palabras.

- De acuerdo, veamos -mover el aparato de un lado a otro-. Aquí puedes observar al feto, en la placenta. ¿Ves? Aquí tenemos la cabeza, el tronco óseo y las extremidades

bien formadas. Está encogido, en posición fetal -sonrió tras aquello-. Los resultados de tu analítica no mostraron nada fuera de lo normal. Ah -hizo otra pausa-, puedo ver con claridad el sexo del bebé.

Al mismo tiempo que un gran no escapaba de mis labios, un sí lo hacía de los de Dimitri.

La doctora, con actitud divertida por nuestra actitud, dijo:

- ¿Quieren hablarlo en privado?

- Lo agradecería -dije.

Retiró la máquina y me dio unos pañuelos para limpiar el rastro de la crema. Me puse en pie una vez que acomodé la camisa en su lugar y me crucé de brazos.

- ¿Por qué no? -Dimitri susurró-. Sería maravilloso conocer si es un mini yo, o un mini tú.

- Tu madre me entregó una cosa que debería de abrir antes de conocerlo, y no lo he traído conmigo. Así que quiero esperar a la próxima consulta para saberlo. Por favor, tan solo serán otros dos meses. ¿Qué problema te supone? -ladeé el rostro.

Frunció el ceño y balbuceó algo sin sentido. ¿Se sentiría molesto conmigo por ese estúpido detalle? Finalmente, asintió y posicionó sus manos en mis mejillas. Alzó mi rostro hasta que sus labios se detuvieron a escasos centímetros de mi boca. Sí, maldita sea, sí. Cuando creí que por fin podría besarle, después de esa interminable agonía de semanas solitarias, apoyó su frente contra la mía y se separó, esbozando una de sus sonrisas socarronas.

- Entonces tendremos que esperar a la próxima consulta para compartir otro de nuestros apasionados besos,

mon amour -pronunció con un perfecto acento francés.

Antes de alejarse por completo, aprovechó esa cercanía y mi distracción para succionar mi labio inferior. Gemí instintivamente, queriendo atraer su cuerpo hacia el mío. Me obligué a mí misma a recomponerme cuando la doctora entró a la sala. Él consiguió ocultar la excitación, escondiendo las manos en el interior de sus bolsillos. Yo, en cambio, continué con las mejillas encendidas y una respiración extrañamente agitada.

Le expliqué a la doctora la situación. Suprimió la toma de las vitaminas, pues a estas alturas, de poco servirían si no aumentaba mi dosis. Además, como me alimentaba de manera más sana por el bebé, no me serían necesarias. Como preví, me citó dentro de otros dos meses.

Me apresuré a abandonar la clínica.

Dimitri intentó pasar desapercibido en los aparcamientos, rascando su frente para ocultar su rostro de aquellas personas que recién acababan de estacionar sus vehículos. Una vez en el interior del coche, con las ventanas tintadas de ese color negro, se quitó las gafas y la chaqueta.

- Tengo una reunión esta tarde -dijo sin que yo hubiera preguntado nada-. ¿Quién sabe? Quizá el regalo de boda de mi padre sea los malditos papeles de la empresa. Una vez con ella en mi poder, podré reprimir las amenazas de Svetlana. No tendría nada que arrebatarme porque ya lo tendría todo en mis manos, perfectamente calculado. Además, la palabra dinero significa mucho para mí.

- Por supuesto -di unas palmadas en su hombro-. El dinero es mucho

más importante que cualquier otra cosa, ¿cierto?

- No, pero compraré el silencio de Svetlana cuando sea necesario.

Introdujo las llaves en el contacto del coche y lo puso en marcha. No nos dirigimos hacia mi casa, ni siquiera me llevó a la suya. Tomó las calles más alejadas al centro de Manhattan. Fruncí el ceño. Por unos instantes, pensé que había perdido la cabeza y que nos fugábamos, de nuevo. No obstante, todo ápice de falsa esperanza desapareció cuando detuvo el coche en un parque en el que jamás había estado con anterioridad.

Aparcó en la primera plaza vacía que encontró -puestos a ser sinceros, éramos los únicos presentes en este lugar-, y abrió mi puerta. Acepté la mano que me ofrecía y miré a los alrededores.

- ¿Dónde estamos? -coloqué un mechón de pelo tras mi oreja.

- Lejos -se encogió de hombros-. Ya no soy capaz de pasear por la ciudad sin tener a periodistas tras mi espalda. Así que este lugar desierto es el idóneo si queremos pasar algún tiempo juntos.

Me arrastró hacia el interior del parque, comprobando que, efectivamente, sí estábamos solos. Los columpios se balanceaban con suavidad debido a la brisa cálida, y las copas de los árboles cubrían el lugar con una sombra acogedora. La fuente de agua coronaba el parque, situada en el centro. ¿Cómo es posible que no hubiera escuchado hablar de este lugar antes?

Tomé asiento bajo uno de los árboles y apoyé la espalda en su tronco.

- ¿En qué piensas? -dijo, imitando mis acciones.

- En el

presente, en el futuro -busqué su mirada-. En todo lo sucedido estas últimas semanas. Va a desaparecer en cuestión de unos pocos días, lo que hemos conseguido. Tenemos las horas contadas, nunca mejor dicho.

- ¿Tenemos? -frunció el ceño-. No deberías hablar en plural.

- No podemos negar la verdad -bufé-. Prácticamente nos hemos convertido en amantes, sin la parte del sexo. Nos vemos a escondidas, nos besamos cuando no deberíamos hacerlo, e incluso nos fugamos juntos durante dos semanas. Esto no es una simple amistad, no se trata del bebé. No podemos continuar así mientras hayan otros sentimientos de por medio.

- ¿Otros... otros sentimientos? Espera, Catherine. ¿De qué estás hablando?

Creí que había comenzado a bromear, que me estaba tomando el pelo. Después de todos los besos, abrazos, caricias, sus palabras... ¿Ahora dudaba de sus propios sentimientos? Sentí como el aire se aglutinaba en mi pecho y aclaré mi garganta, repentinamente incómoda. Si confesaba lo que sentía por él la situación no mejoraría, tal y como había pensado.

Él se alejaría incluso más de mí.

Le escuché balbucear algo sin sentido. Ladeé el rostro para evitar que su aliento siguiera rozando mi mejilla y humedecí mis labios.

- Nada, olvídale -dije al fin.

Dimitri no aceptó esa respuesta, así que se incorporó y me obligó a ponerme de pie junto a él. ¿Por qué motivo no he mantenido mi boca cerrada? ¿Por qué he tenido que comenzar esa discusión? Deseé que mi hermano o Nathaniel estuvieran aquí. De esa

forma no hubiera cometido tantas locuras como intentar confesar que me estaba enamorando de él.

- Catherine, mírame -exigió-. ¿De qué sentimientos estás hablando exactamente?

- De ningunos.

- Lo digo en serio. ¿Acaso tú...? -su boca se abrió del asombro y se alejó un paso-. ¿Tú sientes algo por mí que no es...? ¿He dado pie a unos sentimientos erróneos?

Vale. ¿Sentimientos? ¿Qué es eso? ¿Se comen? Porque aparentemente, la persona que tengo delante no sabe lo que es. Cada una de esas palabras se clavaron en mi espalda como unos jodidos puñales. Él jamás sintió nada por mí, ni siquiera ahora. ¿Cómo había podido ser tan ingenua? Creer que alguien como él podría enamorarse de alguien como yo.

Maldita sea. ¿En qué lío me había metido?

No podía seguir mirándole a la cara, no después de esa falta de tacto. Él actuaba de forma egoísta. Bien, yo también lo haría a partir de ahora. Le aparté de un empujón, aguantando las ganas de echarme a llorar como una cría, y caminé en dirección a la carretera.

- Espera, Catherine, ¡espera! -me aferró del brazo, pero me liberé del agarre con una sacudida.

- Déjame en paz.

- Pero, ¿qué demonios te ocurre? ¿He dicho algo que no debería?

- ¡Sí, eso ha sido exactamente lo que has hecho!

Has jugado con mis sentimientos, quise decir.

- Me marcho -continué-. La invitación a mi cumpleaños queda anulada. No asistiré a la maldita boda tampoco. Y, ¿sabes qué? Disfruta de tu

vida con tú prometida. Los dos estáis hechos el uno para el otro. Jamás hubiera dicho algo así, pero ahora lo pienso.

- No, no, a mi no me vengas con esas -puso sus manos sobre mis hombros-. Catherine, dime que no es lo que estoy pensando.

Sus labios mostraban preocupación, pero sus ojos... Era diferente.

- No te lo pienso repetir -musité-. No vuelvas a dirigirme la palabra.

Me aproximé al arcén de la carretera y esperé impacientemente a que algún maldito taxi pasara por este lugar. Lo hizo pasados quince minutos interminables en los que Dimitri permaneció inmóvil a unos metros de mi posición.

Tonta, tonta tonta.

¡Lo peor era que yo soy quien siempre le buscaba, él nunca se molestó en hacerlo! Seguramente sentía pena hacia mí persona. Una simple adolescente embarazada de su hijo. Sólo eso. Quizá el temor acumulado por haberme destrozado la vida era el único motivo que le había impulsado a tratarme así. Froté mi rostro e inspiré profundamente.

Tan pronto como estuve en casa, me encerré en la habitación. No en la mía... En la de Patrick. Él jugaba con su teléfono móvil, situado sobre el escritorio, y con las orejas cubiertas por unos auriculares que yo misma le regalé por su pasado cumpleaños. Cerré la puerta con violencia a propósito, queriendo llamar su atención. Sin embargo, causé el efecto contrario: aumentó el volumen del videojuego, sin percatarse de mi presencia.

Limpié una lágrima con el dorso de la camisa y palmeé su hombro.

Sobresaltado, dejó caer el móvil y golpeó

la madera del escritorio con tanta fuerza que creí que la pantalla se había hecho añicos. En cuanto se percató de mi estado, retiró los cascos y me obligó a tomar asiento para no desfallecer ahí mismo.

- ¿Qué ha pasado? -alternó la mirada entre mi rostro y el vientre-. ¿Estás bien?

- Más o menos -titubeé con voz temblorosa.

- Por favor, trágate tu orgullo. -Puso los ojos en blanco-. ¿Te ha dicho algo el médico acerca del bebé? ¿Se trata de eso?

Sacudí la cabeza, incapaz de articular palabra.

- Entonces... -exhaló un suspiro-. Es sobre él, ¿cierto?

Asentí en respuesta, derramando más lágrimas. Patrick me abrazó y me permitió usar su hombro como pañuelo, por muy mal que sonara. Mi pecho se agitaba por culpa de los sollozos, y cuando conseguí calmarlos, fui capaz de hablar:

- Dije algo que no debía. De una forma u otra le di a entender que sentía algo por él y Dimitri desechó mis sentimientos como si no merecieran la pena -otra lágrima consiguió caer por mi mejilla-. Ya no sé qué hacer, Patrick. He alejado a un chico que podría haberse convertido en algo más que un amigo porque tenía tontas esperanzas con Dimitri. E incluso me alejé de Alexia cuando más me necesitaba.

Escuchó mis palabras con atención y silencio.

- Me siento estúpida por haber creído todas sus palabras. Ha jugado conmigo -humedecí mis labios, que tenían sabor a mis lágrimas-. ¿Qué hago yo ahora? Le he dicho que no quería volver a saber nada más sobre él. Le he puesto fin a todo. Y él ni siquiera ha insistido en detenerme.

Patrick entrelazó nuestras manos y dijo:

- Te propongo un trato. Si te ves incapaz de recuperar el hilo de tu vida antes de que termine el verano, te marcharás conmigo a California. Tengo un hogar allí y podrás vivir durante el tiempo que consideres necesario. No eres ninguna molestia.

- ¿Cómo... dices?

- He trabajado mientras estudiaba. He adquirido mi propia casa en California, sí. Puedo ayudarte con el bebé en mis horas libres, te ayudaré con los estudios... Tú has estado ahí cuando no me lo merecía. Eres mi hermana, ningún hecho va a cambiarlo.

- Yo...

Vivir fuera de Manhattan me daría una oportunidad para crecer por mí misma. Alejarme de la ciudad, con un nuevo futuro junto a mi hijo y... El mundo de Dimitri, con sus peligros y amenazas, pero amor y emociones, también se mantendrían fuera. Svetlana conseguiría lo que ella siempre quiso. Dimitri heredaría la empresa y... ¿Quién sabe? Ella le daría nuevos herederos en un futuro. Todos conseguirían sus sueños, excepto yo.

Sin embargo, en todos los planes hay daños colaterales.

- No sé cómo agradecértelo -asentí varias veces-. ¿Crees que papá y...?

- Yo hablaré con ellos si resulta que vienes conmigo. Lo arreglaré todo.

- Gracias, Patrick.

Le volví a estrechar con fuerza. Mi hermano respondió al abrazo y le escuché suspirar con pesadez. Cuando no hubo moros en la costa, pude regresar a mi dormitorio. Me dejé caer en la cama, apoyando las manos en mi vientre, y cerré los ojos.

Ya quedaba menos... Mucho menos.

=====

Semana 19

- ¡FELIZ CUMPLEAÑOS! -Alexia gritó tan pronto como descolgué.

Giré en la cama, manteniendo los ojos entrecerrados, y bufé. Hoy era el día en el que pasaría a ser mayor de edad: oficialmente una mujer hecha y derecha. Bueno, más o menos. Acaricié mi vientre y escuché con atención como Lexi comenzaba a cantar, de nuevo, la estúpida canción de cumpleaños feliz. Froté mi rostro con la mano libre, intentando despejarme.

Este día iba a ser muy largo; demasiado, diría yo.

En los últimos días intenté contactar con Nate, incluso llené su móvil con mensajes y llamadas. Me sorprendió saber que lo tenía desconectado durante más de dos semanas, pues esa era la última conexión que aparecía cada vez que intentaba hablarle. Si tan solo supiera dónde encontrarle...

Después de la inspiradora charla con Patrick, decidí regresar a la realidad, es decir, a mi vida. Alexia y Nate permanecerían en ella; celebraríamos tantas fiestas como me fuera posible, viajaría a todos esos lugares en los que siempre había soñado estar. Sí, estaba embarazada, no enferma. Podía continuar viviendo sin que esto significase un cambio a gran escala, aunque así era. Mientras el bebé estuviera en mi vientre, todo seguiría su curso normal.

- ¡...todos te deseamos un...! -Alexia continuaba gritando.

Pulsé en el manos libres y apoyé el móvil junto a mí antes de sentarme. Su voz acabó con la paz de mi dormitorio y retumbó en las cuatro paredes. No pude evitar fijarme en el calendario, que marcaba doce de julio, domingo. Felicidades para mí.

- ¡...cumpleaños feliz!

-finalizó con voz ahogada-. Estoy segura de que te he despertado de la mejor forma posible. ¿Estoy en lo correcto?

- No -dije con una sonrisa irónica a pesar de que no pudiera verme-. ¿A qué hora pasarás por mi casa? Dios, hay tantas cosas que hacer y preparar. Necesito tu ayuda, Alexia.

- Ya estoy en camino, ¿acaso no escuchar el motor del coche?

- ¡No conduzcas mientras hablas! -llevé el móvil por la habitación, conmigo.

- Me lleva mi padre, tonta -comenzó a reír-. Nos vemos en breves.

Colgó y por fin pude hundirme en mis penas, pues tan pronto como ella estuviera aquí tendría que poner una gran sonrisa en mi rostro y fingir que todo iba tan bien como siempre. Avisé a mi hermano de que Alexia llegaría en cualquier momento y me encerré en el cuarto de baño. Tomé una larga ducha y una vez vestida, y arreglada, bajé las escaleras.

Mi padre me rodeó con un brazo y plantó un beso en mi mejilla con tanta fuerza que, con toda seguridad, quedaría la marca luego. Como era de esperar, mi madre comenzó con las típicas historias de que su niña ya era toda una mujer antes de sollozar.

Dios, mi familia era un completo y absoluto drama.

- ¡No, no, no, Patrick! -chillé, intentado que su mano no estropear la trenza.

Consiguió estrecharme con fuerza y cubrió mis mejillas de besos. Encogí la nariz mientras me peinaba con los dedos en un intento de no destrozar mi gran obra de arte. Me dirigí a la entrada, a la espera de que la cabeza rubia de mi amiga apareciera de un momento a otro.

Y

lo hizo.

- ¡Catherine! -gritó tan pronto como puso un pie fuera del coche, aproximándose-. ¡Tenemos que celebrar tu décimo octavo cumpleaños por todo lo alto! ¡Fiesta, alcohol, sexo...!

Puse los ojos en blanco mientras reía. Alexia me abrazó al igual que Patrick y le invité a pasar. Comió en mi casa -como era de esperar- y tras asegurarnos de que todos nuestros amigos, sin incluir a Dimitri y Svetlana, iban a asistir, comenzamos con la preparación. O al menos, ellos lo hicieron, pues me prohibieron la entrada al salón y al jardín.

Alexia me contó lo que había hecho durante toda la semana en una playa cercana a Manhattan. No quiso desvelarme ningún detalle sobre con quién había ido, e insistió en que debía de conocer a su novio. Lo haría la próxima semana ahora que disponía de tiempo.

Cambié los raídos vaqueros y la camiseta de tirantes por un vestido de color marfil, con encaje en la espalda y un pronunciado escote en forma de v. Ya podía escuchar las voces de los primeros invitados traspasar la entrada. Mi corazón latió con fuerza cuando el pensamiento de que Dimitri podría presentarse en cualquier momento reapareció en mi mente. ¿Se habría tomado en serio mis palabras? No había escuchado nada acerca de él en la última semana.

- ¿Preparada? -Alexia puso las manos sobre mis hombros.

- No -reí de manera nerviosa.

Me aseguré de que Alexia también se veía increíble con aquel vestido azulado y me obligué a mostrar una amplia sonrisa. Con delicadeza, acaricié mi vientre. La mayoría desconocía la existencia

del embarazo, pues tan pronto como lo descubrí estaba terminando el primer año de universidad y no era tan pronunciado como en estos momentos.

Tarde o temprano lo hubieran descubierto.

Patrick me esperaba al final de las escaleras con el móvil entre sus manos. Su ceño fruncido mostraba la concentración puesta en aquel mensaje. Quise asomarme sobre su hombro para ojear lo que escribía, pero, en cuanto se percató de mi presencia, bloqueó la pantalla.

- Tu fiesta te espera, hermanita -señaló a la gente que se amontonaba en el jardín.

Puse los ojos en blanco y dejé que cubriera mis ojos con sus manos.

A pesar de que ya sabía que la fiesta se iba a celebrar con mis compañeros de universidad, no tenía ni la más remota idea acerca de la decoración. Quizá ese era el motivo por el que se estaban tomando tantas molestias en evitar que yo lo viese con tanta rapidez. Tropecé una vez, no llegué a caerme. Apoyé las manos en donde supuse que estaba el marco de la puerta que daba al jardín y Patrick retiró sus manos.

- ¡Sorpresa! -gritaron todos al unísono.

Caray.

Toda la parte trasera de la casa había sido remodelada, dejándola espectacular. Globos, banderillas, purpurina, papelillos... Y una impresionante tarta de tres chocolates que hizo que mi boca se hiciera agua al instante. Las miradas se clavaron en mí tan pronto como aparecí, y el motivo no fue mi cumpleaños, sino el embarazo. Fingí que nada pasaba, y al parecer, mis amigos optaron por hacer lo mismo. Reconocí el rostro de cada uno de ellos conforme se acercaban

para darme las felicidades.

Aproveché cada respiro entre felicitación para admirar el trabajo. Estaba segura de que Alexia había puesto su toque de arena en cada decoración. Nunca había celebrado mi cumpleaños, sin embargo, al ser el decimoctavo, quería hacer algo para recordarlo.

- ¿Emocionada por cumplir los dieciocho? -dijo Lauren, una compañera de clase.

- Mucho, de hecho -cruce los brazos, sin borrar la sonrisa-. Aunque espero que la diferencia no se note tanto como todos me están diciendo. Es decir, tan solo es una cifra más.

- Siempre tan optimista -mantuvo la mirada implacable. Sabía lo que venía-. Y... una pregunta un poco tonta porque es obvio, pero... ¿Acaso estás...? Ya sabes.

- Sí -alcé el mentón, orgullosa-. Estoy de cinco meses, más o menos.

- Enhorabuena -volvió a abrazarme, gesto que no me esperaba.

Me sentí tonta conmigo misma. ¿El motivo? Siempre había supuesto lo peor de todos. Creía que nadie aceptaría el hecho de que estaba embarazada. Sin embargo, ahí me encontraba yo, siendo el centro de atención que, lentamente, se desplazaba hacia la tarta, olvidándose del bebé. Mis amigos y conocidos estaban hoy aquí por celebrar este día conmigo y no para cotillear acerca del supuesto padre. ¡Qué malpensada que había sido!

Cuando la conversación con Lauren pasó a ser monótona y aburrida -acerca de estudios, notas, y cosas de ese estilo-, opté por hablar con más invitados. Todos me hicieron las mismas preguntas, cierto, pero las respondí de igual

forma: sin vergüenza alguna. Cuando llegó la hora de soplar las velas, todo se agruparon en torno a mí y a la mesa. Había dieciocho velas esparcidas por toda la capa de chocolate blanco.

¡Ay! Qué ganas tenía de hincarle el diente a la tarta.

Comenzaron a cantar y yo acompañé al coro. Soplé las velas tras pedir un deseo en mi fuero interno y estallamos en aplausos y carcajadas. Estaba segura de que todo el vecindario nos escucharía a varios kilómetros. Repartimos el pastel y, tras comerla, comenzamos a bailar. El tiempo pasó volando, parecía que acababan de llegar cuando se estaban marchando.

- Me ha encantado volver a hablar contigo, ¡no te olvides de llamarnos cuando el bebé nazca! Nos gustaría comprar algo para él o ella -dijo Chris, un chico de segundo año.

- Seguro que es una chica. Nosotras siempre mandamos -Amanda, la rubia situada a su lado, le dio un codazo a Chris antes de despedirse de mí.

Me dieron la enhorabuena -no por el embarazo, la fiesta-, antes de desaparecer. Alexia también

se marchó, permaneciendo a solas con mi familia. Los regalos, sobre todo el de mamá, eran preciosos. Básicamente se trataba de ropa diminuta para bebé. Le agradecí aquel detalle, al igual que Alexia, la cual había comprado un pack de mi serie favorita junto a varias camisetas y un cojín con una foto nuestra de las últimas vacaciones, impresa.

Estaba deseando deshacerme de los tacones y del vestido. Pasé por el pasillo y me despedí de mis padres, y de Patrick, que se disponían a ver una película. Eran casi las once y media de la noche. Después

de más de seis horas de fiesta, lo que más ansiaba era dormir. Bostecé, estirando los brazos y, entonces, mi deseo se hizo realidad.

Toc, toc, toc.

Fruncí el ceño, confusa, y enseguida caí en la cuenta de que fácilmente alguien había podido olvidarse algo en casa. Quite el seguro de la puerta y giré el pomo, perdiendo la respiración por momentos cuando vi su rostro. Llevaba una rosa entre sus manos y se había afeitado. Curvó los labios en aquella pícaro sonrisa que tan bien conocía y adelantó un paso, acortando la distancia.

- No he podido resistirme -Dimitri me tendió la rosa. El tallo estaba envuelto en una cinta del mismo color que los pétalos, rojo-. Felices dieciocho.

- Gracias -musité cuando recuperé la voz-. Te dije que...

- ...no estaba invitado y que no aceptarías mis regalos -terminó la frase por mí-. Ya me conoces, siempre tiendo a hacer lo que yo quiero.

Mordí mi labio inferior, apoyando el hombro contra el marco de la puerta con el fin de tener algo firme en lo que sostenerme. Alterné la mirada entre la rosa, y él. Me moría de ganas de volverle a hablar, de disfrutar aunque sean de algunos minutos junto a él. Sin embargo, sabía que no debería hacerlo. Ya estaba suficientemente herida como para añadir más cosas a la larga lista.

- ¿Podemos hablar? -aclaró su garganta-. Por favor, necesito hacerlo. Los dos lo necesitamos.

- No hay nada que discutir -tensé la mandíbula-. Todo quedó perfectamente claro la semana pasada. No hace falta que pasemos por un mal trago,

no hoy. Además, es muy tarde...

- Tus excusas son siempre penosas, señorita Miller. Te esperaré aquí mismo -señaló al portal, como si no fuese obvio-. Vamos, avisa a tus padres, diles que estarás conmigo. Será una hora como mucho, lo suficiente para hablar.

- Bien -mascullé-. Tardaré cinco minutos.

No pensaba cambiarme de ropa aunque lo estuviera deseando, pues tardaría más de la cuenta y con toda seguridad, me escondería en mi habitación hasta que Dimitri se hubiera marchado. Aunque conociéndole, entraría en la casa y me secuestraría.

Eso sería gracioso de ver...

- Mamá, papá, me marcho -dije, asomándome por el salón-. Alexia me ha convencido y voy a pasar un rato con ella. Volveré antes de las dos, prometido -mentí.

- ¿Ahora? Pero si has dicho... -mamá comenzó a replicar.

- No te preocupes, estaré bien.

Más que bien, añadí interiormente.

Tomé las llaves del recibidor y cerré la puerta con suavidad. Dimitri me ofreció su brazo y apoyé la mano en este. La calle del barrio estaba desierta, por lo tanto, no corríamos peligro alguno de estar al aire libre. La incomodidad era palpable en el ambiente, y no tenía ni idea de como romper ese eterno silencio. Dimitri jugó con el dobladillo de su camisa, dubitativo.

Me preguntaba qué pasaba por su cabeza en estos instantes.

- Adelante -decidí hablar-. ¿De qué quieres hablar?

- De lo preciosa que estás esta noche -murmuró, clavando sus ojos en mí-. Lo digo en serio, ese vestido te sienta de maravilla. Deberías ponértelo en más ocasiones.

- Lo haré siempre y cuando no estés conmigo -bromeé.

Él frotó su barbilla y arqueó una ceja.

- ¿Te apetece ir a casa? Es más cómodo hablar allí que... en la mitad de la nada. Svetlana no ha ido en todo el día y he cambiado la cerradura para que no pueda utilizar la copia de mi llave. Luego te traeré a casa, te lo prometo -dijo de manera apresurada.

Era mucho más adorable cuando estaba nervioso.

Yo le ponía así.

No quería oponer resistencia, de todas formas, tampoco tenía mucho mejor que hacer además de dormir. Acepté. Su coche estaba aparcado frente a mi casa, por lo que tuvimos que deshacer el corto camino recorrido. El trayecto a su casa se pasó demasiado rápido, en un abrir y cerrar de ojos. Las luces del porche estaban encendidas, como si hubieran estado esperando nuestro regreso.

Cerró la puerta con llave desde el interior de la casa y se aseguró de que las ventanas de la planta inferior estaban bajadas. Quería saber más sobre su relación con mi supuesta amiga, pero me daba pánico preguntar por si la respuesta no era la que yo tenía en mente. Aunque, teniendo en cuenta las medidas que estaba tomando, todo iba por el camino que yo pensaba.

- Ponte cómoda -señaló al sillón.

Sacudí la cabeza, humedeciendo mi labio inferior.

- No prolonguemos esto durante más tiempo, por favor -supliqué.

- Catherine...

- El otro día, de una forma u otra te confesé mis sentimientos y, claramente, lo desechaste.

/>

- Esa no fue mi mejor reacción, realmente no quería...

- Entonces, ¿qué? Me dijiste que habías infundado unos sentimientos erróneos en mí. ¿Cómo se supone que debo tomarme eso? Yo... -pasé las manos por mi cabello-. Me besaste aquella noche en el club de boxeo y me sentí tan confusa. ¿Qué estoy diciendo? ¡Rompiste mis esquemas en la fiesta de despedida! Me bastó un maldito gesto y un beso para acostarme contigo. ¡Sólo eso! me tuviste ante ti en un maldito segundo.

La mandíbula de Dimitri se desencajó. Su rostro también se crispó.

No comenzábamos bien, pero ahora no iba a frenarme.

- ¿Crees que alguna vez me olvidé de ti? -confesé. Ya no tenía nada más por perder-. Cuando supe que te casabas con mi amiga me sentí... ¡Furiosa! Desapareciste de mi vida tan rápido como entraste y... Maldita sea. Me da rabia confesarte esto porque va en contra de mis principios, pero aquí estoy. Incluso cuando me largaste que habías asesinado a alguien, aunque hubiera sido por un accidente, lo que una persona normal y corriente hubiera hecho habría sido huir.

» ¡Pero yo permanecí contigo porque sabía que era eso lo que necesitabas! También yo lo quería. Sí, tengo la misma culpa que tú, pues podría haber detenido todo esto desde un principio

y no quise hacerlo. ¿Sabes la razón? ¿Quieres saber porque me apenó tanto que nos marcháramos de Houston? Ya no podría tenerte a mi lado. No sentiría tus abrazos, ni tu respiración en mi nuca al dormir. No podría besarte, ni siquiera caminar contigo, ni hablar como estamos haciendo

ahora.

» Todo quedaría en un tercer plano, desaparecería. Me mata que, poco a poco, me esté enamorando de ti mientras tú te vas acercando al día de la boda; ese día en el que te perderé por completo.

» Así que llámame tonta, pero es lo que siento, y no puedo cambiar mis sentimientos.

- ¡Y ahora no te calles, ni me pongas excusas, porque estoy al borde de un ataque de ansiedad, maldita sea! -continué gritando hasta el punto en el que mi voz se apagó.

Dimitri golpeó la pared. Sí, con el puño cerrado, sus nudillos se clavaron en el denso yeso; dejando una marca. Me contempló de arriba abajo, y distinguí la rabia en su mirada. Se aproximó a mí, deteniéndose a tan solo unos centímetros.

- ¿Crees que yo pude olvidarme de ti después de lo que sucedió ese verano? -musitó, aferrando mi barbilla para que nuestras miradas se encontrasen-. Dime, ¿realmente piensas que te he besado, acariciado, hecho el amor, por nada? Joder, Catherine Marie Miller, no sabes nada acerca de mis sentimientos y me enfurece que yo sea el culpable de esta situación.

- ¿Qué...situación? -me sorprendí a mí misma cuando hablé.

- Si no fuese por esa amenaza, si no fuese porque mi padre y Svetlana ocultan algo que no quieren contarme, ¿cuánto tiempo hubiera tardado en hacerte mía? ¿En gritar a los cuatro vientos todo lo que estoy sintiendo en estos momentos? Voy a casarme con la persona que más odio mientras la mujer que tengo delante es aquella que me hace sentir, al mismo tiempo, vivo y muerto de miedo. Porque sí, Catherine, nunca en mi puta vida he estado enamorado hasta que llegaste tú.

Oh.

Dios.

Mío.

- El otro día me hice el loco, el tonto, por temor a confesar de que el sentimiento era mutuo. Me da pánico sentirme débil ante los demás, ante ti. Sé que me comporté como un auténtico capullo, y lo siento muchísimo. Esta semana ha sido horrible sin ti -finalizó.

¿Realmente estaba insinuando todo lo que yo creía? Mis piernas comenzaron a temblar mientras mi respiración se agitaba. Acababa de soplar las velas -más o menos-, y como había mencionado, mi deseo ya se estaba cumpliendo. Tragué saliva y me armé de valor para decir:

- Todavía sigue siendo mi cumpleaños, por tres minutos -miré de reojo al reloj de cuco situado junto a la chimenea. Eran casi las doce-. Quiero pedirte algo, que me des algo.

- ¿En serio? -soltó una carcajada nerviosa-. Desde que te conocí llevas repitiendo que no quieres ninguno de mis regalos, y ahora que no te he comprado nada, me pides algo.

- Este es fácil de cumplir -mi voz tembló.

- ¿Qué es lo que quieres?

Inspiré profundamente por la nariz y me olvidé de todos mis miedos:

- Bésame.

=====

Semana 20

Dimitri

El reloj marcó las doce de la mañana. Legalmente, Catherine ya tenía los dieciocho años, al igual que su cumpleaños había quedado atrás. Esperaba que no fuera demasiado tarde para que su último deseo se hiciera realidad. Analizó mi rostro en busca de una respuesta pues, con toda seguridad, estaría recordando una de nuestras últimas conversaciones; concretamente, aquella en la que me pidió explícitamente que no volviera a besarla hasta que ella me lo pidiera.

Bueno, el momento acababa de presentarse.

- Dimitri, por favor -imploró, y me sorprendió esa reacción suya-. Si esta va a convertirse en la última noche en la que podamos estar juntos, bésame de una maldita vez. No hagas esta despedida más ardua de lo que ya es.

Deslizó sus manos por mis mejillas, acariciándolas. Aquel tacto electrizante erizó el bello de mi nuca. Quise envolverla en mis brazos, aguantando la respiración, y se preparó para aquel beso...

...que nunca llegó. Se retiró al ver mi aparente negativa y giró sobre sus propios pies para evitar que viera su rostro. No. No. ¡Joder! No quería hacerla llorar, odiaba cuando yo era el causante de esas lágrimas. Le había dicho hacer el amor de una manera tan natural que ni siquiera yo podía creer que esas palabras habían emanado de mi boca.

Pensé en la amenaza que se cernía sobre mi cabeza, y el miedo irracional de involucrar a Catherine más de lo que ya estaba. ¿Y si Svetlana la hería con el fin de hacerme daño a mí? Por que si era así, jamás sería capaz de perdonármelo.

La escuché sollozar, y cubrió su boca con una mano. Tensé los puños a ambos lados de mi costado y bufé.

- Mírame -exigí-. No pienso esconderme ni echarme atrás. Por primera vez estoy absolutamente seguro de lo que quiero, así que ven aquí. Joder, joder...

No le di tiempo a reaccionar. Ni siquiera pudo articular palabra. Presioné una mano contra su nuca y bajé mis labios hasta que rozaron los suyos. Esa calidez y el aroma que desprendía me nubló los sentidos por completo. Devoré su boca mientras mis manos recorrían cada curva de su cuerpo. Aferré su vestido inconscientemente y me permitió que mi lengua recorriera el interior de su boca. Dejé una brecha entre beso y beso con el fin de no ahogarla antes de aprisionarla contra la pared.

- Catherine, o te marchas ahora o no me detendré -jadeé contra sus labios.

- No lo hagas, no, por favor -deshizo el nudo de mi corbata y la lanzó al suelo. Limpié el rastro de lágrimas de sus mejillas antes de escucharla decir-: Te quiero, Dimitri. Te necesito.

- Tus deseos son órdenes, preciosa.

Dejé sus caderas libres para centrarme en el escote del vestido, que marcaba sus abultados pechos; más hinchados de lo que recordaba por el embarazo. Sí, la primera vez iba un tanto borracho, pero eso no quitaba el hecho de que no la había admirado desnuda. Comencé a desabrocharlo por la espalda, tomándome mi tiempo en disfrutar del proceso. Cuando el vestido cayó a sus pies, y la tuve ante mí con tan solo la ropa interior, gemí.

Besé el escote del sujetador y pasé la lengua

por esa zona. Catherine apoyó la cabeza contra la pared y la escuché suspirar mientras cerraba los ojos.

Cuando quedé a su altura -bueno, ella es claramente mucho más baja que yo-, aproveché para desabrochar mi camisa. La lancé al suelo con la misma lentitud que todas las acciones. Sus manos se deslizaron por la musculatura de mi pecho, acariciándolo, antes de besar cada tatuaje que cubría mi piel. Mis manos viajaron a su espalda para quitarle el sujetador.

- La primera vez no pude disfrutar de ti -susurré cerca de su oído-. Ahora pienso aprovechar cada maldito segundo, amor.

Quitó mi cinturón con esas manos pequeñas y temblorosas. Mis pantalones ya marcaban la erección, así que cuando estos cayeron a mis tobillos pudo comprobar con total claridad el estado de mi entrepierna. Mientras yo me deleitaba con la vista, ella volvió a atacar mis labios. Acaricié su cuerpo, lentamente, jugué con sus pechos para sacarle esos gemidos que me volvían loco antes de quitar sus bragas de un tirón. No tuvimos tiempo para llegar a la planta de arriba. Noté cómo sus piernas temblaban antes de llegar a más. La tomé entre mis brazos y la recosté en el amplio sofá, situado frente a la chimenea.

Me coloqué sobre ella, quitando mi última prenda al mismo tiempo. Tuve el mayor cuidado para no aplastarla, empleando la fuerza de mis brazos para sujetar todo mi peso. A pesar de los

hechos, el embarazo no iba a desaparecer. Deslicé una mano hasta su cadera y obligué a que rodeara mi cintura con esta, presionando mi masculinidad contra su zona íntima.

- Mírame,

Catherine -musité con voz ahogada.

Hizo lo que le pedía y centré mi mirada en la suya. Mordisqueé su labio inferior antes de besarla con pasión y fervor. Arqueó su espalda, presionando sus pechos contra mi torso desnudo y entré en ella. Lo hice despacio, pues estaba seguro de que todavía sentiría malestar. Su ceño fruncido confirmó mis pensamientos. Únicamente había mantenido sexo una vez -no quería ser fanfarrón, pero me sentí orgulloso de que yo fuese su primera vez-, así que acaricié su cuerpo para relajarla.

Esperé a que se amoldara y, una vez que el dolor se extinguió por completo, moví mis caderas contra las suyas. Presionó sus labios en el hueco de mi cuello, precisamente en mi clavícula, y la escuché gemir. Me recosté por completo sobre ella y, al mismo tiempo que bajaba mis labios para unirlos con los suyos, musité las palabras que tanto ansiaba decir: te quiero.

* * * * *

Catherine

La suave brisa de verano, un rayo de sol calentando la parte inferior de mis piernas, y un brazo en mi cintura que me impedía realizar cualquier movimiento. Así fue mi amanecer. Parpadeé con la intención de acostumbrarme a la poca luz que se filtraba a través de la ventana mientras intentaba cambiar de posición. No pude.

Dimitri me aferraba con fuerza contra su cuerpo dormido. Estupendo.

Conseguí girarme para quedar frente a su rostro. La hilera de imágenes sobre todo lo ocurrido la noche anterior transcurrió ante mis ojos y no tardé en notar mis mejillas sonrojándose. Aunque,

teniendo en cuenta

los hechos, no le di mucha importancia. Necesitaba moverme, estar tumbada en la misma posición durante tanto tiempo me daba dolor de espalda. Además, quería ir al baño. A pesar del bello acontecimiento de la noche pasada, todavía sentía un leve malestar ahí abajo.

- Dimitri, muévete -le sacudí con suavidad-. Tengo que levantarme.

Le vi sacudir la cabeza en sueños, segura de que no había escuchado mis palabras y movió su brazo más abajo de mi cintura de manera inconsciente. No me quedó más remedio que terminar de apartarlo y ponerme en pie. Un momento... Este suelo, el escritorio de madera de roble, la gran cama y la chimenea apagada frente a mí. ¿Cuándo y cómo habíamos terminado en su cama, en la planta de arriba? Que yo recordase, todo sucedió en el salón.

Ya tendría tiempo de preguntárselo. Antes de abandonar el cuarto de baño, me detuve a contemplar mi cuerpo desnudo en el espejo: por primera vez en mucho tiempo, me sentí hermosa. Quizá se debía a mis mejillas sonrojadas, mi cabello despeinado, o los labios un poco hinchados por sus besos. Pero esta sensación que me recorría el estómago era... Indescriptible.

Busqué mis prendas por el suelo, sin resultado alguno. Rasqué mi cabeza antes de bostezar. No sabía qué hora era, pero teniendo en cuenta la fuerza con la que el sol incidía en el interior de la estancia, no deberían de ser más de las doce del medio día. Pensándolo mejor, quizá debería regresar a la cama, a sus brazos.

- ¿Catherine? -escuché su voz adormilada llamarme desde la cama.

No supe

el por qué, pero tuve la necesidad de cubrir mi desnudez con lo primero que pillase. Cogí una de las mantas dobladas sobre el sofá y la presioné contra mi pecho, aproximándome a él. Estaba sentado, con las sábanas cubriendo su cintura y los brazos apoyados en sus rodillas. Tan pronto como me tuvo a su alcance, se deshizo de esta estúpida manta y me tumbó con rapidez.

- Por un momento creí que te habías ido -susurró. Todavía le costaba mantener los párpados abiertos y la boca cerrada-. Me alegro de ver que estaba equivocado -acarició mis pómulos, y se apoyó sobre el codo derecho.

- Estaba en el baño -descansé mis manos sobre mi vientre. ¿A quién le importaba si me veía desnuda? No sería la primera vez, ni la segunda-. Lo que sucedió anoche...

- Lo volvería a repetir cada día -completó por mí, aunque esas no fuesen las palabras exactas que yo quería emplear-. Todo lo que te dije iba completamente en serio, Catherine. No iba borracho, no de nuevo, si es lo que estás pensando. No me arrepiento de nada. Ni siquiera de esto -siguió el rumbo de mis manos, hacia mi barriga.

La palma de su mano cubrió la mía al instante y asentí levemente. Sabía lo que aquello significaba. Él estaba a punto de casarse con otra, si rompía el compromiso no haría más que aumentar la carga de amenazas sobre él. No obstante, no podía vivir acobardado, con la cabeza agachada, ante todos aquellos que se interpusieran en su camino. Yo le ayudaría. Yo estaría a su lado.

- ¿Te arrepientes? -preguntó de repente, alarmándome-.

Es... eso. Te lamentas de...

- ¿Qué? En absoluto -busqué su mirada-. Sé que fue un gran error la primera vez que esto sucedió, pero anoche ambos quisimos hacerlo. No me acosté contigo porque sí, Dimitri. Conoces el motivo, te lo repetí hasta la saciedad. No me siento culpable, ya no más.

Volvió a besarme, cubriéndome con sus brazos. Deslicé mis piernas en torno sus caderas, atrayéndole tanto como pude hacia mí. Sonreí sobre sus labios cuando noté las pequeñas pero ya enérgicas patadas del bebé. Se separó, arqueando una ceja, y se sentó de la misma forma que antes. Me ayudó a sentarme frente a él y aproveché para taparme. Él puso los ojos en blanco, pero no intentó quitarme la tela de encima.

Hice un amago de poner los pies en el suelo, pero me detuvo.

- ¿Qué crees que estás haciendo? -formuló.

- No he avisado a mis padres de nada. Creen que sigo con Alexia, o eso espero. Estarán locos

por tener noticias sobre mí. Ya tengo dieciocho años y lo primero que hago es desaparecer de casa durante toda la noche. -Resoplé-. Además, mira qué hora es. ¿Qué ocurre si la persona que ambos tememos ver aparece en cualquier momento?

- Ella no vendrá hoy, Catherine. He cambiado la cerradura, e incluso las alarmas. No podrá entrar incluso forzando la puerta. Vamos, cálmate -me abrazó por la espalda, apoyando su barbilla sobre mi hombro izquierdo. Cerré los ojos y dejé que mi espalda usara su pecho como respaldo-. Estamos seguros, ¿de acuerdo? No te preocupes.

- No puedo parar de

pensar en el mismo asunto -acaricié sus brazos. Era tan irreal que él y yo estuviéramos de esta forma, como una pareja-. ¿Por qué no intentas conseguir los papeles de la empresa por otra parte? O, mejor aún... ¿Por qué no te olvidas de ellos? Tienes un trabajo en la universidad y una herencia multimillonaria. ¿Qué ganarás con esa empresa?

- Ya te lo he dicho, Cathy -añadió con voz cansada-. Mi padre guarda demasiados secretos, algunos son demasiado feos. Ojalá pudiera infiltrarme en mi propia empresa y conseguir toda esa información para arrebatárselo el poder. Sí, de esa forma silenciaría todo, pues yo estaría en el mando supremo. Pero no puedo hacerlo. Mis fotos están colgadas por los pasillos junto a presidentes, famosos...

Asentí, sin estar conforme con sus palabras. Una vez más, me dejaba a mí en un segundo o tercer plano. Si tan preocupado estaba por ese asunto, ¿por qué no buscaba una forma de conseguir todo aquello que me decía? Yo lo hubiera hecho por él. Humedecí mis labios y me levanté. Tomé prestado una de sus camisas, la cual me cubría hasta los muslos.

- ¿Qué te apetece para desayunar? -le vi ponerse unos boxers.

- Tengo que irme -repliqué, saliendo de la habitación. Bajé las escaleras, sintiendo sus pasos pegados a mis talones. Unos centímetros menos, y se hubiera tropezado conmigo-. ¿Sabes lo que sucede este fin de semana, no? Porque yo no lo he olvidado.

- Catherine, Catherine, espera -insistió en cogermelo, pero no se lo permití.

Usé el mismo vestido

que la noche anterior -no tenía nada más que ponerme de todas formas-, y me calcé los zapatos de tacón. El espejo de la entrada me sirvió para peinarme. Me acorraló entre su cuerpo y el espejo, impidiendo que alcanzara la puerta. Recorrí su pecho desnudo con la mirada, sus prominentes brazos, y suspiré.

No, no quería marcharme. Obviamente, deseaba quedarme aquí y recuperar todo el tiempo perdido. Pero la próxima semana era la fiesta de compromiso y, mientras él continuara actuando de esa forma tan cobarde, yo no quería ser la única que diera su brazo a torcer. Me volvió a besar como lo hizo la noche anterior, con ese toque de fervor y pasión que me provocaba temblores.

Tuve que aferrarme a su cintura para no caerme. Con la respiración agitada, y nuestras frentes pegadas la una a la otra, dije:

- Sabes que te quiero, y que estaría dispuesta a hacer todo aquello que me pidieras. Pero no voy a quedarme en casa de brazos cruzados mientras te veo con otra mujer. Siento que sea así, y comprendo los motivos del compromiso. Pero si realmente, si de verdad quisieras liberarte, con el dinero y los medios que dispones ya lo hubieras hecho -palmeé sus hombros-. Me marché a casa. Es lo mejor para los dos, al menos, para mí.

- No, Catherine, no. Por favor, después de todo, no me dejes ahora -me aferró con más fuerza. Llegó a hacerme un poco de daño en los brazos, pero era un apretón que cualquiera podría aguantar.

- Dimitri, no estoy dejándote. De hecho, nunca hemos estado juntos por lo que, en teoría, no podría hacer eso -dejé escapar una risa nerviosa antes de mirar en dirección a la puerta-. Búscame cuando puedas... cuando seas libre de todo. Mientras tanto, no puedo aguantar el dolor que supone verte y no poder tocarte -finalicé.

Iba a responder, pero le silenció con otro beso, mucho más corto que cualquier otro. Asentí más

para mí misma que para él y apoyé la mano en el pomo de la puerta. Dispuesta a marcharme, le miré por última vez.

- No tardes demasiado -dije con un hilo de voz-. Hasta el más fuerte se cansa de luchar.

=====

Semana 21 - Parte I

El día menos querido había llegado. El tiempo parecía volar ante mis ojos. ¿Estaría soñando y, cuando despertara, sería principios de febrero? No, claro que no. Alexia intentaba peinar mi cabello enmarañado con los dedos, pues tenía planeado un perfecto recogido que iría a conjunto con el vestido que tanto nos había costado encontrar. Suspiré ante mi reflejo. Me gustaría esconderme bajo las sábanas de mi cama y no volver a salir.

Hoy sería la primera vez en mi vida que asistiría a un baile de cóctel. Bart Ivanov, el padre de Dimitri, quería regalarle a su hijo la mejor fiesta de compromiso que podría existir en la faz de la tierra. Así que usaría una de sus mansiones en Manhattan para celebrarlo.

Lo más curioso de todo el asunto -e increíble y romántico-, era que, durante toda la semana, había estado recibiendo una rosa junto a un mensaje por parte de Dimitri. A pesar de que no ponía ninguna indicación de quién las mandaba, con tan solo olerlas me era suficiente para saber que eran suyas. Quizá la esperanza no estaba tan perdida como creía. Si bien recordaba, su boda sería en tres días a partir de hoy. Mi corazón se encogió en un puño al darme cuenta de la realidad de los hechos.

Agaché el rostro en respuesta a mis pensamientos.

- ¿No te gusta? -la voz de Alexia me hizo poner los pies en la tierra-. Siempre podemos cambiar el peinado. Yo ya estoy lista, como puedes ver.

Arqueé una ceja, contemplando su pantalón de chandal y el moño mal realizado. Sonrió con diversión e intenté relajar los hombros.

- Lamento

que no te haya invitado -murmuré, jugando con mi anillo de plata-. Me parece extraño que

Svetlana hubiera decidido invitarme a mí, pero no a ti. De nosotras dos, tú te mereces disfrutar de la noche. Yo, en cambio... No sé si seré capaz de soportarlo.

- Aunque yo no esté ahí, piensa que siempre estaré a una llamada telefónica de distancia. Iré a recogerte si es necesario, ¿de acuerdo? -respondió al instante.

- Gracias, de verdad lo aprecio.

No comentó nada sobre el asunto, pues realmente no había nada más que decir. Svetlana conocería la existencia de mi embarazo esta misma noche. Hoy mismo. No era capaz de creerme ni mis propios pensamientos. Tras unos largos e infinitos minutos, Alexia terminó con el peinado. Al final se olvidó del recogido y se limitó a ondularlo, dejando que cayera en mis hombros como una cascada.

Llevaba puesto un albornoz de color grisáceo, como si estuviera en una película de Hollywood y me estuviera preparando para una actuación.

En cierto sentido así era. Sonreiría y fingiría que todo estaba bien cuando lo único que necesitaba era huir durante una larga temporada. Esa opción todavía estaba en mente, pues no cabe olvidar la propuesta de mi hermano. Me levanté y con la ayuda de mi gran amiga, conseguí colocar el impresionante vestido amarillo en su sitio. Marcaba bien mi vientre, así que no tendría que estar preocupada por los estúpidos comentarios. Me veía, y sentía, más adulta. La chica del espejo no era yo, o al menos, eso era lo que sentía.

- Dimitri abandonará a Svetlana ahí mismo

en cuanto te vea -se burló Lexi mientras giraba a mi alrededor en busca de cualquier mínimo fallo-. Después de todo lo que ha pasado entre vosotros estas últimas semanas, no me cabe duda.

- He dejado de hacerme ilusiones, Alexia -sacudí la cabeza con suavidad, apoyando las palmas de las manos sobre la mesa del escritorio-. Le di a elegir aunque no fuera lo más idóneo y optó por la opción incorrecta: él mismo. Siempre se ha elegido a sí mismo, y quizá ese es uno de los motivos por los que puede acabar solo.

- No puedes decir eso -me reprochó.

Me encogí de hombros con una actitud escalofriante incluso para mí misma.

- Todo empezó hace unos años, Alexia. ¿Recuerdas?

» Era verano, y toda nuestra clase se preparaba para pasar el mejor mes de sus vidas. El campamento de Royal Young era sin duda alguna el más célebre de todo el estado. Y nosotros éramos los afortunados por haber encontrado un hueco. Lo conseguimos a tiempo, y fue gracias a un benefactor cuya identidad desconocíamos hasta que llegamos al campamento.

» El sol brillaba con tanta fuerza que se hacía imposible alzar la mirada, y la brisa cálida aumentaba las ganas de zambullirse en el lago de aguas cristalinas. Todo parecía un sueño.

» - ¡No me puedo creer que estemos aquí! -Alexia gritó con emoción-. Es decir, hemos visto esto en un millón de revistas y ahora somos nosotras quienes pasaremos las próximas tres semanas aquí.

» - Creo que me desmayaré en cualquier momento -dije irónicamente.

» - Por favor, niñas -Svetlana,

que por ese entonces trabajaba como colaboradora de la universidad, puso los ojos en blanco mientras rodeaba nuestros hombros con sus brazos-. Soy monitora aquí, afortunadamente, y no me gustaría tratar con bebés.

» Mi afinidad respecto a Svetlana no era tan buena como lo era hace unos meses, sin embargo Alexia estalló en carcajadas y se alejó, haciendo caso omiso a su tonta advertencia. Yo imité sus actos. Recogí nuestras maletas y las arrastré hasta el interior de nuestra cabaña. Compartiríamos habitación, por llamarla de alguna forma, con otra joven.

» No me desagradaba en absoluto, pero tampoco me hacía mucha ilusión. Quizá esa iba a ser la única pega que encontraría durante todo el verano. O eso creí.

» Un Porsche de color rojo aparcó en mitad del prado como si nada. De él se deslizó un hombre con traje y chaqueta. No comprendí como podía llevar aquello con esta calor. El grupo de estudiantes se aglutinó alrededor del coche y Svetlana y el otro monitor se apresuraron a darle la bienvenida. Su nombre era Bart Ivanov, y su hijo, quienes todos conocemos demasiado bien, continuaba en el asiento del copiloto. Le vi bufar desde mi posición aunque tampoco estaba muy segura.

» - Os presentamos a Bart Ivanov, el maravilloso hombre que ha pagado nuestra estancia aquí. Bienvenido, señor, es un placer conocerle al fin -el chico de ojos oscuros se aproximó a Bart.

» Entablaron una conversación que se hizo interesante para todos los alumnos. Excepto para mí, como era de esperar. Finanzas, alcohol, diversión, fiestas... Nada me llamaba

la atención lo suficiente como para prestar atención a sus palabras. No obstante, mi mente dejó de viajar tan pronto como su hijo bajó del Porsche. Era alto, con muchos, muchos tatuajes, y una mirada penetrante. Jadeé. ¿Quién demonios era ese?

- Catherine, vas a llegar tarde -Alexia me sacó de mis pensamientos.

Asentí repetidas veces y me apresuré a calzarme los zapatos: unos tacones plateados que me provocarían una caída tremenda. Espero que mi torpeza no se manifieste.

- Me marcho ya -anunció, recogiendo sus pertenencias-. Estaré en casa toda la noche por si me necesitas. ¡Y mantenme informada de cada movimiento, señorita!

- Sí, sí, lo haré -puse los ojos en blanco-. Vete ya, pesada.

Me sopló un beso y desapareció tras el umbral de la puerta. De nuevo, en la soledad de mi habitación, me puse a recapacitar sobre lo que sucedería en cuestión de segundos. Minutos. Mi móvil vibró en el interior de mi bolso y me apresuré a cogerlo sin ni siquiera mirar de quien se trataba.

- Catherine, estoy en tu puerta. Siento haberte ignorado durante todo este tiempo, y pienso que acompañarte a la fiesta de compromiso de tu mejor amiga es una buena forma de pedir perdón. ¿Aceptas? -Nate habló de forma apresurada a través de la otra línea.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Aclaré mi garganta y alterné la mirada entre mi reflejo en el espejo y el dinero que tenía preparado para tomar un taxi.

- Por supuesto, estaré ahí en cinco segundos.

Colgué e introduje el móvil en el interior del bolso. Me despedí

de mis padres y tuve que soportar la larga lista de normas que mi hermano quiso imponerme. No haría caso a ninguna de ellas. Besé su mejilla y salí al exterior. Dios, ¡maldita calor! Abaniqué mi rostro con la mano con la intención de que el maquillaje no desapareciera por el sudor y observe un coche negro aparcado en el arcén.

Nate bajó de este con un elegante esmoquin y me dedicó una de sus mejores sonrisas. Mi corazón se aceleró sin motivo alguno y le devolví el gesto.

- Dios mío, Catherine -silbó, aferrando mi mano con suavidad-. Estás impresionante. No puedo creer lo que tengo ante mí. Permíteme disculparme, no me he comportado de la mejor manera y ha sido por mi culpa. He estado..., meditando.

- ¿Durante dos meses? -exclamé, asombrada.

- Algo por el estilo. He viajado por Estados Unidos durante unas semanas con la intención de esclarecer las ideas y, bueno... -bajó su mirada hasta mi vientre, rascado su nuca con un claro nerviosismo-. Me enteré a través de Alexia.

- ¿Conoces...? -agrandé los ojos, incapaz de ocultar mi sorpresa-. ¿Cómo?

- Fui a visitarte al campus en una ocasión y me topé con ella. Fue hace dos semanas, de hecho. Fui un tonto, pues pensé que todavía continuabas recogiendo tus pertenencias tras finalizar las clases pero, no. Solo estaba Alexia.

Claro, hace dos semanas yo estaba en Houston, con Dimitri.

- No quiero que pienses que este embarazo será un obstáculo para nuestra amistad -recalcó la palabra con énfasis-. Tampoco te haré preguntas ni te cuestionaré, no quiero hacerte sentir incómoda. De hecho, querría pedirte una cita. Hoy; ahora mismo. Tu y yo.

¿Realmente me estaba sucediendo esto?

El hombre al que quiero me rechaza pero al que menos espero me busca. Interiormente me alegré de que alguien como él estuviera interesado en mí a pesar de todos los hechos. Rodeé su cuello con mis brazos y le estrujé torpemente. El acarició mi espalda con suavidad y abrió la puerta del copiloto.

Llegamos a la impresionante mansión del señor Ivanov en cuestión de minutos. Conducía como un loco, pero no me asusté. Ya estaba acostumbrada a este tipo de conducción por culpa de Dimitri. Maldije interiormente el haberle evocado de nuevo y procuré centrarme en el hombre que estaba a mi lado. Nate. El cochero tomó las llaves del Mercedes y lo llevó a los aparcamientos mientras que Nate me arrastraba al interior.

Sus dedos se mantenían entrelazados con los míos con bastante fuerza, y agradecí ese gesto. Mis piernas temblaban y temía perder el equilibrio en cualquier momento.

- Aquí estamos -murmuró, alzando la mirada hacia la lámpara de araña decorada con cientos de cristales-. ¿Estás preparada? Nunca me han gustado estos eventos, son demasiado lujosos y de niños ricos para mi gusto.

Acompañó la frase con una risa nerviosa.

- No, no lo estoy -humedecí mi labio inferior-. Pero lo superaré, así que... ¿a qué estamos

esperando? Tenemos un baile al que deslumbrar.

Nate asintió y deslizó un brazo por mi cintura, adentrándome al interior.

=====

Semana 21 - Parte II

- Te serviría una copa, pero me temo que no es buena idea -Nate sonrió de manera pícaro mientras tomaba una copa de Martini-. Prometo que esta será la única en toda la noche, no pretendo abandonarte y dejarte en ridículo ante todos.

- Usted se preocupa demasiado por mí, Nathaniel -no oculté las carcajadas-. Bebe cuanto quieras, tampoco creo que permanezca aquí durante mucho tiempo.

Tomó un pequeño sorbo de la copa y humedeció su labio inferior. Mientras tanto, yo paseé la mirada por el lugar, analizando el rostro de los asistentes más próximos. No reconocí ninguno. Ni siquiera divisé a Dimitri. Sin embargo, una joven de cabello cobrizo llamó mi atención. Svetlana lucía un traje de color negro con un pronunciado escote. Charlabo alegremente con un hombre cuya identidad desconocía. Distinguí a Bart junto a ella.

¿Le habría hablado Dimitri a su padre de mí? ¿Conocería él nuestra historia?

Me aproximé a la barra situada a mi derecha y ordené una bebida sin alcohol. Me daba igual cual fuera mientras no perjudicara al bebé. Aferré lo que parecía ser agua con gaseosa y tomé sorbos largos, como si eso fuera a cambiar las circunstancias.

- ¿Te apetece bailar? -me arrebató la copa con delicadeza y la depositó sobre la mesa de mármol blanquecino-. Concédeme el baile, señorita Miller.

- Será un placer -fue en ese entonces cuando caí en la cuenta de que no conocía sus apellidos.

Sin embargo, ¿para qué buscarle los tres pies al gato?

Permití que me arrastrara

hasta la pista de baile y deslizó su brazo alrededor de mi cintura, pegando su figura tanto como le era posible a la mía. Una parte de mí se alegró, y se sintió aliviada, de que la gente pensara que este bebé podría ser de Nate. ¿El motivo? Mantendría los planes de Dimitri en secreto y Svetlana no me ahogaría en la fuente de chocolate.

Descansé la barbilla sobre su hombro mientras me balanceaba con suavidad.

Entonces, la mirada de ella se centró en mí, atravesando mi cabeza. Curvó sus labios en una sonrisa y apartó a la gente de su camino hasta llegar a nuestra posición. ¿Por qué he tenido que pensar en ella? Pisoteé a Nate aposta y me miró con el ceño fruncido.

- ¡Catherine Miller! ¿Eres tú? -no me separé de Nate, intentando ocultar lo evidente-. Pensaba que te habían secuestrado o algo por el estilo. No me devuelves las llamadas, ni te molestas en visitarme. La única que todavía desea mantener el contacto conmigo es Alexia -me reprochó.

- Lo siento, he estado muy... ocupada.

Pellizqué con suavidad el hombro de mi acompañante y di dos pasos hacia atrás, procurando no morder mi labio inferior para no eliminar el pintalabios. Apoyé una mano sobre mi vientre al mismo tiempo que Svetlana bajaba la vista hacia éste. Se atragantó con el Vodka que recién acababa de llevar a sus labios y agrandó la mirada.

- ¿Estás...? ¿Y él es...? -alternó la mirada entre Nathaniel y yo.

- Sí -se adelantó él. ¿Qué?-. Me llamo Nathaniel Dickens, pero puedes llamarme Nate, un placer.

Extendió

una mano hacia Svetlana, la cual le observaba con incredulidad.

- Lo mismo digo -musitó antes de recomponerse y dirigirse a mí-. Entonces, permíteme felicitarte, Catherine. Y gracias por estar aquí conmigo esta noche. Significa mucho para mí contar con una gran amiga en este evento. ¡Estoy tan emocionada! Dimitri dice que ha preparado una sorpresa. ¿Te lo puedes creer? Será un marido perfecto.

Clavé las uñas en las palmas de mis manos, forzándome a mantener mis labios curvados en una sonrisa. Asentí como si realmente me alegraran sus palabras.

- Eres muy afortunada, Svetlana -aclaré mi garganta con la intención de mantener mi voz fuerte en todo momento-. Espero que consigas todo lo que te propongas.

- ¡Oh, ven aquí!

Dejó la copa de Vodka en la mano de Nate, que a duras penas consiguió cogerla sin que las gotas salpicaran su esmoquin, y le obligó a separarse cuando me rodeó con sus brazos. Le devolví el abrazo con mucha incomodidad. Por una parte, tenía la culpabilidad de mentirle de esta forma tan descarada, sin embargo, reviví la conversación que mantuve con Dimitri durante las vacaciones en Houston y esa sensación desaparecía. Era mi amiga, sí, y le había hecho mucho daño acostándome con su prometido... en dos ocasiones.

Pero ella había hecho algo mucho peor.

Amenazarle, obligarle a hacer algo en contra de su voluntad. Mis principios me decían que eso era peor que el error que yo había cometido. Cuando me liberó de su agarre, me guiñó un ojo, tomando de vuelta la copa, y regresó a la multitud de personas

que aclamaban su atención.

- ¿Estás bien? -Nate acarició mi espalda con suavidad, aproximándome a él-. Espero no haber molestado con mis palabras. Creí que era lo mejor.

- Gracias -froté mi rostro con delicadeza-. Creo que necesito un poco de aire.

- Te acompaño.

Me sentía perdida en la mansión. Mucho. Supuse que nos encontrábamos en la estancia principal debido a su inmensidad y la decoración, pero Nate me arrastraba por pasillos que parecía conocer muy bien. Algo no cuadró, pero tampoco lo pronuncié en voz alta. Si aquí era donde Dimitri se crió de pequeño, rodeado de tanto lujo, no me extrañaba su comportamiento actual, tan egocéntrico.

Recordé el rostro cordial de Mary y sonreí para mis adentros. Me parecía más a ella de lo que pensaba.

Llegamos a una estancia que daba al jardín exterior. A decir verdad, el balcón era precioso. Las plantas plagadas de flores de cientos de colores, incluso de algunos de cuya existencia desconocía, rodeaban el mármol de la barandilla. Un pequeño banco coronaba el centro. Tomé asiento y relajé los hombros, inspirando el aire fresco para llenar mis pulmones. Nate permaneció junto a la entrada, flanqueándola para que nadie me molestara. Era demasiado adorable, diría yo.

Bueno, él y Dimitri eran adorables. Caí en la cuenta de que mi comportamiento hacia él podría hacerle creer que quizá yo sentía por él algo más que una amistad. Sin ni siquiera percatarme, regresé al pasado; a aquel mágico verano.

» Era de noche y todos mis compañeros rodeaban la

hoguera. Dimitri estaba contando las típicas historias de miedo, poniendo énfasis en las partes más intrigantes. Las más tontas, por no llamarlas de otra forma, procuraron sentarse junto a él y gritar de forma exagerada cuando tenían que hacerlo. Lo único que logró extraer de mí fue un pesado suspiro de aburrimiento.

» Me recordaba al típico prototipo de hombre del cual jamás me enamoraría. Tatuajes, gran estatura con una fuerte complejidad y una sonrisa arrebatadora. Era todo un playboy, me dije a mí misma. Y estaba segura de que, esa noche y las siguientes, su cabaña estaría muy bien acompañada.

» - ¿Ocurre algo? -Alexia susurró próximo a mí oído para no interrumpir la historia.

» - Sí, me aburro -bufé-. Creo que voy a dar un paseo, el lago debe de estar impresionante a estas horas, ¿sabes? Además, es mejor intentar bañarse ahora que con los típicos bromistas.

» - Yo me quedo aquí -su atención volvió a estar centrada en Dimitri-. Quiero saber el final de la historia. Esta noche probablemente dormiré en tu cama.

» Puse los ojos en blanco y me deslicé entre los presentes sin hacer el menor ruido. Conforme me iba alejando de la fogata, la luz iba menguando, por lo que sólo la luna llena me servía para encontrar tanto el camino de vuelta como el sendero para llegar al lago. El sonido del agua también contribuyó.

» Me deshice de la ropa, permaneciendo en el bikini de color blanco, y me dispuse a zambullirme en el agua cuando escuché unos pasos aproximándose a mi posición.

- ¿Catherine? -Nate volvió a

interrumpirme, y parpadeé repetidas veces con la intención de regresar a la realidad-. ¿Te encuentras bien? Me estás preocupando. ¿Quieres regresar a casa? Te llevaré de vuelta ahora mismo si así deseas.

- No, tan solo estaba pensando... -me detuve.

¿Y si...? ¿Sería demasiado peligroso confesarle a Nate una parte de la verdad? Era mi amigo, y se estaba esforzando mucho por mantener aquella posición. Se había ganado una confesión, supuse. Me levanté, posando una mano en mi vientre y me aproximé a él con gesto decidido.

- Conoces a Dimitri Ivanov, ¿no es así? -comencé midiendo la cantidad de información que proporcionaba con mis palabras-. Ya sabes, el prometido de Svetlana.

- Por supuesto -bufó-. Todo el mundo sabe quién es, Cathy -y de nuevo pronunció ese mote tan oportuno-. ¿Por qué? ¿Qué ocurre con él?

- Te agradezco enormemente lo que has hecho por mí ahí dentro -me detuve cuando estuve a escasos centímetros de su posición, y le aferré las manos, acariciándolas-. Sin tu intervención, te puedo asegurar que en estos momentos ninguno de los dos estaría aquí, hablando con total tranquilidad y con tantos secretos de por medio.

- Secretos -repitió la palabra sin soltar mis manos-. ¿Qué me ocultas, Catherine?

Dirigí una mirada al pasillo, desierto. La música proveniente del salón ahogaría mis palabras, nadie sería capaz de escucharme. Nadie más descubriría la verdad. Alexia, Patrick, mis padres y ahora Nate. Ellos serían mi apoyo principal, y esperaba que fuera durante mucho tiempo. El

para siempre era algo prohibido en mis labios.

- El padre de este bebé es él -me sorprendió a mí misma la seguridad y confianza depositada en mis propias palabras-. Sucedió durante la fiesta de despedida de soltero, en febrero. Los dos

íbamos muy borrachos, y..., no te puedes imaginar cuanto me arrepiento de que eso hubiera sucedido. No significa que no quiera al bebé, porque me odiaría a mí misma si dejo que algo le suceda, sin embargo, ahora no puedo evitar pensar que vida tendría si jamás...

Los ojos de Nate se agrandaron hasta el punto de que creí que se saldrían de sus órbitas. Balbuceó algo sin sentido y pasó los dedos por su cabello, peinándolo. Ya estaba dicho. Sentí como un gran peso desaparecía de mi pecho para ser reemplazado por una amplia sensación de angustia. ¿Había hecho lo correcto? ¿Lo contaría a alguien más?

Me removí, inquieta, y cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

- Nate, por favor, di algo, me estás asustando -insistí.

- No encuentro las palabras adecuadas -evadió mi mirada-. Es decir, me esperaba cualquier otro hombre, menos él. Se va a casar con tu amiga, y es lo que más me sorprende, en realidad. No te culpo, yo también he hecho muchas tonterías aunque, claro, ninguna es como... -miró hacia ese punto exacto y sacudió la cabeza-. Perdona, ya me estoy confundiendo de nuevo.

- Tienes que guardar el secreto, al menos, hasta que se haga público.

- Lo haré, te lo prometo -extendió una mano y acarició mi mejilla. Ese gesto hizo que mi corazón revoloteara con rapidez-.

Yo también quería confesarte algo, quizá no es el momento idóneo para hacerlo pero, ya que has decidido sincerarte conmigo... Yo también lo haré.

Entrecerré los ojos, frunciendo el ceño, y apoyé la espalda contra el muro de mármol que daba lugar al balcón. Necesitaba un lugar sólido al que aferrarme, comenzaba a intuirlo. Nate parecía nervioso, así que ajustó de nuevo su corbata y clavó sus ojos en los míos.

- Me gustas -esbozó una sonrisa tras decir esas palabras-. Mucho, de hecho. Desde que nos cruzamos aquel día. Te vi esa mañana en el hospital y cambié mi turno con otro de los presentes para esperarte. Sí, lo hice porque quería conocerte. Incluso llegué a aprenderme cosas de matemáticas avanzadas con tal de pasar más tiempo contigo -habló de forma atolondrada-. Y, bueno, no me esperaba lo del bebé, pero me gustas igual. Incluso más, se podría decir.

¿Por qué me sucede esto a mí? Vale, quizá no deba decir que soy desafortunada porque en cierto sentido, no lo soy. Sin embargo, yo no siento nada por él, puede que atracción porque, claramente, Nate es un hombre muy guapo, pero no podía emplear las mismas palabras que le dije a Dimitri la anterior semana.

- Ahora eres tú quién me está asustando -rió de forma nerviosa, introduciendo las manos en los

bolsillos de sus pantalones.

¿Cómo respondía a esto? No quería herir sus sentimientos, pero tampoco deseaba fastidiarme a mí misma, así que me preparé un discurso mentalmente. Uno que no llegó a salir de mis labios, pues estuvieron ocupados besando los de Nate

en cuestión de segundos. Me aferró con delicadeza, como si en cualquier momento pudiera romperme, mientras su boca se movía sobre la mía. Le devolví el beso sin saber la razón, e incluso llegué a entrelazar mis brazos alrededor de su cuello.

Esto no podía estar sucediendo, no de nuevo. Pero se sentía tan bien...

Cerré los ojos y me dejé llevar por las sensaciones que recorrían ahora todo mi cuerpo. Nate apoyó su frente contra la mía y respiró entrecortadamente, sin liberarme. Y cuando lo hizo no fue por voluntad propia, sino porque un empujón seguido de un puñetazo le obligó. Grité y cubrí mi boca con ambas manos mientras veía como Dimitri se posicionaba sobre Nate, golpeándole.

- ¡No vuelvas a ponerle un dedo encima! -gritaba, preso de la ira.

- Dimitri, ¡detente! -no sabía qué hacer, mi cuerpo se había paralizado-. ¡Vas a matarle, por el amor de Dios! ¡Para, por favor! Nate no se merece esto, ¡Dimitri!

La sangre salpicó las paredes y una parte de mi vestido. Dimitri se incorporó mientras Nate se removía en el suelo, intentando detener la hemorragia procedente de su nariz. Le sangraba, mucho, y manchó toda la camisa y el suelo. Seguramente, Dimitri había conseguido romperle el hueso. Los invitados comenzaron a murmurar, y supe distinguir la voz de Svetlana a lo lejos.

- ¿Nate? ¿Nathaniel? -repitió con incredulidad-. Hijo de puta, ¡has jugado con ella! -aferró a Nate por el cuello de la camisa, alzándolo del suelo como si fuera una simple pluma-. Nos has mentado, a mí, ¡a Catherine! -le apresó contra la pared,

con pose amenazadora-. Escúchame bien, cabrón. Como te atrevas a besarla de nuevo te partiré la cara hasta el punto de que ni tu propia madre será capaz de reconocerla.

- Tranquilízate, Dimitri -aún así, Nate se las apañó para sonreír-. Tú eres el culpable de que todo esto haya sucedido. La dejaste ir, y yo tan solo moví ficha. Me gusta, y aunque tu la quieras más que yo, no te la mereces.

- ¿Qué está ocurriendo? -Svetlana se aproximó con pasos acelerados.

Bart caminaba tras ella. Cubrió su rostro durante unos instantes.

- ¿Ah, no? -Dimitri prosiguió como si no hubieran más espectadores a nuestro alrededor-. ¿Tú crees que eres el adecuado, Jacob? ¿Crees que tú eres el correcto? Eres un jodido mentiroso. Vamos, ¡díselo! Atrévete a decirlo aquí, delante de todos, hermano.

¿Jacob? ¿Hermano? Dejé de respirar cuando mi mente enlazó los hechos. El rostro crispado de Bart, el enfado de Dimitri hacia... ¿Jacob? Me había estado mintiendo todo este tiempo. Pero, ¿por qué? ¿Qué le había hecho yo? Ni siquiera conocía su existencia hasta que...

...supe de mi embarazo. No podía ser, tenía que estar equivocada.

- Oh Dios mío -jadeé, captando la atención de todos.

- Pensaba decírtelo, ahora -Nathaniel, mejor dicho, Jacob, empujó a su hermano para ser capaz de acercarse a mí-. Te mentí para que no pensaras que tenía relación alguna con Dimitri, no quería estar relacionado con este... capullo.

- Sigue provocándome -Dimitri volvió a aproximarse a él.

- ¿Qué me harás,

eh? -respondió el aludido en contraposición-. ¿Me partirás el rostro? ¿Las piernas? ¿Los labios para que no pueda besar aquello que tú no puedes? ¿O me matarás? Vamos, Dimitri, ambos sabemos que no sería la primera vez.

- ¡Ya basta! -el grito ronco de Bart resonó en toda la estancia, e incluso en el exterior-. Dimitri, séparate, ¡ahora! Jacob, ve arriba. Limpia el rastro de sangre, haré que alguien te lleve al hospital en cuanto resuelva esto.

Svetlana se encontraba igual que yo: estupefacta. O al menos, lo estuvo hasta que unió los últimos cabos sueltos. Intercambió una mirada entre la posición protectora de Dimitri y mi vientre. Oh. Acababa de llegar la guindilla del pastel. No podía ser. ¿Sería mi corazón capaz de aguantar esta presión? Bart siguió el hilo de los pensamientos de Svetlana, pero no se sorprendió.

- Cariño, ¿qué está sucediendo? -Svetlana formuló lo que todos queríamos saber-. Ella... Catherine... Dime que no es lo que creo. No puede ser ella, y menos con...

- Lo es -respondió de manera tajante-. Sí, Svetlana. Me acosté con ella el día de la fiesta de despedida, y me gustó. Quise hacerlo -me ocultó tras su espalda, protegiéndome de la mirada asesina de mi supuesta amiga-. Intenté por todos los medios olvidarme de ella, pero no podía. Te besaba a ti y su imagen venía a mi cabeza. Me enteré de su embarazo y, ¿qué esperabas? Cuidé

de mi hijo y de ella porque quise, quiero hacerlo y, ¿sabes que más? -elevó el mentón, desafiante-. Volví a hacer el amor con ella porque estoy enamorado.

/>

» Sí, padre, ¡tu hijo por fin ha sentado la maldita cabeza! -gritó, con las manos manchadas de sangre y con la atención de todos los presentes-. Y ya me da igual si heredo la empresa, o la pierdo, porque no pienso permanecer ligado a ella durante más tiempo -señaló a Svetlana-. Tus amenazas y todo lo que representas me da asco. ¡Repugnancia! Me forzaste a estar a tu lado únicamente porque querías, ¿dinero? ¿venganza? No he conseguido averiguarlo, pero me importa una mierda en estos momentos porque hasta aquí ha llegado mi paciencia.

La reacción de Bart no fue la que yo esperaba en absoluto. No le reprochó a su hijo nada de lo que estaba imaginando, ni siquiera mostró más enfado. Es más, relajó ese ceño fruncido y dejó caer los hombros. No obstante, Svetlana hizo un amago de abofetearme, pero Dimitri aferró su antebrazo con tanta fuerza que de sus labios emanaron un alarido.

- Ni se te ocurra volver a hacer eso, zorra -liberó su brazo al instante.

- Te llevaré a casa -Jacob se apresuró a decirme-. Si es que aún quieres seguir a mi lado.

- ¡No se irá contigo! -Dimitri volvió a gritar de manera entrecortada-. Vamos, Catherine.

Apartó a su padre de un empujón e hizo caso omiso a todas las miradas que le seguían con escrutinio. Yo, sin embargo, me vi incapaz de dar ni un paso. Las únicas palabras que habían escapado de mis labios habían sido por pura casualidad. En estos instantes me encontraba en shock. Dimitri prosiguió caminando hasta que se percató de que yo no estaba junto a él.

Entonces se detuvo, encarándome.

- ¿A qué esperas? -alzó una mano hacia la entrada-. Tu casa no va a aparecer aquí por arte de magia.

- No -logré decir con voz firme.

- ¿No, qué? -arqueó una ceja-. ¿No quieres irte o no quieres moverte?

- No me voy contigo -hice acopio de valor y aguanté las lágrimas-. Tampoco con Jacob. De hecho, me marché sola. Yo necesito... esto es demasiado para mí. No... no puedo más... ¿sabes?

Alcé las manos en el aire y aferré la tela del vestido para evitar pisarla al caminar con tanta rapidez. Dimitri no me detuvo cuando pasé por su lado, ni siquiera me dedicó una mirada. Unas

motas rojizas habían quedado impregnadas en el dobladillo del vestido, así que mis ganas de llorar aumentaron conforme avanzaba hacia el aparcamiento.

Telefoneé a Patrick, no Alexia. Mi hermano era el único que podría mantener mi calma en estos instantes. Tan pronto como despertara de esta pesadilla sería capaz de recapacitar sobre los hechos y pensar con claridad.

Porque, de hecho, ahora todo estaba más claro que nunca.

=====

Semana 22

El periódico yacía entre mis manos como si fuera de plomo. Las noticias se habían revolucionado tras los últimos acontecimientos de la anterior semana, y los medios de comunicación daban lo que fuera con tal de conseguir una entrevista con el nuevo dueño de las industrias Ivanov.

Efectivamente, Dimitri había sido nombrado presidente ejecutivo de la empresa. Releí el artículo una y otra vez hasta el punto en el que memoricé ciertas partes. No podía creer todo lo que había pasado en apenas unos días. Como era de esperar, la boda no llegó a celebrarse. Dimitri hizo públicamente la cancelación del compromiso y, unas horas más tarde, Bart anunciaba las grandes noticias. ¿Por qué había cedido la empresa a su hijo si había roto todos sus requisitos?

Me hubiera gustado hablar con Dimitri, pero no me atreví a salir de casa o, al menos, aproximarme a la suya en un radio de doscientos metros. Maldita sea. Él tampoco había hecho ningún acto público desde ese entonces. Era como si hubiera desaparecido no solo de la ciudad, sino del planeta.

¿No era esto lo que él quería?

- Catherine, te estoy hablando -mamá me sonsacó de mis pensamientos.

La observe tomar el último sorbo de su taza de té e inspiré profundamente.

- Perdona, andaba distraída -respondí.

- ¿Qué planes tienes para hoy? -formuló de nuevo.

- No lo sé. Alexia estará fuera de la ciudad por unos días, ya sabes. Sus padres han alquilado una casa en la playa y, obviamente, no va a dejar pasar la oportunidad para tostarse -chisté-. Patrick ya está ocupado arreglando los papeles para regresar a California. Y...

- ¿Y qué, cariño? -mi madre apoyó una mano sobre la mía, estrechándola-. Siento mucho lo que sucedió en la fiesta de compromiso. Sé que llevo repitiéndolo durante toda la semana, pero no puedo evitarlo. Mi niña se ha convertido en una mujer y es como si ya no me necesitaras más.

- Mamá, no pienses eso -evité mirarle a los ojos-. Sí, yo misma he notado el cambio que he provocado tanto en mí como en toda la familia tras descubrir el embarazo, pero sigo siendo la misma adolescente de hormonas revolucionadas que comete muchos, muchos errores.

Respondió a mis palabras con unas sonoras carcajadas. Se incorporó para plasmar sus labios en mi mejilla y me dio un torpe abrazo. Desde mis posición, y con mi abultado vientre, ya me costaba bastante moverme. No quería pensar en los meses que restaban.

- Hay alguien que quiere verte -confesó al fin-. Está en el salón, conversando con tu padre. Parece simpático, ¿sabes? Y también está muy nervioso.

- ¿Qué?

Me levanté al instante. No esperé a que dijera nada más, pues mi corazón ya hablaba por sí solo. Bombeó con fuerza y rapidez conforme me aproximaba a la estancia. Noté mi respiración acelerarse. Me deslicé en el interior, esperando ver el rostro que tanto anhelaba.

Sin embargo, fue otro el que me esperaba sentado en uno de los sillones.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -no oculté el tono hosco y desagradable-. Vete. Ya le has hecho suficiente daño a tu

familia y a la mía como para tener las agallas de presentarte aquí, en mi casa.

- Catherine, por favor. -Jacob respondió con rapidez.

- No quiero escuchar tus mentiras -le señalé con un dedo.

Mi padre, absolutamente perdido, intercambió una mirada entre ambos y se posicionó frente a mí, protegiéndome tras su espalda. Puse los ojos en blanco. ¿Por qué todos hacían siempre lo mismo? Tengo voz, tengo manos. Puedo protegerme por mí misma, así que no necesitaba a nadie que dijera nada por mí, incluso si esa persona fuera mi propio padre.

Acaricié sus hombros, demasiado tensos, antes de apartarle.

- Papá, yo me encargo de esto -le aseguré-. Es un asunto entre él, y yo.

- ¿Segura? -me miró por encima del hombro. Por primera vez, pude fijarme en la gran cantidad de canas que habían poblado tanto su barba como su cabello. Había estado tan ensimismada en arreglar lo correspondiente con el embarazo que no me había percatado del paso del tiempo-. Puedo echarle de aquí si es lo que quieres. Nadie va a amenazar a mi niña.

- No pretendo... -Jacob quiso hablar, pero el interrumpí.

- Estaré bien. Ve con mamá -le sonreí en un intento de transmitirle confianza. Tras sopesarlo, desapareció del salón, dejando la puerta abierta a su paso.

Agradecí ese gesto. Quería que todos escucharan sus palabras para luego no tener que dar

tantas explicaciones. Mi familia estaba al tanto de todo lo ocurrido -casi todo-, y me apenó muchísimo haber tenido que desechar el vestido. Las manchas de

sangre se extendieron por el interior de la tela y fui incapaz de deshacerme de ellas. Si lo llevaba a una tintorería, ¿qué excusa pondría?

Procuré evitar a Dimitri todo este tiempo. Necesitaba pensar, estar sola, aclarar mis ideas y no dejarme influenciar por mis emociones o deseos. Y, ahora que tenía la mente bien colocada, pensaba dejarlo todo finalizado.

- Catherine, lo siento muchísimo -habló de forma apresurada, manteniendo la distancia en todo momento-. Nunca quise mentirte, pero tuve que hacerlo. En cuanto descubrí la relación que mantenías con mi hermano, estuve obligado a cubrir mi verdadera identidad. Sabía de antemano que nunca hubieras buscado mi amistad si sabías quién era en realidad.

- ¿Por qué llegaste a esa conclusión? -crucé los brazos sobre mi pecho-. No comprendo la necesidad que tiene los de tú familia a mentir. ¡Siempre estamos igual!

- Mi hermano habló con mi padre tan pronto como supo que estabas embarazada. Le pidió consejo, en pocas palabras. No tenía ni la más remota idea de lo que hacer.

¿Qué?

Él me aseguró que el secreto permanecía entre nosotros dos. No podía fiarme de sus palabras. Si me había engañado acerca de su identidad, ¿cómo puedo saber ahora si estaba contando la verdad? Opté por escuchar su versión, así que le invité a continuar hablando.

- Bart le dijo que se hiciera cargo del bebé porque, aunque le hubiera sido infiel a su ex-prometida, daría una muy buena imagen de la empresa -Jacob no titubeó en ningún momento-. Él quería tenerte

bajo sus garras, manipularte en caso de que algo no fuera como él precisaba.

Como era de esperar, sentí que mis piernas se convertían en gelatina.

- Dimitri intentó ser la mejor persona del mundo mientras estaba contigo. Mi padre contrató a un detective privado para seguir tantos sus movimientos como los tuyos. Yo intervenía también. Te prometo, aunque no me creas, que la primera vez que nos cruzamos no tenía intención de seguirte. Ese tropezón, en la calle, fue un accidente -tomó una profunda bocanada de aire-. Tampoco estoy aquí para ponerte en contra de mi hermano, te cuento todo esto...

- ¿Él... también me ha... mentido? -había dejado de prestar atención a sus palabras tan pronto como escuché parte de la verdad-. Dimitri dijo... dijo que él me quería... ¿Es una farsa?

Tuve que tomar asiento. Jacob tomó la libertad de apartar el cabello de mi nuca, que había quedado pegado por culpa de la fría sudor, e incluso le dejé que abanicara mi rostro con una hoja de papel. Se le veía preocupado, y más teniendo en cuenta mi estado.

- No, Catherine, no -sacudió la cabeza, sentándose junto a mí-. No, en absoluto. Llegué a escuchar una de sus conversaciones mientras estuvo en nuestra casa de California. Me disponía a marcharme al aeropuerto y quería despedirme de mi padre. Iba a entrar a su despacho cuando me percaté de que Dimitri ya estaba ahí dentro. Discutían. Sabía que no era lo más correcto detenerse ahí a escuchar, sin embargo, me moría de curiosidad después de todo el drama envuelto en torno

vosotros dos.

» - Ya te dije lo que tenías que hacer -mi padre golpeó el escritorio con fuerza-. Y vuelves a desobedecerme. ¿No te quedó claro la primera vez?

» - Eres un monstruo sin sentimientos -dijo Dimitri en respuesta-. No voy a jugar con sus sentimientos, padre. Es una chica diferente, especial, me gusta demasiado como para fingir que solo quiero mantener una amistad con ella. ¿Sabes lo difícil que me resulta resistirme a sus labios? Por supuesto que no. Tú no conoces la palabra amor, nunca lo has hecho, y nunca lo harás.

» - ¡Quería convertirte en un hombre, no en un estúpido! -se incorporó, echando hacia atrás la silla de cuero negro-. Ese bebé hará de ti un hombre responsable y familiar, justo la imagen que la empresa quiere y necesita. No vuelvas a fastidiarla, hijo, recuerda que hay otro en la línea de sucesión.

» Mi rostro se crispó al instante, sabiendo de antemano que Bart se estaba refiriendo a mí. Otra

injusta pelea con mi hermanastro era lo último que ambos necesitábamos. De hecho, nuestra relación estaba así de rota por culpa de nuestro padre. Él siempre se encargaba de provocar nuestras disputas.

» - ¿Sabes qué? -Dimitri chasqueó la lengua-. Que te den, padre. A ti, a la empresa, a todo lo que nuestro apellido significa. No quiero ser tú. No eres el ejemplo a seguir para ningún hijo, ni siquiera para la empresa.

» - Cállate -alzó la mano con gesto desafiante.

» - ¿Qué me harás si decido no obedecerte, eh? -Dimitri se aproximó más, invadiendo el terreno personal

y peligroso de Bart-. Me he liberado de mis propios hilos, los que tú creaste. ¡No soy tú maldito muñeco, padre! A partir de ahora haré todo lo que yo quiera y cuando quiera.

» - Atrévete a desafiarme.

» Dimitri exclamó una carcajada que retumbó en la soledad de la estancia. Esa risa me puso la piel de gallina. Permanecí en mi posición. Sabía que tenía que marcharme antes de que alguno de los dos me pillara con las manos en la masa, sin embargo, me esperé hasta que escuché esto:

» - Ya lo he hecho -mi hermano alzó el mentón-. Esta noche vuelvo a pelear en el club que tanto odias. Y sí, intentaré ser el mejor padre para ese bebé, y no porque tú me lo pidas. Sino porque eso es lo que yo quiero, y lo que Catherine se merece.

Nate entrelazó las manos en su regazo, agachando el rostro levemente.

Precisé de unos minutos para articular palabra. Mi mente asimiló la gran cantidad de información y ahogué un pequeño grito cuando caí en la cuenta de todos aquellos detalles que me había perdido. Dimitri mantuvo esa conversación el día de la pelea, el día de aquel beso. Lo hizo porque realmente quiso y no porque su padre se lo había ordenado.

Entonces, ¿era real todo lo que existía entre nosotros? No pude evitar preguntármelo.

- De nuevo, lo siento -Jacob se disculpó-. Me marcharé ahora mismo. No tenía intención de darte más molestias, tan solo necesitaba explicarme y verte por última vez.

- ¿Te vas? -no supe de donde encontré las fuerzas para formular aquello.

- Sí -se levantó y recogió su cartera y llaves-. Mi vuelo sale en unas horas, regreso a California para pasar allí las últimas semanas del verano. Creo que es lo mejor para todos que yo desaparezca de aquí durante una temporada. Me acerqué a ti, en un principio, con el objetivo de ver si había algo que Dimitri le ocultaba a mi padre. Pero, tan pronto como caí en la cuenta de la maravillosa persona que eras, rompí ese estúpido e infantil trato.

Asintió para sí mismo. Se dispuso a marcharse, desapareciendo por el umbral del salón. Logré detenerle antes de que pusiera un pie en el exterior.

- Gracias -musité-. ¿Te volveré a ver?

Jacob esbozó una sonrisa socarrona. Giró el picaporte, dejando que los primeros rayos de luz se introdujeran en el interior de la casa.

- Siempre me tendrás aquí, Catherine. Para todo lo que necesites.

Cerró la puerta tras de sí y exhalé un profundo suspiro. Mis planes habían cambiado, todo el futuro que había planeado en la última semana se esfumó. Apoyé la espalda contra la pared más cercana y pasé las manos por mi cabeza. Ahora estaba decidido.

Ya sabía qué hacer. Dimitri, allá voy.

=====

Semana 23

La casa no había cambiado en el más mínimo detalle en este último mes. Continuaba igual de bonita, elegante, y acogedora que siempre. Tal y como yo la recordaba. Pagué la tasa correspondiente al taxista y me apresuré a refugiarme del abrasador sol bajo el porche. Un coche de color negro esperaba junto al aparcamiento. A esa zona solo se podía acceder con el permiso de Dimitri.

No me aproximé. ¿Y si los periodistas habían conseguido pasar la valla de seguridad? Llamé a la puerta repetidas veces, a la espera de encontrarme con el rostro desenfadado de Dimitri. Sin embargo, los minutos transcurrían y nadie acudía a abrir la puerta. Extraño. Probé a girar el pomo con la intención de saber si había alguien en su interior, y me sorprendí cuando la puerta cedió sin esfuerzo alguno. No estaba el cerrojo echado, ni siquiera la llave puesta por detrás.

- ¿Hola? -musité con un poco de temor.

Me adentré y cerré la puerta tras de mí. Tomé la libertad para asegurarla, para evitar que nadie más pudiera colarse en la casa. La chimenea estaba apagada y, conforme avanzaba, me iba encontrando con objetos rotos esparcidos por todo el suelo. El vello de mi nuca se erizó y tuve que abrazarme a mí misma ante la mala sensación que me invadía. Dirigí mi atención a las escaleras antes de subir por estas con rapidez, tomándome con las macetas resquebrajadas.

El cuadro de Dimitri junto a Mary también estaba hecho añicos. Era como si un terremoto hubiera pasado por aquí, arrasando todo a su paso. La única fuente de luz procedía de la habitación de Dimitri, por lo que supuse que se debía de encontrar allí. La puerta entornada me impedía ver con antelación lo que sucedía, pero me imaginé a un Dimitri agobiado por la presión de la empresa ante la pantalla del ordenador.

No podía haber estado más equivocada.

Su habitación era la peor de todas las estancias. El portátil lanzado por los suelos, al igual que los cojines. Las sábanas de la cama tampoco estaban donde debían de estar. Cuadros hechos añicos, las cortinas echadas para no filtrar la luz. Sólo la lámpara de la mesilla emitía esos destellos. Dimitri, sentado en el lateral derecho de la cama, llevaba hacia sus labios lo que parecía ser una botella de Vodka. La barba le había crecido varios centímetros, poblando parte de su cuello.

Portaba una camisa blanquecina, manchada, y con los botones desabrochados. Pareció no percatarse de mi presencia, y si lo hizo, no se inmutó. Continuó bebiendo sin descanso. Las ojeras bajo sus ojos mostraban su falta de sueño, y parecía que su piel se había esclarecido por la escasez de luz. ¿Qué demonios le había sucedido? ¿Tendría esto que ver conmigo? Mi rechazo en la última fiesta debió dolerle demasiado, y ahora me arrepentía de no haber hablado con él cuando tuve la gran oportunidad.

- Dimitri -mi voz hico eco en la estancia-. ¿Qué... haces?

Se encogió y, acto seguido, clavó su mirada profunda y penetrante en mí. No ocultó el asombro. Aparentemente, no se esperaba mi visita. ¿Realmente no me había escuchado entrar?

- El alcohol me está provocando visiones, sí

-se dijo a sí mismo mientras estudiaba mi cuerpo con la mirada. Agachó la botella, apoyándola en su regazo y añadió:- Tú no quieres verme.

- Por primera vez en la historia, el señor Ivanov está equivocado -intenté gastar una broma con tal de subirle esos ánimos, no obstante, causé el efecto contrario.

No le agradó la manera en la que me había dirigido a él.

Abandonó su posición, tambaleándose a causa de la gran cantidad de alcohol presente en su organismo, y fue en ese entonces cuando me percaté de las lágrimas anegadas en sus ojos. Dios mío. Esta era, y sería con toda seguridad, la única ocasión en la que le vería llorar. Pero, ¿por qué? ¿Qué motivo le había llevado a este extremo?

- Dimitri, me estás asustando -permanecí inmóvil.

No estaba segura de si querría tenerme cerca.

- Me he quedado solo -su voz se mostró muy agotada, como si esta fuese la enésima vez que repetía las mismas palabras-. Ya no tengo a nadie más, Catherine. Debería de sentirme bien por ser el elegido de mi padre, por... por tener la empresa bajo mi control pero... yo... siento que en cualquier momento voy a cometer una locura y terminar con toda esta...

- Eh -alcé las manos en el aire-. Si te refieres a lo sucedido durante la fiesta, soy yo quien tendría que disculparse. De una forma u otra te hice culpable de los hechos cuando, en realidad, tu no sabías nada acerca de Nathaniel o Jacob. Me enfadé debido a la rabia de haber sido engañada

durante tanto tiempo, pero no quiero que pienses que te

odio.

- No... no lo comprendes -volvió a aferrar la botella, prácticamente vacía-. Te perdí el día en el que me diste a elegir entre la empresa y tú. Lo hice... ya no te tengo. De nuevo he efectuado una elección incorrecta y siempre me percaté del error cuando es demasiado tarde. Yo... Catherine, lo siento tanto. Por favor -hizo el amago de no echarse a llorar, de nuevo-. Perdóname, necesito escucharlo por última vez.

- ¿Cómo que por última vez? -creí que en cualquier momento me desmayaría. Mis rodillas temblaban tanto que parecían estar hechas de gelatina-. ¿Te marchas, Dimitri? ¿Es ese el motivo por el que estás así? Sabía que asumir ese cargo comportaría nuevas responsabilidades pero...

Sacudió la cabeza antes de que pudiera terminar la frase. Tantos gritos, el escándalo, no era propio de él. Jamás se había comportado así conmigo, ni siquiera cuando le encontré borracho el día de la pelea. Ahora era distinto. Hice un amago de aferrarle el brazo, pero se volvió con rapidez.

- ¡No tengo nada aquí! -vociferó-. Ese es el motivo por el que necesito irme. El simple hecho de saber que estoy en Manhattan, a apenas unos kilómetros de ti y que tú no quieres verme. ¡Me está matando! Si tan solo supieras el verdadero motivo, si fuera capaz de pronunciarlo...

- ¡Pues dilo ya, maldita sea! -grité en respuesta, alterada-. ¡Estás sacando las cosas de quicio! No hemos hablado después de lo ocurrido así que no tienes derecho a reprocharme todo esto -no me detuve, a pesar de que él

quedaba de espaldas a mí cara-. No sabes nada de mí, ¡nada!

- ¡Mi madre ha muerto!

Lanzó la botella contra la pared, haciéndola añicos. Los cristales oscuros cayeron al suelo como si se tratasen de pequeñas estrellas fugaces mientras el líquido quedaba esparcido por toda la estancia. Dimitri volvió a sollozar, como si le costara respirar, y le observé limpiar las lágrimas con violencia, como si el mero hecho de estar llorando fuese un pecado.

Sus palabras tardaron unos segundos más en hacer eco en mi cabeza. No pude asimilarlas. La situación era tan inesperada que era incapaz de aceptarlo.

- ¿Qué? -musité.

Noté que el mundo se caía sobre mis hombros, y que el peso era tan grande que no podía soportarlo. Dimitri me observó ahí, tan inmóvil y frágil, que no supe lo que pasó por su cabeza hasta que me encontré envuelta en sus brazos. Me abrazó con fuerza, envolviéndome por completo. Escondió su rostro en mi cuello y le escuché llorar.

- No lo soporto, Catherine -continuó a pesar de mis escasas palabras-. No puedo aguantar ni un segundo más en esta pesadilla. Todo a mi alrededor acaba marchándose, desmoronándose. Mi madre, tú, incluso mi padre me ha dado la espalda. ¿Qué he hecho para merecer esto?

Deslicé mis brazos por su cintura al instante, apoyando mi frente contra su hombro. Dejé que llorase, que se desahogara. Necesitaba hacerlo. Yo le había dejado solo. La culpabilidad y la tristeza me invadieron y tuve que morder mis labios para no echarme a llorar también.

-

Tú no tienes la culpa -susurré, besándole en el cuello-. No puedes culparte. No lo hagas, por favor. Tu madre estaba enferma, si hubiera sido por ti, todos los tratamientos hubieran estado a su disposición. Y yo me comporté de manera injusta contigo. Lo siento tanto, tanto...

- ¿Qué hago ahora? -le escuché decir.

Esperaba que mi voz no sonara tan temblorosa como yo creía.

- Quédate conmigo. Por favor, por favor, no te vayas -le supliqué, como hice la noche de mi cumpleaños. No volvería a cometer los mismos errores, no lo haría más-. Dimitri, no estás solo.

Te quiero muchísimo, no puedo vivir sin ti. -Confesé al fin.

- No te merezco -se apartó con suavidad, sin quitar sus brazos de mis caderas.

- ¿Crees que soy una especie de trofeo? -esboqué media sonrisa-. Los dos somos egoístas en muchos sentidos. Ambos hemos pensado más en nosotros mismos que en el otro. Pero, cuando lo he necesitado, tú has estado ahí. Y creo que yo también he hecho lo mismo -acaricié su mejilla con delicadeza, limpiando otra lágrima-. Te quiero, jamás me arrepentiré de sentir esto.

Me sostuvo la mirada, en busca de la mentira. Pero no había ninguna. Diría todo aquello que temía en voz alta, para él. Se lo merecía.

- ¿Cuándo ha ocurrido? -me atreví a formular, sin apartar la vista de la suya.

- Ayer -respondió, apoyando su frente contra la mía-. No quise decírtelo con anterioridad, creyendo que únicamente vendrías a verme por pena.

- ¿Qué más tengo

que decirte para que me creas? -susurré y me acerqué a sus labios a pesar de la pestilencia a alcohol que emanaba de ellos.

- No eres tú, soy yo -cuando empleó esa frase, sonrió. Pero no duró mucho pues, tan pronto como continuó hablando, regresó a la faceta seria-. He perdido a tanta gente en estos últimos años que no me sorprendería perderte a ti también -entonces, resopló-. El coche me está esperando abajo. Me había olvidado de él por completo.

Claro, el coche negro que había visto al llegar.

- El funeral es... en dos horas -añadió al no obtener respuesta.

- Date una ducha con agua fría para despejarte la cabeza. Iré a hacerte un café, eso bajará la borrachera. Además, deberías comer. Tengo la impresión de que en las últimas veinticuatro horas no has hecho más que... -señalé a la botella destrozada-. Hablaremos de todo cuando sea el momento idóneo. Ahora tienes cosas más importantes en las que preocuparte.

Hice el amago de liberarme de su agarre para poder marcharme. Pero me aferró de la muñeca con más fuerza, negando de nuevo. Percibí el miedo en su mirada y me impulsó hacia él.

- No, no, Catherine. No quiero que te marches -balbuceó con rapidez.

- Tienes que asistir al funeral. Además, no quiero ocasionarte más problemas.

- Quédate conmigo. No hay que hablar de nada más. De la única cosa que estoy seguro eres tú. Catherine, estoy enamorado de ti. Te necesito en mi vida más que cualquier otra cosa. Sin duda alguna, no puedo ir solo a este

funeral. Me derrumbaré de nuevo; ya me es difícil mantener el control frente a ti -colocó sus manos en mis mejillas-. Por favor, olvidémonos de todo. Me amas, yo te amo a ti. ¿Qué más necesitamos?

- Tan solo no quería presionarte a hablar ahora -respondí.

- Y no lo haces -negó con rapidez-. Nunca lo has hecho. Eres mía, este bebé es mío. Podemos estar juntos ahora; ya no hay compromiso por en medio, la empresa es mía. ¿Tengo que pedirte de manera formal que seas mi novia? ¿Con un ramo de flores y un bonito colgante?

Sonreí. Él también. No veía bien que estuviera tan centrado en mí en estos momentos; no cuando tendría que estar preparándose para el funeral. Pero, como bien había dicho, era el momento de actuar siguiendo mis sentimientos, y no esos estúpidos ideales de futuro que había planeado. Además, esta pequeña distracción le había servido para detener el llanto y beber tanto alcohol.

- No es necesario que me regales cosas. No las aceptaré -respondí y me alcé en puntillas para besar sus labios.

Cerré los ojos mientras me fundía con su cuerpo. Me volvió a abrazar y esta vez fui yo quién comenzó a llorar como una tonta. Mary se merecía mucho más de lo que había tenido. Ver a su nieto, curarse del cáncer, vivir la vida. Comprendía a Dimitri, ese sentimiento de pérdida. Esperaba que yo fuese suficiente para sanarle con el tiempo. Me separé de él, y aproveché que tenía los ojos cerrados para limpiar mis lágrimas.

- Le diré que estarás en unos minutos -susurré,

refiriéndome al cochero-. ¿Te veré luego?

- Tú vienes conmigo. Al funeral, mi madre hubiera querido que estés ahí.

- Tendría que pasar primero por casa a coger alguna prenda negra. Es de mala educación presentarse con... esto -señalé el vestido de flores.

- De acuerdo -asintió levemente y, creyendo que me dejaría marchar, me arrastró hacia el cuarto de baño. Fruncí el ceño, totalmente confundida-. Llama a Patrick y que tome alguno de tus vestidos. Dile mi dirección, si es que no la sabe ya. Mientras tanto...

Al agachar mi mirada, observe como sus manos temblaban. El alcohol le estaba bajando e iba a marearse. Incluso podría vomitar. Sonreí y acepté a quedarme con él todo el tiempo que necesitase. Me quitó la ropa, sin importarme quedar desnuda frente a él. Él entró primero a la ducha, dejando que el agua fría cayese primero sobre su nuca. Una vez que estuvo templada, extendió una mano hacia mí.

Respiraba con dificultad, con la cabeza apoyada contra el azulejo. El agua sobre su rostro no le molestó, o eso supuse al ver como no se apartaba.

- No tienes que fingir conmigo -le susurré, notando las gotas resbalar por mi frente.

- Lo sé.

Y me volvió a abrazar.

* * * * *

El lugar estaba repleto de personas desconocidas para mí. Todas ellas se aproximaron a Dimitri, estrechándole la mano. Él asintió sin decir nada con todos ellos. Mantenía su mano izquierda entrelazada con la mía en todo momento. Sin reprocharme nada,

mi hermano fue hasta la casa de Dimitri y me entregó las prendas más oscuras que encontró en mi armario. Le expliqué la situación y me dio las condolencias.

Acaricé mi vientre con la mano libre en un intento de calmarme.

Bart estaba aquí. No entabló conversación con ninguno de los presentes, sino que clavó la mirada en nosotros y esperó a que Dimitri estuviera libre para acercarse.

- Hijo, Catherine -escuchar mi nombre procedente de esa voz tan grave hizo que el vello de mi nuca se erizase. No me agradaba su presencia-. Siento mucho la pérdida.

- Gracias -respondió Dimitri en el mismo tono.

- Es un placer conocerte formalmente al fin -Bart se dirigió a mí.

- Lo mismo digo -estreché la mano que me ofrecía, un tanto abrumada.

¿De qué iba todo esto? ¿No era Bart el mismo que intentó alejar a Dimitri de mí? Esta actitud tan conciliadora no sería más que una farsa por lo ocurrido. Dimitri soltó mi mano para deslizar el brazo por mis hombros, arrastrándome lejos de Bart. Lo agradecí mentalmente, no podía soportar más esa mirada puesta en mi vientre.

El funeral transcurrió tal y como esperaba.

Mantuve la cabeza agachada y la mirada puesta en el suelo con el fin de no echarme a llorar. No conocía a Mary tan bien como me hubiera gustado, sin embargo, durante las dos semanas que pasé en Houston, ella se convirtió en una figura maternal muy cercana a la mía. Dimitri volvió a estrechar mi mano. Lo hacía cada vez que las lágrimas amenazaban con abordarle. Seguramente se caía de sueño y estuviera

mareado. Era lógico.

Se negó a decir algunas palabras, argumentando que no había preparado nada ni tenía ánimos para ensayarlo. La tierra cayó sobre el ataúd y coloqué un mechón tras mi oreja cuando el viento cálido sacudió el cementerio.

Bart fue el primero en aproximarse a la tumba una vez que estuvo sellada. Depositó lo que parecía ser una rosa con pétalos blancos sobre la lápida. ¿Cómo se atrevía a hacer semejante acto, después de haberla abandonado, engañado con otra mujer y repudiado por su enfermedad? Ese hombre no tenía escrúpulos, ni los conocía. Seguramente, era un intento de hacer las paces con su hijo. No le permitiría acercarse a Dimitri por mucho que lo intentase.

- No sé que hubiera hecho hoy sin ti -me susurró Dimitri en el oído mientras nos aproximábamos a la tumba. Portaba algo que no me había mostrado-. Ha sido todo un milagro que hubieras decidido aparecer hoy por casa. ¿Qué ibas a decirme?

Se acuclilló frente a la tierra recién echada y dejó caer un lazo azulado sobre el resto de las

flores.

- Sólo... sólo quería hablar sobre lo ocurrido -omití algunas partes-. ¿Qué es eso?

- El día en el que nací (según lo que me contó ella), lo primero que hizo fue atar esta cinta azul en torno a mi muñeca por si acaso las enfermeras me perdían -sonrió tras decir aquellas palabras-. No me permitió quitármela. Ni siquiera en el colegio. Ahora que yo la he perdido ahora, quiero que tenga esa cinta. Así sabré donde encontrarla.

Asentí sin decir nada más. Nos alejamos de la multitud y eché un vistazo a Bart, que subía a uno de los coches. Dimitri percibió mi preocupación. Acarició mis brazos antes de besar mi frente.

- No hará nada en contra nuestro -me susurró-. No lo dejaré. Pero estoy asustado.

- ¿Por tu padre? ¿O Svetlana? -me apresuré a preguntar.

- Por ti. Ahora que te tengo, es mayor mi miedo a perderte. No sabes el tiempo que he esperado para que estoy me sucediera, a mí. Convertirme en padre, en un hombre responsable con una hermosa mujer a mí lado. Tengo miedo, Catherine. -Humedeció sus labios.

- Es toda una suerte que estemos juntos, ¿no?

Dejó escapar una carcajada antes de deslizar un brazo por mis hombros. Caminamos hacia el coche y, antes de subir, me dio uno de esos besos que quitan el aire. Tuve que apoyarme en el vehículo para no abalanzarme sobre él -de manera accidental, obviamente-. Me llevó a casa tras repetirme hasta la saciedad de que estaría bien; que le vendría unas horas a solas para pensar y organizar todos los asuntos en relación con la empresa y su padre.

Yo le respondí que estaría en su casa a primera hora de la mañana.

Observé el coche alejarse antes de abrazarme a mí misma.

- Venga, entra -escuché la voz de Patrick tras mi espalda.

Le miré por encima del hombro y estudié sus facciones: un rostro relajado, una sonrisa amable, y una postura desahogada. Permití que me abrazara antes de perderme en el interior de la casa, dejando que mi mente viajara hasta Dimitri una vez más.

=====

Semana 24

Dimitri

Me deshice de las gafas de sol y las guardé en su estuche correspondiente. Permanecí en el interior del coche durante unos minutos más. En los últimos siete días, Catherine había conseguido alzarme el ánimo hasta el punto en el que creí que lloraría de felicidad. Nunca imaginé que ella y yo alcanzaríamos este punto. Sonreí ante ese recuerdo y bajé del coche.

Mi padre me había citado hoy en la empresa. Ya me había desplazado a su anterior despacho, mucho más amplio que el mío. Colocaría una foto de Catherine sobre el escritorio.

Las empleadas me saludaron al pasar al interior y me limité a asentir. No tenía ánimos de formalismos. De hecho, si fuera por mí, entraría por las puertas traseras para evitar encontrarme con la gente que ahora trabajaba para mí. Era el jefe de la empresa, por lo que no tenía que andarme con rodeos con todo el personal. O cumplían su objetivo, o iban fuera.

- Adelante -me dijo tan pronto como golpeé la puerta de su despacho.

Los guardas de seguridad me permitieron entrar, apartándose como dos gorilas.

- ¿Qué quieres?

- Toma asiento, hijo. Este tema es de suma importancia -señaló a la silla de cuero rojo situada frente a su escritorio. Mi respuesta fue un resoplido.

¿Por qué tanta formalidad? Crucé las piernas y humedecí mi labio inferior, adoptando el gesto más serio que puede existir. Al ver tal expresión, no pudo evitar suspirar. Bart parecía cansado, y no le culpaba. Las últimas semanas se habían basado en especulaciones sobre la cancelación

de mi matrimonio y todo lo relacionado con la empresa. No había hecho público -todavía-, mi relación con Catherine, pues había que suavizar la situación actual antes de dar otra gran noticia.

Hice un gesto con la mano, invitándole a hablar y me preparé mentalmente para lo que iba a decir.

- No puedes salir con esa joven, hijo -dijo nada más comenzar. Cuando esas palabras salieron de sus labios, tuve la tremenda necesidad de estampar mi puño en su cara-. Catherine, ¿cierto? Me gusta que por fin te hayas dado cuenta de lo que le conviene a la empresa. Tu faceta de padre cariñoso hará que los inversores vean que no solo nos preocupamos por las ventas, sino que hay algo más en esta familia, una unidad. Me alivia que hayas seguido mi consejo...

- Un momento -alcé un dedo-. Te equivocas completamente, padre. No estoy con Catherine por la empresa, ni por tus amenazas. La quiero, tanto a ella como a mi hijo, así que no me vengas con esas estupideces porque no estoy de humor para escucharlas.

- Tienes que obedecerme. -Sentenció-. Svetlana es una joven adinerada, con una dote y una imagen perfecta para las promociones de la empresa. En cambio, Catherine es una chica vulgar, una simple adolescente universitaria. Tu ex prometida sigue siendo dueña de una importante parte de la empresa. Y, ¿sabes lo que va a hacer? Retirá todas sus inversiones y podríamos caer en picado a partir de ese momento. Si no quieres vivir en la calle, mejor arregla las cosas con ella.

- ¿Qué?

Estallé en carcajadas tan pronto como terminó de hablar.

Golpeé el escritorio con el puño cerrado mientras intentaba no llorar de la risa, por supuesto. Sacudí la cabeza en un intento de despejarme y recuperé la expresión sombría tan pronto como la risa se detuvo.

- Oblígame a alejarme de Catherine y moveré cielo y tierra para hacértelo pagar. Recuerda que el director de la empresa soy yo, que las decisiones finales pasan por mí antes que por nadie.

- Hijo, el único motivo por el que te he legado la empresa es por tu imagen. Un joven guapo, impecable, adinerado e inteligente. Tú eres la cara de esta gran casa, mientras que yo soy quien mueve todos los hilos. ¿Crees que los inversores confiarán en alguien como tú? Eres un niño, todavía sigues siéndolo. No conoces nada sobre la vida, y se reirán de ti tan pronto como cometas el primer error. Así que, en el contrato, se me olvidó mencionar que poseo el 75% de las acciones actuales, lo que me hace tan o incluso más poderoso que tú.

- Hijo de puta -dije entre dientes-. Entonces, ¿por qué demonios apareciste en el funeral, eh? Esas palabras para consolarme. ¿Qué demonios pretendes hacer conmigo! ¡Estoy harto de tus juegos! ¿Qué es lo que quieres de mí realmente, padre?

- Le confesé a Svetlana nuestro pequeño secreto con la intención de tenerte retenido. Necesitaba a alguien manejable y ella era la mejor opción. Aún así, te las apañaste para librarte de ella. ¿Te lo puedes creer? ¡Siempre manejas mis planes a tu antojo! Pero eso ya ha terminado. Aquí te presento, sobre la mesa, mis dos opciones.

Arrastró dos sobres

hacia mí, ambos del mismo tamaño y aspecto. Temeroso, dudé si debía acercarme y abrirlos. Bart se adelantó y los expuso ante mí. Deslizó del interior de los sobres unos papeles y los depositó de forma que pudiera leer lo que ponía.

No podía dar crédito a lo que estaba viendo.

- Por un lado, tienes los papeles de matrimonio -los señaló con una pluma-. Svetlana ya los ha firmado, tan solo tienes que hacerlo tú y estaréis legalmente casados. Regresará de su falso viaje por Europa y ambos fingiréis que nada ha sucedido. Le pagaré a Catherine una casa en la parte del mundo que ella elija. Le aseguraré tanto su futuro como el del bebé. Vivirá como una auténtica reina -la normalidad con la que hablaba me erizó el bello de la nuca-. Por otro lado, tienes la renuncia de la empresa. Ya he firmado como el próximo presidente. Recuperaría mi poder y tendría la potestad para echarte a la calle, tanto de la empresa, como de toda la herencia. No

poseerías derecho alguno. Podrás vivir con tu novia adolescente y ese bebé, sí. Pero no puedo prometerte mi protección de nuestros enemigos, ni siquiera un techo donde resguardarte.

- Esto tiene que ser una broma -no oculté el dolor en mi tono de voz.

- Tú eliges el futuro, Dimitri. Puedes tener la vida que siempre deseaste o arruinar la vida de aquella joven. Tendrá que dejar sus estudios para cuidar al bebé, y tú tendrías que buscar un nuevo trabajo. No creo que la universidad acepte a un profesor que haya mantenido relaciones sexuales con una de sus alumnas. Suena realmente mal, ¿no crees?

/>

- ¿Cómo he podido llamarte padre? -me incorporé, lanzando la silla al suelo-. Si realmente me quisieras, aunque fuera una mínima parte, ¿no estarías haciendo todo esto para destrozarme! ¿Por qué no puedo vivir con Catherine, con mi hijo? ¿Por qué me lo impides? Ella jamás ha reclamado mi dinero. Nunca lo ha mencionado. Ella me quiere, Bart.

- Dimitri, hay cosas que no puedo contarte. Me limitaré a decir que estoy en el punto de mira de unas personas que están dispuestas a hacer todo lo que sea por conseguir sus fines -la seriedad con la que dijo aquellas palabras me hizo tensar los hombros-. Cuentas con dos semanas para decidir lo que deseas hacer con tu vida. Tú eliges. Mientras tanto, yo guardaré los sobres. Llámame cuando hayas efectuado una elección.

Entonces, yo estaba en lo correcto: Bart tenía secretos oscuros, peores que los míos.

Pulsó en el botón rojo para que los guardias de seguridad entrasen. Literalmente, me echó de lo que había sido mi antiguo despacho. Salí con zancadas amplias y me detuve frente al coche, apoyando las manos sobre este. ¿Cómo saldría de esta sin destrozarse la vida de Catherine en el camino? Si pudiera acceder a las cuentas privadas de la empresa, descubriría quien está chantajeando a mi padre. Porque hay alguien que, desde las sombras, está manejando tanto su vida como la mía.

Siempre supe que llevaba razón cuando le dije a Catherine que no era lo mejor para ella. A pesar de los hechos, lucharía. Nadie me quita lo que es mío.

* * * *

*

Catherine

Alexia entrelazó su brazo con el mío mientras me narraba con todo detalle sus vacaciones en la playa. Caminábamos por Central Park, disfrutando de esa repentina brisa de aire frío que se había levantado en torno al lago. Varios niños intentaban hacer que las ocas comiesen el pan que le arrojaban, sin resultado alguno. Sonreí interiormente antes de suspirar.

- Entonces, ¿cuándo tendrá lugar la boda? Vamos, Catherine, uno de mis sueños es convertirme en dama de honor y, como comprenderás, tengo que comprarme el mejor vestido del mundo. Ah, no te olvides que yo seré la madrina de ese bebé -Alexia dijo, de nuevo.

- No digas estupideces. Acabamos de comenzar una relación, no vamos a casarnos. Además, solo han transcurrido unas pocas semanas desde que él canceló el otro compromiso. Es mejor no forzar los acontecimientos, tienen que fluir a su ritmo.

- Estás embarazada -señaló a mi vientre, como si no fuese obvio-. Habéis roto las normas de una relación convencional con el simple hecho de acostaros. Así que no me vengas con excusas y dime cuando podré prepararme para esa boda.

- Alexia -le reproché.

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Me limité a observar los alrededores. Había un espléndido sol brillando en lo alto, el cual no duraría mucho más tiempo, pues el otoño no tardaría

en llegar y con él, las típicas tormentas. Me abaniqué la nuca con la intención de crear un poco de aire fresco, sin embargo, causé el efecto contrario.

- Espera

-dije al cabo de unos minutos-. ¿Qué hay de ti y tu novio misterioso? Tengo que conocerle cuanto antes. Llevo repitiéndolo todo el verano, lo reconozco, pero las cosas no han sido tan fáciles como para encontrar un hueco libre y, ahora que todo va sobre ruedas, quiero conocerle.

- Jacob se encuentra lejos en estos momentos. Regresará al final del verano.

Mi cerebro tardó unos minutos en procesar esa información.

¿Había escuchado bien sus palabras? ¿Jacob? Fruncí el ceño y me separé de ella con la intención de apoyarme en una de las barandillas que daban al lago. No era posible que su Jacob fuese mí Jacob. Es decir, ¿qué intenciones tendría él de salir con mi mejor amiga y luego intentar besarme? Entonces, caí en la cuenta de que él había conocido a Alexia y, ¿quién sabe? Quizá ella había sido otra más en el cruel y macabro juego de su padre.

- Eh, Catherine, ¿estás bien? -me preguntó tan pronto como me vio empalidecer.

- ¿Cómo se apellida ese tal Jacob? -dije, sin mirarla.

- ¿Qué importa eso? Además, todavía no me ha presentado a sus padres. Dice que está esperando al momento ideal, que la situación está muy tensa en su hogar.

- ¿No conoces su apellido? -agrandé los ojos-. Al menos, descríbeme cómo es.

Alexia me sostuvo la mirada unos instantes, sin comprender esa repentina preocupación e interés por conocer la identidad de su misterioso novio. Si mis suposiciones eran ciertas, entonces,

tendría que comunicarme con Dimitri tan pronto como me

fuera posible.

- Es tremendamente irresistible -puso los ojos en blanco-. Sus ojos son muy claros, de un verde o azul claro, no sabría decirte con seguridad. Su cabello es más o menos rubio oscuro. Me recuerda a Dimitri en ese aspecto, pero no te preocupes, mantendré mis manos alejadas de tu hombre, ya sabes que yo jamás te haría algo -bromeó.

- Se parece a Dimitri -repetí-. Alexia, es muy importante que prestes atención a mis palabras. Si ocurre exactamente lo que estoy pensando, debes alejarte de él.

- ¿A qué te refieres?

Dubitativa, rehuí su mirada. ¿Debería confesarle todo lo que sé acerca de él? ¿Y si en realidad no estuviéramos hablando de la misma persona? ¿Qué ocurriría? Necesitaba ver una imagen de él antes de todo. Le pregunté por aquello, y dijo que no llevaba el teléfono consigo, por lo que no tuve otra opción que contarle lo sucedido con Jacob Ivanov, o Nathaniel. Su mandíbula se desencajó tras escuchar mi historia y permaneció como una estatua durante varios minutos.

Me odiaría a mí misma por hacer daño a mi amiga aunque no hubiera sido intencionadamente.

Crucé los brazos sobre mi pecho y cambié el peso de mi cuerpo de un pie a otro mientras esperaba a escuchar una respuesta por parte de Alexia. Me comenzó a preocupar ese gesto perdido, por lo que la sacudí por los hombros hasta que reaccionó.

- No... creo que se traten de la misma persona -aclaró su garganta-. Jacob jamás me haría algo semejante. No mentiría ni fingiría hacerse pasar por otra persona para que...

- Para

que Svetlana y Bart pudieran conseguir todo lo que ellos quisieran -finalicé por ella.

Tomó asiento en el banco más próximo y escondió el rostro entre sus manos. No sabía qué hacer, por lo que me limité a sentarme junto a ella y esperé pacientemente a que su mente terminara de asimilar la gran cantidad de información. Recosté la espalda contra el banco hasta que ella dijo:

- ¿Te besó?

Maldita sea. ¿Tenía que ser justo esa pregunta?

- Sí -confesé, dispuesta a desembucharlo todo-. Pero le detuve a tiempo, más o menos. Alexia, sabes perfectamente que yo estoy enamorada de Dimitri, y desconocía su auténtica identidad. Tanto tú como yo creíamos que se llamaba Nathaniel. Si hubiese sabido en un principio sus verdaderas intenciones, él jugó contigo y conmigo...

- No tienes la culpa -murmuró.

- He sido una estúpida -bufé, cerrando los ojos.

El silencio aumentó entre ambas. Ni ella quería hablar del tema, ni yo deseaba pensar en ello. Me asustaba saber que podría arruinar otra relación. Ya lo hice con Svetlana, y perdí su amistad. No podía perder a Alexia, pues ella no era una simple amiga. Era como mi hermana. Me levanté, sacudiendo el vestido y extendí mis manos hacia su posición con la intención de levantarla. Sabía muy bien que no le animaría tanto como ella a mí, pero al menos, lo intentaría.

Se negó a mirarme. Continuaba mirando a sus manos. Me adelanté y las aferré con fuerza y la empujé a que se incorporase. Ella se negó, e incluso llegó a esbozar una de esas sonrisas atrevidas antes

de soltarme de las manos. Me tropecé con mis propios pies y caí hacia atrás, haciendo que mi espalda chocase contra la de algún extraño.

- ¡Lo siento! -exclamé.

- Así que ahora quieres terminar la noche en el hospital -las manos ásperas pero duras de Dimitri me aferraron por la cintura, impidiendo que me precipitara hacia atrás-. ¿Qué demonios hacías?

- Intento animarla -señalé a Alexia.

Le di un pequeño golpe en el hombro a la aludida, la cual suspiró. Cuando centré la mirada en Dimitri, observé como forzaba una sonrisa. Lo supe porque la alegría no ascendió hasta sus ojos. Fruncí el ceño, sabiendo que algo malo había sucedido en la reunión con su padre. Él mismo me dijo ayer que no sabía lo que Bart le pediría ahora. Sin embargo, no pregunté nada. No era el momento ni el lugar adecuado para hacerlo. Además, Alexia ya estaba lo suficientemente deprimida como para que escuchara nuestras típicas conversaciones.

Besó mi sien y permitió que me apoyase contra su figura.

- ¿Ocurre algo, Alexia? -preguntó Dimitri.

- Nada fuera de lo común -bufó, animándose al instante-. Resulta que tu medio hermano, Jacob, estaba saliendo conmigo mientras intentaba ligarse a tu novia para hacerle unos favores a tu padre. A pesar de que por el momento son simples conjeturas, algo de cierto tiene que haber. Es... increíble. La primera vez que me enamoro y resulta ser una farsa.

- Quizá no fue así. Jacob fue a hablar conmigo hace... unas semanas -confesé al fin, atrayendo la atención

de ambos-. Me dijo que se arrepentía de todo lo que había hecho, y me pidió perdón. Si hizo lo que hizo, fue por culpa de Bart.

- Tengo que hablar con él -Alexia asintió para sí misma-. Así saldremos de dudas.

- Jacob está de viaje -añadió Dimitri-. Te resultará difícil encontrarlo. Siempre que desaparece en

uno de los aviones privados, no llama, no envía ninguna señal de que está bien hasta que regresa. Es algo típico de nuestra familia. No estoy orgulloso de ello -finalizó.

- Pues yo daré con él -se aproximó a mí, haciendo que Dimitri se apartase, para poder abrazarme.

Ese cálido abrazo hizo que mis miedos se disipasen. Alexia era la mujer más fuerte que había conocido en toda mi existencia -sin tener en cuenta a Mary y a mi propia madre, por supuesto-, así que estaba cien por cien segura que podría manejar esta situación. Además, yo estaría siempre a su lado. Me despedí de ella y observé su melena rubia desaparecer en la distancia.

- Un asunto menos -dije, y clavé la mirada en Dimitri-. Ahora voy contigo. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien? ¿Ha dicho Bart algo malo? ¿Te ha... herido? Tienes mala cara, se ve preocupado, y no me digas que no lo estás porque te conozco -balbuceé con rapidez.

Dimitri mostró una pícaro sonrisa; una que intentó calmar mis temores.

Deslizó un brazo en torno a mi cintura y caminamos en dirección trasera a Central Park, donde su coche estaba aparcado.

- Solo quería hablar conmigo sobre cuestiones económicas -me dijo-. Abrir una nueva sede en Australia, lo cual requeriría una gran inversión de capital y nuevos proveedores. Ya sabes, temas de empresa que aburren a cualquiera -bufó.

- Menos mal -musité, repentinamente aliviada-. Por un momento pensé que estabas mal.

- Lo estaba, cierto, hasta que te vi -nos detuvimos frente al coche.

Le besé sin cortarme un pelo. Entrelacé los dedos con su cabello, atrayendo su cuerpo al mío, mientras mi boca devoraba la suya. Ahí, frente a todos los transeúntes, le di uno de aquellos

besos que únicamente daba en privado. Sonreí sobre sus labios antes de entrar en el interior del vehículo, pensando en el increíble futuro que nos estaba esperando.

=====

Semana 25

Mamá volvió a echar un vistazo al asado que se estaba cociendo en el horno para evitar que se quemase. Me recordó a las cenas familiares de navidad. La diferencia se encontraba en que era verano y, digamos, que no tan familiar. Me aseguré de que el vestido de tirantes no dejaba ver más de lo que debería y acomodé mi cabello sobre los hombros. Patrick se había negado en un principio a cenar con nosotros, pero mi padre le amenazó con detener la paga en California.

Mi hermano no podía confesar que contaba con suficientes ahorros como para ser capaz de mantenerse por sí solo, por lo que asintió y se vistió de mala gana. El vestido rojo -bien llamativo-, era una pequeña prueba para ver si Dimitri era tan caballero como insinuaba.

Sé que era una estupidez, pero adoraba provocarle siempre que podía.

Bajé las escaleras con lentitud a pesar de que ya eran casi las nueve. Dimitri estaría aquí en cualquier momento. Patrick tomó asiento en la mesa y, cuando intentó pinchar en la gran ensalada, mi madre le golpeó la mano. Reí por lo bajo y caminé de un lado a otro de manera nerviosa. ¿Le caería bien a mis padres después de todo lo que hemos pasado? ¿Aceptarán nuestra relación? Todas aquellas preguntas se llevaban repitiendo en mi cabeza durante la última semana. Temía su reacción.

Alguien golpeó la puerta varias veces. Dirigí mi atención a esta y, antes de ser capaz de abandonar las escaleras para abrirla, mi padre ya se había adelantado.

¡Demonios, no!

Caminé tras sus pasos con rapidez mientras él le dejaba paso a Dimitri. Intenté

mirar al exterior por encima de su hombro, no obstante, debido a que yo era tan baja, y mi padre tan alto, no lograba divisar nada más allá de sus hombros.

- Dimitri Ivanov, ¿cierto? -la voz gélida de mi padre me provocó escalofríos-. Soy Dante Miller.

Extendió una mano y resoplé. Casi nadie le llamaba de esa manera, pues su abreviatura era Dan y Dante sonaba demasiado formal. Aunque, teniendo en cuenta la situación en la que nos encontrábamos, quizá esa era la mejor forma de comenzar. No había confianza entre Dimitri y mi familia, y hubieran rechazado la propuesta si supieran lo que sucedió en la pelea.

- Un placer conocerle al fin, señor -Dimitri estrechó su mano.

Supe que mi padre estaba ejerciendo más presión de la que debería con ese apretón ya que sus nudillos se pusieron blancos.

- Ya me gustaría decir lo mismo -respondió mi padre.

- Vale, de acuerdo. Papá, por favor -me interpose entre ambos con una sonrisa.

Dimitri humedeció sus labios antes de agachar su rostro hacia mi posición. Recorrió con la mirada aquel modelito que llevaba puesto antes de reprimir una sonrisa. Tuve que aguantar la risa tras recordar nuestro pequeño pero infantil trato.

» Terminé de secar mi cabello con la toalla antes de adentrarme en su habitación. La casa de Dimitri había regresado a la normalidad tras reparar el mobiliario. Él no quiso que colaborase con la limpieza ya que era extremadamente peligroso para mi embarazo. Puse los ojos en blanco al recordar sus palabras tan exageradas

y le observé trabajar desde la silla de su escritorio. Coloqué las manos en sus hombros y recorrí el contorno de estos con la yema de los dedos, acariciándolos.

» - No me distraigas -murmuró al sentir mi tacto-. Tengo que terminar este papeleo para mañana si quiero asistir a la cena, Cathy.

» - Vamos, llevas todo el día frente a la pantalla -aproximé mis labios a su cuello.

» Comencé a recorrer su garganta con mi boca.

» En respuesta, Dimitri no hizo más que exhalar un pesado suspiro y me miró con una cara poco amigable. No obstante, mantuvo esa sonrisa de satisfacción en todo momento. Señaló a la gran cantidad de números que había en la pantalla y dijo:

» - Catherine, por favor -a pesar de los hechos, se las apañó para deslizar una mano bajo la tela del vestido.

» Recorrí mis caderas y glúteos con las manos antes de sentarme en su regazo. Creyendo que podría besarle de una vez por todas, me apartó hacia un lado con suavidad, quitando sus manos de mi cuerpo al mismo tiempo, y extendió los brazos para seguir tecleando. Fruncí el ceño y me crucé de brazos. No buscaba sexo, nada de eso. Tan solo necesitaba un poco de sus mimos. Era lo único que quería en estos momentos.

» Descansé mi cabeza sobre su hombro. Noté su mandíbula tensa y uno de sus brazos se deslizó en torno mi cintura para evitar así que me deslizara hacia el suelo. Inspiré su aroma durante unos minutos, al menos, hasta que me alzó entre sus brazos.

» - ¡Cuidado, Dimitri! -grité entre risas-.

Ya no estás cargando el mismo peso. ¿Sabes que he engordado casi dos kilos en las últimas dos semanas? A este ritmo no podré caminar.

» - ¿A quién le importa? Sigues igual de preciosa -bajó sus labios hasta los míos.

» Respondí a su beso con la misma pasión que la suya y anudé mis brazos alrededor de su cuello. Me mantuvo alzada durante tanto tiempo que no comprendí por qué motivo no se cansaba. Antes de percatarme de lo siguiente, mi espalda ya rozaba las sábanas de la cama. Apoyé la cabeza contra la cabecera y le miré.

» - Tu capacidad para distraerme es impresionante, Cathy -dijo sobre mis labios.

» - ¿Crees que eres el único al que le pasa? -acaricié su pecho desnudo-. Deberíamos de ponernos algunas limitaciones, no podemos pasar las veinticuatro horas del día en la cama.

» - ¡Ja! Serías incapaz de resistirte a mis encantos durante más de veinte minutos.

» Indignada, le empujé para que se quitara de encima y me senté frente a él. No podía creer lo que estaba insinuando. ¿Pensaba que estaba obsesionada con él, o qué? Asentí levemente, dispuesta a alzar mi orgullo y esbocé una amplia sonrisa.

» - Creo que ese término sería más aplicable a tu caso que al mío.

» - Te equivocas, querida -de un tirón, consiguió quitarme el tirante del hombro derecho-. Si estás tan confiada, entonces, ¿por qué no hacemos un pequeño trato? -hizo una pausa, esperando a que yo asintiera de nuevo-. El primero que consiga desnudar al otro, gana. Y el perdedor, tendrá que cumplir todo lo

que el otro desee durante un día.

» - ¿Todo? -recalqué.

» -Todo.

» Fingí pensármelo durante unos minutos, apartando la mirada de la suya para centrarla en la chimenea apagada. Ya hacía suficiente calor entre nosotros como para mantenerla encendida en verano. Suspiré, un tanto abatida, y extendí una mano.

» - Trato hecho, señor Ivanov.

Aclaré mi garganta yo también para romper la tensión que acababa de formarse entre mi novio, mi padre, y yo. Terminé de abrir la puerta para dejarle paso. Mi madre -mucho más educada que papá-, fue la única que se olvidó de todos los errores cometidos y le dio una cálida bienvenida. Interiormente me sentí fatal. ¿El motivo? Mary ya no estaba entre nosotros, y Dimitri tendría esa pérdida presente durante toda la velada.

Me hubiera gustado repetirle de nuevo que mi familia era la suya, sin embargo, me contuve. No solo porque mis padres estaban en frente, sino porque eso levantaría nuevas preguntas.

- Catherine -Dimitri besó la comisura de mis labios y me apretujó contra su cuerpo-. Me alegra verte de nuevo. Ese vestido es... idóneo para la ocasión -no ocultó la ironía.

- Gracias.

Patrick también se vio forzado a levantarse para saludarle. Le estrechó la mano con un claro rencor en la mirada antes de regresar a su sitio. Dimitri tomó asiento junto a mí y le miré de reojo, un tanto nerviosa. Él también parecía tenso e incómodo. Mi madre extrajo del horno el asado y lo depositó en el centro de la mesa.

Mi padre fue el primero

en extender una mano para repartir la comida a su plato, por supuesto. También lo hizo con el de mi madre, el de mi hermano, y el mío. Dimitri me miró con una sonrisa que denotaba diversión y se remangó la camisa.

- Dimitri, ¿a qué te dedicas exactamente? -preguntó mi padre, entrelazando las manos sobre el hueco libre junto a su plato-. Catherine me ha dicho que has aceptado el puesto como presidente ejecutivo de la empresa. Y que también trabajas en su universidad.

- Eso es cierto -respondió mientras llenaba su plato-. Llevo trabajando para mi padre desde hace diez años aproximadamente. En cuanto a la universidad, eso comenzó hace apenas unos dos o tres años. Tenía que hacer algo con mi título, no quería pasar todos los días encerrado entre tanto número y ordenador. Así que compré mi plaza.

- He visto el periódico, ¿sabes? -papá pinchó un trozo de patata y la llevó a su boca. Fruncí el ceño, pues eso debería de haberle quemado hasta los órganos-. Bueno, al menos, he visto todo lo que han publicado sobre ti.

El aludido imitó el gesto de mi padre, partiendo la carne y comiendo como si estuviera en su propia casa. Mi hermano me dio una pequeña patada bajo la mesa, encogiéndose de hombros e insistió en que yo también probase la comida. Esto había comenzado demasiado... dramático.

- No haga caso a la mayoría de esas estupideces. Son farsas para mantener a la población ocupada e inmersa en falsos rumores mientras intentan distraerlos de las noticias más importantes, como la política, por ejemplo

-dijo.

- No estamos hablando de política.

- Entonces, ¿qué le gustaría saber de mí, señor Miller?

Dimitri le sostuvo la mirada unos instantes y mi padre acabó apartándola para echar un vistazo a mi madre, cuyo rostro denotaba lo mucho que se divertía con la actitud de papá. Tras conversar unos minutos más, el ambiente pareció relajarse hasta el punto en el que comencé a nadar en vez de ahogarme. Mi hermano incluso gastó alguna que otra broma. Quizá, después de todas nuestras charlas, se había dado cuenta de lo mucho que Dimitri significaba para mí.

Tras la cena, ayudé a mi madre y a mi hermano a retirar los platos de la mesa. No tardé en sentir las cálidas manos de Dimitri obligándome a tomar asiento de nuevo, como si el mero hecho de dejar un plato de porcelana sobre la encimera fuera a provocarme un aborto.

- Ya te lo dije, cariño -susurró próximo a mi oído-. Eres muy joven y necesitas más descansos que otras embarazadas. Así que yo quitaré esto. Además, tampoco quiero quedarme de brazos cruzados toda la noche. Al menos, no ahora que la cosa se está poniendo interesante.

Dejó un pequeño beso en mi cuello antes de incorporarse. Mientras tanto, me marché al salón, donde mi padre ya se había acomodado en la mitad del sillón, obligando así a que Dimitri y yo estuviéramos separados. Me recosté y estiré los pies sobre el sofá. Dimitri llegó junto a mi madre en unos segundos. Se sentó al otro lado de mi padre y acomodó su camisa.

- ¿Habéis pensado qué

hacer? -preguntó ella.

- Lo dejo en manos de Catherine -me señaló antes de entrelazar las manos sobre su propio regazo-. Haré todo lo que ella quiera. Sin embargo, me encantaría salir de la ciudad una buena temporada, y espero que ella quiera venir conmigo.

- ¿Cómo? -respondimos Patrick, mi padre y yo al unísono.

- Sí, quería esperar para hablarlo contigo en privado pero no puedo esperar más -esbozó una de esas sonrisas torcidas que quitaban el aire-. Marchémonos de la ciudad, Catherine. Disponemos de los medios necesarios para hacerlo, y podremos regresar cuando quisieras. El bebé dispondría de todas las comodidades, pero eso, ya lo sabías.

Me quedé estupefacta ante la proposición.

Crucé las piernas y enderecé la espalda, clavando la mirada en rostro en un fallido intento de buscar la trampa. Él es atrevido, arrogante y egocéntrico. Sin embargo, desde que estamos juntos, había abandonado esa faceta. Me sorprendió bastante que se hubiera atrevido a proponer algo como aquello delante de toda la familia. Como era de esperar, mi padre respondió con un no rotundo.

- Mi hija no saldrá del país a pesar de ser mayor de edad. No permitiré que se marche contigo cuando acabáis de comenzar una relación que ni Dios sabe como terminará -exclamó.

- No pretendía ofenderte, señor Miller, pero Catherine va a ser madre, está pagando su universidad gracias a trabajos que ha realizado durante las vacaciones y quiere terminar los estudios tras el embarazo. Ha rechazado mi ayuda

económica y, ¿acaso no la ves? Ya no es una niña -la manera en la que Dimitri habló me provocó mareos, en el buen sentido-. Así que ella está en su derecho de elegir si quiere marcharse conmigo, o no.

- Gracias -musité.

- Sé que no hemos comenzado con buen pie, Dimitri -mi padre aclaró su garganta-. Ya sabes, al principio me costó mucho aceptar que mi hija se convertiría en madre con tan poca edad. Lo peor es que estaba siguiendo mis pasos -señaló a Patrick-. Él nació cuando su madre y yo teníamos dieciocho años. Pero no me arrepiento de nada.

Intercambié una mirada entre mi familia y Dimitri.

- Pero si demuestras que realmente la quieres... -suspiró al final de la frase.

- ¿Por qué crees que estoy aquí esta noche? -respondió él.

Transcurrieron dos horas más antes de que se marchara. Mi padre se sentó junto a mi madre y por fin pude acurrucarme con Dimitri. Noté sus manos tensas en mis hombros en todo momento, pero supuse que era por la presencia de ellos. Tras ver una película, le acompañé a la entrada, tomando las llaves de casa conmigo, y cerré la puerta con fuerza para hacerle saber que no quería que me molestaran.

Dimitri frotó su barbilla e introdujo una mano en su bolsillo, sin mirarme.

- Esta noche ha sido perfecta. Aunque no lo parezca, te has ganado un poco de confianza de mi padre, ¿sabes? No creo que olvide el mini discurso que has dado sobre mí. Me enamoraría más de ti si eso fuera posible -reí entre dientes, aproximándome

a él.

Su espalda se tensó ante mi tacto y fruncí el ceño.

- Te he mentado, Catherine -titubeó-. Si decides marcharte del país, no lo harías conmigo. Es la mejor opción para nosotros. Recibirías ayuda económica todos los meses, e incluso semanas, si fuera necesario. Estaríamos en contacto, si es que todavía deseas hablarme.

- ¿Qué... demonios estás diciendo?

- Mi padre no quería hablar sobre montar otra industria, Cathy. Él me dio a elegir, y con ambas opciones te perdía. He intentado encontrar otra alternativa, he revisado algunas de las cuentas de la empresa con la intención de encontrar algún fraude, algo que le delatara, o que yo pudiera

chantajearle. Pero no lo he conseguido. Lo peor de todo es que Jacob podría servirme de ayuda y él tampoco está disponible -hizo una pausa-. He vuelto a fracasar. Esta noche pretendía llevarte conmigo fuera de Manhattan, a algún lugar remoto, y desaparecer por la mañana.

No respondí. ¿Qué puedo decir en este caso? Bart no podía obligarle a separarse de mí. ¿Qué motivo tendría para hacerlo? ¡Incluso él dijo que se alegraba de conocerme!

- ¿Por qué? -logré formular.

- Las acciones de la empresa caerán en picado en cuanto la familia de Svetlana retire el contrato. Ya no hay matrimonio, por lo que su capital también desaparece. Mi padre valora su legado más que a la propia sangre, y me presentó dichas opciones: una consistía en romper nuestra relación y regresar con Svetlana. Es... la que iba a tomar, pues dispondría del control para ayudarte con el bebé, un hogar, con todo. La segunda era permanecer contigo, pero te arruinaría la vida. Ese bebé... ¿Quieres vivir de tus padres? Dios, es horrible. No podía dejar que sufieras por mi culpa; ya no más, así que estaba decidido a arreglar el error.

- ¿Arruinarme? ¿Cómo? -bufé-. Si permitimos que un maldito hombre ponga sus intereses sobre nuestra felicidad, ¿en qué nos convertiremos? ¿Qué sucederá contigo en un futuro? Eh, escúchame. Tienes mucho dinero, poder, una maldita empresa a tu disposición. Lo tienes todo en tus manos, ¿por qué no lo terminas de aprovechar?

- ¡Él también me mintió! -gritó-. Me colocó en ese falso mando con la intención de hacerme creer que por fin me había salido con la mía. Él tiene la última palabra, Catherine. He estado sopesando las opciones durante toda la semana, y todavía me niego a aceptar que...

Tensó la mandíbula y por fin quiso mirarme a los ojos. Acortó la distancia y me besó con ferocidad y, a pesar de mis insistencias para separarle de mí, terminé envolviendo su cuello con mis brazos. Recorrió mi boca con su lengua antes de deslizar sus labios por mi garganta.

- Tienes razón, no pienso perderte. Encontraré algo, Catherine. Todavía dispongo de veinticuatro horas antes de tener que firmar uno de los dos sobres. Así que haré algo para arreglarlo, te lo prometo -besó mi frente y se alejó de golpe.

Subió a su coche y arrancó el motor. Las luces iluminaron el coche situado frente al suyo antes de maniobrar para salir a la carretera. Le observé alejarse y, con él, se fue la última esperanza que había puesto sobre nosotros en un principio.

=====

Semana 26

Alexia

El sol cegador y la brisa cálida me subieron el ánimo. Con una mera maleta de mano, y las gafas de cristal oscuro que ocultaban la pena en mi mirada, bajé del avión y puse rumbo al interior del aeropuerto. California era una ciudad mucho más soleada que Manhattan. Además, las vistas eran preciosas -y no me refería únicamente al paisaje-.

Logré alcanzar un taxi antes de que una rubia de bote me lo quitase. Le dije la dirección que marcaba el correo electrónico que el propio Jacob se había olvidado de borrar y apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento.

Sí. Había viajado desde mi ciudad hasta esta con el objetivo de esclarecer todo con Jacob. Le quería y no estaba dispuesta a que alguien con un propósito mayor al suyo se interpusiera en nuestro camino. No quería sonar borde, ni egoísta, pero la diferencia entre Catherine y yo es que yo sí actúo. Ella se limita a pensar y sopesar opciones.

Aproveché para sacar algunas fotos de las palmeras. El conductor me miraba de reojo de vez en cuando, usando el espejo retrovisor. Puse los ojos en blanco.

Le pagué la tasa correspondiente una vez que se detuvo frente a una casa de fachada blanca. Frente a la playa, y con el sonido de los restaurantes y gente disfrutando de sus vacaciones, Jacob tendría que estar en el auténtico paraíso. Mi visita sería toda una sorpresa para él. Estaba un tanto nerviosa, no iba a mentir. Mi novio había besado a mi mejor amiga, y lo mejor de todo era que Dimitri detuvo aquel beso, no ella.

No la culpaba. Jacob se hizo pasar por otra

persona.

Golpeé la puerta repetidas veces y me crucé de brazos, a la espera de que Jacob decidiera abrir la puerta. Me imaginé su reacción de miles de formas, pero ninguna se asemejó a la que mostró cuando me vio parada frente a él. Verle así, con esa mirada tan apenada, me hizo recordar la noche en la que él y yo nos conocimos.

» Era la fiesta de despedida de soltero de Dimitri. Pensar que tanto mi vida como la de mi mejor amiga cambiaría tras esa noche me parecía un tanto imposible en estos momentos. Con la bandeja repleta de copas de Martini y el traje ajustado, me hice paso entre los invitados. Ninguno me prestó demasiada atención y me alegré por eso. No deseaba tener la mirada atontada de cientos de hombres puesta en mi trasero.

» Divisé a Catherine en la lejanía, la cual andaba de un lado a otro, ajetreada. Dejé la bandeja sobre la mesa más próxima y cogí las copas con las manos, dispuesta a entregarlas en persona. Así beberían más, tendrían más sed, y acabarían... pues eso, más borrachos.

» Alguien mencionó el nombre de Dimitri desde el escenario, por lo que me apresuré a darme la vuelta para poder ver el siguiente espectáculo. Sin percatarme de los acontecimientos, acabé con las copas de Martini esparcidas sobre la camisa de uno de los invitados, y los trozos de cristal dispersos por el suelo. Llevé las manos a mi boca, cubriéndola temporalmente antes de aferrar varias servilletas y pasarlas sin descaro alguno por su pecho.

» - ¡Lo siento, lo siento! -me apresuré a decir, restregando más su camisa.

» - Eh, no es nada

-contestó en un tono más alto para que fuera capaz de escucharle sobre el elevado volumen de la música-. Debería de agradeceréte.

» - ¿Y eso? -respondí, sin apartar la mirada de la grande mancha.

» - Hace demasiado calor como para pasearse de un lado a otro sin una camisa húmeda que desprenda olor a Martini -chasqueó la lengua, con un aire de diversión-. De paso, aprovecho para hablar con la guapa camarera que tanto me ha llamado la atención. Mi nombre es Jacob.

» Estudié su rostro durante unos segundos, sin borrar la sonrisa. Era joven, atractivo, y no parecía haber consumido mucho alcohol ya que, a excepción de las copas que yo había arrojado, no había ninguna otra.

» - Si quieres saber mi nombre, gánatelo -le guiñé un ojo y, tras recoger los pedazos de cristal más grandes, los puse de nuevo en la bandeja y regrese a la parte trasera del local.

» Recargué las bebidas mientras pensaba en Catherine. Su historia con el prometido de nuestra amiga era intensa a pesar de que, entre ellos, no había sucedido más que un beso. ¡Un beso! Le había repetido hasta la saciedad si estaría cómoda esta noche. Ella, tan testaruda e irritable como siempre, me dijo que esa atracción por el multimillonario desapareció tan pronto como regresó del campamento.

» No me creí ni una de sus palabras.

» Las horas transcurrieron y la fiesta se animó más, si era posible. La sudor resbalaba por mi frente debido a que iba de un lado a otro y, entonces, vi lo que estaba sucediendo. En una de las barras, varias

personas se aglutinaban en torno a la figura de mi amiga, la cual había vaciado media botella de vodka. Olvidándome de mi trabajo, me aproximé a ella.

» - ¡Otro, otro, otro! -exclamó el coro de personas formado a su alrededor.

» Levantó el vaso de chupito de la barra de mármol y lo llevó hasta sus labios. Sin vacilar, se tragó todo el alcohol y frunció el ceño antes de echarse a reír. ¿Cuándo y cómo había llegado hasta tal extremo? Yo le había animado a beber un poco para acomodarse en el ambiente, pero, ¿esto? ¡Catherine se estaba pasando!

» - ¡Caramba! ¡Menudo aguante! -palmeé su hombro-. Has bebido doce chupitos en menos de una hora, Cat. Creo que deberías parar de beber.

» - F-fuiste tú quien m-me animó -intentó pronunciar todas las palabras de una sentada, sin embargo, se trababa en cada una de ellas-. ¡La noche es jo-oven!

» - A este ritmo terminarás en el suelo, Catherine. Lo digo en serio -la aferré del brazo.

» La obligué a dejar el siguiente vaso en la barra y la impulsé a caminar junto a mí. Una vez que Catherine bebió un vaso de agua para despejarse y un poco de café para bajar los niveles de alcohol, le entregué el dinero justo y necesario para que tomara un taxi. No me fiaba de ella. La acompañaría yo hasta la residencia, pero la fiesta estaba demasiado entretenida como para marcharme ahora.

» De camino al interior, Dimitri pasó por mi lado a toda velocidad y salió por la misma puerta que Catherine, directamente al callejón. Arqueeé las cejas, un tanto

confusa, y esboqué una sonrisa cuando me imaginé lo que podría suceder entre esos dos.

» Me dispuse a regresar al interior de la fiesta cuando un hombre entró a la estancia en la que yo me encontraba. Únicamente el personal tenía acceso, ya que aquí se encontraban todas las reservas tanto de alcohol como comida. Se le veía un tanto nervioso, y lo supe por la forma en la que caminaba de un lado para otro y su mirada venidera. Me crucé de brazos, esperando que me dijera algo. Pero pasó de mí como si me tratara de un fantasma.

» - Perdona, no puedes estar aquí -le dije con la mayor educación posible.

» - ¿Dónde está? -preguntó, haciendo caso omiso a mi petición-. Sé que está aquí.

» Seguro que te has dejado la inteligencia en casa, pensé.

» - El alcohol, ¿dónde está? -insistió, rebuscando ahora por los refrigeradores. La mayoría de ellos ya estaban vacíos-. Vamos, bonita, no me hagas insistir más. Ahí fuera solo quedan unas

pocas copas y están todas asquerosas. Necesito alcohol frío, del bueno.

» - Me temo que ya has bebido suficiente -hice el amago de echarle, pero arrojó una de las cajas al suelo, sobresaltándome.

» - No te estoy pidiendo permiso -musitó con voz ronca, alejándose al otro extremo.

» Comenzó a arrojar los objetos al suelo. No salí despavorida como una persona normal hubiera hecho. Si dejo a ese elemento suelto en la sala, no solo destrozaría todo el mobiliario, si no que acabaría encontrando las últimas botellas y yo

sería despedida y sin cobrar. Inspiré aire, aguantando las ganas de darle una buena bofetada, y le señalé con un dedo.

» - Voy a llamar a seguridad -le dije sin un ápice de miedo-. Te echarán de aquí y, si sigues así de violento, haré que te encierren durante toda la noche. Además, ¿cuántos años tienes? Pareces menor de edad. ¿Y estás así de borracho? Caray. Menudo autocontrol.

» El chico clavó su mirada en mí.

» Y no vi venir lo siguiente. En un abrir y cerrar de ojos me estaba aferrando por los codos, inmovilizando mis manos debido a la fuerte presión. Mientras él insistía en que le diese lo último que quedaba de las reservas, yo intentaba liberarme de su agarre de cualquier forma. Llegué a clavar la punta del tacón en sus pies, sabiendo que eso dolería, pero sus niveles de alcohol eran tan elevados que no se percató del dolor.

» - ¡Suéltame! ¡Eres un bruto! -intenté golpearle, sin resultado alguno.

» - Quizá me olvido del alcohol y me conformo con lo que tengo delante -musitó.

» - ¡Ni hablar, cerdo!

» Antes de ser capaz de protestar, el chico cayó de espaldas al suelo por culpa de otro. Reconocí el rostro agitado y un tanto sonrojado de Jacob. Acomodé la chaqueta sobre mis hombros y acaricié la piel de mis brazos, notándola dolorida. Jacob logró echar a aquel hombre de la estancia tras propinarle un buen puñetazo.

» - ¿Estás bien? -colocó sus manos en mis mejillas, girando mi rostro en ambas direcciones.

» - Sí -mascullé-. No me ha hecho

nada. Sólo quería alcohol.

» - Ese hijo de puta... -bufó-. Su nombre es Abraham Williams. Vive en la casa de en frente. Es un crío de dieciséis años que se dedica a fumar todo aquello que ve, a beber, y a hacer más cosas inmencionables. Menos mal que lo he visto a tiempo -finalizó la frase en un susurro.

» Cuando logré calmarme -tampoco estaba tan agitada como debería-, esboqué una sonrisa para transmitirle seguridad. Sabía defenderme por mí misma, por supuesto, pero la fuerza de ese tal Abraham era superior a la mía. Jacob se apartó de mí cuando el silencio se hizo un tanto incómodo y suspiré, extendiéndole la mano.

» - Me llamo Alexia Carter. Creo que te mereces saber mi nombre -dije.

» - Tan solo he tenido que salvarte la vida. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? -dijo con un tono de voz irónico que me sacó varias carcajadas-. Es un placer conocerte al fin, Alexia. Ahora, ¿qué

te parece si te llevo a casa? Te prometo que yo no soy un doble de Abraham.

» No supe si acepté su propuesta por su mirada pacífica o su sonrisa bonita. Al final, conseguí salir de esa fiesta con vida y, en vez de llevarme a la residencia, le di la dirección de mi casa. De esa forma, él podría visitarme o dar conmigo si quisiera. Me despedí de él con la mano, mordiendo mi labio inferior, y me apresuré a cobijarme bajo el techo de mi hogar.

Jacob pasó una mano por su cabeza mientras terminaba de abrir la puerta.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó con un tono cargado de asombro-. Quiero

decir, me alegro muchísimo de verte, pero pensaba que yo sería el último con quien querrías estar.

- Soy así de impredecible, ¿eh? -no pude ocultar mi reciente nerviosismo.

Me sostuvo la mirada antes de aferrarme del brazo e impulsarme hacia él. Me abrazó con tanta fuerza que no pude respirar, aún así, no me separé de él. Apoyé la barbilla sobre su hombro y deslicé mis brazos por su cintura, devolviéndole aquel apretón. Cerré los ojos, dejándome llevar y olvidándome temporalmente de todo el enfado y angustia.

- Lo siento muchísimo, Alexia -me susurró-. No quise hacerte daño. En un principio, solo tenía que conseguir la amistad de Catherine. No planeaba besarla, pero surgió y te prometo que tu amiga no tiene la culpa. Fui yo quien se abalanzó, no ella. Quiero explicarte tantas cosas pero no sé por dónde empezar...

- Tranquilo -acaricié sus hombros-. Tenemos tiempo.

- ¿No estás de paso? -frunció el ceño.

- ¡Venga ya! ¿Crees que he viajado desde Manhattan hasta California solo para decirte hola y luego marcharme? El próximo avión sale en tres días. Necesitaba arreglar las cosas contigo, aclarar lo nuestro, o me volvería loca.

Se separó de mí y cerró la puerta una vez que pasé. Cargó mis maletas hasta el salón, donde las depositó junto al marco de la puerta. Estudié la habitación: contaba con dos sofás, una televisión y una chimenea. Nada más. No conté los cuadros y las flores como mobiliario, pero era típico de su familia. Ivanov. ¿Quién me lo hubiera dicho?

Mi mejor amiga y yo teniendo como respectivas parejas a los famosos hermanos Ivanov.

- Siéntate, por favor -me invitó.

- Llevo en el avión demasiadas horas. Me duele el trasero -chasquéé la lengua-. Prefiero estar de pie. Además, así podré caminar de un lado a otro en vez de estar quieta -hice una pequeña pausa-. Empieza a hablar cuando quieras. Soy toda oídos.

- ¿Qué quieres saber?

- Todo. ¿Realmente te gustó Catherine en algún momento, mientras salías conmigo? ¿Me quisiste a mí alguna vez? ¿O era todo un juego macabro de tu padre? Y, ¿qué tienes tú que ver con él y Dimitri? Sois familia, cierto, pero tu hermano le dijo a Catherine que nunca os veáis. Entonces, ¿por qué estás tan involucrado?

Jacob asintió más para sí mismo que para mí.

Entonces, empezó a hablar. Después de los primeros veinte minutos, me vi obligada a sentarme. Comenzó con el motivo por el que él y Dimitri no se llevaban bien: su padre. Bart les obligó a separarse cuando ambos eran pequeños. Jacob era un año menor que Dimitri, por lo que procuró mantenerles alejados el uno del otro, alegando que era mejor no verse. Después, comenzó a prometerle a ambos que heredarían la empresa.

Como era de esperar, Dimitri se adelantó a Jacob, estudiando más, avanzando más en clases económicas y hablando con los inversores para formarse. Al final fue Dimitri el elegido. A partir de ese entonces, su relación estaba tan corrompida por los celos y por intentar agradar a Bart que los dos se odiaban.

Tras enterarme de que

Dimitri asesinó a una persona en el club de lucha, comprendí el porqué Catherine había estado siempre tan preocupada por él. Las recaídas siempre eran las peores, así que mi amiga temía que su novio pudiera volver a luchar y perderse en ello. La función de Jacob fue informar a Bart de los movimientos tanto de Catherine como de Dimitri. Me aseguró una y otra vez que él no se esperaba enamorarse de mí. Solo estaba en Manhattan de paso cuando me conoció.

- Besé a Catherine porque esperaba que ella me confesara algo como... Estoy enamorada de Dimitri, por favor, no lo intentes -entrelazó las manos sobre su regazo-. Eso confirmaría que ambos habían tenido encuentros secretos y yo tendría que contárselo a mi padre. Te juro que no sé el motivo por el que él está tan obsesionado con Dimitri y Svetlana. Sé que ocultan algo, y me gustaría ayudar a mi hermano, si es que todavía quiere hablar conmigo.

Permanecí en silencio, asimilando la información.

- Alexia, cuando te dije que te quería, no lo decía por cumplir mi papel -acortó la distancia en el sillón y, dubitativo, aferró mi mano derecha-. Mi padre no sabe que estamos juntos, ni pienso contárselo. ¡A saber qué querría hacer conmigo, con nosotros! Así que, por favor, te pido que me perdones. Si no quieres estar más conmigo, lo entenderé. Te he mentido cuando me pediste sinceridad. De nuevo, lo siento.

- Jacob, yo no...

Me callé de nuevo para preguntarme interiormente qué es lo que realmente quería. Sí. Mintió. Pero tras escuchar su explicación, y

tras conocer todo lo que Bart había hecho con mi amiga y Dimitri, supe que él no mentía ahora. Aparté la mirada y la centré en los cuadros situados sobre la chimenea.

Maldita sea, pensé. No quiero dejarle, no puedo hacerlo.

- ¿Sigues trabajando para Bart? -formulé.

- No, ni hablar. Ya dejé atrás ese juego tras lo ocurrido en la fiesta de compromiso -bufó-. Ahora estoy más dispuesto que nunca en averiguar eso que mi hermano tanto se empeña en encontrar. Quiero ayudarlo, pero sé que no me hablará.

- Yo podría ayudarte -ladeé el rostro hacia él.

- Ellos no querrán hablar conmigo -se recostó en el sofá, cerrando los ojos.

- Si se lo pido yo, por supuesto que aceptarán. Al fin de cuentas, tanto tú como tu hermano sabéis que el culpable de la situación es vuestro padre -me aproximé a él y, sin pensármelo, me subí a su regazo-. Escúchame: Dimitri y Catherine están jodidos por un secreto. Tú también lo estás. Y eso me involucra a mi ya que soy tu novia. Tenemos que ayudarles, tanto a ellos, como a nosotros mismos, ¿entendido?

Jacob colocó sus manos en mis caderas, atrayéndome más hacia él.

- ¿No quieres... romper? -dudó en pronunciar la última palabra.

- Por supuesto que no, bobo. Te quiero a pesar de todo. Me da igual lo que hayas hecho, te arrepientes y me has pedido disculpas, que es lo importante. Estoy dispuesta a olvidarme de todo el pasado si los dos colaboramos en conseguir un mejor futuro.

- ¿Qué hacemos entonces? -deslizó sus brazos en torno a mi figura-. Podría regresar a Manhattan contigo e idear algún plan. Esto puede funcionar.

- Lo sé. Vente conmigo. Podrías quedarte en mí casa... Mis padres se van fuera.

Esbozó una de esas sonrisas que tanto me gustaban antes de plasmar sus labios sobre los míos. Cerré los ojos al mismo tiempo que me dejaba llevar por el cúmulo de sentimientos que se arremolinaba en mi interior. Anudé mis brazos en torno a su cuello, apretujándome más contra su cuerpo al mismo tiempo que sonreía.

- Te quiero, Alexia Carter, y vamos a salir de esta. Juntos -descansó su frente contra la mía.

Asentí de nuevo, volviéndole a besar, y permití que en unos minutos nuestras prendas quedaran esparcidas por toda la estancia.

=====

Semana 27

Catherine

- ¿Qué ha hecho... qué? -Alexia no ocultó su asombro.

Paseé de un lado a otro en el pequeño hueco situado entre la cama y el escritorio de la habitación de mi amiga. Mordí mis uñas, incapaz de ocultar mi nerviosismo. Dimitri y yo habíamos vuelto a discutir, y desde hace dos días, no sé nada acerca de él. Alexia era mi mayor apoyo en estos momentos, así que me quedé a dormir en su casa la noche anterior, y la siguiente. No quería pisar mi casa hasta que el problema estuviera solucionado.

Me negaba a que me vieran de esta manera.

- No puedo vivir sin saber qué nos sucederá mañana, Alexia. Un día estamos bien, y al otro hay alguien que intenta derrocarlo del poder y le amenaza con arrebatarse todo lo que quiere, es decir, a mí. Y me da impotencia saber que yo no puedo ayudar en nada. ¡Nada!

- Parece que el destino no quiere que estéis juntos.

- ¡Eso no me sirve de ayuda, Alexia! -bufé.

Pasé las manos por mi rostro y me senté en la esquina de la cama, afligida. No sabía qué más hacer, ni cómo contactar con Dimitri. Él no había bromeado en ningún momento: necesitaba un tiempo para pensar sobre sus dos opciones, las cuales me incumben a mí y, en mi opinión, yo también debería participar en ellas. Me negaba a perder a quién podría convertirse en el único amor de mi vida, y el padre de mi hijo.

Jamás me rendiría con él.

Golpeé el talón con el suelo repetidas veces, presa de los nervios. Ya era agosto, lo cual significaba que apenas quedaban un par de meses para dar

a luz. Mis cálculos -si estoy en lo correcto-, alegaban que el nacimiento sería durante mediados de noviembre. Y no teníamos nada preparado. Ni un hogar, ni siquiera éramos una familia.

Había realizado un breve resumen de lo ocurrido para aclarar las ideas: Svetlana, por un motivo que tanto Dimitri como yo desconocemos, ansiaba el matrimonio más que el dinero. Ella y Bart extorsionaron a mi novio con el asesinato. Bien. Hasta ahí, las cosas estaban más o menos claras. Sin embargo, tanto él como yo nos preguntábamos lo mismo: ¿por qué Svetlana no quería confesar la verdad? ¿Quién chantajeaba a Bart? ¿Qué ocultan esos dos?

- Catherine, hay alguien que podría ayudarnos en todo este asunto -aferró el móvil mientras se aproximaba a mí-. Sé que no te gustará la idea, y al principio a mí tampoco me agradaba, sin embargo, tras hablar con él y aclarar varios asuntos, me parece lo mejor.

- Dime que no es quien yo creo.

- Jacob y yo continuamos juntos. Sé que debería de haberle dejado después de todo lo que te hizo; nos hizo -rectificó-. Pero me enamoré de él y no puedo sacarlo de mi cabeza. Di con él en California, sí. Mantuvimos una larga y entretenida conversación y he decidido darle una segunda oportunidad. Jacob está al tanto de lo que sucede en la empresa, y ha ideado un plan.

- ¿Eso es lo que has estado haciendo todo este tiempo? ¿Idear planes a mis espaldas?

- Intento ayudarte.

Presionó en el botón de llamada y puso el manos libres. ¿Hablar con Jacob? ¿De nuevo? Intenté calmar

mi respiración y descansé las manos en mi vientre, esperando a escuchar su voz. Cuando lo hice, mi corazón latió con más brío. No ocurrió este hecho porque sintiera algo hacia él, si no porque una parte de mí le extrañaba. A pesar de los hechos, Jacob se convirtió en mi amigo, y si no hubiera sido por todas las mentiras, algo más hubiera podido suceder entre nosotros.

Alexia puso el manos libres.

- ¿Sucede algo? -su voz sonó desconcertada-. Hemos hablado hace unos minutos.

- Se trata sobre Catherine -supe que se sentía incómoda por la forma en la que apartaba su mirada-. Ha accedido a conocer tus planes. Necesitamos hundir a tu padre de alguna forma, y no podemos permitir que Svetlana regrese y destruya su vida. ¿Sigues en Manhattan?

- Por supuesto.

- Entonces, pasa por casa tan pronto como puedas.

Mi amiga me miró primero antes de mencionar aquellas palabras. Asentí, dispuesta a hacer lo que fuera con tal de ayudar. Alexia se despidió de su novio y depositó el teléfono sobre el escritorio. Dimitri creía que era el único que podría salvar nuestra relación.

Pero también podía hacerlo yo.

* * * * *

Jacob llevaba puesta una camisa blanca y unos pantalones oscuros. Debido a que no portaba una chaqueta o corbata consigo, me dio miedo preguntar a dónde se dirigía. Su semblante había cambiado a uno mucho más serio. No parecía el mismo de siempre. A pesar de todo, al mismo llegar, se las apañó para mostrar una sonrisa conciliadora.

-

A ver si todo me ha quedado claro -repetí-. Tu le propones a Bart la presidencia de la empresa, él desconoce tu relación con Alexia por lo que creerá que te podrá manejar a su antojo. También eres joven y otorgarás una buena imagen a la empresa.

- Efectivamente.

- Una vez que tengas el poder, y te asegures de que realmente lo tienes -proseguí-, tendrás acceso a la red privada de las industrias. Además, sabes manejar muy bien el tema de informática, podrás incluso hackear las cuentas. Sea lo que encuentres, lo utilizarás en contra de tu padre. Mientras tanto, Dimitri y yo fingiremos una ruptura cuando, en realidad, saldremos de Manhattan. Bart se creerá ganador, conservando así las acciones, y...

- ...le pondremos entre rejas en cuanto se haga público aquello que oculta -Jacob finalizó por mí, asintiendo levemente al mismo tiempo que aferraba una mano de Alexia.

Según todo lo que él había dicho, Bart ha estado manteniendo reuniones privadas con otros compradores. No había constancia de esas reuniones, ni siquiera en la agenda principal de la empresa. Era como si estuviera tratando con fantasmas. El secreto tan oscuro de Bart que involucraba tanto a Dimitri como a Svetlana estaría fuera en cuestión de días. Tan solo teníamos

que atraer las cartas a nuestro lado.

¿Estaría Dimitri de acuerdo? Sé que se enfadará conmigo tras haber hablado con Jacob sin haberle consultado primero. No obstante, ¿qué culpa tengo yo? Él es libre de hacer lo que quiera, y yo no pienso ser menos.

- Me encargaré de llamar

a mi hermano y de comunicarle nuestro plan. No quiero que te involucres demasiado en esto, Catherine -Jacob clavó la vista en mí-. Svetlana es sádica, más de lo que aparenta. De hecho, mi padre y ella formarían una buena pareja.

- No me hagas imaginarias cosas que me provocarán pesadillas, por favor -supliqué.

- No bromeaba. Estás embarazada y Dimitri te quiere más que a sí mismo, y eso ya es decir mucho -dijo con tono irónico-. Lo tienes ante tus pies. Ella jamás consiguió algo así en casi tres años de relación y tú has necesitado... ¿Cuánto tiempo, de hecho? ¿Seis meses, si acaso? ¿O hay algo que no has desvelado todavía?

Su voz era acusatoria, y no le culpaba. Todos mantenemos nuestros secretos bajo llave hasta que llega el momento de sacarlos a la luz. En cuanto al mío, ni aún había llegado la hora. Mordisqueé mi labio inferior, eliminando el rastro de brillo, e intercambié una mirada entre los dos individuos que tenía en frente.

- Yo hablaré con él -decidí al fin-. No te preocupes por mí. Amo a Dimitri, es mi pareja, nuestro asunto, por lo que yo intentaré hacerle entrar en razón. Y no te ofendas, Jacob, pero después de lo que sucedió en la fiesta, no creo que él quiera volverte a ver.

- Ten cuidado -me dijo.

Asentí levemente y me despedí de ambos. Pasaría a recoger mis pertenencias más tarde. Llamé a un taxi y le comuniqué a donde me dirigía. ¿Estaría Dimitri bien? Casi tres días sin verle, después de todas esas pequeñas peleas que habíamos tenido, me parecía una eternidad;

casi una tortura. ¡Maldición! Quería abrazarle, besarle, y hacerle saber que nada se interpondría entre nosotros.

Y, al mismo tiempo, me gustaría pegarle un puñetazo.

Casi cuarenta minutos más tarde -la casa de Alexia quedaba bastante lejos-, el taxi se detuvo frente a su casa, pero no bajé de él. ¿El motivo? Otro coche acababa de estacionar en el porche, y de este bajaba una joven castaña con unas gafas de sol. No necesité que se diera la vuelta para reconocerla: Svetlana. La puerta de casa se abrió antes de que ella llegara a llamar al timbre. Dimitri, tan atractivo e irresistible como siempre, apareció con una copa de vino en una de sus manos mientras esbozaba una de sus pícaras sonrisas.

¿Qué? No. Ni hablar. Esto no podía estar pasando.

Dimitri se apartó y abrió la puerta del todo, dejando que pasara al interior. Svetlana se restregó contra su cuerpo antes de pasar y cerró la puerta con un meneo de sus caderas. Noté que la rabia se apoderaba de mí. Ojalá fuese lo suficientemente valiente como para abandonar el vehículo y presentarme. Pero no podía. Comencé a marearme ante la idea de que él había escogido la primera opción; aquella en la que me abandonaba.

Mis ojos se anegaron en lágrimas y tuve que pellizcar mi propia pierna para evitar romper en llanto ante el extraño que conducía.

- ¿Va a bajar, señorita? -preguntó el conductor.

- No. He cambiado de idea. De la vuelta -insistí.

El hombre me miró a través del espejo retrovisor y, al ver mi expresión, accedió.

*

* * * *

El camino de vuelta a casa fue un infierno. Pagué al taxista con todo el dinero que había traído conmigo y corrí -literalmente-, al interior de casa. No me molesté en saludar a mis padres, los cuales habían estado esperando mi regreso. Subí las escaleras, buscando a aquella persona que se convertiría en mi salvador.

- Patrick -sollocé tan pronto como entré en la habitación-. Quiero irme a California. ¡Ya! No pienso quedarme aquí por más tiempo, no puedo hacerlo. Las maletas... necesito hacer las maletas... ¿Dónde están? No me acuerdo donde las puse... ¡Maldita sea!

- ¡Eh, cálmate!

Patrick se aproximó a mí, dejando lo que parecía ser un paño húmedo sobre el escritorio de madera -estaba limpiando la estantería-, y me aferró por los brazos. No podía cesar el llanto, ni calmar mi agitada respiración. Intenté liberarme, pues esa presión me agobiaba más. Mi hermano me obligó a tomar asiento mientras lloraba más.

- Catherine, tranquilízate, por favor. Vamos, respira hondo. No es bueno ni para ti, ni para el bebé, ponerte de esta forma. Podrías comenzar a sentir contracciones -insistió.

- Dimitri me va a abandonar -balbuceé, limpiándome las lágrimas con el dorso de la camiseta.

- ¿Qué?

- Le he visto con Svetlana. Su padre le obligó a elegir entre la empresa y yo, y él prefiere dejarme ir antes que luchar. ¡Lo tenía todo planeado, Patrick! ¡Yo tenía un maldito plan! Sabía qué hacer, Jacob y Alexia estaban de mi lado. Pero él se ha rendido. ¡No pienso

ser la única que luche por esta relación! -grité-. Necesito irme de Manhattan, Patrick. Ahora.

- Catherine -me reprochó.

Apoyé mi cabeza en su hombro y continué llorando; dejando salir todas esas lágrimas que había retenido en las últimas semanas. Mi hermano acarició mi espalda sin mencionar ni una sola palabra. Ya podía imaginarme todos los insultos hacia Dimitri pasando por su cabeza, pero él no dejó escapar ni uno.

Y no entendí el por qué.

- El vuelo sale en unos días. ¿Seguro que esto es lo que quieres? -murmuró.

- Sí.

- Quizá no es lo que tú crees -intentó buscar mi mirada-. ¿Qué viste exactamente?

Le describí con pelos y señales la escena: la forma en la que mi supuesto novio le sonreía, esa copa de vino en sus manos, y la alegría y satisfacción que Svetlana reflejaba. Ya no sabía distinguir entre qué sentimiento era real, y cuál mentira. Conseguí calmarme durante unos minutos, los cuales aproveché para acariciar mi vientre. El bebé se había revolucionado.

- Estás sacando las cosas de quicio. A lo mejor solo iba a hablar con ella -dijo.

- ¿Le estás... defendiendo? -fruncí el ceño, alejándome.

- No, hermana. Tan solo procuro tranquilizarte -volvió a acariciar mi espalda.

- Lo he decidido; no hay nada que pueda hacerme cambiar de opinión. Me marché de esta ciudad para empezar la vida que me merezco en otra. ¡Estoy harta!

Me levanté de la cama y abandoné su dormitorio. Mi madre, que subía por las escaleras, frunció el ceño ante mi actitud, pero creyó que tan solo había discutido con mi hermano. No me molesté en darle explicaciones; ya inventaría alguna excusa para mi mal humor. Me encerré en mi habitación y apagué el móvil para que nadie me molestara.

Es más, no volvería a hablar con nadie hasta que estuviera en California.

=====

Semana 28

Dimitri

Miré el reloj por última vez, a la espera de escuchar las noticias por parte de Jacob. Impaciente, comencé a caminar alrededor de la mesa del despacho, que pronto dejaría de ser de mi propiedad. El plan de mi hermano era excelente, aunque estaba preocupado por Catherine. En parte ella lo había creado, y ahora no daba señales de vida.

Lo único que Alexia sabía era que estaba encerrada en casa. Ni siquiera ella pudo ir a verla, pues Catherine le negó la visita. ¿Qué demonios le sucedía? Había estado llamándola cada hora, y su teléfono siempre estaba apagado. ¿Por qué? ¿Tanto le afectó nuestra última pelea?

En cuanto Jacob aterrizó en Manhattan, me llamó. Me comunicó que se dirigía a casa de Alexia, donde mi novia también le esperaba. Quise ir en primera instancia, pero él insistió en que era mejor que no me involucrase demasiado. De lo contrario, los espías de mi padre darían con la localización y el plan se echaría a perder. Una vez que estuve al tanto de todo de lo que habían hablado, me puse manos a la obra.

El móvil comenzó a vibrar y pulsé en responder, sin mirar de quién se trataba.

- Lo he conseguido, hermano -Jacob anunció, y noté la emoción en su tono de voz.

- ¿Eres el presidente? ¿Has revisado los papeles que firmé? -pregunté de nuevo.

Nunca estaba de más asegurarse de que todo iba como tú querías.

- Sí. Bart me ha nombrado presidente ejecutivo con todos los derechos. Dice que confía en mis instintos más que en los tuyos. Va a ser arriesgado sacar a la

prensa este repentino cambio, sin motivo aparente, pero podremos calmar a la masa de periodistas enseguida -respondió.

- Esto es magnífico -esbocé una amplia sonrisa-. Catherine se pondrá tan feliz al escuchar esto. Su plan está saliendo a la perfección. Ahora solo queda averiguar de qué trataban las reuniones secretas de Bart y...

- Enviaremos a nuestro propio padre a la cárcel. Y a Svetlana. ¿Desde cuándo nos hemos convertido en esto?

- Somos así desde que descubrimos que el motivo de nuestra separación era Bart -resoplé al mismo tiempo que acariciaba la madera del escritorio-. ¿Dónde está Bart ahora? Debería de preparar una buena actuación. Es decir, ¿qué reacción esperará él? ¿Enfado? Quizá piensa que volveré al club de lucha. ¿Te lo imaginas?

Jacob paró de hablar y frunció el ceño. ¿Qué ocurría ahora?

- Papá tiene algo preparado para ti, pero no ha querido decirme el qué. Solo espero que no sea algo demasiado grave y que pueda ayudarte a salir -se aventuró-. Tengo que colgar. Me esperan los asesores y accionistas.

- Adiós, Jacob. Gracias por cubrirme en esto.

Tras finalizar la llamada guardé el móvil en el bolsillo. Tomé asiento en la silla del escritorio, admirando la estancia por última vez. Yo mismo falsifiqué los papeles ante notario. A decir verdad, fue bastante divertido. Bart cree que un abogado se encargó de elaborar la cláusula del contrato cuando, en realidad, fui yo. Recuperaré el papel de la empresa tan pronto como pueda.

Nadie me quita

lo que es mío.

Alguien golpeó la puerta repetidas veces y adopté una pose seria y formal. Encendí la pantalla del ordenador y fingí que estaba tecleando algún informe antes de centrar la mirada en el semblante cargado de júbilo de Bart. Me negaba a llamarle padre. Ya no más.

- ¿Puedo hablar contigo? -preguntó.

- Claro -dije con indiferencia.

Tomó asiento frente a mí y entrelacé las manos sobre el escritorio.

- Has aceptado el traspaso de empresa y no te has percatado de ello -su ironía me hizo sonreír interiormente. Tenía que mantener la faceta sorprendida en todo momento-. Jacob te sustituirá. Siempre supe que sería mejor para esta empresa sin tanto escándalo.

- ¿Qué? -tensé los nudillos hasta ponerlos blancos, sin sentir nada de furia en realidad.

- Lo siento, hijo. Pero es lo que tenía que hacer. Seguiré en esta empresa para ayudarle, todavía es joven y no conoce los negocios tan bien como nosotros, pero confío en él. Al menos, sé que no intentará matar a nadie cuando tenga un arrebató ni andará acostándose con cualquier mujer que encuentre -se encogió de hombros-. Tras acordar el legado de tu hermano, me gustaría discutir el tuyo. He tenido un sueño que me ha inspirado.

- Esto va a ser impresionante -musité, apretando el puente de mi nariz.

- Jacob ha heredado la empresa familiar, así que a ti te dejaré el resto de mis pertenencias. No es que me esté muriendo, no cantes victoria tan pronto -se echó unas risas que me negué a acompañar-.

Casas, coches, fortuna. ¿No era eso lo que siempre has querido? Te lo cedo. No te privaré de esos derechos. Cometí ese error y no volveré a hacerlo.

Tenía que estar fingiendo, seguro que lo hacía. ¿Desde cuándo mi padre contaba con esa bondad? Por unos instantes deseé desenmascaramme y desvelar mis auténticos sentimientos. Entonces, recordé que las apariencias engañan y que debía de haber algo oculto en cada una de sus palabras. Siempre lo había.

Aclaré mi garganta y me dispuse a hablar cuando su voz severa me lo impidió:

- Sé feliz con aquella joven, Dimitri. Tu madre hubiera querido verte así, y aunque no me he comportado como el mejor padre en estos últimos meses, espero hacerlo a partir de ahora. No pretendo ofenderte, pero este despacho ya no te pertenece -se levantó, exhalando un pesado suspiro, y añadió-: Tienes hasta las dos para recoger todas tus pertenencias.

Le observé con los ojos bien abiertos. ¿No había nada más? ¿Ninguna pega? ¿Ningún contrato que firmar? ¿No me obligaría a marcharme del país? No me percaté de que tenía las uñas clavadas en mi piel hasta que abrí la palma de mi mano. Mis nudillos volvieron a su color natural y tragué saliva, incapaz de pronunciar palabra alguna.

¿Qué demonios me sucedía ahora? Todo mi enfado se había esfumado.

Abandonó la estancia y giré en la silla hasta quedar de cara a la ventana. De nuevo: ¿qué? Envié un mensaje a Jacob informándole de todo lo que acababa de decir y me puse la chaqueta, acomodando la corbata. Catherine y yo éramos libres. No había más

impedimentos. Le dejé bien claro a Svetlana lo que quería, y me arrepentí de no haber grabado su reacción en vídeo.

Hace una semana, más o menos, la invité a casa. Cuando me vio aparecer en la puerta con aquella copa de vino creyó que íbamos a tener una cita. ¿Acaso está mal de la cabeza? Su rostro

se crispó cuando vio a mi asesor junto a mi abogado en el interior, esperándola con una orden de alejamiento. No podría acercarse ni a mí, ni a Catherine. Ni siquiera a la calle en la que vivía. Froté mi barbilla al mismo tiempo que gritaba de alegría.

Por fin las cosas terminaban justo como yo quería.

- Dimitri, tienes que ayudarme -la voz de Alexia me sobresaltó. ¿Cómo me había encontrado?

Mejor dicho: ¿qué demonios estaba haciendo aquí?

- ¿Ocurre algo? -pregunté al instante, estudiándola de pies a cabeza.

- Es Catherine, ¿qué has hecho? -alzó la voz al mismo tiempo que me señalaba.

- ¿Cómo que qué he hecho? He estado toda la semana con Jacob, abogados y asesores. No he encontrado tiempo para verla, no he podido ni hablar con ella por teléfono -mis manos comenzaron a temblar ante la expectativa de que le hubiera sucedido algo-. ¿Es el bebé? Dime que no le ha pasado nada. A ninguno de los dos.

- No lo sabes.

¿No sé el qué?

- Alexia, dime que se encuentran bien, maldita sea -instintivamente, me aproximé a ella.

- Catherine se marcha de Manhattan. Te vio con Svetlana -anunció, confusa por mi reacción.

- ¿QUÉ?

-
Creyó que habías elegido esa opción pero... Jacob no me ha informado de nada en toda la semana. No sabía que formaba parte de vuestro plan. ¡Dios mío! -cubrió su boca-. Ella... su madre me ha dicho que está en el aeropuerto. Se va en... ¿una hora? ¿Treinta minutos?

No le respondí. Pasé por su lado como un rayo y empujé a todo aquel que se interponía en mi camino. Llegué a la primera planta y me detuve frente al primer taxi, en medio de la carretera. Subí al asiento del copiloto y extendí un billete de cien dólares al conductor, que me miró con una expresión que reflejaba asombro.

- ¿Adónde, señor? -preguntó.

- Al aeropuerto, ya.

* * * * *

Catherine

- Me duele la espalda -me quejé por enésima vez.

Patrick rió entre dientes como las últimas nueve veces y sacudió la cabeza. Apoyó los pies en el asiento contiguo y continuó escuchando música. Mientras tanto, yo esperaba a que nuestro vuelo

saliera. No podía creer lo que estaba a punto de hacer: marcharme, comenzar una nueva vida alejada de aquí. De todos.

- Me aburro -le propiné un suave puñetazo en el hombro.

- Habla con alguien.

- Tengo el teléfono sin batería. Y, si decido encenderlo, con toda seguridad, volverá a apagarse por la cantidad de mensajes y llamadas perdidas -apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento, exasperada-. Recuerda que ahora mismo soy como una fugitiva adolescente y embarazada.

Se echó a reír

y le acompañé en un intento de ocultar mis nervios. Jamás podría agradecerle con actos ni con palabras lo mucho que esto significaba para mí. Nuestras maletas ya estaban empaquetadas, a la espera de que nuestra terminal avisara de que el avión iba a despegar. Jugué una vez más con mi anillo de plata, y suspiré.

Al cabo de unos minutos, la voz robótica de una mujer anunció por megafonía que mi vuelo, el número 815, estaba a punto de zarpar. Mi corazón bombeó con mayor rapidez e intenté controlar mi respiración. Había llegado el momento. Me levanté junto a mi hermano y caminamos en dirección al pasillo donde figuraba el número del vuelo.

Maldita sea. ¿Realmente iba a hacer esto?

- Perdonen la interrupción, pasajeros. Tenemos un comunicado de extrema urgencia. Me encuentro con un jo... -la mujer no tuvo oportunidad para finalizar la frase.

Otra voz reemplazó la suya.

- ¿Catherine? Sé que me estás escuchando, tienes que estar haciéndolo -Dimitri dijo más para sí mismo que para el resto-. He tenido que recurrir a esto porque el maldito aeropuerto es tan grande que sería incapaz de encontrarte. Sé que en estos momentos no desearás verme, pero permíteme explicarme. Tengo que hacerlo, y tú tienes que escucharlo.

Los presentes situados a mi alrededor detuvieron sus quehaceres y miraron a todas direcciones, en busca de la famosa Catherine, es decir, yo. Tuve que aferrarme al brazo de mi hermano para no desfallecer ahí mismo, ante todos. Mis piernas parecían haber desaparecido.

- Ella no estuvo en casa

por la razón que tú crees. No elegí la opción que mi padre quiso, amor. Ni siquiera me decanté por una de ellas. Mi hermano me llamó mientras tú ibas de camino a casa. Me explicó el plan mucho antes de que pudieras hablar conmigo. Lo tenía todo ideado: Svetlana creería que la había elegido cuando, en realidad, era una trampa. Le he impuesto una orden de alejamiento, Catherine. Ya no puede hacer nada contra nosotros, y mi padre tampoco. Ya no soy dueño de la empresa, Jacob lo es.

¿Cómo...?

¿Todo esto era parte del plan? Patrick me aferró por los hombros cuando empalidecí.

- Sí, Catherine. Las primeras semanas estaba un poco aterrorizado de hacer pública nuestra relación. Usaba cualquier excusa con la intención de no hacerlo. Temía que aquello destrozara todo lo que habíamos formado. Pero eran mis inseguridades y mis miedos lo que me hacía creer esas tonterías. ¿Sabes cuál es el principal motivo? Tú. Tú eres la razón de que esté así. Jamás había estado enamorado hasta ahora, tú me has cambiado, Catherine Marie Miller.

Mis ojos se anegaron en lágrimas y varias personas extrajeron sus cámaras para grabar lo que sucedía. Yo, mientras tanto, intentaba mover algún músculo. ¿Estaba sucediendo esto realmente, o era parte de una macabra imaginación?

- Así que, ¡adelante! ¡Qué todos lo sepan! Lo nuestro comenzó en el campamento, Catherine. Nuestra historia, aunque ninguno de nosotros lo supiera en ese entonces, tuvo su origen allí. Y, por favor, no me digas que estoy equivocado, porque ahora que no hay impedimento alguno, puedo contarte

con libertad lo que yo sentí en ese momento.

» Te seguí desde la hoguera hasta el lago. Allí estabas tú, en el agua del lago, nadando bajo la

luna sin importarte que alguien pudiera descubrirte. Me deshice de mi camisa y miré a la cuerda que colgaba del árbol más cercano. Sabía que era una tontería, pero quería saltar e impresionarte. ¡Menuda estupidez!

» - ¿Qué demonios estás haciendo? -dijiste mientras me escrutabas con la mirada.

» - ¿Acaso te crees la dueña del lago? -chisté, frotando mis manos ante el frío que sentía.

» Demonios, ¿cómo podías ser capaz de nadar a estas horas?

» - No, pero me he ido del grupo por un motivo -te cruzaste de brazos.

» - Déjame adivinar: yo.

» - Tus poderes de deducción son magníficos -te escuché bufar, y reí ante aquella reacción.

» Ascendí por el árbol y me impulsé con la cuerda hasta que caí junto a ti, en el agua. Gritaste cuando el agua salpicó tu rostro y nadaste al otro extremo, cabreada conmigo. Salí a la superficie, apartando el pelo húmedo de mi frente y te contemplé. No sabía el motivo exacto por el que estaba tan interesado por ti: quizá fue por tus ojos, o por la forma en la que me tratabas, que era totalmente distinta al resto.

» - ¿Estás loco? ¡Podrías haberme aplastado! -gritaste.

» - Jamás hubiera hecho algo semejante, Cathy.

» - ¿Perdona? ¿Cathy? ¡Ni siquiera sabes mi nombre! Me has fastidiado la noche -saliste a zancadas amplias del agua.

» ¿No era

Cathy? Entonces, tenía que ser algún nombre parecido. Te marchabas después de haber conseguido un lugar en el que poder hablar sin interrupción alguna. Tenía que hacer algo para entretenerme, y sabía que picarte con tu nombre no sería suficiente. Las chicas como tú no se dejaban engañar con facilidad, por lo que opté por el segundo plan: tosí y me hundí en el agua, fingiendo un calambre. Sucedió muy de vez en cuando, y en el campamento te enseñaban primeros auxilios. ¿Qué mejor manera que ponerlos en práctica?

» Sabía que te enfadarías, aún así, lo hice. Tenía que llamar tu atención de alguna forma u otra.

» Como supuse, al principio permaneciste cerca de la orilla, mirándome con desaprobación. No obstante, al ver como no emergía de la superficie, regresaste a por mí. Me arrastre hasta la orilla y me depositaste sobre la arena.

» - No puedes ahogarte. ¡Pensarán que te he asesinado! -gritaste.

» Quise echarme a reír ante aquella ocurrencia, pero conseguí mantener los ojos cerrados y los labios tensos. Comenzaste a hacer la técnica aprendida en clase. Entonces, aproximaste tu boca a la mía, y vi mi oportunidad. Deslicé un brazo por tu cintura, haciendo que cayeras sobre mi cuerpo, y te besé. Cuando te liberaste, lo primero que sentí fue una gran bofetada.

» - ¡Eres estúpido, un idiota! -gritaste.

» Fuiste la primera mujer en golpearme de aquella forma.

» - ¿Y tú eres el encargado del campamento? Si no fuera porque mis padres han invertido mucho

dinero en esto, ¡me largaría! -tu actitud

de niña pequeña me hizo sonreír.

» - Vamos, Catherine -aclaré mi garganta-. Es Catherine, ¿cierto? Sí. Tiene que serlo. He probado con Cathy, Cat, Katerina, pero ninguno me es familiar. ¿He acertado? Dime que lo he hecho y seré el hombre más feliz de la Tierra.

» - Sí, me llamo Catherine -apartaste el cabello de tus hombros, dejando más piel a la vista.

» Te recorrí con la mirada. Eras apenas una chica de dieciséis años, como el resto de adolescentes del campamento. Sonreí en un intento de calmarte y humedecí mi labio inferior. Tú hiciste justo lo contrario a lo que yo esperaba. Me miraste con desaprobación antes de recoger tu ropa, amontonada a un lado del árbol. Te apresuraste a vestirme a pesar de que terminaría tan húmeda como tu cabello.

» - ¿Ya te marchas? -quise saber.

» - ¿Qué más quieres que haga? Has interrumpido mi momento de paz y tranquilidad.

» - ¿Tanto te molesto?

» - Sí.

» Comenzaste a caminar y seguí tus pasos.

» - ¿Qué es lo que quieres de mí, Dimitri? -tu voz sería me asustó. Me encaraste y me señalaste con un dedo-. A diferencia del resto de niñas de este campamento no pienso seguir tus pasos como un maldito perro. Eres atractivo, sí, pero tu actitud tan egocéntrica te supera. Me he ido porque estaba harta de presenciar como todas babeaban ante ti. ¿Qué es lo que ven en ti?

» Por primera vez en mi vida, alguien me miró como Dimitri. Nada del chico millonario que disfrutaba de su vida de soltero. Nada de eso. Me miraste como si fuera otro hombre,

sin comparación con el resto de ese campamento.

Escuchar la versión de la historia desde su punto de vista hizo que mis pensamientos diesen un pequeño vuelco. Parecía que la historia había sido escrita una vez más.

- Sí, Catherine, ¡llegué a cambiar de grupo para estar en el tuyo! Después de aquella noche,

después de aquel beso, deseaba verte. Llámame loco, pero me gustabas demasiado. ¡Y yo estaba a punto de comprometerme! Incluso dejé en tu habitación un regalo de despedida: el anillo de plata que tanto usas ahora. Fue un regalo anónimo, por supuesto.

Como si no estuviera lo bastante sorprendida, miré a mis manos.

No podía creérmelo.

- Adelante -no le veía, pero supe que estaría encogiéndose de hombros-. Yo, el famoso Dimitri Ivanov está perdido y absolutamente enamorado de ti. Así que, por favor, no cojas ese avión; no te alejes de mi lado. Quédate conmigo, Cathy. Te quiero.

La conexión cesó y alcé la mirada, estudiando los alrededores. ¿Dónde estaba? ¿Qué podía hacer? Patrick tenía la mandíbula tan tensa y los puños apretados que creí que iba a explotar en cualquier momento. No obstante, no me preocupé por él tanto como debería. Necesitaba ver a Dimitri, tenía que hacerlo.

Los presentes continuaban grabando la escena y giraron los móviles hacia una de las terminales. Dimitri caminaba con zancadas amplias hacia mí.

No pude hablar. ¿Qué digo de todas formas? Aferró mi rostro entre sus manos y me besó. No fue un beso como los que solíamos darnos. No, había algo más en él, algo diferente. Instintivamente, me aferré a su cintura y me dejé llevar. Recorrió mi cuerpo con las manos, como si fuera a volatilizarme en cualquier momento y me obligó a mirarle a los ojos.

- Cásate conmigo, Catherine -limpió las lágrimas de mis mejillas con los pulgares. ¿Cuándo había comenzado a llorar?-. Sé que cometí el error de apartarte pero creía que así te protegía más. Te quiero, te necesito. No te vayas, no me dejes por ser un estúpido. Sé que siempre seguiré siéndolo, pero no puedo evitarlo -rió entre dientes y clavó una rodilla en el suelo.

¿Iba en serio? Las personas silbaron, algunos hasta le animaron.

- Catherine Marie Miller, ¿quieres casarte conmigo? -deslizó de su bolsillo un sencillo estuche.

Lo abrió, permitiéndome ver un precioso anillo engarzado de diamantes.

- Perteneció a mi madre -asintió levemente-. Me da igual si nos casamos en un mes, en un año, o en quince. Pero quiero pasar el resto de mi vida junto a ti.

- Eres idiota -sollocé, incapaz de detener el llanto-. Por supuesto que quiero, Dimitri. Sí.

Deslizó el anillo en su lugar correspondiente y lo miré durante unos instantes, asombrada por su belleza. La gente aplaudió, sin dejar de grabar. Me preguntaba cuántos minutos restaban para que ese vídeo estuviera en todo internet. Pero no me importó. Sólo tenía ojos para Dimitri. Esbozó una amplia sonrisa, incorporándose, y me atrapó entre sus brazos.

- Volvamos a casa -susurró, y supe que por fin había encontrado mi lugar.

=====

Semana 29 - Parte I

Caminé descalza por el suelo de madera mientras masticaba una barrita de chocolate. Subí las escaleras con rapidez y me hice paso a la habitación. Dimitri todavía dormía. Sonreí para mis adentros al contemplar su espalda cubierta de tatuajes. Apoyé la cabeza contra el marco de la puerta y miré al reloj: eran pasadas las ocho de la mañana y yo ya estaba en pie. ¿El motivo?

El bebé deseaba despertar a su madre. Lo consiguió.

Hoy tenía cita con la doctora Keller. Habían transcurrido más de dos meses desde la última vez que la vi, por lo que tendría que hacer una revisión mucho más profunda para comprobar que todo iba bien de camino al parto. Además, quería conocer el sexo del bebé ya que tenía que amueblar toda una habitación para él, o ella. Regresé a la cama y me senté junto a Dimitri. Acaricié su piel desnuda y suspiré.

El vídeo del aeropuerto se convirtió en viral en cuestión de minutos, tal y como supuse. Las imágenes tuvieron una gran aparición en periódicos, revistas del corazón e incluso en la

televisión. Dimitri parpadeó al sentir mi tacto y giró su rostro para quedar frente a mí. Una arrebatadora sonrisa comenzó a formarse en su rostro conforme se desperezaba.

- Buenos días -susurré, apoyando la mejilla sobre la palma de mi mano.

- ¿Qué haces despierta tan temprano? -usó sus codos para incorporarse. Descansó la espalda contra el cabezal de la cama y abrió los brazos, invitándome.

Me eché a reír al mismo tiempo que me sentaba ahorrajadas sobre él. Anudé los brazos en torno a su cuello y ladeé

el rostro, buscando su mirada.

- No tenía más sueño -me limité a responder.

- Has amanecido sonriente hoy -me rodeó con sus brazos.

- ¿Te has olvidado de nuestros planes, señor Ivanov?

Jugueteó con los botones de la camisa que llevaba puesta -en realidad era suya, pero ya que vivía con él durante los últimos nueve días, pensé en llevar prendas más cómodas por casa-, y arqueó una ceja. Al escuchar mi pregunta, bufó. Supuse que era imposible que hubiera olvidado la cita del médico, por lo que me limité a esperar a escuchar su respuesta.

- Hoy perderás la segunda apuesta -contestó-. Ya sabes, aquella que hicimos ayer en la que yo decía que ese bebé será una niña y tú, un niño. ¿Cómo podría olvidar algo así, eh?

- Estás resentido -le golpeé en el pecho con suavidad-. Perdiste la primera apuesta. Eres incapaz de resistirte a mis encantos durante más de unos pocos días -intenté imitar su tono de voz, pero lo único que conseguí fue echarme a reír.

- Oh, vamos. El beso del aeropuerto no debería contar.

- ¡Por supuesto que..! Espera, Dimitri, ¡espera! -chillé mientras caía de espaldas a la cama.

Dimitri se abalanzó sobre mí, apoyando los codos a ambos lados de mi cuerpo para evitar que yo cargara con su peso. Me crucé de brazos entre el diminuto espacio que separaba mi cuerpo del suyo y resoplé. ¡No era justo que siempre acabara así! Es decir, ¿a quién no le gustaría estar en mi lugar? Pero él tenía mucha más fuerza que yo. No podría liberarme de

su agarre ni aún usando explosivos.

Bueno, quizá he exagerado un poco.

Enroscó un mechón de mi pelo en torno a su dedo y ensanchó la sonrisa.

- ¿Qué? -suspiré.

- Va a ser una niña -repitió con convicción.

- Estás equivocado -quise empujarle. Nada-. Será un insufrible mini tú.

Aproximó sus labios a los míos para arrebatarme un beso antes de apartar las sábanas de su cuerpo y levantarse. Observé su cuerpo desnudo y no pude evitar clavar la mirada en su trasero, el cual desapareció tras la puerta de la habitación. No comprendí el motivo por el que los colores ascendieron a mis mejillas. Quizá era porque todavía no me había hecho a la idea de que ese hombre era mí prometido.

Mencionar esa palabra en mi mente sonó tan extraña como si la hubiera pronunciado en voz alta. Él mismo dijo que sería capaz de esperar varios años para celebrar una boda. No quería

apresurar los acontecimientos más de lo que ya estaban, por lo que esperaba que respetara esa decisión suya. Miré al reloj desde mi posición y, aferrando mi vientre, me senté en la cama.

Teníamos que estar en la clínica en apenas una hora, y yo todavía continuaba en pijama, si es que se podía llamar de aquella forma.

Me deshice de su camisa y rebusqué por la maleta algo decente. Sí, mis pertenencias estaban aquí ya que las preparé cuando creí que me marchaba a California. No había colocado las prendas en el armario porque estábamos en proceso de mudanza. Esta casa nos recordaba a Svetlana, y a todo lo relacionado con el pasado,

el cual queríamos dejar atrás. Decidimos marcharnos tan pronto como pudiéramos.

¿Dónde? Ni aún estaba resuelto.

Escogí una camiseta de tirantes junto a unos pantalones largos, los cuales se ajustaban a mis piernas. Tras tomar una pausada y relajante ducha, me aisé y una vez que me consideré más o menos presentable, regresé al dormitorio. Dejé caer la toalla y todo lo que llevaba en los brazos en el suelo al ver una bandeja repleta de comida junto a mi novio desnudo sobre la cama.

- ¿Me harías el favor de vestirte? -pregunté, frunciendo los labios.

- ¿Por qué? -cogió una tostada y la mordió-. Sé que te gusta verme así.

- Es cierto, no voy a negarlo. Pero nos tenemos que marchar porque la doctora nos estará esperando y, además, podríamos tener visita y no estás presentable -le lancé uno de los cojines que había esparcidos por el suelo-. ¿Por favor?

- Desayuna primero, aliméntate, no vaya a ser que te desmayes -se incorporó, empleando la almohada para cubrir esa zona en particular-. Cuando pierdas la apuesta, desearás no abandonar la cama durante días.

Deslizó la yema de sus dedos por la piel desnuda de mi nuca antes de coger alguna de sus prendas y encerrarse en el cuarto de baño. Exhalé el aire que estaba conteniendo y llevé la

bandeja de comida hasta el escritorio. Devoré todo en cuestión de minutos. A cocinero no le ganaba nadie. Dimitri regresó a la habitación con una camiseta de manga corta y unos vaqueros oscuros. Marcó un número de teléfono, al cual le habló con monosílabos,

y dijo:

- Ya vienen a ordenar la habitación -guardó el móvil en sus bolsillos y apartó la bandeja de mi lado-. Nosotros vamos a tener un día demasiado ocupado como para estar limpiando la casa. Además, tampoco quiero que te esfuerces mucho.

- ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero?

- No lo suficiente.

Desde mi posición, conseguí besarle. No fue un beso corto, pero sí dulce. Me aferré a su camisa, atrayéndole hacia mi cuerpo, mientras me deleitaba con las emociones que se arremolinaban en mi pecho. Amor, emoción, felicidad. Regresé al suelo cuando consideré que ya era hora de marcharnos y entrelacé mis dedos con los suyos. Tan pronto como pusimos los pies en el exterior, el pequeño grupo de periodistas que había estado acampando durante la última semana, preparó sus cámaras y los flashes nos rodearon.

Dimitri me cubrió con su cuerpo y deslizó su brazo sobre mis hombros.

- Vaya, ¿es siempre igual? -pregunté.

- Oh, Cathy. Esto no es nada comparado con lo que nos espera en la gran ciudad.

Subimos al coche, arrancó el motor, y abandonamos la casa a toda velocidad. Acaricié el dorso de su mano mientras conducía y miré al frente. En ese momento me percaté de lo nerviosa que estaba. Mucho, de hecho. Conocería la fecha exacta del día del parto y lo que estoy esperando. Quise reír y llorar al mismo tiempo.

La clínica nos permitió usar su garaje privado -únicamente podían acceder a él los médicos, enfermeras y en sí, el personal que trabajaba allí-, para evitar

que los periodistas nos siguieran hasta la entrada. Nada más mirarle, supe en qué estaba pensando.

- No me digas que te vas a desmayar -me burlé.

- Sabes muy bien que estas situaciones me inquietan -acomodó el tirante de mi camiseta, el cual había resbalado por mi hombro izquierdo.

- Todo estará bien. Yo me encuentro bien, y el bebé está siempre igual de energético. ¿Qué crees que pasará, eh? Mírame -puse las manos en sus mejillas y le obligué a girar su rostro-. Si algo malo ocurriera, ¿no crees que ya hubiera comenzado a sangrar, o tener dolores? Has pasado conmigo los últimos nueve días. Hemos hecho el amor, visitado el cine, hemos cenado bajo las estrellas y cosas tan bonitas que no me creo que sea verdad. Confía en mí.

- Sólo... Dirás que es una estupidez -rascó su nuca-, pero ahora que he encontrado mi camino, ahora que estás conmigo, tengo más miedo que nunca a perderte.

Negué con la cabeza, comprendiendo su preocupación. A pesar de que nadie nos había molestado en la última semana -Svetlana no se había molestado en hacer ninguna aparición pública ni entrevista para manifestar su enfado-, él temía que algo sucediera. Le abracé con fuerza, transmitiéndole así que nada ni nadie nos separaría.

Pasamos al interior de la clínica. Apoyé los brazos en el mostrador y la enfermera que estaba sentada tras este, nos miró antes de decir:

- La doctora ni aún ha llegado. Tomar asiento mientras tanto, por favor.

Asentí.

Las sillas azules estaban

vacías, por lo que tomé el asiento situado frente a la puerta de la consulta de la doctora Keller. Crucé las piernas tanto como pude y apoye la espalda en el respaldo. Acaricié mi vientre, buscando la zona en la que el bebé pateaba más y, antes de que el móvil comenzara a vibrar, Dimitri ya lo sostenía en sus manos.

- Jacob -dijo, y entrelazó nuestras manos.

Le observé mientras conversaba con su hermano. De vez en cuando fruncía el ceño y los labios, sin decir nada realmente, y otras hablaba con demasiada rapidez. Al parecer, ambos discutían acerca de asuntos de la empresa, ya que Jacob no estaba tan preparado como él.

- Bart sabe cómo hacerlo, déjasele a él. Estará encantado de colaborar -bufó.

- ¡No quiero arrastrarme por él! -la voz alterada de Jacob alcanzó mis oídos.

Caray. El asunto le molestaba más de lo esperado. Dimitri le aconsejó cómo llevar a cabo unos procedimientos siempre y cuando él no se viera demasiado involucrado. Acaricié el dorso de mi mano con el pulgar mientras conversaban y descanse mi cabeza sobre su hombro. No quería decir nada pues quizá Jacob terminaría la conversación al escuchar mi voz.

Desde mi posición, entreví a la doctora pasar a la consulta. Llevaba en mano algunos papeles y la enfermera le seguía con rapidez. Supuse que estarían preparando la sala para mí. Solo yo me encontraba esperándola.

De todas formas, la clínica recién acababa de abrir. Dimitri consiguió la primera cita, aplazando así el resto para evitar posibles comentarios. Cuando eres novia de un Ivanov, tu vida se vuelve más

sencilla. Aunque, pensándolo mejor, yo no deseaba depender de él para el resto de mi vida. Quería terminar mi carrera, conseguir un trabajo, y sacar nuestra familia adelante juntos. Sonreí ante esa expectativa de futuro y aclaré mi garganta.

- Jacob, tengo que dejarte. Hablamos más tarde -dijo al fin.

¡Aleluya! Me puse en pie y estiré ambas manos hacia él.

- Te quiero -me dijo al mismo tiempo que se incorporaba.

- Lo sé -sonreí sobre sus labios antes de besarlos.

Pasamos a la consulta tras ser nombrados y seguí el camino hasta la camilla acolchada. Estiré las piernas y remangué la camisa mientras esperaba a la doctora. Dimitri estaba ansioso, y lo supe por la forma en la que se balanceaba sobre sus propios pies.

- Hola de nuevo, Catherine -la doctora Keller depositó los papeles sobre el escritorio-. ¿Qué tal te encuentras? ¿Has tenido alguna complicación en estos últimos dos meses?

Encendió la máquina situada a mi derecha.

- En absoluto. Todo va perfectamente, aunque cada vez me cuesta caminar más -reí entre dientes-. Ya nos hemos decidido: queremos conocer el sexo del bebé y también, si es posible, la fecha del parto.

- Por supuesto.

Realizó el mismo procedimiento de siempre, es decir, esparcir aquella crema gelatinosa sobre mi vientre y mover la máquina sobre este. Presa de los nervios, busqué a Dimitri con la mirada. ¿Niño? ¿Niña? Él no apartó la mirada de la pantalla a pesar de que no debía de comprender nada. La doctora esbozó media sonrisa y me miró.

- Tu gestación es de siete meses y trece días. Situaría el parto en torno a la segunda semana de noviembre. Entre los días doce y catorce, aproximadamente -me informó.

¿Siete meses? ¿Ya había pasado todo ese tiempo?

Comprobó si todo estaba como debía estar. La sensación de alivio me reconfortó tan pronto como

dijo que no había ninguna anomalía en el feto.

- Ah. Ya puedo ver el sexo del bebé, acaba de girar -intercambió una mirada entre Dimitri y yo, esperando nuestra confirmación-. ¿Estáis listos?

Miré a Dimitri. Él me miró a mí. Y asentimos.

=====

Semana 29 - Parte II

La doctora limpió la crema de mi vientre y se retiró a la sala contigua para otorgarnos un poco de privacidad. Me senté en la camilla, no obstante, no tuve tiempo para bajarme de esta. Y no porque yo quisiera, sino porque Dimitri se había hecho paso entre mis piernas, aferrado mis mejillas y me había besado hasta dejarme sin respiración.

- Te lo dije -balbuceó sobre mis labios.

- No puedo creérmelo -repetí yo, al borde del llanto.

- Es una preciosa mini tú. ¿Qué haré con otra Catherine en mi vida? -rió mientras la primera lágrima resbalaba por mi mejilla-. Os quiero muchísimo, a las dos.

Dirigió sus manos hacia mis muslos, ascendiendo lenta y tortuosamente hasta mis caderas. Repitió las caricias hasta que decidió limpiar mis lágrimas que, poco a poco, consiguieron empapar su camisa. Fue en ese entonces cuando caí en la cuenta de que no había abierto el famoso regalo de Mary. Lo haría una vez que estuviera en casa; mi casa, puesto que no lo traía conmigo cuando me marchaba a California.

- Catherine Marie Miller -dijo mi nombre con seriedad-. Te prometo que estarás muy orgullosa de mí. Seré el mejor padre que esta niña pueda tener -colocó las manos en mi barriga antes de añadir-. No quiero convertirme en Bart. No quiero ser él.

- No lo eres, nunca lo has sido -respondí al instante-. Tienes el mismo corazón que tu madre. Ya me siento orgullosa de los cambios que has hecho en estos meses, no tienes que demostrar más. Te quiero tal y como eres.

- Te necesito,

ahora -tensé mis piernas en torno a su cintura-. Te juro que si no fuera por el delicado estado y porque estamos en una consulta de hospital, te desnudaría aquí mismo y haría todas las travesuras que están pasando por mi cabeza ahora mismo. Sobre ese escritorio de allí -lo señaló, como si no fuera obvio.

- Por Dios -susurré, imaginándome la escena-. ¿Cuánto café has consumido esta mañana?

Me ayudó a volver al suelo y acomodó tanto mis pantalones como mi camiseta. Inspiró mi aroma y se separó de mí cuando regresamos a la estancia donde la doctora se encontraba. Intenté que mi ajetreada imaginación no me afectara demasiado, pero debido a los colores de mis mejillas, supuse que pensar en otra cosa no daría resultado.

Nos deseó buena suerte y me comunicó que nos veríamos el día del parto. También me advirtió que, al ser tan joven, tendría que ser más cuidadosa con el embarazo. Y no solo se refería a las acciones. Las emociones fuertes podrían ocasionar falsas contracciones que derivarían en un parto prematuro.

Tan pronto como llegamos al coche, Dimitri logró distraer mi mente.

Comenzó a repartir pequeños besos a la altura de mi mandíbula, deslizando los labios por mi cuello hasta la clavícula. Sonreí a pesar de que no podía verme y descansé mi cuerpo sobre el asiento del copiloto. Apoyó una mano sobre mi muslo izquierdo y chasqueó la lengua.

- He ganado la apuesta -repitió, como si no me hubiera quedado demasiado claro.

- Lo sé, cariño -me acomodé en el asiento para poder abrochar

el cinturón.

- Una niña, Catherine, una niña -introdujo las llaves en el contacto del coche y arrancó el motor, el cual retumbó en la soledad del garaje-. Tenemos que adquirir todo el mobiliario y buscar nombres para ella. No lo puedo creer.

- Primero tenemos que hacer otra cosa -murmuré, jugando ahora con el anillo de compromiso en vez de el de plata. No planeaba quitármelo, puesto que simbolizaba mucho más de nuestra relación que cualquier otro objeto-. Le voy a echar muchísimo de menos, Dimitri. Seguro que me pondré a llorar en mitad del aeropuerto.

Él asintió, comprendiendo mis palabras. Durante la trayectoria a mi casa, él no mencionó ninguna palabra acerca de lo que ocurriría en cuestión de unas horas. Intenté hacerme a la idea de que mi hermano se marchaba a vivir a California para siempre durante toda la semana. Sólo regresaría a casa por Navidad y cuando su trabajo le permitiera hacerlo. Mientras tanto, podría llegar a estar hasta once meses sin verle.

A pesar de todos los problemas a los que mi hermano y yo nos habíamos afrontado, sabía de antemano que, sin él, no hubiera sobrevivido a los primeros meses de embarazo. Dimitri entrelazó nuestros dedos al ver mi expresión.

Quizá su relación con Jacob había mejorado desde que el plan de derrocar a su padre y de adivinar los secretos de Svetlana comenzó a dar sus frutos, pero Dimitri no llegaría a entender este sentimiento fraternal. Aparcó en la cochera de casa y bajamos del vehículo. Mis padres habían salido para comprar lo necesario para

el viaje de Patrick, por lo que solo seríamos nosotros tres. Esperaba aprovechar la situación para que mi prometido y mi hermano arreglasen sus respectivos problemas.

No me agradaba saber que ambos se odiaban mutuamente.

- ¿Segura que quieres hacer esto? -susurró, deslizando un brazo en torno mi cintura-. Quizá él prefiere dejar las cosas tal y como están.

- Necesito que pongáis todo en orden. Después de la pelea y la cena familiar, no os habéis dirigido la palabra. Oye, recuerdo que en su entonces fuisteis amigos. No os pido que, de repente, os convirtáis en hermanos. Pero quiero que él se sienta libre de visitarnos cuando pueda sin tener la preocupación de que tú le vayas a hacer algo -finalicé la frase con una sonrisa un tanto irónica.

Dimitri me dio un último beso antes de pasar al interior de casa.

Usé la puerta que daba a la cocina para evitar salir a la calle. Deposité mi bolso sobre la mesa, en la cual descansaba el periódico y la cafetera vacía, y acaricié mi vientre con lentitud. Patrick tendría que estar en su habitación, terminando su maleta y ultimando los preparativos del viaje. Le indiqué a Dimitri que permaneciera en el salón mientras yo iba a buscarlo.

Subí las escaleras, apoyando la mano sobre la barandilla y golpeé su puerta tres veces. Al no obtener una respuesta, me atreví a pasar. Lo encontré sentado sobre la cama y con la maleta abierta frente a él. Apenas había guardado un par de camisetas y pantalones.

- ¿Estás esperando a que cobre vida? -pregunté con voz irónica.

- Sí. De

esa forma no tendría que prepararla yo -respondió.

- ¿Te echo una mano?

Alzó la vista y asintió. Tras unos costosos movimientos, logré tomar asiento en el suelo y doblé las piernas, quedando a unos centímetros de la montaña de ropa y de la maleta. Hacía bastante tiempo que mi hermano y yo no estábamos así de tranquilos. No intercambiamos palabra, al menos, no durante los primeros minutos.

- ¿Qué te ha dicho la doctora? -tomó asiento a mi lado y me arrebató una camiseta.

- Es una niña, hermano. ¡Una niña! Estaba completamente equivocada. Desde un principio creí que sería un varón como su padre -me eché a reír-. Pero serás tío de otra Catherine. Creo que tus súplicas no han funcionado.

- Por favor, otra más en la familia no -cubrió su rostro con la camiseta y se dejó caer en el suelo, fingiendo que se había desmayado.

- ¡Venga ya! -le golpeé en el hombro y doblé un par de pantalones.

- Enhorabuena, hermanita -besó mi mejilla antes de desmarañar mi pelo-. Me alegro por ti, por vosotros. Y hablando de vosotros... -señaló al suelo, y supe a que se estaba refiriendo con ese simple gesto-. Está aquí abajo, ¿cierto?

Me limité a responder con un asentimiento de cabeza.

Una vez que terminamos con la maleta -mejor dicho, las maletas, en plural-, me ayudó a ponerme en pie y bajamos hacia el salón. Dimitri se había acomodado en el sillón y había cogido una de las revistas de pesca de mi padre para entretenerse. Yo quería intervenir en la conversación.

Pensaba que ambos necesitarían una intermediadora.

- Te acompaño -ofrecí.

- No.

- Quiero hacerlo.

- No.

- ¿Por qué? -me quejé, frunciendo el ceño. Dimitri, ante la aparente actitud tan negativa de mi hermano, no hizo más que incorporarse y apoyar una mano sobre mis hombros-. Por favor, no empieces con esa actitud infantil. Podemos hablar con total y absoluta libertad. Papá y mamá no

tienen que enterarse de...

- ¿De que estuve a punto de partirle la cara? -bufó-. El principal problema de que yo no quiera hablar con él es que, desde que estáis juntos, ya no te reconozco. Has cambiado.

¿Realmente quería continuar con este tema? Supe que a Dimitri no le agradaría escuchar esas palabras. Mi hermano lo sabía muy bien y, aún así, Patrick las había pronunciado. Odiaba esa faceta sobreprotectora. Ya es suficiente. No soy una niña; sé cuidarme por mí misma e iba a demostrárselo. O, ¿acaso no lo había hecho durante estos últimos meses?

Podré haber tenido mis caídos. Todos los sufrimos.

Podré haber recurrido a su ayuda. Es mi hermano, le necesitaba.

Pero no tenía derecho a hacerme sentir que todas las decisiones que he efectuado han sido erróneas para él. No nos encontrábamos en una película para cambiar el guión. Esto era la vida real, y las cosas llegan a su fin cuando tú lo decides.

- ¿Crees que él me ha cambiado? -no miré a Dimitri-. ¿Crees que él tiene la culpa, si se puede llamar así, de que ahora me comporte de esta manera? Ni hablar. ¡Me enamoré! ¿Qué hay de malo

en eso, Patrick? ¿Tanto te cuesta aceptarlo?

- Dimitri y yo éramos amigos antes, Catherine. Lo sabías. Discutimos antes de dejar de dirigirnos la palabra y ahora me da rabia que haya estado a punto de matarle en una pelea, de que yo os haya causado tantos problemas... No quería molestar más. Ahí lo tienes. ¿Es eso lo que querías escuchar? ¿O no esperabas oírlo? -admitió.

Mi prometido se interpuso entre ambos al ver el rumbo de la conversación. Sí, conocía de sobra que ellos se conocían de antes y no por la fama de Dimitri. Habían estudiado juntos en la universidad y en el instituto, sin embargo, después de una fuerte pelea no volvieron a verse. Al ser tan orgullosos, el contacto se rompió hasta que él reapareció en mi vida.

- No involucremos a Catherine en esto, por favor -Dimitri habló de manera pacífica-. Ella no está en condiciones de tener una pelea como esta. Al menos, no ahora. Así que, si quieres arreglar las cosas, aquí me tienes. No lo hagas a través de ella.

- ¿Le ocurre algo? -Patrick me miró con preocupación. El atisbo de rabia había desaparecido.

- No, tanto su salud como la de mi hija se encuentran bien -asintió.

- Entonces... -Patrick humedeció su labio inferior y tensó la mandíbula-. ¿A qué esperamos?

* * * * *

El aeropuerto mantenía sus puertas abiertas a cualquier hora del día. Divisé a diversas familias facturando sus maletas para marcharse de viaje. Probablemente irían de vacaciones. Hubo unos instantes

en los que creí que esta tarde terminaría bañada en sangre, literalmente. Pero ambos conversaron de la manera más pacífica posible, solucionando así todo lo que una vez se dijeron y que ninguno se atrevió a responder.

Dimitri besó mi frente antes de soltarme la mano. Me aproximé a mi hermano y le estreché entre mis brazos con fuerza. Le echaría mucho de menos, pero me consolaba saber que apenas faltaban unos meses para volverle a ver.

- Cuídate, Cat -susurró cerca de mi oído, sin soltarme-. Llámame tan pronto como mi sobrina nazca, ¿de acuerdo? Quiero estar ahí para verla.

- Lo haré -sollocé.

No llores, Catherine, no llores. Me repetí mentalmente.

- Vamos, ¿realmente te vas a poner así? Ningún año has llorado por mí. ¿Tan profundo he llegado a tus sentimientos, hermanita? -se burló.

- Son las hormonas del embarazo, idiota. Jamás lloraría por ti -elevé el mentón en signo de orgullo a pesar de que ya había comenzado a llorar.

Mis padres se despidieron de él. También lo hizo Dimitri. Estrecharon sus manos y tras intercambiar unas pocas palabras más, se marchó. Le observé alejarse mientras colocaba los auriculares en sus oídos, silenciando el mundanal ruido. Dimitri volvió a aferrarme por la cintura y me mantuvo próxima a él en todo momento.

Esperé a que el llanto se calmara antes de volver a hablar.

- Nosotros regresamos a casa -les dije a mis padres, señalando al coche aparcado en la entrada del aeropuerto-. Ha sido un día muy largo y estoy agotada. Apenas puedo mantenerme en pie - acabé la frase con un pesado suspiro.

- ¿Quieres que te lleve en brazos? -susurró Dimitri.

- Cállate, anda -respondí entre risas.

- Tu padre trabaja por la mañana, por lo que nosotros también nos vamos -mamá dijo-. Me alegro mucho por vosotros, Catherine. Por cierto, se me olvidó comentarte que ha llegado una carta de la universidad esta mañana. Creo que es para matricularse en el próximo curso.

- Lo haré -dije al instante-. Pero no este año.

Al igual que yo, Dimitri también se despidió de mis padres. Tras eso, subimos al coche. Era un vehículo de color negro, y el conductor ya nos estaba esperando. Se suponía que era más seguro

que un chofer nos llevara a casa que conducir él mismo. ¿El motivo? Incierto. Supuse que se trataba por seguridad de la empresa.

Una vez que llegamos a la gran mansión, y tras un relajante baño, pude tumbare en la inmensa cama. Dimitri, mientras tanto, terminó de asearse en el otro cuarto de baño. Apoyé la mejilla en la almohada y cerré los ojos durante unos minutos. Intenté encontrar la posición más cómoda para dormir, y la única en la que estuve más o menos bien, fue tumbada sobre el costado derecho.

Presentí que iba a quedarme dormida en cualquier momento, entonces, unas cálidas manos masajearon mis hombros con suavidad. Sonreí para mis adentros, sin moverme. Una sábana de seda me cubrió hasta la cintura y Dimitri se acomodó a mi lado.

- Buenas noches, Cathy -besó mi hombro, deslizando a su paso el tirante del vestido.

Me rodeó con un brazo, apoyando su cabeza contra la mía y dejé que Morfeo me llevara lejos.

=====

Semana 30

Apoyé las manos en el volante y giré hacia la derecha. Miré a ambos lados, por la ventanilla, para asegurarme que no chocaría contra ninguno de los coches aparcados tanto en el extremo delantero como el trasero. Mordisqueé mi labio inferior en un intento de concentrarme más de lo que ya estaba. Tenía que aparcar el coche a la perfección.

Dimitri observaba cada uno de mis movimientos con una expresión que reflejaba su entusiasmo. Durante la última semana me había esforzado al máximo para aprender a conducir. Ya estaba cansada de depender tanto de taxis como de chófer. Aunque no lo haya mencionado nunca -la verdad, no le di mucha importancia-, era que, durante los últimos dos meses había estudiado para aprobar la parte teórica del carnet del coche.

Ahora que la tenía, me quedaba lo más difícil: la práctica.

Tras suplicarle a Dimitri que me ayudara -él se negó en un principio, argumentando que era demasiado arriesgado para mí aprender a conducir con el embarazo-, comenzamos a salir de casa, siempre a la misma hora, y me llevaba a una de las zonas en las que el tráfico era menos frecuentado para enseñarme. Actualmente, lo manejaba bastante bien.

Sólo había un pequeño defecto: no sabía aparcar.

- Gira un poco más a la izquierda y retrocede. ¿Ves el coche que hay en frente tuyo? Chocarás contra él si sigues así -deslizó una mano por mi muslo y lo pellizcó-. Lo estás haciendo mejor de lo que pensaba. Tú puedes -sonrió de esa forma tan pícaro.

- Lo único que estás haciendo es distraerme -siseé entre dientes.

/>

Apartó la mano al instante y se cruzó de brazos, adoptando una pose de un niño enfadado. Puse los ojos en blanco, apartando una mano del volante y llevé la suya hasta mi pierna, de nuevo.

- He dicho que me distraes, cierto -rectifiqué mis palabras-, eso no significa que quiera que la quites -le miré de soslayo y por fin, aparqué.

Exclamé un grito de felicidad al mismo tiempo que descansaba mis manos sobre las suyas. Dimitri bajó la ventanilla para comprobar si realmente el coche no había rozado ninguno de los otros ni se había subido al bordillo. Tras echar ese vistazo, me sonrió de nuevo.

- Ahora, regresa a la carretera y volvamos a casa -dijo.

- ¿Qué? ¡He pasado más de treinta minutos para aparcar el maldito coche! ¿Ahora quieres que deshaga todo ese esfuerzo? Oh, venga ya -bufé.

- Únicamente con mucha práctica se logra aprender -respondió, extendiendo una mano para volver a arrancar el motor-. Tú lo sabes mejor que nadie, ¿cierto?

- Muy gracioso.

Le saqué la lengua, comprendiendo al instante la indirecta en sus palabras. ¡Sexo, por supuesto! Tan pronto como puse mi concentración en salir de ese diminuto espacio, metí las marchas correspondientes y en unos minutos estuve en la carretera. Conducir con las ventanas bajas, la nueva brisa fría y el hombre al que amas a tu lado, era la mejor sensación del mundo. Encendí la radio para poner un poco de sonido en el interior.

Dimitri correspondió a mi petición cantando una vieja canción de Bon Jovi. Giré a la derecha mientras

cantaba los coros.

- It's my life, it's now or never. I ain't gonna live forever! -exclamó.

- I just want to live while I am alive -continué yo.

- It's my life! -gritamos al mismo tiempo.

Cualquiera que nos viera, pensaría que estábamos locos. Pero ahí estaba el secreto de nuestra relación. La mansión era perceptible a varios metros de distancia, giré en la rotonda y en nada ya estaba abriendo la gran verja. Apoyé la espalda contra el asiento y esperé a que esta se abriera del todo para pasar. Dimitri me había advertido un millón de veces sobre lo que me ocurriría si rallaba este coche.

Sonreí interiormente ante el recuerdo de esa conversación. Me deshice del cinturón y apagué el motor. Bajé del vehículo y suspiré cuando por fin pude estirar las piernas. Después de pasar tanto tiempo sentada, en la misma posición, un masaje no vendría nada mal.

No obstante, mi futuro esposo ya tenía otros planes.

- No te marches todavía, Jacob puede esperar unos minutos más -dije mientras pasaba al interior de casa. Me deshice de los zapatos y los arrojé a un extremo del pasillo.

- Catherine, ya te he dicho que es importante -aflojó su corbata-. Mi hermano ha conseguido acceder a las cuentas que tanto ansiábamos ver. ¿Sabes lo que eso significa? Si encontramos algo ilegal que involucre tanto a Bart como a Svetlana, desaparecerán de nuestras vidas. Para siempre. No tendremos que vivir preocupados por ellos.

- Lo sé, pero la reunión es a las ocho y todavía son

las seis. Sé que la empresa queda lejos de casa, pero, por favor, no me dejes sola todo este tiempo -le aferré de la camisa y le impulsé hacia a mí, arrastrándole.

Repartí una serie de besos por su mandíbula, sabiendo de antemano que eso le provocaría más de lo que yo quería. Le aferré de la cintura para no perder el equilibrio y no tardé en presenciar sus manos viajando hasta mis piernas. Logró alzarme en sus brazos, no sin realizar un esfuerzo que quedó reflejado en su cara, y me miró con resignación.

- ¿Desde cuándo te has vuelto tan perversa y retorcida? -me preguntó.

- ¿Yo? -parpadeé repetidas veces, anudando los brazos en torno a su cuello-. No sé de qué me estás hablando, señor Ivanov. Yo sólo pido unos minutos más con mi futuro esposo. ¿Me convierte eso en un ser tan tan malvado?

- Conoces mis puntos débiles y no dudas en explotarlos. Ese truco lo has aprendido de mi. No sólo eres mi novia, prometida, familia y el amor de mi vida. También te has convertido en mi perdición -me depositó en el suelo, junto a los sofás, y me besó en los labios-. Me marcho ya. No me esperes despierta. Si es algo grande, tardaré bastante tiempo en regresar.

- Vamos, quédate. Treinta minutos -insistí de nuevo, jugando con los botones de su camisa.

- No.

A pesar de la seriedad en sus palabras, no ocultó la sonrisa de satisfacción cuando deslicé mis manos por el interior de su camisa.

- ¿No, qué? -formulé con un tono seductor.

- Catherine, Catherine...

Mi hermano me estará esperando -repetió, pero supe que estaba ganando cuando no me había aferrado por las muñecas para detenerme-. Me matará si llego tarde, venga. Compréndelo.

- Nadie morirá por treinta minutos -aproveché la distracción para besar sus labios.

Recorrí su boca mientras presionaba mi cuerpo contra el suyo. Estábamos a finales de agosto, y el temporal tan cálido había comenzado a desaparecer. En su lugar, había sido reemplazado por varias tormentas pasajeras y cielos cubiertos. De vez en cuando, ráfagas de aire frío asolaban Manhattan. Era el primer año en muchos que sucedía algo parecido.

Pero me gustaba. El frío era otra buena excusa para abrazarle y estar cerca de él.

Conseguí desabrochar su camisa y acaricié su pecho desnudo. Había contemplado sus tatuajes en tantas ocasiones que aprendí a memorizar cada uno de sus detalles. Arqueé una ceja ante su expresión y le escuché refunfuñar al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

- Está bien, está bien. Treinta minutos, señorita Miller. Treinta minutos.

Y ambos caímos al sofá, riendo.

* * * * *

Silbé mientras desenredaba mi cabello. Jamás me cansaría de ducharme con agua helada. El embarazo no era tan pronunciado como llegué a creer en un principio. Y agradecí ese hecho. A

pesar de estar de siete meses y medio, el volumen de mi vientre no superaba los treinta y uno centímetros. Suspiré. A veces deseaba dar a luz ya para tener a mi pequeña en brazos.

Dimitri se había comportado de la mejor

manera posible desde que conoció el sexo del bebé. Incluso me llevó de compras. Todavía no habíamos decidido donde mudarnos, pero la mayoría del mobiliario de la casa ya había sido vendido. Contábamos con unos pocos sofás, su habitación, y parte de la cocina. El resto eran salas vacías.

Me puse un vestido azulado de manga codo que conjuntaba con el color de mis ojos. Apagué las luces del cuarto de baño y me dejé caer con suavidad sobre la cama antes de aferrar el teléfono.

- ¿Cómo va todo, señora Ivanova? -Alexia dijo nada más descolgar.

- Perfectamente -reí entre dientes, mirando al techo-. Jacob ha llamado a Dimitri hoy para hablar sobre ese tema en particular. Estoy un tanto nerviosa, ¿sabes? Si todo sale tal y como planeamos en su entonces, seremos libres.

- Ah. Ya podemos cantar victoria entonces -respondió.

- Todavía es demasiado pronto -me senté en la esquina de la cama y coloqué la mano libre sobre mi vientre-. Me gustaría mirar casas. Ya sabes, no vamos a esperar a que nazca el bebé para mudarnos. ¿Te apetecería acompañarme? Además, hace bastante que no tenemos una salida de chicas. Un momento -hice una pausa-. ¿Cuándo comienza la universidad?

- El dos de septiembre -dijo con claro fastidio-. ¿Sabes? Quizá me quede yo también embarazada para no tener que soportar otro largo y aburrido año universitario.

Si la tuviera en frente, le hubiera propinado un puñetazo en el hombro.

- Pero me parece bien esa salida. Mándame un mensaje el día que te venga mejor -añadió.

- Tenías razón -confesé al fin-. ¿Recuerdas el día en el que me dijiste que pronto estaría casada?

Bueno, todavía no ha sucedido ese hecho, pero... Quiero esperar a acabar la universidad para celebrar una boda. Pienso que es demasiado pronto hacerlo ahora, justo después del embarazo. Le quiero muchísimo... -me detuve.

El teléfono fijo de casa estaba sonando.

- Espera, Alexia. Me llaman por la otra línea -musité.

- Oh, la señorita es tan importante que tiene dos teléfonos -la escuché decir antes de dejar mi móvil sobre la colcha de la cama.

Corrí descalza por el pasillo y bajé a la primera planta. Conseguí coger el teléfono antes de que el molesto pitido cesase. Con rapidez, lo pegué a mi oído.

- ¿Diga? -dije.

- Catherine, soy yo, Jacob. -Su voz tan pausada pero asustada me hizo fruncir el ceño. Me apoyé contra la encimera de la cocina y esperé a que dijera algo más-. ¿Estás en casa?

- Sí, sí. No me he movido de aquí. ¿Qué sucede?

- Se trata de Dimitri. Ha tenido un accidente.

* * * * *

El taxi se detuvo en la puerta del hospital. Podría haber conducido yo misma hasta aquí, pero en el estado en el que me encontraba, hubiera ocasionado otro accidente. Mis manos, tan temblorosas, eran incapaces de extraer el dinero de la billetera para pagar el viaje. No supe cuánta propina le di a ese hombre, pero tampoco me importó. Tan pronto como se detuvo, bajé del vehículo. Jacob me esperaba

en la entrada, bajo la lluvia.

Caminaba de un lado para otro con la mirada puesta en sus pies.

- ¿Dónde está él? ¿En qué planta? ¿Le están operando? -pregunté nada más llegar.

- Catherine, primero pasemos dentro. Tienes que resguardarte de la lluvia.

- ¡Me importa una mierda la lluvia! ¿Dónde está Dimitri? -exigí.

- Está bien. No tiene heridas graves, por lo que seguramente podrá salir de aquí mañana por la mañana. Has colgado tan rápido que no me has dado tiempo de darte explicaciones. Por favor, pasemos dentro, te acomodas, y te diré exactamente lo que ha sucedido.

Mi respiración era tan agitada que no entendí cómo demonios logró comprender mis palabras. Posicionó una mano en la parte alta de mi espalda y me empujó a caminar hacia el interior. Eran pasadas las once y media de la noche, por lo que el hospital estaba prácticamente vacío. El único lugar donde era más frecuentado por las personas, era la sala de urgencias.

Jacob me condujo por varios pasillos, y tomamos el ascensor para subir a la cuarta planta. Jugué con el anillo de plata mientras mordía mis labios.

- ¿Dónde está? -repetí de nuevo, mirando a todas las direcciones.

- En estos momentos le está mirando el médico, por lo que seguramente no podremos verle hasta que nos den nuevo aviso -colocó las manos sobre mis hombros-. Catherine, respira hondo y suelta el aire. Vamos, siéntate, y te contaré todo. Te lo prometo.

- No puedo. Necesito verle. ¡Ha tenido un maldito accidente de

coche! ¿Cómo quieres que me tome eso? Él podría... ¡Él podría estar muerto! -exclamé, llamando la atención de varias enfermeras que transcurrían por el pasillo.

- Lo sé, comprendo ese sentimiento, pero no estás haciendo ningún bien al bebé. Por favor.

Me aferró del codo y me obligó a tomar asiento frente a la habitación donde Dimitri se encontraba. Miré a la puerta cerrada con énfasis, como si de esa forma fuese a desaparecer. Tenía una ansiedad terrible que me oprimía el pecho, y los nervios acumulados en mi estómago no hacían más que acrecentar.

- Nos encontrábamos en mi despacho, conversando sobre lo que habíamos averiguado, cuando recibimos una llamada por parte de uno de los empleados. Decía que teníamos que recoger un paquete urgente en la oficina de Correos más próxima -tomó asiento junto a mí y apartó el pelo húmedo de mi frente-. Nos pareció demasiado extraño que alguien nos pidiera algo así a las once de la noche. Básicamente, las oficinas cerraban a las nueve y media. Aún así, recogimos las cosas y abandonamos el despacho.

- Continúa -dije nada más acabar la frase.

- Nos subimos al coche y pusimos rumbo a la oficina. Y, nada más dar la esquina, un coche apareció de la nada y golpeó la puerta trasera del coche, en el lado del conductor. Como puedes

ver, yo no me he hecho nada.

- Oh Dios mío, ¿tú también? -fue en ese entonces cuando me percaté de unas diminutas manchas de sangre en el cuello de su camisa-. Jacob, lo siento mucho, no me he...

- Como te he

dicho, ha sido solo dos o tres rasguños por la presión del cinturón en mi cuello. Estoy perfectamente, no me duele nada. Y Dimitri solo se ha dislocado el hombro y tiene un corte en la frente. Ya está. Pero, lo que insinúo con todo esto... -paró de hablar.

- Yo también lo pienso -terminé la frase por él-. Alguien os ha intentado sacar de la carretera a propósito. La llamada, el falso paquete, todo estaba relacionado. ¿Qué habéis descubierto en las cuentas de la empresa? ¿Es algo serio, algo que pueda incriminar a Bart?

Jacob pasó las manos por su cabello y, justo cuando iba a responder, la puerta de la habitación se abrió. Veloz como un rayo, me incorporé y caminé hacia el doctor. Cargaba una carpeta en el brazo, con un folio sobre esta, en la cual anotaba cosas.

- Doctor, ¿cómo se encuentra mi prometido? ¿Puedo pasar a verle?

- Está bien. Le hemos colocado el hombro en su sitio y suturado el corte. Sin embargo, me temo que tendrá que pasar la noche en el hospital. Las radiografías no muestran contusiones en la cabeza, pero quiero asegurarme de que esté completamente bien antes de dejarle marchar a casa -dijo-. Por supuesto, pase.

- Gracias.

No esperé a Jacob. Supuse que esperaría fuera para darnos un poco de privacidad.

Las lágrimas bañaron mis mejillas tan pronto como le vi. Estaba sentado en la camilla mientras probaba a mover el brazo ya no dislocado. Tenía una especie de tiritita blanca pegada en la frente

y un pequeño moretón en la misma zona. Cuando escuchó mis pasos, alzó la vista.

Antes de ser capaz de decirme algo, me abalancé a sus brazos con la mayor delicadeza posible.

Escondí el rostro en el hueco de su cuello -en el lado bueno-, y sentí su mano acariciando mi cabello. Descargué todas las lágrimas y los sollozos mientras él intentaba tranquilizarme.

- ¿Cómo estás? -logré pronunciar, apartándome.

Le aferré con mucho cuidado de las mejillas y parpadeé para alejar las lágrimas.

- Bien. Dentro de lo que cabe, estoy bien -respondió y bajó la mirada hasta el vendaje en torno a su hombro izquierdo y parte del cuello.

- Me has dado un susto de muerte -añadí con voz temblorosa-. Cuando he escuchado la palabra accidente me he imaginado lo peor -limpié otra lágrima con el dorso de la mano, y él correspondió con una amplia sonrisa-. ¿De qué te ríes?

- ¿Yo? No me estoy riendo -sacudió la cabeza con lentitud.

- Dimitri, por favor -pasé las manos por mi pelo, apartándolo de mi frente, al mismo tiempo que mi prometido deslizaba el brazo sano por mis caderas, acercándose más a la cama-. He hablado con tu hermano. Él también sospecha que el accidente ha sido provocado. ¿Qué habéis descubierto en las cuentas para que algo así haya sucedido?

- Nada. No hemos encontrado nada de valor -respondió antes de apoyar su cabeza contra mi pecho. Acaricié su cabello corto e inspiré profundamente-. Los sedantes que me han dado me están haciendo efecto. Me quedaré dormido en unos minutos -le escuché decir.

Asentí y le

ayudé a tumbarse. Emitió varios quejidos cuanto tuvo que mover el hombro izquierdo y aproximé el sillón acolchado hacia la camilla. De esa forma yo podría pasar toda la noche con él. ¡Qué demonios! Incluso aunque tuviera que estar de pie durante diez o quince horas permanecería a su lado.

Me aferró de la mano y depositó un suave beso antes de recostar la cabeza en la almohada.

- Las cuentas reflejaban trámites normales: a proveedores, el crédito de los inversores, e incluso nuevos compradores. Al menos, así ha sido en un principio -musitó. Se estaba esforzando en mantener los ojos abiertos-. Después hemos descubierto una pequeña transición oculta entre el resto. Ese dinero ha pasado por treinta y cinco cuentas antes de llegar a su destinatario. Pero habrá que hackear el ordenador central para obtener más información.

- Ya no quiero saber nada más sobre el tema. Ese accidente, ¿realmente piensas lo mismo que Jacob y yo? ¿Crees que han intentado matarte esta noche? -un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, provocándome espasmos.

- No lo sé. Nos hemos asegurado de todos los posibles hilos sueltos antes de volcarnos de lleno en las cuentas: Svetlana está en Francia en estos momentos. He visto los billetes pagados y las cámaras de seguridad que han confirmado su marcha. Y Bart está en un viaje de negocios en nombre de Jacob. Ellos no tienen ni la menor idea.

- De acuerdo, de acuerdo -humedecí mis labios-. Descansa ahora, ¿de acuerdo? Estaré justo aquí cuando despiertes. Te quiero, te quiero -le repetí.

-

Yo te quiero... más -chasqueó la lengua y cerró los ojos por completo.

Mantuve su mano entrelazada con la mía durante toda la noche. Jacob se presentó unas horas más tarde para ver cómo nos encontrábamos. Dimitri no había vuelto a despertar, y le dije que era mejor así. Un buen descanso le vendría de maravilla. Jacob se marchó a su casa, y le obligué a llamarme por teléfono cuando estuviera a salvo. Esperaba que Alexia no tuviera un ataque al

corazón tras enterarse de lo ocurrido. Al final, yo también caí dormida. Creo que eran las cuatro de la mañana cuando cerré los ojos.

Al despertar, me encontré con un cielo encapotado y unos truenos atravesando el cielo grisáceo. Parpadeé repetidas veces y giré en el sillón, quejándome al instante del terrible dolor de espalda. Palpé la camilla en busca de mi prometido, pero me encontré con unas sábanas vacías pero cálidas.

- ¿Dimitri? -exclamé al instante, incorporándome.

- Estoy aquí -escuché su voz desde el cuarto de baño que había en la habitación-. Necesitaba refrescarme un poco. Los calmantes ya han desaparecido y ahora estoy sudando -se quejó y acortó la distancia para plasmar sus labios sobre los míos.

Le devolví el beso a pesar del nerviosismo y mordí su labio inferior antes de separarme.

- ¿Qué tal te encuentras ahora? ¿Te duele mucho? -procuré no rozar su hombro.

- Más o menos. Es un dolor soportable. La rotura de nariz fue mucho peor -sacudió la cabeza y señaló al botón rojo situado junto a la camilla-. Llamemos al doctor para que podamos regresar a casa. Odio los hospitales.

- Ya somos dos.

El doctor pasó por la habitación a los veinticinco minutos. Revisó su hombro, y los puntos, antes de firmar unos papeles con el permiso para marcharnos. Dimitri deslizó el brazo libre en torno a mis hombros para ayudarme a caminar. Me repitió hasta la saciedad que estaba bien; que él solo podía caminar hasta el taxi. Pero me negué rotundamente. Él y yo éramos muy parecidos en este aspecto. Le ayudé a tomar asiento y le indiqué al conductor la dirección.

Durante el camino a casa, Dimitri me dijo que procuraría tener la próxima reunión con Jacob en pleno día. Si algo ocurría, habrían testigos. A pesar de mis insistencias en que permaneciera en

casa, al menos, la próxima semana, él alegó que tenía que deshacerse de su padre lo antes posible.

Pagué la tasa correspondiente y le acompañé hasta el interior. Antes de cerrar la puerta eché un vistazo a los alrededores. De repente, había tenido esa extraña sensación de ser observada. Sin querer pensar demasiado en eso, deseché la idea.

Probablemente ha sido mi ajetreada imaginación y mi falta de sueño.

=====

Semana 31

Extendí una mano sobre las sábanas frescas, buscando a Dimitri. Abrí los ojos de par en par cuando no me encontré con la calidez de su cuerpo a mi lado. Me incorporé con suma rapidez, frunciendo el ceño, y contemplé la oscuridad presente en la habitación. Escuchaba su voz en la planta inferior. ¿Qué hora sería? Quité las sábanas de mi cuerpo, las cuales habían quedado pegadas a mi piel debido al sudor, y aparté las cortinas; dejando así que la luz entrara.

Descalza, bajé las escaleras. El bebé pateó enérgicamente y acaricié la zona exacta en la que había sentido ese movimiento.

Mi prometido se encontraba en el salón y con compañía: Jacob. Ambos parecían alterados pero no alzaban la voz. Estaban susurrándose entre ellos. Al verme, Dimitri cesó la charla y suspiró antes de esbozar una sonrisa lobuna.

- Buenos días, mon amour -me dijo, acortando las distancias.

Olvidándose de su hermano, me besó como si no hubiera un mañana. Confusa, adormilada y un tanto sorprendida por la intensidad del beso, logré apoyar el trasero contra la pared y le devolví aquel afecto como pude. ¿A qué venía esto?

- Mhm. ¿Qué haces despierto tan temprano? -pregunté antes de bostezar.

- Nada de lo que debas preocuparte -acarició mis mejillas con los pulgares, sonriendo.

Su hombro ya estaba recuperado al completo tras tomar la medicación correspondiente y sin realizar esfuerzos. Yo me había asegurado de que no los hacía. Su accidente apareció en la televisión durante los dos primeros días, pero luego el asunto

pareció calmarse de nuevo. Nadie era sospechoso del accidente, pues no se encontró el vehículo que golpeó el suyo.

- Hola, Jacob -dije, alzándome en puntillas para poder mirar sobre el hombro de Dimitri.

Me respondió con una amplia sonrisa y me invitó a tomar asiento, no sin antes recoger los papeles que habían esparcido sobre la mesa. Quise preguntarle a ambos sobre el asunto, sin embargo, me limité a dejarme caer sobre el sillón y a cruzar las piernas de tal forma que pudiera estar cómoda con mi vientre. Algunas veces deseaba tenerla ya en mis brazos. En otras, la idea me aterrorizaba. ¿Estaría preparada para ser madre?

Dimitri apoyó sus manos en mis hombros, desde atrás del sofá, y suspiró.

- ¿Qué quieres para desayunar? -preguntó, comenzando con unas lentas caricias.

- No estoy hambrienta. ¿Qué haces aquí, Jacob? -no era estúpida.

Él no me distraería con tanta facilidad.

- Hablar acerca de asuntos económicos de la empresa. Ya sabes, temas que únicamente los hombres viejos y arrugados logran comprender tras muchos años de experiencia -bromeó. Sacudió las manos en sus pantalones y me miró-. ¿Cómo te encuentras? Dimitri me ha confesado que al final será una niña. ¿Cómo le llamaréis?

Jacob también cambió de tema. Oh. Algo me ocultaban.

- Todavía no lo hemos pensado -admití, mirando a Dimitri-. Pero disponemos de unas semanas

antes de tomar la gran decisión. No tenemos que apresurarnos.

- Enhorabuena de nuevo, chicos -añadió y se incorporó-. Debería

de marcharme ya.

- Por supuesto -respondió mi prometido por mí.

Se apartó de mi lado y estrechó la mano de Jacob. Le acompañó hasta la entrada y les seguí con lentitud, apoyando el hombro contra el marco de la puerta que daba al recibidor. Tras desaparecer por el umbral de la puerta, arqueé una ceja, señalando a mi futuro esposo con el dedo. Este respondió alzando las manos en el aire, siguiéndome el juego. Supo que ya le estaba acusando de algo. Posicionó sus manos en mi vientre y dijo:

- ¿Cómo has amanecido? -deslizó sus labios por mi mandíbula.

- Podría ser mejor si hubieras estado a mi lado -intenté mantener la cordura, pero el tacto de sus labios en mi piel conseguía nublar mis sentidos-. ¿Qué... qué quería Jacob? Los dos estabais muy... preocupados antes de bajar yo. ¿Sucedo algo?

Noté como sacudía su cabeza y me aprisionó contra la pared. Apoyó las palmas de las manos a ambos lados de mi cuerpo, impidiendo así que realizara cualquier movimiento, y esbozó una de esas sonrisas que quitaban el aire. Acarició mi piel bajo la tela del pijama y se acercó, sin tocarla, a mi zona íntima. ¿Qué intentaba hacer?

- Sólo hablábamos de la empresa -añadió sobre mis labios-. ¿Qué quieres hacer hoy?

- He... quedado con... con Alexia -respondí casi sin aire.

Maldita sea. ¿Por qué tenía que distraerme de esta forma? Yo quería indagar en aquello que me ocultaba, pero mi cuerpo y él me hacían perder la razón. Su mano tiró de mis bragas hacia abajo y grité. Mi primer impulso

fue golpearle antes de recolocarlas en su sitio. Sin embargo, me limité a dejarlas caer y crucé los brazos sobre mi pecho.

- ¿Gusta mi prometido de sexo matutino? -pregunté con ironía.

- Puede. Sin embargo, sé que no deberíamos. Es arriesgado.

- No voy a romperme -desabroché su camisa y acaricié los tatuajes de su clavícula-. No soy de porcelana ni una muñeca de papel. Por si todavía no te has dado cuenta, soy toda una persona de carne y hueso.

- Catherine, has quedado con Alexia y sé que nunca te gusta llegar tarde.

Rió para sus adentros y se arrodilló ante mí. Comenzó a subir mi ropa interior con lentitud, acariciando mis piernas a su paso y plantó un beso en la cara interna de mi muslo antes de incorporarse. Mis piernas se hicieron gelatina mientras tanto. Le abroché la camisa de nuevo y le miré con cara de pocos amigos.

- Entonces, me temo que aceptaré su petición de desayuno -respondí.

Tras desayunar y tomar una ducha -Dimitri insistió en acompañarme en cada una de mis acciones. Por mi seguridad, había dicho-, me vestí con prendas azuladas que marcaban todavía más mi embarazo. Recogí mi pelo en una trenza y apliqué un poco de brillo de labios. Bajé las escaleras y me encontré con Dimitri abrochándose su chaqueta de cuero.

- Hey. ¿Adónde vas tú? -pregunté.

- Jacob -se encogió de hombros tras pronunciar su nombre-. Me gustaría tomar un par de copas con mi hermano ahora que estamos en buenos términos, por así decirlo.

- ¡Vaya! Jamás imaginé

que habría un mi hermano y yo en algunas de tus frases.

Me detuve en el penúltimo escalón y Dimitri me rodeó con sus brazos.

- Estás preciosa. Ese debería de ser tu nombre -besó mis labios con rapidez.

- Tus cumplidos no terminarán de conquistarme, señor Ivanov.

- Lo sé. Ya estás completa y absolutamente enamorada de mi. No es necesario repetirlo.

- Egocéntrico -siseé.

- Preciosa.

- Idiota.

- Te amo.

Las carcajadas escaparon de mis labios y le besé por última vez antes de liberarle de mi agarre.

Le observé marcharse y suspiré. Todavía me quedaba más de una hora para irme. Intentaría distraerme con lo que fuera con tal de entretenerme. Hice la cama, comprobando que no dejaba ni la más mínima arruga; arreglé el escaso mobiliario del salón y puse los brazos en forma de jarra al ver que no tenía nada más que hacer aquí.

Y pensar que el anterior verano pasaba los días sumergida en la piscina...

Los minutos transcurrieron y aferré mi bolso. ¿Dónde había puesto mi teléfono? Mordí mi labio inferior mientras lo buscaba en cada rincón de la mansión. Empezó a sonar cuando más lo necesitaba, así que me adentré en el salón para cogerlo.

- ¿Señorita Miller? -una voz grave pero familiar sonó tras la otra línea.

- Eh... Sí, soy yo -respondí, confusa.

- Asómate por la ventana del salón, por favor -me interrumpió.

- ¿Cómo... dices?

- Haga lo que he dicho y no pregunte

hasta que yo le dé permiso.

Mi corazón respondió a sus palabras con unos fuertes latidos. No tenía nada que perder si apartaba las cortinas y miraba al exterior. Dimitri había abandonado la casa hace apenas veinte minutos, por lo que nada malo podría estar ahí fuera. Cargué el móvil en mis manos mientras me acercaba. Mis dedos temblaron sin razón aparente antes de apartar la espesa tela.

Con apenas un resquicio, no pude ver más que las vallas oscuras que rodeaban la casa. La desplacé por completo y apoyé la mano izquierda sobre el cristal. En el exterior, a unos metros de la entrada de la cochera, había un coche aparcado. Llevé de nuevo el teléfono hasta mi oído y, antes de pronunciar cualquier palabra, ese hombre volvió a hablar:

- Bien. Tiene diez minutos para hacer las maletas e inventar cualquier excusa que haga creer a su

futuro esposo que le ha abandonado. Diez minutos. Ni uno más, ni uno menos. Le estaré esperando aquí fuera. Por favor, no se demore.

- ¿Estás mal de la cabeza? -chisté-. Si eres uno de esos periodistas, no obtendrás ninguna información exclusiva ni mía, ni por parte de mi prometido. Así que, ahora lárgate antes de que llame a la policía y haga que te arresten.

- Oh, Catherine -esa risa tan escalofriante me recordó a alguien.

Pero, ¿a quién? Este número no estaba guardado en la memoria de mi teléfono. Tampoco había conocido a nadie nuevo en los últimos meses. ¿Quién demonios estaba detrás de la otra línea? ¿Se trataba alguna broma pesada por parte de Alexia o algún compañero de la universidad?

/>

- Te pido las cosas con amabilidad y educación porque no deseo que la situación se tuerza con tanta rapidez. Tenemos un largo camino por delante. Así que, haz lo que he pedido y no opongas más resistencia. De lo contrario, me veré obligado a actuar -añadió.

- No me pienso marchar contigo a ningún lado. ¡Estás loco!

- He escuchado que Dimitri ha sufrido un accidente de coche, pero logró salir prácticamente ileso de la tragedia. También lo hizo su hermano. ¿No te parece una extraña coincidencia que ambos padecieran dicho accidente y que el causante se haya dado a la fuga? -empleó un tono irónico que me puso el vello de punta-. Verás, aquí está la cuestión: primero fue un accidente de coche, sin embargo, ¿qué le ocurriría si alguien irrumpe en la empresa, armado, y decide acabar con su vida ahí mismo, frente a todos?

Retrocedí hasta quedar apoyada en el sofá, con los nudillos blancos debido a la fuerza con la que sujetaba el móvil. Mi mirada permanecía fija en el exterior, a pesar de que la cortina volvía a cubrir la ventana y no podía ver nada más a través de ella.

- Un momento, ¿me he olvidado de mencionar que también sé dónde está Patrick? Vive en California, sí. Una modesta casa de dos plantas situada frente a la playa. Por no mencionar a esa chica que tanto le gusta. Creo que su nombre era Samantha. No me hagas caso, me hago un lío con tanto nombre -echó unas risas que no acompañé-. La cuestión es la siguiente: si deseas que

tu futuro esposo conserve la vida, al igual que tu hermano, harás las maletas

y saldrás por esa puerta en menos de... Ah, ya van nueve minutos.

- ¿Qué es lo que quieres? -murmuré-. ¿Dinero? Te daré todo lo que pidas.

- El dinero es algo material que desaparece con el tiempo -replicó-. Lo que quiero es que tú subas al coche que te está esperando en la entrada, con ropa suficiente para un largo viaje, y no hagas más malditas preguntas. Mi paciencia no es infinita, ¿lo sabías? -le escuché emitir un pesado y largo suspiro-. No avises a la policía. Ellos no harán nada para evitar ambas muertes. Así que ahora haz lo que te he pedido. Ocho minutos, morena. Ocho minutos.

Y colgó.

El móvil resbaló de mis manos, repiqueteando contra el suelo de madera. Permanecí de piedra, como una estatua, durante los próximos segundos, intentando asimilar la información. Nos habían encontrado. ¿Quién? No tenía ni la menor idea. Pero, ¿por qué? Tendría que ser alguien relacionado con Bart. Sí, era eso. ¿Qué quería de nosotros?

Ese hombre había provocado el accidente de Dimitri. Podría haberle matado, pero no lo había hecho. Estaba jugando con nosotros. Peor aún: nos había pillado con las manos en la masa. ¿Y si ya había algún hombre, alguien fingiendo ser guarda de seguridad, junto a Dimitri? ¿Qué ocurriría si le llamo para avisarle? ¿Le mataría por mi culpa? ¿Y mi hermano? La ansiedad me impidió respirar y tuve que apoyar las manos en la pared.

- Vale, Catherine. Piensa, por favor, piensa -me dije a mí misma.

Humedecí mis labios y eché un vistazo a la puerta cerrada. ¿Y si intentaba escapar

por la puerta trasera? ¡Maldita sea! Estaba embarazada, no podría echar a correr. Y él podría estar armado. Abracé a mi vientre como si aquello fuera a proteger al bebé y aguanté las lágrimas.

Arranqué una hoja de papel de una de las libretas de Dimitri y, con manos temblorosas, logré escribir lo siguiente:

Dimitri, perdóname. Pero tienes que encontrarme.

Hazlo. Por favor, búscame. Te amo.

Catherine.

Depositó ese breve mensaje sobre la cama y asentí para mí misma. Él jamás creería que yo le había abandonado sin explicación alguna. Además, esta misma mañana, Dimitri y Jacob estaban trabajando en algo importante. Y el precio a pagar era yo. Eché en una pequeña maleta las primeras prendas que encontré en el armario.

Mi miedo disminuía conforme me acercaba a la entrada. ¿El motivo? Haciendo esto mantendría al hombre que más amo con vida. También a mi familia. Ese hombre de ahí fuera quería algo de mí. Algo que solo yo podía darle. Pero, ¿el qué? Mi móvil sonó de nuevo y acepté la llamada.

- ¿Estás preparada? -preguntó con esa voz escalofriante.

- Por favor, no me obligues a hacer esto -supliqué-. Podemos arreglar sea lo que esté sucediendo con palabras, sin necesidad de... marcharnos a... Por favor -repetí-. Estoy embarazada, ¿de acuerdo? No le haré daño, y mi prometido tampoco.

- Sal de la casa. Ya.

Cerré los ojos al mismo tiempo que sollozaba. Giré el pomo de la puerta y cerré con rapidez. El coche era

de color negro, y contemplé en la distancia que no tenía matrícula. No había colgado, por lo que supuse que escucharía cualquier cosa que yo dijera.

- Has hecho lo correcto -añadió-. Si hubieras avisado a la policía, o incluso al propio Dimitri, tendrías dos funerales que celebrar en los próximos días. ¿Se me ha olvidado mencionar que dispuse dos cámaras en la casa? Perdona, además de ser terrible con los nombres, también lo soy con la memoria. Suelo olvidar los acontecimientos irrelevantes.

¿Qué? ¿Cámaras? ¿En nuestro hogar?

Llegué al coche y miré por las ventanas, asegurándome de que no había nadie en su interior.

- Sube en el asiento del conductor y pon la maleta en los asientos traseros -me ordenó.

Inspiré profundamente y eché un vistazo a los alrededores. No había nadie. Ni un mísero coche, ningún transeúnte. Eran apenas las diez de la mañana. Las personas paseaban por la gran ciudad y no por estas zonas. La primera lágrima resbaló por mi mejilla mientras obedecía sus palabras. Guardé la maleta en los asientos traseros y cerré la puerta una vez que tomé asiento en el lado del conductor. Tanto el volante como el asiento se ajustaban al volumen de mi vientre, perfectamente calculado.

Llevé el móvil hasta mi oído y esperé.

- Ahora arroja ese teléfono por la ventana y coge el que hay en la guantera.

- ¿Qué? -balbuceé.

- Dos minutos. Dos minutos y ordeno a mis hombres que los maten.

- Voy, ¿de acuerdo? -respondí con rapidez-. Lo hago ya.

Lancé mi móvil

por la ventanilla y busqué a tientas en el interior de la guantera. Solo había un objeto, aquel teléfono que él había indicado. Sonó con un molesto pitido y descolgué, poniendo el altavoz en esta ocasión.

- Ahora conduce hasta que yo te ordene que pares. Seguirás mis instrucciones. No te desviarás por ninguna calle. No irás a casa de tus padres, ni visitarás a Alexia. Mientras hagas lo que yo diga, nadie saldrá herido. Te doy mi palabra, Catherine.

Las llaves estaban puestas en el contacto, por lo que supuse que él no andaría muy lejos. Me observaba desde algún lugar, pero no lograba divisarle. Arranqué el motor y pulsé en el acelerador. Él también sabía que había dado clases de conducción. Nos había observado.

¿Estaría contratado con Bart? ¡Ese hijo de puta estaría detrás de todo, estaba segura!

Miré a la casa por última vez y pensé en Dimitri.

Él me encontraría. Siempre lo había hecho.

* * * * *

Mis ojos escocían debido a la gran cantidad de lágrimas que había derramado. Mis mejillas estaban enrojecidas e hinchadas. El teléfono estaba a punto de quedarse sin batería, y el contador había ascendido a más de doscientos minutos. Más de tres horas al volante, sin un descanso, y sin finalizar la llamada. Ya no estaba en Manhattan. No reconocí la carretera, pero estaba a menos de una hora de la entrada a la ciudad.

- Detente en el arcén y espérame -dijo antes de colgar.

Puse los intermitentes en caso de que alguien más pasara y no viera el coche a causa de la lluvia. Bajé de este, sin importar calarme de pies a cabeza. Me apoyé contra el vehículo, mirando a la nada. Al cabo de unos minutos, otro coche se detuvo tras el mío. Inmediatamente, me puse alerta y retrocedí unos pasos.

Ahí estaba él. Ese hombre.

Tragué saliva, esperando encontrarme con el rostro de un desconocido. Pero mi cara se descompuso cuando reconocí los dos rostros que se aproximaban hacia mí con unos paraguas cubriendo su cabeza y una sonrisa de satisfacción curvando sus labios.

- Bien, Catherine. Ahora comienza el juego -dijo Svetlana mientras apartaba la mirada de su hermano, Jeremy Rogers, para centrarla en mí-. Por fin conocerás todo, amiga.

=====

Semana 32

Me abracé a mí misma mientras miraba a través de la ventana.

Las diminutas gotas de lluvia caían con fuerza contra los cristales, corrompiendo todavía más los barrotes que impedían saltar por la ventana. De todas formas, me encontraba en una primera planta. No podría escapar por ella aunque quisiera. Tras ese encuentro en mitad de la carretera y descubrir que mis secuestradores -por llamarlos de alguna forma-, eran nada más y nada menos que Jeremy y Svetlana Rogers, comprendí que todo esto tendría que ver con la anulación del matrimonio y la serie de amenazas de Svetlana hacia mi prometido.

No me permitieron responder en su entonces. Dejaron abandonado el coche sin matrícula en mitad de la carretera y ellos me escoltaron personalmente hasta una vieja casa. A juzgar por su aspecto exterior, y por los árboles chamuscados, el lugar en el que me encontraba sufrió un severo incendio.

Había transcurrido un periodo de tiempo de más de siete días. Pasé cada uno de ellos sin compañía. Ninguno de los hermanos se dejaba ver el tiempo suficiente para preguntarles qué demonios planeaban hacer conmigo. Además, quería asegurarme de que Dimitri y mi hermano estuvieran bien. Sanos y salvos. Las visitas tenían lugar siempre en el mismo horario: las dos del mediodía, y las ocho y media de la noche, es decir, para entregar la comida y la cena. No me estaba permitido abandonar la habitación. Tampoco deseaba hacerlo.

El único consuelo que me restaba era el bebé. No me sentía tan sola como llegué a pensar durante las primeras cuarenta y ocho horas.

Sabía de antemano que tenía que salir de aquí antes de noviembre. Cueste lo que cueste, tenía que marcharme o ser encontrada antes. Jamás permitiría que este bebé estuviera en sus manos. Acaricié mi vientre con detenimiento y apoyé la cabeza contra la pared.

La habitación contaba con escaso mobiliario: la cama, situada contra la pared y junto a la ventana; un escritorio sin silla y un armario, en el cual tuve que meter la maleta. Emití un pesado suspiro y parpadeé con lentitud. Me caía del sueño.

Alguien golpeó la puerta tres veces antes de abrirse. Ya era hora.

- Veo que te has acostumbrado a la habitación. Creo que mi hospitalidad se excede.

Svetlana deslizó la bandeja de comida sobre el escritorio. Si me estaba alimentando como era debido era por el bien del bebé. Si por mí fuera, dejaría de comer aunque eso supusiera caer enferma. Estudié el contenido de la bandeja antes de trasladar la mirada a su rostro.

- ¿Qué otro remedio tengo, amiga? -dije con tono irónico.

- Lo lograste -dijo súbitamente, arrojando un periódico a los pies de la cama-. Si pretendías conseguir fama, lo has conseguido. Eres portada en todos los periódicos de la ciudad.

Extendí un brazo para alcanzar el periódico, y lo desdoblé para ver de qué se trataba. Mi cara junto a la de Dimitri eran portada. El titular en letras mayúsculas negras anunciaba mi reciente desaparición. Los cuerpos de seguridad me estaban buscando. Sabían que era un secuestro.

No obstante, si su principal sospechosa no era Svetlana,

¿a quién estaban investigando? Ver el rostro de Dimitri después de una larga semana me partió el corazón. Acaricié su foto con la yema de los dedos y mordí mi labio inferior con tanta fuerza que creí que me haría una herida. Él había sacrificado mucho por mí. Ahora era mi deber salvarme de esta situación aunque fuera por mis propios medios y sin ayuda.

Le dije a mi padre en su entonces que era capaz de protegerme por mí misma.

Y cumpliría mi palabra.

Lancé el periódico al suelo una vez más y Svetlana arqueó las cejas.

- ¿No te gusta lo que ves? -arrastró las palabras, como una víbora.

- Prefiero a Dimitri a mí lado y no en una fotografía de papel -iba a provocarla. Oh, por supuesto que lo haría. Era la única forma de conseguir más información-. Me comprendes, ¿cierto? No es lo mismo besar un pedazo de revista que sus labios. Tú mejor que nadie deberías de entender mis palabras. ¡Qué pena que él nunca haya querido besarte realmente!

- Estás poniendo en juego muchas cosas con tus palabras.

- ¿El qué, eh? Sin preguntas ni respuestas, me obligas a abandonar mí hogar y al hombre al que amo, argumentando que le matarías si no obedecía. Él te fue infiel y no solo en una ocasión. Aún así insistes en permanecer junto a él. ¿Crees que no sé que ocultas algo? Me da igual si tengo que estar encerrada en esta habitación durante otra semana más. No conseguirás nada.

Pretendía sonar segura de mí misma, de mis palabras, pero interiormente sabía que tan pronto como las contracciones

tuvieran lugar, sería incapaz de salir de aquí con mis propios pies.

- He procurado tratarte de la manera más afable -señaló a la puerta, entreabierta-. Pero dejaré de hacerlo tan pronto como yo lo ordene.

Tensé la mandíbula en un intento de ocultar mis temblores. Su hermano era conocido por su descontrol en la violencia y las drogas. Había sido arrestado en más de una ocasión por hurto y posesión de tabaco ilegal. ¿Qué haría conmigo? ¿Me golpearía? Mi rostro se crispó y humedecí mi labio inferior; alternando la mirada entre la ventana y Svetlana.

No. Ella no sería capaz de hacerme tal cosa. Aunque, teniendo en cuenta que me estaba reteniendo en contra de mi voluntad y había amenazado con asesinar a dos personas, sí.

Lo haría.

- ¿No tienes hambre? -señaló a la bandeja.

- Sí. Pero no estoy segura de si le has puesto demasiado veneno de rata -musité.

- Muy graciosa, Catherine -rió con amargura-. Tienes que alimentarte, ahora.

- Lo haré -hice una pausa-, cuando te marches.

Estuvo de pie frente a mí unos minutos más. Entonces, salió al exterior, no sin cerrar la puerta con llave de nuevo. Me levanté al cabo de unos segundos, caminando con lentitud hacia el escritorio, y comencé a jugar con el tenedor y la comida. Llevé los trozos de carne de vez en cuando a mi boca, masticándolos con mucha lentitud.

En los últimos tres días había sufrido tres ataques de ansiedad. Esto no era bueno para mí ni para el bebé. Podría sufrir falsas contracciones en cualquier

momento.

Afortunadamente, no había sentido dolor alguno, y la pequeña continuaba moviéndose con tanto brío como siempre. Eso me alivió. Tras finalizar con la mayor parte de la comida, arrastré la bandeja hacia la puerta, a la espera de que ella volviera a recogerla. No pude resistirme, por lo que recogí el periódico del suelo y comencé a leer el artículo:

« ¿Qué está sucediendo en la familia Ivanov? Un compromiso, un engaño, y ahora una desaparición. La reciente prometida del antiguo heredero, Dimitri Ivanov, desapareció hace siete días sin dejar rastro alguno. Tanto sus familiares como el mismísimo Dimitri están colaborando con la policía, en busca de cualquier indicio de la joven Catherine Miller. Si la ha visto, no dude en contactar con el teléfono que le proporciona el artículo. Nuestros periodistas tuvieron el placer de hablar con Bart Ivanov, el creador de las industrias. El padre de nuestro protagonista se encuentra tan desolado como su hijo...»

Detuve la lectura y rompí el periódico en trozos, presa de la ira. ¿Bart Ivanov desolado por mi desaparición? ¡Eso era una completa y absurda mentira! ¡Mi secuestro daría carta blanca a Svetlana, maldita sea! Desde un principio, el padre de Dimitri había estado fingiendo. Sí. Ahora estaba segura de ello. ¡Y no podía hacer nada para demostrarlo!

- Te he dicho que no, Jeremy -la voz de Svetlana irrumpió en el dormitorio.

Con delicadeza, me descalcé y me aproximé a la puerta de madera. Aparté el cabello de mi oído y lo pegué contra

esta, intentando escuchar más allá. La casa contaba con dos plantas, pero yo estaba situada en la primera. Ellos deberían de estar en el salón.

- ¿Por qué? Podemos hacerle daño, y con este, Dimitri sufrirá mucho más de lo que...

- Todavía no -recalcó ella-. Si le hacemos el menor rasguño, ¿cuánto crees que Dimitri tardará en dar contigo? Le he visto pelear en demasiadas ocasiones, hermano. Sería capaz de reventarte la cabeza con tan solo un puñetazo. No dudaría en hacerlo. Él no solo está enamorado de Catherine. Su amor va más allá que eso -acabó la frase en un susurro.

- Estamos juntos en esto, ¿cierto? -contestó Jeremy-. Tu quieres tomar la justicia de una forma distinta a la mía porque, a pesar de los hechos, ella sigue siendo tu amiga. No lo entiendo, pero, ¿sabes qué? Yo no la conozco tan bien como tú, así que no me importa en absoluto el daño que pueda ocasionarle. ¿Es el bebé lo que te preocupa? Tranquila pues. No la tocaré de la forma que deseo.

El vello de mi nuca se crispó y me alejé de la puerta. No, no y por si no ha quedado claro, no. ¿Tocarme? ¿De la manera que él deseaba...? Acaricié mis propios brazos, desnudos debido a la camiseta que llevaba, y tomé asiento en la cama al sentir que iba a caerme en cualquier momento. Mis piernas ya temblaban de pensar en lo que se avecinaba.

Por primera vez, deseé que Svetlana no me dejara a solas con él.

Sin embargo, lo hizo. Lo supe porque escuché como la puerta principal se cerraba y, tras eso, el motor de un coche. Ahora él se llevaría

la bandeja, esa era la rutina. Maldije interiormente el haber comido con tanta rapidez y aferré uno de los libros que ocupaba la parte más alta de la estantería para fingir que estaba leyendo.

El picaporte giró cuando la llave se deslizó en la cerradura y aguanté la respiración. Si intentaba abusar de mí y gritaba, nadie me escucharía. Nadie saldría a defenderme. De repente, recordé el cuchillo situado sobre la bandeja y tuve la necesidad de cogerlo. Pero fue demasiado tarde. Aquel hombre de espalda amplia, labios fruncidos y ojos claros, se hizo paso al interior de la estancia y cerró la puerta tras él.

Él nunca se quedaba. Oh Dios mío.

- ¿Ha sido de tu agrado la comida? -habló como su hermana: con ironía.

- Sí -me limité a responder, centrando la mirada en cualquier párrafo del libro.

Pasé a la siguiente página, sin leer nada realmente. Tan solo fingía que lo hacía, e incluso moví mis labios para simularlo. Sus pasos se aproximaron y tensé la espalda. Tomó asiento en la otra esquina de la cama, la más alejada de mi posición, y alcé la vista durante unos segundos.

- ¿Te han dicho alguna vez que eres preciosa?

- Sí -repetí-, pero nunca tiendo a creer los cumplidos de gente que acabo de conocer.

- Ah. Deberías hacerlo -le escuché reír-. Aunque teniendo en cuenta la facilidad con la que caes rendida ante los pies de un hombre, me extraña que no hayas usado tu belleza para conseguir algo más que el matrimonio con un multimillonario.

Sujeté el libro con tanta fuerza que llegó

al punto en el que mis nudillos se pusieron blancos. No iba a responderle. No deseaba mostrar mi pánico pero tampoco ironía. Me encogí más en la cama y proseguí con la falsa lectura.

- ¿Sabes? -acortó un poco más la distancia-. Pienso que mereces saber el motivo por el que Svetlana y yo estamos haciendo esto. ¿No crees?

- En eso estoy de acuerdo -murmuré.

- Entonces, ¿por qué no lo preguntas?

- ¿Acaso me vas a contestar? -aparté el libro con suavidad, depositándolo a mí derecha.

Si jugaba bien mis cartas, podría sacar algo de información y salir ilesa del asalto.

- Depende de cómo lo pidas -esbozó una sonrisa que me dio repugnancia.

- ¿Por qué me tenéis aquí retenida? ¿Serías tan amable de responder, por favor?

Jeremy comenzó a reír como un poseso. Fruncí el ceño, un tanto confundida y, antes de poder responder a esas carcajadas, se abalanzó sobre mí. Me aferró de las muñecas y aprisionó mis piernas con su rodilla. Me inmovilizó por completo. Chillé a todo pulmón, y eso que no había hecho más que aferrarme. No obstante, ese agarre tan tenso me estaba haciendo añicos la piel de la muñeca.

- ¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame! -ordené.

- Ahora comprendo el motivo por el que el señor Ivanov se enamoró de ti -aproximó sus ásperos labios a mi cuello y lo estiré hacia el extremo opuesto a él-. Yo también te hubiera arrastrado a la cama en el primer intento.

- ¡Qué me sueltes he dicho! -grité de nuevo.

-

Tranquilízate, pequeña -poco a poco, la presión en mis muñecas se relajó. Sin embargo, no llegó a liberarme por completo-. No voy a hacerte daño. No puedo, no ahora.

- Entonces, ¿a qué esperas? -maldición. ¿Había pronunciado eso en voz alta?-. Venga. Svetlana me sacará de aquí tarde o temprano. Dime que es lo que planeas hacer conmigo. Te lo he pedido

tal y como has dicho. Exijo una respuesta.

Me soltó las muñecas y se levantó. Se aproximó a la bandeja, la cual recogió del suelo, y la depositó sobre la mesa del escritorio. Mi respiración se calmó con el transcurso de los segundos y me aferré a las sábanas de la cama con tal de no desfallecer ahí mismo. Jeremy me estudió en la distancia antes de rascar su nuca.

- Primero de todo: eres una niña tonta y estúpida, Catherine -dijo-. Si nunca hubieras mantenido relaciones sexuales con Dimitri, no estarías metida en este lío, el cual no te incumbe en absoluto. Bueno, rectifico mis palabras: antes no tenía nada que ver contigo. Ahora sí. Mi hermana se comprometió con Dimitri gracias a la influencia de Bart. Ese hijo de puta también tiene mucho que pagar, y no dudes que le llegará su merecido.

- Sabía que el matrimonio era por conveniencias -me atreví a decir.

- No exactamente -frotó su barbilla y me apuntó con un dedo-. Mi hermana nunca tuvo interés alguno en tu prometido. Jamás le agradó su forma de ser. Ella no quería casarse por el dinero, si no por venganza. ¿Has escuchado alguna vez el dicho de que la venganza se sirve en

un plato frío? Bueno, su plan iba más allá de lo que yo había ideado. Y tú has colaborado en él sin ni siquiera percatarte.

- ¿De qué querría vengarse ella? Es decir, se conocieron en un campamento.

Jeremy humedeció sus labios y se cruzó de brazos. El nerviosismo se apoderó de él. Lo supe por la forma en la que se balanceaba y el movimiento de sus dedos. Me incorporé. Estando tirada en la cama me hacía sentir expuesta a él. Al menos, en pie, me aproximaría más a su altura.

- Esto va mucho más atrás que un simple campamento, Catherine -asintió repetidas veces. Volvió a morder sus labios y añadió-: Tu prometido es un jodido asesino. Un mentiroso. Un estafador. Un egoísta. Y me sorprende que alguien como tú haya caído en sus redes. ¡Jamás hubieras podido imaginar lo que él nos hizo, a mí, a mi familia! -gritó-. Svetlana y yo teníamos un hermano. Era el mediano, y su nombre era Desmond. Hubiera tenido un futuro prometedor si no fuera porque tanto él como yo y mi hermana nos podríamos en la calle.

Entrelacé las manos tras mi espalda. No iba a interrumpirle. Temía mucho su reacción.

- Una noche le ofrecieron pelear en un club de lucha. Era algo ilegal, pero le pagarían el dinero suficiente como para permitirse el alquiler de una casa. Él aceptó. ¿Cómo no iba a hacerlo? Estuvo preparándose durante meses. ¡Meses! Y todo se fue al traste cuando su oponente, claramente mucho más ebrio y cabreado que mi hermano, le mató a golpes. Sin piedad.

Oh. No, no, no. Esto no podía ser.

Llevé las manos

a mi cabeza mientras negaba. Conocía esta historia a la perfección, al menos, desde el punto de vista de Dimitri. Noté como un nudo comenzaba a formarse en mi estómago e inspiré profundamente por la nariz, incapaz de pronunciar palabra alguna.

- ¡Dimitri asesinó a mi hermano, Catherine! ¡Y él no recibió ningún castigo! ¡Nada! Se marchó tan rápido como había llegado y el dinero de su querido padre cubrió todo lo ocurrido. Manipuló a los presentes, haciéndoles creer que el enmascarado no era más que otro luchador aficionado. Así que, a partir de ese entonces, mi hermana y yo trabajamos en una forma de hacerle pagar a tú prometido el gran error que cometió -acortó la distancia, pero no llegó a ponerme los dedos encima de nuevo-. Al principio, Svetlana sólo tendría que enamorarle. Era algo sencillo. Luego, un compromiso, una boda, un bebé. Ella le daría a Dimitri todo lo que él deseara para luego arrebatárselo.

» Entonces apareciste tú, estropeando aquello en lo que tanto habíamos sacrificado. Te quedaste embarazada, conseguiste todo lo que mi hermana ansiaba, y tan solo bastó una simple noche. Ahora, mírale. Dimitri está desesperado, ha enloquecido con tal de dar contigo. Ahora es cuando viene la mejor parte -hizo una breve pausa-. Tú estás aquí ahora mismo porque el bebé que llevas dentro será el precio a pagar. Tan pronto como des a luz, nos lo llevaremos. Nos importa una mierda lo que ocurra contigo. Pero Dimitri sentirá en su propia piel el dolor de perder al ser que más quieres.

» Y te preguntarás: ¿qué culpa tiene el bebé? Lo mismo pienso yo respecto a mí hermano. ¿Qué demonios hizo él para merecerse esa muerte tan cruel?

Instintivamente, rodeé mi vientre con los brazos, como si ese gesto fuera a impedir que me quitara lo que más quería. Ahora todo cobró sentido: la constante presencia de Bart en la vida de Dimitri, procurando que este no cometiera más errores; Svetlana aferrándose con tanta fuerza a ese matrimonio. Todo había sido por realizar una venganza por la que Dimitri no era verdaderamente culpable. Jeremy siguió el rumbo de mi mirada y sacudió la cabeza. Relajó sus manos, tomando la bandeja y antes de abandonar la habitación, dijo:

- Ten dulces sueños, Catherine. No sabes el infierno que te espera.

=====

Semana 33

Dimitri

Dos malditas semanas, y los días aumentaban. Miré al reloj que colgaba sobre la chimenea mientras golpeaba la mesa del comedor con el culo del vaso. Sabía que lo haría añicos en cualquier momento, pero me importaba una mierda. Alexia y Jacob volvían a revisar los papeles extraídos de las cuentas secretas de Bart, sin resultado alguno.

La policía no servía para nada. Llevaban más de catorce días buscándola sin resultado alguno. Incompetentes. Palurdos. Pero yo lo era todavía más. Era un idiota, un absoluto ingenuo por no haber caído en ese pequeño detalle.

Svetlana era inteligente, mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar. Esperé a que me marchara para llevársela. Sí, tenía la acorazonada de que esa zorra estaba detrás de todo esto. No podía ser nadie más. Como había supuesto, el vaso se resquebrajó entre mis manos y los pequeños cristales cayeron al suelo. Alexia emitió un grito, sobresaltada, y me miró con los ojos agrandados.

- ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? -su tono de voz me irritó.

- Pensar -me limité a responder.

No añadió nada más, e hizo lo correcto al tomar esa opción. Yo mismo había peinado la ciudad en su búsqueda, incluso intenté sobornar a ciertos guardas de seguridad con la intención de revisar las cámaras de tráfico. Pero el dinero no servía en esto. La corrupción era un truco patético de mi padre que yo no iba a seguir.

Suspiré, demasiado agobiado, y escondí el rostro entre mis manos; recordando y sintiendo una vez más la punzada de dolor al descubrir que Catherine se había marchado.

Dos semanas antes...

Me encontraba en el despacho de Jacob. La emoción era palpable en el ambiente: básicamente, mi hermano había conseguido instalar un programa fantasma en uno de los ordenadores centrales que nos permitiría averiguar lo que aquella cuenta ocultaba. Tan solo había que esperar a que este diera sus frutos. Mientras tanto, me estiré en el sillón y bostecé. Estaba deseando regresar a casa y ver a Catherine.

Entonces, mi teléfono comenzó a sonar:

- ¿Está Catherine contigo? -Alexia dijo nada más descolgar.

- No -miré al reloj.

Catherine ya debería de estar con Alexia. Desde hace dos horas, de hecho.

- ¿No está contigo? -formulé yo.

- ¿Por qué crees que te estoy llamando, Dimitri?

Miré a mi hermano sin pronunciar palabra alguna. ¿Le habría sucedido algo? Una caída o algún golpe que le impida pedir ayuda. Colgué sin despedirme de Alexia y abandoné la empresa. Me subí a mi coche, arranqué y me puse en marcha. Varios coches me pitaron debido a la velocidad a la que conducía, e incluso llegué a esquivar un coche patrulla. Frené en seco tan pronto como divisé la casa en la lejanía.

No me molesté en aparcar en línea recta. Tan solo detuve el motor, quitando las llaves del contacto y caminé con zancadas amplias al interior. La puerta no estaba cerrada con llave, ni siquiera había apagado las luces de la cocina.

- ¿Catherine? -pregunté en voz alta.

Nada. Ninguna respuesta. Subí las escaleras

de dos en dos y busque en todos los dormitorios y cuarto de baño. Todo estaba orden, o al menos, casi todo. ¿Dónde estaban sus maletas? Recordé haberlas visto por última vez al pie de nuestra cama. Ahora no había nada. Su móvil tampoco estaba, pero sí las llaves del coche.

Entonces, la divisé. Un papel rasgado situado sobre la cama. Lo aferré y leí las escasas palabras que Catherine había escrito. Búscame. ¿Buscarla? ¿Dónde? ¿Qué había sucedido? Pasé las manos por mi cabeza mientras tensaba la mandíbula.

- ¡Catherine! -volví a llamarla, sabiendo de antemano que no la encontraría aquí.

Con la respiración agitada y la sensación de que algo horrible estaba sucediendo, volví a subir al coche y puse rumbo a la comisaría más cercana. A pesar del temporal tan frío y revuelto que comenzaba a poblar el cielo, unas gotas de sudor comenzaron a resbalar por mi frente y nuca. Ella se había marchado, pero no por su propia voluntad. Estaba seguro de aquello. Esa nota y las palabras que tanto me repetía. Catherine estaba en peligro.

Aparqué en doble fila, en un hueco donde únicamente los coches de los policías podían estar, y me hice paso al interior con violencia. Los agentes situados en la entrada no hicieron más que interrumpir su conversación y poner atención a lo que estaba teniendo lugar.

- Señor, espere, ¿ocurre algo? -me preguntó uno de ellos.

- Mi prometida ha desaparecido -le miré a los ojos en un intento de mantener el control.

- Un momento, ¿desaparecido en qué sentido? -el

otro, un tanto confuso por la escasa información que había otorgado, se cruzó de brazos-. ¿Hace mucho que no la ve? ¿Ha tomado sus efectos personales? Necesitaremos más datos si usted...

- ¡Ella se ha visto obligada a marcharse! -grité, sabiendo que no sería la mejor opción.

- Tiene que calmarse o me verá forzado a usar la fuerza.

¿Acaso no iban a prestarme más atención? ¿Creían que, simplemente, Catherine se había volatilizado en el aire, o qué? Mi barbilla tembló al mismo tiempo que buscaba algo en lo que descargar mi ira. Los policías no iban a escucharme hasta que me calmara. ¿Cómo demonios conseguiría algo así teniendo en cuenta la situación en la que me encontraba? Por algo boxeé en su entonces. Para mantener la calma.

Arrojé al suelo todo lo que había sobre una de las mesas y les señalé.

- Está embarazada, ¡y quién sabe lo que ha podido sucederle mientras yo estaba fuera! Ella está en peligro, tengo pruebas, os lo puedo asegurar... -no fui capaz de finalizar la frase.

En un abrir y cerrar de ojos, ambos me habían aprisionado contra una de la pared y sentí la presión de unas esposas cerrarse en torno a mis muñecas. Varios presentes que acababan de entrar me observaron con incredulidad. Bien. ¿Me arrestarían? Que lo hagan. ¡Adelante! Me forzaron a sentarme en uno de los banquillos e intercambiaron una mirada entre sí.

- Podría obligarle a pasar la noche en el calabozo. Su coche está mal aparcado y por lo visto no conducía dentro de los límites. Dígame, ¿está bajo los efectos del alcohol? -extrajo

una pequeña luz y me apuntó a los ojos-. Siga la dirección de esta y parpadee cuando yo lo diga.

- No he probado una sola gota de alcohol en todo el puto día -respondí-. Hagan el favor de escucharme. Como bien has dicho, no he conducido hasta aquí como un maldito demente únicamente para armar un escándalo sin sentido.

Al ver la urgencia y preocupación en mi tono de voz, el policía optó por alejarme del barullo. Me llevó hasta uno de los despachos, donde otro policía se encontraba sentado en una silla de escritorio. Caminé de un lado a otro frente a ese inspector, inquieto, nervioso, agobiado. Catherine no se había escapado. Patrick me hubiera llamado si ella estuviera en su búsqueda. Su hermano me partiría la cara de nuevo si le hago el más mínimo daño. Algo que jamás haría.

Se deshicieron de las esposas y, tras intercambiar unas cuantas palabras con el agente que ha estado a punto de mandarme al calabozo, me invitó a tomar asiento.

- No voy a empezar con formalismos -dije en primera instancia. Deslicé la nota que Catherine había dejado y la deposité sobre el escritorio con un sonoro golpe-. No hay tiempo que perder. Lea esto y le explicaré todo aquello que desee saber.

- Cálmase -repitió mientras leía el mensaje-. ¿Cuál es el nombre de su prometida?

- Catherine Marie Miller.

- ¿Han discutido recientemente? -entrelazó las manos sobre el escritorio, estudiándome.

¿Qué? ¿Insinuaba que yo era el culpable? Tuve que controlar todos los demonios que amenazaban con desatarse en

mi interior para no golpear a ese hombre hasta que entrara en razón. Ya había armado suficiente alboroto en la entrada. Ahora tendría que comportarme como un hombre civilizado.

- No. La última vez que la vi fue esta misma mañana. Me despedí de ella para ir al trabajo junto a mi hermano, y no la he vuelto a ver. Al regresar a casa, me encontré con esa nota -apoyé las manos sobre el escritorio-. Debe ayudarme cuanto antes, por favor.

- No podemos darla por desaparecida hasta pasadas veinticuatro horas.

Bufé, incorporándome de nuevo y dejé escapar una risa nerviosa. Catherine ya estaba desaparecida. Alexia no había podido localizarla ni si quiera en su propia casa. Y su teléfono no aparecía por ningún lado. ¿Qué demonios le había sucedido? Caminé alrededor de la estancia una vez más y me quité la corbata, incapaz de respirar.

¿Y si estaba herida? ¿O el bebé? Sentí otra punzada de dolor atravesar mi pecho.

- Si pasada esta madrugada no regresa, mis hombres comenzarán con la búsqueda. Necesitaré una foto suya y hablar con todos los familiares o conocidos que hayan estado con ella en las últimas horas. Eso le incluye a usted.

- Yo no le he hecho nada -musité con cansancio.

- No le acuso de eso, señor -aclaró su garganta-, pero es el procedimiento que seguimos con todos los casos que apuntan a algo mayor como el secuestro y hay que cumplir el reglamento.

Un momento. ¿Había mencionado la palabra secuestro? Como si se tratase de un rompecabezas, todo comenzó a cobrar sentido. Apoyé

las palmas de las manos sobre el escritorio en un intento de conservar la calma y jadeé.

Accidente.

Desaparición.

Secuestro.

Venganza.

Svetlana y... Bart.

Por supuesto. ¿Cómo demonios he podido estar tan ciego? ¿Por qué no he pensado en ellos dos como los principales causantes de todo esto? Esos secretos que ambos ocultaban. ¿Y si tenían relación entre ellos? El policía, un tanto confuso por mi actitud, entrelazó sus manos.

- Permítame que le explique lo que está sucediendo -dije.

Le conté todo. Sí, arriesgándome a ser arrestado de nuevo, le confesé todo lo sucedido durante los últimos diez años de mi vida, incluyendo la actualidad. Las amenazas tanto por parte de mi

padre como de Svetlana, el accidente de coche, Jacob, la empresa. Todo. Cuando terminé de hablar, el agente fue incapaz de ocultar su asombro. Y si lo intentó, no lo consiguió. Aclaró su garganta antes de comenzar a rellenar unos papeles.

- Entonces, ¿está seguro de que su padre y esa mujer tienen los medios y motivos suficientes como para cometer el supuesto secuestro? -formuló sin apartar la mirada del folio.

- ¡Claro que lo tienen! -grité.

- Mis hombres comenzarán a investigar a estos dos sujetos en este mismo instante. Pero vuelvo a repetirle que no puedo abrir oficialmente una búsqueda hasta pasadas veinticuatro horas.

- Mañana por la mañana verá que no me equivocaba -musité entre dientes-. Y sea muy discreto con esto. Usted sabrá que los medios de comunicación me persiguen desde hace

bastante tiempo y lo último que necesito es que revelen todo lo que usted y yo sabemos.

Tras aquella conversación, opté por regresar a casa. Yo no me quedaría de brazos cruzados, a la espera de que ese policía hiciera algo. Intentaría dar con ella por otros medios. Tan pronto como puse un pie en el interior, me encontré con Jacob y Alexia. ¿Cómo habían pasado? No pude preguntarle mi duda. Alexia se adelantó y me abrazó con fuerza. ¿Para qué ocultarlo? ¿Para qué mentir? No había necesidad. Abracé a la joven y hundí mi rostro en su cuello, percibiendo las lágrimas anegándose en mis ojos.

No podía hundirme, no tan pronto. Pero sentía como si me hubieran destripado el corazón en un millón de pedazos.

* * * * *

Regresé a la realidad tras recordar ese día e intenté aguantar el llanto de nuevo. Tenía prohibido llorar. Me lo repetía a mí mismo durante cada minuto de los últimos días. Ese signo de debilidad era algo que jamás mostraría, y menos ante Svetlana, la cual llevaba desaparecida el mismo tiempo que Catherine. La policía trabajaba por su cuenta y yo por el mío.

Los padres de Catherine también habían intentado colaborar, sin éxito alguno. ¿Qué podrían hacer ellos? Deseé que todo esto fuera una pesadilla y que, al despertar, ella se encontrara a mi lado; acariciando mi espalda o cubriendo los tatuajes de sus besos.

- Lo tengo -susurró Jacob-. Dimitri, ¡lo tengo joder, lo he conseguido!

- ¿El qué? -me levanté, aclarando mi garganta-. ¿Qué

tienes?

- He logrado acceder a las cámaras de seguridad de las carreteras de Manhattan. Sé que la policía está intentando conseguir esa orden mediante una orden legal, pero son demasiado lentos. Gracias al programa que he desarrollado podremos introducirnos en las cuentas tanto de Bart como de Svetlana y verlo todo -la emoción en sus palabras hizo que Alexia y yo intercambiásemos una mirada-. Pero no sé cuanto durará. Mejor apresurémonos.

Me aproximé al ordenador y miré a la pantalla, la cual estaba dividida en varias. En una de ellas se divisaba mi casa y un coche sin matrícula detenido frente a la entrada. Catherine salió de la casa con una maleta en la mano y pasos acelerados. Sonreí de volver a verla, aunque ese afecto se desvaneció con la misma rapidez con la que había aparecido. Subió al coche, arrojando un teléfono móvil por la ventana, antes de ponerse en marcha.

Tan pronto como el vehículo se alejó, un hombre con capucha apareció de una de las casas. Se acercó a la mía, cogiendo el móvil del suelo, y lo guardó en su bolsillo.

Las cámaras siguieron el vehículo. Atravesó cuatro manzanas distintas antes de tomar una vieja carretera y desaparecer de nuestra vista. Las cámaras se detuvieron, le perdieron la pista. Pero esto era mejor que nada. Intenté contener la emoción. No podía hacerme ilusiones con tanta

rapidez. Jacob hizo una captura del encapuchado y utilizó el mismo programa para las cuentas bancarias.

Una serie de correos electrónicos se desplegó ante nosotros, todos ellos procedentes de Bart.
¿Qué

era todo esto? No, no eran facturas, ni papeles de la empresa. Eran cartas escritas por mi padre. Lo supe porque estaban hechas a mano y luego habían sido pasadas al ordenador. Iban dirigidas a Svetlana.

No hay tiempo que perder. Mi hijo está comenzando a sospechar y no puedo permitir que termine de arruinar nuestros planes. Ambos conocemos el motivo por el que te contraté, así que no me vengas con estas estupideces. Te prometí venganza con tal de que dejaras a mí y a mi empresa en paz. Cásate con mi hijo, haz lo que quieras con él, pero no me involucres más en tus problemas. Hicimos un trato, ¿recuerdas? Sé que maté a tu hermano con tal de castigar a mi hijo, y ahora puedes conseguir lo que te propones. ¡Te lo estoy ofreciendo! Así que, no te hagas más de rogar. Haz tu parte, y yo desapareceré del mapa.

Jacob alternó una mirada conmigo y echó la silla hacia atrás a causa de la sorpresa. Y no fue el único. Alexia no comprendía la situación, o eso supuse por su expresión. Sin embargo, yo no necesité leer el resto de cartas para averiguar la verdad, lo escondido detrás de todo.

- Dimitri, tú nunca mataste a ese hombre en el club de lucha -comenzó a decir Jacob, pasando las manos por su cabeza-. Sí que le dejaste inconsciente, pero sobrevivió a ella. Y luego, Bart se encargó de asesinarle para hacerte creer que tú eras el culpable. Por eso Svetlana se interesó en ti. ¡Ella es la hermana del chico que nuestro padre mató! Él quería tenerte bajo su control y, ¿qué mejor forma que chantajearte con meterte en la cárcel? Lo que él no se esperaba era que Svetlana averiguaría la verdad.

- Hijo de puta, ¡pienso matarle! -grité.

- Svetlana tiene a Catherine, de eso estoy seguro. Y Bart le está ayudando. Hermano, con todo lo que tenemos, podemos detener a nuestro padre. Eh, ¡lo hemos conseguido! -se incorporó y apoyó las manos en mis hombros-. Nunca fuiste un asesino, y todo el chantaje que Bart recibió fue por parte de Svetlana. Esto es...

Alexia escuchó nuestras palabras con mero asombro. ¿Quién hubiera sido capaz de llegar hasta este punto? Jamás imaginé que todos mis problemas se resumirían al accidente que ocurrió hace

diez años. ¿Quién dijo el refrán de que el pasado se queda muerto? Era mentira. Este siempre volvía, y el mío había regresado para abrirme los ojos.

- Tenemos que esperar a que la policía consiga una auténtica orden, Jacob. Cuando la tengamos, podremos mostrarle todo lo que hemos encontrado. De la otra forma, estas pruebas no servirán de nada. Las declararían ilegales por ser hackeadas -comentó Alexia.

- Estás en lo correcto -agregué yo-. Sin embargo, no nos quedaremos de brazos cruzados, esperando a conseguirla. Hay que evitar que Bart salga de la ciudad. Si descubre que estamos tras él, cogerá el primer avión a la otra punta del mundo y adiós a rescatar a Catherine.

- Lo haremos -Jacob pellizcó mi hombro izquierdo-. Ya lo tenemos todo en nuestras manos. Vamos a detener a nuestro padre, a encontrar a Catherine, y a poner fin a esta pesadilla.

Suspiré, repentinamente aliviado, y sonreí.

=====

Semana 34

Dimitri

Me abroché el chaleco antibalas tras seguir las instrucciones del agente. Los vehículos se aglutinaban en torno a la mansión situada en Jersey City, a un par de horas de Manhattan. Esta era la residencia principal de mi padre, al menos, lo era cuando no tenía nada macabro entre manos. Todos sus coches se encontraban estacionados, perfectamente alineados unos respecto a los otros. Y yo estaba rodeado de policías.

La luna llena brillaba con fuerza, iluminando la zona sin necesidad de usar linternas, aunque cargábamos con ellas. La policía había conseguido de una vez por todas los permisos legales para dismantelar las cuentas bancarias de Bart, y con ellas, todo el plan de secuestro que ideó junto a Svetlana. Teníamos las pruebas, los hechos en físico, y ahora Manhattan... ¿Qué estoy diciendo? Todos los Estados Unidos conocían lo que estaba sucediendo.

Ayer se hizo público el asesinato ocurrido hace diez años. Yo no saldría culpado. Mi padre

cargaría con todas las consecuencias. Nosotros creamos nuestros demonios, y ahora los suyos acabarían con él. Ningún secreto permanece oculto para siempre.

Había insistido en participar en la operación para llevar a cabo su detención. Quería ver su rostro cuando supiera todo lo que habíamos hecho. Una vez que se percatara de que su final había llegado, y que yo lo había traído hasta él, sería el triunfador. Estaría un paso más cerca de encontrar a Catherine. Tanto los agentes como yo sabíamos que un avión privado esperaba a Bart en el aeropuerto más cercano en torno a una hora.

Nosotros le detendríamos antes. Pasaría el resto de su vida en prisión, me aseguraría de ello por todos los medios. Por fin podría vivir mi vida, sin presión, sin control. Con Catherine y mi hija.

El agente hizo una señal al resto con los dedos. Nos dividimos en tres grupos: uno permanecería en el exterior, vigilando los alrededores; otro pasaría a la primera planta y el tercero, es decir, el mío, nos ocuparíamos de encontrar a Bart.

- Permanezca detrás mío en todo momento -me ordenó el agente al mando de la operación. Sacó una pistola, revisó el cargador y me la entregó-. Supongo que sabes cómo usar una. Bart podría estar armado. Peor aún: podría tener compañía.

- Entendido -coloqué el cargador en su sitio y quité el seguro.

Conocía la casa mejor que nadie. Había crecido aquí, al menos, durante los doce primeros años de mi vida. Esta casa era famosa por las múltiples salidas, las cuales usaba para escaquearme cada vez que mi padre intentaba golpearme. Había señalado en un plano de la casa en qué lugar se situaban, de tal forma que Bart no pudiera escapar. Les indiqué el camino a la estancia principal y se dispersaron por toda la planta mientras mi grupo ascendía por las escaleras.

El pasillo izquierdo tenía todas las puertas cerradas. Una a una, y sin hacer el menor ruido, se adentraron en ellas y estudiaron el entorno. Cerraron las ventanas a su paso, colocando una especie de clip de metal que impedía abrirlas posteriormente. Esto parecía una película de acción y a cámara lenta. En el ala derecha había luz, procedente de

una de las habitaciones.

- Yo entraré primero -les comuniqué-. No esperará mi visita.

Respondieron con un leve asentimiento. Guardé el arma en el interior de mis pantalones, en la espalda, y acomodé la camisa de tal forma que no marcara ni la pistola ni el chaleco antibalas. Abrí la puerta con lentitud, apoyando la palma de mi mano sobre la madera. Descubrí a Bart contando varios fajos de billetes sobre su escritorio.

- ¿Qué... demonios? -dijo, totalmente sorprendido por mi presencia.

- Vaya, padre. ¿Para qué necesitas tanto dinero? -pregunté con tono irónico, entrelazando las manos tras mi espalda-. Parece que te marchas. ¿Viaje de negocios?

- No juegues a algo que yo inventé -respondió.

- Claro, claro. No te preocupes, yo tampoco estoy aquí para perder el tiempo -esboqué media sonrisa y clavé la mirada en el fuego encendido. La chimenea situada en la pared lateral derecha iluminaba la estancia, otorgándole un aspecto tenebroso-. Te lo preguntaré una única vez y espero obtener una respuesta. ¿Dónde está Catherine?

Le miré de soslayo, manteniendo mi espalda erguida y los hombros cuadrados en todo momento. Bart depositó el dinero en el interior de una de las maletas y la cerró, sin que el pulso le temblara lo más mínimo. Tensé la mandíbula, a la espera de una respuesta.

- No lo sé -dejó la maleta sobre otra de mayor tamaño-, ya no me incumbe lo que Svetlana haga con tu prometida. Yo cumplí mi parte del trato, ahora ella tiene el control de la situación. Lo siento, hijo. Sé que yo te metí en este barullo, pero ahora tendrás que salir de él tú solo.

- ¿Realmente piensas que saldrás de aquí ileso? -le señalé, al borde de sufrir un ataque.

- Sí. Evitaré pisar los aeropuertos o zonas que dispongan de cámaras de seguridad. Lo tengo

todo perfectamente planeado, Dimitri. El único problema es que tengo un cabo suelto, y ya sabes lo perfeccionista que suelo ser -giró sobre sus talones, dándome la espalda. Fruncí el ceño ante esa actitud y no fue hasta que escuché un diminuto sonido cuando caí en la cuenta de lo que iba a hacer-. Lo siento, hijo. Pero esto es necesario.

Extraje el arma de mis pantalones y sin pensármelo dos veces, apreté el gatillo. Apunté a su pierna derecha, de tal forma que no pudiera seguir caminando. Gritó a causa del dolor y cayó sobre sus rodillas, soltando su arma.

- Esto es por Catherine -dije entre dientes, aproximándome a él.

Volví a disparar. En la pierna izquierda en esta ocasión. Los agentes no tuvieron más remedio que hacerse paso a la habitación tras escuchar el escándalo que acababa de formar.

- Y esto por mamá -arrojé el arma al suelo, lejos de mí y de él-. Si piensas que voy a matarte estás equivocado. Yo no soy como tú. Afortunadamente, soy mejor.

Bart me miró desde su posición, incapaz de articular palabra. El dolor en sus piernas debería de mantenerle en shock durante las próximas horas, al menos, hasta que llegara a un hospital. El agente me contempló con sorpresa, pero no dijo nada. Mis manos temblorosas

delataron el miedo que sentía, pero no dejé que me dominase.

- Bart Ivanov, queda usted detenido -uno de los policías le aferró por ambos brazos, recostándolo por completo. Un charco de sangre comenzó a formarse bajo él pero nadie se inmutó-. Cualquier palabra puede ser utilizada en su contra. Tiene derecho a llamar a un abogado, o le asignaremos uno si carece de los medios.

A pesar de sus jadeos, lo incorporaron. Una de las balas se había situado en su rodilla, y la otra en el muslo. No era el mejor tirador de este mundo, eso ya lo sabía, no obstante, había conseguido inmovilizarle e impedir que escapase. Apreté el puente de mi nariz antes de abandonar la habitación. Los agentes se encargarían del resto.

Bajé las escaleras con suma lentitud al mismo tiempo que me desabrochaba la camisa. Tenía que deshacerme del chaleco antes de que me asfixiara. El temblor en las manos, el sudor frío resbalando por mi frente y el costoso trabajo para respirar apuntaba a un ataque de ansiedad. Tan pronto como salí al exterior, un hilo de flashes me dejaron ciego. Los policías intentaban contener a la masa de periodistas que intentaban conseguir las primeras fotos de la detención.

- Señor Ivanov, por favor, espere dentro -me sugirió uno de ellos-. Nos encargaremos del asunto en este mismo instante. Un coche patrulla espera en la parte trasera de la casa. Puede escapar por allí y evitarles -dijo antes de alejarse.

- Ni hablar -murmuré.

Atravesé el pasillo formado por los agentes, entrecerrando los ojos cuando los flashes se hacían demasiado intensos.

Apoyé la mano sobre mi frente y agaché el rostro.

- ¿Qué ha sucedido con su padre? -formuló uno de los periodistas.

- ¿Se encuentra usted bien? ¿De qué es la mancha de sangre? -preguntó otro.

- El señor Ivanov no responderá a ninguna de las preguntas. Por favor, retirarse ahora o me veré obligado a tomar medidas -dijo el policía en voz alta, elevando las manos para tapar los focos de las cámaras.

Me subí a uno de los coches e introduje la llave en el contacto. Arranqué el motor y me alejé de la mansión tan rápido como me fue posible. Conduje sin descanso durante más de una hora y media en dirección a Manhattan; a mi solitario hogar. Bart sería trasladado a un hospital, donde tratarían las heridas, y luego sería enviado a un juzgado. Allí estaría yo como principal testigo.

Las puertas se abrieron para darme la bienvenida. Agotado por lo sucedido hace unas horas, no hice más que aferrar una botella de vodka, una fotografía y dejarme caer en el sillón. Quité el tapón, escuchando como este repiqueteaba en el suelo de madera, antes de fijar la mirada en la foto de Catherine. Sonreí como un idiota mientras llevaba la botella a mis labios. Cerré los ojos con fuerza tras tomar el primer trago y suspiré.

- Te encontraré, cariño. Aunque me cueste la vida -sentencié.

* * * * *

Era domingo por la mañana. Normalmente, los juzgados no estaban abiertos un día como hoy. Sin embargo, el asunto era de tanta urgencia que no tuvieron más remedio que hacer caso a mi petición. Jacob se encontraba a mí lado, entablando conversación con un periodista. El juicio se había llevado tal y como yo pensaba: Bart fue condenado culpable por asesinato, extorsión, corrupción y secuestro. Svetlana y su hermano mayor, Jeremy, también serían condenados prácticamente por los mismos errores. Eso si no les encontraba yo primero.

Jamás golpearía a una mujer. Pero, ¿Jeremy? Pensaba romperle la cara a ese hijo de puta.

Hasta que Catherine no fuese hallada no podrían meter a Bart a prisión. Básicamente, ella era la prueba palpable de sus crímenes. Bart se negó a decir más que unos cuantos monosílabos. Él desconocía la posición de Svetlana, por lo tanto, ya no me servía de nada.

- Dimitri, ya podemos marcharnos -Jacob me sacó de mis pensamientos-. La policía nos ha dado el permiso para continuar con nuestra investigación personal. Estamos un paso más cerca de dar con Catherine, ¿de acuerdo? No te desanimes -me miró directo a los ojos.

- Nunca me he rendido. ¿Quién te ha dicho que lo haré ahora?

- Yo no insinuaba... -alcé una mano, interrumpiéndole.

Discutir con él no solucionaría ninguno de mis problemas. Me despedí de Alexia, la cual había decidido acompañar a mi hermano, y subí a mi coche. Aferré el periódico que había comprado esta misma mañana y lo desdoblé, leyendo el primer noticia:

Bart Ivanov detenido. Svetlana y Jeremy Rogers en busca y captura.

Lo lancé a los asientos traseros y sonreí. Encontraría a Catherine. Es decir, estamos hablando de mí, de Dimitri Ivanov. Yo siempre conseguía lo que me proponía.

=====

Semana 35

Catherine

Me incorporé sobresaltada por un golpe. Lo primero que hice fue proteger mi vientre, creyendo que el ruido se había producido en el interior de la habitación. Sin embargo, todo ocurrió en la planta superior. Escuché el ruido de unos tacones pasear por el suelo situado sobre mi cabeza, deteniéndose de vez en cuando.

- No sé cómo lo han hecho, pero no van a encontrarla -la escuché decir. Su tono de voz estaba muy alterado y parecía furiosa.

- ¿Qué ha ocurrido ahora? -preguntó Jeremy.

- Bart ha sido detenido. Aparentemente, Dimitri ha descubierto todos nuestros planes. Sabe que fue su padre quien asesinó a nuestro hermano y, ¿sabes qué más? Somos portada en todos los periódicos del estado -un sonido similar a un libro cayendo al suelo resonó en la planta superior. Supuse que sería un periódico a juzgar por sus palabras.

¿Qué? Me incorporé con suma rapidez a pesar de que no iría a ningún lado y cubrí mi boca con una mano. Mi prometido era inocente del asesinato. ¡Él siempre se había culpado a sí mismo! Una amplia sonrisa comenzó a formarse en mi rostro y quise chillar de felicidad. Dimitri me estaba buscando. ¿Acaso no lo esperaba?

- Escúchame, hermana. Quizá han descubierto nuestros planes y toda la verdad. Pero no van a dar con ella. No hay constancia de esta casa en ningún registro puesto que, supuestamente, fue

arrasada por un incendio hace muchos años -los pasos de Jeremy pasearon de una esquina a la otra-. Así que, por el momento estamos seguros. No podremos regresar a Manhattan

a por más provisiones. Tendremos que cambiar de ciudad.

- Dimitri siempre consigue lo que se propone -escuché decir a Svetlana.

- No, esta vez no. Es hora de que alguien le enseñe que es vulnerable -los pasos se detuvieron, al igual que los demás sonidos procedentes del exterior-. Ha llegado el momento. Prepara la otra casa por si algo falla y nos trasladaremos. ¿Qué te parece? Podríamos irnos de aquí a una semana. Sé que es peligroso estar en el exterior durante demasiado tiempo, pero estoy dispuesto a tomar ese riesgo.

- ¿Cómo dice? -musité yo para mí misma.

¿Alejarnos todavía más de Manhattan? ¡Era de locos! No podía viajar ahora, no con el embarazo tan avanzado. Ya me costaba caminar alrededor de la habitación sin cansarme. Mi espalda dolía, al igual que mis caderas. Mi cuerpo no solo soportaba todo mi peso, sino también el del bebé. Marcharnos comportaría un importante riesgo para mí.

- No podemos hacerlo -respondió Svetlana-. Podría ponerse de parto.

- Contrataremos a un médico.

- Oh, por supuesto. ¿Y qué demonios le dirás, eh? -me imaginé a una Svetlana cruzándose de brazos, con su típica actitud de mujer desafiante-. Esto es un secuestro, hermano. No podemos aproximarnos a un hospital y mucho menos llamar a un doctor. El simple hecho de estar recluidos en esta casa nos limita. Tenemos que permanecer aquí hasta que dé a luz.

De nuevo mencionaron la palabra maldita. Ellos deseaban arrebatarme al bebé nada más nacer con tal de hacerle pagar a Dimitri por

sus errores. Sin embargo, ahora que habían descubierto que había sido Bart el culpable de todo, ¿por qué continuaban culpando a mi prometido? Aparentemente, su deseo de venganza era superior a lo que yo esperaba.

- Ya es la hora -añadió Jeremy.

- ¿Vas tú? -dijo Svetlana.

- Sí. Mientras tanto, ¿por qué no te acercas a Nueva Jersey? Aquí tienes doscientos dólares. Adquiere provisiones para las próximas semanas -escuché los pasos alejándose de la estancia en la que ambos se encontraban-. Por favor, no vuelvas a decirme lo que tengo que hacer. Si llamo a un médico vendrá, y si tenemos que retenerle en contra de su voluntad, también lo haremos. Nos hemos metido en un lío del que no podremos salir solos.

Me apresuré a tomar asiento en el borde de la cama y coger el libro que sí había comenzado a leer. El aburrimiento era mortal aquí dentro, sin ningún tipo de conversación con mis secuestradores. Además, adoraba leer. Hacía que mi mente se distrajera de lo que me estaba sucediendo. Sin embargo, no me sentía tan asustada como debería, no por el momento. Ya tendría tiempo de preocuparme cuando llegase el día del parto.

La puerta se entreabrió con lentitud, dejando a la vista a Jeremy. Llevaba la bandeja de comida entre sus manos. Pasó al interior antes de echar un vistazo a su alrededor.

- La comida -colocó la bandeja sobre el escritorio.

Cerré el libro con fuerza, a propósito, y caminé pegada a la pared contraria a él hasta llegar a la bandeja. Comí y mastiqué con lentitud y no pude evitar

fijarme en el espejo oculto en la puerta del armario. Mi aspecto había cambiado mucho: mi vientre había aumentado de volumen y mi cabello estaba enmarañado. Me permitían ir al baño siempre y

cuando yo lo pidiera, pero no disponía de más de cinco minutos ahí dentro.

Las esperanzas de ver a Dimitri de nuevo acrecentaron tras ese pensamiento.

Terminé con el plato de espaguetis y usé la servilleta para limpiar mis labios. Cuando Jeremy iba a aproximarse para retirar la bandeja, su hermana le llamó desde la entrada. Salió de la habitación y aproveché estos valiosos minutos para coger el cuchillo que siempre acompañaba el plato. Cogí uno de los pañuelos limpios, enrollándolo, y lo coloqué bajo todas las sábanas. Era el único escondite razonable en esta habitación.

- Ten cuidado -repitió Jeremy antes de regresar.

Se llevó la bandeja sin comprobar si faltaba algo y salió. Me detuve unos instantes para estudiar la cerradura. En un principio no me había percatado de que los tornillos estaban tan oxidados y raídos que, con un empujón, podría quitar el picaporte y con él la cerradura al completo. Gracias al cuchillo podría salir cuando la vigilancia fuese mínima. Pero, ¿a dónde iría?

Creando que dispondría del tiempo suficiente para idear un plan, escuché los pasos amplios y pesados de Jeremy aproximarse de nuevo al dormitorio. Resoplé, un tanto agotada de su actitud tan misteriosa pero molesta, y tomé asiento sobre el colchón.

- Ahora que mi hermana se ha marchado aprovecharé para hacer una cosa -me dijo al mismo tiempo

que se cruzaba de brazos-. Llevas encerrada aquí por más de un mes. Quizá estemos enfadados, pero no somos animales. Vamos fuera. El sol, el aire, te ayudará a sentirte mejor. ¿Qué te parece? Además, tendrás un escolta brillante -hizo una pausa para añadir:- Yo.

- ¿Qué he hecho para merecer dicho premio? -me burlé.

- Como te he dicho -dijo mientras acortaba la distancia-, no eres un animal.

¿El destino me estaba dando esta oportunidad, o era una simple casualidad? Si conseguía salir de la habitación y estudiar los alrededores, podría saber en qué dirección ir una vez que logre

escapar por mi cuenta. Jeremy aguardó a que me incorporase, no sin antes realizar un tremendo esfuerzo, y aferré mi vientre con delicadeza.

Se pegó a mí como si fuera mi sombra. Supuse que así evitaría una posible fuga. Cerró la puerta del dormitorio y deslizó los dedos en torno mi muñeca, metiéndome prisa para caminar.

Estudí los alrededores: al finalizar el pasillo había una escalera que dirigía a la segunda planta. Un pequeño salón con apenas dos sillas y una chimenea destrozada daba a la entrada. Cuando me trajeron aquí por primera vez, tenía los ojos vendados, por lo que no pude ver cómo era el interior. Eché otro vistazo a las puertas entreabiertas, encontrando así una cocina y el cuarto de baño al que me llevaban. La planta superior era la clave para dar con algún teléfono u ordenador. Si la casa contaba con agua y electricidad, significaba que pagaban las facturas.

Y eso tendría que tener constancia en algún lugar.

Si lograba ponerme en contacto con Dimitri y le contaba todo lo que había visto, ¿cuánto tardaría en dar conmigo?

- ¿Sientes molestias? -su voz me obligó a regresar al mundo real-. Ya sabes. Tu barriga está mucho más grande y presiento que estar sentada las veinticuatro horas del día no ayuda a la circulación. Andaremos por esta zona, hay un precioso lago a dos kilómetros.

Fruncí el ceño. ¿A qué venía esa actitud tan conciliadora?

- No, me encuentro perfectamente -me abracé a mí misma-. Y aunque tuviera dolores, ¿me crees tan estúpida como para contártelo? Fuiste tú quien me confesó los planes sobre el futuro de mi bebé. Hasta que no rompa aguas no descubrirás nada.

- Tienes carácter, me gusta -le escuché decir-. Estás secuestrada y en vez de transcurrir los días entre lágrimas y lamentos, te levantas, te alimentas y te cuidas a ti misma. He estado en prisión una vez, todo ello por ayudar a mi familia cuando nadie más lo hacía. He visto a hombres más fuertes en apariencia física rendirse antes que tú.

- Las fuerzas las recibo de mi hija y de Dimitri. Ellos dos son mi pilar básico.

- ¿Hija? ¿Es una niña? -esbozó una sonrisa lobuna.

No respondí. Ya había proporcionado demasiada información.

Cuando salí al exterior y sentí el aire fresco acariciar mi rostro y el sol cálido contrarrestar el frío, suspiré del placer. Necesitaba tanto estirar las piernas y la luz del sol que me había olvidado de cómo se sentía. Jeremy no liberó mi muñeca en ningún momento.

Me arrastró por un pequeño camino de piedra con árboles a ambos lados y caminó a mi ritmo, sin quejarse.

Mordisqueé mi labio inferior y busqué una salida: no habían coches. No veía la carretera. Solo árboles, matorrales y... ¿había mencionado ya los árboles? Inquieta, me pregunté dónde me encontraría con exactitud. Esto no era Manhattan, pero tampoco estaba en China.

- Toma esto -dijo de repente.

Detuvo la caminata para deshacerse de su chaqueta. La colocó sobre mis hombros al ver como tiritaba y la acomodó de tal forma que no pudiera caer al suelo. Estudié sus movimientos en todo momento, sin confiarme en absoluto. En esta ocasión, no me cogió, si no que permaneció junto a mí mientras me miraba.

- ¿Qué? -pregunté.

- Supongo que habrás escuchado nuestra conversación -comenzó a decir-. Las paredes están tan desgastadas que sería posible escuchar los coches, si la carretera estuviera cerca, por supuesto. Bart ha sido detenido. Tu prometido lo ha conseguido. Su padre pasará a prisión tan pronto como den contigo -se echó a reír. A mí no me hizo ni pizca de gracia-. Vamos, no pongas esa cara. Si nunca te hubieras acostado con él, tú no estarías aquí.

- La culpa no es del hombre al que amo -miré al frente-, ni mía. Comprendo vuestro rencor y dolor. Perdisteis a un hermano y no recibisteis nada a cambio. Ni justicia, ni un perdón. Pero han transcurrido más de diez años, Jeremy. ¿Por qué habéis esperado tanto tiempo?

- Mi hermana era muy pequeña por ese entonces. Tuvimos que calcularlo

todo para que no sospecharan de nosotros. El campamento, la universidad... Dimitri era un cabrón sencillo de complacer. Un par de movimientos de caderas y lo tenías ante ti. Pero, con el paso del tiempo, el asunto se complicó. Bueno, de hecho, Dimitri comportó un gran cambio desde la fiesta de despedida de soltero, y ahora comprendo el motivo -me miró de reojo.

- Me enamoré de él en una ocasión, y supongo que nunca dejé de estarlo.

No añadí nada más. De nuevo, intenté no desvelarle más sentimientos ni pensamientos míos. El camino de piedra cesó para dar paso a un lago. El agua era azul oscuro, y habían patos nadando sobre las aguas. Jeremy suspiró y se apartó unos centímetros, agachándose para coger una de las piedras. La arrojó al lago, rebotando antes de hundirse.

- Vamos a trasladarnos, Catherine -me dijo. Mantuvo la barbilla alzada y la vista puesta al frente en todo momento-. Si las cosas se complican y dan con la localización de la casa, nos mudaremos. Si ahora mismo no tienes posibilidad alguna de escape, luego será imposible regresar a casa. Svetlana se niega a moverse de aquí. Pero yo voy a hacerlo.

- Por encima de mi cadáver.

- Si es necesario, así será -sentenció.

La próxima hora transcurrió en silencio y en calma. Él no tenía más que contar, y yo tampoco. Mi mente procuraba idear un plan cuanto antes, pero no disponía de ningún vehículo con el que irme. Mientras regresábamos a la casa, el coche en el que me obligaron a subir apareció por el camino de tierra. Svetlana había regresado.

Su expresión de sorpresa podía verse a distancia. Sabiendo de antemano la reprimenda que tendría lugar entre ella y su hermano, me preparé una sonrisa y una actitud desenfadada. Aparcó con brusquedad, bajó del coche y se acercó a Jeremy; apuntándole con las llaves del coche.

- ¿Estás loco? ¡Qué demonios hace ella aquí fuera! -gritó.

- Tenía que andar. Aire puro, sol... Si fuese una rata de laboratorio ni le daríamos de comer. Pero está embarazada, por lo que necesita unos cuidados superiores, ¿sabes? -mientras ambos conversaban, deslicé las manos por el interior de la chaqueta.

Rebusqué en los bolsillos. Una llave. Algo. Lo que fuera. Y lo encontré.

Era dorada y pequeña. Con rapidez, deslicé la pequeña pieza en el interior de mi escote, de tal forma que quedara pillada en el sujetador. Mi corazón latió con mucha más fuerza debido a la emoción, y creí que me caería en cualquier momento. Una vez que la discusión cesó, Jeremy me acompañó de nuevo a mi dormitorio y me permitió quedarme la chaqueta en caso de que tuviera frío. Aparentemente, ni él se acordaba de la llave.

La lámpara emitió una serie de destellos tras encenderla y palpé las sábanas en busca del cuchillo. Efectivamente, ahí continuaba. Miré a la puerta cerrada, concretamente a la cerradura y sonreí.

Había llegado el momento de abandonar esta maldita prisión.

=====

Semana 36

Contemplé la llave dorada con detenimiento.

Tras casi siete días de estar escuchando las conversaciones ajenas de Svetlana y Jeremy había logrado planificar una escapatoria. Ambos se marchaban a las once y media de la noche para regresar a las doce en punto. Ni un minuto más, ni uno menos. No tenía ni la menor idea de lo que harían durante estos treinta minutos de ausencia, pero serían más que suficientes para encontrar algo con lo que comunicarme. Hoy era domingo, por lo que mañana cumpliría la semana treinta y siete de embarazo y no sabía cuándo rompería aguas.

La cerradura cedería tras ejercer presión con el cuchillo, o eso supuse. Si conseguía arrancarla de la puerta podría hacerme paso al exterior. Una vez que consiguiera aquello tendría que improvisar por toda la planta superior puesto que desconocía la distribución. Sea como sea, tendría que salir de aquí antes de ponerme de parto. No permitiría que se llevaran al bebé.

Aguardé, sentada en la esquina de la cama hasta que llegó la hora de la cena. Jeremy se hizo paso con la famosa bandeja y la depositó sobre el escritorio. Acostumbrada a su presencia mientras me alimentaba, no hice más que realizar la misma acción de siempre. Jeremy se comportaba conmigo de una manera distinta a lo usual, y no sabía cómo sentirme al respecto. Quizá era una buena señal y no sería tan violento como insinuó el primer día. O tan solo estaba fingiendo para ganarse mi confianza.

Jamás llegaría a saberlo.

- Buenas noches, Catherine -me dijo mientras se alejaba.

Hasta nunca,

pensé.

Esbozó una de sus típicas sonrisas y abandonó la estancia. Aún quedaban un par de horas hasta las once y media. ¿Qué haría mientras tanto? Mi corazón latió con fuerza y exhalé un profundo suspiro. Me sentía muy nerviosa e inquieta. Tenía que llevar a cabo el plan cuanto antes. Lo primero que haría sería buscar un teléfono o un ordenador. Sí, un móvil sería suficiente pues había memorizado el de Dimitri hace meses.

La casa era inmensa. Por lo que pude ver cuando Jeremy me permitió salir al exterior, el lugar en el que me encontraba debió de ser hermoso en el pasado. Un terrible accidente quemó el hogar hasta convertirlo en cenizas. Afortunadamente, la estructura era tan sólida como un roble y no había sido afectada por el fuego. Llegué a esa conclusión el día en el que Jeremy discutió con su hermana y golpeó una de las paredes hasta la saciedad.

En cuanto a la teoría sobre el pago de electricidad y agua también estaba en lo correcto. Todo encajó cuando escuché sus seudónimos: Helena y Mathew. Disponía de datos claves para que Dimitri diera con la casa. Sonreí, con una súbita esperanza y esperé.

Diez.

Once.

Once y media. La puerta principal se abrió con un sonoro chirrido. Un intercambio de palabras prácticamente inaudibles resonó en la soledad de la planta inferior. Los tacones de Svetlana bajaron por las escaleras y desaparecieron en el exterior. Un par de luces iluminaron las ventanas, -supuse que procedían del coche-, y acto seguido, el ruido del motor desapareció. Por si acaso regresaban antes de tiempo,

escondí varios cojines bajo las sábanas, coloqué un libro cerrado junto a la cama y simulé que había alguien durmiendo.

- Allá vamos -musité para mí misma.

Extraje el cuchillo de su escondite y lo deslicé por el filo de la cerradura. La punta del utensilio se encajó de lleno en el hueco y empujé. Coloqué la mano libre bajo la cerradura de tal forma que no resonara en el suelo cuando cayera. Sería mucho más fácil intentar abrir la puerta de manera tradicional. No obstante, necesitaría horquillas, un buen pulso y tranquilidad. Yo no disponía de ninguna de esas cosas.

La cerradura empezó a ceder. Repetí el proceso durante varios minutos hasta que cayó sobre la palma de mi mano; dejando así un profundo hollo en la pared. ¡Sí! La puerta se entreabrió, chirriando con suavidad y me detuve para recuperar el aliento. Primer paso conseguido.

Salí al pasillo y una corriente de aire frío me recorrió la columna. Mis pies descalzos sobre la madera húmeda me hizo estremecer. No me había percatado del estado de la casa hasta ese momento. De todas formas, mi mente había estado demasiado ocupada buscando la forma de escapar como para detenerme a pensar sobre ello.

Ascendí por las escaleras con lentitud, apoyando la mano en la barandilla. En la planta superior las puertas cerradas se disponían a ambos lados del pasillo, en fila. Me recordó a una típica película de terror. Comencé a abrir puertas con la mayor lentitud y suavidad posible. La llave dorada tendría que encajar en alguna de ellas. Observé dormitorios, una biblioteca con escasos libros

y justo al final del pasillo, encontré lo que tanto buscaba: la puerta con cerradura. Logré introducir la llave y abrirla con rapidez.

Se trataba de un despacho. A juzgar por los muebles, eran nuevos. Cerré la puerta tras de mí e investigué por los alrededores. Todas las ventanas contaban con rejas por lo que no podría escapar por esa zona. Sobre el escritorio habían papeles y...

...Un teléfono fijo.

Me acerqué y marqué el número de Dimitri. Sonó repetidas veces, pero nadie lo cogió. ¡Maldita sea! Probé a llamar una tras otra. Si mis cuentas no eran erróneas, deberían de quedar unos once minutos para las doce. No podía malgastar el tiempo.

- Por favor, por favor -supliqué, a punto de echarme a llorar.

No, me dije a mí misma. No puedes llorar ahora, sé fuerte.

La esperanza se deslizó entre mis dedos como si se tratara de agua. Nadie respondía. Entonces, tuve otra idea. Si Dimitri no estaba junto a su teléfono en estos momentos, el de casa debería de continuar activo. Tendría que estarlo. Recordé mentalmente las cifras y volví a llamar. Dos segundos y medio más tarde el pitido cesó.

- ¿Quién es? -su voz dura y seria, pero cálida, me hizo olvidarme de todo.

¡Al cuerno la fuerza! Las primeras lágrimas resbalaron por mis mejillas y tuve que sostenerme contra el escritorio para no desfallecer. En un principio fui incapaz de pronunciar palabra alguna, pero tomé aire y humedecí mis labios para calmarme.

- Tienes que venir a por mí... -comencé a balbucear. No podía deleitarme con el sonido de su

voz. Ya lo haría una vez que saliese de aquí-. Estoy... estoy en una casa... Escuché decir que sufrió un incendio y... hay un lago a unos dos kilómetros de ella. Svetlana y Jeremy usan unos seudónimos para pagar las facturas... Helena y... y Mathew.

- Joder, Catherine, amor mío -su voz se alteró, como si hubiera recibido una fuerte descarga eléctrica-. Por fin puedo escuchar tu voz -musitó, incapaz de creer que era yo quien estaba tras la otra línea-. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño a ti o al bebé? Dime que no. Por favor, dime que estás bien. Voy a por ti en este mismo instante, ¿me estás escuchando?

- Me llevaron aquí porque quieren al bebé -dije de un tirón-. Ellos piensan que arrebatándolo de nuestros brazos estarían devolviéndote lo que hiciste con su hermano, al que falsamente asesinaste -confesé al mismo tiempo que me echaba a llorar más fuerte que antes-. Por favor, por favor Dimitri... No permitas que se lo lleven. Te quiero, ¿entiendes? Te quiero muchísimo. Pase lo que pase.

El silencio se formó durante unos instantes y luego escuché algo hacerse añicos.

- No te pasará nada. Si ponen un dedo sobre nuestra hija pienso matarles y ahí sí que tendrán una excusa para intentar meterme en la cárcel -percibí el sonido de un motor arrancándose y dos

puertas cerrándose-. Jacob ya está avisando a la policía y yo voy en camino. Es cuestión de segundos que Jacob dé con la dirección de la casa.

Asentí a pesar de que no pudiera verme. Acaricié mi vientre una vez más, percibiendo al

bebé patear enérgicamente. Siempre que yo me alteraba, el bebé también lo hacía. Inspiré aire en un intento de suavizar el llanto y humedecí mis labios.

- Tan pronto como te vea te diré lo mucho que te quiero. En persona, cara a cara. Ahí estaré para ayudarte. Aguanta, ¿de acuerdo? Aguanta por favor -me suplicó

- Tengo mucho miedo... -me limité a responder.

- Lo sé, cariño, lo sé -no supe si eran interferencias del teléfono, pero parecía que Dimitri también había comenzado a llorar. Sonreí interiormente-. Hijos de putas. Estás mucho más cerca de lo que creíamos. Te hicieron dar rodeos por los exteriores de la ciudad para hacerte creer que estabas fuera de Manhattan. Estaré ahí en treinta minutos, ve a un lug...

Unos pasos se aproximaron por el pasillo. El teléfono resbaló de entre mis dedos y cayó al suelo. Escuché la voz alterada de Dimitri desde el suelo, llamándome, gritando mi nombre. No obstante, yo solo tenía ojos para el hombre que estaba abriendo la puerta.

- ¿Cómo has...? -dejó la frase inacabada.

No tuve tiempo a reaccionar. Me aferró con fuerza del brazo, arrastrándome fuera de la estancia. Escuché los gritos de Dimitri a pesar de no haber puesto el manos libres. Svetlana subió las escaleras de dos en dos y se detuvo cuando me vio fuera de mi habitación. Jeremy no soltó mi brazo en ningún momento, ni siquiera cuando me obligó a entrar en otra de las habitaciones de la planta superior. Me empujó contra la puerta del armario y grité.

Una punzada de dolor apareció en la parte

superior de la espalda, y recé para que ese golpe no me hiciera romper aguas. A pesar de que todavía no había comenzado a sentir contracciones, temía que algún movimiento brusco las

provocara.

- Maldita zorra -presionó una mano contra mi cuello, de tal forma que no pudiera contestar a su insulto ni moverme-. Confié en ti. Por un momento, creí que ambos nos empezábamos a llevar bien. Esta llave la conseguiste de mi chaqueta, ¿cierto? -me mostró la pieza dorada y la agitó frente a mi rostro-. Lo sabías desde un principio, puta.

Intenté sacudir la cabeza para hacerle saber que no tenía ni la menor idea de su existencia. Sin embargo, opté por reservar el poco aire de mis pulmones para respirar. Su presión era tan fuerte que el aire apenas podía deslizarse por mi garganta.

- ¿Qué ha sucedido? -Svetlana alcanzó nuestra posición segundos más tarde.

- Ha avisado a Dimitri -dijo él a escasos centímetros de mi rostro-. ¡Están de camino! Saben que continuamos en Manhattan. Por lo que no podemos quedarnos aquí por más tiempo. Prepara el coche, la maleta y marchémonos.

Svetlana asintió, repentinamente impactada.

- ¡No te olvides de mi arma! -añadió antes de que su hermana saliera de la estancia.

¿Arma? ¿Él iría armado?

- Tú -clavó sus ojos claros en los míos y tensó el agarre. Mordí mi labio inferior con fuerza para no gritar. No le daría el gusto de escucharme suplicar-. Tan pronto como estemos en un lugar seguro te acordarás de mí hasta el día en el que mueras.

Me liberó con brusquedad

y caí sobre un sofá. Anudé los brazos en torno a mi vientre y cerré los ojos, inspirando y exhalando con lentitud. Aferrándome a la esperanza de que Dimitri estaba en camino, no dejé que Jeremy me intimidase. La policía llegaría aquí minutos más tarde que mi prometido. Estaríamos bien. De lo contrario, yo no saldría viva de esto.

Logré incorporarme justo a tiempo. Svetlana parecía sollozar pero no me molesté en mirarla. ¿Ahora mostraba miedo? Acaricié la parte baja de mi vientre mientras me imaginaba cómo sería su vida en prisión. Me indicó que la siguiera. ¿Esa era toda la seguridad que iba a adoptar? ¿Mantenerme vigilada con la mirada? Deseé haber tomado el cuchillo antes de salir. Iba a necesitarlo para ser capaz de defenderme de su hermano.

Me estremecí ante el repentino frescor y me detuve en las escaleras. Jeremy caminaba de un lado a otro y portaba una bolsa negra sobre el hombro izquierdo. Más de veinte minutos transcurrieron entre todas las preparaciones y, afortunadamente, mi prometido estaría ya a unos minutos de distancia.

- Jeremy, no podemos marcharnos. Parece que se pondrá de parto en cualquier momento. ¿No ves el dolor en su expresión? -dijo ella.

A pesar de que se equivocaba en el último hecho, opté en usar esa excusa para retenerle más tiempo en esta casa y evitar el desplazamiento.

- Tengo todo lo necesario en esta bolsa -respondió al instante-. Y me da igual. Sólo tenemos que montarnos en ese coche y nos detendremos en algún motel si vemos que la situación se pone más fea de lo esperado. No podrán descubrir esto con tanta facilidad.

Svetlana me aferró de las muñecas con tanta fuerza que tuve que morder mis propios labios para no chillarle. Me obligó a bajar las escaleras con las luces apagadas, tropezando así en diversas ocasiones con los escalones. Uno de los cristales procedentes de las ventanas viejas y rotas quedó clavado en la planta de mi pie cuando, accidentalmente, lo pisé. No pude ocultar el alarido por culpa del dolor y se ocupó de atarme las manos con una especie de sogas para que estuviera quieta en uno de los sofás.

El sonido de varios coches deslizándose por la tierra mojada llegó a nuestros oídos. Un barullo de voces resonó en el exterior. Sonreí tan pronto como reconocí las sirenas de los coches de los policías. Sí. Saldría de aquí. ¡Iba a conseguirlo!

- Maldición... -Jeremy llevó las manos a su cabeza-. Están aquí. ¡Joder!

Svetlana abandonó mi posición para estar junto a su hermano.

- Coge una de las armas. Seguramente los agentes tendrán la orden de extraernos de aquí con vida, pero no dudarán en disparar si lo ven necesario -anunció él al mismo tiempo que le

entregaba a su hermana una pistola-. Acuérdate: la quieren a ella, pero a nosotros también.

- No... no estoy segura de que quiera hacer esto -Svetlana aferró el arma con nerviosismo.

- ¡No es momento para echarse atrás! Después de todo lo que hemos pasado, lo último que necesito es escuchar tu arrepentimiento. Tú ansiabas venganza, ¿no? Pues vamos a conseguirla. Catherine no saldrá de aquí, y si lo hace, nos aseguraremos de que lo haga en mal estado.

Echó un vistazo a mi posición y quitó el seguro de su pistola.

Escondió el arma en su pantalón y abrió la puerta, dejando a la vista una gran cantidad de coches aparcados en forma de línea.

- Qué comience el juego -dijo.

=====

Semana 37 - Parte I

Las luces penetraron en el interior de la casa tan pronto como giró el pomo de la puerta. Jeremy observó con un rostro impasible que ocultaba su miedo a los policías que aguardaban en el exterior. Me hubiera gustado incorporarme del sofá y echar a correr, empujarle de mi camino y llegar hasta los brazos de Dimitri. Sin embargo, y con toda seguridad, acabaría con una bala en mi espalda y alguna muerte a mi paso.

A pesar de los hechos, tenía que protegerme.

Svetlana estaba tan o incluso más nerviosa que yo. Toda la rabia se había disipado de su rostro y parecía que iba a vomitar en cualquier momento. Mientras tanto, presioné la herida del pie contra una vieja almohada con tal de frenar la hemorragia. Dolió mucho, y también escoció, pero no iba a dedicarle más minutos de mi atención en preocuparme por la herida.

- ¡Las manos en alto, ahora! -gritó un hombre desde el exterior. Supuse que se trataba de uno de

los policías. ¿Dónde estaba Dimitri?-. No pienso repetirlo, ¡vamos, ya!

Desde mi posición, vi como Jeremy aferraba con más fuerza el arma. Tenía los dedos puestos en el gatillo, como si estuviera buscando su objetivo. Pensé en mi prometido. Él estaría entre todos los presentes. Posiblemente también lo estaría Patrick o Jacob. Mis padres. Alexia. Ellos podrían estar aquí en este mismo instante, expuestos al peligro.

El policía y Jeremy mantuvieron una amena conversación. Básicamente, él se negaba a abandonar la casa sin hacer un intercambio. Como era de esperar, se negaron en un principio.

- Tienes que impedir esto,

Svetlana -le dije en un intento desesperado-. Por favor, entiendo que estás asustada y que me odias. ¡Me acosté con el que iba a ser tu marido, lo sé! Pero, después de todo este tiempo, después de declararnos mutuamente... Vamos a formar una familia. Tienes que dejarme salir, necesito atención médica.

- Yo... no puedo hacer nada -musitó con voz temblorosa-, no ahora. Jeremy tiene el control de la situación.

- Es tu hermano. Ambas sabemos que no es Dimitri el culpable del asesinato -proseguí en voz baja con tal de no alarmar a Jeremy-. Bart te usó y te hizo creer que fue su hijo. Esta venganza es completamente inútil. Bart ya está encarcelado, no vais a tener más oportunidades para escapar. Por favor, Svetlana.

- Lo siento -dejó caer su arma al suelo y se sentó en una de las sillas, escondiendo su rostro.

La escuché sollozar y supe que había comenzado a llorar.

No quería sentir pena por ella; no después de todo lo que me había hecho pasar. Sin embargo, logré mantener una expresión entristecida. Quizá encontraba una oportunidad para salir de aquí sin más heridas. Jeremy obstaculizaba la salida, por lo que tendría que permanecer justo donde estaba ahora, es decir, atada en el sofá. El bebé pateó con fuerza y acaricié la zona con tal de tranquilizarla. Podía hacer esto.

- Me parece perfecto -Jeremy alzó la voz al instante. Sus pasos se alejaron de la puerta y apoyé una mano sobre la mesa situada a mi derecha-. Adelante, pasa y comprueba que Catherine se encuentra en perfectas condiciones. Está aquí mismo.

¿Qué?

¿Quién

se había ofrecido para el intercambio?

No, no, no. Dimitri. Ha tenido que ser él. Por supuesto que arriesgaría su vida por salvarme. ¿Por qué lo había hecho? ¡No! Él no puede encerrarse aquí conmigo. Le matarán tan pronto como ponga un pie en el interior de esta casa. Mis pulsaciones se aceleraron y tuve que aferrarme a los laterales del sillón con tal de no caer a un lado.

Unos pasos muchos más ligeros ascendieron por las escaleras de la entrada. Clavé la mirada en la puerta, esperando ver su rostro, pero jadeé al ver que no se trataba de él.

* * * * *

Dimitri

- ¿Estás seguro de que quieres hacer esto? -Jacob preguntó por enésima vez.

- Sí. Tengo que entrar a por ella, hermano. Ya he esperado suficiente como para esperar aquí a que alguien se ofrezca voluntario a una muerte insegura. Los policías no saben si va armado y probablemente sea así. Catherine está demasiado expuesta, tengo que salvarla.

- Ellos te quieren a ti. No dudarán en disparar en cuanto entres.

- Sé pelear. No voy a permitir que Catherine pase el resto de las semanas ahí encerrada o huyendo junto a ellos. ¿Qué hago si vuelvo a perderla? El dolor me destrozaría.

Pasé las manos por mi cabeza, desesperado.

Catherine podría estar ya muy herida, de lo contrario hubiera gritado o intentado salir corriendo. ¿Y si le había pasado algo a nuestra hija? Jamás podría perdonármelo. Golpeé el cristal del

coche, sin romperlo por fortuna y el jefe de la operación se acercó a mí.

-

Un escolta te seguirá en cualquier momento. Pase lo que pase, deberás de mantenerte un poco encogido. -Me entregó un chaleco antibalas-. Te protegerá de posibles heridas en el pecho. Te explicaré cómo procederemos.

Me enseñó unos planos de la casa. Había una puerta trasera que quedó cubierta por los escombros. Afortunadamente, los policías habían conseguido deshacerse de ellos y dejar la puerta con libre acceso. Mi misión era comprobar que Catherine estaba bien y salir de la casa de la misma forma: ileso. Mientras tanto, el segundo grupo se encargaría de arrestar a Jeremy.

- Si necesitas correr, hazlo. Mis hombres se encargarán del sujeto número uno -continuó.

Asentí mientras me deshacía de la chaqueta para ocupar el chaleco. Me entregaron un arma en caso de que tuviera que defenderme y la deslicé en el interior del pantalón, como hice la última vez. Eché un vistazo a la casa una vez más, decidido a llevar a cabo mis pensamientos.

- Espera, espera -Jacob se interpuso-. Yo haré esto. Distraré a Jeremy mientras tú vas en busca de Catherine.

- ¿Qué? -exclamé.

- Vamos. Ellos no tienen interés alguno en mí y no han especificado a quién quieren exactamente. Además, tú tienes más que perder: Catherine, el bebé, e incluso la maldita empresa te pertenece. Por favor, Dimitri. La he jodido muchas veces, permíteme ayudarte.

- No.

- ¿Te estás escuchando? -gritó-. Por favor, confía en mí.

Bufé. ¿Realmente esas palabras acababan de salir por su boca?

- ¿Crees que no lo

hago? Si no fuese así, ¿qué demonios estás haciendo aquí? Me has ayudado como nadie en estas últimas cuatro semanas. No mereces correr riesgo por culpa de mis errores.

- No son tuyos. Pertenece a Bart, a nuestro padre, por lo que también me incumben. Iré yo.

* * * * *

Catherine

Jacob pasó al interior con las manos elevadas, mostrando que no llevaba arma alguna. A pesar de que no era quien yo esperaba, quise echarme a llorar. Pero me contuve. Esto tan solo acababa de empezar, aún quedaba mucha noche por delante.

- No eres quien yo deseaba, pero también me eres útil -dijo Jeremy, sonriente-. Adelante, ¿quieres echar un vistazo a la querida Catherine Miller? Se encuentra junto a mi hermana.

Asintió levemente y manteniendo las manos en alto, caminó hacia mí. Su mirada se encontró con la mía y eché la cabeza hacia atrás, derrotada por el cansancio y agobio. Tenía que controlar mis emociones o acabaría desmayada ante todos.

- Catherine -mencionó mi nombre con suavidad y comprobó mi estado-. Estás sangrando.

- Tengo que... tengo que salir de aquí -intenté incorporarme, pero no pude-. El bebé está bien, tan solo me he cortado.

Él ejerció presión sobre mis hombros para evitar cualquier movimiento.

- Ni hablar. La ambulancia ya está en camino. Trasládarte a un hospital ahora mismo supera los límites del peligro. Tienes que quedarte aquí, ¿de acuerdo? Voy a distraer a Jeremy para que Dimitri pueda sacarte de esta prisión -me comunicó.

- No...

Espera, espera -le aferré de la muñeca como pude.

- Sé cuidarme por mí mismo -esbozó una sonrisa a través de la cual intentó transmitirme una seguridad y esperanza que yo no compartía.

- ¡Suficiente! -escuché a Jeremy gritar desde la entrada.

Svetlana había permanecido inmóvil hasta ahora. Levantó la vista, mostrando sus mejillas manchadas de negro -las lágrimas habían emborronado todo su maquillaje-, y se incorporó con suma lentitud. Jacob, sin ninguna otra opción, tuvo que abandonar la habitación. Creyendo que podría salir de la casa, se aventuró a deslizarse junto a Jeremy. No obstante, éste le aferró del brazo y, frente a todos, le apuntó con la pistola en la cabeza.

Grité del horror y me levanté, tensando la mandíbula a causa de los dolores punzantes situados tanto en el pie como en las muñecas. Svetlana tuvo que sujetarme de ambos brazos para que no avanzara más. ¿Realmente le dispararía? No. No podía hacer eso. ¿Quería tener una muerte sobre su cabeza, incluso cuando estaba rodeado de policías?

- De acuerdo... Queréis que libere a Catherine y ahora a este chico. Sin embargo, no haré nada sin un pequeño incentivo -cuando esbozó una sonrisa, pude percibir el atisbo de locura reflejándose en ella-. Exijo dinero a cambio de sus vidas, y mi liberación. De lo contrario, no dudaré en volar su cabeza. Ahora.

- ¡No puedes hacer eso! -gritó Dimitri.

Una vez más, el hecho de escuchar su voz me hizo temblar de pies a cabeza.

- Oh, puedo hacerlo, señor Ivanov. Llegado a este punto, soy capaz

de llevar a cabo lo que me venga en gana. Tenemos a la chica y ahora a su hermano. Si realmente aprecias la vida de ambos, entonces, ¿qué inconveniente tienes en aceptar la propuesta? Tan solo son unos millones, nada de lo que usted deba preocuparse -presionó la pistola contra la frente de Jacob.

- El chantaje no es una opción -habló otro hombre. Supuse que se trataba de uno de los policías

puesto que no reconocí su voz-. ¿Realmente quiere continuar con esto? Está rodeado, y los años de cárcel aumentarán si comete algún homicidio.

- ¡No me encerrarán en ninguna parte, maldita sea! -gritó Jeremy-. Mi hermano pequeño no se mereció esa muerte. Fue un mero peón en el macabro juego de la familia Ivanov. Y, ¿ahora tengo que conformarme con su muerte y vivir con ello? ¡Pues no! Necesito una compensación.

- El dinero no devolverá la vida de tu hermano -logró musitar Jacob.

- Pero solucionará mis problemas.

Jacob me miró de soslayo, sobre su hombro, y volvió a sonreír. No comprendí a qué venía ese gesto hasta que golpeó a Jeremy con el codo, directamente en la garganta, y lo arrojó al suelo. Se situó sobre él y comenzó a golpearle con el puño cerrado. Sin embargo, Jeremy no era estúpido y sabía defenderse tan o incluso mejor que Jacob.

- ¡Catherine! ¡Corre! -gritó él mientras volvía a estampar su puño en la cara de Jeremy.

Svetlana, horrorizada ante la nueva situación, se descuidó; así que le empujé, tropezó con la mesa y cayó al suelo. Inspiré aire y salí a paso rápido

de la casa. Cojeando y sin poder apoyarme en ningún lado, puse los pies en el exterior. La brisa helada de octubre recorrió mi cuerpo y me estremecí. Debido a la cantidad de luz que emitían los coches no fui capaz de distinguir a nadie.

Aún así seguí corriendo, olvidándome de la herida, hasta que estuve próxima a los coches. Entonces, unos brazos me aferraron por la espalda. Al principio quise golpearle, creyendo que se trataba de Jeremy pero, al reconocer ese perfume y el cálido tacto de sus manos desatando las cuerdas de mis muñecas, me permití llorar.

Las lágrimas se deslizaron con rapidez por mis mejillas y sollocé con fuerza.

Dimitri tomó mi rostro entre sus manos y me contempló, incapaz de creerse que estuviera ahí, frente a él. Mis muñecas estaban rojas e hinchadas, y también un poco moradas por la presión que la soga había ejercido con anterioridad. No obstante, las alcé para tocar su rostro. Deslicé las yemas de los dedos por sus labios, acariciándolos; por su mandíbula, por sus párpados.

- Catherine, amor mío, estás aquí -susurró, besando las heridas de mi rostro-. Dios mío, no te imaginas lo que he pasado sin ti. Creía que no volvería a verte, que te había perdido para siempre. Pero... pero estás aquí; estáis aquí, las dos.

Acarició cada curva de mi cuerpo, apretándome contra el suyo. Me alzó entre sus brazos al comprobar que no era capaz de caminar y se alejó hacia el perímetro de seguridad. La policía pasó al interior de la casa con rapidez, en fila. Los segundos transcurrieron en cámara lenta, como si se tratara

de una película.

Dimitri me sentó en el asiento trasero de uno de los coches y esta vez fui yo quien limpió las lágrimas de su rostro, sonriendo.

- Perdóname por haber sido tan descuidado, te he desprotegido, no sabía que la amenaza era tan peligrosa. Catherine, lo siento tanto -automáticamente, deslizó las manos hasta mi vientre, el cual acarició mientras suspiraba, repentinamente aliviado-. Te quiero, Catherine, te quiero. No permitiré que nada vuelva a separarnos, ya no hay nada que pueda hacernos daño. Te he echado tanto de menos, he estado tan asustado... -se detuvo-. ¿Qué te han hecho?

- Me he cortado con un pedazo de cristal -intenté que mi voz no sonara tan alterada como realmente estaba-. Pero estoy bien, ahora lo estoy.

- Tu cuello... -musitó y deslizó las yemas de los dedos por mi piel. Vi como tensaba los puños hasta que sus nudillos se quedaron blancos por completo. Tuve que aferrarle de ambos brazos para que no echara a correr en dirección a la casa-. Dime que no...

- No. Él no ha abusado de mí -presioné las manos en sus mejillas en un intento de mantener su concentración puesta en este coche y no en el rostro de Jeremy-. Me hizo esto cuando descubrió que me había comunicado contigo. Pero no se sobrepasó. Gracias a ti he logrado sobrevivir a esto. Dios mío... Yo también te quiero -plasmé mis labios contra los suyos.

Al mismo tiempo que nuestras bocas se encontraban con ferocidad, hasta casi con violencia y deseo, dos disparos se escucharon en el interior de la casa. Dos ruidos que marcaron mi alma debido a los gritos

que los siguieron. Dimitri me obligó a permanecer sentada cuando la ambulancia llegó y los médicos acudieron a mi ayuda. Mientras tanto, él se alejó para ver lo que acababa de suceder.

- No, no, ¡espera! -grité en vano.

El médico me impidió levantarme, alegando que la herida del pie se había infectado y tenían que comprobar mi estado. Quise ver más allá de la hilera de coches, pero únicamente oía el barullo procedente del interior de la casa.

- ¿Qué ha pasado? -pregunté, histérica.

- No lo sé -respondió el hombre mientras vendaba el pie-. Nosotros acabamos de llegar.

Alternó una mirada entre mi posición y los policías. Avisó a uno de sus compañeros para que trajeran una camilla. No, no quería subirme a ella y, sin duda alguna, no iba a marcharme al hospital sin Dimitri, sin saber que estaba bien. Me negué rotundamente a abandonar el coche. No me movería de aquí hasta que mi prometido estuviera de vuelta. Entonces, su cabellera casi rubia se hizo paso entre la multitud, llegando hasta mí.

- Yo la llevaré a la ambulancia -les dijo. Deslizó un brazo por mis piernas y otro por mi cintura, alzándome con cuidado-. ¿Por qué eres tan testaruda?

- Tus manos están manchadas de sangre -clavé la mirada en su rostro, haciendo caso omiso a su última pregunta-. ¿Qué ha pasado, Dimitri?

No me respondió, al menos, no en un principio. El médico le indicó que me recostara en la camilla y comprobó los signos vitales tanto del bebé como los míos. Se aseguró de que nos encontrábamos bien para el transporte a hospital y bajó de la ambulancia para tomar asiento en el lado del copiloto. Dimitri se negaba a dejarme sola. Cerraron las puertas de la ambulancia y apoyé los codos sobre la camilla.

Mi prometido limpió sus manos hasta que no quedó rastro alguno de sangre y se acercó a mí. Besó mis labios, mi rostro, acarició los moretones con suavidad, como si aquello fuera a hacer desaparecer todo atisbo de dolor.

- ¿Quién ha resultado herido? -insistí, y me tambaleé cuando el coche lo hizo.

- Se han visto obligados a reducir a Jeremy. Está muerto -sus manos temblorosas avvicinaban que algo más había tenido lugar-. El motivo por el que han realizado tal acción es por Jacob. Está herido y acaba de partir hacia el hospital más próximo -entrelazó nuestras manos y apoyó su frente contra ellas-. Hablaremos cuando estés mejor, ahora mismo tienes que descansar.

- ¿Qué? -gemí-. ¿Jacob está herido? Nunca debí de dejarle solo ahí dentro.

- Catherine, por favor, no te esfuerces más -respondió con rostro angustiado-. Has pasado por un calvario y necesitas recuperar fuerzas. Además, ¿has visto como tienes el cuello y las muñecas? No puedo soportar verte así.

Dimitri tensó más el agarre en mi mano libre y la besó. Cerró los ojos con fuerza e intenté percatarme de todos los hechos:

Punto número uno: era libre y Dimitri estaba aquí, junto a mí.

Punto número dos: Jeremy había muerto y Jacob estaba herido.

Y punto número tres: había conseguido superar cada uno de los obstáculos que la vida me había presentado.

Abrí la boca para pronunciar su nombre, queriendo comprobar una vez más si él se encontraba aquí conmigo o esto era un simple sueño. Sin embargo, el cansancio me venció y, sin ser capaz de evitarlo, cerré los ojos y me dejé llevar.

=====

Parpadeé con pesadez y cansancio. Una luz blanquecina procedente de una lámpara fluorescente me cegó durante unos instantes. Cuando me acostumbré a la luz de la habitación, reconocí las cuatro paredes azuladas que me rodeaban. Una máquina pitaba a mi lado de vez en cuando, y seguí el rumbo de los cables que se dirigían desde mi antebrazo hacia el aparato.

- Amor mío -Dimitri musitó y esbozó una pequeña sonrisa-. Ya estás despierta.

- ¿Qué ha pasado? -sentí mi boca pastosa y seca-. Estamos en un hospital, ¿cierto?

- Sí. Te desmayaste de camino -me percaté de que todavía aferraba mi mano-. Los médicos te han dado puntos en el pie y te han sedado la pierna para que no sientas dolor, aunque no sé durante cuánto tiempo estarás así ya que han transcurrido bastantes horas.

Instintivamente deslicé una mano hacia mi vientre, acariciándolo.

La sensación de alivio invadió mi pecho y ladeé el rostro hacia su posición. Sus ojos se mostraban muy cansados, aún así, se las apañó para mantener esa sonrisa tan encantadora en todo momento. Se levantó del sillón en el que se encontraba y me ayudó a incorporarme lo suficiente para poder besar sus labios.

- Te he echado de menos -le dije tan pronto como volvió a mirarme. Había repetido la frase en mi cabeza tantas veces que necesitaba decirla en voz alta-. Aunque siempre supe que terminarías encontrándome. Siempre lo haces -sonreí débilmente sobre sus labios.

- Joder, he estado tan preocupado por vosotras -respondió con voz ronca-. Al principio

llegué a creer que me habías abandonado. Sí, fui tan sumamente idiota como para pensar que te habías cansado de mí. Entonces, tras leer la carta y al ver que no aparecías, ni por tu casa ni por la de Alexia, me puse en contacto con la policía. Lo siento mucho, Catherine, yo no...

- No ha sido tu culpa -me apresuré a decir-, ninguno de nosotros sabía que esto sucedería. Y, ¿de verdad me crees capaz de abandonarte después de todo lo que hemos pasado?

- Lo sé, Cathy, lo sé -apoyó su frente contra la mía y me rodeó con sus brazos-. He necesitado menos de nueve meses para comprender que sería incapaz de vivir sin ti. Si te marchabas, ya no sería lo mismo. ¿Te das cuenta del cambio que has hecho en mí, Catherine?

» Desde un principio has procurado alejarme de todo lo dañino. Cuando me comportaba de la manera más ruin, tú permanecías a mi lado, y tan pronto como te alejabas, yo iba a buscarte. Pensaba que volvería a caer en todo lo malo si te marchabas. Y, sin merecérmelo, regresabas; siempre lo has hecho. Tampoco merezco tu amor, por supuesto que no... No después de todo lo que te he ocasionado.

- Dimitri... -suspiré.

- Déjame acabar -acarició mi mejilla con el pulgar-. Durante nuestras mini vacaciones en Houston te conté mi más oscuro pasado. Realmente pensé que saldrías corriendo, pero tampoco lo hiciste. Fue en ese momento cuando supe que estaba completo y absolutamente enamorado de ti. Procuré ocultarlo el tiempo suficiente para que ni Bart, ni Svetlana, lo supieran. Pero, ¿qué más podía hacer yo? Te necesitaba.

-

Si piensas que voy a abandonarte ahora porque crees que de alguna manera el secuestro ha sido culpa tuya, estás equivocado -le golpeé en el pecho.

Mi prometido dejó escapar unas carcajadas y sacudió la cabeza. Alzó mi mano para acariciar el anillo de compromiso antes de besarlo. Me preparé mentalmente para hablar cuando recordé un asunto tan o incluso más importante que el que estábamos debatiendo.

- Jacob -levanté ambas cejas-. ¿Qué ha pasado con él? ¿Se encuentra bien?

Hice un amago de poner los pies en el suelo -ya estaba sentada en el bordillo de la cama y, a decir verdad, necesitaba andar-, pero las manos ágiles de Dimitri me aferraron por los hombros, deteniéndome. No hubiera sido capaz de caminar muy bien debido a que habían administrado unos calmantes, pero saber que Jacob estaba en este hospital, probablemente en la misma planta que yo, por mi culpa, no me dejaba en paz.

- No te levantes -quiso tumbarme de nuevo, pero se lo impedí-. Sigue en quirófano. Lleva casi tres horas ahí dentro. La bala le ha perforado el riñón y... no lo sé, Catherine, pero jamás debí dejarle entrar en esa maldita casa. Tuve que hacerlo yo.

- Entonces te hubiera perdido a ti -le aferré de la camisa gracias a la cercanía-. Llámame egoísta pues lo soy de pensar de esta manera, pero prefiero ver a Jacob herido antes que ti, idiota -volví a golpear su pecho con ambas manos-. Estoy enfadada porque piensas que voy a dejarte, y te lamentas de no ser tú el que está en el quirófano. ¿Sabes cómo me he sentido de pensar que podrían hacerte daño

por mi culpa? ¿Por el maldito chantaje?

- Amor, no llores... -apoyó la palma de su mano en mi mejilla.

No me percaté de que lo estaba haciendo hasta que él limpió las lágrimas.

- Me he negado a derramar una lágrima en todo este tiempo porque no quería que Svetlana me viera hacerlo. Y ahora, contigo, necesito desahogarme. Nuestra relación ha sido tóxica a más no poder. Sí, tienes razón, nos hemos peleado, ocasionado daño a nuestros familiares y amigos y todo por nosotros mismos -clavé la mirada en la suya-. Pero, ¿sabes qué? Todas esas acciones han sucedido porque nos queremos realmente. Porque te amo, y cometería todos esos errores de nuevo si eso significa que tendríamos nuevas oportunidades.

Hice una pausa para tomar aire.

- Así que ahora no te lamentes por no haber salido herido como los otros -alcé la voz sin percatarme-. ¿Qué ha sucedido con Svetlana? -dije de manera repentina.

- La han detenido, ahora mismo se encuentra en comisaría. Tienen que hacer unos papeleos antes de comenzar los trámites para el juicio, y bueno, la autopsia del cuerpo de su hermano se va a realizar a pesar de saber las causas de la muerte -rascó su nuca, y pude contemplar como tensaba la mandíbula-. Me hubiera gustado matar a ese hijo de puta con mis propias manos.

- Tu vena suicida terminará conmigo algún día -dije al borde de la risa histérica mientras sacudía la cabeza.

Me sostuvo la mirada unos instantes, y poco a poco, esbozó otra sonrisa. Presionó sus dedos bajo mi mentón y lo alzó. Su lengua recorrió mi labio

inferior antes de hacerse paso en el interior de mi boca. Aquel beso hizo que todo mi ser se derritiera y anudé los brazos alrededor de su cuello.

Habíamos superado todos los obstáculos. Juntos, lo habíamos logrado.

- Ahora ayúdame a levantarme porque quiero ver a Jacob -añadí tan pronto como sus labios liberaron los míos-. Además, necesito moverme. Llevo demasiado tiempo tumbada y me duele todo el cuerpo.

- El médico ha dicho que tienes que hacer el mayor reposo posible -deslizó la yema de sus dedos hasta mi vientre, acariciándolo con lentitud-. No te has visto, ¿verdad? Me ha dicho que el parto podría adelantarse, así que yo permanecería en esa cama.

- Venga ya. Si tuviera que hacer caso al pie de la letra de todo lo que el médico dice, no hubiera salido de casa en los últimos ocho meses. ¿Por favor? Sólo necesito un soporte, y mira por donde, tu serás de gran ayuda -apoyé ambos pies al mismo tiempo, y fue en ese entonces cuando me percaté de que no sentía la temperatura del suelo tan fría como debería.

Me tambaleé y Dimitri me aferró por la cintura, pegándome contra su cuerpo.

- Lo que decía -sonreí de manera pícaro-, el soporte perfecto.

- Estás demasiado feliz y animada, y me estás preocupando, Catherine -envolvió mi cuerpo con sus brazos y me miró desde su posición-. ¿De verdad te encuentras bien? Es decir, ya sé que acabamos de salir de una situación que jamás creí que sucedería, pero no tienes que fingir delante de mí. Además, te conozco mejor que nadie, ¿no es así,

señorita Miller?

- Podría estar mejor, cierto, pero tengo que tomarme el asunto desde una perspectiva más positiva ahora que estamos aquí, juntos -acaricié sus mejillas.

Sí, sabía que estaba muy pegada a él pero no podía evitarlo. Le había echado muchísimo de menos y ahora me veía incapaz de alejarme. Entonces, escuché unas voces provenientes del pasillo, las cuales reconocí al instante.

- Dios mío. Mis padres, ¡Patrick! -grité.

La puerta de la habitación se abrió y mi familia pasó al interior. Dimitri me soltó cuando mi hermano me envolvió en sus brazos, no sin antes asegurarse de que no caería al suelo por culpa de la pierna sedada. El corte había tenido lugar en la zona del talón, por lo que podría apoyarme en las puntillas para andar. Aferré la camiseta de Patrick con fuerza, abrazándole como si fuera a escaparse en cualquier momento.

Pensar que él podría haber acabado herido -o muerto-, si no hubiera obedecido las órdenes de Jeremy, me puso la piel de gallina.

- Hermana testaruda y cabezota -susurró en mi oído, casi riéndose-. No sabes el susto que nos has dado a todos. Papá casi sufre un ataque al corazón, por no mencionar a tu prometido. Te ha buscado tanto en Manhattan como en Marte -se burló.

- Yo también os he echado de menos -susurré, escondiendo el rostro en su cuello.

Abracé a mis padres segundos más tarde. Apoyé las caderas contra la cama para tener otro tipo de soporte mientras les repetía que tanto el bebé como yo nos encontrábamos bien. Dimitri se hizo a un lado y

no me percaté de que había abandonado la estancia hasta que escuché su voz en el pasillo. Conversaba con un médico, o eso llegué a suponer ya que desconocía la voz tan grave de aquel hombre.

- ¿Qué sucede ahí fuera? -pregunté, queriendo llegar a la puerta.

- Iré a ver -Patrick me obligó a permanecer sentada en la cama y fue en busca de Dimitri.

Acaricié mi vientre mientras mi madre repetía lo preocupada que había estado.

Intenté suavizar sus inquietudes explicándole los resultados del médico: tanto el bebé como yo nos encontrábamos bien, al menos, dentro de lo que cabe. No podía tener en cuenta la herida del pie y las marcas en mis muñecas y cuello. Tendría que evitar realizar esfuerzos para que el parto no se adelantase. Mi padre besó mi frente y exhalé un suspiro. Me sentía horrible por haberles hecho pasar por todo esto aunque no fuera culpa mía. Al menos, no del todo.

- Catherine, ha pasado algo... -Patrick dijo nada más abrir la puerta.

- Déjame hablar con ella -Dimitri apartó a Patrick tras asentir-. Yo se lo explicaré.

- ¿El qué? -alterné la mirada entre ambos-. ¿Qué sucede ahora?

- No es nada, no te preocupes -Dimitri mentía, y lo supe por su mirada-. ¿Podrían dejarnos a solas un momento, por favor?

Mis padres se despidieron de mí, anunciando que se encontrarían en la sala de espera ya que se

negaban a marcharse después de recuperarme. Les dije que podrían volver a entrar tan pronto como mi prometido y yo hubiéramos hablado. Dimitri aferró mis manos, entrelazándolas

con las suyas, y dejó escapar todo el aire que retenía en sus pulmones.

- Se trata sobre Jacob, ¿no es así? -me aventuré, acariciando el dorso de su mano.

- ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso puedes leerme el pensamiento? -ironizó, apoyando su frente contra la mía con suavidad. Cerró los ojos antes de añadir:- La bala no solo ha perforado el riñón. Siguió una trayectoria diferente, n-no sé como explicarlo. Los médicos han dicho que perderá ese riñón y toda esa sangre durante la operación... No saben si despertará.

- ¿Qué? -alcé su rostro-. ¿Lo sabe Alexia? Un momento, ¿dónde se encuentra ella? ¿Y tú? Dimitri, todo esto es...

- No te atrevas a decir que es por tu culpa, ya que no lo es -me interrumpió-. Él decidió entrar ahí por mí, así que yo cargaré con las consecuencias. Tenemos que ponerle punto y final a este asunto, por lo que el juicio se adelantará unos días. No quiero pedirte que asistas, pero el juez y la policía ha dicho que deberías hacerlo. Eres la mejor testigo que podrían tener.

- Lo haré -asentí con rapidez-, y juntos pondremos a Bart y a Svetlana entre rejas. Ya no podrán hacernos daño. Necesito hablar con Alexia, ella merece saber todo lo que ha pasado. ¿Por qué no ha venido? ¿Acaso no sabe en qué hospital estamos?

- Ella ni siquiera sabe que te hemos sacado de ahí, Catherine. Jacob no quería involucrarla más de lo que ya estaba, por lo que...

Comprendí sus palabras y volví a asentir. Apoyé la barbilla sobre su hombro izquierdo ya que, gracias a que me encontraba sentada

sobre la cama, mi altura se igualaba a la suya. Acarició mi espalda con cariño y le susurré:

- Jacob saldrá de esta -besé el hueco entre su cuello y el hombro-. Tengo fe en ello.

- Espero que estés en lo correcto -añadió, y me estrechó con más fuerza.

* * * * *

Habían transcurrido otras veinticuatro horas, y el sol estaba saliendo por el horizonte. Apenas eran las seis y media de la mañana y yo ya estaba despierta. Jacob había salido del quirófano y se encontraba en la habitación. Los médicos habían comunicado que las primeras cuarenta y ocho horas serían las esenciales pues, si no despertaba en ese periodo, ya no lo haría.

Dimitri por fin había caído dormido. Después de cientos de insistencias, logré convencerle de que estaría bien mientras él descansaba. No era una máquina.

La anestesia en mi pierna había desaparecido, por lo que el dolor en el corte había comenzado a crecer. No me quejé en ningún momento pues, por ahora, esas punzadas eran soportables. Miré al exterior y contemplé al sol aparecer en el horizonte: me había acostumbrado a amanecer tan temprano a causa del bebé. Siempre estaba mucho más activa a estas horas de la mañana. El médico que me atendió anoche había sido sustituido por la doctora Keller. Ella comenzó a tratarme desde la primera ecografía y quería que ella se ocupase de todo.

Me encontraba en observación desde que salí de aquella casa, y el motivo fue porque ella creyó que tendría alguna recaída en cualquier momento. Según

otros casos, el paciente -después de un secuestro-, sufre problemas psicológicos relacionados con salir al exterior o la confianza en referencia con otras personas. Sin embargo, mi situación no era similar a los otros casos, ya que las personas que causaron este desastre no eran desconocidas y ya no estaban entre nosotros. Al menos, no físicamente.

- Dimitri... -le llamé. Sostenía mi mano y no podía incorporarme-. Necesito levantarme.

Se removió en el asiento y balbuceó algo que no logré comprender. Sonreí para mis adentros y aparté las sábanas de mis piernas con la intención de ponerme en pie. Exigía caminar y moverme, pues pronto no podría hacerlo con tanta facilidad.

- ¡Despierta! -dije en voz más alta, haciendo que abriera los ojos-. Aleluya.

- ¿Qué? ¿Estás bien? ¿Tienes contracciones? ¿El bebé? ¿Ya?

- No, no, no -puse los ojos en blanco, sin borrar la sonrisa-. Tan solo quiero levantarme. Además, tengo mucha hambre. ¿Me ayudas?

- Por supuesto.

Me ofreció su brazo y descansé las manos en este. Tensé la mandíbula para no jadear cuando la planta del pie rozó el suelo. A pesar del vendaje que rodeaba la herida, la presión sobre la piel era muy dolorosa. Caminé con su ayuda hasta la entrada. Mis padres se marcharon bien entrada la noche y estarían aquí en cuestión de minutos. Se negaban a estar alejados por mí durante mucho tiempo, y lo entendía.

Patrick aplazó sus clases. Me sentí culpable por ello.

- Catherine, ¿te encuentras bien? -Dimitri

me sacó de mis pensamientos.

- ¿Eh? Sí. Solo... apenas puedo moverme -bromeé-. ¿Ha dicho algo el médico? ¿Podemos volver ya a casa? Por favor, lo único que quiero ahora es acurrucarme a tu lado en nuestra cómoda cama y no volver a salir de ahí hasta el próximo mes.

- Me has leído el pensamiento -chasqueó la lengua-, pero ya sabes lo que viene primero.

Fruncí los labios, recordando el juicio. Si todo marchaba como nosotros esperábamos, Bart y Svetlana estarían en prisión durante el resto de sus vidas. La doctora Keller pasó por mi habitación una hora más tarde. Me realizó una última ecografía para ver el estado del bebé y comprobó si había dilatado sin percatarme de ello. Nada. Al no padecer contracciones, todo se encontraba en orden.

La herida del pie sanaría con el tiempo, al igual que las marcas del cuello. Me dio la libertad para marcharme a casa. Sin embargo, no lo hice hasta que visité a Jacob.

Estaba postrado en la camilla, con cientos de cables en su pecho y brazos y una máquina que le ayudaba a respirar. Su piel blanquecina y un tanto sudorosa hizo que mi corazón palpitara con mayor velocidad. Parecía que estaba frente a un muerto viviente. Me aproximé a él, incapaz de apartar la mirada de su rostro y mordí mi labio inferior con fuerza.

- Sé que puedes -musité, estrechándole la mano-. Vamos, Jacob. Después de todo lo que hemos pasado, tienes que salir de esta. Eres fuerte, todos estamos contigo.

Besé su frente y eché un último vistazo antes de apartarme. Gracias a él había logrado salir de esa casa. Dimitri me ayudó a caminar de nuevo y deslizó un brazo por mi cintura. De camino al exterior, me topé con Alexia. Bajaba del coche de sus padres, ni siquiera esperó a que ellos detuvieran el vehículo por completo.

Antes de ser capaz de reaccionar, Alexia me estaba envolviendo en sus brazos.

- Catherine, estás aquí, eres libre -susurró en mi oído-. He visto las noticias en el periódico. ¿Por qué no me has llamado antes? ¿Eres tonta? ¡Me has dado el susto de mi vida!

- No he podido, Alexia -me separé unos centímetros para poder mirarle a los ojos-. Estas últimas horas han sido de todo menos bonitas. Hay algo que deberías saber...

- ¿Qué? ¿El bebé está bien? ¿Mi sobrina sigue con vida, cierto?

Esboqué media sonrisa y presioné una mano en mi vientre, haciéndole saber así que tanto mi pequeña como yo nos recuperaríamos.

- Se trata sobre Jacob -dije, y su rostro empalideció.

=====

Semana 38

Dimitri entrelazó nuestros dedos, negándose así a dejarme sola. Ya era capaz de andar sin la necesidad de apoyarme en mi prometido, sin embargo, en estos momentos aferraba mi mano con tanta fuerza que hasta sentí unas leves punzadas de dolor. No me quejé. ¿El motivo? No podía hablar. El juez leía los delitos que tanto Bart como Svetlana -y su ahora difunto hermano mayor-, habían cometido.

Robo, asesinato, extorsión, secuestro.

Nos encontrábamos en el primer banquillo, junto a un abogado. Mis padres estaban entre el resto de los presentes, al igual que mi hermano. Inspiré profundamente y descansé la mano libre sobre mi barriga, acariciándola. En los últimos días me había sentido mucho más fatigada de lo normal, e incluso llegué a notar unos pequeños dolores en la zona inferior del vientre.

Era lógico: apenas restaban unas semanas para salir de cuentas y el parto podría adelantarse.

- Su señoría solicita que ascienda al estrado Catherine Marie Miller -la voz del abogado de Bart dijo desde la mesa situada a nuestra izquierda. La mirada de todos los presentes se situó en mí y asentí-. Por favor, su turno.

Me levanté y por fin fui capaz de estirar y mover los dedos tras ser liberados de su agarre.

Esbocé una sonrisa para mi futuro marido y caminé hacia el estrado. Tomé asiento y me preparé mentalmente para cada una de las posibles preguntas que podían salir de la boca del abogado de Bart y Svetlana. Yo era la única prueba tangible. El cuerpo del hermano menor de Svetlana y Jeremy -cuyo nombre desconocía y no quería descubrir-,

fue exhumado para realizar una nueva autopsia. Dimitri se negó a desvelarme los resultados puesto que ambos esperábamos con ansias la llegada de este día.

Respondí a cada una de las preguntas con la mayor educación posible, pues era incapaz de mantener la compostura teniendo a mi secuestradora y al causante de todo a escasos metros de mi posición. Ambos, esposados, mantenían la cabeza agachada. Ni el mejor de los abogados podría sacarles de prisión ni reducir la condena.

Me levanté con pesadez y Dimitri hizo caso omiso a la advertencia del juez, aproximándose a mí para ayudarme. Tomé asiento a su lado de nuevo y el juicio prosiguió con normalidad.

- Tras juzgar las evidencias aquí expuestas, y una vez consultada la opinión de los presentes,

sentencio a Bart Ivanov con setenta y cinco años de cárcel por la muerte de Desmond Rogers e intento de asesinato y secuestro de Catherine Marie Miller. Sin reducción de pena. -El juez entrelazó las manos sobre la madera de roble oscura-. En cuanto a Svetlana Rogers, por ser cómplice de los crímenes cometidos, se someterá a una condena de cuarenta y cinco años de prisión y servicios a la comunidad fuera de Estados Unidos.

La que una vez fue mi amiga rompió a llorar frente a todos. Nadie, a excepción de su familia, se dignó a mostrar algo de pena.

El público estuvo de acuerdo con la decisión del juez, por lo que la sesión duró menos de lo esperado. Las cámaras de los medios de televisión estaban permitidas, por lo que todos nos grabaron durante el juicio y al salir de este. Afortunadamente, un coche con ventanas

oscuras nos esperaba en el exterior. Tan pronto como estuve en su interior, pude echarme a llorar. Lo hice por varios motivos:

El primero: por fin éramos libres.

Lo segundo: ¿realmente había sucedido todo esto en menos de nueve meses?

Y finalmente, por Jacob y Alexia.

Dimitri deslizó un brazo por mi espalda mientras yo apoyaba la mejilla sobre su hombro. Me abrazó con fuerza durante todo el trayecto a casa, acariciando mi piel con suavidad y dejando un rastro de besos en mi frente, intentando calmar el llanto. No lo consiguió. El coche se detuvo en la entrada y me apresuré a esconderme en el interior. Las maletas ya estaban hechas, los muebles restantes cubiertos con sábanas blancas, y el letrero de casa en venta en el exterior.

Nos marchábamos de Manhattan para comenzar una nueva vida alejados de todo lo sucedido. Teníamos una nueva casa y un nuevo destino. Nuestra hija no crecería rodeada de este entorno.

- ¿Preparada para dejar todo esto atrás, futura señora Ivanov? -besó mis mejillas y limpió las lágrimas con los pulgares-. Vamos, Catherine, tenemos que celebrarlo. Hemos superado todos y cada uno de los obstáculos.

- Lo sé, pero no puedo evitarlo -balbuceé-. A pesar de todo, hemos estado a punto de perdernos el uno al otro durante el camino. Echaré de menos a mis padres, también a Patrick. Y sobretodo a Jacob y Alexia. La buena noticia es que salió del hospital; siempre supe que lo haría.

- Entonces, ¿por qué estás triste?

- No lo sé -repliqué-, pero estaré bien. Tan solo

necesito unas horas para hacerme a la idea de que solo somos tú y yo. Y, bueno, muy pronto la pequeña Catherine estará revoloteando a nuestro alrededor -esboqué una amplia sonrisa.

- No veo la hora de que eso suceda.

Alzó mi mentón y depositó un tierno beso en mis labios.

Cerré los ojos y aferré su camisa con ambas manos, pegando mi cuerpo tanto como me era posible al suyo. Apoyó su frente contra la mía durante unos instantes, regalándome una de sus pícaras sonrisas, antes de dejarme unos minutos para asearme. Me duché, me cambié de ropa por una mucho más cómoda y me aseguré de que no me olvidaba de nada.

- Recuerda que mis padres y los demás nos esperan en el aeropuerto -le repetí por enésima vez, caminando de un lado a otro mientras repasaba mentalmente la lista de tareas.

- Amor mío, lo sé.

- Jacob tiene que saber el nombre que hemos elegido para nuestra hija -continué.

- También me acuerdo, Cathy.

- Oh, tenemos que mirar los muebles tan pronto como aterricemos en Houston -le señalé con un dedo, frunciendo el ceño-. ¿Es mejor comprarlos rosados o de un color neutro, como el beige? ¿Quién sabe? En un futuro podría servirnos para otro pequeño y revoltoso Ivanov.

Dimitri se echó a reír.

El chofer subió las maletas al vehículo y tomé asiento en la parte trasera. Me había calmado lo suficiente como para aguantar las lágrimas durante todo el trayecto hacia el aeropuerto. Iba a llorar como una magdalena en la despedida. Siempre lo había

hecho, así que ahora no sería menos. Aunque esperaba verles más temprano que tarde.

Clavé la mirada en los anillos tan significativos que adornaban mis dedos: el de compromiso, y el de plata. Era un recordatorio de nuestra historia; desde el mismísimo comienzo hasta ahora. Sonreí para mis adentros y besé a mi prometido sin pudor alguno antes de abandonar el coche. Viajar en mi estado, en el último mes de embarazo, comportaba un importante riesgo. No obstante, había insistido tanto que Dimitri no tuvo otra opción que aceptar. Además, nos habíamos asegurado de que la doctora Keller se encontrase en Houston la última semana del embarazo. Ella me había tratado desde el primer mes y no deseaba otro médico en el parto.

¿Os imagináis dar a luz durante el vuelo? Me estuve repitiendo esa pregunta durante toda la semana. También me reí de la reacción de Dimitri cada vez que la mencionaba. Él se asustaba, comentando que no hacía gracia alguna. Yo insistía en grabarlo. Él se quejaba de mí. Y yo le adoraba cada vez más.

- Están ahí -señalé al pequeño coro de personas frente a la terminal-. Voy a llorar.

- No se sorprenderán -se burló y deslizó un brazo por mi cintura.

Caminamos en dirección a mis padres para despedirme de ellos.

Prometí avisarles tras el nacimiento del bebé. Estarían allí tan pronto como yo diera esa llamada telefónica. Patrick también lo haría. No quería perderse el nacimiento de su sobrina. Alexia y Jacob se despidieron de mí entre lágrimas, al menos, por parte de mi amiga.

- Gracias por todo

lo que has hecho por nosotros, Jacob -aferré sus manos antes de estrecharle entre mis brazos-. Si no hubiese sido por ti, tanto yo como Dimitri estaríamos atrapados en esa noche tan fatídica. Me alegro de que estés recuperado, más o menos.

No hacía falta añadir mucho más.

Jacob perdió el riñón y tuvo una costilla fracturada. El tratamiento no sería bonito, sin embargo, se encontraba en la lista de espera de donación de órganos.

- Espero que ambos logréis vuestro final de cuento de hadas -Alexia limpió sus lágrimas con un pañuelo adornado con dibujos mientras me miraba-. Vamos, Catherine. ¿Estás llorando tu también? ¿De nuevo? ¡Te vas a deshidratar!

- No puedo evitarlo -acompañé la frase con unas risas-. La pequeña Natalie estará contenta de saber que vosotros formáis parte de su familia. No podría estar más orgullosa.

- ¿Cómo has dicho? ¿He escuchado bien? -Jacob agrandó los ojos.

- Natalie -repitió Dimitri por mí-. Natalie Marie Ivanov, concretamente.

Escogimos ese nombre en honor al sacrificio de Jacob -a pesar de que usó Nathaniel como la falsa fachada, Natalie nos parecía un nombre precioso-, y por la madre de Dimitri. Marie era un diminutivo de Mary por lo que nos pareció correcto. Ambos hermanos se abrazaron y me aparté para otorgarles su espacio. Volví a repetirle a mis padres de que estaría bien. ¿Cómo no estarlo? Mary había dejado en herencia su casa a Dimitri. Allí nos instalaríamos, frente a la playa, alejado de todo el bullicio de la prensa.

Formaríamos la familia que siempre habíamos deseado. Jacob se quedaría con las industrias Ivanov...

...junto a Dimitri. Los dos compartirían el mismo poder, los mismos derechos. Era lo justo.

Nuestro vuelo despegaba en apenas unos minutos, por lo que no tuvimos más remedio que dejarlos atrás. Entrelacé mis dedos junto a los de Dimitri y atravesamos la terminal, pasando primero por el detector de metales, o al menos eso hizo mi prometido, pues a mí me cachearon sin necesidad de pasar por el aparato de metal.

Una vez en el avión, ladeé el rostro hacia su posición, en busca de sus labios.

- Te quiero, muchísimo -susurré, próxima a su boca.

- No más que yo a ti, preciosa.

Apoyé mi cabeza contra su hombro y sentí su mejilla descansando sobre ésta. Acaricié el dorso de su mano con suavidad y cerré los ojos. Procuré dormir en un principio, pero por mucho que lo intentaba, no lo conseguía. Se me hacía irreal que todo fuera bien. Es decir, siempre ha ocurrido algo que nos impedía ser felices.

Quizá era una prueba del destino y por fin podíamos recibir nuestra recompensa. Besé su cuello e inspiré su aroma antes de caer profundamente dormida.

* * * * *

Estirar las piernas y disfrutar del cálido sol fue lo primero que hice al aterrizar en Houston.

Nuestras maletas irían en un coche aparte. Dimitri ya había adquirido uno nuevo aquí, y la sede de la industria Ivanov -al menos, una de ellas-, quedaba apenas a treinta minutos de nuestro nuevo hogar. Había pedido un traslado a

otra universidad para continuar con los estudios el próximo año. Todavía deseaba terminar mi carrera y poder ejercer como profesora algún día.

Sin embargo, lo primordial en estos instantes era el bebé, por lo que me centraría en ella.

Subimos al vehículo y miles de recuerdos llenaron mi mente. Era precioso saber que íbamos a terminar viviendo en el lugar donde surgió la magia. Toqué mis labios, recordando el beso y sonreí como una boba. Ya me sentía mucho mejor, las malas vibraciones desaparecieron tan pronto como me subí a ese avión. Apenada por la despedida, pero alegre por la nueva expectativa de futuro, me dejé llevar.

Dimitri condujo con la mirada puesta al frente y un rostro calmado.

La casa blanca, tan inmaculada, bonita y adorable como siempre, nos esperaba. Dimitri aparcó y bajó del coche antes que yo. Me abrió la puerta y me cogió entre sus brazos mientras yo me echaba a reír. Anudé mis brazos en torno a su cuello y me encontré con su mirada.

- ¿Estás lista, señorita Miller? -formuló, esbozando su arrogante sonrisa.

- Por supuesto, señor Ivanov.

Me cargó en sus brazos hacia el interior. Tuvo que ponerme en el suelo para ser capaz de abrir la puerta y encendió las luces, debido a que en el exterior estaba demasiado oscuro como para ser capaz de ver algo. Los muebles, bajo sábanas blancas también, dejaba paso a una nueva visión de nuestro futuro. Sonreí como una idiota de nuevo y di un pequeño salto.

- ¿Lo ves? -abrí los brazos-. Todo esto, amor mío, es nuestro. Me siento tan, pero tan feliz de estar aquí contigo. Dios mío, ¡cuántos recuerdos!

Supe que Dimitri también pensaba en ellos por su expresión.

Me miraba como si hubiera encontrado algo perdido después de mucho tiempo. Un poco cohibida por la intensidad de su mirada, percibí como mis mejillas se ruborizaban. Me descalcé a pesar del frío que había penetrado en la casa tras estar tanto tiempo deshabitada y contemplé el lugar con detenimiento.

- Catherine, mírame -me llamó con voz ronca, y me giré al instante.

No me había percatado de que las maletas ya se encontraban en el interior. Escuché un coche alejarse por la carretera, y supuse que nuestro equipaje ya podría ser desempacado. Los vecinos se encontraban alejados, no llegaba a un kilómetro de distancia, pero sí lo suficiente como para poder cometer todo tipo de locuras y mantener nuestra privacidad. Era el lugar que siempre había añorado tener.

Acortó la distancia y me rodeó con sus brazos, formando una jaula irrompible.

Nadie dijo nada. Nos contemplamos con esa intensidad que sólo nosotros podíamos conseguir; sus labios se curvaron en una tierna y cálida sonrisa y apartó un mechón de mi frente. Suspiré, devolviéndole la sonrisa y supe interiormente que por fin había llegado a mi auténtico hogar.

=====

Semana 39

Descansé los codos en el carrito de la compra mientras Dimitri tiraba de él. Puse los ojos en blanco una vez más y me eché a reír. Él no era capaz de creer que todavía fuera capaz de caminar con mis propios pies: mi vientre había aumentado unos centímetros más. A pesar de los hechos, podía moverme sin muchas complicaciones. Era domingo, 13 de noviembre concretamente, y los centros comerciales estaban abiertos por un sólo motivo:

Navidad. Aunque todavía restaban varias semanas para que esta diera comienzo, los centros comerciales se apresuraban a adornar sus escaparates con cientos de adornos con tal de ser los primeros en realizar las primeras ventas. Cada año la Navidad se adelantaba más, por lo que no me extrañé de ver los carteles de Papá Noel colgando en una de las tiendas.

Me removí un tanto incómoda y fruncí los labios. Los dolores habían acrecentado en los últimos tres días y Dimitri desconocía ese hecho. Temía que, si confesaba ese malestar, me llevaría de vuelta al hospital y me obligaría a permanecer tumbada e inmóvil durante los próximos días. Dimitri no podía evitar ese lado sobreprotector suyo, no obstante, yo le adoraba más en ese aspecto, si era posible. Estábamos comprando el mobiliario para la habitación del bebé.

Colores tono pastel, dije. Y todo lo que había en el carro era ropa rosada o violeta.

- Son preciosos -repetí por enésima vez-, es decir, mira el tamaño de la ropa. Parece que van destinados para un muñeco y no un bebé. No puedo creer que estemos tan cerca de la fecha.

- Ya tenemos la cuna y prácticamente

todo el mobiliario. Nos falta completar la ropa, los biberones, chupetes, pañales... -releyó la lista y resopló.

- La has leído tantas veces que la sé de memoria -le di un codazo, sonriente.

Besé su mejilla con rapidez y giramos en uno de los pasillos.

Tras pagar con la tarjeta de crédito, subimos al coche, al mercedes rojo. Jacob había realizado un viaje en coche junto a Alexia y volverían en avión esta misma noche. Estaban aquí en estos momentos, exactamente desde hace cuatro días. Querían celebrar una cena en familia, y yo acepté encantada. Mis padres y Patrick vendrían también. Solo había transcurrido casi dos semanas desde la despedida y ya les añoraba muchísimo.

- ¿Lo tenemos todo además del mobiliario, cierto? -Dimitri apoyó una mano en mi vientre y lo acarició, sin apartar la vista de la cantidad de bolsas del maletero-. La cena de esta noche será magnífica. Eso sí, prométeme que no te esforzarás demasiado, ¿de acuerdo?

- Por favor, cariño -repuse al instante-. Ayudaré en todo lo que me sea posible.

- Tú misma lo has dicho -cerró la puerta del maletero-: En todo lo que te sea posible.

Volví a poner los ojos en blanco y me deslicé en el interior del coche, no sin antes llevar a cabo un tremendo esfuerzo para poder abrochar el cinturón. Maldita sea. Mi vientre era enorme, jamás creí que llegaría a estar de esta forma. Dimitri subió al lado del conductor y fue él quien terminó de abrochar el cinturón mientras me dedicaba una de sus sonrisas. Arrancó el coche y regresamos

a la carretera. Llegamos a casa en cuestión de minutos.

Jacob se apresuró a ayudarme con todas las bolsas y las cargó al interior. Mientras tanto, Alexia y yo nos entretuvimos ordenando la ropa del bebé en la que sería su habitación.

- Necesito sentarme -dije, tomando asiento en el balancín con rapidez.

Anudé los brazos en torno a mi vientre e inspiré profundamente.

- Catherine... ¿Estás bien? -Alexia dejó caer una diminuta camiseta sobre la cuna y se aproximó a mi posición-. ¿Quieres que llame a Dimitri?

- No, no, no -repuse-, no lo hagas, por favor. De lo contrario, cancelaré los planes de esta noche y me llevará de cabeza al hospital. No quiero pasar los próximos días ingresada por algo que, seguramente, no sea nada.

- Pero sientes dolor -afirmó.

- Estoy de casi nueve meses, Alexia. Saldré de cuentas en cuestión de días y la doctora me advirtió de que el parto podría adelantarse, y más después de todas las emociones que he sufrido durante los meses anteriores -resoplé-. Sin embargo, puedo caminar, no he roto aguas y el dolor no es tan intenso. En serio, me encuentro bien, créeme.

Me sostuvo la mirada antes de asentir. Cuando el dolor se calmó y el bebé volvió a patear de esa manera tan enérgica, fui capaz de ponerme en pie y de continuar colocando la ropa en su respectivo lugar. Al cabo de varias horas y tras una comida abundante seguida de una tarde de películas, Dimitri apareció en la habitación del bebé. Le dediqué una sonrisa y le observé montar una pequeña mesilla

de noche.

Se había remangado la camisa, dejando a la vista los tatuajes que ya había memorizado y los

músculos tensados. No importaba el tiempo que transcurriera: siempre me volvería a enamorar de él tantas veces como pusiera los ojos en su rostro.

- ¿Necesitas ayuda? -pregunté cuando le vi fruncir el ceño.

- Creo que le falta un tornillo -alzó una pequeña bolsa de plástico, vacía.

- ¿A quién? ¿Alexia o Jacob? -bromeé, acercándome a él. Puse las manos sobre sus hombros y los acaricié-. Cariño, deberíamos preparar la cena. Son casi las ocho, ¿sabes?

Se incorporó, sacudiendo las manos en sus pantalones a pesar de llevarlas limpias, y las colocó en mis mejillas. Atrajo mis labios hacia los suyos y me besó con fervor. ¡Por fin un poco de privacidad! Con tanto invitado, lo había echado de menos. Me aferré a su cuerpo de manera instintiva para no perder el equilibrio y reí sobre sus labios como una tonta.

Tras unos minutos descendimos por las escaleras. Me vi obligada a mantener una sonrisa cuando el dolor regresó. Alexia reconoció esa expresión y me ayudó a buscar una excusa para mi repentina ausencia. Fui al baño y esparcí agua helada en mi nuca antes de volver a la cocina.

- Tus padres ya están aquí, amor -Dimitri anunció antes de relamer sus dedos.

Estaban manchados de salsa.

Apresurada, salí al exterior para recibirlos. Abracé a mis padres con fuerza, por separado, antes de tirarme sobre Patrick. No lo hice de manera literal, pero sí que rodeé su cuerpo con

mis brazos y lo estreché con la mayor fuerza posible. En respuesta, besó mi frente.

- Jamás creí que nos encontraríamos en esta situación. ¿Tú? ¿Echándome de menos? ¿Abrazándome de esta forma? Cuidado hermana, o pensaré que me quieres -bromeó.

- Sigues siendo el mismo idiota de hace dos semanas. Bien. Me alegro de que mi ausencia no te

haya marcado de por vida -besé su mejilla y, entre risas, le arrastré al interior.

Saludaron a Dimitri, Alexia y Jacob antes de ayudar con la cena. Como era de esperar, mi madre apartó a Dimitri del fuego y le enseñó varios trucos de cocina. Él obedeció a todo lo que ella le aconsejaba y me vi tentada a grabar todo lo que sucedía en vídeo, como si este momento de felicidad fuera a desvanecerse de una forma u otra. Entonces, recordé que ya no había peligro alguno y me relajé.

Estos meses habían sido de todo menos normales, así que veía lógico que me sintiera de esta forma. O a esa conclusión llegué después de pensar unos instantes.

- Sin picante, por favor -añadió mi futuro marido-. Catherine no puede comer.

- Vamos, no seáis tan tiquismiquis -rechisté-. Estoy embarazada, no enferma. Puedo comer picante sin que me provoque el parto esta misma noche -puse los ojos en blanco.

Nos sentamos en la mesa y dimos pie a la diversión.

Patrick nos contó sus planes en California. La universidad le iba viento en popa y había conseguido un trabajo como DJ en una discoteca a tres manzanas de su casa. Mi padre no quería que mi hermano dedicara su

tiempo libre a estar tocando discos en un local, pero si hay alguien más terco que yo en este mundo, se trata de Patrick. Quizá eran los genes.

Alexia ya había comenzado la universidad, pero había tomado una semana libre para poder pasarla junto a mí. Una vez que las clases prosiguieran con su ritmo normal, ya no nos volveríamos ver en mucho tiempo. Esa expectativa hizo que mi corazón se encogiera. No quería perder la amistad con Alexia; no me imaginaba un futuro donde ella no estuviera. Me casaría y tendría una familia aquí, en Houston, pero Alexia siempre seguiría siendo la hermana que nunca tuve y siempre quise tener.

Jacob y Dimitri intercambiaron algunos comentarios sobre la empresa. Las acciones habían incrementado más del ochenta por ciento gracias a la detención de Bart y la revelación de toda la verdad. Contaban con nuevos inversores incluso de la otra punta del mundo. La empresa crecía y esta vez lo hacía con naturalidad. Sin presiones, chantajes ni nada por el estilo.

Observé a mi familia y sonreí, e incluso quise llorar de felicidad.

No pude finalizar el segundo plato, por lo que me recosté en el sofá y apoyé la espalda sobre uno de los cojines. El ambiente cargado de júbilo y diversión continuó durante las próximas horas. Dimitri tomó asiento a mi lado y dejó caer su mano en mi vientre. La mantuvo allí, esperando a que la pequeña volviera a patear.

- ¿Ya es tan tarde? -exclamó Alexia, interrumpiendo la conversación-. El aeropuerto queda a una hora de aquí. Deberíamos marcharnos antes de que perdamos el avión hacia Manhattan.

-

Cierto -coincidió Patrick-. Nosotros también deberíamos marcharnos.

- Podéis quedaros aquí un día más. -Insistí al mismo tiempo que intentaba sentarme con la espalda más recta-. Es decir, ya sé que papá y mamá trabajan mañana, y también Jacob, pero no sucederá nada grave por perder un día... más.

- Te visitaré tan pronto como nazca mi sobrina -bromeó Alexia, levantándose.

Mis insistencias no sirvieron de mucho. En unos minutos, tanto mis padres como mis amigos tuvieron que marcharse. Apenas habían estado aquí unas horas, sin embargo, las responsabilidades no podían desaparecer así sin más. Alexia tenía clases por la tarde, Jacob varias reuniones y mis padres trabajo. Les abracé a todos de nuevo y permanecí de pie en la entrada mientras observaba los coches alejarse.

Con resignación, regresé al interior. Tras ducharme y comprobar que los dolores se habían calmado, me acosté en la cama. A pesar del frío, Dimitri todavía dormía sin camiseta. Yo misma le había obligado a ponerse unos pantalones. Aunque, puestos a ser sinceros, prefería dormir con él de la otra forma. Se tumbó a mi lado, abrazándome por la espalda y sentí su respiración rozar varios mechones de mi cabello.

- Hoy ha sido un buen día -mordisqueó mi oreja, provocando así que la piel de mi nuca y espalda se erizase-. Espero que los días que nos siguen sean iguales.

- Lo serán -me acurruqué en sus brazos-. Descansa, pronto no podremos estar así -no pude ocultar las carcajadas, que quedaron sofocadas en la almohada.

-

Es un bebé, Catherine. Nos dejará dormir cada tres horas -prosiguió con la broma.

- Oh, vaya, tres horas -fingí que estaba asombrada por esa revelación-. No podemos estar tres horas durmiendo. ¡Qué desperdicio! Es mejor dormir una, así aprovecharemos mejor tanto el día como la noche.

Dimitri también se echó a reír y tuve que cubrir su boca con mi mano para que no retumbase en toda la soledad de la casa. Giré sobre mí misma, al borde de caerme sobre su cuerpo mientras él intentaba liberarse de mi agarre. Cuando las risas cesaron, me robó un beso.

- Buenas noches, Cathy -colocó un mechón tras mi oreja.

- Sueña conmigo -le dije, regresando a la posición en la que estaba en primer lugar. Era la única en la que me encontraba cómoda-. Sé que te gusta hacerlo.

Pellizcó mi trasero en respuesta y sacudí la cabeza, cerrando los ojos. Cubrí mi cuerpo con la sábana y apoyé la cabeza contra su hombro, dejando así que el sueño me venciera.

* * * * *

Me desperté en mitad de la noche. Dimitri dormía a mi lado, con un brazo en torno a mi cintura. Parpadeé repetidas veces y gemí interiormente. Llevaba la última semana despertándome sobre la misma hora debido a que no estaba acostumbrada a esta nueva cama. O eso supuse. Sentí la tremenda necesidad de entrar al baño, pero me costó deshacerme del brazo de mi prometido. Me mantenía bien sujeta contra su cuerpo, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento.

Suspiré, apenada de conocer sus miedos y le llamé con suavidad.

- ¿Qué ocurre? -sobresaltado, se sentó en la cama.

- Necesito ir al baño, sólo eso -susurré y le obligué a tumbarse de nuevo-. Sigue durmiendo, regresaré enseguida -besé su frente.

No supe si me había escuchado, pues cuando encendí la luz del cuarto de baño, ya volví a escuchar su pesada y profunda respiración.

Al cabo de cinco minutos regresé a la habitación, pero me detuve de golpe. Apoyé la mano en el marco de la puerta y jadeé prácticamente en silencio. La cama quedaba a menos de dos metros de distancia ya que el baño se encontraba en una habitación contigua a la mía. Esperé a que el dolor cesara. Pero no lo hizo. Continuó, aumentando así la intensidad y me encorvé.

Entonces, percibí un líquido resbalando por mis piernas y me quedé sin aliento.

Oh, oh.

- ¡Dimitri, despierta! -grité tan pronto como mi voz regresó-. Ay, ¡maldita sea!

Al escuchar mi voz, Dimitri encendió las luces de nuestro dormitorio, apartando así las sábanas de su cuerpo. Al ver cómo un charco de agua comenzaba a formarse bajo mis pies y mi cuerpo temblar, supo que el momento había llegado ya. Quise avanzar hacia él, pero las punzadas eran tan intensas que me quedé quieta. Dimitri aferró mis brazos, buscando mi mirada.

- El bebé... ya viene -sentencié.

=====

Semana 40

Dimitri se movía veloz como un rayo. Extrajo del armario varias prendas -una camisa blanca y unos vaqueros oscuros-, y se deshizo de los pantalones del pijama para vestirse. Yo, mientras tanto, procuraba contar los minutos que había entre cada contracción: cuatro minutos y medio. Era totalmente imposible que las contracciones fueran tan seguidas. Aunque, teniendo en cuenta que acababa de romper aguas, no me extrañaba.

De todas formas, había sentido dolores durante todo el día. ¿Estaba dilatando y no me había percatado de ello? ¿Cómo llegaríamos al hospital a tiempo? Sabiendo de antemano que los nervios me dominarían si seguía pensando de esta forma, cerré los ojos e intenté relajar la respiración de tal forma que las contracciones fuesen menos intensas.

No funcionó.

Entrelacé los dedos sobre mi vientre para sujetarlo mientras me encorbaba unos centímetros, incapaz de mantener la espalda recta por mucho tiempo. El bebé había dejado de moverse, ya no pateaba ni giraba de un lado a otro como siempre hacía. De hecho, ahora que me percataba de ese detalle, el bebé había estado demasiado calmado hoy. Posiblemente, se había estado preparando para el parto. Y yo no me había preocupado por ello. ¡Seré tonta!

- ¿Puedes caminar? -la voz de Dimitri me sonsacó de mis pensamientos.

- Eso... eso creo -logré responder.

Hice una mueca con los labios mientras me alejaba del cuarto de baño. No supe qué hora sería, pero el sol ya comenzaba a asomar por el horizonte, sobre el océano. Apoyé la palma de mi mano sobre la pared más cercana

y tensé la mandíbula cuando otra contracción, mucho más intensa que las anteriores, me sacudió de pies a cabeza.

- No puedo -añadí a los pocos segundos-. Dimitri... no voy a llegar... al hospital.

- Catherine, el bebé estará con nosotros en cualquier momento. Debemos llegar al coche antes de que empieces a empujar porque, entonces, tendrás que dar a luz aquí y ahora -deslizó un brazo por mi cintura e intentó forzarme a dar otro paso.

- Duele... mucho -me quejé, luchando contra mí misma para no tirarme al suelo.

Mi prometido, al ver el dolor reflejado en mi expresión y la forma en la que me encorvaba, se separó de mi lado y corrió -literalmente-, hacia la mesilla situada junto a la gran cama. Desde la distancia observé como sus dedos temblorosos intentaban marcar un número en la diminuta pantalla. Tomé otra profunda bocanada de aire antes de gritar.

- Estoy llamando al hospital, ¿de acuerdo? -me dijo a pesar de que yo no había preguntado nada. De todas formas, no hubiera podido hablar-. Sé que queda a treinta minutos de casa, pero es posible que la doctora Keller esté localizable y pueda venir hasta aquí.

- Dimitri... -mordí mis labios para no volver a chillar.

- ¿Hola? -hizo caso omiso a mi súplica cuando alguien respondió a su llamada.

Contó a la persona situada tras la otra línea lo que estaba teniendo lugar. Aparentemente, la enfermera exigía que nos trasladásemos de inmediato al hospital más cercano. Sin embargo, si lograba subir al coche, sabía con toda

seguridad que nos detendríamos en mitad del camino y me pondría de parto ahí mismo. Era más seguro permanecer en casa.

- La doctora Keller está haciendo el turno de noche -Dimitri se dirigió a mí en esta ocasión y presionó una mano sobre el teléfono para que la enfermera no escuchase sus palabras-. Si nos marchamos ahora, la alcanzaremos antes de que regrese a casa. Conduciré más rápido si es necesario y te prometo que...

- ¡No voy a moverme de esta casa! -grité mientras le señalaba-. Este bebé va a nacer en

cualquier momento... ¡y me niego a dar a luz en mitad de la carretera a estas horas de la mañana! ¡Maldita sea! -añadí cuando la siguiente contracción llegó-. Dile... dile que venga aquí. Sí. Esa es la mejor opción.

- ¿Qué? -clavó su mirada en la mía.

- Cariño, por favor, ambos sabemos que no voy a aguantar mucho más tiempo... Y... Y si nosotros no podemos ir a la doctora, ella tendrá que venir a nosotros -sentenció.

Durante unos instantes, me miró, en busca de la broma. Pero no había tal cosa. Traería al bebé a este mundo aquí y ahora, con su ayuda.

- Siempre supe que serías mi perdición -dijo en un murmullo y regresó a la conversación.

Si no fuese por el dolor, me hubiera echado a reír. Aferré con fuerza el escritorio mientras sentía más agua resbalar por mis piernas. Un charco había comenzado a formarse en mis pies y yo era incapaz de frenarlo. Tres minutos. Contracciones cada tres minutos. Había leído muchos libros sobre embarazos, y todos explicaban lo mismo: cuando el dolor decreciera

hasta los tres minutos no tendría más remedio que empujar, pues eso significaba que había dilatado los diez centímetros necesarios para que el bebé pudiera salir.

- Voy a ello -escuché decir a mi prometido.

Puso el altavoz en el teléfono y se aproximó a mí con zancadas amplias. Fruncí el ceño, sin saber exactamente qué iba a hacer, y se deslizó por mi lado. Entró al cuarto de baño y le observé coger toallas y una navaja -sin estrenar-, que había adquirido hace un par de días. Lo depositó todo junto a la cama, moviendo así la mesilla que serviría como mesa.

- La doctora Keller ya está en camino y nos hablará a través del móvil para saber qué hacer en todo momento -me comunicó y se detuvo a escasos centímetros de mi posición-. Con toda seguridad, ella no llegará a tiempo. El bebé estará aquí mucho antes.

- Genial -ironicé.

- Voy a ponerte en la cama. De esa forma estarás mucho más cómoda que soportando todo el dolor sobre tus propios pies -dijo al mismo tiempo que me alzaba en sus brazos.

Con mucho cuidado y delicadeza me depositó sobre las sábanas de seda. Instantáneamente una sensación de alivio me recorrió cuando mi cuerpo descansó sobre las almohadas. Las primeras gotas de sudor ya habían hecho su aparición en mi frente, al igual que en la nuca y parte de mi pecho. Dimitri remangó su camisa y acercó el móvil a nosotros.

- ¿Ahora qué? -preguntó con un claro nerviosismo.

- Tienes que comprobar cuánto ha dilatado. Si las contracciones son inferiores a los tres

minutos pero no ha dilatado, al menos, diez centímetros, el parto será imposible. El bebé no tendría el espacio suficiente para deslizarse por el canal y sufriría muchas complicaciones. Además, la vida de la madre también se pondría en peligro -explicó la doctora Keller.

Me deshice de las prendas de cintura para abajo y volví a gritar cuando la contracción llegó. Aferré las sábanas de la cama y cerré las piernas para no empujar. Tenía que hacerlo. Ahora. No podía esperar mucho más o me desgarraría del dolor.

- Creo... creo que he dilatado más que eso... -añadí yo a regañadientes.

- De acuerdo. Una vez que el bebé esté fuera asegúrate de limpiar bien la sangre de los orificios nasales y boca. Corta el cordón umbilical para separarlo de la placenta y asegúrate de que, lo primero que haga, es llorar. Si no llora, palmea su espalda mientras lo colocas bocabajo. ¿Me has entendido, señor Ivanov? -prosiguió ella.

- Por supuesto.

Tras repasar de nuevo lo que él tendría que hacer en ese caso, colgó. Tenía que preparar todo el instrumental en la ambulancia para mi traslado al hospital, siempre y cuando fuese necesario hacerlo. Los partos naturales eran los más comunes, en los cuales la madre no precisaba de puntos ni ingreso inmediato. Esperaba que yo fuera uno de esos. Dimitri subió a la cama mientras acariciaba mis mejillas, bañadas en sudor.

- Necesito empujar, Dimitri -le dije, sacudiendo la cabeza-. Ahora.

- ¿Segura que no puedes esperar unos minutos más? La doctora ni siquiera está próxima

a esta zona de la ciudad -su mirada mostraba un miedo que jamás había visto con anterioridad-. Además, ¿qué voy a hacer yo en caso de que surjan complicaciones? No sé nada de esto, creía que todavía...

- Te quiero, y sé que podrás hacer esto -le interrumpí, y plasmé mis labios contra los suyos.

Nuestras bocas se encontraron con ferocidad, hasta con casi violencia y deseo. Pero no podía aguantar mucho más. Cuando se separó de mí y vio que estaba decidida a traer el bebé al mundo en este mismo instante, asintió. La cama era lo suficientemente cómoda para llevar a cabo la laboriosa tarea. Dimitri se aseguró de remangar todavía más su camisa y colocó varias mantas junto a mi brazo derecho.

- Las contracciones son cada... cada tres minutos -le dije mientras buscaba con la mano algún lugar en el que aferrarme-. Debo empujar cuando estas tengan lugar, no antes. ¿De acuerdo? Tienes que recordármelo porque el dolor es tan... tan intenso que me olvidaré.

- Entendido -extendió una mano hacia mí.

- Tengo miedo -confesé al fin.

- Yo estoy contigo ahora. No estás sola, amor mío. Y la doctora estará aquí en cuestión de minutos. Te atenderá tanto a ti como al bebé, ¿de acuerdo? -aferré su mano mientras decía esas palabras. Se posicionó antes de clavar la mirada en la mía-. ¿Lista?

Asentí. Era ahora o nunca.

- Espera -añadí, percibiendo como la próxima contracción se acercaba-. Asegúrate de que el bebé tenga limpia la boca para que pueda... para que pueda respirar. Y tiene que venir

de cabeza; de lo contrario no podré seguir empujando -le recordé con rapidez.

- Lo sé -con la mano libre, volvió a limpiar el sudor de mi frente-, estaréis bien.

Dimitri sacudió la cabeza y prestó atención a lo que estaba sucediendo tan pronto como grité. Apreté su mano con fuerza mientras empujaba. La sudor resbaló por mi frente y otra oleada de dolor me recorrió de pies a cabeza. Pero no me detuve. Ahora, cada minuto y medio, volvía a sentir otra. Empujé con todas mis fuerzas hasta el punto en el que creí que me desmayaría.

- Lo estás haciendo muy bien, Cathy. La cabeza está prácticamente fuera. Un último empujón y la tendré en mis brazos, ¿de acuerdo? Uno más. Vamos, puedes hacerlo. -Me animó y soltó mi mano para coger la toalla-. A la de tres. Una, dos... ¡Ahora, Catherine!

Empujé y, de repente, el dolor cesó.

Toda la presión desapareció para dejar paso a un nuevo sonido: un llanto. Apoyé el cuerpo contra las almohadas mientras recuperaba el aliento. Escuché una risa procedente de mi prometido y observé cómo liaba en la manta blanca un cuerpo diminuto y sangriento. El bebé lloraba sin cesar y su llanto retumbó en la soledad del lugar.

- Sh, tranquila, preciosa, tranquila -le susurró mientras la mecía en sus brazos.

Con delicadeza la aproximó a mí. Apoyó su cabeza en mi antebrazo y contemplé su rostro rosado como si fuese la cosa más bella de este planeta. Para mí así era. Quise reír de felicidad y llorar al mismo tiempo. Y lo hice. Dimitri se dejó caer a mi lado, quedando a unos centímetros

alejado de mí mientras pasaba una mano por mi frente.

- Os quiero mucho, Catherine -me susurró al mismo tiempo que se echaba a reír, con una expresión de alivio, sustituyendo el nerviosismo.

- Y yo a ti -respondí con las escasas fuerzas que me restaban. Presté mi completa atención en ella, en mi hija. No podía crérmelo. Estaba aquí, con nosotros-. Hola princesa. Ya has conocido a papá. Dios mío... Por fin has llegado, Natalie.

Limpió la sudor de mis mejillas antes de besarme en los labios. El bebé se removía en mis brazos con lentitud y no parecía tener problema alguno. Cogió la navaja para cortar el cordón umbilical, liberándola así por completo de la placenta. El sonido de una ambulancia se escuchó en la lejanía y por fin pude relajarme. ¿Tanto tiempo había transcurrido durante el parto?

Dimitri tenía su camisa manchada de sangre, al igual que sus brazos. Pero la sonrisa en su rostro era brillante y amplia. Fijó la vista en el bebé, que se había calmado hasta el punto de solo mover esos diminutos dedos y los ojos, y dijo:

- Iré a por la doctora.

Desapareció por el umbral de la puerta y escuché sus pasos bajar las escaleras. La voz de la doctora penetró en la planta inferior, pero mi mente ya estaba demasiado lejos para cuando ella llegó. Solo tenía ojos para el bebé; para la pequeña Natalie. Oficialmente, Dimitri y yo éramos padres. Nuestro gran y maravilloso error se había hecho realidad.

* * * * *

Le canté una nana mientras la mecía en mis brazos.

Habían transcurrido cinco días desde el parto y me encontraba mejor que nunca. Un poco dolorida en esa específica zona, pero no era nada que no pudiera manejar. La doctora Keller me atendió con la mayor rapidez posible. Una enfermera se llevó al bebé para comprobar que todo estaba absolutamente perfecto mientras ella se aseguraba de que no quedaban restos de la placenta en el vientre o si precisaba de puntos. Me pondría bien con mucho, mucho reposo.

No fue necesario el traslado al hospital. Tal y como había supuesto, el parto sucedió de forma tan rápida, natural y sin complicaciones que mi cuerpo se adaptaría al cambio por sí solo. El bebé aferró mi dedo entre su diminuta mano mientras paseaba de un lado a otro.

- Ah, no quieres dormir -esboqué una amplia sonrisa.

- Ha salido a su madre -escuché a Dimitri decir desde la cocina. Su voz se fue acercando a la estancia donde yo me encontraba y no tardé en notar la calidez de sus brazos traspasar la tela de la camiseta que llevaba puesta-. Tan risueña como su madre y tan atractiva como yo. Una perfecta combinación, ¿no crees?

- Venga ya -reí y apoyé mi espalda en su pecho-. Es muy pequeña para decir que es tan atractiva como tú. Pero te doy la razón en lo primero: odia dormir. ¿Qué haremos nosotros ahora, eh? Eso de dormir una hora por noche no sonaba muy bien.

- Nos turnaremos -besó la piel desnuda de mi cuello-. ¿Cómo te encuentras?

Suspiré con lentitud mientras me deleitaba con esas pequeñas caricias. Intentaba distraerme, le conocía demasiado

bien. Mis padres nos visitarían mañana por la mañana. Era sábado y, tan pronto como recibieron la noticia de que había dado a luz, no dudaron en comprar los billetes para Houston. En cuanto a mi mejor amiga y a su novio, nos visitarían cuando fueran capaces. Jacob se sometía a una operación de riñón: habían localizado a un donante anónimo.

- Estoy perfectamente -le respondí al cabo de unos minutos-. Los dolores ya han remitido casi por completo y puedo caminar sin la necesidad de tenerte detrás mío cada cinco segundos. Un momento -hice una pausa-. ¿A qué huele eso?

- ¿El qué? -frunció el ceño.

Me alcé en puntillas y alcancé sus labios. Mordí su labio inferior a propósito mientras cambiaba el peso del bebé de un brazo a otro. Recosté su pequeña cabeza sobre mi hombro y el cuerpo en mi pecho, apoyando la palma de mi mano sobre su espalda. Natalie se removió un poquito y se acomodó con el calor que emitía mi cuerpo. Olía tan bien, y era tan suave como un peluche, que Dimitri me suplicaba por favor que la dejara coger en sus brazos.

- Salsa de tomate -asentí con convicción-. Tus labios saben a salsa de tomate -añadí.

- Tenemos que alimentarnos. -Puso los ojos en blanco y me robó otro beso antes de alejarse en dirección a la cocina.

Volví a caminar a lo largo del pasillo y el comedor, descansando suavemente mi cabeza sobre la de Natalie. Acaricié su espalda con la yema de los dedos en un intento de que cayera dormida.

De lo contrario, comenzaría a llorar tan pronto como

la dejara en la cuna. Mi mirada se detuvo en el montón de cajas que todavía nos quedaban por abrir. En una de ellas ponía el título de efectos personales, escrita con mi rara caligrafía.

Entonces, recordé algo que debí de abrir hace mucho tiempo.

Dejé a Natalie en la cuna, cubriéndola con la manta -aunque tuviéramos la calefacción encendida las veinticuatro horas el día, aquí hacia mucho más frío que en Manhattan-, y me aproximé al montón de cajas. Abrí la primera tras varios intentos de deshacerme de la cinta aislante y rebusqué hasta encontrar otra pequeña caja. En su interior había guardado la carta y el regalo que Mary me hizo hace ya varios meses.

La sostuve entre mis manos al mismo tiempo que mis pulsaciones se aceleraban. No sabía qué estaba escrito, podía ser cualquier cosa.

- Cariño, la comida ya... -se detuvo al verme de pie frente a la carta-. ¿Qué es eso?

- Me lo dio tu madre antes de marcharnos, ¿recuerdas? -musité y giré sobre mis talones para quedar de cara a él-. Tenía que abrirla antes de conocer el sexo del bebé pero, entre una cosa y otra, lo olvidé por completo -admití.

Dimitri cambió su expresión instantáneamente. No era necesario decir que extrañaba mucho a su madre, ¿quién no lo haría? Su pérdida fue tan inesperada que, en un principio, se hizo imposible de asimilar. Me acerqué a él mientras me peleaba con el cierre del sobre. Dimitri se cruzó de brazos y alternó una mirada entre la carta y mi rostro.

- No quería leerla sin ti -añadí y presioné una mano en su mejilla-. Eh, ¿estás bien?

- Sí, por supuesto -aclaró su garganta y entrelazó nuestros dedos.

Le observé con detenimiento antes de bajar la vista hacia las letras:

"Querida Catherine.

Sé que en estos siete días no hemos contado con el tiempo suficiente como para llegar a conocernos, pero intuyo que no dispondremos de más pues mi final está cerca. Antes de continuar leyendo, dile a mi hijo lo mucho que le quiero, y que sea fuerte tras mi marcha. Me es todo un alivio saber que estarás a su lado. No lo llamaría casualidad, sino destino. El destino ha decidido unir vuestros caminos y espero de todo corazón que seáis capaz de mantener ese fuego vivo durante mucho, mucho tiempo.

Tan pronto como puse los ojos en ti supe que mi nieta tendría un buen futuro. Sí, nieta. La forma en la que tu vientre se curvaba, y tras la experiencia de mi embarazo, supe que sería una niña. No he querido comentarlo contigo pues sé que la emoción que se experimenta en ese momento es inigualable. También he querido hacerte un pequeño regalo. Está en la bolsa.

No hay mucho más que decirte, Catherine. Si estas serán mis últimas palabras, no quiero extenderme demasiado. Eres otra más de mi familia, pues le has devuelto a mi terco hijo todo lo que una vez perdí. Gracias por todo.

- Con mucho amor, Mary."

Doblé la carta en su posición original y la deposité sobre la estantería. Cogí la pequeña bolsa que acompañaba el escrito y lo abrí con mucha delicadeza, como si fuese a deshacerse en mis dedos en cualquier

momento. En su interior había dos objetos. Uno de ellos me hizo jadear de la sorpresa y, conforme lo extraía, supe que a mi prometido también le traía muchos recuerdos.

- Es una cinta rosa -exclamé y la elevé para que quedase a la altura de mi rostro.

- Lo sabía -murmuró Dimitri-, ella siempre lo supo.

Se aproximó a la cuna y tomó a la pequeña en sus brazos. Natalie era una diminuta piedra en comparación con los brazos y manos de mi futuro esposo. La recostó contra su pecho y aproveché para atar la cinta en torno a su muñeca. No la apreté para que su piel no resultara herida. Sonreí y dejé caer el otro objeto del interior de la bolsa sobre mi mano.

Era un anillo de plata, como el que Dimitri me regaló. Lo aproximé a mi rostro cuando me percaté de los grabados en el filo interno de la alianza: había una fecha, y no una cualquiera. Agrandé los ojos a causa de la sorpresa y miré a mi prometido.

- ¿Cómo es posible que ella supiera esto? -pregunté-. Es decir, nosotros nos conocimos en el campamento y ella desconocía totalmente de mi existencia. ¿Cómo es que nos ha regalado un anillo con el día exacto en el que nos vimos, y besamos, por primera vez?

- Yo jamás le hablé de ti hasta que supe del embarazo -dijo igual de sorprendido.

Tomé su mano libre -pues con la otra sostenía a Natalie-, y deslicé la alianza en uno de sus dedos, comprobando que encajaba a la perfección. Sonreí como una tonta y apoyé la mejilla contra su hombro, cerrando los ojos.

- Me pregunto cómo es que ella sabía tantas cosas sobre nosotros. Ni siquiera estábamos juntos cuando sucedió lo del campamento -bajó la mirada hacia Natalie-. La echo mucho de menos, Catherine. Me hubiera gustado presentarle a nuestra hija, que la tomara en sus brazos. Le hubiera hecho tanta ilusión. Pero se fue antes, mucho antes.

- Siempre estará entre nosotros, y le hablaremos a Nat sobre ella -usar ese apodo me trajo buenos recuerdos. Entonces, añadí en un susurro-: Somos una familia.

Dimitri esbozó una de sus encantadoras sonrisas y le abracé desde mi posición. Centré la mirada en la ventana, contemplando el nuevo atardecer en el horizonte, y Dimitri plasmó sus labios sobre los míos antes de sumergirnos en nuestro final de cuento de hadas.

Fin

=====

Epílogo

Birretes rojos y amarillos.

A pesar de llevar unos tacones de infarto, únicamente veía los birretes de graduación pululando a mi alrededor. Jugué con el dobladillo de la túnica roja mientras observaba a los alumnos subir al estrado para recoger su respectivo diploma y realizar la fotografía con el director de la universidad. Mordí mis labios en un intento de calmar los nervios y suspiré.

Efectivamente, lo había logrado. Tras cuatro años, terminé mi carrera de Historia y conseguí mi titulación. Busqué una vez más el rostro de mi prometido y mi hija entre los presentes, pero no los encontré. Probablemente, él comenzaría a aplaudir y gritar cuando subiera a la plataforma. Restaban dos meses para mi próximo cumpleaños, aquel en el que alcanzaría los veintitrés años. Caray, el tiempo pasa mucho más rápido de lo que había imaginado.

La boda no se había celebrado todavía. Dimitri cumplió las palabras que dijo en el aeropuerto: esperaría lo que fuese necesario para contraer matrimonio. Además, estos últimos cuatro años habían sido tan maravillosos que creía que me encontraba en un sueño. Eso solo probaba que nuestro amor no había sido fruto del embarazo y que era verdadero. Cuatro años, amigos. Días y semanas repletas de risas, amor, algún que otro llanto y felicidad.

- Catherine Marie Miller -dijo el director, aproximando su boca al micrófono.

Recé interiormente para no caermme al subir las empinadas escaleras y, una vez que mis pies estuvieron de nuevo sobre un terreno firme y equilibrado, sonreí. Me aproximé al director y estreché su mano, como el resto de los

alumnos. Me entregó el diploma y miré al fotógrafo que nos esperaba. Había conseguido la nota más alta de toda mi promoción: un trece con dos sobre catorce. Había sido capaz de estudiar y sacarme una carrera al mismo tiempo que cuidaba de mi familia. Eso sin contar los sin fines de ánimos que mi prometido repartía.

Tal y como había supuesto, Dimitri se incorporó de una de las sillas junto a mis padres y aplaudió como si la vida le fuese en ello. Natalie también saltó en una de las sillas. Su cabellera rubia se balanceó con la suave brisa de verano y aguanté las ganas de echarme a llorar. Odiaba cuando me ponía tan sensiblera sin motivo aparente.

Mi hija era la viva imagen de Dimitri. A excepción de la forma de sus labios y nariz; el color de cabello, la forma en la que su mandíbula se curvaba y esos ojos caramelo, lo había heredado todo de su padre. Bajé por el otro extremo del escenario para encontrarme con mi prometido. Antes de ser capaz de bajar los tres últimos escalones, sus brazos ya me estaban atrapando por la cintura y me apretó contra su cuerpo.

- Enhorabuena Cathy -susurró sobre mis labios-. Ya eres toda una historiadora.

- Gracias, mi amor -respondí y besé con lentitud y ternura aquellos labios.

Cerré los ojos mientras dejaba que la intensidad del beso me llevara lejos. Percibí que Dimitri sonreía cuando se apartó para darle la bienvenida a Natalie, la cual iba de la mano de mi madre. Se liberó al instante y me arrodillé para ser capaz de abrazarla. Inspiré su aroma y la tomé en brazos, haciendo equilibrios con el

tacón.

- Eh, princesa -besé su frente y aparté varios mechones rubios de esta-. ¿Has visto a mamá en el escenario? ¿Qué te ha parecido? -le pregunté.

- Papá ha llorado -anudó sus brazo en torno a mi cuello-, pero él ha dicho que era sudor.

- ¿De veras? -alterné la mirada entre su rostro y el de mi prometido.

- Oh. Has roto nuestro secreto -Dimitri se aproximó a ella al mismo tiempo que elevaba las manos en el aire-. Ya sabes el castigo que hay cuando no cumples con tu palabra. ¿O acaso te has olvidado de lo que sucede, pequeña?

Me vi obligada a dejar a Natalie en el suelo para que pudiese echar a correr. Como era de esperar, Dimitri la alcanzó cinco segundos más tarde y la atrapó entre sus brazos, comenzando a hacerle cosquillas. Nat se removió en sus brazos mientras las carcajadas emanaban de sus labios. Mis padres aprovecharon estos minutos de tranquilidad para abrazarme y darme la enhorabuena. Jacob todavía estaba sentado entre los presentes, esperando el turno de Alexia. Me apresuré a tomar asiento junto a él con la compañía de mi prometido e hija.

- Felicidades Catherine -Jacob dijo nada más llegar-. Ahora ya puedes sumergirte de lleno en el mundo de los adultos trabajadores y cuidadores de niñas traviesas y risueñas -añadió mientras extendía una mano hacia Natalie.

- ¡Oh, vamos! Sabes muy bien que toda mi adolescencia desapareció hace mucho. Me gusta como soy ahora, mucho más adulta y decidida a conseguir lo que quiero -cruce las piernas, acomodando el vestido

rosado que llevaba bajo la túnica roja-. Aunque, aparentemente, mi objetivo número uno de la lista ya se ha cumplido.

Le di un pequeño codazo a Dimitri, mirándole de reojo.

Mi prometido deslizó un brazo por mis hombros y sacudió la cabeza mientras reía. Clavé la mirada en el escenario, esperando ver a mi mejor amiga. Alexia -entre el curso número tres y cuatro de su carrera-, se vio obligada a dejar los estudios. No, no se quedó embarazada ni nada por el estilo. Las industrias Ivanov iban mejor que nunca, por lo que Jacob se vio obligado a marcharse a Australia durante ocho meses. Obviamente, Alexia se negaba a estar todo ese tiempo alejada de su novio por lo que, simplemente, se fue con él.

Yo hubiera hecho lo mismo.

Natalie tomó asiento en el regazo de su padre y jugó con una de las muñecas que había traído de casa. Adoraba estos momentos, jamás me cansaría de estar acompañada por las personas que más quiero. El director mencionó el nombre de mi amiga y aplaudí conforme avanzaba hacia el centro del escenario. Hizo un saludo a todos, como si estuviera en un espectáculo antes de bajarse. Jacob fue el primero que se hizo paso a través del pasillo de sillas para alcanzarla.

¿Quién me hubiera dicho que ella y yo terminaríamos con los hermanos Ivanov? Pasados veinte minutos, la ceremonia acabó y la fiesta dio pie. Yo no tenía ánimos de pasar toda la noche acompañada de unos amigos de clase, borrachos como una cuba. Sin embargo, y tras las insistencias de mi prometido, acepté. Natalie se quedaría a dormir con mis padres en Houston.

Ellos pasarían esta semana y la siguiente con nosotros.

¿El motivo? Nuestra boda se celebraba en apenas tres días. ¡Me iba a casar! Pasaría a ser oficialmente la señorita Ivanova. Estaría unida a Dimitri por otro medio más.

Regresamos a casa para dejar el diploma y deshacerme de la toga y el birrete. Los guardé en una caja, en el interior del armario, y me giré en dirección a Dimitri, el cual cambiaba su traje de chaqueta por una camisa menos informal. Dos nuevos tatuajes llenaban su piel, concretamente, la zona bajo el costado izquierdo: se trataba de un diminuto lazo junto a un anillo. Dos objetos

simbólicos tanto para él, como para mí.

- ¿Qué te parece? -giró sobre sus talones, mostrándome su ropa.

- Estás tan atractivo e irresistible como siempre -me aproximé a él para acomodar el cuello de su camisa, aprovechando la cercanía para repartir una serie de pequeños besos a lo largo de su mandíbula, la cual quedó manchada de mi pintalabios-. Así mucho mejor.

- Me harás cambiar de opinión -susurró en mi oído, percibiendo al instante la yema de sus dedos ascender bajo la falda del vestido-. Prefiero permanecer en casa, ¿sabes?

- Piensa que pasaremos casi dos semanas de luna de miel en... -fruncí el ceño, entrecerrando los ojos mientras anudaba mis brazos en torno a su cuello-. Espera, un momento... Mi prometido se niega a desvelar la localización en la que pasaremos trece días, alejados del mundanal ruido. ¿Qué puedo hacer para saberlo antes de la boda? -añadí.

- Nada. Es una

sorpresa, señorita Miller.

Unió nuestros labios en un beso que duró más de lo que yo podía aguantar. Cuando se separó, yo tenía la respiración agitada y parte del vestido arrugado por su agarre. Le di un suave golpe en el hombro y, mientras se alejaba, escuché como intentaba sofocar su risa. Cada día me enamoraba más de él, si era posible. Cuando consideré que estaba presentable -portaría el mismo vestido rosa que en la graduación. Al llevar la túnica, nadie había tenido la oportunidad de verlo-, bajé las escaleras y me despedí de Natalie y de mis padres. Le repetí a mi hija hasta la saciedad de que debía de comportarse como es debido antes de marcharme.

Tan pronto como llegamos al club en el que se celebraría la fiesta, hice una mueca con los labios. No importaba que tuviera veintidós años y que fuese madre: seguía odiando el olor a alcohol y la gente que se comportaba como un idiota por culpa de ello. Me daba nauseas.

Bajé del vehículo y Dimitri se apresuró a rodear mis hombros con un brazo. Portaba unas gafas de sol a pesar de que estaba anocheciendo. Con esos aires de treintañero, llamaba mucho más la atención que antes. Conservaba esos rasgos maduros en su expresión; un torso bien tonificado y trabajado y una sonrisa arrebatadora. Y lo más importante: Dimitri Ivanov era mío. Todavía sentía las típicas punzadas de celos cuando alguna de mis antiguas compañeras de clase le recorrían con la mirada. Si por ellas fueran, lo arrastrarían a una cama.

- Aquí estamos -dijo y paseó la mirada por la zona-. ¿Puedes

ver a Jacob o Alexia?

- No -respondí, alzándome en puntillas-. Seguramente han reservado una de las mesas situadas en las esquinas. Vamos a mirar allí.

Entrelazó una de mis manos con la suya y me arrastró entre la multitud. Me tropecé un par de veces, pero gracias a mi prometido no caí de lleno al suelo. El vestido rosa palo era ajustado en la zona de mi pecho pero se ensanchaba en las caderas y vientre. Lo compré por ese mismo motivo: no deseaba parecer un guante de látex. Suspiré con claro alivio cuando reconocí la cabellera rubia de Alexia y la risa tan alocada de Jacob.

- Hola chicos -anuncié, tomando asiento junto a Alexia-. ¡Por fin somos graduadas!

- Nos lo merecemos -Alexia cogió uno de los chupitos y lo elevó hacia el centro de la mesa antes de tomar todo el contenido de un solo trago-. Hemos pasado muchos años encerradas en casa, hincando los codos para aprobar las malditas asignaturas, y por fin podemos dejar de asistir a la aburrida universidad. ¡Somos libres, por un año sabático! -arrastró otro de los chupitos hacia mi posición y arqueó la cejas-. ¿Quieres uno?

- El alcohol y yo no somos buenos compañeros -lo aparté con amabilidad, casi riendo.

La última vez que me emborraché acabé en la habitación de mi residencia, con el cuerpo de un medio desconocido sobre el mío. Recordar esa noche, la cual sucedió hace ya casi cinco años, me hizo sonrojar. ¿Quién me lo hubiera dicho? Ahora, el hombre que en un principio se convirtió en el mayor de mis errores, era lo mejor que me

había pasado en la vida.

Sentado frente a mí, charlaba alegremente con su hermano. Las sonrisas que intercambiaban y la felicidad que derrochaban me hizo sonreír a mí también. Por fin las cosas salían bien. Mi hermano contrajo matrimonio hará un año y medio, más o menos. A todos nos pilló desprevenidos, pues, ¿quién diría que Patrick Miller se enamoraría de Samantha, una antigua compañera de clase de instituto?

Como yo le dije, la vida es una ruleta que nunca para de girar.

En el club servían algo de comida, por lo que aprovechamos para cenar. Tras eso, nos incorporamos de nuestros sitios y nos unimos en la pista de baile. La música cambiaba de vez en cuando, pasando de una melodía electrónica a una mucho más calmada. Dimitri aprovechaba la penumbra de la estancia y nuestra cercanía para pegar sus caderas a las mías. Sacudí la cabeza en un intento de no caer rendida a sus besos.

- ¿Nerviosa? -preguntó por encima de toda la música, apoyando la palma de su mano sobre mi espalda. La calidez que esta transmitía traspasó la tela del vestido.

- Si te refieres a la boda, sí -asentí repetidas veces-. A partir de esta noche, no volveré a verte ni a hablar contigo en tres días. ¿Qué haré para sobrevivir a esta larga espera?

- Me verás el día de la boda -añadió, ensanchando la sonrisa-. Te estaré esperando.

- Recuerda que yo soy quien va de blanco -bromeé.

Cansada de bailar y un tanto mareada por las luces de colores y el olor a alcohol repartido por toda la estancia, intenté convencer

a mi futuro esposo de marcharnos a un lugar más tranquilo y alejado del resto. Estaba sentada en su regazo mientras él tomaba otro trago de su cerveza. Alexia, recostada en el asiento contiguo al nuestro, miraba al techo mientras tarareaba la actual canción. Varios compañeros de clase nos acompañaron durante la noche.

Recosté la cabeza contra su hombro y volví a acomodar los tirantes del vestido cuando estos cayeron por mis hombros, dejando más piel a la vista. De repente, seguí el rumbo de la vista de Dimitri hacia un punto de la sala: un chico no me quitaba la vista de encima.

Sonrió cuando se encontró con mi mirada e hizo un gesto para que le acompañase. Aparentemente, había ordenado otra copa y necesitaba una acompañante. ¿En serio? ¿Acaso el hecho de estar rodeada por los brazos de otro hombre y llevar un anillo no era suficiente para decir que estaba comprometida? Puse los ojos en blanco y me acurruqué más a Dimitri.

- Si sigue mirándote así, te juro que me levanto y le rompo los dientes -me dijo al mismo tiempo que terminaba el segundo vaso de cerveza. Lo dejó sobre la mesa y lo arrastró unos centímetros hacia el centro-. Lo digo en serio. Me está poniendo enfermo.

- ¿Y si nos marchamos? -volví a sugerir.

- Está diluviando afuera, Catherine -su brazo se acomodó en mis caderas. Entonces, volvió a mirar en dirección al chico y vi como tensaba la mandíbula-, pero prefiero calarme antes que terminar la noche en prisión por intento de asesinato. Venga, vámonos.

- ¿En serio estás celoso? -presioné

los dedos bajo su barbilla y la torcí en mi dirección.

- Sí. Por supuesto que lo estoy. Te está mirando como si... como si fuera a desnudarte aquí y ahora, frente a todos -bufó y me bajé de su regazo para que fuera capaz de levantarse-. Nadie más excepto yo puede hacer eso. Eres mía, futura señora Ivanova. Sabes que soy tan egoísta como para no compartirme con nadie.

Extendió sus manos hacia mi posición y las acepté encantada. Tras despedirme de mis amigos, atravesamos la marabunta de personas y alcanzamos el exterior. Una tormenta de verano sacudía Houston, pero a juzgar por los cielos medio despejados, no duraría mucho. Creyendo que iríamos al coche, sujetó mis manos con más fuerza y me obligó a correr a lo largo del puerto, bajo la lluvia y con tacones.

- ¡Espera, espera! -le grité entre risas.

Desabroché los tacones, sujetándolos con una mano y comencé a correr sobre los charcos que se formaban en la madera. Las olas arremetían contra las rocas, salpicándonos más. Extendí los brazos y dejé caer los tacones mientras disfrutaba de la sensación del agua fría caer sobre mi piel. Sonreí y cerré los ojos.

- Sin duda alguna, esto es mejor que estar encerrados ahí dentro -hablé en voz más alta.

- Las vistas son preciosas, de eso no hay duda -respondió.

Abrí un ojo y le contemplé mirándome con los brazos cruzados. Me olvidé de los zapatos y de la gente que nos miraba con escepticismo mientras saltaba a sus brazos. Me cogió en vuelo y dio una suave vuelta antes de encontrarse con mi mirada.

-

Te quiero -le dije-. Gracias por estos últimos cinco años. Seis, si contamos el campamento.

- Yo te quiero mucho más, Catherine Marie Miller -respondió con una sonrisa socarrona-. Y no tienes que agradecerme nada. Podré devolverte todos los favores durante los próximos noventa años, día tras día, hora tras hora.

Nuestras bocas se unieron en un tierno beso, sofocando las risas, mientras la burbuja de felicidad nos inundaba.

* * * * *

Me temblaba todo el cuerpo. La chica reflejada en el espejo del gran dormitorio no era yo. O, al menos, no lo parecía. Llevaba los labios pintados de un color rosado y una sombra de ojos color crema otorgaba un aspecto más natural a mi rostro. El vestido, de un tono blanco marfil, estaba hecho a medida. Poblado de encaje, tanto en las mangas como en la abertura de la espalda, dejaba ver la

piel morena de mi pecho y hombros.

Quise calmar mis nervios caminando alrededor de la estancia, sin embargo, fui incapaz de controlar la ansiedad. No era arrepentimiento; no podía esperar a llevar el apellido Ivanov. Los jardines estarían poblados de invitados que grabarían cada uno de mis movimientos.

¿Y si tropezaba? ¿Y si Dimitri decía que no?

- ¿En qué estoy pensando? -musité para mí misma, poniendo los ojos en blanco.

Ni aún me había calzado los zapatos, y de imaginar los tacones kilómetros que me esperaban, todavía en el interior de la caja, mis piernas temblaron incluso más. Esperaba la señal de mi madre para bajar al exterior.

La música llegó a mis oídos antes que las palabras. Tomé asiento en la cama, aferrándome a ella con una mano antes de ponerme los tacones. Me puse en pie y caminé con lentitud, acostumbrándome a esa nueva altura y al encaje del vestido rozar con mis tobillos. Jugué con mi anillo como tantas veces había hecho y miré al techo, intentando no derramar lágrimas antes de comenzar con la ceremonia. Mi madre y Alexia entraron a la habitación minutos más tarde, apresuradas.

- Dimitri te espera -Alexia curvó sus labios en una pícaro sonrisa-. No me puedo creer que después de todos estos años hayamos llegado a este momento -se aproximó a mí.

- Yo tampoco -admití, asegurándome que el recogido se quedaría en su sitio.

- ¿No querrás echarte atrás? -mi madre se enjuagó las lágrimas.

¿Cuándo había comenzado a llorar? ¡Todavía no habíamos bajado! Verla de esa manera

me puso incluso más nerviosa, pero me controlé y no reflejé ningún signo de ansiedad. Les dije a ambas lo segura que estaba de esta decisión que, sin duda alguna, se convertiría en la mejor de mi existencia y bajé las empinadas escaleras de cristal con su ayuda.

El parque Hermann había sido cerrado y posteriormente decorado para la boda. No me habían permitido revisar ningún detalle pues Alexia quiso encargarse de la organización. Me iba a enfrentar a algo que no sabía como se veía aunque, sin duda alguna, sería precioso.

- ¿Hay muchos invitados? -susurré con voz temblorosa, alternando la mirada entre ambas.

- ¿Por eso estás tan preocupada? -chistó Alexia.

¿Qué podía decir? Sabía con seguridad que Dimitri estaría allí, a mi lado. Lo que no me convencía era el resto de personas desconocidas. Los rayos de sol se filtraron por las cristaleras cuando pisé el último escalón y me detuve, admirando por primera vez la decoración.

Acababa de entrar en el País de las Maravillas. Enredaderas poblaban los muros de mármol que formaban un camino hacia el altar. Pétalos de rosas servían de alfombra, y los asientos se situaban a ambos lados de esta. Parecía un cuento de hadas. Aguanté la respiración y aclaré mi garganta, incapaz de pronunciar otra cosa que no fuera caray. Alexia aferró un ramo de rosas al igual que mi madre -ellas eran mis damas de honor-, y caminaron por delante mío tan pronto como el compás de la música sonó de nuevo.

- Puedes hacerlo -susurré para mí misma-. Has pasado por muchos peligros,

y una boda no será otro de ellos. Cálmate, Catherine.

Relajé los hombros, aferré el último ramo -era de unos lirios preciosos-, y miré al frente. Mi turno había llegado. Antes de poder adelantarme, mi padre, vestido de traje negro con una corbata roja, dejó que mi cuerpo usara el suyo como un fuerte y seguro apoyo.

- Estás hermosa, mi niña -besó mi frente con delicadeza y estrechó mis manos-. Has crecido y te has convertido en toda una mujer. Estoy orgulloso de ti, no te imaginas cuanto.

- Gracias, papá -aguanté las lágrimas como pude, pues no quería arruinar el maquillaje.

Deslicé mi brazo por el suyo, sosteniendo el ramo de nuevo con las dos manos.

Caminé con paso lento pero decidido, con la vista puesta en el frente, concretamente en el rostro sorprendido de mi futuro esposo. Sonreí tímidamente, e inspiré aire frío para despejar mi cabeza. El sol calentó mi espalda desnuda e hizo que los pequeños brillos del maquillaje me dieran un aspecto casi mágico. ¿Os podéis creer lo que estaba diciendo? Quise echarme a reír ahora que los nervios habían desaparecido y me detuve cuando las manos cálidas de Dimitri rozaron las mías.

Mi padre me entregó a Dimitri, como era la tradición, y se alejó para tomar asiento junto a mi madre y el resto de mis familiares. Entreví a Alexia y Jacob en los presentes. También a unos viejos compañeros de universidad y, por supuesto, a Patrick.

- Mi preciosa Catherine -musitó Dimitri, admirando el vestido-. Jamás pensé que podrías estar más bella, pero veo que

me equivocaba. Este es el día que siempre había esperado.

No quise hablar pues sabía con toda seguridad que empezaría a derramar lágrimas.

El cura ofició la boda. Escuché sus palabras, hablé cuando debía y sonreí en todo momento. De todas formas, no hubiera podido forzar una expresión más formal aunque quisiera. Dimitri aclaró su garganta, alzó la mirada hasta encontrarse con la mía y aferró mis manos entre las suyas, cubriéndolas.

- ¿Aceptas a Catherine Marie Miller como tu futura esposa, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

- Sí, acepto -Dimitri deslizó la alianza en su lugar correspondiente e interrumpió al cura-. Quiero decir mis votos, un pequeño texto que he preparado.

Le miré entre sorprendida y enfadada, pues ambos habíamos acordado no hacer otros votos que no fueran los tradicionales. El temblor regresó a mi cuerpo y Dimitri lo sintió en mis manos, las cuales aferró con más fuerza antes de extraer una pequeña hoja de papel del interior de su chaqueta.

- Un amor como el nuestro solo sucede una vez en la vida. Eres mi casa, mi familia, mi vida. Eres la sensatez de mis locuras, la cordura en mis decisiones. Mi amiga, mi confidente, mi amante. Tú me completas en todos los aspectos de la vida y, joder, gracias a ti soy mejor persona. No puedo prometerte que no encontraremos más piedras en nuestro camino, pero tendrás mi mano cada día, en cada uno de tus pasos, para que no tropieces. Y si caes, nos levantaremos juntos. Te prometo una sonrisa cada mañana,

una mirada cómplice cada atardecer y una acaricia cada noche. Te prometo no tener que decir te quiero cada día, porque te lo demostraré con cada uno de mis besos. A cambio de esto yo no te pido nada; simplemente quédate a mi lado y nunca dejes de mirarme como lo haces hoy.

No pude limpiar la lágrima a tiempo, y esta resbaló por mi mejilla hasta caer por mi barbilla. Reí como una tonta al mismo tiempo que más lágrimas aparecían y el público estalló en un sin fin de aplausos. Dimitri acarició mis mejillas, claramente orgulloso de mi reacción y logré musitar:

- ¿Cómo supero esto, eh?

Los invitados rieron más ante mis palabras y el cura prosiguió con una gran sonrisa:

- Catherine Marie Miller, ¿aceptas a Dimitri Ivanov como tu futuro esposo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

- S-sí -dije, todavía entre lágrimas-. Por supuesto que sí.

Coloqué su alianza y antes de que el cura fuese capaz de pronunciar puede besar a la novia, Dimitri ya había juntado nuestros labios. No le bastó dejarme sin aliento, sino que me aprisionó entre sus brazos hasta que empecé a reír.

- Te quiero -besé sus labios por última vez antes de engullirnos en el pasillo de pétalos.

Con nuestras manos entrelazadas, nos hicimos paso a través de los invitados, que no sólo habían grabado toda la ceremonia, sino que se apresuraban a tomar los respectivos coches para llegar cuanto antes al lugar donde se celebraría la fiesta. Mis padres fueron los primeros en acercarse para darme las felicitaciones,

también lo hicieron Alexia y Jacob. Gente desconocida para mí -no para mi marido-, me dijo lo afortunada que era, y no se lo negué. Sentí la cálida mano de Dimitri puesta en mi espalda desnuda, acariciándola mientras conversaba con el resto.

Teníamos que marcharnos ya si queríamos llegar a tiempo. Entonces, mi madre se hizo paso entre todas las personas con la pequeña Natalie entre sus brazos. Grité de alegría y me apresuré a cogerla, pues quería sentir a mi niña de cuatro años a mi lado. Dimitri rodeo mi cintura con sus brazos y me empujó hacia su cuerpo.

- ¿Te ha gustado, Nat? -besé sus mejillas, manchándolas de pintalabios-. Papá ha sido un tramposo pero me ha enamorado cada una de esas palabras -me giré hacia su posición y entrecerré los ojos-. ¿Por qué lo has hecho? ¿Acaso querías verme llorar más de lo común?

- Oh, vamos. Quería sorprendente, señora Ivanova -besó mi frente y me arrastró hacia la

limusina.

Natalie argumentó que me veía como una princesa de cuento antes de regresar a los brazos de mi madre. Ellos viajarían en un coche distinto al nuestro. El principal motivo era los cientos de fotógrafos amontonados en la salida, junto a la limusina; esperando capturar el deseoso vestido de la novia. No me agradaba la idea de que mi hija apareciese en las revistas de todo el país, por lo que volvería a verla en la fiesta.

Dimitri me cubrió con sus brazos mientras abrían las puertas de la limusina. Me deslicé en su interior y miré tras las ventanas oscuras a las diferentes personas que rodeaban el coche.

Logramos salir a la carretera sin atropellar a ninguno de los fotógrafos y suspiré.

- Ya eres oficialmente mi esposa, mi mujer -Dimitri deslizó su lengua por mi mandíbula, llegando hasta mi cuello-. No puedo esperar a abandonar el país y comenzar nuestro viaje. No te imaginas todo lo que nos espera por delante.

- Recuerda que... que todavía nos queda... la fiesta -tartamudeé.

- Oh, ¿todavía sigues nerviosa? -bromeó mientras su mano ascendía por el interior de mi muslo, apartando así el vestido-. Podría ayudar a calmar tus nervios. Por cierto, ¿he mencionado ya lo preciosa que estás hoy?

- Tú me pones nerviosa, idiota -respondí instantáneamente.

Escuché sofocar su risa en mi cuello y recobramos la compostura a tiempo. Bajamos de la limusina y nos adentramos en el inmenso salón, descubriendo así una zona central despejada para la pista de baile; mesas con centros repletos de flores y velas y unas lámparas de araña de cristal. Nuestro sueño continuaba y me negaba a despertar. Los invitados ya se encontraban en el salón cuando nosotros nos adentramos en su interior.

Cortamos la tarta, recibimos maravillosos regalos por parte de los invitados y bailamos durante toda la tarde, hasta la puesta de sol. Con la barbilla apoyada en el hombro de mi marido y mi cuerpo pegado al suyo, dejé que todos los sonidos de mi alrededor se engulleran en nuestro abrazo.

- Deberíamos cambiarnos de ropa -susurró Dimitri en mi oído, apartando un mechón de pelo que había caído del recogido-, ya sabes, será incómodo viajar

con un vestido de novia.

- Lo sé, pero no quiero moverme; no todavía -apreté más los brazos a su alrededor.

Sentí las miradas de todos los presentes puestas en nosotros, sin embargo, mantuve los párpados caídos. Me sentía en mi hogar de una vez por todas, había encontrado mi destino. Al final, Alexia me arrastró a una sala contigua donde me esperaba un traje de color rojo que marcaba mis recuperadas curvas. Deslicé los brazos por los tirantes y subió la cremallera para que terminara de ajustarse.

Recogió mi cabello en una trenza holgada y calcé otros tacones, mucho más bajos y cómodos que los anteriores. Regresé a la gran sala, donde pude despedirme de mi familia y amigos.

- Te voy a echar mucho de menos, pequeña -me arrodillé frente a Natalie y llené sus mejillas de besos-. Te llamaré todos los días, ¿de acuerdo? Haz caso a todo lo que tus abuelos te digan.

- Sí, mami -entrelazó sus diminutas manos y me miró con expresión de ángel.

- Ven aquí -Dimitri cogió a Natalie en sus brazos y limpió las manchas rojas que mi pintalabios habían dejado en sus ya rosadas mejillas-. En cuanto regresé te llevaré a esa playa que tanto querías ir. Tenemos muchos castillos por construir -esbozó una amplia sonrisa y besó su frente mientras suspiraba-. Te quiero, pequeña.

Mientras mi ahora esposo y Natalie se despedían, giré sobre mis talones para encararme a una de las personas que más ansiaba ver. A pesar de llevar tacones, corrí hacia su dirección y me lancé a sus brazos.

- Pásalo bien,

hermanita -Patrick me estrechó con tanta fuerza que me quedé sin respiración unos segundos-, aunque sé que ya lo harás con o sin mis consejos. Recuerda que ya somos muchos en la familia

como para añadir otro miembro.

- Habló el chico que se convertirá en padre en unos meses -golpeé su hombro, sonrojándome por el significado que sus palabras llevaba y sacudí la cabeza-. Llámame en cuanto el bebé nazca. Samantha será una madre estupenda pero, ¿tú? Dios se apiade de ese niño.

- ¿Quién cuidará de la traviesa Natalie durante tu luna de miel? -se apartó de mi lado para ir en dirección a mi esposo e hija. Permitted que la tomara en sus brazos y, como era de esperar, Natalie comenzó a hacer juguetes-. Me adora.

Tras todas las despedidas, entrelacé mis manos con las de Dimitri y avanzamos a través del pasillo. Cubrí mi cabeza con un brazo cuando la lluvia de arroz cayó sobre nosotros y me apresuré a refugiarme en el interior del coche, entre risas. Tomé asiento en el lado del conductor y volví a sacudir mi mano para despedirme de los invitados.

- ¿Preparada, señora Ivanova? -preguntó Dimitri tan pronto como cerró su puerta.

- Sabes que sí -respondí, dedicándole una sonrisa.

Conforme avanzábamos, la figura de mi familia empequeñecía hasta convertirse en meros puntos en la lejanía. Suspiré, agotada después de tantos preparativos, y apoyé la cabeza en el asiento, admirando a mi nuevo futuro.

* * * * *

Era de noche cuando alcanzamos

el lugar donde pasaríamos los próximos trece días. La isla Melville estaba situada al sur y pertenecía a Australia. El viaje en avión no había durado tanto como esperábamos, por lo que eran las cuatro de la mañana cuando el coche se detuvo frente a una casa de gran dimensiones y abundante vegetación. Junto a ella, pero a varios kilómetros de separación, se situaba lo que parecía ser un chatou.

Asombrada por la belleza del lugar, bajé del coche sin apartar la mirada de los ventanales y las luces que emanaban de ellos. Dimitri sonrió con satisfacción al ver mi expresión y me aferró de una mano, tirando de mí para alcanzar el interior lo antes posible.

- ¿Cómo has...? -comencé a preguntar, pero me detuve para sustituir esa duda por otra-. ¿Por qué te has negado a contarme esto? Es decir... Es preciosa.

- Si hubieras sabido nuestro destino, sin duda alguna, tu expresión no sería la misma. Merece la pena haberlo ocultado -sus dedos acariciaron mi brazo derecho de arriba a abajo con suma lentitud. Nos detuvimos frente a lo que era el dormitorio principal y le miré-. Te dejaré unos minutos a solas para que puedas prepararte.

Me guiñó un ojo y caminó por el pasillo de vuelta al exterior.

Abrí una de las maletas y rebusqué entre todas las prendas algo que fuese apropiado para la ocasión. Sin embargo, todo lo que encontré fueron ligas de encaje, sujetadores con transparencias y partes inferiores de la misma tela. Alexia había sustituido mi maleta por otra. Oh, pensaba matarla tan pronto como regresara a Manhattan. Llevaba sin mantener relaciones

con mi esposo desde hace casi tres meses. ¿El motivo? No teníamos privacidad alguna.

Su trabajo le mantenía en muchas ocasiones encerrado en el despacho junto a Jacob hasta bien entrada la noche; yo tenía que estudiar para los exámenes finales y Natalie solía despertar en mitad de la noche con pesadillas, por lo que siempre acababa durmiendo con nosotros. No supe el motivo, pero un hormigueo me recorrió la boca del estómago, alertando mis nervios.

Al final, decidí coger un corpiño negro con unas ligas unidas a un par de medias que cubrían hasta la rodilla. Me quité el vestido rojo para colocarme la ropa interior, abrochando los nudos del corpiño sin tensarlo demasiado. Me miré en el espejo y cubrí mi cara con ambas manos en un intento de no echarme a reír como una posesa. Tenía que relajarme, pues los temblores en mis manos delatarían lo nerviosa que me encontraba. Regresé al interior del dormitorio de puntillas

para no hacer ruido.

No obstante, Dimitri ya se encontraba allí. Había decorado el dormitorio con velas aromáticas y una serie de pétalos en torno a la cama central. Apagó la cerilla y la depositó sobre el arcón situado en uno de los extremos de la estancia. Me estudió con mucho detenimiento y frotó su propia barbilla mientras arqueaba ambas cejas.

- Me temo que ese corpiño no va a sobrevivir esta noche -anunció, aproximándose a mí mientras se deshacía de la corbata. La arrojó al suelo y curvó la comisura de sus labios-. Creo que ha llegado el momento de hacerte pagar tu pérdida de la apuesta -añadió.

- ¿A estas alturas?

-bromeé, humedeciendo mis labios.

- Mejor tarde que nunca -sus manos alcanzaron mis caderas y las deslizó con tal de alzarme en sus brazos. Me sostuvo unos instantes, sin querer depositarme sobre la cama, no todavía. Su mirada se clavó en la mía mientras mantenía aquella sonrisa en todo momento-. Recordarás esta noche para el resto de tu existencia... -besó el hueco entre mi hombro y el cuello.

- No pondré en tela de juicio tus palabras... -musité, cerrando los ojos.

Su lengua acarició mi piel con delicadeza mientras se dirigía a la gran cama. Me dejó de pie sobre ella y aproveché esta altura para desabrochar los botones de su camisa. Sonrió mientras le desnudaba de cintura para arriba y él se entretuvo jugando con los lazos del corpiño, sin desatarlos. Él iba a prolongar esta tortura tanto como quisiera, ya que ganó la última apuesta y ahora era su turno de hacer lo que quisiera conmigo. ¿Por qué habré aceptado?

Mis manos descansaron sobre sus hombros desnudos cuando alcé una pierna para que él quitase la primera liga y media. Sus dedos acariciaron la curva de mi rodilla mientras deslizaba la media hacia los tobillos. Repartió otra serie de besos por esa zona y eché la cabeza hacia atrás, disfrutando de cada segundo.

Entonces, recordé mi regalo de bodas; uno que tenía especial y exclusivamente para Dimitri. Quería esperar hasta la mañana siguiente para mostrárselo, sin embargo, ahora que le veía tan entregado y deseoso, me moría de curiosidad por ver su reacción. De todas formas, él hubiera percibido ese regalo

tan pronto como se deshiciera del corpiño.

- Dimitri... -le llamé mientras sus manos me quitaban la última media.

- ¿Mhm? -su boca estaba demasiado ocupada ascendiendo por mis muslos.

- Tengo algo... algo que contarte y mostrarte... -bajé la mirada hacia él-. Es mi regalo de bodas. Ya sé que dijiste que ninguno de los dos le compraría nada al otro puesto que es nuestra boda, pero ya que tú has roto esa promesa con los votos... Yo he hecho otra pequeña trampa.

Me aferró de la cintura mientras él se arrodillaba en la cama, quedando casi a la altura de mis labios. Sus dedos comenzaron a quitar los lazos, uno a uno, hasta que sentí el corpiño caer de mi torso; dejando únicamente uno de los sujetadores de encaje de color negro. Dimitri plasmó su boca entonces en el escote, dejando la marca de una mordida ahí.

- ¿Por qué no esperamos al amanecer? -respondió al cabo de unos minutos.

- Yo... -maldición. ¿Por qué tenía que distraerme siempre de la misma forma? La forma en la que besaba cada rincón de mi cuerpo y sus caricias me hacía perder el hilo de los pensamientos. Siempre me olvidaba de lo que tenía que decir-. Lo diré ahora.

Alzó su mirada y sacudió la cabeza. Por supuesto. Esta noche mandaba él por lo que haríamos exactamente lo que él quisiera. Solo le había visto sacar ese lado suyo tan dominante en dos ocasiones, y en ninguna había logrado sonsacarle de sus propósitos. Me tumbó completamente en la cama mientras él se apoyaba con los codos en el colchón, cubriendo

mi cuerpo con la mitad del suyo. Escuché sus pantalones caer al suelo y sus labios besando mi costado izquierdo.

- Resulta que, durante estos... -me interrumpí cuando Dimitri mordió (no con mucha fuerza, por supuesto), a propósito mi brazo-. ¡Oye! Esto no es justo. ¿Te crees que soy un pedazo de chocolate, señor Ivanov? Seguro que me quedará una marca de tus dientes.

- No es la primera vez -admitió, y acompañó la frase con unas risas.

- Me vas a escuchar, quieras o no.

- Te estoy convirtiendo en una mujer caprichosa y despiadada -ascendió hasta que su rostro quedó a la altura del mío y me obligó entrelazar mis piernas en torno a su cintura-. ¿Tan importante es que no puede esperar a que pase esta noche? ¿Realmente me vas a interrumpir ahora, cuando estoy a punto de desnudarte?

- En un principio no estaba para nada convencida de la situación -comencé a explicar, captando su atención al instante-. Sabes que he estado consumiendo durante los últimos años unas pastillas anticonceptivas para regular mis alocadas hormonas tras el embarazo -asintió en respuesta, frunciendo el ceño-. Y que dejé de tomarlas hará... Unos cuatro meses y medio, más o menos. Pues, resulta que, durante los tres días que estuvimos separados, conversé con Alexia sobre un tema en particular.

» Siempre me levantaba con una mala sensación en el estómago, con náuseas. No podía desayunar e incluso llegué a creer que había cogido un resfriado con los cambios de temperatura. Y no fue hasta que conté los días entre mi último periodo y

la última vez que tuvimos relaciones cuando caí en la posibilidad de que podría volver a estar embarazada.

La expresión de mi esposo cambió por completo. Sus manos ya no estaban tan deseosas de arrancarme la ropa interior y sus ojos mostraban un brillo que hacía mucho que no veía. Abrió la boca para hablar, pero le interrumpí con lo siguiente:

- Sé que es un tanto imposible que me haya quedado embarazada tras interrumpir el tratamiento. Pero... He leído algunos casos en los que la mujer es más fértil y las pastillas no suponen problema alguno para concebir una vez que dejas de tomarlas y... ¿Recuerdas esa noche en la que Natalie se quedó a dormir en casa de mi hermano? -asintió como si fuera un robot, sin apartar la mirada de la mía-. Esa noche fue la última en la que nos acostamos, y de eso hace casi tres meses. Alexia me obligó a realizarme siete test de embarazo y todos y cada uno de ellos dieron positivo.

- ¿Significa que...? ¿Tú y yo...? -balbuceó, incapaz de creer mis palabras.

- Sí -asentí repetidas veces mientras me incorporaba unos centímetros, quedando casi sentada frente a él-. Estoy embarazada de tres meses, Dimitri. Vas a ser padre de nuevo. Por ese motivo

me negué ir a la fiesta de graduación, no tenía ánimos de estar oliendo alcohol toda la noche. Ya tenía una leve sospecha de lo que me sucedía, no fue hasta los test cuando confirmé mis dudas. Otro bebé. Vamos a ser padres...

No pude terminar la frase. Dimitri ya me había rodeado con sus brazos y estrechado entre ellos con fuerza. Le escuché reír y escondí el rostro en su cuello, incapaz de borrar la sonrisa que asomaba por mis labios. Caí de espaldas sobre las sábanas y aparté el cabello de mi frente, deseosa de ver el rostro de mi marido.

- Otro bebé, Catherine -repetió y cubrió de besos mi cuello-, estás embarazada... ¿Y planeabas ocultármelo durante más tiempo? -bajó los labios hasta mi vientre y comenzó a acariciarlo-. Por supuesto que lo estás. Voy a ser padre... Joder -exclamó con alegría.

- Natalie se pondrá muy feliz de saber que se convertirá en hermana mayor.

- Ella siempre ha querido un hermano pequeño. Le daremos todos los que ella quiera -dijo y besó mis labios con pasión; una pasión distinta a la anterior. Bajó mis bragas de un tirón y se deshizo de sus últimas prendas, quedando ambos desnudos en cuestión de minutos.

- ¿Todos? -repetí yo, echándome a reír cuando pellizcó mi trasero.

- Por supuesto. ¿Qué inconveniente hay? Tú eres buena dando a luz y yo soy bueno haciendo bebés. Somos la combinación perfecta. Además, ¿qué hay mejor que una nueva y repleta generación de Ivanov? Gracias, Catherine -añadió en un susurro-. Gracias por todo lo que has hecho por mí durante estos años. Te quiero más a que a mi propia vida.

Ya no tuve oportunidad de hablar más. Sus labios volvieron a atacar los míos con ferocidad y fervor, acariciando mi cintura mientras entrelazaba mi pierna derecha en su cadera. Gemí mientras sus manos me sostenían pegada contra su cuerpo y me hizo el amor de aquella forma tan especial que solo nosotros dos conocíamos.

=====

Extra I

Apuré las últimas gotas de té y deposité la taza en el fregadero.

Podía escuchar desde la cocina el sonido de las olas del mar romper contra la orilla al alcanzarla. Natalie dormía desde hace más de una hora. A pesar de sus lamentos por querer quedarse despierta hasta más tarde, yo misma la había obligado a leer y a dormir. Mañana regresaba al colegio después de un gran fin de semana y no deseaba escuchar sus quejas y bostezos nada más abrir sus preciosos ojos caramelo.

El reloj situado en la pared de la cocina marcaba que eran las doce y dos minutos. Mi marido estaría a punto de llegar a casa y con él la pre-fiesta de cumpleaños comenzaría. A pesar de llevar casados más de tres meses, todavía no me había hecho a la idea de que Dimitri Ivanov era mi esposo. Volví a tomar asiento en la silla acolchada y descansé las manos en mi vientre.

Acorde a las últimas ecografías que la doctora Keller había realizado, mi gestación era de casi seis meses. El tamaño de mi vientre no se asemejaba a mi primer embarazo: la curvatura de la barriga era menos pronunciada, y un tanto más ovalada que circular. Para mi fortuna, había estado regulando con mayor precisión los alimentos que consumía para no ganar tantos kilos de más como me ocurrió con Natalie. Esboqué una amplia sonrisa cuando rememoré esos alocados meses y emití un pesado suspiro cuando el bebé pateó enérgicamente.

- Serás igual que tu padre -le susurré.

Dije esa afirmación con tanta seguridad en mis palabras que deseé echarme a reír. Había adquirido un regalo físico para Dimitri esta misma

mañana, sin embargo, no he podido evitar telefonar a la clínica en la que se encontraba la doctora Keller para una consulta exprés. Anhelaba saber qué estaba esperando para confesárselo a Dimitri en el día de su cumpleaños, es decir, hoy. Eran pasadas las doce, lo cual significaba que ya era ese día tan especial.

Dimitri había trabajado todo el día de hoy para tener varios días libres esta semana. Jacob había implantado un nuevo modelo de organización dentro de la empresa de tal forma que los empleados también tuvieran mayor tiempo libre y menos estrés y agobios. Sólo ocurrían maravillas cuando los hermanos Ivanov trabajaban juntos. De hecho, habían sido portada en la revista Forbes como los empresarios más jóvenes y exitosos de hoy en día. Arqueeé una ceja cuando recordé el reportaje de esa revista y me incorporé de un salto cuando escuché un par de llaves deslizándose en la cerradura de la puerta principal.

Ya estaba aquí.

Peiné mi cabello con los dedos a pesar de que no era necesario y humedecí mis labios. Tenía veintitrés años recién cumplidos -sé que mi cumpleaños había sido en julio y que ahora nos encontrábamos en septiembre, sin embargo, dos meses no son mucha diferencia-, pero aún continuaba comportándome como si tuviera diecisiete cuando él estaba presente. No podía evitarlo. ¡Su presencia me ponía nerviosa y me alteraba demasiado!

Percibí sus pasos adentrándose en el pasillo y escuché cómo dejaba caer la chaqueta sobre el respaldo del sillón. Apagué las luces de la cocina y me acerqué con

pasos ligeros y silenciosos hacia donde él estaba, mordisqueando mis labios al mismo tiempo. Entreví su espalda ancha cubierta por la camisa blanca, y contemplé como intentaba deshacerse de la corbata sin éxito alguno. Cubrí mi boca con una mano cuando apenas unos centímetros nos separaban y me preparé para hablar cuando sus manos me atraparon por las caderas.

El alarido de sorpresa hubiera despertado a Natalie si no fuera porque ya tenía mi boca tapada. Se echó a reír cuando fue capaz de contemplar mi expresión de estupefacción y rodeó mi cintura con los brazos, apresándome contra su pecho.

- Te he escuchado caminar desde la cocina -susurró, deslizando sus labios por la piel de mi frente en dirección a mis pómulos y nariz-. Además, la luz era perceptible desde el exterior. Pensaba que estarías durmiendo debido a la hora que es, pero agradezco que me haya equivocado. No hay mejor forma de comenzar un cumpleaños que contigo.

- Has arruinado por completo mi sorpresa -mascullé y pellizqué su trasero.

- ¿De veras? -su tono irónico no hizo más que acrecentar las ganas de echarme a reír. Su boca se detuvo cuando encontró la mía y apoyó frente contra frente, torturándome con el deseo de saborear sus labios de una maldita vez.

- Sí. -Descansé las manos sobre sus hombros y los acaricié con lentitud-. Pero eso no cambia el hecho de que quiera desearte un feliz trigésimo tercer cumpleaños -me burlé y le saqué la lengua, lo cual aprovechó para morderla entre sus dientes.

/>

Las tablas de la edad habían vuelto a restaurarse: él cumplía los treinta y tres años unos meses después de que yo alcanzase los veintitrés. A pesar de la gran diferencia de edad, lo quería igual o incluso más que antes. Los números eran una referencia de medida, una forma de contabilizar el paso del tiempo. A mí me daba igual el tiempo que nos separase. Yo amaba a Dimitri por quien era, no por una estúpida cifra.

Sus labios se reencontraron con los míos después de un largo día de ausencia y dejé caer los párpados al mismo tiempo que abría mi boca para dejar paso a la suya. Anudé los brazos en torno a su cuello, pegando mi figura tanto como era posible a la suya, y esboqué una amplia sonrisa cuando sus manos abandonaron mis caderas para posicionarse en mi trasero. Tuvo que apoyarse contra el respaldo del sofá para no perder el equilibrio.

- He preparado dos sorpresas para ti -le confesé una vez que fui capaz de hablar y tras recuperar el aliento-. Espero que no estés muy cansado. Me temo que no es necesario recordarte que la noche es demasiado joven como para desperdiciarla durmiendo.

- No podría estar más de acuerdo, Cathy -musitó.

- Pero prométeme que no harás tanto ruido como la última vez -le apunté con un dedo y palmeé su pecho al mismo tiempo que clavaba mi mirada en la suya-, porque Natalie puede tener cinco años, pero eso no quita el hecho de que se pregunte ciertas cosas. Y recuerda que soy yo quien recibe la mayoría de esas cuestiones tan curiosas -vocalicé con lentitud.

-

¡Oh, venga ya! -exclamó en un tono más alto del adecuado, estallando en carcajadas.

Cubrí su boca con mis manos para que su risa no resonase en cada esquina de la casa y ahogué un grito cuando me alzó en sus brazos. Me aferré a su cuerpo como pude, aún sabiendo que no me dejaría caer al suelo, y puse los ojos en blanco.

- Catherine, Catherine, Catherine... -repetió mi nombre como si aquello fuese la tarea más entretenida del mundo-. ¿Qué haría yo sin ti? -bajó la vista hacia mi cuerpo, específicamente en dirección a mi vientre, antes de elevarla a mi rostro de nuevo-. ¿Qué tal te encuentras? Mientras nos escondemos en nuestra habitación podríamos charlar de temas más arbitrarios.

Sabía que estaba bromeando, que intentaba sacarme de mis casillas como siempre hacía. Pero como la chica tonta y enamorada que era, opté por seguirle el juego.

- Nos encontramos perfectamente. Bueno, ahora, tanto el bebé como yo estamos molestos porque el señor Ivanov es incapaz de conservar la compostura -dije y tensé el agarre en su cuello cuando comenzó a ascender las escaleras conmigo en brazos-. No... hagas... ruido... porque... Natalie... está... durmiendo -le repetí de nuevo.

- Eres tú la que habla ahora -me reprochó con tono irónico.

- ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te odio y aborrezco?

Elevó una ceja y curvó la comisura de sus labios en una sonrisa socarrona mientras negaba con la cabeza de una forma cómica pero dramática. Nuestra habitación se encontraba

al final del pasillo, mientras que la de Natalie estaba nada más subir las escaleras, a la derecha. Cuando alcanzamos nuestro dormitorio, Dimitri me depositó en el suelo y cerró la puerta sin hacer ni el más mínimo ruido.

Me crucé de brazos y contemplé su espalda antes de que se girase hacia mí. Se encogió de hombros, tornando su expresión a la de típico niño que nunca ha roto un plato, y sus manos viajaron hacia mis caderas mucho antes de volver a hablar.

- ¿Cuáles son mis sorpresas? -preguntó en susurros, obligándome a retroceder sobre mis propios pasos hasta que mis gemelos chocaron contra el colchón.

- Vas demasiado acelerado, señor Ivanov -le indiqué al mismo tiempo que le apuntaba con un

dedo. Intenté no caer hacia atrás, pues sabía que tan pronto como me tumbara en nuestra cama, Dimitri se abalanzaría sobre mí y me nublaría los sentidos-. ¿Por qué no te cambias de ropa primero? Llevar el traje de trabajo debe de ser incómodo.

- Si tanto te molesta, ¿por qué no me lo quitas tú?

Me sostuvo la mirada, aguardando por una respuesta. Tuve que morder mis labios para no reprocharle a la cara su arrogancia, sin embargo me contuve. ¿El motivo? Adoraba cuando ese lado suyo resurgía de las profundidades de su ser.

Sin pronunciar ni una mísera palabra, comencé a aflojar su corbata; deshaciendo el nudo tan lento como me era posible. La arrojé al suelo y me puse manos a la obra con los botones de la camisa. Apoyó las palmas de sus manos en sus propias caderas y me sonrojé

a causa de la intensidad con la que me contemplaba. Él estaba disfrutando de este momento tanto como la primera vez que él y yo mantuvimos relaciones. Aclaré mi garganta cuando aprecié su torso tonificado y dejó caer la camisa a sus pies.

- Caramba, ¿todavía te sonrojas? Después de cinco años la señora Ivanov mantiene su gran timidez intacta. A pesar de haber besado y acariciado cada rincón de tu cuerpo, al igual que tú del mío, tus mejillas se tornan de esos tonos rosados que te hacen ver tan adorable -se mofó de mí sin descaro alguno, y aproveché la cercanía para deslizar la yema de los dedos por su pecho desnudo-. Te olvidas de los pantalones. Son molestos y el cinturón... aprieta.

- Ja. Ja. Ja. -Le rodeé con los brazos y me alcé en puntillas para alcanzar sus labios.

Me aferró de mis mejillas mientras me besaba. De forma inconsciente gemí sobre su boca, provocando que Dimitri se tensara todavía más. Me recostó sobre el colchón y se subió encima, clavando las rodillas a ambos lados de mis piernas. Sus brazos también sirvieron de soporte para que no tuviera que aguantar todo su peso. Entrelacé mis piernas en torno a su cintura y le atraje más hacia mí, comenzando a reír.

- Eres la mujer más perversa que he conocido -ironizó.

- ¿No querías tus sorpresas? -le recordé al mismo tiempo que Dimitri agarraba mi camiseta casi con violencia. Estiró de ella, incorporándose un poco, hasta que cayó en la cama. Desnuda de

cintura para arriba, al igual que él, capté su atención al completo-. Oh,

¡en serio! Deja de distraerte y presta atención a lo que voy a decirte.

- Es... es complicado, Catherine -sacudió la cabeza y plasmó su lengua en el centro de mi pecho, provocando que arquease la espalda y cerrase más las piernas en torno a su cintura. Maldije por lo bajo y le escuché decir-: Llevo todo el día fuera de casa, pensando en el tiempo libre que podría tener contigo y con Natalie, y ahora... nada más llegar... me encuentro con la mujer más bella del planeta dispuesta a complacer mis... deseos más salvajes -su lengua se movió hacia uno de mis pechos y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza-. Lo mejor de todo es que tú eres mi mujer, eres mía... Sólo mía -repitió.

Clavé las uñas en su espalda cuando comenzó a torturarme con esas caricias. Escuché su cinturón caer al suelo en algún momento, pero no fui capaz de situarlo en el tiempo. Estaba demasiado ocupada recordándome a mí misma que no debía permitirle hacer todo lo que a él le diese en gana... por mucho que yo quisiera.

- Tienes... treinta y tres... años ya. Compórtate como el viejo que eres -me burlé, captando su atención al instante y provocando que su rostro quedase a la altura del mío-. No me mires así. Sabes que estaba bromeando. ¿De verdad te molesta tanto que te diga eso?

- Me da pánico pensar que algún día puedas encontrar a algún tío más acorde a tu edad.

- ¿Qué? Jamás -me apresuré a responder, tomándole del mentón y forzándole a que me mirase directamente a los ojos-. Me

acosté contigo porque lo deseaba. Seguí los nueve meses de embarazo llorando, riendo y peleándome contigo porque yo quise. Acepté el compromiso, me casé y volví a hacer el amor todas esas veces contigo porque no puedo imaginarme un futuro en el que tú no estés. Me has robado el corazón, la mente, el cuerpo y ahora el alma. ¿Te parece poco, señor Ivanov?

Aplasté un dedo contra sus labios cuando iba a responder y me apresuré a añadir:

- Además, no me atrevería a abandonar a mi marido cuando hay un mini tú en camino. Por Dios,

¿qué voy a hacer yo con otro tú en la familia? Apenas puedo mantener la cordura cuando estás cerca, ¿qué haré cuando Dimitri Junior decida venir al mundo?

Obviamente ese no sería su nombre, pero me gustaba llamarle así puesto que le familiarizaba con todos nosotros. Dimitri tardó unos tres segundos en captar el significado de mis palabras y cuando cayó en la cuenta, se apresuró a darme uno de esos abrazos que te quitaban el aire.

- Sabía que sería un niño -su voz resonó más cerca de mi oído-, desde que supe que estabas embarazada me lo imaginaba y esperaba. Joder, Cathy. ¡Joder! -exclamó en un tono tan alto que retumbó en las paredes de la habitación-. ¿Cuándo has ido a comprobar el sexo? ¿Hoy? ¿Has ido sin mí? ¿Cómo se te ocurre haber hecho algo así? Además, es domingo. ¿La doctora Keller ha aceptado a verte? Un momento, ¿tenías alguna molestia? ¿Es... eso?

Tomó asiento en la cama y me arrastró junto a él. Apoyó la espalda contra el

cabezal y me obligó a sentarme ahorcadas sobre su regazo, quedando toda mi desnudez expuesta a sus ojos. Negué rápidamente y me eché a reír de una forma más suave que él.

- Le he pedido el favor de abrir la consulta para comprobarlo. Si hubiera sentido el más mínimo dolor, ¿no crees que te hubiera llamado? -puse los ojos en blanco y llevé sus manos hacia mi vientre, pues el bebé había comenzado a patear y quería corroborar mis palabras-. Este era uno de mis regalos, cariño. Deseaba sorprenderte. El otro es algo que te gustará pero de forma distinta, pues también lo he adquirido...

- Me da igual lo material -me interrumpió y apartó un mechón de mi frente-, sólo me importas tú, nuestra pequeña y ahora él. Te quiero; os quiero, Catherine Marie Ivanov. Y me da igual sonar cursi o demasiado romántico. Lo repetiré las veces que sea necesario.

Justo cuando creí que podría echarme en sus brazos y permanecer allí el resto de la noche, demostrándonos nuestras palabras en actos, escuché su teléfono resonar en el pantalón. Fruncí el ceño automáticamente y separé mi boca de la suya para mirarle. Dimitri parecía tan o incluso más sorprendido que yo, por lo que se apresuró para deslizar la mano en el bolsillo derecho y a extraer el aparato del mismo.

Sin mirar si quiera de quién se trataba, pulsó en el manos libres y me apresó contra su pecho.

- ¿Quién es? -preguntó al instante.

- ¿Estás en casa? -Jacob contestó en susurros.

- Claro. ¿No has visto la hora? Son

pasadas las doce y media. ¿Continúas en la empresa?

Descansé la mejilla sobre su hombro desnudo y presté atención a las palabras que intercambiaban.

- No... No. He recibido una llamada muy importante y... Dimitri, necesito que vengas ahora mismo. Ha ocurrido algo y... no pudo hacer esto yo solo -admitió Jacob con un tono que, más que preocupación, denotaba una tristeza demasiado profunda.

Mi marido bajó la mirada hasta encontrarse con la mía y asentí.

- ¿De qué se trata, Jacob?

- Me han llamado de la cárcel. Ha pasado algo con Bart.

Esas palabras fueron suficientes para que Dimitri tensara su agarre en la piel de mi cintura, llegando a clavar de forma inconsciente las uñas en la zona. Vi como su vista se perdía en algún punto de la pared y me asusté de tan solo imaginarme las cosas que debían de estar pasando por su cabeza. Inspiré aire profundamente y mientras él se despedía de su hermano, me puse la camiseta y alcancé la posición de la suya.

Sus movimientos se convirtieron en unos torpes, lentos, nerviosos. Fue incapaz de abrocharse la camisa por sí solo, por lo que yo me levanté y le ayudé a hacerlo.

- Cálmate, Dimitri. Por favor, cariño -le aferré de las manos.

- Cinco años sin escuchar su nombre y tiene que ser hoy cuando reaparece en mi vida. No me lo puedo creer -masculló-. Te llamaré tan pronto como descubra lo que ha pasado. Y por favor, no me esperes despierta. No sé el tiempo que tardaré en regresar.

Se liberó de mi agarre y caminó en dirección al pasillo.

Le seguí con pasos rápidos al mismo tiempo que estiraba un brazo para alcanzar mi chaqueta.

- Voy contigo -le dije, deslizando los brazos por las mangas.

- ¿Qué? Ni hablar, Catherine -frenó en seco y se volvió a tiempo para sujetarme de ambos brazos. Sus ojos con motas caramelo se encontraron con los míos, permitiéndome comprobar el pánico reflejado en ellos-. No vas a venir conmigo. ¿Te has vuelto loca? No quiero que él sepa nada de ti. No voy a permitir que compruebe tu estado, ni siquiera que ponga la vista en ti. Allí no puedo hacer nada para protegerte, para protegeros -deslizó las manos hacia mi vientre y las mantuvo allí durante largos minutos-. Pasaste por un tormento durante el primer embarazo, ¿crees que voy a dejar que algo similar suceda ahora? No, no, nunca. Por encima de mi cadáver.

Mantuve los labios sellados y un rostro apenado mientras escuchaba esas palabras. Sabía que lo ocurrido hace cinco años permanecería en nuestros recuerdos para siempre, y que el miedo acompañaría cada una de las decisiones que tanto él como yo tomáramos. No obstante, me desgarraba por dentro apreciar con mis propios ojos ese dolor.

- Quédate aquí con Natalie. Descansa, duerme un poco. -Deslizó los dedos por mi cabello y plasmó los labios en mi frente, percibiendo su pesada y cálida respiración golpear la piel de mi rostro con delicadeza-. Y no salgas de casa hasta que yo te haya avisado.

- Por supuesto -musité.

Una sensación de gelidez me recorrió de pies a cabeza tan pronto como su figura

abandonó mi vista, desapareciendo por las escaleras. Mordí mis labios y meforcé a mí misma a tomar una profunda bocanada de aire al comprobar la ansiedad que amenazaba con abor darme. Regresé al dormitorio y caminé de un lado para otro, incapaz de asimilar la situación. Al final me decanté por coger mi teléfono y llamar a la única persona que podía saber algo más sobre esto.

- Gracias a Dios que estás despierta. Jacob ha salido como un rayo de casa en cuanto ha recibido esa maldita llamada. -Alexia dijo nada más descolgar-. Tengo una mala sensación. Desde hace unos días percibía que... algo iba a ocurrir, Catherine.

- ¿No sabes nada más? -respondí, pasando la mano libre por mi frente.

- Apenas me ha dado tiempo a decirle adiós. Se ha ido despavorido tan pronto como ha colgado. Lo único que me ha dicho es que no me mueva de casa. Eso es todo -me comunicó.

- Te mentiría si te dijera que estoy asustada por Bart. Ese hombre no puede abandonar la cárcel ni con permisos ni por ningún otro medio. Más bien me preocupa que algo les suceda a ellos mientras permanezcan en la maldita prisión -presioné la mano en mi vientre en un vano intento de calmar los nervios-. Me hubiera gustado acompañarle.

- Estás mejor en casa. Si quieres yo llevaré a Natalie a la escuela. Dimitri se sentirá mejor si sabe que no has salido de allí en todo el día. El sistema de seguridad que contrató es demasiado caro como para que haya una brecha -se burló y la escuché suspirar-. Voy a ver si consigo contactar con Jacob. En cuanto sepa algo...

- Me lo dirás -completé por ella.

Tras agradecerle su oferta, colgué y llevé el teléfono conmigo hasta la habitación de Natalie. Apagué las luces a mi paso y cerré la puerta de su dormitorio tras pasar a su interior. No quería dormir a solas; no esta noche. Me deslicé en las sábanas de mi pequeña y me acomodé junto a su relajada figura. Plasmé un beso en su frente y acaricié su mejilla mientras apoyaba la cabeza en la almohada.

- Todo saldrá bien -me dije a mí misma antes de cerrar los ojos.

=====

Extra II

Dimitri

Aparqué en doble fila y extraje las llaves del contacto. Me bajé del vehículo igual de rápido que todos mis movimientos y cerré la puerta con un fuerte empujón. Me habían dado el permiso para

aparcar en las zonas traseras de la cárcel para evitar el encuentro con los periodistas que ya se aglutinaban en la entrada principal. Caminé hacia el interior y me topé con los guardias situados junto al detector de metales.

- Señor Ivanov -dijo uno de ellos, extendiendo su mano hacia mí. La estreché con brío antes de deshacerme de mis pertenencias para colocarlas en una caja de plástico-. Vamos a comprobar que no lleva nada encima antes de dejarle pasar a las instalaciones.

Me aseguré dejar el reloj, el móvil y todo lo que contenía metal en la caja recién mencionada antes de pasar por el detector. Una vez que se aseguraron de que iba limpio, por llamarlo de alguna forma, me escoltaron hacia el pabellón en el que mi padre había sido internado. Por su propia seguridad y a petición de su abogado, Bart fue enviado a unas de las alas más seguras de toda la cárcel. ¿El motivo? No hubiera tardado en recibir palizas diarias y roturas de huesos y músculo debido al resto de presos.

Yo no quería costear el tratamiento médico. De hecho, yo me había negado desde el primer momento en atender asuntos relacionados con él. Para mí Bart Ivanov murió la noche en la que recibió esos dos disparos.

- ¿Dónde está mi hermano? -le pregunté a uno de los guardias.

- Lo verá enseguida.

Crucé

los brazos sobre mi pecho y seguí los pasillos que tomaban los encargados. Esperé de forma impaciente a que decidieran abrir ese ala y, cuando me adentré, lo primero que mis ojos captaron fue la figura de Jacob apoyada contra una de las celdas cerradas. Mantenía la mirada puesta en el suelo y unos dedos apretando el puente de su nariz. Si no fuera por su respiración tan agitada, hubiera creído que se trataba de una figura de cera.

- ¿Jacob? -le llamé desde la distancia.

Mi hermano alzó el rostro de forma inmediata.

- ¿Qué está pasando? -añadí.

- Compruébalo por ti mismo -masculló.

Su voz estaba gangosa, como si hubiera llorado por horas. Conforme me aproximaba a él entreví unas arrugas en torno a sus ojos y bajo estos. Los sacos púrpuras de las ojeras que la falta de sueño y exceso de trabajo le otorgaban un aspecto mucho más agotado que el que yo hubiera imaginado. Tragué saliva y froté mi barbilla, dudoso.

Una vez que alcancé su posición y ladeé el rostro hacia la derecha, pude apreciar con mis ojos el desastre que había inducido a mi hermano a ese estado tan depresivo.

- Dios mío -balbuceé y aparté la mirada de forma inmediata.

Lo que había contemplado era... era una de las imágenes más desastrosas que... No podía pensar con claridad, tampoco actuar. El suelo bajo mis pies se tambaleó aunque sabía que era producto de mi imaginación y ansiedad. A menos de dos metros de mis pies se hallaba el cadáver que una vez perteneció a Bart Ivanov, con el cuello degollado. La sangre había salpicado las paredes laterales, las sábanas y el suelo. Mi estómago se revolvió al pensar en la gran cantidad de charcos escarlatas y noté el sudor frío resbalando por mi nuca.

- No han hallado indicios de pelea -me comunicó Jacob con una voz muy pausada. El hecho de estar articulando esas palabras le estaba costando sudor y sangre-. Nadie ha pasado por los pasillos, las cámaras no han registrado movimientos inusuales. Todo ocurrió de forma precipitada y por el descuido de uno de los empleados, el cual ya ha sido despedido.

- ¿Cómo... cómo ha pasado? -formulé.

- No podía salir al recinto comunitario a la hora del desayuno, comida y cena al estar en una de las celdas de contención de alta seguridad. Le servían el menú dentro de su celda para evitar posibles fugas o peleas. El empleado procedió a las mismas acciones: pedir el permiso para desbloquear la puerta, depositar la comida y aguardar a que... Bart finalizase -los guardas tomaron unas poses más rígidas conforme las palabras abandonaban la boca de Jacob-. Y fue cuando el empleado se descuidó con la llamada de otro de los internos

cuando el desastre...

Me acerqué a él y presioné una mano sobre su hombro. Jacob estaba haciendo grandes esfuerzos para resistir la tentación de echarse a llorar. Yo, sin embargo, me encontraba en tal estado de shock que me veía incapaz de pronunciar ni una mísera palabra.

- Cogió el cuchillo y lo presionó contra su garganta. El empleado intentó detenerlo, llamó a seguridad pidiendo ayuda... Pero fue demasiado tarde. Él mismo se rebanó el cuello con tal de no pasar ni un día más encerrado entre esas cuatro paredes -finalizó.

- ¿Svetlana sabe...? -pronunciar ese nombre después de tantos años me provocó náuseas.

- Sí. Y le han advertido que cualquier intento de suicidio le costará incluso más años de prisión, sin posibilidad de reducir la condena. Hermano, sé que no debería de sentirme así. Pero ha sido Bart quien me enseñó mis primeros pasos, mis primeras palabras. Fue él quien me crió; quien estuvo allí cuando... cuando lo necesité. Puede que tu relación con él se deteriorara con el tiempo, pero conmigo fue distinto -sollozó al final de la frase y miró hacia otro lado.

Me mantuve de pie frente al estado roto de mi hermano durante un par de minutos, pues mi mente precisaba de tiempo para asimilar lo sucedido. Era egoísta de mi parte pensar que, ahora que Bart estaba fuera tanto de mi vida como la de Catherine, no tendría motivos para preocuparme de un posible complot desde la cárcel hacia mi persona. No obstante, yo también había perdido a un padre. Tensé la mandíbula y acorté la distancia

entre Jacob y yo.

Le estreché con fuerza y palmeé su espalda con tal de calmar su llanto. Nunca había visto a mi hermano romperse de esta forma; ni siquiera cuando despertó ese día en el hospital y se encontró con Alexia gritándole para que abriera los ojos de una maldita vez.

- Lo siento mucho -musité y cerré los ojos.

Noté sus manos tensarse en torno a mi camisa, como si estuviera empujándome y, al mismo tiempo, evitando que me alejara. La relación entre mi hermano y yo fue agradable, soportable y en sí digna de apreciar a partir del primer embarazo de Catherine. Fue por ese entonces cuando se desveló el daño que Bart había provocado en nosotros con el paso de los años: engaños, mutuas promesas incapaces de cumplir, rivalidad de sangre en un loco intento de congraciarnos con un ser tan desgraciado como él. Si desde un principio Bart hubiera sido honesto con sus

acciones, Jacob y yo no nos encontraríamos en este punto.

Se separó de mí y aprovechó la distancia para limpiar con desprecio las lágrimas de sus mejillas. Presionó los labios hasta formar una fina línea y alternó la mirada entre mi rostro y la celda.

- Tenemos que encargarnos de todo el papeleo y organizar un funeral -le escuché decir en un hilo de voz. Fruncí el ceño, e iba a responder cuando otras palabras me distrajeran-. Avisar a los familiares restantes que todavía mantenían una relación con papá. ¿Sabes qué funeraria podría limpiar el cuerpo y...? Joder, creí que este momento tardaría más en llegar.

- Yo no voy a colaborar,

Jacob.

- ¿Cómo dices? -respondió al instante.

Supe que se avecinaba un pequeño pero importante enfrentamiento gracias al tono de incredulidad incorporado en su tono de voz.

- Tienes que ayudarme -remarcó la frase con mucho énfasis, indicando que yo estaba obligado a mancharme las manos con todo este asunto-. Papá ha muerto. No sé si todavía estás asimilando lo sucedido, pero...

- Déjalo -le interrumpí y alcé ambas manos en el aire-, no me vas a convencer de lo contrario. Sé muy bien lo que ha tenido lugar. Me he hecho a la idea de que Bart Ivanov se ha fusilado con tal de no cumplir con sus errores. Ha muerto como un cobarde, lo que era y siempre será.

- ¡Cállate! -me gritó, lo que provocó que unos agentes se acercaran a nosotros.

Tensé los puños a ambos lados de mi costado y aparté la mirada de la suya con tal de no contemplar la rabia reflejada en sus ojos por más tiempo. Inspiré aire profundamente, llené mis pulmones hasta que sentí que iban a explotar como un globo, y lo solté con la misma lentitud que todas mis acciones. Únicamente había tenido tres ataques de ansiedad en toda mi vida: el primero tuvo lugar cuando abandoné el combate esa nefasta noche de hace quince años; el segundo cuando vi que mi madre había fallecido y el último de todos ellos tras caer en la cuenta de que Catherine había desaparecido.

Entreví que un cuarto ataque se estaba aproximando por el temblor en mis extremidades. Llegué incluso a marearme, pero conseguí disimularlo gracias

a que camuflé todos esos nervios en las siguientes palabras:

- Sé que tu relación con Bart era muy distinta a la mía. Sé que él te dio un hogar, amor, cariño, todo lo que un padre debe darle a su hijo. Pero conmigo no fue así. ¡Abandonó a mi madre por la tuya! Cuando Mary averiguó que tenía cáncer, ¡la dejó abandonada como un perro callejero! No hizo nada, ¡nada por ayudarla! Si no fuera porque yo la convencí para que le denunciara, ella nunca hubiera recibido dinero para pagar el tratamiento -le apunté con un dedo-. Después de eso caí en las redes de su puto juego. Se metió de lleno en mi cabeza y me persuadió para que siguiera sus pasos. Y yo, como el niño tonto y obediente que era, acepté.

» Años más tarde, cuando creía que nada podría ir peor, ocurrió lo que le ha llevado a estar entre esas rejas. Me hizo creer a mí, a su propio hijo, que había asesinado a un hombre inocente. ¡Me torturó durante más de once años con amenazas, torturas diarias, quejas, gritos! Me golpeó, me obligó a comprometerme con una mujer a la que ni siquiera conocía. ¡Y luego, para añadirle la gota al vaso rebosante de agua, me advirtió que haría algo en contra de Catherine!

» Me desafió. Una vez más se salió con la suya. Me mantuvo cautivo de sus palabras durante meses y meses hasta que ella entró a mi vida. Gracias a Catherine logré deshacerme de sus hilos. Él era el mayor hijo de puta que he conocido en toda mi vida y no se merece ni una de mis lágrimas. De hecho, no sé qué coño hago dedicándole estas palabras. Destruyó mi vida, intentó

hacerle daño a mi esposa y a mi pequeña... así que no vuelvas a mencionarme su nombre -hice una pausa para tomar aire y para que Jacob pudiera recomponerse de mis duras palabras.

- Si me disculpas, tengo cosas más importantes de las que ocuparme hoy -finalicé y retrocedí sobre mis propios pasos; apretando todavía más los dientes-. Por si un caso lo has olvidado es mi cumpleaños. Y tengo una esposa maravillosa, con los brazos abiertos pero muerta de preocupación, esperándome en casa.

Me deslicé por el lado de los agentes que flanqueaban la entrada a esa sección del pabellón y recogí todas mis pertenencias, que continuaban en posesión de los policías. No miré atrás ni una sola vez. No quise hacerlo. No pude hacerlo.

La presión en mi pecho estaba creciendo por segundos al igual que las complicaciones para respirar. Una vez en la seguridad y soledad de mi coche, me recosté contra el asiento y golpeé con los puños cerrados el volante, haciendo sonar la alarma por la intensidad de los puñetazos.

Apoyé la frente contra el mismo al cabo de unos minutos y aflojé tanto mi corbata como los primeros botones de la camisa.

No podía soportar esto yo solo.

Simplemente no podía.

* * * * *

Catherine

Revisé por enésima vez que ningún coche se aproximaba por la carretera antes de volver a echar las cortinas. Una gran tormenta se había desatado en el exterior y las comunicaciones telefónicas se habían cortado. Únicamente podía enviar mensajes cuando

captaba alguna señal de cobertura milagrosa. Aproveché esos minutos para hacerle saber a mi hermano que me indicara cualquier cosa que Natalie necesitara.

Alexia se había encargado de llevarla al colegio, y Patrick cuidaría de ella hasta mañana. Le había comunicado que había ocurrido algo con Bart y él mismo se ofreció a encargarse de mi pequeña para que Dimitri no tuviera que fingir frente a ella que se encontraba bien.

Temerosa de un posible apagón de luz, encendí varias velas aromáticas en el salón con tal de darle un poco de iluminación y un ambiente sosegado. Tenía esa extraña sensación en el pecho de que tan pronto como Dimitri llegara todo se pondría patas arriba. En estos momentos me encontraba en mi dormitorio, sentada en la cama y admirando la lluvia caer. La calefacción estaba apagada, puesto que no tenía nada de frío. Es más, si fuera por mí me quitaría más de una capa de ropa para disfrutar del frescor.

De repente escuché el motor de un coche, y no uno cualquiera.

Reconocería el Mercedes rojo en cualquier esquina de este mundo. Abroché mejor la bata de casa, que se amoldaba a la perfección a mi vientre, y salí de la habitación con pasos rápidos. Mientras avanzaba por el pasillo oí las llaves girar en la cerradura. Los latidos de mi corazón se

revolucionaron en cuanto vi el cabello húmedo de Dimitri pasar a la casa.

Cargaba bajo el brazo una caja de cartón con el nombre de Bart Ivanov escrito en rotulador negro. La dejó sobre el mueble de la entrada al mismo tiempo que yo detenía mis pasos en mitad de las escaleras.

-

Dimitri, ¿qué ha pasado? -pregunté, cruzándome de brazos.

Se negó a mirarme. Directamente se limitó a negar con la cabeza y a agacharla. Conocía a mi marido mejor que él a sí mismo. Siempre que hacía esos gestos era porque no quería echarse a llorar y mucho menos ante mi presencia.

- Por favor, háblame -hice el amago de continuar bajando los escalones, pero sus pasos, muchos más acelerados que los míos, se adelantaron a mis acciones.

Me rodeó con los brazos y apoyó la cabeza sobre parte de mi pecho y vientre. Debido a que me encontraba sobre el cuarto escalón, yo quedaba en una posición mucho más elevada. Aquel gesto me pilló tan desprevenida que lo primero que hice fue gritar por lo bajo. Sin embargo, todo atisbo de intranquilidad aumentó en cuanto le percibí temblar y sollozar. Me apresuré a deslizar mis manos por su espalda ancha y parte de su cabello; apresándolo contra mi cuerpo tan fuerte como podía y debía.

Besé su cabeza en un intento de calmar su agobio y le aferré de la camisa.

- Cariño, por favor, por favor, cuéntame que ha pasado -le supliqué.

- Está muerto -le escuché decir. No tardé en percibir la bata de lana empapada en sus lágrimas-. Bart se ha suicidado, Catherine. ¡Y yo ni siquiera comprendo el por qué estoy así de gilipollas! No... no quería llorar -me confesó y me estrujó más fuerte, siendo cuidadoso de no aplastar mi vientre en el proceso.

Mi cabeza había parado de digerir sus palabras en cuanto escuché lo de suicidio.

¿Bart Ivanov, aquel hombre tan escalofriante, calculador y maniaco, se había...? No tenía sentido alguno. Estaba en una cárcel en la cual recibía los mejores cuidados -dentro de lo que cabe, por supuesto-. Tanto Jacob como Dimitri habían procurado que los demás presos no le acorralasen y le batieran a golpes. Acaricié con los dedos el cabello de mi esposo y conseguí aflojar el agarre para agacharme, como pude, y quedar a la altura de sus ojos.

- He pasado la noche en la empresa -me dijo a pesar de que yo no había insistido en saber más sobre su estado. No quería agobiarle, nada de eso. Lo que él necesitaba en estos momentos eran sacar todo lo que le apesaba-. He rebuscado en todos los putos cajones las fotos, los diplomas... Todo lo que tuviera su nombre, y lo he traído aquí para...

- Sh, basta, basta -limpié las lágrimas con los pulgares-, vamos a tomar asiento.

- No, Catherine. No quiero hablar. No debería

de estar así -repitió.

- Deja de ser tan orgulloso. ¡Estás temblando! No... no puedo sujetarte por mí misma, Dimitri. Por favor, el sofá está aquí al lado. Vamos, no te esfuerces a ti mismo. -Todavía no había salido de mi asombro, por lo que no me enteré del momento en el que pasamos de estar en las escaleras a tirarnos en el sillón grande.

Le vi aferrarse a los laterales del sofá con las manos, clavando las uñas en la tela. Mantenía la mirada puesta en la chimenea apagada y fue en ese entonces cuando me percaté del frío. Me incorporé y prendí el fuego para darle algo más de calor. Estaba segura de que anoche no había probado bocado en el trabajo, al igual que tampoco había pegado ojo en toda la noche. Me senté a su lado, pegándome a él y le aferré de una mano.

- He discutido con mi hermano -susurró-. Le dije que yo no haría nada para ayudarlo. ¿Qué motivo tendría para hacerlo? Por favor -bufó y apretó el puente de su nariz-. Debo admitir que no quería volver a casa en un principio porque, bueno, por este motivo.

- Llorar no es de débiles -musité.

- ¡Sé que no lo es! -entrelazó mis dedos con los suyos y contempló las llamas del fuego ascender por la chimenea, ascendiendo por los laterales hasta alcanzar la cumbre más alta. Las chispas saltaron contra el panel de cristal que la recubría y suspiró-. Pero él no se merece mi perdón. Por eso me da tanta rabia, tanta impotencia... Estoy llorando por un ser...

- Era tu padre -le

corté-. Dimitri, voy a ser completamente sincera contigo porque sabes que siempre lo he sido y esta ocasión no es menor: me he aliviado de saber que Bart había fallecido. Siempre he temido que encontrase una forma de contactar con sus viejos amigos y le ayudasen a escapar de ese lugar. Me daba pánico imaginar que él vendría ya no solo a por mí o a por la niña o el bebé -tan pronto como les mencioné, Dimitri llevó la mano hacia mi vientre y la mantuvo allí durante el resto de la conversación-. Me daba miedo por ti. Porque sé que, al igual que tú y los niños sois mi punto débil, yo soy el tuyo. Él podría amenazarte y...

Sacudió la cabeza y ladeó el rostro en mi dirección.

- Jamás hubiera permitido que él se aproximase a ti o a ellos. Yo mismo le hubiera incrustado ese cuchillo en la garganta en cuanto intentara algo -admitió, y me estremecí al imaginar esa escena tan violenta. Cerré los ojos momentáneamente y noté al bebé patear con energía.

Él también se alteraba cuando yo lo hacía.

- De acuerdo, de acuerdo -obvié ese tema en cuestión y observé a Dimitri descansar su cabeza contra sus manos; demasiado agotado como para mantener la compostura-. Olvidémonos de esa alternativa. Ya no es posible; no lo es -le repetí y besé su cabello-. Cariño, no voy a juzgarte, a culparte o nada de eso si te echas a llorar o decides romper el mobiliario. Aunque sí que me cabrearía si tocas algo de lo que pertenecía a Mary -bromeé.

- Estoy tan... agobiado -reveló.

/>

- ¡Es comprensible! -le aferré de las mejillas y le obligué a que me mirara a los ojos. Tomé ventaja de la cercanía para limpiar las nuevas lágrimas y para estudiar esa rojez e hinchazón situada en torno a sus ojos-. Dimitri, por muchas cosas terribles que te haya hecho; que nos haya hecho, durante los primeros quince años de tu vida fue tu padre. ¿Quién te enseñó a andar? ¿A decir tus primeras palabras? ¿Quién ayudó a Mary a cambiar los pañales? ¿Quién te inculcó las primeras bases para convertirte en el hombre que eres ahora?

- Catherine...

- No, no, escúchame. Lo que estoy intentando decirte es lo siguiente: no le estoy defendiendo. Nunca haría algo así con Bart Ivanov. Nunca -repetí-, a quien quiero que recuerdes es al hombre que estuvo contigo antes de sumergirse en ese mundo tan despreciable. Si quieres llorar por tu padre, hazlo. Además, necesitas ponerle punto y final a ese capítulo. Estamos comenzando una nueva historia, un nuevo camino. Juntos. Los tres... y medio.

Logré que esbozara una sonrisa. Sí. Entreví esos dientes blanquecinos asomándose bajo los labios antes de que los humedeciera. Le devolví el gesto y cubrí sus mejillas y cuello de besos mientras él me abrazaba. Apoyó el mentón en mi hombro y nos quedamos así durante los próximos minutos; sin pronunciar nada más.

- ¿Por qué no comes algo y descansas? -le sugerí, inspirando su perfume.

- Lo único que me apetece comer ahora son tus labios.

Me eché para atrás y contemplé sus ojos caramelo

con una tímida sonrisa.

- Natalie vendrá mañana por la mañana. No quería que te viera de esta forma. Es muy pequeña para comprender todo esto -susurré y apoyé mi frente contra la suya-. Además, no quiero que ella

sepa que era su... abuelo el que ha hecho... tal aberración -añadí y acaricié sus labios con el pulgar, deleitándome con su respiración más calmada-. Anoche tuve que dormir con ella. Me asusté tanto que no podía separarme de su pequeño cuerpo.

- Es comprensible. Desde que nació nunca te has separado de ella. Ni siquiera me permitías que yo la cogiera cuando se despertaba en mitad de la noche -se burló y bajó las manos hasta mis caderas-. Catherine, ¿puedo pedirte algo?

- Sí, por supuesto. Lo que sea -acepté sin pensar.

- ¿Recuerdas tu decimoctavo cumpleaños?

Asentí de manera inmediata y fruncí el ceño. ¿Cómo podía olvidarme de ese día tan agri dulce? El momento en el que apareció en la puerta de mi casa con una rosa roja y esa expresión de niño arrepentido cambió el sentido de nuestra historia. Esa noche en particular confesé mis sentimientos y volví a acostarme con él porque lo deseaba, ansiaba, anhelaba. Escruté su mirada y apoyé mi mejilla en la palma de su mano, aguardando a por una respuesta.

- Pues sigue siendo el mío -continuó y llevó una mano hacia el lazo de mi bata de casa. Supe que se estaba esforzando en mantener esa fachada de serenidad en cuanto su pulso tembló cuando desataba el nudo-, y quiero pedirte un deseo.

- ¿De qué se trata? -repetí

las palabras que él mismo pronunció ese día.

- Quiéreme como solo tú sabes hacer y hazme olvidar todos los malditos problemas durante las próximas horas -aproximó su rostro al mío.

Exhalé el aire que contenía en mis pulmones conforme esas palabras abandonaban sus labios. Balbuceé algo sin sentido antes de percibir sus labios presionándose contra los míos con una delicadeza nunca vista. Me aferró del mentón, elevando mi rostro, para tener un mejor acceso a mi boca. De forma inconsciente llevé las manos hacia su nuca y las mantuve allí mientras él me quitaba la bata de casa, dejándome únicamente en un vestido que usaba para ir por casa.

Sus manos no se detuvieron tras ese acto. Me sujetaron por los muslos para colocarme sobre su regazo, clavando mis propias rodillas en el sofá a ambos lados de sus piernas. Su boca no abandonó la mía en ningún momento, temeroso de que, si lo hacía, la magia se desvanecería. Apoyé mi cuerpo contra el suyo y acaricié la piel de su nuca con las uñas, deslizándolas con suma lentitud en dirección a la obertura de su camisa.

No mencioné nada mientras nuestras prendas caían tanto al sofá como al suelo. Sus brazos recuperaron la fuerza perdida en cuanto estuve entre ellos y me mantuvo presa durante las próximas horas, evitando así que lo único que le proporcionaba calma desapareciera.

* * * * *

Cuando desperté continuaba tumbada en el sofá. Las velas se habían apagado por completo, pero la chimenea seguía emitiendo calor. En el exterior, la lluvia golpeaba con mayor fuerza las ventanas, lo cual significaba que no podríamos salir de la casa hasta que cesara la tormenta. Froté mis ojos con una mano antes de bajar la mirada hacia mi pecho, encontrándome con la cabeza de Dimitri descansando sobre él.

Tras muchísimas insistencias había quedado dormido. En un principio se negó a hacerlo, alegando que se encontraba bien. Sin embargo, y después del intenso ejercicio, se acurrucó como mejor pudo en el sofá y cerró los ojos.

Sonreí levemente y acaricié su cabello antes de clavar la vista en el techo. Los días que venían a continuación no iban a ser bonitos. La muerte de Bart dejaría consigo un montón de líos judiciales respecto a sus últimas posesiones como casas, coches, joyas... Las cuales estaría encantada de rechazar, puesto que no quería nada que viniese de alguien como él. La preocupación regresó y se asentó de nuevo en Dimitri.

Le costó mucho asegurarse de que tanto Natalie como yo estaríamos bien tras los primeros juicios de la detención. Svetlana y Bart fueron puestos en prisión por los crímenes cometidos mientras que él y yo nos fuimos a vivir aquí. Se convirtió en la mejor decisión de nuestra vida, puesto que aquí no habían periodistas esperándonos en la entrada, ni tampoco escuchábamos el ruido del tráfico. Simplemente éramos él,

yo, la pequeña y... las olas del océano.

Dimitri se removió un poco, como si estuviera leyendo mis pensamientos, y descubrió más desnudez cuando retiró la manta de nuestros cuerpos.

- Maldita sea, me voy a resfriar -me quejé e intenté alcanzarla con las manos.

- No... yo estoy aquí -musitó con voz adormilada e hincó un codo en el sofá.

- ¿Cuánto tiempo llevas despierto? -susurré.

No contestó en un principio. Se levantó para coger la manta y volvió a tumbarse, arrastrándome a mí hacia su pecho en esta ocasión. La dejó caer sobre mi espalda desnuda al mismo tiempo que él deslizaba sus brazos por mi figura, transmitiéndome la calidez por parte de estos y de su torso. Descansé la mejilla sobre su hombro y me deleité con las caricias que realizaba en la piel desnuda tanto de mi espalda como pómulos.

- No mucho -respondió al fin-. Pero sigo teniendo un sueño de cojones.

- Duérmete -besé el centro de su pecho y me acurruqué en sus brazos-. Yo estaré justo aquí para cuando despiertes. De todas formas, no podría moverme aunque...

Dejé de hablar, pues escuché su pesada respiración mucho antes de finalizar la frase. Sonreí de nuevo y cerré los ojos, acomodándome.

Quizá se había cerrado un nuevo capítulo de nuestras vidas.

Pero todavía teníamos muchas aventuras por vivir y contar.

=====

Patrick

Miré al pañal.

El pañal me miró a mí.

¿Por qué no habrá traído consigo un libro de instrucciones?, pensé.

Mi sobrina me contemplaba con unos ojos de lo más curiosos. Cada vez que ponía la vista en ella veía a una mezcla perfecta de la loca de mi hermana y el arrogante de Dimitri. A pesar de que su cabello era de tonalidades rubias, las facciones de su cara eran similares a las de su padre y madre. Apoyó los brazos en la mesa y la barbilla en estos. Sabía que se estaba divirtiendo tanto como yo con esta situación, pero no dijo nada.

Volví a humedecer mis labios y a poner la vista al frente, indeciso.

Samantha había salido de compras esta mañana, dejándome a cargo de la pequeña Natalie y de, bueno, de la criatura de tres meses presente ante mí. Era mi esposa quien se ocupaba de cambiarle los pañales y amamantarlo. Yo me limitaba a hacer todo lo demás -con eso me refería a levantarme todas las noches para calmarle cuando su llanto podría despertar a toda la población de Houston.

Ahora me veía envuelto en una situación incapaz de resolver sin la ayuda de mi sobrina.

- Creo que eso no va así -me dijo con su tono de voz tan dulce cuando intenté abrochar una parte del pañal con la otra-. Se ve muy raro -admitió.

Mi hijo era el bebé más tranquilo que había conocido en toda mi existencia. En comparación con Natalie cuando era una recién nacida, Chris era un muñeco de plástico que se limitaba a respirar, comer, vomitar, hacer sus necesidades

y llorar a las tres de la mañana.

- Mi mami lo haría mejor -añadió, cubriendo su boca para no echarse a reír demasiado fuerte.

- Es la primera vez que tengo que cambiar un pañal. Creo que me merezco un premio por el mero de hecho de haber limpiado todo esto sin ensuciarme yo en el proceso -contesté con un tono irónico y volví a cruzarme de brazos.

Volví a contemplar el pañal, pero ni él ni yo pudimos hacer nada para remediar la situación.

- De acuerdo, esto se queda... así -mordí mi labio inferior y coloqué el pañal tan bien como pude, abrochándolo en los laterales y acomodándolo en torno a su diminuta cintura.

Tomé a Chris en mis brazos y lo recosté contra mi pecho, apoyando su cabeza en mi hombro. Se removió en un principio hasta que se acomodó. Natalie sacudió la cabeza al ver el desastre que había dejado en el cambio pañales y bajó al suelo de un salto.

Para tener casi cinco años, esta niña era más inteligente que un adolescente de hoy en día. Todavía llevaba puesto el pijama de sirenas que su madre adquirió en una visita al acuario.

- La tía Samantha no va a estar contenta -me recordó y caminó con sus pies envueltos en unas zapatillas gigantes de osos hacia mi posición-. Y tampoco llora. Seguro que se siente incómodo porque no sabes poner pañales -recalcó.

- Entonces, ¿por qué no lo has hecho tú? -le pregunté mientras arqueaba las cejas.

Parpadeó repetidas veces, como si no pudiera creer que yo había formulado una barbaridad como esa y cruzó los pequeños brazos sobre su pecho, indignada. Ojalá tuviera alguna cámara de fotos cerca para inmortalizar este momento.

- Soy demasiado pequeña para cuidar de un bebé -respondió al fin.

- Pero no eres tan pequeña como para ir quejándote de tu tío, ¿eh? -le guiñé un ojo y mecí a Chris en mis brazos, procurando que se durmiera antes de que empezara a llorar.

Mi hermana pasaría en un par de horas para recoger a Natalie. No sabía qué estaba pasando con el hijo del mismísimo Diablo, es decir, Bart Ivanov, pero si Catherine no me había llamado para que Natalie regresara a casa era porque algo grave sucedía. Cuidar de la niña no me suponía

ningún problema, puesto que tenía cada ocurrencia que hacía desvanecer al aburrimiento.

No obstante, en estos momentos me veía más preocupado por Chris que por ella. Samantha se había marchado nada más despertarse y me había dejado una nota para que me comportara como un buen marido y cuidase del niño. Esa combinación de yo a solas con un bebé era lo peor que podría pasarme. Sin embargo aquí me encontraba, intentando cambiar pañales sin llenar la casa de mierda -en el sentido literal de la palabra-, y con una niña a mis espaldas.

- Se ha dormido -Natalie dijo en un susurro tan nítido que apenas la entendí en un principio.

Tal y como había mencionado con anterioridad, mi hijo era tan pacífico que podía quedarse dormido en la hoja de un árbol. Todavía no me había hecho a la idea de que era padre; que había abandonado esa fase de locuras y diversión para ser todo un hombre responsable. Besé su pequeña cabeza antes de recostarlo con mucho cuidado en su cuna.

- Tu madre estaría orgullosa de mí -musité para Chris, sonriente.

Le tapé con la manta de pelo de tonalidades azules y procuré que tanto la persiana como las cortinas estuvieran bien colocadas antes de enchufar el monitor para vigilarle

mientras Natalie y yo estábamos en el salón. Tenía que recoger todo el desastre que había formado antes de que mi esposa llegase y comenzara a... bueno, a saltar sobre mí y cubrirme de besos.

- Natalie, ayúdame -le pedí tan pronto como cerré la puerta del dormitorio de Chris.

- Yo no trabajo -me respondió, y bajó las escaleras... sentada.

Sí. Literalmente, se sentó en el primer escalón y se arrastró hasta el segundo, usando el apoyo de sus manos para no caer hacia delante. Rasqué mi nuca en un intento de no echarme a reír ante las alocadas ideas de mi sobrina y me crucé de brazos, sabiendo que la alcanzaría mucho antes de que bajase al cuarto escalón.

- ¿Te han dicho alguna vez que te pareces mucho a tu madre? -pregunté.

- Sí, pero papá dice que de mayor seré tan guapa y atractiva como él -respondió sin mirar atrás,

cayendo de culo en el tercer escalón pero sin hacerse daño. Se aferró a la barandilla para no precipitarse hacia delante y suspiró de una forma demasiado dramática-. También me dijo que hasta los treinta años no podría besuquearme con un chico. Tío Patrick, ¿qué es besuquearse con un chico? Mamá no quiere explicármelo.

- Eres demasiado pequeña para saber eso -contraataqué.

Me adelanté para alcanzarla y la tomé en mis brazos, echándola sobre un hombro como si se tratase de un simple saco. Natalie pateó en el aire, gritando, y tuve que ladear el rostro hacia un lado para evitar que su pie golpease mi rostro.

- Quieta o te arrojaré

por la barandilla -le amenacé con tono irónico-. Además, vas a despertar a tu primo. ¡Cállate o sufrirás las consecuencias del terrible lobo feroz!

- ¡No! ¡No! ¡Ayuda! -comenzó a chillar, golpeando con los puños cerrados mi espalda mientras yo terminaba de bajar las escaleras-. ¡Llamaré a mi papá! ¡Él... te... va a pegar!

- No sería la primera vez.

La deposité en el suelo y echó a correr con esas zapatillas tan enormes en dirección al sillón. Vi su cabellera rubia saltar sobre el primer asiento y se escondió entre varios cojines. Puse los ojos en blanco y encendí la calefacción mientras tomaba asiento a su lado, golpeando su cabeza suavemente con otra de las almohadas.

Tras la boda de Catherine tuve que cuidar de ella durante quince días y medio. Samantha disfrutó con ella de lo lindo: se la llevó de compras y le ayudó a elegir la ropa para Chris; como si fuera una asesora de moda. Bajó a la playa para construir castillos de arena, bañarse, fingir que era una sirena y forzarme a cazar cangrejos. Se comió varias cajas de helado de chocolate en un par de días y no llegó a dolerle la tripa ni a vomitar como cualquier otro niño. Natalie Marie Ivanov era una niña especial, tanto intelectual como físicamente.

Pensar en momentos especiales me hizo recordar el día en el que conocí a Samantha.

Todo ocurrió un diciembre de hace diez años...

Era Navidad y regresaba a casa de mi primer viaje a California. Tenía veintidós años y estaba planeando mi futuro, visitando ciudades no muy lejanas a Manhattan

para ver las oportunidades que estas me ofrecían. Catherine apenas tenía doce años, y todos estaban emocionados por mi regreso. Y, cuando digo todos, también me refería a mi viejo amigo...

...Dimitri Ivanov. Antes de que se adentrara de lleno en el mundo de las finanzas solíamos hablar bastante. Incluso jugábamos juntos a partidos de fútbol.

Me encontraba haciendo cola para coger mi maleta. El frío en el exterior había penetrado por una de las cristaleras rotas tras un acto vandálico de un grupo de adolescentes sin neuronas, por lo que no veía la hora de aferrar mis cosas y regresar a casa. El aeropuerto estaba lleno tanto de personas que se marchaban para pasar las vacaciones de Navidad en algún país cercano o de familias que regresaban a su ciudad natal, como yo.

- Maldito frío -me quejé, cruzándome de brazos.

Un hombre situado a mi derecha coincidió con mis pensamientos y, tan pronto como entreví una maleta morada aproximarse en la lejanía, extendí un brazo y la saqué de la cinta. La arrastré en dirección al exterior y esperé a que algún taxi estuviera libre para cogerlo.

Admiré el paisaje que tanto había añorado y apoyé la cabeza contra el cristal, sacando mi móvil del bolsillo de la chaqueta. Revisé los cientos de mensajes que mi hermana pequeña me había enviado preguntándome lo siguiente:

« ¿Cuánto te queda para volver? »

« Tenemos asado para comer. ¡Mamá se ha pasado horas cocinando! ¡Puag!

»

« Me aburro. ¿Me has traído algo de California? Espero algún regalo, de lo contrario, me negaré a abrirte la puerta y te quedarás congelándote en el exterior »

« PD: ¡soy capaz de hacerlo! »

Puse los ojos en blanco ante sus insistencias y no pude evitar sonreír. Tan solo tenía doce años, era una niña que crecía con el tiempo y con la experiencia y todavía no había pasado ni por el dos por ciento de las adversidades de la vida. Puestos a ser sinceros, yo también tenía ganas de verla y estrujarla entre mis brazos; sabiendo lo mucho que eso le cabreaba.

Le pagué al taxista la tasa correspondiente y cogí la maleta del maletero antes de aproximarme a la puerta de casa. Mis padres habían decorado toda la fachada principal con luces de colores, muñecos de nieve mal hechos y un Bienvenido a tu hogar por Navidad en la alfombra.

- ¡Patrick ya está aquí! -escuché la voz chillona de Catherine desde el interior.

Probablemente me había visto llegar desde la ventana de su habitación.

Antes de ser capaz de tocar al timbre, percibí el pomo girar y una llave deslizarse de la cerradura. Me preparé para los achuchones de mi madre, las preguntas curiosas de mi padre, y los gritos ensordecedores de mi hermana. Dejé la maleta apoyada contra la pared y rasqué mi nuca antes de encontrarme con los ojos azulados de Catherine.

- Caray. Has pegado un estirón en estos tres meses -le

dije nada más verla, y me eché a reír cuando sus brazos tan pequeños me rodearon por la cintura. Acaricié su cabello corto y espalda mientras la escuchaba reír-. Yo también te he echado de menos, hermanita.

- Mamá está en la cocina con papá. Se le ha quemado el asado -me comunicó y me empujó, sin moverme ni un centímetro de mi posición-. Ya sabía yo que el destino evitaría que algo así saliese del horno y llegara hasta nuestras bocas. ¡Antes preferiría estar varios días sin comer!

- Exagerada.

Me sacó la lengua y me permitió coger la maleta antes de adentrarnos en el interior. Cerré la puerta y me desprendí de la chaqueta y bufanda antes de saludar a mis padres. Tal y como había esperado, mamá me mantuvo en un abrazo que duró años. Les ayudé a sacar el asado del horno y a recuperar tanta comida como fue posible antes de adentrarnos en una profunda conversación acerca de cómo han estado durante mi ausencia y mi estancia en California.

Tras la cena y ponernos al día, subí a mi viejo dormitorio para instalarme de nuevo.

Ya no volvería a esa ciudad hasta el verano siguiente, por lo que procuraría buscar algún trabajo estable en Manhattan que me permitiera algunos ahorros. Arrastré la maleta con el pie hasta la

cama y me dejé caer en esta, colocando el objeto entre mis piernas. Abrí las cremalleras e hice al amago de extraer las cosas cuando...

Cuando...

¿Qué coño hacía un tanga en mi maleta? La abrí por completo, sorprendiéndome

a mí mismo al hallar sujetadores, vestidos, faldas, camisetas, vaqueros... Todo tipo de prenda de mujer. Ahogué un jadeo y llevé las manos a mi cabeza cuando caí en la cuenta de que me había confundido de maleta. Con la prisa y las ansias de llegar a casa, había aferrado la primera que se asemejara a la mía y...

- Mierda, mierda, ¡mierda! -exclamé.

En la maleta llevaba mi cartera con mucho dinero, mi DNI y pasaporte, los regalos que había adquirido tanto para mi familia como para mis amigos y un sin fin de cosas más. Rebusqué entre las pertenencias de esta mujer hasta encontrar una pequeña etiqueta con el nombre de Samantha y un número de teléfono.

Cogí el móvil y marqué con rapidez, deseoso de localizar mi maleta. Si yo había cogido la suya por ser idéntica a la mía, supuse que ella tendría mis pertenencias.

- ¿Quién es? -dijo ella nada más descolgar.

- Usted no me conoce, pero yo a ti sí -ironicé y jugueteé con la etiqueta entre mis dedos, inspirando profundamente antes de añadir-. Creo que ha habido una pequeña confusión en el aeropuerto. Me temo que tengo su maleta en casa.

- Ya decía yo que no recordaba el momento en el que había adquirido tanta ropa interior de hombre -añadió ella en el mismo tono divertido que el mío-. Espero que no haya hurgado demasiado entre mis cosas. Aborrecería que fuese un viejo pervertido que se dedica a olisquear la ropa interior de

jóvenes adolescentes.

- ¡Já! No se preocupe, señorita... Samantha Patterson. El tanga rojo de encaje que he encontrado ha sido lo primero que ha llamado mi atención, pero además de eso, no he mirado ni tocado nada más -admití con una amplia sonrisa-. Soy Patrick Miller, y me gustaría recuperar a mis pequeñines antes de que sufran alguna especie de tortura.

- ¿Patrick... qué? No me jodas. ¿Patrick Miller, del instituto principal de Manhattan? ¿Clase número trescientos cinco? ¿Tercer asiento de la fila seis? -preguntó con rapidez.

Clavé la mirada en las puertas cerradas del armario al mismo tiempo que asimilaba todas las preguntas que habían salido por su boca. Parpadeé repetidas veces y exhalé un suspiro mientras intentaba categorizar su voz entre todas las personas que conocía.

- Sí -respondí al final, aclarando mi garganta.

- ¿De verdad no me reconoces? ¡Soy yo! ¡Sammy! Samantha Patterson, la chica de gafas negras y aparato de dientes aunque... bueno, ni llevo gafas ni aparato -ironizó y la escuché estornudar antes de añadir-. Fui contigo durante seis años al instituto. ¿Recuerdas? Nos solíamos pelear a la hora del almuerzo por el asiento situado...

- ...junto a la ventana derecha del comedor -acabé por ella-. No me lo puedo creer. Esto no puede ser posible.

- ¡Sin duda alguna no es una simple coincidencia!

-

Podríamos vernos para devolverte la maleta y tomarnos un café -le sugerí, sonriendo a pesar de que ella no podía verme-. ¿Quién sabe? Rememorar los viejos tiempos podría traer buenos momentos para el futuro. ¿Qué te parece vernos esta misma noche? -la invité.

Regresé al presente tan pronto como Natalie me arrojó una de las almohadas a la cabeza.

Parpadeé repetidas veces para desembarazarme de la sensación que ese recuerdo me había otorgado y aparté el cojín de mi cara para colocarlo en su sitio. Natalie se removió en la pieza del sillón, de un lado para otro, enredándose el cabello rubio y apoyando las piernas contra el respaldo mientras que su cabeza caía por un lado.

- ¿Qué estás haciendo? -le pregunté.

- Me aburro -curvó sus labios en un tierno puchero y se cruzó de brazos. Por un momento creí que se caería al suelo debido a la posición en la que se encontraba, pero se mantuvo firme y recta en esa extraña postura-. Quiero a mi mami.

- Estará a punto de llegar -contesté y la ayudé a incorporarse.

Samantha llegó mucho antes que mi hermana. La ayudé a descargar la compra del maletero y la coloqué tanto en la despensa como en el frigorífico. Samantha fue con Natalie para cambiarle de ropa y cepillarle el cabello mientras que yo me debía entre telefonar a Catherine y quedarme de brazos cruzados. Mi hermana me debía alguna que otra explicación sobre lo ocurrido, y esperaba que no fuese tan grave como estaba imaginando.

- ¿Chris

todavía duerme? -me preguntó Sammy, abriendo la puerta del dormitorio.

- Sí. Hace menos de treinta minutos que le di el biberón y lo acosté -susurré en cuanto puse los pies dentro y percibí los pasos cortos de Natalie tras de mí-. Ella puede decirte lo bien que hemos cuidado de él. Cambiarle los pañales ha sido lo más divertido -me burlé.

- Mamá dice que mentir es malo -me recordó mi sobrina con una sonrisa traviesa.

- ¿Quién ha mentado aquí, pequeña bruja?

- ¡Sh! Parad de discutir o yo me convertiré en Cruella de Vil -amenazó Samantha con una amplia

sonrisa que dejaba ver sus dientes blanquecinos. Tras asegurarse de que Chris estaba bien arropado y descansando cómodamente, se volvió hacia mí y, aprovechando que Natalie salía del dormitorio, plasmó sus labios contra los míos-. ¿Te ha llamado Catherine? ¿Sabes algo de lo ocurrido? -acarició mi cabello y ladeó el rostro.

Eché un vistazo sobre mi hombro para asegurarme que Natalie no estaba escuchando nuestra conversación antes de contestar:

- No. Todavía no he recibido noticias de su parte, pero espero tener algo pronto. Sinceramente, me preocupa que mi sobrina salga afectada de todo esto. Peor aún: mi hermana está embarazada. Cualquier noticia podría afectarle de la peor forma -suspiré-. Esto me recuerda tanto al primer embarazo... Me volvió loco, ¡literalmente!

Samantha sacudió la cabeza, provocando que varios mechones negros cubrieran sus ojos verdes. Salimos de la estancia y me encontré

con Natalie bajando las escaleras con mayor rapidez que antes. Aparentemente, un coche acababa de aparcar frente a nuestra fachada, y quería averiguar si se trataba de sus padres. Me adelanté a sus pasos y abrí la puerta antes de que mi hermana tocara el timbre.

- Hola, Patrick. ¿Me dejas pasar? -preguntó, curvando sus labios en una sonrisa.

* * * * *

Catherine

Antes de poder quitarme el abrigo y colocar el bolso en el perchero, me encontré con la cabellera rubia de mi pequeña corriendo hacia mí. Me arrodillé en el momento oportuno para que sus brazos me rodearan por el cuello y apreté su cuerpo contra el mío. Escondí el rostro entre su pelo y suspiré, estrechándola con fuerza.

- Mi princesa -susurré y cubrí sus mejillas de besos; manchándolas del pintalabios rojo que había usado nada más salir de casa-. Oh, te he echado tanto de menos. ¿Qué tal has estado con Patrick? ¿Se ha portado mal? ¿Necesitas que le castigue?

- Yo me encargo de eso -Dimitri contestó, provocando que el rostro de nuestra hija se iluminase como si acabase de conocer a alguna princesa Disney.

Natalie se separó de mí para saltar a los brazos de su padre, el cual la cogió como si fuese tan pesada como una pluma de ave. Me puse en pie con la ayuda de mi hermano, que vio mis dificultades para incorporarme con el peso de mi vientre. Samantha me saludó y me estrechó entre sus brazos; preguntándome qué tal me encontraba respecto al embarazo. Le conté

que estaba esperando un niño y que tanto él como yo estábamos en perfecto estado.

Entreví por el rabillo del ojo a Dimitri conversar con Natalie como si la vida le fuese en ello; contemplando el brillo en su mirada. Ellos dos tenían un vínculo que yo no lograba comprender. Mi hija y mi marido eran uña y carne, se completaban las frases antes de que el otro terminase de pronunciarla, como si ya esperasen el final. Sacudí la cabeza levemente y coloqué un mechón de cabello tras mi oreja cuando Dimitri se aproximó a mí y besó mi frente.

- Está bien. Aunque me ha sugerido que el tío Patrick necesita una paliza -entrecerró los ojos con aires burlones y miró a mi hermano de reojo. Este le correspondió con unas sonoras carcajadas que retumbaron en toda la estancia-. ¿Qué tal está Chris? La familia no hace más que crecer. En un par de años necesitaremos adquirir una mesa más amplia.

- Y qué lo digas -coincidí.

- Nos encontramos bien. Él está durmiendo, casi como siempre. -Samantha contestó e hizo un gesto con su cabeza cuando comprendió que tanto Dimitri como yo necesitábamos hablar con mi hermano.

Intentamos que Natalie fuese con Samantha a la planta superior, pero ella se negaba a dejarnos ahora que habíamos llegado. Anudó los brazos en torno al cuello de Dimitri y se quedó pegada a él como si se tratase de un chimpancé. Mi esposo la sujetó con un brazo y sonrió levemente.

- ¿Por qué no vas con mamá mientras yo riño a Patrick? -le preguntó, camuflando el tono irónico bajo

una capa de seriedad-. Además, tenemos que regresar a casa porque tenemos una sorpresa para ti. Ve con ella, cariño.

- ¿Una sorpresa? ¿Para mí? -los ojos de mi niña se iluminaron al instante.

- Sí, pero no podremos dártela si no me dejas hablar con tu tío -Dimitri me pasó a Natalie y la cogí en brazos, procurando que sus piernas rodeasen mi cintura y no pateasen por accidente mi vientre. Dimitri también se aseguró de ello y plasmó sus labios en la mejilla de Natalie antes de mirar a mi hermano-. ¿Patrick?

Sujeté a Natalie y ella se acurrucó contra mi pecho, apoyando la mejilla derecha en mi hombro. Samantha nos llevó al patio exterior, aquel en el que estaban los bancos de tela, y cerró la puerta que daba al salón para otorgarles más intimidad a nuestros hombres. Natalie se negó a tomar asiento a mi lado, si no que se quedó sentada en mi regazo, hablándole a mi vientre. Apoyó sus diminutas manos en mi barriga y le comentó lo que había hecho durante todo el día de ayer y parte de esta mañana.

- Patrick hablará contigo más tarde -le comenté, apoyando la espalda contra el tapiz acolchado del banco de madera-. Gracias por cuidar de Natalie. Hubiese sido más complicado hablar sobre eso en particular si ella hubiera estado presente.

- Oh, no te preocupes. Ella no es molestia alguna -hizo un gesto con la mano para restarle importancia y tomó asiento frente a mí-, además, ha cuidado de su primo.

- Chris no ha llorado gracias a que yo estaba allí -respondió con

su voz tan dulce-. Tío Patrick no sabe cambiar pañales. ¡Es tonto! Casi se mancha las manos de todo eso... ¡Puag! ¡Oía muy mal! Mi hermano sabrá cambiarse los pañales por él mismo.

- ¿Cómo dices? -le pregunté, mirándola con los ojos abiertos-. ¿Hermano?

Natalie asintió y coloqué un mechón rubio tras su oreja, despejando su cara.

- Sí. Peter y yo hablamos muy a menudo, como ahora -me indicó, frunciendo tanto los labios como el ceño. Hizo una pausa dramática antes de añadir-. A Peter le gusta el nombre que yo he elegido, así que tendremos que llamarle así. Y papá no puede discutirme.

- Por supuesto que no. ¿Quién se atrevería a pelear contigo? -me burlé.

Sorprendida por el hecho de que mi hija supiera que estaba esperando a un niño, me deleité con la suave brisa de invierno y con el calor que ella transmitía. Miré en más de una ocasión en

dirección a las puertas de cristal cerradas, observando las cabezas de mi hermano y Dimitri en la distancia. Probablemente, mi marido le estaría contando todos los acontecimientos:

Bart se había suicidado para evitar pasar más tiempo en prisión. Justamente había elegido un día como el de ayer por el cumpleaños de Dimitri, como si quisiera remarcar todavía más su marcha. Afortunadamente, mi marido se había desahogado de todas las formas posibles y ya no estaba tan angustiado como en un principio. Telefoneó a Jacob para disculparse y darle explicaciones de forma más calmada y correcta. Digamos que la discusión que tuvieron en la cárcel no fue muy apropiada para la ocasión.

Habían arreglado sus diferencias hablando, como debía ser.

Natalie bostezó y apoyó su cabeza de nuevo contra mi pecho, buscando mi abrazo. Acaricié su espalda con una mano y miré al frente, contemplando las nubes pasar. Las calles continuaban húmedas por la tormenta del día anterior, pero las temperaturas habían ascendido varios grados. Samantha dejó su taza de té en la mesa de cristal y dijo:

- Quedan menos de tres meses para la boda de tu cuñado, ¿cierto?

- Sí. ¿Cómo podría olvidarme de ese acontecimiento? Alexia me lo recuerda cada día. Está tan nerviosa que no parece ella. -Puse los ojos en blanco y besé la cabeza de Natalie-. Me ha pedido que sea su dama de honor, pero me he visto obligada a declinar la oferta con mucho pesar y dolor.

- ¿Por qué? -Samantha frunció el ceño.

- Por ese entonces estaré de nueve meses. Digamos que veo bastante arriesgado ir a su boda cuando podría ponerme de parto en cualquier momento. ¡Elegió la fecha aposta! Es tan mala conmigo. Dice que quiere devolverme todos los sustos que le he dado yo a lo largo de nuestra corta vida -me eché a reír-. Así que tendrá que conformarse con verme en su boda, sentada entre los presentes.

Samantha acompañó a mis risas y ambas suspiramos. No había mucho más por añadir, ni mucho más por contar. Al cabo de unos minutos, Dimitri y Patrick se reunieron con nosotras. Mi esposo tomó asiento en el hueco libre del banco y me arrastró hacia su pecho. Natalie le comunicó a su padre la decisión de llamar al bebé Peter. Insistió con ansias en los motivos por los que tendría que llevar ese nombre, y Dimitri aceptó encantado.

Esbocé una amplia sonrisa de tan solo verles y vi cómo mi hermano acariciaba la mejilla de Samantha. ¿Quién se lo hubiera dicho? Casado con una vieja compañera de instituto y siendo padre por primera vez a sus treinta y dos años.

Habíamos pasado por mucho en estos años. Aunque todavía quedaba un acontecimiento del que todos hablarían durante los próximos meses: la boda del pequeño de los Ivanov, Jacob. Era una fiesta en la que bueno... en la que ningún desastre estaba permitido.

Pero como yo solía llamarme Catherine Marie Miller, estaba segura de que ocurriría más de uno.

=====

Extra IV

- Catherine, amor mío, estás preciosa -dijo Dimitri tan pronto como puso los ojos en mí.

Mi respuesta fue nada más, y nada menos, que una sonora carcajada que retumbó en las cuatro paredes del cuarto de baño. Cerré el estuche de maquillaje, asegurándome que todo estaba en su sitio, antes de apagar las luces y caminar descalza en dirección a nuestra cama. Dimitri no se movió de su posición, puesto que continuaba ofuscado en mi reacción y terminando de abrocharse la camisa.

- ¿Cómo puede estar una mujer embarazada de nueve meses así de bonita? -arqueé una ceja y tomé asiento en la cama como pude, siendo cuidadosa de no arrugar el vestido-. Me ha costado la vida colocar el vestido en su sitio. ¡No aguanto más!

- Si no fuera porque soy el padrino de la boda, hubiéramos permanecido encerrados en casa durante todo el día de hoy -me

comunicó, y se aproximó a mí con amplias zancadas para apartar mis manos de la caja de zapatos.

La abrió por él mismo y extrajo los tacones dorados de su interior. Se puso en cuclillas frente a mí y deslizó la yema de los dedos por la piel de mi tobillo con tal de distraerme. Colocó el tacón en el pie correspondiente y lo abrochó, asegurándose de que no me partiría la crisma por error. Cuando me puso los zapatos volvió a elevar el rostro, encontrándose con mi mirada acusatoria.

- Catherine, estás de nueve meses y tres días, por lo que no me mires de esa forma. La doctora te avisó que podrías romper agua en cualquier momento y, si vemos que mañana continuas sin sentir contracciones, te llevaré de cabeza al hospital para que te practiquen una cesárea.

- ¡Ni hablar! -le aferré de la camisa blanca y entrecerré los ojos-. Dimitri Ivanov, atrévete a encerrarme en un hospital para que una doctora que no sea Keller me abra con un bisturí y no volverás a tener sexo en la vida. Y cuando hablo de sexo, me refiero a cualquier tipo del mismo.

- Serías incapaz de resistirte -dijo muy seguro de sí mismo.

Quise contraatacar con algo ingenioso, pero me vi incapaz de hacerlo. Nada más sentir el tacto de sus manos cálidas en mi piel desnuda me provocaban gemidos. ¿Cómo sería capaz de estar toda una vida sin ese tipo de contacto físico? Dimitri sonrió, y lo hizo porque sabía que estaba en lo correcto. Tomó asiento junto a mí y apartó un mechón de mi cabello ondulado para colocarlo tras la oreja izquierda,

manteniendo la sonrisa en todo momento.

- Peter nacerá esta semana porque ya has salido de cuentas y el bebé no puede permanecer en tu vientre para toda la eternidad -descansó las palmas de su mano sobre mi barriga y se agachó para dejar un beso en esa zona. Acaricié su cabello tras ese gesto tan dulce y cariñoso y ladeé el rostro hacia su posición-. Y no mentía cuando te he dicho que estás preciosa. Te dije en el primer embarazo que, cuanto más rellena estás, más bonita te ves.

- Perdóname, estoy desquiciada -admití y acaricié mi propio vientre, chocando con las manos de Dimitri, el cual no dudó en entrelazar nuestros dedos-. Tengo tantas ganas de tenerle en mis brazos pero, al mismo tiempo... El parto es lo más doloroso que existe en el mundo. Aún así, la sensación que transmite el bebé cuando lo aferras por primera vez...

- ¿Te he dicho alguna vez que el embarazo te vuelve bipolar?

- Sí. De hecho, lo he escuchado en más de una ocasión -curvé mis labios pintados en un tono carmesí en una amplia sonrisa-. Olvidémonos de todo esto y vamos a terminar de arreglarnos, ¿de acuerdo? Todavía tienes que ponerte la corbata, chaqueta y todo lo demás. Dios mío, voy a congelarme con este vestido.

De entre todos los modelos que hallé en la tienda de vestidos de novia -en ese lugar también vendían trajes para las damas de honor-, el único que me cautivó y que me quedaba como un guante era el que llevaba puesto. Con la espalda al descubierto y un escote pronunciado en

V, dejaba ver el gran estado avanzado del embarazo y mis pechos aumentados por el mismo. No tardé en percibir los ojos de Dimitri situados en el escote y negó con la cabeza.

- Tienes razón. No puedes ir a la boda así -tomó la libertad de presionar la mano contra mis pechos de tal forma que no mostrase absolutamente nada de piel-. Imagina la atención que llamarás cuando los jóvenes compañeros de mi hermano se acerquen para hablar contigo. ¿Crees que tengo ánimos de ir partiendo narices en la boda?

- ¡Por favor, no empieces! -le di un suave empujón con el codo, pero Dimitri deslizó un brazo por mi cintura y me impulsó hasta que la punta de mi nariz acarició la suya. Su cálido aliento golpeó mis labios y volvió a sonreír-. No tengo otro vestido, y aunque lo tuviera, no lo cambiaría por nada en el mundo. Cuando los demás sepan que mi marido es Dimitri Ivanov se alejarán despavoridos de mi lado. Así que no te hagas más el tonto.

Aproximé mi boca a la suya y le besé de tal forma que él tuvo que aferrarme con fuerza para no caer hacia atrás. Le arrebaté todo el aire que contenía en los pulmones y mordisqueé su labio inferior con fuerza, provocándole un profundo gemido. Sus manos buscaron mi trasero de forma casi inmediata y noté como su cuerpo se encendía. Le aparté como pude y me puse en pie, orgullosa de que, por primera vez en mucho tiempo, fuese yo quien le dejase sin palabras.

- Arréglate. Mientras tanto yo me ocuparé de Natalie. Apuesto a que ya habrá acabado de lavarse los dientes y estará esperando a que

le traiga su ropa -le guiñé un ojo y salí despavorida del dormitorio, practicando mi equilibrio con estos tacones.

Sabía que la actitud de Dimitri en este momento se debía a su gran preocupación por mí y por el parto. En esta última semana había estado tan pendiente de mí como una sombra: me servía el desayuno en la cama, no iba a trabajar por si un caso me ponía de parto y no podía avisarle a tiempo -él se negaba a perderse el nacimiento de Peter-, y me realizaba masajes continuos para aliviar los dolores de espalda y caderas. Incluso se duchaba conmigo (me temo que no tengo queja alguna respecto a este último comentario).

Encontré a Natalie revoloteando con una de sus muñecas favoritas por la habitación. Llevaba su pijama, pero ya estaba peinada y con un poco de brillo de labios. Me había insistido tanto en llevar algo de maquillaje que no había podido negárselo.

- ¡Mami! -exclamó y abrió la boca de par en par-. Pareces una princesa de cuento.

- Y tú te convertirás en la reina cuando te ponga tu vestido -le guiñé un ojo-. Deja esa muñeca y ven aquí. Tengo que decirte varias cosas antes de marcharnos, ¿de acuerdo? Además, tendrás que entregarle a la tía Alexia los anillos. ¿Has practicado ya?

Mi hija comenzó a parlotear sin parar. Me contó con cada detalle los pasos que había seguido para ensayar la entrega de los anillos mientras yo la vestía. Sonreí de oreja a oreja, y puse cara de sorprendida cuando vi que me miraba. Su cabello rubio se encontraba peinado en

un recogido que me había llevado más de treinta minutos elaborar. Ella, tan coqueta como siempre, insistió en estar tan guapa como su madre.

- Natalie, Natalie... -la llamé cuando comenzó a alejarse-. Préstame atención, ¿de acuerdo? Como ya sabes, mamá está esperando a tu hermano pequeño, el cual puede nacer en cualquier momento. Con esto quiero decirte que tendrás que pasar algunos días en casa de los abuelos mientras que tu padre y yo nos encargamos de que Peter se encuentre bien.

- Pero yo quiero estar con él -curvó sus labios en un tierno puchero.

- Y podrás abrazarle, y hablarle como has hecho todos estos meses cuando el bebé esté en buenas condiciones. Pero, mientras tanto, tendrás que portarte bien con ellos. Maldita sea, voy a echarte tanto de menos, pequeña -la estrujé entre mis brazos, pero no llegué a cubrir sus mejillas de besos por temor a mancharlas de pintalabios rojo-. Vale, dejémonos los sentimentalismos y vamos a ver cómo está papá.

Natalie entrelazó sus pequeños dedos con los míos y salió de su habitación mientras repetía lo mucho que le gustaba su vestido de tonalidades beige. Hacía juego con el color de sus ojos y cabello. Parecía toda una reina extraída del País de las Maravillas.

De vuelta en mi dormitorio encontramos a Dimitri ensayando un discurso para después de la boda frente al espejo. Se había colocado la corbata, abrochado la chaqueta negra y peinado su cabello, el cual había crecido más de lo normal en estos últimos meses. Natalie cubrió su boca con

una mano para no echarse a reír, y yo hice el gesto de mantener mi boca cerrada para no interrumpirle. Las dos contemplamos al hombre más importante de nuestras vidas ponerse nervioso y despotricar en susurros.

Cuando se percató de nuestra presencia, dobló el papel y lo colocó en el interior de su bolsillo derecho, sacudiendo la cabeza.

- No me puedo creer que las mujeres más guapas de este mundo sean mías. Caray, Natalie. Voy a tener que preocuparme por ti también a tan temprana edad. -Me miró de reojo e hizo un gesto con los dedos antes de tomar a Natalie en sus brazos-. Estás bellísima, princesa. Las dos lo estáis. ¿Significa eso que podemos marcharnos ya?

- Sí. Alexia me estará esperando, desquiciada -bromeé.

Bajé las escaleras, aferrándome en la barandilla con una mano mientras que sostenía el vestido con la otra. Una vez que mis pies abandonaron los peligrosos escalones, cogí el bolso de mano y

aguardé a que mi marido y mi hija cesaran una tonta pelea por quién debía de ver a la novia primero. Natalie apoyó la barbilla en el hombro de Dimitri, pues se había negado a volver al suelo. Abandonamos la casa y, tras un esfuerzo inimaginable, logré tomar asiento en el lugar del copiloto. Acaricié mi vientre y emití un pesado suspiro.

- ¿Te encuentras bien? -preguntó Dimitri nada más escucharme.

Arqueé una ceja y asentí a pesar de que no podía verme. Estaba abrochando el cinturón a Natalie cuando me oyó quejarme, por lo que se apresuró a cerrar su puerta y aproximarse a la mía, que continuaba abierta de par

en par.

- Sí. Simplemente me quejaba, no puedo moverme bien -señalé lo evidente-. Cariño, no estés tan preocupado, por favor. No puedes pasarte el resto del día creyendo que voy a ponerme de parto. No he sentido dolores todavía, ni lo más mínimo. Te lo prometo.

Me sostuvo la mirada durante unos instantes más y, estando poco convencido, cerró mi puerta y tomó asiento a mi lado. Abroché el cinturón y eché un último vistazo a Natalie, que alisaba los pliegues de su vestido sin parar: cuando conseguía hacer desaparecer a uno, otro surgía en el extremo opuesto. Sonreí al verla con esa expresión de concentración y dejé caer la palma de mi mano sobre la de Dimitri, estrechándola.

* * * * *

El dolor de cabeza se hizo pronunciado en cuanto me topé con Alexia. No cesaba la caminata en torno al tocador, el cual se tambaleaba con sus pasos tan sonoros. Dimitri había ido a revisar cómo estaba Jacob mientras que Natalie y yo nos encargábamos de ella. Volvió a despotricar por lo bajo y limpió las gotas de sudor de su frente con un pañuelo, siendo muy cuidadosa de no emborronar el maquillaje a su paso.

- Alexia, ya te he dicho que debes conservar la calma -le repetí y la tomé por los hombros,

forzándola a detenerse de forma inmediata-. Todo va a salir bien, ¿de acuerdo? Es increíble que sea yo la que más tranquila está cuando mi mejor amiga va a casarse -bromeé.

- Déjame tranquila -se liberó de mi agarre y puso los ojos en blanco-.

Estoy así de inquieta porque mis padres todavía no han llegado y me niego a decir el sí quiero sin su presencia. Pero, claro, tampoco puedo cancelar la boda por el simple hecho de que el avión se haya retrasado. Además, ¿cómo le sentaría esto a Jacob? -parloteó con rapidez-. Catherine, Catherine... ¿qué hago para calmarme? Si tú no tienes la solución, entonces me temo que estoy perdida.

- Lo primero es dejar de pensar de esa forma -la empujé para que tomara asiento-, y lo segundo es colocarte el vestido porque la novia no puede llegar tarde. Te ayudaré con el vestido puesto que los peluqueros ya han hecho un excelente trabajo.

Llevaba un recogido de trenzas en torno a su cabeza. Los tonos pasteles de sus labios encajarían a la perfección con las tonalidades beige del vestido. Alexia Carter se negaba a pisar el altar vestida de blanco. Nos costó sudor y sangre convencerla de que no podía llevar tonos coloridos como rosa o amarillo para su boda; que debería dejar la locura a un lado y casarse como es debido. Al final, y tras una agotadora tarde de probarse trajes, nos decantamos por el de tonos beige con mucha pedrería.

Como pude, la ayudé a colocarse el vestido. Abroché la cremallera en la parte de la espalda y me aseguré de que no se pisaría las faldas al caminar. Volví a analizar su maquillaje, las joyas, el vestido e incluso los zapatos: Alexia parecía sacada de un cuento de hadas, tal y como mi hija me había dicho hace apenas una hora.

- Tengo que buscar a Dimitri y situarme junto a los demás invitados. Recuerda:

pase lo que pase, apáñatelas para que sea un sí lo que salga de tus labios. No importa si luego desfalleces. Eres la novia, puedes llorar si quieres -me burlé y me dirigí a Natalie-. Cariño, por favor, ten cuidado con los anillos puesto que son...

- ...muy valiosos -terminó ella por mí, sonriendo.

Le guiñé un ojo y me despedí de mi amiga antes de salir de la estancia. Cerré la puerta con suavidad y me deslicé entre la madre de Alexia y su tía, que acababan de llegar. Suspiré con claro alivio en cuanto vi el rostro de su madre, puesto que sabía que mi amiga no estaría en paz sin ella presente. Ahora me tocaba llegar hasta el lugar en el que se iba a celebrar la ceremonia sin tropezarme ni hacer el ridículo ante todos los invitados.

Saludé a todos aquellos que se cruzaron en mi camino y frené en seco cuando divisé a Jacob.

Caminaba junto a mi marido en dirección al altar. Ambos parecían estar igual de nerviosos; tal para cual. Me eché a reír en silencio y bajé los escalones de mármol que daban a los asientos. Mis padres ya estaban en sus respectivos asientos, junto a mi hermano y su familia. Me aproximé a ellos para preguntarles qué tal estaban antes de localizar un papel blanquecino con mi nombre escrito en él, justo en la primera fila.

- Alexia, siempre tan organizada -musité.

Me dejé caer en la silla de tonalidades rosa palo y aplané el vestido, percibiendo al bebé moverse de una forma muy enérgica. Era cierto eso de que las madres podían transmitirle el estado de ánimo a sus bebés

incluso mucho antes de nacer. Ahora mismo mi corazón latía de forma desbocada ante la expectativa de presenciar la boda con mis propios ojos. Acaricié mi vientre con ambas manos y elevé la mirada cuando distinguí la voz de Dimitri.

- Buena suerte -le deseó a Jacob y acomodó su corbata.

Se sentó a mi lado, haciendo caso omiso al nombre indicado en el papel.

- ¿Qué tal se encuentra Alexia? Mi hermano es un puto manojito de nervios. Me ha costado la vida tranquilizarle. En serio, ¿por qué están tan inquietos? Van a celebrar su boda; se supone que deben de sentirse felices -bufó y deslizó un brazo por mis hombros-. Y tenía razón: los amigos jóvenes de mi hermano estarán presentes.

Reprimí todas mis ansias de propinarle un puñetazo y ladeé con suma lentitud el rostro hacia él. Sin pronunciar ni una sola palabra, alcé mi mano hasta que el anillo de matrimonio, de compromiso y el de plata estuvieron a apenas cinco centímetros de sus ojos. Los señalé con la mano libre, como si no fuese obvio lo que pretendía decirle.

- Deja de ser tan celoso, señor Ivanov. ¿Cuántas veces tengo que repetirte que ellos no harán nada conmigo? Es decir, ¿suena tan tonto en voz alta como en mi cabeza? -me arrimé a él y plasmé tal beso en sus labios que también pasaron a estar pintados de rojo-. Únicamente puedo pensar en el día de nuestra boda, ¿recuerdas? Dios mío. Fue tan bonita.

- Lo mejor de todo fue tu cara de sorpresa tras escuchar mis votos -admitió.

- Me hiciste llorar como nunca.

¡Y te prohibí terminantemente que me arruinaras el maquillaje justo en ese día! -procuré no elevar la voz demasiado, puesto que no quería ser el centro de atención antes de que la novia llegase-. Yo me quedo con la luna de miel. Esos quince días que pasamos retirados del mundo, haciendo el amor en la playa, en la cama...

- ...en el sofá, en la cocina, en el cuarto de baño, en el coche -curvó sus labios en una pícaro sonrisa y acarició mis pómulos con mucha suavidad-. Lo mejor que hice en toda mi vida fue abalanzarme sobre ti esa noche de hace ya cinco años. En serio, no me arrepiento en absoluto de haberme aprovechado de ti cuando estabas no tan borracha -señaló, y besó mis labios para evitar que yo estallara en carcajadas-. Te quiero tanto, Catherine.

- No más que yo a ti.

Nos miramos y sonreímos de esa forma que solo él y yo podíamos comprender. Cesamos nuestra empalagosa conversación tan pronto como Jacob se posicionó frente al cura, en el altar decorado con flores de miles de colores, y la música empezó a sonar. Entrelacé mis dedos con los de Dimitri e inspiré aire; llenando mis pulmones al máximo. Sabía que terminaría el día con las mejillas bañadas en lágrimas por culpa de la boda, por lo que me preparé para llorar de una forma no muy desastrosa.

La primera en pasear por la alfombra, entre los doscientos noventa invitados, fue Natalie. Portaba entre sus manos un pequeño cojín dorado con los anillos encajados en dos entradas. Llevé una mano a mi boca y ahugué las ganas de echarme a llorar. ¡Se veía tan bonita!

Sonreí de oreja a oreja cuando su mirada encontró la mía y le animé a continuar.

Todos nos pusimos en pie en cuanto Alexia bajó los escalones de mármol. Mi amiga se desprendió de todo ápice de nerviosismo junto a los rayos de sol que iluminaban toda la terraza, las tonalidades verdosas y coloridas de la decoración y naturaleza, y la belleza que de por sí misma desprendía. Curvó sus labios en una sonrisa amplia y brillante, indicando así que estaba bajo control y que no arrojaría el ramo a la cabeza de ninguno de los invitados.

Volví a sentarme cuando Alexia alcanzó la posición de Jacob. Ambos se contemplaron mutuamente, y supe que los invitados habían dejado de existir para ellos.

La boda transcurrió tal y como esperábamos: Alexia estalló en un mar de lágrimas cuando pudo presenciar con sus propios ojos y oídos el discurso de Jacob. En él incluyó la forma en la que se conocieron, los baches por los

que su relación pasó y la felicidad que ambos compartían hasta este momento. Aplaudí y silbé cuando la lluvia de pétalos y arroz cayó sobre sus cabezas, y sacudí la cabeza para evitar que cayese sobre la mía.

- ¡Vivan los novios! -gritaron el coro de invitados.

Natalie se apresuró a abandonar el tumulto de personas hasta encontrar mis piernas, las cuales rodeó con sus diminutos brazos para evitar perderse. Dimitri la tomó en sus brazos para que pudiera observar así lo que estaba teniendo lugar. En cuanto mi amiga estuvo libre de todas las personas y pudo respirar, se apresuró a abrazarme. La estreché con fuerza y cerré los ojos, apoyando la barbilla sobre su hombro.

- Enhorabuena, rubia -le susurré con un tono burlón.

- Gracias por todo lo que has hecho por mí, Catherine -respondió entre lágrimas, las cuales no tardé en acompañar-. No sé qué hubiera hecho todos estos años sin tu apoyo. A pesar de todos los baches por los que nuestra amistad ha pasado, hemos continuado más unidas que nunca.

Cuando se separó de mí y pude contemplar su rostro, me apresuré a limpiar las lágrimas que amenazaban con estropearle el elaborado maquillaje. Me eché a reír en un intento de cesar mi llanto y asentí repetidas veces, dándole a entender que estaba totalmente de acuerdo con lo que había dicho. Daba igual cuántos años transcurrieran, o todo lo que sucediera entre nosotras. Un embarazo -o varios-, un secuestro, disparos y hospitales. Alexia ha estado allí para mí siempre

que lo he necesitado, por lo que yo

no sería menos.

- Estoy tan contenta por ti -admití-, espero que a partir de ahora todo vaya como la seda. Además, he sido tía por parte de Patrick, pero sigo esperando recibir a un sobrino o sobrina de la tuya. ¿Cuándo cumplirás ese deseo? A este ritmo, Jacob envejecerá y se convertirá en padre cuando cumpla los ochenta -me burlé, lo que ocasionó que Alexia riera más fuerte.

- ¡Todavía tenemos muchas cosas por hacer antes de aventurarnos en... eso! Queremos viajar por todo el mundo. Además, ¿no te había dicho ya que, tras la comida, nuestra luna de miel comenzará en Escocia? De allí partiremos a Inglaterra, Alemania, Austria, Rusia... Y así visitaremos alrededor de treinta países -emitió un suspiro y parpadeó repetidas veces.

- Ojalá pudiera acompañarte a la comida -me lamenté.

- No te preocupes. Tienes una cosa más importante de la que preocuparte -posó una mano en mi vientre y se agachó unos centímetros para quedar a la altura-. Espero que nazcas hoy y que hagas pasar a tu madre por unos dolores insufribles, tal y como hizo tu hermana mayor.

Le fulminé con la mirada.

- Sabes tanto como yo que desearía quedarme aquí hasta que tengas que irte al aeropuerto. Pero no quiero arriesgarme a permanecer tanto tiempo fuera de casa y más cuando he salido de cuentas. La doctora me ha dicho que el parto podría ser tan repentino que daría a luz en cuestión de pocos minutos. Digamos que nadie quiere que eso suceda en mitad de un salón de baile, frente a los invitados -dije.

-

No. Definitivamente, nadie quiere eso -ironizó.

- Ven aquí, anda -volví a estrecharla entre mis brazos con fuerza-. Pásalo muy bien. Llámame y envíame esas postales de ojalá estuvieras aquí cada vez que visites un país nuevo. Pase lo que

pase, no te dejes guiar por extraños, aunque sé que tan pronto como Jacob esté contigo no permitirá que te alejes de su lado -palmeé su espalda con suavidad y elevé el mentón-. Nos veremos en un año, Alexia.

- Todo un año separadas -musitó.

Nos miramos a los ojos antes de separarnos por completo. La iba a echar muchísimo de menos, pero sabía que ambas íbamos a comenzar nuevas etapas de nuestras vidas por separado y era inevitable que esto sucediera. Felicité a Jacob y les deseé a ambos buena suerte. Natalie corrió a los brazos de su abuelo, y me aproximé a ellos con lentitud.

Dimitri ya les estaba diciendo que si Natalie no les obedecía recibiría un severo castigo...

...cosa que luego no cumpliría porque era demasiado permisivo con su hija.

- Me marchó -les dije, apoyando las manos en mis caderas-. Seguro que les asombrarás a todos con tu discurso. Espero que lo grabéis en vídeo para no perdérmelo -esboqué una amplia sonrisa para ellos y tragué saliva-. Nos vemos en casa más tarde. Si algo ocurre te llamaré, no lo dudes -le dije a Dimitri antes de que él pudiera reprochar.

- Ten cuidado -Dimitri dijo antes de plasmar sus labios contra los míos.

Convencerle en un principio de que estaría bien en casa fue... fue... ¿divertido? Él se negaba a ir a la boda en una primera instancia, alegando que con tal mala suerte me pondría de parto en mitad del acontecimiento. Llegamos al acuerdo de que tan pronto como la ceremonia acabase, yo regresaría a casa para no esforzarme a mí misma y estar tumbada, puesto que andar con un vientre que pesaba lo suyo y sobre unos tacones era bastante agotador. Ahora él se quedaría con Natalie para decir el discurso que tanto había preparado y para asegurarse de que tanto su hermano como mi amiga acabasen bien la tarde.

Las llaves del coche estaban junto a mi bolso de mano, es decir, en la estancia donde Alexia había estado preparándose. Me deslicé entre todos los invitados que se apresuraban a

abandonar el lugar para dirigirse al amplio restaurante y ascendí por las escaleras, aferrándome en la barandilla para no balancearme hacia los lados.

Cerré la puerta tras de mí y rebusqué entre tanta ropa y maquillaje mi bolso de mano. No tenía ni la menor idea de dónde habría quedado, puesto que Alexia habría sido capaz de dejarlo caer bajo la cama con tanto embrollo. Miré sobre el tocador, sobre la silla y en el interior del armario. Al final no tuve más remedio que arrodillarme frente a la cama -el hotel la había preparado por si un caso la novia necesitaba echarse-, y apoyé la mejilla en el suelo como pude.

- Lo sabía -extendí una mano para coger mi bolso y lo arrastré hacia mí.

Me puse en pie tras grandes esfuerzos con el macuto bajo mi axila izquierda. Eché los mechones cobrizos que habían cubierto mi frente hacia atrás y me dispuse a marcharme cuando un dolor estremecedor me recorrió desde mis partes íntimas hasta la columna vertebral. Abrí la boca sin llegar a pronunciar nada y me apoyé de nuevo en la cama, dejando caer el bolso.

- Oh. No, no, no. Ahora no -maldije por lo bajo y elevé el vestido al tiempo suficiente para comprobar como un torrente de agua entremezclado con sangre comenzaba a deslizarse por mis piernas, manchando los tacones a su paso-. Te odio, Alexia -añadí entre dientes.